Dr. Cornelis van der Waal

# SOLA SCRIPTURA

Guía para leer la Biblia

Tomo 1

EL ANTIGUO TESTAMENTO

# INTRODUCCIÓN

## La Biblia es la Palabra de Dios

### *Sola Scriptura*

> Creemos, que esta Santa Escritura contiene de un modo completo la voluntad de Dios, y que todo lo que el hombre está obligado a creer para ser salvo se enseña suficientemente en ella. Pues, ya que toda forma de culto que Dios exige de nosotros se halla allí extensamente descrita,…
>
> Art. 7 de la Confesión de Fe de las Iglesias Reformadas de los Países Bajos (Confesión Belga)

La Biblia, la Biblia sola.

¿Por qué? Aparte del cristianismo hay otras 'religiones-del-libro'. Entonces, ¿por qué la Biblia, y no el *Corán*, las *Eddas*, o los libros sagrados de la India? ¿Por qué dejar de lado todos estos libros, que también contienen gran sabiduría, y centrar toda la atención en ese único 'libro de libros'?

No se puede dar otra respuesta que ésta: la Biblia misma dice que nos ofrece la única revelación del Dios verdadero. Y… ¡la fe lo repite!

La fe dice, basándose en el testimonio que la Biblia da de sí misma, que la Escritura nos revela de un modo completo la voluntad de Dios. Aquí se halla la lámpara que ilumina el camino de nuestra vida. ¡Ay de aquel, que añade o quita algo! La Escritura sola, *Sola Scriptura*.

La lucha de la Reforma contra Roma se centró una y otra vez en este punto: ¿tendrá la Biblia la única palabra, o hay otra autoridad aparte de las Escrituras? ¿Se puede poner a la tradición, a los padres de la Iglesia, a los concilios, a los decretos papales al lado de la Biblia? La Iglesia de Roma pone a la Escritura y a la tradición más o menos en el mismo nivel. Roma

acepta la Biblia porque la Iglesia la ha aceptado. La autoridad de la Escritura depende así de la tradición y de la autoridad de la Iglesia.

Pero la Reforma se aferraba a la Escritura sola, y confesaba su autoridad, suficiencia, claridad y necesidad absoluta. Y cuando también en el círculo ‘protestante’ se levantaron personas que empezaron a menoscabar esta doctrina, la Reforma se ha mantenido firme. Los anabautistas ponían la luz interior por encima de la letra ‘muerta’ de la Escritura; el que podía preciarse de revelaciones extraordinarias era un profeta, a él se había de escuchar, porque el ‘Espíritu’ vivifica, mas la ‘letra’ de la Biblia mata.

De manera muy clara todo esto ha sido reconocido como herejía y rechazado una y otra vez por la Reforma. Los *Cánones de Dort* dicen por ejemplo, que la seguridad de la perseverancia de los santos no proviene de “alguna revelación especial ocurrida sin o fuera de la Palabra, sino de la fe en las promesas de Dios, que Él, para consuelo nuestro, reveló abundantemente en su Palabra” (cap.5, X).

*Sola Scriptura*, sólo la Biblia.

En ella se halla “toda forma de culto que Dios exige de nosotros”. ¿Es esta confesión también la suya? ¿Acepta usted la Escritura como la única e infalible Palabra de Dios, porque ella misma presenta la prueba y en ella escucha hablar al Creador y Salvador de su vida?

**El Autor de la Biblia es el Espíritu Santo**

La Escritura es inspirada por Dios (*2 Ti. 3:16*). Ciertos hombres hablaron, inspirados por el Espíritu Santo (*2 P. 1:21*). Esto no quiere decir que los autores fueran meramente robots, máquinas de escribir, que, sin involucrarse ellos mismos, automáticamente anotaban lo que el Espíritu les dictaba.

Dios llamó a personas vivas a su servicio, y no a figurantes sin voluntad. Todos los escritores de la Biblia muestran una individualidad propia, aunque esto no implica que lo que escribieron contuviera errores o contradicciones. No debemos decir: la Palabra de Dios está en la Biblia. La Biblia en su totalidad es la Palabra infalible de Dios. Este tiene que ser nuestro punto de partida.

**La Biblia tiene autoridad**

Ya que la Escritura es dada por el Rey de reyes, ella también tiene autoridad. Tenemos que inclinarnos sin reservas ante la Voz que escuchamos en ella. No podemos decir: Vivimos en un tiempo y una sociedad diferentes; en el tiempo de los apóstoles la gente respetaba todavía ese lenguaje radical, pero eso era inherente a su época. No, la Escritura es la Palabra para mil generaciones. También nosotros tenemos que someternos a ella, en un tiempo que no quiere saber nada de autoridad.

## La Biblia está completa

La expresión *Sola Scriptura* encierra que no se puede añadir nada a la Escritura en el tiempo en que vivimos. No hay una revelación continua. Lo que el Señor estimó necesario que conociéramos, nos lo ha revelado. No debemos ir más allá de lo que está escrito (*1 Co. 4:6*). 'Ir más allá' significa no perseverar en la doctrina de Cristo (*2 Jn. 9*). Hoy no se está añadiendo un 'quinto Evangelio'. Lo que nos es dado es suficiente para poder conocer a Dios y servirle. "Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman" (*1 Co. 2:9*; *Is. 64:4*), eso es lo que encuentramos en la Escritura.

## No hay un canon abierto

Muchos opinan que hay una revelación continua. Estas ideas vienen del lado liberal. Además de la Biblia también se estiman mucho otras expresiones religiosas. Es evidente que esto es contrario a la pretensión que tiene la Biblia misma. La Palabra de Dios no permite otra palabra con la misma autoridad a su lado.

No obstante, hay otros también que, aunque quieren respetar la autoridad de la Biblia, remiten a *Juan* 16:13, donde Cristo dice a sus apóstoles que el Espíritu les "guiará en toda verdad". Hay quien, basándose en este versículo, ha esperado un nuevo periodo del Espíritu en la Historia, que iba a traer un segundo Pentecostés. Pensemos en los avivamientos del siglo XIX y los movimientos carismáticos del siglo XX.Todas estas esperanzas implican que podría haber un 'canon abierto'. Según eso, nuevas revelaciones a través del Espíritu serían posibles.

Sin embargo, en *Juan* 16:13 no hay ninguna base para esta idea. ¡En el tiempo apostólico entre los años 30 (Pentecostés) y 70 (destrucción de Jerusalén) Cristo cumplió su promesa a sus apóstoles! El Espíritu les guió al revelarles 'la verdad'. El resultado de ello está depositado en la Escritura. 'Verdad' significa para Juan concretamente la realización de las sombras y los modelos del Antiguo Testamento. El Espíritu explicó a los apóstoles y sus colaboradores en qué sentido Jesús era el Mesías profetizado en el Antiguo Testamento.

No debemos pensar que podemos repetir la historia de la salvación al restaurar fragmentos de la primera época cristiana. El Espíritu ha guiado ya a toda verdad. No somos apóstoles que puedan esperar una inspiración especial o una nueva revelación. Tenemos a Moisés y a los profetas, además de las instrucciones apostólicas del Nuevo Testamento, que nos ayudan a explicar lo anterior. Tenemos la Palabra de la cruz y la señal de Jonás. Eso tiene que bastarnos. En ello está dibujado el cumplimiento, se señala la 'verdad', la realización de las sombras. Esa 'verdad' es Cristo, el Camino, la Verdad y la Vida.

No se debe ir más allá de lo que está escrito (*1 Co. 4:6*). ¡No hay un 'canon abierto'! Pero recuérdese que somos inmensamente ricos con la Palabra. No debemos anhelar más revelaciones. La Palabra, pues, es la espada del Espíritu (*Ef. 6:17*).

**Ninguna profecía de la Escritura permite una interpretación arbitraria**

Hay que interpretar la Escritura a la luz de la propia Escritura. La Escritura es su propia intérprete. Debemos leer lo que está escrito y luego esforzarnos por entender lo que está escrito.

Esto no es fácil para el hombre pecador. Siempre estamos inclinados a suavizar expresiones que nos chocan. Somos expertos en ello por naturaleza. Y a veces queremos dar más significado a lo que la Biblia dice realmente. Estamos buscando una 'verdad detrás de la verdad'.

A lo largo de los siglos se ha aplicado la alegoría a la Biblia. Se espiritualizaban grandes porciones en lugar de entenderlas en el sentido literal. De esta manera se podía ir con una historia a cualquier lado. Inckuso el propio Lutero, en su época prerreformada, aseguraba que las cuatro patas del burro del samaritano indicaban los cuatro evangelios. Hoy día la gente intenta dar un significado simbólico a los hechos de la salvación de la Escritura. Misticismo, espiritualismo y horizontalismo se han esforzado en distorsionar el sentido de la Biblia por medio de trucos ingeniosos.

Pero la Biblia no es un rompecabezas. Es la Palabra clara y concreta de Dios, manifiesta e inteligible para todo el mundo, y se opone con fuerza a la prestidigitación con textos.

**La Escritura es clara**

No nos dejemos engañar por los que dicen que la Biblia es un libro oscuro. La Escritura es una luz, una lámpara (*2 P. 1:19*; *Sal. 119:105*).

Esto no quiere decir, que no haya ningún texto 'difícil', pero lo que sí quiere decir es que el mensaje de la Escritura se entiende perfectamente, no es un misterio que solamente un iniciado nos puede explicar. "La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los simples" (*Sal. 119:130*). La Escritura contiene el misterio revelado (*Ro. 16:25, 26*; *Col. 1:26*). "No hablé en secreto, en un lugar oscuro de la tierra" (*Is. 45: 19*; cf. *Jn. 18:20*). También es verdad que si estudiamos la Escritura mientras estamos orando, llegaremos a una comprensión cada vez más clara. El Señor retribuye el estudio de su Palabra. Lo experimentaremos, una vez que nos pongamos a ello. El Antiguo y el Nuevo Testamento se iluminan el uno al otro. Los textos se aclaran en el contexto del capítulo, del libro en cuestión y a la luz del resto de las Escrituras. Al estudiarla, la Biblia misma nos capacita para seguir de poder en poder.

Leyendo la Biblia de forma intensa, llega uno a ser "poderoso en las Escrituras" (*Hch. 18:24*). ¿Desea serlo también el lector?

**Sobre los manuscritos bíblicos**

Puesto que la Escritura tiene su origen en la historia del Pacto, está escrita naturalmente en las lenguas que se hablaban cuando se escribieron los diferentes libros. El Antiguo Testamento está escrito en hebreo – algunas partes de *Esdras* y *Daniel* en arameo-; el Nuevo Testamento está escrito en la lengua que entonces se entendía en todo el Imperio Romano: el griego.

Obviamente, ya no tenemos los manuscritos originales; la Biblia nos ha llegado en copias. Hasta hace poco se conocían del A.T. solamente manuscritos del año 1.000 d.C. aproximadamente. Sin embargo, a partir de 1947 se descubrieron unas cuevas cerca del Mar Muerto que contenían libros del Antiguo Testamento y fragmentos de ellos, fechados en el primer siglo después de Cristo, y puede que más antiguos aún. Procedían de una secta esenia, que habían fundado una especie de monasterio o comunidad en Qumrán. Cuando en el año 66 los judíos se rebelaron contra los romanos, también Qumrán sufrió las consecuencias. "Según todas las apariencias, los miembros de la hermandad intentaron poner a salvo sus tesoros más importantes al acercarse el enemigo. Estos eran sus libros sagrados, copiados con mucho celo y leídos y escuchados reverentemente. Había en Qumrán y alrededores centenares de rollos, la mayoría de piel o pergamino, y también algunos de papiro, que era más barato y menos duradero. Había textos de todos los libros bíblicos, pero sobre todo de *Deuteronomio*, de *Isaías* y de los *Salmos*… Las obras bíblicas, y posiblemente también las demás, se envolvieron en telas de lino y se metieron cuatro o cinco juntas en grandes tinajas, que fueron cerradas con una tapa… Cuando todo estaba empaquetado, se dirigieron a las cuevas que había en la cercanía para esconder sus valiosos tesoros en las más inaccesibles de ellas. Las tropas romanas, después de tomar el edificio e incendiarlo, hicieron incursiones en los alrededores, encontraron algunas de estas cuevas y destruyeron los libros sagrados que hallaron allí. Un número de los manuscritos que se salvaron de los estragos de su vandalismo, fue encontrado en siglos posteriores"[1]. Y el resto ha sido descubierto ahora, gracias al buen 'olfato' de beduinos y científicos. Pero lo que nos interesa ahora es esto: el texto de los manuscritos esenios se diferencia muy poco del texto que ya conocíamos de rollos con fecha más tardía. Esto muestra que los escribas judíos antes y después del exilio copiaron el texto con una corrección más que minuciosa. Naturalmente, en algún que otro versículo los eruditos pueden diferir en la lectura, una palabra puede ser omitida o reflejada de forma errónea. Puesto que en el hebreo primitivo no se

[1] (1) J. van der Ploeg: *Vondsten in de Woestijn van Juda, De Rollen der Dode Zee* (Hallazgos en el Desierto de Judá, los Rollos del Mar Muerto), Utrecht - Amberes 1957, pág. 78

escribían las vocales sino que se añadieron más tarde, puede haber discrepancias sobre algunas palabras. Corresponde a la crítica textual ahondar en las diferencias entre los manuscritos y acercarse al texto original. Pero las diferentes versiones no afectan al texto transmitido en sí. El hallazgo de los manuscritos en el desierto de Judea muestra que el Señor ha hecho que el Antiguo Testamento fuese guardado cuidadosamente a lo largo de los siglos. Lo que los creyentes de todos los tiempos siempre han tenido por seguro, ha sido afirmado una vez más por el hallazgo de los rollos del Mar Muerto: la Palabra de Dios no ha sido objeto de falsificaciones.

Esto es verdad tanto para el Antiguo Testamento como para el Nuevo. También el texto del Nuevo Testamento nos ha sido transmitido fielmente por el trabajo de los monjes en los monasterios. Cierto, cuando se compara la primera traducción de versiones como la Reina Valera con otras más moderna, uno puede comprobar de vez en cuando que esta última se basó en otra versión del texto. Con frecuencia se han encontrado antiguos manuscritos, y las excavaciones en Egipto sacan a la luz fragmentos de papiro, que contienen porciones de la Biblia. Las traducciones del siglo XVI se basaron en el texto griego del Nuevo Testamento fechado en torno del año 600. Actualmente se conocen textos mucho más antiguos. Tischendorf logró encontrar, gracias a tres expediciones que hizo en 1844, 1853 y 1859, un manuscrito en el monasterio ruso-ortodoxo de Santa Catalina en el monte Sinaí, el *Códice Sinaítico,* probablemente completado en el siglo IV. Algunos incluso suponen que el emperador Constantino encargó este códice en 331 para el uso eclesial. En todo caso, se entiende que el Museo Británico en Londres está orgulloso de poseer este libro, que fue comprado al gobierno soviético en 1934 por 100.000 libras esterlinas. Aparte de este códice, hay otros conocidos de la misma época, por ejemplo el *Códice Alejandrino* y el *Códice Vaticano*. En los monasterios de Oriente hay todavía muchos tesoros guardados. En 1949 y 1950, una expedición americana grabó en microfilme unos 2.700 manuscritos procedentes del monasterio del Sinaí y de las bibliotecas de los patriarcados griegos y armenios en Jerusalén, entre los cuales había textos en árabe, armenio, copto, gótico, latín, y persa; liturgias primitivas cristianas; escritos de padres de la Iglesia que citan el Nuevo Testamento. Comparando este material se espera encontrar el texto más exacto del Nuevo Testamento. Los hallazgos de papiros aportan lo suyo al estudio del texto del Nuevo Testamento. Se descubrió una porción del *Evangelio de Juan* que parece ser de alrededor del año 200. Hay incluso un fragmento de *Juan 18* del año 120. Más de la mitad del texto del Nuevo Testamento ya ha llegado a nosotros por los hallazgos de papiros.

Pero de nuevo: las diferencias entre los manuscritos no afectan a los libros del Nuevo Testamento en sí. Solo con respecto a pequeños detalles,

uso y orden de las palabras, puede haber diferencias. Esto no es de extrañar, considerando que los antiguos manuscritos se escribieron solo en letras mayúsculas, sin espacio entre las palabras. La primera frase del *Evangelio de Juan* se escribiría entonces de la siguiente manera: ENELPRINCIPIOERAELVERBO. Se entiende que en el momento de separar las palabras, a veces surgieron problemas y confusiones. Los copistas, al leer y separar mal las palabras, a veces llegaron a hacer una copia inexacta. Y de vez en cuando se saltaban letras o palabras por error. Y al copiar el texto de *Lucas* les sonaba el eco del texto de *Mateo*. Copiar no es tan fácil: se necesita mucha paciencia. El estudio tiene aquí un campo rico para la investigación.

Todo esto no quita nada del hecho de que confiamos en la Escritura como revelación fidedigna de Dios. En contra de todo tipo de pronósticos por parte de eruditos, los hallazgos han confirmado precisamente la fiabilidad de la Palabra de Dios. Y, aunque aceptamos con gratitud todos estos resultados de las exploraciones en Oriente Medio, también sin ello la Escritura es una lámpara con una luz clara para nosotros. “La exposición de tus palabras alumbra” (*Sal. 119:130*).

**Canónico y apócrifo**

Tenemos ahí la pregunta: ¿cómo ha obtenido ésta Biblia, tal como es, la autoridad que tiene? ¿Por qué no han sido incluidos otros libros, por ejemplo los que llamamos apócrifos?

Echemos una mirada a la Biblia hebrea. Esta tiene un orden algo diferente al Antiguo Testamento en nuestras traducciones. Primero vienen los cinco libros de Moisés, como en nuestra Biblia. Estos forman el fundamento del Antiguo Testamento y se entiende que como la Ley, la *Torá*, fueron respetados en gran manera. Ahí no solo estaban las leyes, sino también se hallaba descrito en ellos cómo el Señor actuaba de forma redentora y misericordiosa; una y otra vez se podía leer, cómo aceptaba por gracia al pueblo de Israel.

Después de la Ley siguen los así llamados ‘profetas tempranos’: desde *Josué* hasta *2* de *Reyes*. El nombre podría indicar que fueron profetas quienes hicieron el trabajo de recopilación. Encontramos en ellos otra vez la historia del Pacto; y se entiende que más tarde había gran interés en conservar estos libros históricos para la posteridad. En la vida de los reyes, en la descripción de reformas y apostasía, en los relatos de la actuación de los profetas, en todo ello había una gran lección para el pueblo de Dios.

En la Biblia hebrea siguen luego los ‘profetas tardíos’: *Isaías, Jeremías, Ezequiel*, y los doce profetas menores. El hecho de que estos libros se añadieron a la ‘Biblia’ de Israel, es fácil de comprender. ¿No hablaba el Señor en ellos a su pueblo? Al principio nadie habría dudado de la autoridad de los profetas. Más tarde, fueron los saduceos liberales e

iluminados, los que solo aceptaron los libros de Moisés y rechazaron la autoridad de los profetas.

La Biblia judía tiene como tercera sección, después de la Ley y los profetas (cf. *Lc. 16:29*; *Hch. 24:14*), la de los 'escritos' (cf. *Lc. 24:27, 44*). En ella han sido recogidos algunos libros que se leían en días de fiesta: *Cantar de los Cantares* (en la Pascua); *Rut* (en Pentecostés); *Lamentaciones* (en el día de la destrucción de Jerusalén); *Eclesiastés* (en la fiesta de los tabernáculos); *Ester* (Purim). Los escritos contienen además: *Job, Salmos, Proverbios, Daniel, Esdras, Nehemías, Crónicas*.

Debido a las necesidades de los emigrantes que se asentaron en regiones donde se hablaba el griego (particularmente Alejandría), el Antiguo Testamento fue traducido al griego. En cuanto a la historia exacta de su origen, los eruditos todavía no la conocen; la leyenda dice que a instancias del rey Ptolomeo (283-247 a.C.) seis veces doce eruditos fueron enviados a Alejandría por el sumo sacerdote de Jerusalén; en 72 días habrían traducido los cinco libros de Moisés, en la isla de Faro. Hay quien piensa que en todo caso esta traducción, llamada *Septuaginta* (LXX) por los setenta (y dos) traductores, fue completada antes del año 130 antes de Cristo. Esta traducción ordenó los libros del Antiguo Testamento según el mismo orden que tenemos actualmente. Pero también ha añadido más libros al Antiguo Testamento que los que contiene la Biblia judía. Estos fueron llamados *apócrifos* (libros ocultos) por los rabinos. No los guardaban en el armario sagrado de la *Torá*, y no los reconocieron como normativos. La Iglesia católico romana, por vía de la *Septuaginta* (LXX), sí ha recogido algunos de estos libros en su Biblia. También la primera versión de la Reina Valera incluía el texto de libros apócrifos, según la costumbre de aquella época. La Reina Valera, sin embargo, lo hizo acompañar de una advertencia, en la cual estos libros apócrifos quedaban separados claramente de los libros canónicos, que la Iglesia sí aceptaba como norma para la fe y la vida. Canon indica la lista, el catálogo, de los libros aceptados de la Escritura. Los libros *apócrifos* pueden ser usados como 'lectura edificante'; pero la doctrina de la Iglesia no puede estar basada en ellos. Hay cosas en ellos que son contrarias a las demás Escrituras.

¿Qué pensar de la historia que relata el libro de *Tobías*?: Tobías padre se vuelve ciego y pobre. Manda su hijo Tobías a Media para exigir que le devuelvan un dinero prestado. Este encuentra un compañero de viaje, que más tarde resulta ser el ángel Rafael. Rafael le aconseja sacar del río Tigris un pez muy peligroso agarrándole de las aletas; y luego al comerlo, guardar el corazón, el hígado y la vesícula biliar. La bilis era un buen remedio contra la ceguera y los demás órganos despedían – puestos encima de brasas ardientes – un olor que ahuyentaba a los malos espíritus de hombres y mujeres. Esto último venía la mar de bien, porque Rafael lo

lleva a alguien en Media que tiene una hija que ha visto morirse ya a siete esposos en la noche de bodas. A Tobías hijo le dan ahora la hija, y el olor de los órganos a la parrilla ahuyenta al demonio Asmodi: la fosa que el suegro ya había cavado para Tobías, se puede volver a tapar. La bilis, para completar el final feliz, sirve para curar las cataratas de Tobías padre. Se nota que aquí entramos en el mundo de los cuentos, de las fábulas judías.

Cuando en *2 Macabeos 12:42* leemos acerca de un tiempo de oración organizado por Judas el Macabeo, a la vez que ofrecía en Jerusalén unas ofrendas expiatorias, todo ello por caídos que llevaban amuletos paganos, es lógico que frunzamos las cejas. La mención de que Judas hace esto porque creía en la resurrección de los muertos y en la vida eterna, no mejora las cosas. Se entiende por qué la Iglesia católico romana tenía tanto interés en añadir este libro apócrifo al canon: porque proporciona un fundamento para propagar las oraciones por los muertos. Seguro que usted se extrañará cuando el libro de *Jesús Ben Sirá* (*Eclesiástico*) declara que ni un campesino, ni un ebanista, o herrero, o alfarero, etc., pueden ser escribas (*38:25* ss.). Aquí habla el orgullo del rabino que menosprecia a los trabajadores, que inevitablemente están allí, pero que en la congregación no pueden llevar ningún cargo de gobierno. Y cuando el *Libro de la Sabiduría 8:20* dice que el autor era bueno y que por eso recibió un cuerpo inmaculado, parece como si no existiese el pecado original o el alma antes que el cuerpo.

Estos son algunos ejemplos que muestran que los apócrifos no siempre se expresan conforme a las Escrituras. Se podrían dar más ejemplos. Por lo tanto, la Iglesia no podía aceptar estos libros como normativos, como parte del canon. Esto no quita que husmear en ellos puede ser algo instructivo. Encontramos en ellos la ‘lectura edificante’ del mundo greco-judío de alrededor del comienzo de nuestra era.

Y ahora algo sobre el origen del Nuevo Testamento.

Al principio sólo existía la tradición oral sobre Cristo. Muy pronto, varias personas se esforzaron en registrar este testimonio, que tenía un carácter algo esteriotipado. El Espíritu Santo lo ha dirigido de tal forma, que tenemos cuatro ‘evangelios’, mientras que tenemos a *Hechos* como el quinto libro histórico, escrito por Lucas -una crónica del Evangelio victorioso en el Imperio Romano-. Por supuesto, se entiende que más adelante estos escritos han sido conservados cuidadosamente, y que empezaron a jugar un papel muy importante en los cultos, a medida que iban falleciendo los testigos oculares. Tampoco es difícil de entender que recopilasen las cartas de Pablo que se habían conservado (*2 P. 3:16*). Es evidente que daban la misma consideración a las cartas paulinas que a las demás Escrituras, así como atribuían a las Palabras de Jesús la misma autoridad que al Antiguo Testamento (*1 Ti. 5:18*). De igual modo sucedió con las cartas de otros apóstoles y hermanos del Señor. Las palabras que

contenían, impusieron tal autoridad, que añadieron estas cartas al canon, la lista establecida de los libros de la Biblia  También el libro anónimo de *Hebreos* y el libro profético de *Apocalipsis* fueron aceptados como Escritura divina.

Los primeros siglos de la era cristiana conocieron también el problema de los apócrifos. Ha ocurrido que algunas iglesias en su ignorancia se pusieron a leer estos libros. Se produjo una avalancha de falsos evangelios, hechos de los apóstoles, cartas y revelaciones, que muchas veces eran de carácter herético. Conocemos historias que se parecen a las del libro de *Tobías*. Aquí sigue otro ejemplo más: el supuesto *protoevangelio de Santiago* relata el nacimiento milagroso de María, de sus padres Ana y Joaquín. A la niña la llevaron al templo cuando tenía dos años de edad; se quedó allí hasta los doce años en forma de paloma que picoteaba su alimento de  la mano de un ángel. Luego los sacerdotes, que querían deshacerse de ella, convocaron una reunión para viudos; al que le floreciera la vara, este podría casarse con ella. Y he aquí, de la vara de José salió una paloma volando por encima de su cabeza. Los pseudo-evangelios más tardíos han ido embelleciendo las cosas; y nos encontramos aquí en el ambiente de las leyendas de los santos. En caso de que conozca usted las *Leyendas de Cristo* escritas por Selma Lagerlöf, es bueno saber que estas tienen su origen en aquellos antiguos evangelios apócrifos.

Es comprensible que la Iglesia, para poder contrarrestar semejante exuberancia de leyendas, haya levantado una barrera aceptando el canon. Aunque ha habido ciertas dudas acerca de algunos libros que ahora tenemos en el Nuevo Testamento; por ejemplo *Santiago*, *Hebreos* y *Apocalipsis*. También hubo libros que antes estaban dentro del canon, como el *Pastor de Hermas* y la *Doctrina de los doce Apóstoles* (*Didaqué*). Sin embargo, por el contenido mismo de los libros, se ha llegado a una separación definitiva y generalmente aceptada, a lo que contribuyeron hombres como Agustín y Atanasio. En el sínodo de Hippo Regius (393), y el de Cartago (397), ambos en el norte de África, donde en aquél tiempo prosperaron las iglesias, se aceptó el canon actual.

No obstante, no tanto porque la Iglesia acepta estos libros los aceptamos nosotros como norma para nuestra fe y nuestra vida; sino porque el Espíritu Santo da testimonio en nuestros corazones y porque tienen la prueba de ello en sí mismos (*Art. 5 de la Confesión Belga*).

## LA BIBLIA Y LA CRÍTICA HISTÓRICA

### División en las fuentes del Pentateuco

Es evidente que en el Antiguo Testamento a veces se hace referencia a alguna otra ‘fuente’ (*Nm. 21:27-30*). Otra cosa completamente distinta es la idea de que los cinco libros de Moisés (también llamados *Pentateuco*)

tuviesen su origen en la historia de Israel, que hubiesen sido compuestos por un redactor a partir de toda clase de fuentes, mucho tiempo después de Moisés.

En el siglo XIX el pensamiento evolucionista empezó a tener mucha influencia. Esto también alcanzó el terreno de la ciencia bíblica. Investigadores, entre los que se puede mencionar el nombre de Julius Wellhausen (1844-1918), opinaron que dentro del Pentateuco hay que discernir entre diferentes fuentes. Los nombres de Dios *Elohim* y *Yahvé* motivaron el hecho de que empezaran a hablar del 'Elohista' (E) y del 'Yahvista' (J). Además, distinguían un códice sacerdotal (P) y un Deuteronomista (D). En tiempos de los reyes después de Salomón surgieron, así lo afirmaban, las series de relatos J y E. La obra del Deuteronomista fue la causa de las reformas en el templo acometidas por el rey Josías, aunque D luego fue ampliado. P tendría su origen en el círculo de los sacerdotes durante el exilio, que querían confirmar su propia autoridad con historias antiguas sobre el sacerdocio.

Con la división en fuentes han ido muy lejos, tanto, que empezaron a hablar de J, J1, J2, J3, E, E1, E2, E3, etcétera. El último redactor, utilizando el método de 'cortar y pegar', habría hecho a partir de todas estas fuentes un solo conjunto, que ahora conocemos como los cinco libros de Moisés.

La fecha tardía tenía que ver con el argumento de que mucho de lo transmitido históricamente no era fiable. Alrededor de un núcleo de verdad habían construido sus propias proyecciones. Las leyendas y sagas sobre los patriarcas y el éxodo, como eran corrientes en el tiempo después de Salomón y del exilio, se registraron como una confesión de fe. Costumbres cúlticas de la época habían sido trasladadas al tiempo más temprano de Moisés, No se trataría de la fiabilidad histórica de lo transmitido, sino solamente de su mensaje.

## El Antiguo Testamento bajo la crítica bíblica

No se limitó a una crítica al Pentateuco. Todo el Antiguo Testamento llegó a estar bajo la lupa de los investigadores de despacho. Capítulo tras capítulo se examinó críticamente. Constataron que también aquí se podía distinguir todo tipo de fuentes. Redactores posteriores habrían trabajado con ello e introducido concientemente cambios en los textos.

Todo esto tuvo como consecuencia que empezaron a considerar al Antiguo Testamento como un conglomerado de muchas formas de pensar, que se contradecían o se impugnaban. Dentro del Antiguo Testamento se podrían señalar diferentes 'teologías'. El arte consistía en descubrir el 'Antiguo Testamento original', despojado de todos los añadidos, que a lo largo de los siglos se sumaron a ello.

La crítica histórica originó una crisis de fe en muchas personas. La masa dio la espalda a la Iglesia y la incredulidad creía poder defenderse a

base de argumentos científicos. La aplicación del principio de la evolución a la Escritura fomentaba la evolución de la apostasía.

Por otra parte, se pusieron en marcha las excavaciones en Oriente Medio. Encontraron los relatos babilónicos de la creación y el diluvio. La conclusión se sacó pronto: las historias de la Biblia son variaciones de antiguos relatos orientales. La Biblia viene realmente de Babel.

**El Nuevo Testamento y la crítica bíblica**

También con respecto al Nuevo Testamento se manejaba el método de la división en fuentes. Para empezar, pusieron bajo la lupa los primeros tres 'evangelios', los 'evangelios sinópticos'. Se suponía que hubo un Marcos primitivo y además una fuente con las Palabras de Jesús (llamada Q, de la palabra alemana *Quelle*, que significa fuente). De ahí habrían surgido los primeros tres 'evangelios', a través de todo tipo de redacciones y cambios sufridos. Generalmente se fechaba la redacción definitiva de *Lucas* después del año 70. También en *Juan* se señaló el uso de fuentes y la fecha de su origen a veces se fijó al principio del segundo siglo.

En cuanto a las cartas de Pablo, a veces incluso llegaron a negar que hubiese escrito *Efesios* y *Colosenses*, *1* y *2* de *Timoteo* y *Tito*. Lo hicieron en base a consideraciones lingüísticas y por su contenido. Igualmente *Apocalipsis* fue sometido a toda clase de hipotéticas divisiones.

**Teología comunitaria**

Tenemos que darnos cuenta de que los hombres que venían con todas estas teorías de fuentes, adoptaron una postura crítica frente a la Escritura. El interés en la historia de las formas (*Formgeschichte*) de los 'evangelios', surge de la idea de que la comunidad hubiera usado Palabras de Jesús existentes como punto de partida para sus propias meditaciones. Y encontraríamos un sedimento de ello en el Evangelio que nos ha sido transmitido. La tarea de la ciencia entonces es encontrar las palabras reales de Jesús. También los relatos de los milagros fueron considerados más como una presentación de la predicación de la comunidad que como una reproducción de hechos reales. De la misma manera que suponían que la comunidad desde los tiempos de Salomón hasta después del exilio nos ha entregado una redacción de `la ley y los profetas', así también opinaron sobre la obra de los evangelistas y apóstoles. La congregación habría reproducido su fe en todas esas historias y discursos de Jesús.

Además, dentro del Nuevo Testamento se podría señalar todo tipo de 'teologías', que a veces incluso se diferencian en cuanto a su contenido. Una 'teología de Jesús, de Lucas, de Pablo, etc. Está claro que todo esto lleva a una fragmentación del Nuevo Testamento. De esta manera quieren justificar las opiniones enfrentadas dentro del Consejo Mundial de las

Iglesias: ya que dentro del Nuevo Testamento mismo ya se constatan contradicciones.

**Desmitificación**

Rudolf Bultmann (1884-1976), catedrático en Marburg (Alemania), pronunció en 1941 en Alpirsbach un discurso sobre "Nuevo Testamento y Mitología". En él se afirmaba que la imagen del mundo en el Nuevo Testamento en el fondo era mítica. Se habla de cielo, tierra y Averno, ángeles y demonios. En este tiempo de técnica y ciencia esto ya no es aceptable para el hombre moderno. "No puedes hacer uso de la luz eléctrica y de la radio, y en caso de enfermedad querer tener el derecho a medicamentos y tratamientos clínicos modernos, y a la vez creer en el mundo de los espíritus y milagros del Nuevo Testamento. Y quien piensa que esto es posible, tiene que darse cuenta de que cuando se pronuncia a favor de la postura de la fe cristiana, con ello hará incomprensible e imposible la predicación cristiana en la actualidad." (2)

Bultmann sostiene que la tarea de la teología ahora es librar la Biblia de su imagen mítica del mundo. Se trata del mensaje del Nuevo Testamento. Este lo ve en el llamado a ser libres (la fe) del mundo, a no vivir de la materia, sino del espíritu (el Espíritu). El hombre tiene que llegar a ser lo que es, lo que significa de hecho: morir y resucitar con Cristo.

La resurrección de Cristo no es, según Bultmann, un hecho histórico. La fe cristiana de Pascua no está interesada en la pregunta si Cristo ha resucitado de verdad. Se trata de la fe escatológica de Pascua que también estaba presente en las experiencias visionarias de los discípulos.

Aplicar esta desmitificación significa que se sacrifica el contenido del Nuevo (y del Antiguo) Testamento. Lo que no le gusta al hombre natural, lo quita. Lo que queda es un evangelio según el propio corazón humano. Ahí no hay lugar para una confesión de Jesús como Hijo de Dios o para una fe en el perdón de pecados y en la reconciliación. Pero sí hay lugar para una 'teología de la comunidad' que dice lo mismo que los filósofos actuales.

En nombre del lema: 'tenemos que ser sinceros (*Honest to God*) y ganar al hombre de hoy por el Evangelio', eliminan lo fundamental del Evangelio y se quedan con un evangelio falso. En el fondo, lo que vemos que ocurre aquí es lo que intentaba la gnóstica desde el siglo II: usar los términos del Evangelio (en concreto de Juan), y cargarlos con un contenido completamente distinto.

**¿Pueden las excavaciones probar la fiabilidad de la Escritura?**

La fe en la Escritura tiene que apoyarse en la Escritura misma. No podemos basarla en los resultados de excavaciones.

Las excavaciones nunca pueden probar completamente la autoridad de la Escritura. La Escritura tiene una autoridad propia, que no depende de ninguna otra cosa. Puede ocurrir, como una bendición para la fe, que gracias a un descubrimiento se corrobora la verdad de una información controvertida en la Biblia con datos extra-bíblicos. Hallazgos del antiguo Oriente acerca de tratados diplomáticos pueden mostrar cómo la estructura del pacto que encontramos en la Biblia ya era conocida en tiempos de Abraham. El conocimiento de la civilización del antiguo Oriente ha contribuido a que figuras como los patriarcas ya no son caracterizadas tan fácilmente como míticas, sino que puede encajar lo que sabemos sobre ellos y su cultura en la imagen que tenemos del antiguo Oriente.

El hallazgo de los manuscritos de Qumrán ha hecho aumentar el respeto por el texto del Antiguo Testamento. El hallazgo del *Evangelio de la Verdad* (alrededor de 150 d.C.) entre los rollos gnósticos en Nag Hammadi en 1945 ha contribuido a la refutación de la opinión de Bultmann, que Juan se adhirió a la esperanza gnóstica, pre-cristiana, de un salvador celestial. Ahora se demuestra que la relación es justo al revés: la gnóstica tomó prestado los términos de Juan.

La investigación arqueológica ha demostrado también que situaciones como las que descritas en *Hechos*, concuerdan con lo que sabemos ahora del mundo grecorromano de aquella época. Ya son muchas las objeciones en contra de la Escritura, que resultaron ser completamente incorrectas. Se puede afirmar que, según avanzan las excavaciones y el estudio de textos antiguos, seguramente más ataques a la fiabilidad de la Biblia serán desenmascarados como inservibles.

Pero, no hay que apoyarse en la arqueología en el sentido de: ¡La Biblia tiene razón! La fe en la veracidad de la Escritura tiene que ir delante. Este punto de partida es además la única arma contra aquel que esgrima argumentos a favor de la teología de la comunidad y de la desmitificación. La fe en la Escritura trae su propia bendición, al leerla y explicarla. También para el hombre moderno, si quiere escucharla con respeto. Quien quita del Evangelio, no le queda ningún verdadero evangelio para poder presentar al hombre de hoy.

**No hay contradicción entre el Antiguo y el Nuevo Testamento**

La crítica al Antiguo Testamento ha recurrido al Nuevo Testamento. El 'espíritu de Jesús', que solo habló de amor, sería incompatible con el del Antiguo Testamento, en el cual Dios es representado como un Dios de venganza.

Marción, ya en el siglo segundo, acabó con el Antiguo Testamento, y publicó un Nuevo Testamento abreviado en el que había intentado borrar todo lo que recordaba al Antiguo Testamento. En los siglos pasados, se

alzaron voces que aseguraron que el Antiguo Testamento como ‘libro judío’ ya no era aceptable para el hombre de hoy.

Sin embargo, el Antiguo Testamento no es un ‘libro judío’ que está contrapuesto al Nuevo Testamento. Del Nuevo Testamento mismo se puede desprender que Jesús y los apóstoles consideraban el Antiguo Testamento como su Biblia. Cristo es el fin de la ley (*Ro. 10: 4*). Moisés ha escrito sobre Él (*Jn. 5:46*). El ha venido para cumplir la ley y los profetas, no para abrogar (*Mt. 5:17*). Empezando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, Cristo explicó a los dos discípulos en el camino a Emaús todo lo que las Escrituras de Él decían (*Lc. 24:27*).

Cuando Cristo dice en el Sermón del Monte: “¡Pero yo os digo!”, eso no quiere decir que se enfrenta con Moisés. Se enfrenta con los rabinos, que con su aplicación caprichosa de la Ley la dejaron sin fuerza.

El nuevo Pacto no es tampoco una dispensación con una estructura diferente a la antigua dispensación. El Evangelio del nuevo Pacto solamente proclama que Cristo, por medio de su sangre, ha cumplido las imágenes, las sombras, los modelos del antiguo Pacto y ha traído un perdón completo. También recibió el Espíritu Santo, que capacita a la Iglesia para ejercer su mandato en todo el mundo. En la extensión de la Iglesia por toda la tierra se ve lo que ha profetizado Isaías (*Is. 42:1-7*). El nuevo Pacto, intenso y válido, es un cumplimiento del antiguo.

Porque en el antiguo Pacto el Señor daba sus promesas, a la vez que exigía obediencia y amenazaba castigar la apostasía, pero eso lo encontramos igualmente en el nuevo Pacto.

Por lo tanto, no se puede decir que Jesús era el Hombre del amor, que contrasta con las amenazas del Antiguo Testamento. No es verdad que los salmos imprecatorios no sean cristianos, porque el nuevo Pacto conoce solamente la gracia.

El siguiente cuadro puede aclarar, cómo el Nuevo Testamento cita estos salmos y hace alusión a ellos:

| Salmo | Nuevo Testamento |
|---|---|
| 2:9 | Ap. 12:5; 19: 15; 2: 26 |
| 69:22, 23 | Ro. 11:9, 10 |
| 69:24 | Ap. 16:1 |
| 69:25 | Hch. 1:20 |
| 109:8 | Hch. 1:20 |
| 137:8 | Ap. 18:6 |
| 137:9 | Lc. 19:44 |

Dios es amor (*1 Jn. 4:16*). Pero también Él es fuego consumidor (*He. 12:29*). Tenemos que tomar en serio al Nuevo Testamento en esto. El

“Jesús te ama” de las pegatinas motiva a formar una imagen equivocada de nuestro Salvador. Él es el mismo que pronunció el “¡Ay!” y Él viene para juzgar. Su Padre es el Dios del antiguo Pacto, que sigue siendo el mismo en el nuevo Pacto. No habla con dos bocas distintas.

**¿Contradicciones en la Biblia?**

Sobre todo por parte de los que están a favor de la crítica bíblica, se enfatiza mucho las así llamadas contradicciones en la Biblia. El hecho de que están allí, suministraría una prueba para la teoría de las diferentes fuentes, que se usaron para la compilación de por ejemplo el Pentateuco y los evangelios sinópticos, como E, J, P, D, Marcos primitivo y Q.

A menudo, la afirmación de que la Biblia como libro humano está llena de errores, se suaviza diciendo que realmente lo que más importa es su mensaje, el objetivo de la Escritura. El que haya o no contradicciones o errores, eso no importa tanto.

Lo decisivo aquí es la actitud.

Si uno parte de la posición de que la Palabra de Dios es un libro falible, eso influye su ‘hipótesis de trabajo’ cuando lo lee. Está ansioso por probar su punto de partida, y mira con ojos de águila para captar conflictos en el registro de algo que haya en la Biblia.

Cuando sin embargo uno parte de la confesión de que la Palabra de Dios ha sido escrita y transmitida por hombres, pero que es la Palabra de Aquél que es imposible que se contradiga, entonces tiene continuamente presente la presuposición de que está tratando con la Palabra infalible de Dios. Es muy probable que uno a veces encuentre cosas que son difíciles de compaginar. No obstante, su actitud entonces no es orgullosa o racionalista, pensando: Aquí he encontrado otro error más. No, uno piensa: En este momento no lo entiendo bien, pero se deberá a mi capacidad de comprensión limitada que también sufre las consecuencias de la caída en el pecado. Es muy probable que con un estudio detenido y una reflexión madurada, uno llegue a un discernimiento más claro.

Hay varios factores que hay que tener en cuenta.

A veces puede ser que una supuesta contradicción (p. ej. respecto a un número) se debe al error de un copista. Como solían expresar los números por medio de letras, ha podido confundir una letra con otra.

También ocurre que nosotros, desde nuestra forma de pensar occidental que ordena cronológicamente, empezamos a leer la Biblia y nos encontramos con el hecho de que cosas que ocurrieron más tarde, van delante. Conscientemente, el autor bíblico ha puesto cierto acontecimiento, en relación con el tema, al principio. Lo hace Lucas por ejemplo, cuando menciona la actuación de Jesús en la sinagoga de Nazaret al principio de su relato (*Lc. 4:16-30*), mientras que Mateo lo menciona mucho más tarde, en

el capítulo 13, después de todas las parábolas (*vv. 53-58*). Aquí no se puede señalar un error, sino una composición deliberada.

Juan menciona al principio de su libro que Jesús purifica el templo (*2:14 ss*). Mateo y Lucas hablan sin embargo de una purificación del templo al final de sus libros, antes de la Pascua en que Jesús fue crucificado. Además, se pueden observar diferencias entre el relato de la purificación del templo de Juan y de los otros evangelistas.

¿Acaso Juan ha distorsionado un acontecimiento que en realidad ocurrió dos años después? Pues no, Juan, que todo lo ordena tan conscientemente de forma cronológica, ha descrito aquí la primera purificación del templo y además nos comunica la palabra de Jesús (*Jn. 2:19*), que más tarde fue tergiversada y usada en contra de Él por falsos testigos (*Mc. 14:57-59*). Por lo tanto, no se trata aquí de una repetición o una contradicción.

También hay que tener en cuenta que la transmisión de las palabras de Jesús no siempre se hace al estilo de un acta notarial o un reportaje periodístico. Este hecho explica muchas supuestas diferencias. A veces se puede ver claramente que han hecho una paráfrasis (cf. *Mt. 24:15* con *Lc. 21:20*). Los autores tenían en cuenta el cuadro de referencias de sus lectores. Esto no quiere decir que introducían cambios en las palabras de Jesús. Para Pablo, el Evangelio de Jesús constituye el trasfondo y la subestructura de sus escritos, pero muchas veces utiliza palabras e imágenes propias para reflejarlo. No es que con ello construya una teología propia o diferente.

Muchas de las supuestas contradicciones pueden ser remitidas al reino de las fábulas, cuando hay disposición para tener en cuenta las circunstancias de aquella época. Leemos en *Lucas* que el ciego Bartimeo fue sanado antes de que Jesús entrase en Jericó (*18:35 - 19:1*). En *Mateo* se nos habla de dos ciegos que son sanados, cuando sale de Jericó (*20:29 ss*.). Por parte de los críticos este contraste ha sido señalado triunfalmente para denunciar la deficiencia del registro del Evangelio. Si recordamos que existió una ciudad vieja de Jericó, pero que Herodes había construido un poco más allá una ciudad nueva, entonces los problemas desaparecen de repente. Mateo escribe para los judíos y habla de la vieja Jericó, Lucas escribe para Teófilo, que conoció la nueva Jericó helenística. Lucas se concentra en una persona, Bartimeo, y menciona también a la nueva Jericó porque quiere contar con mucho detalle la historia de Zaquéo el publicano, que vivía en la parte helenística de Jericó.

Podemos estar seguros de que la ‘investigación puramente científica’, que se presenta tan orgullosa y autoritariamente, se equivoca muchísimas veces cuando quiere demostrar que la envoltura del mensaje bíblico es defectuosa.

En varias universidades, institutos, y centros educativos por todo el mundo, se ha convertido en deporte el intentar arruinar la fe desde el conocimiento moderno; lo mismo ocurre también en zonas donde trabajan las misiones y hay iglesias ‘jóvenes’ en Latinoamérica, África y Asia. No se deje impresionar por ello. Repetir como un loro lo que haya demostrado ‘la ciencia’ no es ningún golpe. Por la fe somos más que vencedores (*Ro. 8:37*), también de la crítica bíblica agresiva. Tenemos un arma muy fuerte: la Palabra de Dios misma, que es una espada del Espíritu. En ella leemos:

“Destruiré la sabiduría de los sabios,
Y desecharé el entendimiento de los entendidos (*Is. 29:14*)
¿Dónde está el sabio?
¿Dónde está el escriba?
¿Dónde está el disputador de este siglo?
¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?” (*1 Co. 1:19-20*)

Sin miedo podemos ir al encuentro de la crítica bíblica. Cuando refutamos con argumentos una contradicción señalada, enseguida tendrán otras cien preparadas para poner en su lugar. No se deje amilanar por ello. ¿Dónde están ahora todos esos escribas liberales que querían minar la Biblia? Pero la Escritura sigue en pie y se defiende a sí misma.

Esto no significa que podemos luchar con ayuda de argumentos baratos y gritos. Desgraciadamente se hace demasiado, y así se cometen los mismos errores que el adversario. La crítica bíblica nos tiene que obligar a profundizar en la Escritura misma. De esa manera nos asombraremos de las coherencias que vamos descubriendo y de la unidad tan grande que muestra.

“Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la Palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la Palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes” (*1 Ts. 2:13*).

## LA BIBLIA COMO UNIDAD

### No a la atomización

Antes hemos visto cómo la crítica bíblica divide la Escritura en diferentes ‘fuentes’, que hacen oír distintas voces, cada una con una teología propia. Esto no es en absoluto beneficioso para la fe de las Escrituras.

Hay que tener en cuenta además, el hecho de que muchas personas solamente conocen una parte de la Escritura, y que prefieren vivir antes con unas pocas historias o palabras de la Biblia que con toda la Palabra. Eso

tampoco ayuda a conseguir una visión de la unidad de la Biblia y su coherencia.

Ya sabe cómo suele pasar: nuestro primer contacto con la Biblia muchas veces consiste en las historias bíblicas que nos han contado de niño, las que leímos en una Biblia para niños. Para hacerlas más fascinantes, han sido dramatizadas, romantizadas, o maquilladas… Esto tenía como consecuencia que nuestra atención no disminuía, pero también que recibimos la impresión que en la Biblia solo había historias emocionantes sobre personajes interesantes. Cuando más adelante empezamos a leerla por nosotros mismos, experimentamos cierta decepción.

En primer lugar, las historias de la Biblia no están escritas al estilo de una historia de vaqueros. La forma de expresar es bastante sobria y concisa. Y muchas veces no pone lo que la profesora de la escuela dominical ha contado. Y a veces es justo al revés, cuando hay mucho ahí que no nos ha contado.

Si se ha criado con historias sobre 'personajes bíblicos' y textos sueltos, seguramente se extrañará cuando empieza a leer los profetas o las cartas. Le va a costar un esfuerzo entender cómo todas esas leyes y proverbios y cartas 'dogmáticas' forman una unidad con esas historias 'bonitas' que escuchó en la infancia. Si se ha criado con fragmentos, ¿cómo y dónde hay que encajar todo lo demás? Muchos han pensado, cuando eran niños: Todo en la Biblia que no pertenece a esas historias bonitas, es para los adultos. A menudo, lo que pasó una vez que ellos mismos llegaron a ser adultos, fue que preferían quedarse con esas historias románticas y no estaban dispuestos a escuchar esas cosas complicadas que decían los autores de los libros de sabiduría, los profetas y apóstoles. Sus oídos estaban cerrados para aquello.

Si queremos escuchar a la Biblia, tendremos que partir de la confesión que el Señor es uno (*Dt. 6:4*; *Zac. 14:9*; *Mc. 12:29*; *St. 2:19*). Por lo tanto, también su revelación es una, una unidad, una unidad coherente. El Señor es el Rey, que se dirige a nosotros en su Palabra Real. Todo en ella es importante, aunque no nos llegue de una forma que quizás preferiríamos. Se nos llama a reconocer y vivir la unidad de aquella Escritura más y más.

Aquí habla el Dios del Pacto único en Cristo. No es un relato deshilvanado. El Antiguo Testamento viene a nosotros como un canon del antiguo Pacto, muy coherente y lleno de sentido. Y lo mismo se puede decir del Nuevo Testamento como canon del nuevo Pacto, que además nos ayuda a explicar el Antiguo Testamento de forma cristo-céntrica.

## Coherencia dentro del canon del Antiguo Testamento

El fundamento del Antiguo Testamento es formado por los ‘cinco libros de Moisés’, el Pentateuco. En él se lee la Historia de la redención que precedió la celebración de la Alianza (*Gn. 1:1 - Ex. 18:27*): la creación, la caída en el pecado, el diluvio y el pacto con Noé, las alianzas con los patriarcas, el viaje a Egipto y el éxodo desde Egipto.

En *Éxodo* 19-24 leemos del Pacto que el Señor establece con su pueblo en el Sinaí. En ello ocupan un lugar central las Diez Palabras, seguidas por el libro del Pacto. Desde *Éxodo* 25 hasta el final de *Deuteronomio* leemos del viaje por el desierto, las ordenanzas de la Alianza que van detallando la obediencia a las Diez Palabras. También se acentúa una y otra vez la bendición y la maldición del Pacto.

A partir de *Josué* siguen las historias escritas desde el punto de vista profético de la época de la conquista de Canaán, la época de los jueces y de los reyes (*Jos. – 2 R.*). *1* y *2 Crónicas*, *Esdras* y *Nehemías* forman una unidad que nos muestra que el Señor no abandona su proyecto del templo, y que a pesar de la infidelidad y el exilio de su pueblo, Él sigue viviendo entre ellos y guarda un resto, un remanente para sí.

Ninguno de estos libros tiene como tema central los acontecimientos románticos de los personajes. Los ‘libros históricos’ nos muestran cómo el Señor guarda su Pacto, en bendición y en maldición. Estas cosas han sido escritas para consolar y advertirnos (*1 Co. 10:11-12*).

Una y otra vez queda claro que el Señor cumple sus juramentos. La semilla de la serpiente intenta destruir la Iglesia. Pero la fidelidad de Dios se extiende por encima de las aguas del diluvio y más allá del exilio. Los ‘libros históricos’ dan un testimonio conmovedor de la impotencia de los mediadores de la Alianza para salvar al pueblo. Nos presentan a sacerdotes que no son, en absoluto inmaculados, falsos profetas, reyes que se apartan del camino. También leemos de profetas fieles que son rechazados por el propio pueblo, de reyes que a veces intentan hacer lo bueno, pero que no pueden parar la decadencia del pueblo. ¡Cómo resuena por todo el Antiguo Testamento el clamor por Jesucristo, el gran Sacerdote y Rey! ¡Cómo señalan todas esas leyes acerca del tabernáculo y los sacrificios, lavamientos y fiestas hacia el Salvador, que es tanto Sacerdote como Sacrificio!

Los demás libros del Antiguo Testamento se unen a ello. Los *Salmos* y *Lamentaciones* nos hacen vivir la relación que Israel tenía con su Dios, y cómo luchaba para poder recibir las promesas del Pacto. Es como si estuviéramos presentes en el culto del templo. Vemos dentro del corazón de los que oraban. Vemos cómo recordaban a Dios y a sus promesas, cómo se lamentaban del padecimiento que les sobrevino, cómo confesaban sus pecados, cómo daban gracias de todo corazón por la salvación recibida y cómo esperaban una redención aún más grande. Vemos cómo Israel estaba convencido de lo que dice el cántico de Moisés: “El Señor juzgará a su

pueblo” (*Dt. 32:36*; *Sal. 135:14*; *Ro. 12:19*; *He. 10:30*; *Ap. 18:20*; *20:4*).

Los libros de sabiduría como el de *Job*, *Proverbios* y *Eclesiastés*, quieren ayudar al pueblo a seguir en el camino del Señor y aceptar su dirección. *Proverbios* nos ofrece una explicación de la Ley de los Diez Mandamientos, y no solamente un poco de sabiduría por experiencia de la vida. Encontramos aquí aplicado el temor del Señor, que es el principio de la sabiduría.

Lo mismo se aplica a los profetas.

Al leer sus libros asistimos a un reportaje sobre un ‘culto’ del antiguo Israel. Escuchamos cómo los profetas apelan al Pacto de Dios y llaman al pueblo a servir al Señor. Los profetas mayores y menores hablan de las promesas de Dios, de sus requisitos y sus amenazas. Y lo hacen de muy diferentes maneras. No obstante, se apoyan en la Ley de Moisés, vuelven a aferrarse a las ordenanzas de la Alianza o remiten a bendiciones anteriores que serán garantía de la redención mesiánica que viene. Apelan también a las sanciones, las amenazas de la Ley, que se harán realidad en la Historia si el pueblo del Señor no se convierte. Están subidos a los hombros de Moisés y muchas veces también se apoyan mutuamente.

Sobre la base del Pentateuco está construido el canon del Antiguo Testamento:

---

Profetas
advertencias y promesas según el Pacto

---

Libros poéticos
sabiduría y canto del Pacto

---

Libros históricos
mantenimiento del Pacto por parte del Señor

---

Pentateuco
precedentes
instauración del Pacto
ley del Pacto

---

**Coherencia dentro del Nuevo Testamento**

En el Nuevo Testamento encontramos un patrón similar al del Antiguo Testamento. En los ‘*evangelios*’ (sólo hay un Evangelio) vemos dibujada primero la historia previa de la salvación que ha venido en Cristo. A continuación relatan su sacrificio en la cruz, donde vertió su sangre para reconciliación en el nuevo Pacto, y también la resurrección, que mostró que este sacrificio no había sido en vano. Aquí hay similitud con el Pentateuco. Por lo que llamaremos a los evangelios el *Tetrateuco* (cuádruple).

Sobre la base de los evangelios está *Hechos* como un ‘libro histórico’. Este muestra cómo funcionaba el nuevo Pacto en capacitar la congregación (Pentecostés), en el llamamiento evangélico dirigido a Israel para aceptar a Cristo, y en la expansión del Evangelio hasta en Roma.

Las *cartas* y *Apocalipsis* concuerdan a su vez con las profecías del Antiguo Testamento. Escuchamos la predicación en una congregación neotestamentaria. Porque, ¿no estaban destinadas tanto las *cartas* como *Apocalipsis* a ser leídas en el culto? (*Col. 1:16*; *1 Ts. 5:27*; *Ap. 1:3*; cf. *Jer. 29:1 ss.*). De esta forma el Señor instruía su pueblo acerca de sus promesas, demandas y amenazas: “El que no amare al Señor Jesucristo sea anatema. El Señor viene. La gracia del Señor Jesucristo esté con todos vosotros” (*1 Co. 16:22-23*). Y todo ello sobre el fundamento de los evangelios (*Tetrateuco*).

**Coherencia del cánon veterotestamentario y neotestamentario**

Existe una gran coherencia entre el canon del Antiguo y del Nuevo Testamento, como también la hay dentro del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Los profetas apelan a la Ley de Moisés, el Pentateuco. “Maldito el varón que no obedeciere las palabras de este pacto, el cual mandé a vuestros padres el día que los saqué de la tierra de Egipto, del horno de hierro, diciéndoles: Oíd mi voz, y cumplid mis palabras, conforme a todo lo que os mando; y me seréis por pueblo, y yo seré a vosotros por Dios” (*Jer. 11:3-4*; *Dt. 27:26*; *4:13, 20*; *Lv. 26:3, 26*). Lo mismo hacen los Salmos: “Ha manifestado sus palabras a Jacob” (*Sal. 147:19*).

Los apóstoles apelan al Evangelio, el *Tetrateuco*. “Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema” (*Gá. 1:9*).

Todo el Nuevo Testamento se deshace en referencias al Antiguo, al Pentateuco, a los libros históricos, a los escritos y a los profetas. Existe una gran coherencia, por todas partes hay enlaces.

El siguiente esquema puede mostrar esto, aunque de una manera muy insuficiente:

Precedentes al establecimiento del Pacto; Génesis – Deuteronomio
Mateo – Juan

| | | |
|---|---|---|
| promesa, demanda y amenaza del Pacto | (*Pentateuco*) | (*Tetrateuco*) |
| El mantenimiento del Pacto en la historia de la salvación por parte de Dios | Josué – Ester | Hechos |
| La predicación acerca de la promesa, la demanda y la maldición del Pacto | Profetas, cánticos, y libros de sabiduría | Cartas, Apocalipsis |

**¡Oye y lee, Israel!**

La Biblia es un libro voluminoso. Encontramos en ella toda una biblioteca de 66 libros, un archivo completo. ¿Por qué nos presenta todas esas leyes y esas historias de guerras sangrientas? ¿Por qué ese retumbar cansino de los profetas y esas cartas profundas de Pablo? ¿Por qué *Crónicas*, además de *Reyes*, por qué cuatro 'evangelios'?

¿No sería mejor tener un breve catecismo como conducto de la revelación de Dios? ¿No es la forma un obstáculo para el hombre moderno? ¿No se molestaron muchos por causa de los pasajes todo menos 'edificantes'? ¿No hubiera sido mejor tener un 'evangelio reducido'?

No tenemos que querer ser más sabios que Dios, que por su buena voluntad nos dio la Biblia. Nuestra inteligencia o nuestro sentimiento no deben ser la norma al juzgar lo que tendría o no que incluirse en la Escritura. Porque, ¿quiénes nos imaginamos que somos, hombres liliputienses? El Señor en su sabiduría infinita nos ha querido dar esta colección, que se formó en un intervalo de tiempo de muchos siglos – por lo menos los que separan Moisés de Pablo.

La extensión, de la que habla también el art. 7 de la *Confesión Belga*, es una bendición. ¿Sabe por qué? Porque el Señor nos muestra en ella cómo Él, como el Dios de la Alianza, se introdujo en la Historia humana, por así decirlo. La Palabra se hizo Escritura. El Señor muestra en su Palabra cómo se ha revelado en una historia de salvación de largos siglos. Y cómo avanzaba en su obra hacia la venida del Salvador.

Por eso no hay que irritarse por el hecho de que tengamos un libro tan gordo, aunque seamos hombres de este siglo apresurado. La extensión de las 'historias de nacimientos' y genealogías, leyes y profecías, crónicas y evangelios, no significa una pérdida para la Iglesia que evangeliza, sino solo ganancia.

Ahora todo el mundo puede ver cómo Dios se ha ocupado de su pueblo. Y esto se expone una y otra vez desde ángulos distintos. No es que haya unas pocas historias y discursos aburridos y cartas, no, aquí

encontramos los documentos de la fidelidad de Dios a sus promesas. En toda la variación hay una gran coherencia.

Si el hombre de hoy se siente molesto por esto, eso significa que rechaza la gracia del Señor. Todos los eslabones de esta cadena son importantes. El hombre moderno, que se está volviendo presa de la uniformidad gris, puede estar agradecido de que en la Escritura haya semejante falta de monotonía. Nos pinta un cuadro de la salvación en muchos colores brillantes y vivos. Las formas cambian continuamente: crónicas, leyes, profecías, cánticos, cartas. Y en todas ellas suena: Así habla el Señor. ¡Oye, Israel, aquí está tu Dios!

Hay muchas personas, que por nada en el mundo se atreverían a afirmar que la Biblia no sea la Palabra infalible de Dios. Sin embargo, solamente quieren conocerla parcialmente. Viven con un pequeño fragmento de la Palabra de Dios. Conocen algunos textos, pero si se les preguntara qué es lo que pone en un libro en particular, y cuál es el tenor de ello, no saben contestar.

Esto no solo ocurre con personas que se han unido a la Iglesia a una edad tardía, sino también con los que pertenecen a la Iglesia desde su juventud, y que suelen hablar sobre la Palabra de Dios como el único fundamento.

Cuando leemos una carta, entonces no leemos un fragmento de en medio, sino toda la carta. Y tenemos en cuenta la correspondencia anterior. También leemos entre líneas, si conocemos al escritor y su forma de hablar. Tenemos en cuenta el trasfondo de su carta.

Así hay que hacerlo también cuando leamos la Biblia. Este libro se ha escrito para ayudarle con ello. El autor es consciente de que ha aportado solo un pequeño granito en este aspecto. El objetivo de este libro es aclarar algo del patrón, del tenor, del mensaje de cada libro de la Biblia, en relación con la totalidad de la Escritura. La Biblia no debe seguir siendo un libro prácticamente cerrado para usted.

Dios obra a través de los medios. Por eso es importante que usemos el medio de la imprenta y que leamos la Biblia por nosotros mismos.

Hay una tradición muy buena de leer la Biblia a la hora de comer juntos -en la mesa-, que no se puede dejar de recomendar nunca suficientemente. Cuando es otra persona la que lee en voz alta, es mejor que nosotros también tengamos una Biblia delante para poder seguir la lectura, y no distraernos. Leer la Biblia a la hora de comer tiene la ventaja de que pueda surgir una conversación sobre el contenido. Esta conversación es necesaria para captar bien lo más importante de lo leído y aclarar pasajes incomprendidos.

Desde luego hay que estudiar la Biblia también a solas, y no únicamente cuando tengamos que preparar algo para una reunión o estudio bíblico. La lectura bíblica tendrá que abarcar todos los libros de la

Escritura, incluidos aquellos que hasta ahora no comprendemos o no conocemos todavía.

Existen muchas versiones. Se recomienda hacer uso de ellas, pero para el uso diario es mejor consultar una traducción no demasiado libre. No tenga usted miedo a marcar lo que le interesa. Una Biblia es para que la usemos. Apunte textos relacionados. Subraye palabras y expresiones que se repiten en un pasaje. Para señalar la estructura de una porción usted puede servirse de números o letras. Marque con un círculo lo más importante de lo que trata el texto. Sea consciente de que el Espíritu Santo ha compuesto la Biblia y no tenga miedo de notar qué bien ‘encaja’ todo.

El Libro de libros es una obra concienzuda. No lo trate con indiferencia. Dedíquese por completo a ella y déjese cautivar. Va a necesitar una vida entera para intentar penetrar en ella.

Hay muchas herramientas que pueden ayudarle a orientarse en la Escritura: Biblias con anotaciones, comentarios, atlas, enciclopedias y diccionarios bíblicos. Al usarlos tendrá que hacer valer su propio juicio, guiado por la Palabra de Dios mismo.

Este libro ha sido escrito en primer lugar para los jóvenes, y así mismo ha surgido del contacto con personas jóvenes. La juventud de hoy es llamada para formar las futuras fuerzas de choque del Mesías, si el Señor nos da ese futuro. El Señor se acuerda para siempre de su Pacto, la Palabra que mandó para mil generaciones (*Sal. 105: 8*). En algún lugar de esta cadena de generaciones puede estar usted también. Ponga pues toda su existencia bajo la luz de su Palabra de consuelo y de autoridad. “Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad. Desde el seno de la aurora tienes tú el rocío de tu juventud” (*Sal. 110:3*).

(2) R. Bultmannn en: Hans Werner Bartsch (ed.), *Kerygma und Mythos I*, Hamburg – Volksdorf 1948, pág. 18

## GÉNESIS

### El libro de los 'nacimientos'

El primer libro de la Biblia, llamado *Génesis* (que significa formación) por los traductores griegos del Antiguo Testamento, forma junto con los cuatro libros siguientes el Pentateuco, los cinco libros de Moisés, la *Torá*, la Ley. Mientras que en *Éxodo* a continuación se nos relata la salida de Egipto y cómo Dios da sus leyes en el monte Sinaí, en *Génesis* se nos da a conocer la historia que lo precede. Éxodo menciona que Dios se acuerda de su Alianza con Abraham, Isaac y Jacob (*Ex. 2:24*); *Génesis* describe cómo el Señor hizo este Pacto con los patriarcas, y cómo a partir de ellos empezó a reunir su Iglesia para un día poder bendecir a

todos los pueblos. Y toda esta Historia de salvación se coloca en *Génesis* ante el trasfondo de la Creación del mundo, la caída del hombre, el diluvio y la decadencia de los pueblos. En trazos negros se nos dibuja el principio de la Historia del mundo. Pero, no falta la luz. En cuanto Israel empezó a leer la *Torá*, se veía confrontado desde el primer libro de la Ley con la promesa del Mesías y con el Pacto. Algún día, el Señor haría que en la simiente de Abraham todas las naciones serían benditas.

Este poderoso primer libro de la Biblia nos enseña a no separar la Historia del mundo de la Historia de la salvación, la Historia de la Alianza. Nos da de repente un panorama grandioso de todos los acontecimientos, el Señor revela algo del propósito de su actuación. ¿Por qué esta tierra, y para qué existe? ¿Cuál es el sentido de la vida humana?, y ¿cuál el significado de la Iglesia? En *Génesis* recibimos respuestas a estas preguntas. Empezamos a entender que aquella creación del mundo, aquella historia de la formación de la raza humana, ¡tiene como objetivo la reunión de la Iglesia! Y las fuerzas destructivas no tienen la última palabra en este endemoniado mundo: Cristo es el Triunfador, la semilla de la mujer aplastará la cabeza de la vieja serpiente.

Por lo tanto, el libro de *Génesis* no es un manual para la ciencia y la Historia, aunque contiene verdadera Historia que tenemos que conocer. *Génesis* es un libro de consuelo, que en esta tierra maldita nos desvela lo que es eternamente cierto: que el mundo es creado por Dios, y el Poderoso no lo suelta, a pesar del pecado, sino que Él continúa su obra por medio de la Iglesia y de la Alianza hacia el nuevo paraíso.

La división de la Biblia en capítulos, como la conocemos ahora, no viene de los autores de la Biblia, sino de un tal Stefanus Langton, que murió en 1228. La división en versículos la encontramos por vez primera en una edición de 1551 en París. Como en cierto sentido estas divisiones son artificiales, no siempre hacen justicia al contenido de la Escritura. A veces separan lo que tendría que ir junto, y a veces juntan algo que hubiese sido reflejado mejor por separado.

Por eso siempre es bueno preguntarse si acaso los autores originales de la Biblia hayan introducido algún tipo de división.

Respecto a *Génesis*, de hecho, es fácil encontrarla. Ya que leemos allí diez veces sobre *Toledot*, las historias de nacimientos o generaciones. Y estas indicaciones nos dan una división:

Estas son las *toledot* de:

El cielo y la tierra cuando fueron creados (*2:4*)
Adán (*5:1*)
Noé (*6:9*)
Los hijos de Noé (*10:1*)
Sem (*11:10*)

Taré ( *11: 27*)
Ismael (*25:12*)
Isaac, el hijo de Abraham (*25:19*)
Esaú, el cual es Edom (*36:1*)
Jacob (*37:2*).

Tantas veces un nuevo comienzo, que se relaciona con el anterior; cada vez un génesis, una formación, un nacimiento. Pero por esta vía el Señor llega a su salvación, así reúne a su pueblo Israel. Así también llega el ‘génesis’ de Jesucristo (*Mt. 1:1*).

**En el principio**

Goebbels escribió en su diario el día 12 de mayo de 1943:

“El *Führer* se pronuncia de forma muy áspera sobre la actitud arrogante del alto y bajo clero. Ya que la locura de la doctrina cristiana de salvación se ha rendido absolutamente inservible para nuestro tiempo. Sin embargo, hay hombres eruditos, educados, con altos cargos en la vida pública, que siguen siendo fieles como niños a esta fe. Es simplemente incomprensible, que se puede seguir considerando la doctrina cristiana de salvación como una guía para transitar por esta vida difícil. En cuanto a ello, el *Führer* menciona un gran número de ejemplos que son extraordinariamente reveladores y a veces incluso grotescos. Por supuesto, esos locos papistas saben exactamente cómo funciona el mundo. Mientras hombres sabios y muy eruditos de la ciencia se esfuerzan su vida entera para desentrañar solo una de las misteriosas leyes de la naturaleza, hay un insignificante cura en la zona rural de Baviera capaz de emitir un juicio sobre aquello en base a sus conocimientos religiosos. Ante esta actitud repulsiva solo cabe mostrar desprecio. Una Iglesia que no va al paso de los criterios de la ciencia moderna, se condena a la ruina. Esto puede llevar tiempo, pero se arruinará inevitablemente. Un hombre que está en medio de la vida cotidiana y que solamente puede barruntar vagamente los secretos místicos de la naturaleza, usará de la mayor modestia frente al universo. El clero que no tiene ni idea de esta modestia, se coloca frente a los problemas del universo con una insolencia soberana” (1).

Y ahora, leamos el primer capítulo de la Biblia: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra.” Ya por esa primera frase uno está obligado a elegir. Elegir a favor o en contra de la revelación de la Escritura. Si decide a favor, entonces usted oye gritar a Goebbels: eso es arrogancia disparatada. Pero, este ‘profeta de la bestia’ no está solo. Así se expresa la opinión corriente de hoy también: la Iglesia tiene que ir al paso de los criterios de la ciencia moderna acerca de la Creación. Así que: reconozca la evolución, o si no, es un ignorante. La primera frase de todas en la Biblia ya nos confronta con la pregunta: ¿queremos considerar la revelación sobre

el Creador y el Salvador "como una guía para transitar por esta vida difícil"? ¿Estamos dispuestos a aceptar lo que la Palabra de Dios dice sobre la creación, como un elemento de la doctrina cristiana de la salvación? ¿Estamos dispuestos a creer que Él, que hizo el Pacto, también es el Creador de los cielos y la tierra? ¿Qué Él es tanto fiel como poderoso? ¿No vamos a tropezar por la irritación que suscita la doctrina cristiana de la Creación y la salvación, etiquetada como 'totalmente inservible para nuestro tiempo'? No lo olvidemos, igual que esta frase nos obliga a tomar una decisión, así realmente cada frase de la Biblia nos colocará ante una elección. No podemos ir repitiendo siempre este mismo comentario, y por eso lo enfatizamos ahora, al principio. En este tiempo de exploración del universo, la Biblia pretende ser nuestra guía a la verdad, nuestra única guía a través de esta vida llena de dificultades.

"En el principio creó Dios los cielos y la tierra".

Esto leyó el israelita, rodeado de pueblos que conocían los mitos más extraños acerca del origen del mundo, que adoraban a animales y estrellas como si fueran dioses, que creían en la actuación poderosa de fuerzas malignas en el mar y en el aire. Todas esas ideas paganas lo influenciaban, amenazaban apoderarse de su forma de pensar. Entonces es cuando viene Dios, al comienzo de la Ley, y se pone frente a todo tipo de teorías idólatras de Babilonia y Canaán que hablan de la formación del mundo a partir de un principio primitivo, de una lucha entre dos fuerzas hostiles, de un matrimonio cósmico entre dioses. El cielo y la tierra no se formaron de elementos primitivos y eternos, sino que era aquel único Dios de Israel que creó el tiempo y el espacio, que gobernó las estrellas y que por su Palabra hizo todas las cosas en una semana que terminó en *sabbat.*

Israel conocía en su culto el *sabbat*, el día de descanso después de seis días de trabajo. Pues bien, la historia de la creación le mostraba que esa idea del *sabbat* ya estaba fundada en la Creación de Dios. Así habló el Señor desde el Sinaí: "Acuérdate del día de reposo…porque en seis días hizo el Señor los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, el Señor bendijo el día de reposo y lo santificó" (*Ex. 20:11*).

Cuando leemos lo que pasó en los diferentes días de la Creación, es posible constatar una cierta coherencia:

| | |
|---|---|
| 1. Luz | 4. Cuerpos celestes |
| 2. Aguas en la tierra y la expansión | 5. Peces y pájaros |
| 3. La tierra se seca y crecen plantas y árboles | 6. Animales de la tierra y el hombre |

¡El hombre!

Él es la pieza final de la Creación. La tierra es decorada y hecha habitable como una casa para el hombre. Las grandes lumbreras y las estrellas se le dan a él para servirle de calendario y reloj. Los animales de la tierra y del mar tienen que someterse a él. Porque el Adán, el hombre, no es igual a las demás criaturas, no es un capricho de la naturaleza. No, el Señor creó el hombre a su imagen, eso quiere decir: como su representante, su virrey en la tierra. El hombre, creado varón y hembra, recibió el mandato de multiplicarse, de señorear la Creación, de cultivarla. Y cuando la descripción de los días de la Creación termina diciendo cada vez que Dios vio todo lo que había hecho, y era bueno – después de la creación del hombre leemos: he aquí, que era buena en gran manera. Ahora puede llegar el *sabbat*. Dios descansa de toda la obra que ha creado.

**La generación (*toledot*) de los cielos y la tierra, cuando fueron creados (*2:4 – 4:26*)**

Después de la introducción siguen ahora los diez *toledot*.

Ahora que la Creación es un hecho cumplido, comienza la Historia del Pacto. La Reina Valera empieza aquí con un nuevo epígrafe, porque ahora se nos dibuja cómo fue creado el hombre, y cómo es puesto en el huerto del Edén.

El Paraíso… Leemos de un huerto con muchos árboles, de un árbol de la vida y de un árbol de la ciencia del bien y del mal, de un río de vida. El hombre recibe un cometido positivo de labrar el huerto, y de guardarlo. Así que desde el principio se vislumbra una situación de peligro. Y además recibe un pacto de prueba. No puede comer del árbol de la ciencia del bien y del mal. Si lo hace, la muerte será su castigo. Otra vez recibe el hombre una advertencia: tiene que guardarse de la tentación.

Como ayuda idónea recibe a su mujer, y lo hace con un canto. La primera canción en la Biblia es un cántico de bodas (*Gn. 2:23*). Y ¿no viene el último clamor en la Biblia de una novia, la Iglesia (*Ap. 22:17*)? El principio y final de la Historia de la salvación se encuentran. El Paraíso se pierde, pero todo volverá de nuevo: el río de vida y el cántico de bodas.

El Paraíso perdido…

'Varona' ha bajado la guardia. Se deja engañar por la serpiente, que con la semilla de la mentira y de la duda envenena su corazón y le anima a comer del fruto codiciable del árbol de la ciencia del bien y del mal. Y Adán come junto a ella.

De repente se ha roto la armonía. La armonía entre Dios y hombre y entre el hombre y su mujer. El hombre y la mujer sienten vergüenza ante Dios; se hacen delantales de hojas de higuera. Y cuando el Señor viene y les llama ante su tribunal, se traicionan mutuamente y descargan la culpa en el otro.

Entonces viene el juicio, que también decidirá sobre la descendencia de Adán. La serpiente es maldita, la tierra es maldita por culpa del hombre. La posición del hombre y de la mujer en la vida se ve dificultada sobremanera. Su existencia se va a parecer a un círculo: polvo eres y al polvo volverás.

Pero sin embargo, no todo es oscuro. El hombre no ha sido maldito. Una luz sigue brillando. Porque se oye la primera promesa: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” (*Gn. 3:15*).

Con razón se ha visto en este anuncio una profecía de la venida del Mesías. Pero esta profecía dice algo más. Dos simientes, dos pueblos, dos grupos están enfrentados. Por un lado los que siguen a la serpiente, los hijos de Satanás. Pero por otro lado la simiente de la mujer, los hijos de la promesa, la Iglesia. En Apocalipsis 12 podemos leer de una visión que desarrolla esta idea con más detalle.

El hombre va a ser echado lejos del árbol de la vida por los guardianes del trono de Dios, los querubines; no porque sería infeliz eternamente, sino porque ya no le correspondían esos frutos que garantizaban la vida. Pese a todo juicio, la luz sigue brillando: la mujer de Adán puede ser llamada madre de todos los vivientes, Eva. La promesa echa su luz también sobre la humanidad caída. La Historia de los cielos y la tierra está en manos del Dios del Pacto. Fijémonos que a partir de *Génesis 2: 4* no aparece como antes solo el nombre de Dios (*Elohim*), sino además el nombre específico de *Yahvé*, el Dios poderoso del éxodo de Egipto. Israel veía en lo que ocurre después de la creación la obra de su Dios libertador. Acordémonos bien de ello. ¡Podríamos decir que aquí actúa el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo!

Si tengamos esto en mente, ¡cómo brilla la gracia y cómo nos ilumina desde estos primeros capítulos! Y esto salta aún más a la vista cuando lo comparemos con otras ‘historias de la creación’ y con la teoría de la evolución. De Babilonia se conoce un mito en el que se relata cómo el dios principal de Babel, Mardoc (Merodac, *Is. 39:1*) mantiene una dura lucha con el monstruo del caos Tiamat, lo derrota, y forma de su cuerpo el universo. Aquí no se habla de una creación en el sentido propio de la palabra, sino de una formación del mundo a partir de material disponible. Aquí no está la Palabra creadora del único Dios. Actúan muchos dioses, y poderes benignos y malignos parecen estar enfrentados desde el principio, con igual fuerza. Mardoc mismo desciende del primitivo Tiamat. En realidad se trata aquí de una evolución, un desarrollo del mundo por las fuerzas de ese mundo. De una creación verdadera no se habla. Un dios nacional vence las potestades del invierno, cada año de nuevo, y hay muchos dioses en torno a él. No hay una caída en el pecado. El ‘bien’ es en realidad familia del caos, del mal.

Resulta que el relato original es irreconocible. No queda ni rastro de una promesa (*Gn. 3:15*). Porque la 'Creación' es vista como la derrota de un dragón y se perdió la revelación sobre la Creación como un acto de poder del Dios todopoderoso y único, no es de extrañar que no haya lugar para una lucha y una victoria de Cristo, la simiente de la mujer, sobre el dragón, Satanás y sus fuerzas. El que no quiere hablar de una primera creación verdadera por medio de la Palabra de Dios, sino que quiere pensar que todo se desarrolla a partir de una célula primitiva, una fuerza del caos, o un huevo cósmico, impide la visión de la revelación de una re-creación de Dios, de nuevos cielos y una nueva tierra, gracias a la salvación de Cristo.

Frente a todos lo mitos, antiguos o modernos, la Escritura se aferra a:

la creación,
la caída y el pecado; y también
la salvación.

Esto se muestra claramente en lo que sigue.

En la primera familia nacen niños: Caín y Abel (¿son gemelos?). Porque una ofrenda de Abel es aceptada y la de Caín no, Caín mata a su hermano por celos. Por vez primera se derrama sangre en la tierra (*adamá*) de la que ha sido formado el hombre. Y esa sangre clama al cielo; seguirá clamando, a lo largo de toda la Historia (cf. *Job 16:18*; *Sal. 9:12*; *Mt. 23:35*; *He. 12:24*; *Ap. 6:10*; *16:5-7*). Clamará por un juicio, hasta que la Voz de la sangre de Jesús clamará más fuerte aún, que traerá el juicio final, pero que también habla de completo perdón y redención.

Para Caín vino como castigo la maldición. Pero de nuevo hubo una atenuación. Dios le dio una señal para asegurarle que no le iban a matar por venganza. De Caín nació una generación de gente que llegó muy lejos culturalmente. Leemos de una 'ciudad', del descubrimiento de la forja, de la música, del principio de la vida nómada. Pero también leemos de la jactancia y fanfarronada de Lamec, que canta una oda a la venganza (*Gn. 4:23-24*).

A la vez se menciona que en sustitución a Abel nació Set, que a su vez tuvo también un hijo: Enós (que significa hombre, mortal).

Es significativo que justo después se nos informa de que entonces los hombres comenzaron a invocar el nombre del Señor. No es que antes no adoraban a Dios. Pero a causa de los nuevos nacimientos volvieron a tener esperanza, una perspectiva mesiánica. Invocaron a *Yahvé*, el Dios del Pacto.

Se distinguen dos frentes, dos comunidades, la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente, Iglesia e iglesia apóstata. Aquí no se nos da una

historia tribal, sino la Historia de la salvación. Las promesas de Dios se cumplen en el curso de la Historia.

**Las generaciones (*toledot*) de Adán (*5:1 - 6:8*)**

La historia de las generaciones de Adán nos remite a una larga genealogía. A nosotros, los occidentales, eso no nos suele gustar demasiado. A lo mejor ni siquiera sabemos cómo se llamaba nuestro bisabuelo. Pero para los pueblos primitivos las cosas son diferentes; ellos enseñan a sus hijos desde muy pequeños a decir los nombres de los antepasados de corrido. Para ellos, una genealogía es una canción. Algo similar vemos también con Israel; la Biblia está llena de 'árboles genealógicos'. Pero al mismo tiempo esa genealogía en la Escritura no es una glorificación de los grandes antepasados, sino una descripción del camino que el Señor hizo andar a su Iglesia; el camino de la salvación, se entiende.

Por lo tanto, fijémonos en el hecho de que esta primera genealogía ya no menciona a la tribu de Caín. Solamente se nombra a los descendientes de Set. De entre los nombres llama la atención el de Enoc, que caminó con Dios y Él le llevó (cf. *He. 11:5*; *Jud. 14-15*). El Lamec de esta serie profetizó sobre Noé, su hijo, que este traería consuelo (probablemente el nombre de Noé tiene relación con esta palabra), descanso, visto el trabajo laborioso al cultivar la tierra (*Gn. 5:29*). Y así desemboca este registro en Noé, el deseo de un 'consolador' se hizo oír en un mundo que gemía bajo la maldición del paraíso.

A la vez era un mundo que estaba madurando para el juicio.

La veneración de la fuerza y la sensualidad obraron un relajamiento en la forma de vivir. Los 'hijos de Dios' (¿reyes?) tomaron mujeres cuantas querían, según su gusto, siguiendo el ejemplo de Lamec (*4:19*; *6:2*). Se desarrolló una generación de gigantes; ¡una mejora de la raza! Pero al mismo tiempo se acercó el juicio. Parecía que la Iglesia casi había desaparecido de la tierra. Dios fijó el tiempo para el hombre en ciento y veinte años, como un aplazamiento de la ejecución. Pero la Iglesia y el mundo se habían fundido en una cultura gigantesca y a la vez demoníaca. Dios se arrepintió de haber hecho el hombre. Solo Noé halló gracia en sus ojos.

Así termina esta historia de generaciones.

Dios tiene que ir protegiendo el hombre contra el hombre.

Aunque el linaje de Set produce creyentes, todavía no hay un padre de los creyentes, no hay un pacto especial con una generación. El linaje de Set clama por esa alianza. Y el primer mundo clama por otro mundo.

**Las generaciones (*toledot*) de Noé (*6:9 - 9:29*)**

Después de los 120 años de plazo para reflexionar, el mundo resultó ser aún más corrompido.

Entonces Dios trajo el gran Diluvio. Pero a Noé enseñó el camino de salvación. Tenía que construir un arca, un barco enorme con forma de caja. Si calculamos que el codo medía medio metro, llegamos a 150 metros de largo, 25 metros de ancho y 15 metros de alto; un contenido total de 60.000 metros cúbicos. Tenía que dividirla en tres plantas. Aparte de Noé y su familia el barco gigante tenía que albergar a siete pares de los animales puros y un par de los impuros. Un tragaluz y provisiones hacían la vida en el arca posible.

Después de entrar en el arca, se desata el temporal, el cual por un lado causa la muerte de todos los seres vivos en la tierra, pero por otro lado produce una masa de agua que levanta al arca y lo saca a flote. Luego para de llover y el arca encalla finalmente en los montes de Ararat (en Armenia).

Cuando, al dejar salir a unas aves, ha quedado claro que la tierra es habitable de nuevo, se produce la salida del arca por orden de Dios. Y lo primero que hace Noé es construir un altar y hacer el sacrificio de animales más grande que el mundo nunca haya visto, una ofrenda universal. Durante todo el pasado año tenía guardado en el arca el material de ofrenda, los animales puros. Ahora Noé ofrece  en nombre de toda la creación un sacrificio para aplacar la ira del Señor. Y el Señor acepta este sacrificio, tenía un olor apacible. De esta manera Noé 'consoló' verdaderamente por la maldición de la tierra. Porque el Señor iba a establecer su pacto con Noé. Nunca más iba a traer semejante diluvio, de ahora en adelante las estaciones se sucederían sin interrupciones. El mundo iba a ser una plataforma de trabajo para construir la Iglesia. Y en el fondo, detrás del sacrificio de Noé tenemos que ver el sacrificio de Jesucristo. Por Él existe el mundo todavía, y por su reinado que avanza. El Calvario está unido al curso de la Historia, al cambio de las estaciones, al equilibrio del universo. La segunda venida de Cristo pondrá fin al esquema de este mundo (*2 P. 2:5*; *3:6-7*). ¡No lo olvidemos!

Por eso se puede repetir la bendición de la creación (*Gn. 9:1 ss.*). El hombre recibe el dominio sobre los animales. Solo se le prohíbe beber su sangre para evitar prácticas paganas. Ya que la sangre es considerada como el origen de la fuerza. Además  el derramamiento de sangre humana es rechazado con mucho énfasis. Porque el hombre es hecho a imagen de Dios.

La señal de la Alianza que ha sido establecida ahora con Noé, su descendencia y todos los seres vivos, va a ser el arco iris. Dios se acordará de su Pacto eterno… No lo olvidemos nunca, cuando veamos ese arco. Y pensemos en el sacrificio de Noé, que trajo descanso.

En este contexto queremos echar un vistazo a otras historias del Diluvio. Hay muchas en el mundo. Pero la de Babilonia muestra rasgos que nos recuerdan la historia bíblica. El Noé de Babilonia, Utnapistim (que significa él encontró la vida), construye un barco, con el que se protege a sí mismo, a su familia y a los animales; también deja volar pájaros (paloma, golondrina, cuervo), encalla en un monte y prepara un sacrificio al salir del barco. Pero todo está situado en el contexto de una historia de dioses; la verdad es detenida en injusticia. En siete días Utnapistim ha terminado su barco y la lluvia cae durante una semana solamente. La causa del diluvio es sobre todo una decisión irreflexiva, impuesta por Enlil, del concilio de dioses; y el dios Ea va con el soplo a Utnapistim. Antes de entrar en el barco los ciudadanos reciben un convite. Este Noé babilónico es en absoluto un predicador de justicia. Y después de dejar el barco ofrece un sacrificio, pero… los dioses acuden como moscas a ello, la diosa principal Ishtar (Astarot) blande el matamoscas… Luego Enlil, el dios principal y causa de todo el desastre, le concede a Utnapistim y a su mujer la condición de dioses. Aquí ha desaparecido por completo la idea de pecado y de juicio, el Noé babilónico se convierte en un *Übermensch* (superhombre), y los dioses se riñen por el hecho del diluvio. No se habla de un pacto que se establece. Utnapistim resulta ser la gran excepción, que encontró la vida.

Pero, ¡cuán diferente es dibujado Noé por la Escritura!

Porque este hombre no es acogido entre los que habitan el cielo. El diluvio no era el juicio final, y por eso todo sigue en la misma manera de siempre. Noé vuelve a labrar la tierra y planta una viña. Los efectos de beber vino originan una crisis en su casa. En Cam se revela un mismo espíritu perverso que más adelante se verá presente en los descendientes de su hijo Canaán. ¿No tenía que extinguir Israel más tarde a los cananeos, porque su impiedad había llegado al colmo? Y ¿no se expresaba su pecado en excesos sexuales, en el culto a Baal y Astarot (Ishtar)?

En un sentido profético, Noé ha visto algo del futuro cuando se despertó de su borrachera. Y advertimos que de nuevo vemos aquí un brillo de la promesa mesiánica. Ya que es sobre todo Sem quien recibe la bendición: una indicación de que el Mesías vendría de ese hijo de Noé. También Jafet recibe una bendición, mientras Canaán, uno de los hijos de Cam, es maldito. Tiene que ser el siervo de sus hermanos. El porvenir proyecta ya sus sombras. Israel podía leer aquí, cómo el Señor dispuso todo según su plan para la Iglesia. De Sem nacería luego una nación aparte, que engendra el Mesías y de esa manera es bendición para todos los pueblos, incluso para el maldito pueblo de Canaán (cf. *Mt. 15:21-28*).

Ha habido personas que opinaban que todos los descendientes de Cam, y en particular los negros, seguían estando bajo la maldición de Noé incluso después de Pentecostés. El predicador Isaac Da Costa, en su valiente ensayo titulado *Bezwaren tegen den Geest der Eeuw* (Objeciones

contra el Espíritu de nuestro Tiempo, 1823), habla sobre el hombre negro que por el orden establecido por Dios es sometido al hombre blanco, el cual en carne y en espíritu está en un nivel mucho más elevado. Aparte de que el librito de Da Costa ya por sí muestra que lo sublime de la civilización occidental es criticable, hay que destacar que no todos los descendientes de Cam han sido malditos, sino solamente Canaán. Y esta maldición se cumplió en la historia de Israel. A partir del día de Pentecostés ninguna discriminación de ningún pueblo es admisible. "Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia." (*Hch. 10:34-35*). En este mundo en el que desde la perspectiva etnológica 'Sem', 'Cam' y 'Jafet' están mezclados, suena el Evangelio de Cristo: Aquel que reinará para siempre viene a traer consolación a los pueblos.

**Las generaciones *(toledot)* de los hijos de Noé (*10:1 – 11:9*)**

La revelación del Señor se va a limitar luego al círculo de la descendencia de Abraham, pero antes de que se despida de los pueblos, estos aparecen una vez más en la escena. Israel no hace olvidar a los pueblos. Se va a producir un estrechamiento en la historia de la salvación. Y esto es necesario para la continuidad de la Iglesia en el mundo. Ella tiene que ser contenida dentro de los límites de un pueblo en particular para así evitar la destrucción del Pacto. Pero cuando haya venido el Mesías, se extenderá otra vez a todos los pueblos.

---

Iglesia de todos los pueblos… período desde Adán hasta Abram.

Iglesia de la descendencia de Abraham… período desde Abram hasta Pentecostés.

Iglesia de todos los pueblos… período después de Pentecostés.

---

Así que, cuando leemos el árbol genealógico de los pueblos, no se trata aquí solo de un ¡adiós!, sino también de un ¡hasta luego! Israel es puesto en medio de los pueblos para ser algún día una luz para los pueblos. El Diluvio ha destruido a todos los descendientes de Caín. Todos los pueblos existentes ahora descienden de Set y Noé, han nacido en la familia de la Iglesia. La genealogía, que presta poca atención a los pueblos no muy conocidos de Jafet, y mucha atención a los descendientes de Sem y Cam, contiene una predicación clara: ya que la humanidad es de una sangre, Israel no ha de extrañarse cuando luego es llamado a ser bendición para las naciones.

La división de los pueblos después de la construcción de la torre de Babel era necesaria en cuanto al plan de Dios para con Israel. El pueblo de Dios estaría rodeado por enemigos en el futuro, pero estos a su vez estarían divididos también entre sí. La dispersión sobre la tierra creó una situación

de equilibrio que frenaría la propagación del pecado. La situación de antes del Diluvio no volvería; también hoy, en este tiempo de internacionalización, las diferencias entre razas y culturas obstaculizan la centralización. Y a través de ello es dado parcialmente el alto al avance del poder del pecado. En la variedad de los pueblos podemos ver hoy una muestra del favor de Dios para con su Iglesia. Se impide la formación de un superpoder aplastante; la Iglesia no tiene que enfrentarse a un único enemigo, sino a muchos enemigos.

**Las generaciones *(toledot)* de Sem (*11:10-26*)**

Otra vez una serie de nombres, de los cuales muchos han sido mencionados en el capítulo anterior.

Si, pero la estructura de este listado es diferente. Porque en el anterior se trataba de los pueblos, con Israel como centro invisible, y aquí todo converge en el patriarca de ese único pueblo que el Señor iba a incluir en su Alianza. *Génesis 10* muestra un 'mapa de los pueblos': el amplio territorio que será el terreno de trabajo del Mesías. Pero *Génesis 11* dibuja cómo el Hijo de Dios se abre un camino a través de las generaciones para llegar hasta Navidad y Pentecostés. Aquí vemos la línea santa que nos transmite la revelación de Dios, a partir de Sem.

Cierto, también en esta generación se ha producido una deformación. Josué dice en su discurso de despedida que sus antepasados en Mesopotamia sirvieron a los ídolos (*Jos. 24:2,14-15*). Pero las edades avanzadas (existe la posibilidad de que la genealogía haya omitido nombres y que se extienda sobre un período más largo de lo que uno podría pensar, ya que no se da una cronología completa) ayudaban a preservar la tradición. La reforma en la familia de Taré podría tener su origen en historia conocida, hechos de Dios que no habían sido olvidados todavía.

**Las generaciones *(toledot)* de Taré (*11:27 – 25:11*)**

El cauce ancho se hace más estrecho. Las generaciones del cielo y de la tierra y de todos los pueblos convergen en las de Taré. Su pequeña familia, y en particular su hijo Abram que no tenía hijos, están en el foco de interés a partir de ahora.

La historia de Taré empieza con un éxodo. El viaje va desde Ur, una ciudad altamente civilizada, pero también profundamente pagana, hasta Harán, donde muere Taré. Pero la gran migración continuará.

Porque Abram recibe el llamado de dejar su parentela y de dirigirse a la tierra que Yahvé le mostrará. Además él, que no tiene hijos, recibe una promesa: de él saldrá una gran nación, y en él serán benditas todas las familias de la tierra.

¡Benditas! ¡Las generaciones de la tierra maldita!

Aquí se ve la línea de las promesas de Dios claramente trazada.

Primero nos es dibujada la miseria, que ha venido sobre la tierra por causa del pecado de Adán. Espinos y cardos. La tierra bebió sangre. Un gran diluvio tenía que arrastrar toda la violencia. De la Iglesia surgió un suspiro por el duro trabajo en la tierra, que el Señor maldijo (*5:9*).

Pero después del holocausto de Noé Dios dijo: “No volveré más a maldecir la tierra por causa del hombre” (*8:21*). Y a través de la promesa a Sem, se puede proclamar ahora la bendición a Abram. Y los pueblos de la tierra no son abandonados: “Bendeciré a los que te bendijeren… Serán benditas en ti todas las familias de la tierra”.

Así vemos salir a Abram, con esas tremendas promesas mesiánicas que le garantizan “sangre y tierra”, para ir a la tierra de Canaán. Abram-sin-tierra-y-sin-hijo. Un nómada, tolerado como un extranjero en el profundamente pervertido Canaán, donde cada lugar de acampada era también un lugar de culto a Baal y Astarot. Sangre y tierra - la idolatría cananita las divinizaba. Por algo es que *Génesis 12:6* dice que el cananeo estaba entonces en la tierra. Abram tuvo que soportar duras pruebas en ese entorno opuesto a Dios.

Por eso se le apareció el Señor cuando había puesto sus tiendas cerca de Siquem, la ciudad más importante de Canaán. Tenía que aprender a esperar todo de Yahvé. Allí recibió la promesa: “A tu descendencia daré esta tierra.” Y Abram respondió a esta promesa con un “amén”, porque en aquel lugar, el centro de culto a Baal Berit de la religión cananea, construyó un altar al Señor que solamente por el camino de la obediencia de la fe da el fruto de la descendencia y la tierra (*12:7*).

En lo que sigue hay que recordar que la promesa de Dios es el tema dominante. Dios, en su gracia, guarda un resto, un remanente en medio del mundo apóstata. Este remanente, la Iglesia, la nueva humanidad, conocerá futuro y herencia. Pero no se conseguirá por medio de los esfuerzos humanos; ninguna ‘carne’ tendrá razón de gloriarse. Por medio de la maravillosa y libre soberanía de Dios, en contra de los pensamientos y métodos de los hombres, se cumplirá la promesa de Dios.
Los patriarcas tienen que aprender a aferrarse por la fe a estas promesas invisibles.

Por eso hay que leer lo siguiente como una historia de esta promesa. Génesis no es una colección de biografías de héroes de la fe. Al contrario, vemos muchos pecados en las tiendas de Abraham, Isaac y Jacob. La Biblia, lo notaremos una y otra vez, no encubre nada, menciona las cosas por su nombre. Sin embargo, también pasa cosas por alto; no relata nada acerca de muchas cosas que despiertan nuestra curiosidad. Porque, repito, no leemos aquí un montón de novelas, de historias con un significado moral; sino que encontramos la crónica del comienzo de la Iglesia, el curso del favor de Dios para con su pueblo, el acercamiento al futuro mesiánico según la promesa del Señor.

Tengamos esto en mente cuando sigamos leyendo, y apliquémoslo también a los otros libros de la Biblia. De esta forma evitaremos decepciones y no tendremos que preguntarnos por qué esto está en la Biblia y aquello no. Porque así estudiamos con reverencia la Historia del Pacto de Dios y de la salvación de Dios. Y tenemos que saber que el Señor es el mismo hoy, ayer y para siempre. Él es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de los vivos. Y en su Historia de salvación quiere implicarnos a nosotros también.

Su Historia de salvación…

Cuando continuamos leyendo en *Génesis*, vemos que Abram cambia temporalmente la tierra de la promesa por Egipto, a causa de una hambruna. Ya que el delta del Nilo era un granero, y Abram como extranjero no podía beneficiarse de la cosecha de un cultivo propio. Para no poner en peligro su propia vida, Abram recurre a una estratagema. Sarai tiene que callar el hecho de que es su esposa, porque existe la posibilidad de que la incluyan en el harén del faraón. Y aquí destaca otra vez la gracia soberana de Dios, cuando Abram quiere poner a salvo su paternidad prometida.

Es gracias a la intervención del Señor, que Abram y su mujer luego podrán volver sanos y salvos a Canaán. Se muestra claramente que cuando la promesa es cumplida, esto no viene del hombre, sino de Dios que elige. Sola gracia (*12:10-20*). Seguro que Abram ha reconocido esto en el culto de adoración ante ese altar hecho tiempo atrás cerca de Betel (*13:4*).

Hasta ahora Lot había acompañado a Abram. Pero tenía que producirse una separación, puesto que Abram era el depositario de la promesa. A raíz de una disputa entre los pastores, Abram propone a Lot a elegir otro territorio. Este eligió entonces la llanura del Jordán, cerca de Sodoma y Gomorra. La naturaleza recordaba al Paraíso, sin embargo, la población perversa formó un gran contraste con ella (*13:10,13*). Así que Abram se queda en esa zona montañosa y árida; pero… ¡él tenía la promesa (*13:14-17*)! Y pronto quedó claro, que Lot se podía librar solo con la ayuda militar de Abram de los problemas que tenía con la gente entre la que vivía (*cap. 14*). En esa ocasión Abram conoce al rey y sacerdote Melquisedec de (Jeru)Salem, que le bendice y a quien da el diezmo del botín que obtuvo de sus enemigos. La carta a los Hebreos habla mucho de Melquisedec. Ya que Abram, el antepasado de Leví, la tribu israelita de los sacerdotes, reconoció entonces el ministerio del real sacerdocio que era mayor que el sacerdocio que empezaría con Leví más adelante. El gran Hijo de Abram, Jesucristo, también sería más que un sacerdote levítico: rey y sacerdote según el orden de Melquisedec (ver *Sal. 110:4*, y *He. 4:14 - 5: 10*).

Aunque Abram era un hombre importante en aquellos días con quien se podía contar, sin embargo era un extranjero, un huésped. Y sin hijos además.

Por eso el Señor venía a animarle repitiendo las promesas. Sí, Él iba a establecer un pacto con él, como prueba de que la herencia era segura y que vendría el heredero: un hijo carnal.

Ya con Noé leímos de una alianza. Y vimos que se estableció después del gran sacrificio de Noé. Pues bien, la alianza con Abram también tenía que ser confirmada por medio de un sacrificio. El patriarca tuvo que matar animales de diferentes tipos para el sacrificio, y poner las partes unas enfrente de otras, y luego esperar. Ahuyentó a los buitres. Mientras tanto, se puso el sol, Abram se quedó dormido y una oscuridad profunda y angustiosa cayó sobre él como una pesadilla. Un poco más tarde vio un horno humeante y una antorcha de fuego que pasaba por entre los animales divididos. Simbólicamente todo era una predicción del futuro. Eso lo aclararon las palabras del Señor. El Señor le daría descendientes. Estos serían oprimidos durante largo tiempo en tierra ajena (buitres, oscuridad, o sea bajo la opresión egipcia). Pero la cuarta generación desandaría el camino, heredaría Canaán y destruiría los pecaminosos amorreos (horno humeante = nube y columna de fuego, éxodo de Egipto, Sinaí). La buena voluntad del Señor iba a realizar contra todo pronóstico la promesa del pacto (*cap. 15*; cf. *Jer. 34:18*).

Abram iba a ser padre entonces.

Esa promesa impulsó a Sarai a dar su sierva egipcia Agar, según era la costumbre, a Abram, para que tuviera un hijo de ella. De las excavaciones arqueológicas se ha podido concluir que el hijo eventual de la esclava era considerado como un hijo verdadero de la señora, según las leyes de la época. Y efectivamente, Agar tuvo un niño: Ismael. Sin embargo, esto no ocurrió sin causar antes un conflicto entre Agar y Sarai. A causa de las humillaciones por parte de su ama, ella huyó, pero el ángel del Señor la obligó a volver y le dio también una promesa: su hijo sería como el burro salvaje, rebelde, pero de él saldría una nación. Leemos aquí por primera vez acerca del ángel del Señor; se trata de un mensajero que representa al Señor, y habla y actúa en su nombre; le han llamado a veces el ayudante de Yahvé. Sabiendo que los descendientes de Ismael son los árabes, que dieron origen al Islam, nos llama la atención aquí el cuidado especial que muestra el Señor para con el padre de este pueblo. Dios ha querido que los ismaelitas nacieran de la tienda de Abram.

Pero sin embargo, Ismael no era la simiente prometida. El camino de Abram para llegar a la realización de la promesa por medio de él, no tenía salida. Ese camino era un camino inventado, un camino de la carne. Abram tenía que empezar a creer que Dios era un Dios de vivos, un Dios de Pascua, que vivifica a los muertos. Él podía dar vida a la matriz estéril de Sarai (cf. *Ro. 4:16 ss.*). Y para que Abram diga amén a esta promesa, vemos cómo el Señor reafirma su alianza con Abram y le cambia el nombre a Ab-raham, porque será padre de muchas gentes. También cambia el

nombre de Sarai a Sara, y promete que va a ser madre de naciones, reyes de pueblos vendrán de ella. La señal de este Pacto iba a ser de ahora en adelante la circuncisión.

Esta tenía que hacerse con niños de ocho días de vida. Consistía en quitar una parte del prepucio (el pliegue de la piel que hay alrededor del glande) del pene, así que era una incisión alrededor (circuncisión) del órgano genital. El pueblo que saldría de Abraham, continuamente sería recordado de la relación entre la procreación y la Alianza del Señor. Otros pueblos también conocen la circuncisión: en Egipto se circuncidó a los reyes y sacerdotes; entre los pueblos africanos la circuncisión muchas veces forma parte de de los ritos de la pubertad, de la incorporación al grupo de los hombres adultos y los guerreros. Pero para los hijos de Abraham la circuncisión tendría otro significado que para los paganos. Sellaría las promesas de Dios para la descendencia y la tierra, el futuro mesiánico, y la fidelidad inamovible de Yahvé. La circuncisión, efectuada en un órgano tan vital, les enseñaría a no decir nunca: ¡Nosotros formamos un pueblo! Aquí también escribió la mano de Dios: ¡por gracia sola!; y: ¡circuncida tu corazón!

Es difícil vivir de la gracia. Por eso el Señor ha proclamado una vez más el Evangelio a Abraham y su mujer. El patriarca vivía entonces cerca de Hebrón en el encinar de Mamre, un lugar donde había construido un altar. Le visitaron tres hombres, a quienes recibió con mucha hospitalidad. Uno de ellos era Yahvé mismo, que ante la risa incrédula de Sara (*18:12-15*; cf. *17:17*) anuncia de nuevo el nacimiento de un hijo.

El Señor iba a revelar también otra cosa. La región donde vivía Lot, iba a ser destruida a causa de la gravedad del pecado de sus moradores. Cuando Abraham lo oye, empieza a abogar de una forma conmovedora por la salvación de Sodoma. Y el Señor le promete no destruirla si hubiera diez justos en ella. Pero cuando a continuación los dos ángeles se dirigen a la ciudad, se mostró hasta qué punto la maldad había corrompido todo. La palabra ‘sodomía’ recuerda todavía hoy a las relaciones perversas entre hombres, que se practicaban en Sodoma (cf. *Ro. 1:24-27*). La salvación de los habitantes de Sodoma por Abraham y sus aliados no fue aprovechada en absoluto para reformar sus vidas. Sodoma no podía producir ni siquiera diez justos. Los ángeles tenían que evacuar a la familia de Lot (*cap. 19*). La mujer de Lot se paró en el camino y miró atrás (cf. *Lc. 17:28, 29, 32*). “Acordaos de la mujer de Lot”, dijo Cristo. Su juicio no se puede desviar, de repente cae sobre nosotros. Por la descripción que recibimos de la familia de Lot (*19: 8,14, 31-38*) es evidente que habrá sido difícil mantenerse libre del ‘espíritu’ de Sodoma. Por el incesto nacieron de Lot Moab y Amón, patriarcas de pueblos vecinos de Israel, que muchas veces han causado problemas. Y, sin embargo, Rut era moabita, matriarca de

David y del Señor Jesús. Siempre vemos brillar de nuevo la gracia; hasta que vuelva Jesús hay oportunidad para escapar al espíritu de Sodoma.

En la revelación de Dios, Sodoma es trazada con colores muy oscuros (*Is. 1:10*; *3:9*; *13:19*; *Jer. 49:18*; *50:40*; *Ez. 16:48 ss.*; *Am. 4:11*; *Sof. 2: 9*; *Dt. 32:32*; *Lm. 4:6*; *Ro. 9:29*; *2 P. 2:6*; *Jud. 7*; *Ap. 11:8*). Hay que señalar que en los textos mencionados no sólo Moab y Amón se ven confrontados con un juicio semejante al de Sodoma, sino también la simiente misma de Abraham, la Iglesia. No hay ninguna razón para enaltecerse diciendo: somos simiente de Abraham. El Pacto tiene siempre un carácter condicional. Abraham, como padre de los creyentes, tenía la obligación de mandar a sus hijos y a su casa que guardasen el camino del Señor, haciendo justicia y juicio, para que el Señor haga venir sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él (*18:19*). 'Sodoma' y el juicio posterior sobre los habitantes de Canaán siempre acompañarán las promesas del Pacto: si no os volvéis al Señor, pereceréis de la misma manera.

Después de que en el capítulo 20 se muestra cómo Abraham cae otra vez en el viejo pecado de decir una media verdad, durante su estancia obligada en la tierra de los filisteos, el capítulo 21 anuncia el nacimiento de Isaac (= se ríe), el nacimiento milagroso según la promesa.

Así Abraham se convirtió en padre y recibió una simiente.

Por la fe (*Ro. 4*).

Así Abraham se convirtió en padre de un hijo nacido según la carne (*Gá. 4:29*), Ismael, y de un hijo de la promesa, Isaac. El trazado del futuro mesiánico pasaría por el segundo (*17:19*). Si Ismael reconociese esa buena voluntad, tendría un futuro. Al crecer Isaac se hace evidente que Ismael no tenía la menor intención de someterse a la disposición de Dios. Por eso el Señor manda echar a la sierva Agar y a su hijo (*21:8 ss.*). Ismael se convertiría en una gran nación y la mano protectora del Señor estaba con él en el árido desierto (*21:15 ss.*).Pero al mismo tiempo, Ismael sigue siendo un punto de referencia en la Historia de la Iglesia. Pablo le compara con la sinagoga judía de su tiempo, la Jerusalén actual, que vive con sus hijos en la esclavitud (de querer ser salvos por las obras de la Ley). Y contrapone a esto la Iglesia, la Jerusalén celestial, que es libre y engendra hijos según el Espíritu (*Gá. 4:21-31*). "Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa", esto quiere decir: nacidos por el poder de la promesa de Dios.

Esta promesa es más poderosa que la muerte.

Abraham es llamado a creer esto, cuando el Señor le manda sacrificar a su hijo Isaac. Y piensa "que Dios es poderoso para levantarle aun de entre los muertos" (*He. 11:18*). Y Abraham le volvió a recibir de entre los muertos: una prefiguración de la resurrección de Cristo. De nuevo vivía por la fe de Pascua (cf. *Ro. 4:16-22*).

Por eso su fe le fue contada por justicia. Era evidente que su fe podía resistir la prueba, ¡actuó junto con sus obras y se perfeccionó por las obras (*Stg. 2:22*)! Ahora Abraham podía convertirse en el padre de los creyentes.

Cuando el ángel del Señor le impidió sacrificar a su hijo Isaac, vio Abraham al mismo tiempo una ofrenda sustitutiva: una oveja perdida, un carnero trabado entre los arbustos. Lo sacrificó en lugar de su hijo. El Señor se había provisto de un cordero para el holocausto (*22: 13, 18*). La providencia de Dios no es sin propósito. Está ligada a la salvación por el Cordero, que nos redimió y que está en pie en medio del trono (*Ap. 5*). “En el monte del Señor será provisto”, sería más tarde un dicho (*22:14*). El monte del sacrificio sustitutivo de Abraham era Moriah, donde más tarde se iba a erigir el templo (*2 Cr. 3:1*). Recordemos esto: Dios provee – ¡pero siempre a través del Mediador del Pacto, el Cordero, que reina desde Sión!

Cuando murió Sara, Abraham mostró una vez más que su fe se aferraba a las promesas de Dios, que son más poderosas que la muerte. Aunque en cierto sentido era un extranjero sin derechos, iba a comprar una tumba de los gobernantes hititas en Hebrón. No quería usar el sepulcro de otra persona. La sepultura de Macpela, que sería el lugar de descanso de los patriarcas, era la primera heredad en posesión en Canaán. Una tumba… garantía de la promesa de la vida (*cap. 23*).

Para que continuara el linaje santo, tenía que casarse Isaac. La gran tentación era conseguir por medio de un matrimonio una posición con arraigo entre los habitantes, la cual pondría fin a la extranjería. Pero esto implicaría seguramente una cananeización de la simiente de la promesa. Por eso Abraham hace traer una mujer para su hijo desde la tierra de su parentela, lejos en el noreste. Rebeca, la hermana de Labán, de quien oiremos también más adelante, está muy dispuesta a venir. Así que Abraham podía morir, lleno de años, satisfecho de la vida. El linaje santo de extranjeros iba a ser continuado bajo condición de la gracia de Dios. Y las promesas, más fuertes que la muerte, brillaban.

**Las generaciones *(toledot)* de Ismael (*25:12- 18*)**

Se prometió a Ismael que habitaría cerca de sus hermanos (*16:12*). Este *toledot* muestra que el Señor ha cumplido sus palabras. Con ‘hermanos’ no hay que pensar solamente en los hijos de Isaac, sino que también en los hijos que tuvo Abraham con Cetura, que fueron enviados por el patriarca hacia el oriente (*25: 1 ss.*). Ismael -su nombre- significa: Dios oye. Dios cumplió lo que le había jurado. Doce príncipes engendró Ismael, tal como el Señor había prometido a Abraham (*17:20*).

Hay que señalar que la descendencia de Ismael no llegó a construir ciudades. Serían siempre nómadas, viviendo en tiendas. “A todo esto es notable, que por el gobierno de Dios, Ismael, aunque vivía cerca de sus hermanos, fue retenido en su territorio, por lo que no se mezclaba con ellos,

sino que vivía delante de ellos o frente a ellos" (Calvino). Tiene lugar otra separación, para que el remanente pueda seguir existiendo y algún día tomar posesión de la herencia. Las doce tribus de Israel, que se formaron más tarde que las doce tribus de Ismael y que vivían igual que aquellas en tiendas, iban a entrar luego en la herencia preservada para ellas, las tierras y las ciudades. Y a partir de ahora Génesis calla sobre el pueblo de Ismael, que pronto llegó a su destino. Toda la atención se concentra en la Iglesia; y la pregunta empieza a hacerse insistente: ¿cómo conseguirá la herencia?

Lo que sigue arroja más luz sobre la realización de la promesa del Pacto de Dios.

**Las generaciones *(toledot)* de Isaac (*25:1 – 35:29*)**

Desde los cuarenta hasta los sesenta años, Isaac ha tenido que esperar a la bendición de tener hijos. Conoció los mismos sufrimientos que Abraham. Parecía que no fuese solamente una familia, sino que la Iglesia misma estuviese en vía muerta. De esta forma el Señor quería enseñar que el futuro de la Iglesia no depende de los esfuerzos humanos, sino de su gracia soberana.

Esa soberanía del Señor es cada vez el tema principal en las historias siguientes. Ya en el momento en que el Señor acepta sus oraciones y Rebeca se queda embarazada, le revela el futuro:

"Dos naciones hay en tu seno,
Y dos pueblos serán divididos desde tus entrañas;
El un pueblo será más fuerte que el otro pueblo,
Y el mayor servirá al menor." (*25:23*)

El nombre del mayor, Esaú, está relacionado con una palabra para 'marrón rojizo'. El niño tenía un aspecto sano y era completamente velludo. Al crecer eligió la caza como profesión, y evitó así el tradicional habitar en tiendas. Se convirtió en el patriarca del pueblo de Edom, que vivía en las montañas.

El nombre de Jacob tiene dos explicaciones posibles. Se puede relacionar con la palabra 'engañar'. Esaú hace más tarde alusión a ello (*27:36*; *Os. 12:3*). No obstante, Isaac ha pensado en el otro significado de la palabra en la que se basa 'Jacob': afanarse por algo, ser ambicioso. ¿Acaso no le pisaba los talones a Esaú cuando nació?

Por eso no hay que dar enseguida un significado negativo al nombre de Jacob. Aunque recibió el nombre honorífico 'Israel' (príncipe de Dios), el nombre de Jacob se sigue utilizando después (*32:28*, *29*).

En *Isaías* el pueblo de Dios es llamado tanto 'Jacob' como 'Israel' (p. ej. *Is. 44:21, 23*; *48:12*; cf. *Sal. 147:19,20*). Jacob como pueblo es el

siervo de Yahvé (*Is. 48:20*) y Yahvé es el Dios de Jacob (*Sal. 146:5*), el Santo de Israel (*Is. 1:4*) y el Santo de Jacob (*Is. 29:23*).

No tenemos que figurarnos a Jacob como alguien enfermizo que sale poco de casa; en *29:10* y *32:24-25* se ve que poseía una fuerza física considerable. En su profesión sin embargo, eligió conscientemente vivir en la comunidad del culto a Dios, mientras persiguió por todos los medios el recibir la bendición patriarcal del primogénito. En cuanto tuvo la oportunidad, compró la primogenitura de Esaú que no tenía ningún interés en ella. Jacob quería realizar por su propia astucia la promesa de Dios a Rebeca: el mayor servirá al menor…

Mientras tanto, leemos en el capítulo 26 que también Isaac vive temporalmente como extranjero en la tierra de los filisteos, durante una hambruna. El Señor le prohibió ir a Egipto y le hizo escuchar una misma bendición que Abraham; una bendición que más tarde, después de muchos acontecimientos, repitió otra vez (*26:2 ss., 24*), y entonces Isaac construye un altar cerca de Beerseba.

Esaú, a los cuarenta años, reveló el deseo de abandonar su extranjería: se casó con dos mujeres hititas, y así se hermanó con los habitantes de aquel lugar, causando gran dolor a sus padres. Sin embargo, Isaac siguió teniendo una especial predilección por él (*25:28*), y por eso le quería dar la bendición del primogénito. Esaú, aunque había perdido su derecho, accedió de buena gana. Pero había un veredicto del Señor. Y Rebeca, que siempre había preferido a Jacob, intentó conseguir esta bendición para su hijo con artimañas. Efectivamente lograron engañar a Isaac de tal manera, que bendijo a su astuto hijo, y le llamó señor sobre sus hermanos. Y aunque Esaú, con lágrimas, buscó obtener aquella bendición, no lo consiguió. Lo único que Isaac le podía prometer era que en el futuro se aligeraría el yugo que Jacob le iba a imponer. Lo que él mismo había escogido, esto lo iba a heredar su descendencia: sin primogenitura, lejos de la herencia paternal, viviendo de la espada.

En medio de todos esos planes humanos que se cruzaban se revela aquí el favor de Dios: “el mayor servirá al menor”.

Pero no debemos pensar que para Jacob comienza ahora automáticamente una época dorada y brillante. La herencia de Abraham se consigue solamente por el camino de la fe. Jacob tiene que pasar primero por un profundo valle de purificación. El que recibió la bendición del heredero, tiene que volver por el camino para salvar su vida. El plan asesino de Esaú empuja a Rebeca a pedir el permiso de Isaac para enviar a Jacob a la casa de su hermano, con el cometido de casarse con una de sus hijas (y no una de las hijas de los cananeos).

Y allí va el ‘bendito’. Le acompaña una bendición renovada de Isaac (*28:1- 4*). El hecho de que Jacob reciba otra bendición al marcharse, le aguijonea a Esaú; y se ‘convierte’ al tomar también una mujer de entre la

familia: una hija de Ismael. Pero difícilmente podemos hablar aquí de una verdadera conversión; pues Ismael se había salido de la senda de la Iglesia.

Y ¿cómo le va a Jacob?

En lo que sigue no encontramos su biografía. No pregunte: ¿Qué pasó con ese Jacob caminante? Pero diga: ¿Cómo iba el Señor edificar su Iglesia a partir de él, según la promesa?

Y lo primero que entonces destaca es: la misericordia del Dios que elige. Cuando Jacob descansa en Betel, el Señor le revela que también quiere ser el Dios de Jacob. A su tiempo le volverá a traer a esta tierra y multiplicará su descendencia. ¡Jacob es partícipe inmerecido de la bendición mesiánica! "Porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho."

Jacob tuvo una visión de una escalera por la que subían y descendían ángeles (= mensajeros) de Dios. 'Cielo' y 'tierra' unidos, como ha llegado a ser una realidad completa por medio de Cristo (*Jn. 1:51*). Toda la creación está pendiente del cumplimiento de las promesas de Dios a Abraham, Isaac y Jacob. "No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo." Betel (que significa casa de Dios), así llamó Jacob este lugar. Si leemos la historia posterior, vemos que este nombre aparece con frecuencia. La piedra untada con aceite por Jacob, fue reemplazada en los días del rey Jeroboam por un santuario que competía con el templo de Jerusalén y que estaba dedicado al culto del becerro de oro. La casa de Dios, Bet-el, se convirtió en Bet-avén, casa del desastre, de la mentira (*Os. 4:15*; *Am. 5:5*).

Para citar otra vez a *Oseas* en relación con la continuación del relato:

"Pero Jacob huyó a tierra de Aram,
Israel sirvió para adquirir mujer,
Y para adquirir mujer fue pastor." (*Os. 12:12*)

La continuación trata efectivamente de la simiente de la Iglesia, de la descendencia. Jacob se enamora a primera vista de Raquel y ofrece su trabajo como dote. Pero, ¡cómo es engañado aquí el engañador! A aquel que tanto anhelaba ser el primogénito, Labán le da una novia substitutiva en la persona de su hija primogénita Lea, aunque luego Jacob recibe también a Raquel por mujer después de la semana de bodas, y por la que tenía que servir otros siete años (*29:28*). Como consecuencia se desata una gran competición entre las mujeres de Jacob.

Lo que sigue, no ofrece en absoluto una historia agradable. Los celos y la pasión envenenan las tiendas de Jacob. Pero no olvidemos que por un lado se trata de la simiente, la descendencia, mientras que por otro lado se impone el favor de Yahvé. Porque el Señor muestra aquí una vez más que no es la preferencia humana la que hace de alguien una madre de la Iglesia.

Lea, que no era la amada por excelencia, es madre muchas veces, mientras la querida Raquel sigue siendo estéril, por lo que recurre a una esclava para obtener una descendencia legítima (¡comparad con Agar!), un ejemplo que Lea sigue más tarde. Solo después de mucho tiempo las oraciones de Raquel son escuchadas: y nace José. Está claro que el 'derecho' de Raquel no era decisivo aquí: la despreciada Lea va antes que ella y Judá, el hijo de Lea, recibirá luego la promesa mesiánica. "Lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte,… a fin de que nadie se jacte en su presencia." (*1 Co. 1:27, 29*). ¡Una y otra vez: sola gracia! Los comienzos del pueblo de Israel predican ya la gracia que se completaría en Cristo. Génesis sigue llamando todavía a los judíos a dejar de apoyarse en derechos o descendencia, y a inclinarse ante el 'tropezadero' favor, revelado en la locura de la Palabra de la cruz.

En su relación con Labán, Jacob sigue siendo el mismo listillo que antes. Aparenta ser humilde, pero entretanto logra enriquecerse gracia a una serie de trucos (*cap. 30*). Esto desemboca finalmente en una huida que emprende Jacob con la colaboración de sus esposas. Un sueño juega en ello cierto papel, pero no sabemos hasta qué punto Jacob da aquí un fiel reflejo. En todo caso, es cierto que el Señor le manda marcharse (*31:3*). Al final llega a un arreglo con Labán y hacen un pacto.

Pero entonces tiene miedo a un encuentro con Esaú.

Jacob, con todo lo que tiene, entra en crisis, porque su hermano le viene a recibir. Y entonces, ese gran Jacob se vuelve muy pequeño. Empieza a orar al Dios del Pacto y apela a las promesas hechas: "Líbrame ahora de la mano de mi hermano…; tu has dicho: Yo te haré bien, y tu descendencia será como la arena del mar, que no se puede contar por la multitud" (*32:11-12*).

Después de mandarle un regalo a Esaú y dividir a los suyos en dos grupos, se quedó solo atrás a orillas del Jaboc. Y allí luchó con un hombre, a quien no soltó hasta que este le bendijo y le cambió su nombre, que ya hablaba de un afán por ser el primero, en el de Israel, luchador de Dios. Durante mucho tiempo Jacob ha querido conseguir la bendición con armas carnales; ahora ha aprendido a luchar con armas espirituales. El ángel del Señor, con quien luchó, le hirió además en la cadera: un Jacob debilitado iba a heredar las promesas. Peniel, el rostro de Dios, llamó Jacob este lugar, porque vio a Dios cara a cara, y siguió con vida.

"Y con su poder venció al ángel.
Venció al ángel y prevaleció;
Lloró, y le rogó" (*Os 12:3-4*).

Gracia… El Señor ha quebrado a Jacob, para que por el camino de prescindir de la ayuda de la carne, por el camino de la fe, llegara a ser el heredero legítimo.

No pensemos sin embargo, que después de Peniel la casa de Jacob estaba limpia de todos los pecados. Después de que se hubo reconciliado con Esaú, no se dirigió a Betel para cumplir su promesa, sino que se estableció cerca de Siquem. Compró tierra allí y erigió un altar. Pero mientras, su familia experimentó la influencia perniciosa de la ciudad. Su hija Dina fue deshonrada por el hijo del príncipe de aquella tierra y de ahí surgió la propuesta de emparentarse con ellos, para que así la posición de forastero ya no se aplicara a la familia de Jacob. Los hijos de Jacob aceptaron esta propuesta engañosamente, y pusieron como condición la circuncisión. Acto seguido, Simeón y Leví se aprovecharon de la debilidad causada por el dolor y la fiebre para matar a los hombres de Siquem, saquear la ciudad y vengarse por Dina (*cap. 34*).

Este suceso fue la causa de que el Señor mandó a Jacob a irse a Betel y construir allí un altar.

Jacob entendió que no podía ir allí sin prepararse. Haría falta 'una mortificación del viejo hombre'. En sus tiendas había amuletos e ídolos (cf. *31: 34 ss.*). Jacob los reunió y los tiró, y también hizo que todos se pusieran ropa limpia. Pues iba a tener lugar un encuentro solemne con el Dios que le había contestado en el día de su angustia, y que estaba con él en sus viajes (*35: 1 ss.*). Al llegar a Betel, Jacob recibe una nueva revelación, una garantía para la herencia y los herederos; sí, recibió la aseguración de que saldrían reyes de él.

De Betel a Betel fue un largo camino. Pero ahora se puede concluir el *toledot* de Isaac. Porque de él trataban también los capítulos que describieron la vida de Jacob. Nos fue mostrado cómo el Señor cumplió sus promesas a Isaac. El anciano patriarca, que tuvo que esperar veinte años hasta tener hijos, pudo vivir la vuelta de Jacob y saber que le habían nacido doce hijos (*35: 27, 22*). Entonces, satisfecho de la vida, podía morir en Hebrón, donde también Abraham había vivido como extranjero. Y allí en la cueva de Macpela le enterraron sus dos hijos, Esaú, mencionado el primero, y Jacob. El Señor había cumplido sus promesas.

**Las generaciones *(toledot)* de Esaú (*36:1 – 37:1*)**

A primera vista este capítulo puede parecernos algo aburrido. ¿Qué hace esta porción en la Biblia?

Bueno, no nos precipitemos en llegar a conclusiones. Es perfectamente lógico que se dedique atención aquí a Esaú. Pues, ¿acaso no era el hijo primogénito de Isaac? Además, a menudo Esaú/Edom iba a jugar un papel bastante oscuro en la historia de Israel. La familia de los Herodes descendía de Edom. Los Edomitas se alegraron de la primera destrucción

de Jerusalén, y en la rebelión contra los romanos contribuyeron a aumentar la confusión en Jerusalén. La figura de Esaú continúa siendo un enigma: "¿No era Esaú hermano de Jacob? dice el Señor. Y amé a Jacob, y a Esaú aborrecí" (*Mal. 1:2-3*; cf. *Ro. 9:13*). Lo que está en juego es la elección de Dios, que decide el destino de las naciones.

Y esa es la razón por lo que esta porción es importante.

Vemos que, según el consejo de Dios, Esaú deja Canaán, la tierra de la herencia; pero al mismo tiempo vemos que actúa por su propia voluntad. Esaú se marcha de la tierra de la extranjería (*36:7*). Y se casa con mujeres cananeas, se emparienta con la población indígena, y también se casa con una hija de Ismael. Él sigue así el camino de Canaán y Egipto (cf. *Lv. 18:3*). Esaú se aparta de la tierra de la promesa y elige para si una tierra para vivir de forma permanente. Del listado genealógico queda claro que sus descendientes se mezclaron completamente con los horeos de Seir. Esto significaba también que cada vez más se iban olvidando del Dios del Pacto, y que la práctica de la circuncisión quedó en desuso.

Por otro lado hay que señalar que el Señor cumplió su Palabra también para con Esaú. Él ha llegado a ser una gran nación. Sí, este pueblo tenía antes que Israel una tierra propia y un gobierno propio de reyes. Y nos podemos imaginar cómo el florecimiento tanto de Esaú/Edom como el de Ismael fue una prueba para Israel (*36: 31*; cf. *1 S. 8:5*). Esaú ya tenía reyes y tierra en propiedad (*36:43*) cuando Israel todavía vagaba por el desierto.

Sin embargo, si Dios cumplía sus promesas con respecto a Esaú, ¡cuánto más lo haría para con Jacob! Aunque no se cumplieron enseguida, no había razón para desesperar. "Los idumeos empiezan ahora a reinar los primeros, y la situación de Israel parece ser la peor. Mas el tiempo ha enseñado finalmente que es mucho mejor echar profundas raíces, arrastrándose por la tierra, que por un corto momento tener una grandeza equivocada, que desaparece enseguida." "Porque fuera del reino de Dios no hay ningún estado de larga duración, y por eso, la gloria que le es concedida es corruptible, y cuando, para así decirlo, sube el telón, todo ese esplendor desaparece" (Calvino).

Cuando pues al final el texto dice con énfasis que Jacob habitó en la tierra de la extranjería de su padre, en la tierra de Canaán (*37:1*), esto se dice para nuestro consuelo. Este acto de obediencia por la fe será bendecido. Ahora comienzan:

**Las generaciones *(toledot)* de Jacob (*37:2 – 50:26*)**

En el relato siguiente la figura de José tiene un papel muy importante. Pero no olvidemos que aquí se trata de las generaciones de Jacob/Israel. Se trata del nacimiento de la Iglesia. Y, acaso ¿no se la llama luego, hasta en el Nuevo Testamento, (pueblo de) Jacob, Israel? ¿No podemos llamarnos el nuevo Israel, y aplicar todas las antiguas promesas

hechas a los patriarcas a nosotros mismos? ¿No están reunidos alrededor del Cordero Jesucristo los 144.000 de las doces tribus de Israel (*Ap. 7:14*) y no lleva la nueva Jerusalén sus nombres inscritos en las puertas (*Ap. 21:12*)?

Así que, lo que sigue es la Historia de la Iglesia, una profecía de consuelo para nosotros. Porque las generaciones de Jacob continúan en realidad hasta hoy. En los capítulos siguientes vemos cada vez el pecado de los hombres. Si dependiera de la Iglesia, nunca hubiera llegado la salvación, el cumplimiento de las promesas se hubiera quedado lejos. En las tiendas de Jacob se instala el espíritu de Caín. Canaán se propone a absorber la Iglesia. Pero Dios gobierna todo para bien. En su soberanía se sirve del atentado a un hermano y de una hambruna para guardar y multiplicar su Iglesia. Dios ha encaminado el mal a bien para mantener en vida a mucho pueblo (*50:20*). Y al final les espera la tierra de la promesa: "Dios ciertamente os visitará, y os hará subir de esta tierra a la tierra que juró a Abraham, a Isaac y a Jacob" (*50:24*).

No se trata pues de una novela interesante sobre José: 'De Esclavo a Rey', sino de la gracia de Dios contrapuesta al pecado en la Iglesia.

La complejidad de la familia de Jacob no ayudaba precisamente a tener buenas relaciones entre ellos. Jacob extendió su amor a Raquel también a José, y le regaló una túnica de gala. José se aprovechó de su posición de confidente para chivarse de las cosas malas que hacían sus hermanos. También les contó sus sueños, en los cuales él mismo aparecía como un señor. Todo esto le hizo odioso ante sus hermanos, que querían matarle. Rubén, el mayor, intentó salvarle al hacer echarle a un pozo con la idea de sacarle más tarde. A propuesta de Judá sin embargo, fue malvendido a unos mercaderes que llevaron al 'soñador' a Egipto donde lo vendieron a un funcionario del faraón, el capitán de la guardia (*cap. 37*). A Jacob le es mandada la túnica de su amado hijo.

Antes de relatar qué le sucede a continuación a José, siguen algunos detalles acerca de Judá y de su descendencia. Ya que también en esto encontramos una descripción de las generaciones de Jacob. Precisamente la tribu de Judá ganará en gloria al nacer de ella algún día el Mesías. No obstante, que nadie piense que la tribu de Judá debe su nobleza al actuar del patriarca. Aquí vemos de nuevo: la elección de Dios, que se realiza a pesar del pecado de los hombres. Vemos que Judá se aparta de sus hermanos, y se mezcla con los cananeos por medio de su matrimonio y el de su hijo. El espíritu de Canaán empieza a prevalecer en su familia, un espíritu que distorsiona la vida sexual. La Biblia habla de ello muy abiertamente. Si esta vida es un don de Dios, hay que mencionar el pecado que hay en ella. Finalmente llega hasta tal punto, que Judá no desposa a su nuera Tamar (que significa palmera) con su ya crecido hijo Sela, según manda la tradición, a pesar de que ella no había tenido hijos en los anteriores

matrimonios con sus otros dos hijos. Entonces Tamar, de una manera cananea, logra seducir a Judá y concibe gemelos. Judá tiene que reconocer que ella era más justa que él. Este elogio del actuar de Tamar nos puede extrañar. Pero tenemos que considerar que en su acto se reveló un deseo de tener descendencia, una simiente, un intento de alcanzar la promesa. Con énfasis se menciona a Tamar en la genealogía de Jesucristo en *Mateo 1*.

La actuación de Judá es fuertemente contrastada con la actitud de José en casa de Potifar, la cual le lleva a la cárcel. La vida de José pasa por altos y bajos (*cap. 40*). Debido a su capacidad de interpretar los sueños, un día es introducido al faraón, que encuentra problemas en la interpretación de sus sueños reales. José, sacado de la cárcel, los puede explicar con la ayuda de Dios; además da buenos consejos en relación con una hambruna que se avecina. El faraón le eleva al rango de virrey (*cap. 42*). (2)

La hambruna que llegó, lleva a los hermanos de José a Egipto a comprar trigo. En trazos vivos nos es dibujado el ambiente exótico y a veces algo misterioso. La sombra del hermano perdido vuelve de repente: un hermano no parece (*42:13*). Los nómadas se comportan torpemente en el palacio; no pueden ocultar su confusión. José retiene a Simeón y les obliga a traer la próxima vez con ellos también a Benjamín (este era muy joven cuando José fue vendido). Cuando finalmente, obligados por la necesidad, tienen que volver (ya que siendo extranjeros no podían esperar ninguna ayuda por parte de los Cananeos), José les pone a prueba arrestando a Benjamín (*44:11-13*). ¿Entregarán a otro hijo de Raquel?

Pero de la boca de Judá, quien había tomado la iniciativa de vender a José, escuchamos ahora una confesión de culpa (*44:16*). En casa ante su padre, Judá se había hecho ya fiador de su hermano (*43:9; 44:32*). Y ahora, ante José, mantiene su compromiso: “te ruego, por tanto, que quede ahora tu siervo en lugar del joven por siervo de mi señor, y que el joven vaya con sus hermanos” (*44:33*).

Ahora que José ha visto el arrepentimiento de los actos pasados, se da a conocer. Como el hambre continúa, invita a toda la familia a venir a Egipto (*cap. 45*). Y así vemos al anciano Jacob preparándose para el viaje. En Beerseba, donde Abraham en su día construyó un altar y donde también ofreció sacrificios Isaac, él hace sacrificios. Otra vez se le aparece el Señor (¡y ahora en los límites de Canaán! Él recibe la promesa segura de que Yahvé le acompañará y le volverá a traer (en su descendencia) a la tierra de la promesa (*46:1-4*). En la tierra de Gosén es donde van a asentarse los setenta, bien provistos gracias a las medidas tomadas por José (*caps. 46-47*).

Este asentimiento en Egipto había llegado a ser necesaria para la subsistencia de Israel. La historia de la familia de Judá y lo ocurrido en Siquem mostró claramente que a la larga ‘la simiente santa’ no resistiría a la tentación cananea del culto a la ‘sangre y la tierra’, a Baal y Astarot.

Repito de nuevo, no se trata de ofrecer un relato a tenor de: 'Yo era un pastorcillo y un esclavo y ahora soy el ministro de Alimentación'. Aquí se retrata a Yahvé que protege a su pueblo y que cumple sus juramentos.

Por eso *Génesis* termina con bendiciones proféticas que determinan el futuro. Primero bendice Jacob a los dos hijos de José, los cuales acepta como hijos propios (*48:5;* Rubén y Simeón eran sus hijos mayores). Jacob empieza con recordar la promesa que recibió en Betel, y también recuerda la muerte de Raquel en Belén/Efrata (*48:3-7*; cf. *35:16-20*). Curiosamente la ley de la elección se hace evidente en las bendiciones de los dos hijos de José: el más joven Efraín recibe la bendición del primogénito (*48:13-20*). La fe de Jacob se muestra muy fuerte aquí cuando formula la bendición patriarcal:

> "El Dios en cuya presencia anduvieron mis padres Abraham e Isaac,
> el Dios que me mantiene desde que yo soy hasta este día,
> el Ángel que me liberta de todo mal,
> bendiga a estos jóvenes;
> y sea perpetuado en ellos mi nombre,
> y el nombre de mis padres Abraham e Isaac,
> y multiplíquense en gran manera en medio de la tierra" (*48:15-16*).

¡En medio de la tierra! Jacob no dudó de ello. "Por la fe Jacob, al morir, bendijo a cada uno de los hijos de José, y adoró apoyado sobre el extremo de su bordón" (*He. 11:21*)

Al dirigirse con sus últimas palabras a todos sus hijos, no le abandonó esta fe profética.

Aquí también tenemos que estar atentos a la elección soberana de Dios. Porque no era Rubén quien fue bendecido como primogénito, ni tampoco Simeón o Leví recibieron la bendición del primogénito. Sino que era Judá, en absoluto alguien sin mancha, quien escuchó: "Judá, te alabarán tus hermanos". El más importante no iba a ser Rubén, que había pecado al dormir con la concubina de su padre (*35:22*). Ni tampoco Simeón o Leví, que se excedieron en la matanza y el saqueo de Siquem (*cap. 34*). Judá recibió la promesa del rey. El cetro no le sería quitado hasta que viniera Siloh, para tomar el poder sobre el mundo definitivamente. La traducción de Siloh no está clara: ¿Descanso, Paz, Aquel que tiene derecho, Señor? De cualquier forma, con ello es señalado el Mesías. Él sería el León de Judá (*Ap. 5:5*). En la sinagoga actual podemos encontrar aún el motivo del león; pero en Cristo esta promesa se realizó. Él trae la gloria paradisíaca profetizada por Jacob (*49:11-12*; *Ap. 19:13, 15*). Él iba a traer también la salvación mesiánica para todo el pueblo, que esperaba Jacob (*49:18*).

En las palabras sobre las demás tribus fue dibujado como en un solo trazo el futuro destino de aquellas tribus. Zabulón llegó a vivir

efectivamente en el norte, al lado del mar, y de Dan descendió el juez Sansón (*49:13, 16, 17*). El territorio de José en lo que era más tarde Samaria sería muy fértil (*49:22 ss.*). Fijémonos que también se hacen comparaciones con animales y plantas. Solamente de manera comparativa se puede pensar aquí en animales totémicos. Dios, por medio de la creación, habla de su favor para con las tribus. Y las bendiciones 'naturales' no se deben contraponer a las bendiciones 'espirituales'. Los dones de Dios son uno; no se debe separar naturaleza y gracia.

Después de sus profundas palabras Jacob dio orden de que tenía que ser enterrado en la antigua tumba de Macpela. Y esto es lo que sucedió después de su muerte. Al final de *Génesis*, la mirada está puesta en Canaán. También José, a quien sus hermanos le piden perdón otra vez, ordena que lleven su sarcófago más adelante, en el éxodo que vendrá, a la tierra prometida. "No tengáis miedo,… Dios ciertamente os visitará, y os hará subir de esta tierra a la tierra que juró a Abraham, a Isaac y a Jacob" (*50:21, 24*). Dios es fiel a su Palabra.

"Es simplemente incomprensible que todavía se siga considerando la doctrina de la salvación cristiana como una guía para transitar por esta vida difícil." Así habló Goebbels, que curiosamente también se llamaba José (Joseph). Las generaciones de Génesis nos han mostrado cómo el Dios del Pacto y de la elección, precisamente por medio de la doctrina de un futuro mesiánico, sostuvo a su Iglesia en medio de esta vida difícil. "Conforme a la fe murieron todos estos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad" (*He. 11:13, 16*). El Dios de *Génesis* será el Dios de la entrada al nuevo Paraíso y la nueva Jerusalén. Bienaventurado aquél cuyo Ayudador en esta vida es el Dios de Jacob.

(1) *Dagboek van Joseph Goebbels*, (Diario de Joseph Goebbels) traducido al neerlandés y adaptado
por C. van Rij, Ámsterdam, 1948, pág. 319

(2) Normalmente, en Egipto el rey era bastante generoso al regalar diferentes títulos a una persona. También José, a sus treinta años, después de su ascenso, participa de ese honor. Aparte del nombre Zafnat-panea (en el cual se esconde en todo caso la palabra egipcia *ankh* =vida) parece que recibió también los siguientes títulos:

- guardián del sello real (*Gn. 41:42*)
- padre del faraón (*45: 8*)
- señor de toda la casa (palacio) del faraón (*41:40*; *45 8*)
- gobernador sobre toda la tierra de (Bajo y Alto) Egipto (*41:41*; *45:8*). Este título no implica
  necesariamente que José era el único virrey de Egipto. El título 'visir' se concedió a varias
  personas de alto rango. José era uno de ellos con un cometido especial:
- administrador de los graneros del faraón (*41:34, 40, 43, 56*; *42:6, etc.*). Podríamos decir:
  apoderado del faraón, su ministro, en relación con la provisión de alimentos.

Las excavaciones han sacado a la luz que los notables egipcios a menudo recibieron muchos títulos del faraón, sea para subrayar el favor concedido, o sea para subrayar su propia responsabilidad. Véase el *Journal of Semitic Studies V* (Revista de Estudios Semíticos V) (1960), pág. 144-150. Los títulos que ostentaba José eran comunes, según se desprende de las excavaciones. Que la casa real no mostró una actitud negativa respecto a José y más tarde a su familia, está relacionado probablemente con el hecho de que en esa época Egipto fue gobernado por una dinastía de origen asiático. Después cambió, cuando vino otra dinastía, que no conocía a José (*Ex. 1:8*).

# ÉXODO

## Libro de la primera liberación del pueblo de la Alianza, Israel

Ahora vamos a dedicar nuestra atención al segundo libro de la Biblia, *Éxodo*. Por supuesto nos centraremos en los grandes rasgos. La idea es que sigamos viendo la totalidad a pesar de los detalles, y que seamos consolados y fortalecidos como hijos del nuevo Pacto al leer este libro. A veces se ha señalado que *Éxodo 12-24* fue usado por la antigua Iglesia cristiana como enseñanza fundamental. Durante los primeros siglos de la Iglesia primitiva, *Éxodo* 12 era el texto por excelencia sobre el que se predicaba en el día de la Pascua. En todo caso, es un hecho que hay multitud de enlaces entre *Éxodo* y el Nuevo Testamento.

Éxodo significa partida, salida. Ahora bien, no es casualidad que Moisés y Elías, en el monte de la transfiguración, hablaron con Cristo acerca de su 'partida en Jerusalén' (*Lc. 9:31*). En la salida de Egipto la sangre del cordero de pascua tenía un papel muy importante. Se instituyó la Pascua para mantener viva en Israel la memoria de la gran liberación de la casa de servidumbre. Y ¿qué es lo que dice ahora el Nuevo Testamento?

Esto, que Cristo es el Cordero de Pascua definitivo, el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (*Jn. 1:29, 36*). "Nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros" (*1 Co. 5:7*). Cristo murió precisamente en la fiesta de la Pascua, e igual que con el cordero de pascua, no le rompieron ningún hueso. Somos rescatados, no con oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación (*1 P. 1:18, 19*).

Se puede señalar más. *Éxodo* relata el establecimiento del Pacto, al pie del monte Sinaí, el cual se hizo con sangre. "He aquí la sangre del pacto", dijo Moisés (*Éx. 24:8*). Si recordamos bien la institución de la Santa Cena, entendemos enseguida que Cristo, en la institución de la Cena, refiere a esa primera celebración de la Alianza. Él levantó la copa, y dijo: "Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada" (*Mt. 26:28*). Conscientemente, Cristo ha sacado su programa de trabajo de la historia del antiguo pueblo. Y las epístolas del Nuevo Testamento (p. ej. *Hebreos*) nos aseguran una y otra vez que Cristo ha consumado la antigua Historia de salvación. Con su sangre ha confirmado el nuevo pacto.

Parémonos un momento a pensar: lo que leemos pues en *Éxodo* es la liberación provisional del pueblo de Dios, de la Iglesia. A la luz de la revelación posterior, tenemos que añadir siempre en nuestra mente: en Cristo todo esto se consumó, lo que estoy leyendo trata de la salvación de la Iglesia, entonces… y ahora. Los judíos suelen usar todavía en la celebración de la Pascua esta alabanza: "Alabado eres, Rey del universo,

que libraste de Egipto a nosotros y a nuestros padres.” Nos libraste,… Vemos que los judíos entienden muy bien que la liberación de Egipto también tiene que ver con ellos mismos.

Y porque el antiguo Israel es continuado en la Iglesia de hoy, el nuevo Israel, por eso podemos decir con toda naturalidad: “yo era esclavo en la tierra de Egipto, pero el Señor me ha sacado con mano poderosa”.

Cuando leemos el libro de *Apocalipsis*, encontramos allí a primera vista muchas cosas extrañas. Pero conociendo *Éxodo*, enseguida nos llamará la atención una cosa: que *Apocalipsis* vuelve una y otra vez a *Éxodo*. El Cordero, Jesucristo, está en el centro. La mujer, la Iglesia, es sustentada en el desierto, igual que Israel esos cuarenta años en el desierto inhóspito. A orillas del mar de cristal la Iglesia canta el cántico de Moisés, el siervo de Dios, y el cántico del Cordero (*Ap. 15:3*); y nos acordamos de la canción que cantaron Moisés y los hijos de Israel a orillas del Mar Rojo, en el que se ahogaron Faraón y su caballería. Y para seguir con el muy castigado faraón: las plagas descritas en *Apocalipsis* recuerdan muchísimo a las de Egipto. Podemos comparar lo que dicen *Apocalipsis* 8, 9 y 16 con el relato de las diez plagas en *Éxodo*.

Antes de entrar en el texto de *Éxodo* propiamente, señalo la relación que tiene este libro con el Nuevo Testamento para hacer ver que nosotros mismos estamos implicados en el éxodo. No se trata de historias de un pueblo que nos es ajeno, que nos puedan interesar más o menos. Por ejemplo, la historia del Tíbet. Nos puede entretener durante un rato quizás, cuando leamos sobre ella. Pero no nos afecta. En cierto sentido lo mismo ocurre con la historia de nuestro propio país. Lo que hicieron todos esos extraños antepasados realmente no nos interesa demasiado. Pero con la historia bíblica tiene que ser completamente distinto. Ya lo vimos en *Génesis*: la historia de la creación (*toledot*) del cielo y de la tierra es la historia de nuestro cielo y nuestra tierra. Y ‘los nacimientos’ de Adán forman la historia de nuestro antepasado; estamos implicados con un vínculo muy estrecho. Lo mismo vale por el éxodo de Israel y el Pacto de Yahvé con su pueblo. Se trata de nuestra salvación de la casa de servidumbre y de nuestra Alianza con el Señor.

**Envió a su siervo Moisés (*Sal. 105:26*)**

Primero leemos sobre la situación difícil de los Israelitas en Egipto. Siendo una minoría, estas personas ‘desplazadas’ fueron duramente oprimidas. Pero el Señor levantó un salvador: Moisés.

Si hay una cosa que queda claro en *Éxodo*, es esto: que toda salvación viene del Señor. Una vez tras otra se encuentran en callejones sin salida. Y una vez tras otra el Señor abre nuevos caminos.

Fijémonos en Moisés. Su vida pendía de un hilo. Y aunque sus padres urdieron un plan astuto para salvar su vida, era el Señor quien hizo

que este ardid tuviera éxito. Podemos leer en el capítulo 2 acerca de Moisés en la arquilla de juncos. Y cuando Moisés es llevado al palacio y enseñado en mucha sabiduría, el Señor lo utiliza para capacitarle para su futura misión. Pero esa misión llega en la hora que Dios ha fijado. Ya que, cuando Moisés mismo intenta actuar como salvador (*2:11 ss.*), falla en su intento y tiene que huir; su propia gente desconfía de él.

Así llega a Madián, y vive con el sacerdote Jetro. Se queda allí durante cuarenta años, como pastor de ovejas en el desierto: también esto es una preparación para su ministerio luego. Y cuando un día apacienta las ovejas cerca del Horeb, en la punta meridional de la península sinaítica, se le aparece el Señor en una zarza ardiendo. El Señor le recuerda la vieja promesa hecha a Abraham, Isaac y Jacob (*3:6, 15*; cf. *6:2-7*). Él ha descendido para redimir a Israel, librarlo de la mano del opresor egipcio. Lo va a llevar a Canaán. Y Moisés tiene que ser el medio para sacar al pueblo de Israel.

Pero ¿qué es lo sorprendente ahora? Moisés hace todo lo posible por zafarse de su misión. Viene con objeciones y preguntas. Para mayor claridad las enumero:

1. "¿Quién soy yo?" Es decir: ¿Cómo puedo llevar a cabo tal cometido?
   Respuesta del Señor: Estaré contigo, y te doy esta señal: después de sacar al pueblo
   me adorarás en este monte.
2. "¿Quién eres tú?" ¿Cómo es tu nombre, tu ser?
   Respuesta: YO SOY EL QUE SOY. Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me
   envió a vosotros. Es a esta declaración por parte de Dios que corresponde el nombre
   con el cual el pueblo le puede llamar: JHWH, Yahvé (también escrito como Yahvé),
   que significa: ÉL ES. Con ello no se refiere a su existencia eterna, sino a su estar-con-
   Israel, a su presencia-para-bendición-o-castigo. El nombre dice que Él es fiel; Él no
   cambia y mantiene sus promesas a los patriarcas. Moisés tiene que anunciar su
   misión a los ancianos de Israel y al faraón.
3. "No me creerán."
   Respuesta: Moisés recibe la autoridad para hacer señales (*4:1- 9*).
4. "No sé hablar."
   Respuesta: Yo estaré con tu boca; ¿no soy Yo quien te ha dado el habla?
5. "¡Ay, Señor! Envía a otra persona."
   Respuesta: Aarón, tu hermano, será a ti en lugar de boca.

Ya vemos que Israel no tiene en absoluto el derecho de hacer de Moisés una especie de superhombre, que sacó al pueblo gracias a su fuerza mental. Porque la Biblia, que es honesta, no nos muestra el lado más fuerte de Moisés. Él se atreve a inventar, delante del Señor, todos los pretextos posibles. A pesar suyo Moisés se convierte en el liberador. Toda jactancia (en lo que hacen los hombres) queda excluida, escribirá Pablo más tarde.

Y ¿el pueblo? Moisés ya temía que no iban a escucharle (*4:1*). Y pronto, cuando Moisés y Aarón hacen un intento de liberación, se hace evidente que el pueblo no posee en absoluto el don de la perseverancia (*cap. 5*). Moisés y Aarón piden al faraón permiso para que Israel celebre en el desierto una fiesta para Yahvé. Ni siquiera hablan de una liberación completa de Israel. Pero esto ya es motivo para el faraón de aumentar la carga del pueblo. Faraón es como el Herodes del Antiguo Testamento; él representa la simiente de la serpiente que quiere matar a la simiente de la mujer. Pero, como falla el intento de liberación, los capataces israelitas les reprochan a Moisés y Aarón que no han hecho otra cosa que darle una espada en la mano al faraón para que les mate. El profeta Moisés no es respetado en su tierra, por lo visto. Esto les ha pasado a todos los profetas. Su propio pueblo les echaba fuera. Lo veremos más adelante con Jeremías; y sabemos que lo mismo pasó con Cristo. No, Israel no tiene derecho a sacar pecho y decir: ¡Nosotros mismos nos hemos librado de Egipto! Una y otra vez, también más tarde en la historia, se rebelaba contra el liderazgo de Moisés. El pueblo ha conjugado el verbo murmurar en todos los tiempos posibles. Ya antes de llegar al Mar Rojo empiezan a quejarse: "¿No había sepulcros en Egipto, que nos has sacado para que muramos en el desierto?" (*14:11*). Y durante toda esa larga travesía por el desierto siguen quejándose. Se pueden buscar muchos ejemplos más de ello. No, el Señor sacó a su pueblo; y actuó por su amor soberano en esto, aunque el pueblo no lo mereció. "No por tu justicia, ni por la rectitud de tu corazón…, sino para confirmar la palabra que el Señor juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob" (*Dt. 9:5*).

Otra vez: toda jactancia queda excluida.

Antes de continuar viendo a grandes rasgos la Historia de salvación descrita en *Éxodo*, quiero que prestemos atención a la revelación que se relata en el capítulo 6. Ahí hay algunas expresiones que a lo mejor no se entienden tan fácilmente. El Señor se revela de nuevo a Moisés, que acaba de sufrir un fracaso con el faraón. Se llama con el nombre YAHVÉ, Yahvé, y añade: "aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios Omnipotente (en hebreo: *El Shaddai*), mas con mi nombre YAHVÉ no me di a conocer a ellos". Cuando lees esto, enseguida piensas: ¿cómo es esto? *Génesis* 4:26 ya menciona que en los días de Set los hombres invocaron el nombre de Yahvé; y leemos en *Génesis* 12:8 que Abraham lo hizo. ¿Era el nombre desconocido en tiempos anteriores? No, pero cuando aquí pone 'nombre',

esto significa nada menos que la revelación de su ser. La palabra ‘Yahvé’ le era conocida a Moisés; su madre se llamaba Jocabed, un nombre compuesto con Yah(vé). La palabra era conocida. Pero ahora el Señor revelaría que Él era Yahvé, El que es fiel e inmutable. Comparemos esto con la palabra de Cristo en la oración sumo-sacerdotal, que era también una oración de un rey y profeta: “He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste” (*Jn. 17:6*). Aquí también el nombre no es solamente la palabra ‘Padre’, sino lo que contiene, lo que el Padre hace y da.

En esta parte vemos otra vez lo que ya constatábamos antes: Moisés tiene objeciones, “es torpe de labios” (*6:12, 30*). Y cuando Moisés anuncia a los israelitas el mensaje de la salida de Egipto y la entrada en Canaán, ellos no le escuchan, ya que estaban embotados y abatidos a causa del trabajo forzado (*6:9*). Pero el Señor continúa animándoles. Moisés tiene que seguir actuando e ir a hablar con el faraón. El corazón del faraón será endurecido, pero el Señor castigará a Egipto con grandes señales y plagas para que Israel pueda salir.

**Y pasaré de vosotros…**

Primero hace Aarón una señal preparatoria en el palacio: la vara que se convirtió en una serpiente y que devoró a las varas de los hechiceros que también se habían convertido en serpientes. ¡Realmente era una señal muy propia del ambiente egipcio, en el cual las serpientes tienen un papel importante!

Pero cuando esta señal no tiene el efecto deseado, vienen las diez plagas que afectan a todo el pueblo egipcio.

Se puede constatar una escalada en estas plagas. Las primeras dos pueden ser imitadas todavía por los hechiceros egipcios. Pero las siguientes ya no (*8:18, 19*). Yahvé se muestra más fuerte que los dioses de Egipto. Las plagas en su totalidad tienen que ser consideradas como un juicio contra aquellos dioses (*Éx. 12:12*; *Nm. 33:4*).

Vemos que el Señor endurece cada vez más las plagas. Pero el faraón también se endurece más. Una y otra vez Moisés tiene que orar pidiendo que cese la plaga. Algunas veces el faraón admite que él está equivocado. Bajo ciertas condiciones está dispuesto a dejar marchar al pueblo. Pero cuando la plaga ha cesado, él retracta su palabra. El hecho de que los israelitas no sufrieran algunas de estas plagas, no le dice nada tampoco. Su corazón se endurece y el Señor endurece su corazón.

Finalmente viene la última plaga. En *Éxodo* 4:22-23 el Señor había dicho a Moisés que tenia que hablar así al faraón: “Así dice el Señor: Israel es mi hijo, mi primogénito. Ya te he dicho que dejes ir a mi hijo, para que me sirva, mas no has querido dejarlo ir; he aquí yo voy a matar a tu hijo, tu primogénito.” A la luz de esta palabra tenemos que ver ahora la décima plaga. El faraón atenta contra el hijo de Dios, Israel. ¿No dice *Oseas* 11:1:

“De Egipto llamé a mi hijo”? Ahora que Egipto no quiere dejar ir a ese hijo primogénito, va a tener que guardar duelo por sus propios primogénitos.

Esta última plaga no afecta a Israel, el hijo primogénito. Pero no podemos decir: ¡Claro que no! Porque Israel podía llamarse hijo de Dios, pero lo era por gracia, por el favor que perdona la culpa. Si el Señor entrara en juicio con su pueblo, entonces merecería también las plagas más intensas. Y para expresar esto, el Señor instituyó la pascua (esto significa: pasar). Cada padre de familia tenía que tomar un cordero (o un joven macho cabrío). El cordero tenía que ser un macho, de un año y sin ningún defecto. Tenía que ser sacrificado y su sangre untada sobre los dinteles y los postes de cada casa. El Señor iba a herir a los hijos de Egipto aquella noche. Pero,… “cuando veré la sangre, pasaré de vosotros.” ¿No había sido sacrificado un día un joven carnero en lugar de Isaac? Y ahora correría otra vez sangre propiciatoria sustituyendo a Israel. Y el Señor quería que cada año, en esta fecha concreta (el 14 de Nisán), se repitiera la fiesta de la pascua. Igual que nosotros tenemos el bautismo y la santa cena como los dos sacramentos que son sello de los actos de salvación de Cristo, así Israel tenía la circuncisión y la Pascua como sacramentos. El pueblo tenía que comer entonces el cordero de pascua y con él panes sin levadura en recuerdo a la salida apresurada. Todavía hoy se pueden comprar esas tortas judías, *matzes*. La levadura era una imagen del pecado (cf. *Lc. 12:1*; *Mc. 8:15*; *Mt. 16:11*). Pablo dice en *1 Corintios* 5:7-8, que nuestro cordero de pascua, Cristo, ya fue sacrificado por nosotros, y que por eso tenemos que quitar la vieja levadura de malicia y de maldad.

Cada año, Israel tenía que celebrar la pascua, para que así no se olvidara de las grandes obras de Dios. La fiesta tenía que durar siete días (siete es un número santo). El padre de familia, que actuaba como sacerdote, tenía que dar explicaciones (véase *12:26*, *27*; *13:8-10*). Cuando hoy en día los judíos celebran la pascua, es costumbre que uno de los niños haga las preguntas, y que el padre de la familia conteste. Israel ha guardado el mandato de la tradición. Pero desgraciadamente no ve que Cristo es la pascua, que quita el pecado del mundo por su sangre.

Antes de seguir hablando de la salida, tenemos que prestar atención al mandato. El Señor ha querido enseñar a Israel con mucho énfasis que tienen que vivir de la gracia, pero no solamente por medio de la pascua; sino que Él ha mandado además otra cosa para mantener viva esa noción. Los primogénitos de los hombres y de los animales domésticos, en el caso de ser machos, tenían que ser consagrados al Señor. En cuanto a los animales: los primogénitos tenían que ser sacrificados. Tratándose de un asno, se podía sacrificar un cordero en su lugar; sino, tenían que romperle el cuello al pollino. Del caballo, que tampoco era animal de sacrificio, no se dice nada aquí, ya que los israelitas no tenían caballos. Pero ahora los primogénitos de los hombres. ¿También tenían que ser sacrificados? No,

aquellos podían ser redimidos. Eso quiere decir que en realidad tenían que ser consagrados al Señor, sea como sacrificio, o como siervo en el santuario. Pero ahora podían ser eximidos de ello por la paga de un rescate. Más tarde el Señor escogió a la tribu de Leví para que le sirviese en lugar de los primogénitos. *Números* 3:12-13: "He aquí, yo he tomado a los levitas de entre los hijos de Israel en lugar de todos los primogénitos, los primeros nacidos entre los hijos de Israel; serán, pues, míos los levitas. Porque mío es todo primogénito."

Sabemos de la presentación de Jesús en el templo (*Lc. 2:22-24*). El pintor Rembrandt ha hecho un cuadro muy famoso de ello. Cuando se le pregunta a la gente, qué es lo que ocurrió entonces, la mayoría contesta que Jesús fue circuncidado. Pero eso no es verdad; la circuncisión ya tuvo lugar el octavo día. No, aquel día se ofreció el sacrificio de purificación para María, y… Cristo fue redimido. Esto quiere decir que han sido pagados cinco siclos para Él, como primogénito, para eximirle del servicio en el templo. De esta forma Cristo fue eximido del servicio según el orden de Aarón, para que pudiera ser sacerdote según el orden de Melquisedec. ¡Qué pensamiento más conmovedor: Aquel, que vino para redimirnos, primero ha sido redimido Él mismo del servicio en el templo terrenal!

Por desgracia Israel no ha entendido siempre la intención de todas estas ordenanzas, que resaltaban la gracia del Señor. Guardaban escrupulosamente la pascua y todas las leyes relacionadas a ello. Pero pensaban que al guardar la Ley podían obrar su salvación. Y así ya no comprendieron el significado de la pascua. Hasta que Cristo arrojó de nuevo una luz clara sobre la pascua. Queda excluida toda jactancia, disfrutamos bendiciones inmerecidas de nuestro Dios. Nos gloriamos en la gracia sola. El *Salmo* 103 hace eco de esto: "Bendice, alma mía, a Yahvé, Él que rescata del hoyo tu vida."

**Pero Dios es mi Rey desde tiempo antiguo (*Sal. 74:12*)**

El camino de Dios no es siempre el camino más corto. Esto lo experimentó Israel también cuando salió de Egipto. El faraón lo había dejado marcharse, por fin. Y ahora no va directamente a la tierra de la promesa, Canaán. Para evitar batallas con los pueblos alrededor, el pueblo se desvía por el mandato de Dios en dirección del Mar Rojo, armados para la guerra y llevando consigo los huesos de José (*13:17-19*). El Señor va delante, como un pastor, en una columna de nube que por la noche irradia un resplandor de fuego. Pero sin embargo, llegan a estar en un aprieto. Porque se encuentran atrapados entre el mar y el desierto al lado. El faraón se entera de su situación y esto es motivo para que intente recuperar a su pueblo de esclavos huidos. Para Israel, que le ve acercarse, es espantoso. Pero justo ahora se muestra la fidelidad del Señor. Moisés tiene que extender su vara sobre el mar, y un viento que sopla del este abre un

camino por el cual Israel pasa. El faraón va tras ellos. Pero los carros se hunden en el barro. La columna de nube se pone entre Israel y el faraón, que pronto va a enterarse de que Yahvé lucha por Israel (*14:25*). Así alcanza el pueblo la otra orilla, está a salvo. Y otra vez, Moisés extiende su vara sobre el mar. Las aguas vuelven y el ejército del faraón perece. Israel se ha librado definitivamente de él, no tiene que volver a él, luego, después de la fiesta. Este acontecimiento significa la liberación completa de la casa de servidumbre, de Egipto. El Señor ha mostrado su poder como Rey.

Y allí suena el cántico, de María, la hermana de Moisés, y de Moisés mismo:

"Cantaré yo a Yahvé, porque se ha magnificado grandemente;
Ha echado en el mar al caballo y al jinete."

Y el final del cántico de Moisés:

"Yahvé reinará eternamente y para siempre."

Podríamos traducirlo también así: Yahvé es Rey, eternamente y para siempre. Así se expresa más claramente la idea de la realeza de Yahvé. Sobre todo porque esta idea sigue siendo un motivo de alabanza en Israel. Es entonces cuando, con las maravillas en Egipto y el paso por el Mar Rojo, comenzó la revelación asombrosa del reinado del Esposo de Israel, Yahvé. El cántico de Moisés puede ser continuado luego, cuando el culto en el templo necesita de cánticos. Pensemos en los *Salmos* que hablan de Dios como Rey (93, 95-99). Allí leemos una y otra vez: "el Señor reina, se vistió de poder". Se oye el eco del cántico de Moisés (1). Israel era consciente de que la salida de Egipto y el paso por el Mar Rojo formaban el fundamento de su propia existencia. "Dios nos abrió un camino por en medio de las recias olas y de las muchas aguas, Él reinará para siempre" (*Sal. 66:6-7*). Aquella liberación llegó a ser un consuelo para Israel más tarde: el Señor lo hará así de nuevo:

"Despiértate, despiértate, vístete de poder, oh brazo de Yahvé;
despiértate como en el tiempo antiguo, en los siglos pasados.
¿No eres tú el que cortó a Rahab (= Egipto), y el que hirió al dragón?
¿No eres tú el que secó el mar, las aguas del gran abismo;
el que transformó en camino las profundidades del mar para que pasaran los redimidos?
Ciertamente volverán los redimidos; volverán a Sion cantando,…"

Así canta *Isaías* 51:9-11 para el pueblo en el exilio en Babilonia, y así proclama el antiguo evangelio de *Éxodo*: ¡tu Dios es Rey! (*Is. 52:7*).

Como en el '*Libro del Bautismo*' de Lutero de 1523, la oración en el formulario para el bautismo dice: "Y sepultaste al endurecido Faraón y todo su ejército bajo el Mar Rojo, y llevaste a tu pueblo en seco por el mismo – lo que prefiguraba el bautismo…" (2).

¿Cómo se han llegado a relacionar estas cosas? Pues bien, en *1 Corintios* 10:2 Pablo escribe que todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar. Las aguas abrieron un camino para la Iglesia y a la vez destruyeron a los enemigos anticristianos. Así es el bautismo en Cristo, el Mediador del nuevo Pacto, una señal del lavamiento de los pecados y del paso a la salvación. Sólo, y esto nos lo enseña la historia de Israel y también *1 Corintios* 10, tenemos que vivir del Dios de nuestro bautismo. El Israel 'bautizado' pereció en el camino hacia Canaán a causa de su murmuración. Solamente aquellos que perseveran, están a las orillas del mar de cristal y cantan el cántico de Moisés y el cántico del Cordero (*Ap. 15:3*):

"Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso;
justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos."

El primer destino de la travesía por el desierto que ahora comienza era conocido: Sinaí. Pero también ahora Israel tenía que aprender a vivir de la gracia, precisamente ahora, en el desierto, donde estaba privado de cualquier confort. El Señor iba a probar a su pueblo, para afligirlo. Para saber si quería vivir solamente de su Palabra (*Dt. 8:2-3*). *Éxodo* 15:26 lo dice de forma tajante: Si Israel guarda los estatutos del Señor, no les enviará ninguna enfermedad de las que sufrieron los egipcios. "Yo soy Yahvé tu sanador." Bajo esa luz hay que ver todos los acontecimientos. Mara (*15: 23 ss.*); la alimentación por el maná (*16:1-36*); Masah y Meriba (*17:1-7*); la batalla contra Amalec (*17:8-16*). Y podríamos mencionar lo que ocurre después de la estancia en el Sinaí. Recordemos lo descrito en *Números* 11, 13, 14 y 16. Repetidas veces se hizo evidente que Israel no quiso vivir de la gracia, se rebeló contra la dirección paternal de Yahvé y no le reconoció como Rey y Sanador.

Para no perder de vista la relación con el resto de las Escrituras hay que decir algo más sobre el maná y sobre Amalec. Cristo multiplicó los panes, como también lo hizo una vez el profeta Eliseo (*2 R. 4:42-44*). Pero para los judíos, que querían una señal, este milagro era demasiado insignificante. Después de la alimentación de los cinco mil, le piden simplemente: "¿Qué señal haces tú, para que veamos, y te creamos? ¿Qué obra haces? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dio a comer" (*Jn. 6:30-31*). En otras palabras: ¡haz una señal como hizo Moisés, entonces te creeremos! Y a esta petición impertinente de una señal, para mostrar quién es, Cristo contesta diciendo: "Mi Padre os da el verdadero pan del cielo. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo" (*Jn. 6:32, 49, 51*). Cristo se autoproclamó como Alguien mayor que Moisés: "si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre." El maná era símbolo de Cristo. Con razón Pablo dice que los israelitas en el desierto comieron un alimento espiritual (*1 Co. 10:3*).

Y ahora Amalec. Ese pueblo del desierto atacó a Israel en la retaguardia. Por Moisés que, mientras alzaba la vara, apeló al milagroso poder de Dios, Israel obtuvo la victoria bajo el liderazgo de Josué. ¡La mano (de Moisés y de Israel) en el trono del Señor (que ayudó a su pueblo y lo ayudará) (*17:8-16*)! En relación con este actuar de forma tan traicionera por parte de Amalec, el Señor manda a Moisés ponerlo por escrito en una crónica (así que Moisés llevaba un diario del viaje), para que Josué y las siguientes generaciones siguiesen haciendo la guerra contra Amalec sin piedad (cf. *Dt. 25:17-19*). Más tarde, Saúl y David han luchado contra este pueblo (*1 S. 15*; *27:8*; *30*; *2 S. 8:12*). Y más tarde aún encontramos otra vez a Amalec en la historia de Ester. Ella y su tío Mardoqueo eran del linaje del rey Saúl (*Est. 2:5*). Pero el gran adversario Amán (*3:1*) era un agagueo, un descendiente de la casa real de los amalecitas, puesto que el rey de los amalecitas llevaba el título '*Agag*'. La vieja lucha contra Amalec se avivó de nuevo; en realidad era la lucha de la simiente de la mujer contra la simiente de la serpiente. Teniendo esto en cuenta, el significado del libro de *Ester* es más fácil de entender.

**Ha manifestado sus palabras a Jacob (*Sal. 147:19*)**

Quien atraviese en barco el Mar Rojo, ve en un momento dado la silueta del macizo del Sinaí dibujarse en el horizonte. La tradición señala allí el monte Horeb o Sinaí. En la Biblia, el Sinaí también se llama 'el monte de Dios'. Moisés vio allí al Señor en la zarza ardiente. Allí ocurrió el milagro: el Señor descendió para establecer un pacto con su pueblo. Más tarde, cuando el profeta Elías está profundamente dolido por la apostasía de Israel bajo el rey Acab, huye al monte de Dios, y allí le confía sus penas (*1 R. 19:8 y ss.*). El Sinaí es el lugar donde Yahvé se relacionó solemnemente con su pueblo: "Yo soy el Señor, tu Dios." Allí en Horeb fueron proclamados los Diez Mandamientos; y Moisés, como un verdadero mediador, habló con el Señor, cara a cara, en ese monte.

Cuando Israel acampó delante del Sinaí, el Señor mandó señalar límites al monte, para que nadie se acercara. El pueblo tenía que santificarse, porque el Señor mismo iba a descender. Esto ocurrió en medio de una tremenda manifestación de las fuerzas naturales. El monte humeaba y temblaba y el sonido de una bocina llenaba el cielo. En otras partes de la Escritura encontramos continuamente recuerdos de esta revelación en el Sinaí. Por ejemplo en el *Salmo* 68:7-8, donde se nos recuerda el terremoto en el Sinaí. El impresionante cántico de *Habacuc* 3 muestra al Señor como Alguien que mueve la naturaleza. Por cierto, en el *Salmo* 18 vemos lo mismo: la liberación de los enemigos es reflejada en la imagen de una tremenda catástrofe natural, obra del Señor. Es el Dios del Sinaí, un Dios terrible. Así se reveló a Elías en Horeb en un huracán, un terremoto, un fuego y un silencio apacible (*1 R. 18:11-12*). Y cuando leemos los profetas,

y encontramos allí la descripción del día del Señor, el día del juicio, llama la atención que esto se hace cada vez en términos que recuerdan la revelación en el Sinaí. También en lo que ocurre al morir Cristo (*Mt. 27:51*), y en la descripción que Él hace de su juicio sobre Jerusalén, encontramos algo similar. Para terminar, en el maravilloso libro de *Apocalipsis* leemos varias veces acerca del trono de Dios del que salen relámpagos y truenos (*Ap. 4:5*; *6:1*; *8:5*; *10:3*; *11:19*; *14:2*; *16:18*). Yahvé sigue siendo el Dios de la aparición en el Sinaí. Él es el Dios que se reveló a Abraham en un horno humeante y una antorcha de fuego, que pasaba por en medio de trozos de animales sacrificados (*Gn. 15:17*). En aquella aparición ya fue profetizada a Abraham la travesía por el desierto (columna de fuego) y lo que sucedió en el Sinaí.

¿Es Dios entonces un Dios de la naturaleza? Podríamos decirlo así: Él no es un dios de la naturaleza como Baal o Hadad o como se llamen los dioses cananeos de la lluvia o de los truenos, sino que Él es un Dios que está por encima de la naturaleza, que domina la creación, y que puede convocar a los fenómenos de la naturaleza para servirle en su revelación a los hombres acompañando a su Palabra.

Porque esto fue lo maravilloso: que el Señor habló a su pueblo en el Sinaí (cf. *He. 12:8 ss.*).

Y… el pueblo no fue consumido por esa Voz, sino que siguió vivo. Aunque el Señor es terrible en su santidad, también es el Dios misericordioso que se dirige a su pueblo con amor. Como Moisés, que siguió vivo cuando escuchó hablar a Dios desde la zarza ardiente en Horeb, así ocurrió con Israel: "Desde los cielos te hizo oír su voz, para enseñarte; y sobre la tierra te mostró su gran fuego, y has oído sus palabras de en medio del fuego… Aprende pues hoy, y reflexiona en tu corazón que Yahvé es Dios arriba en el cielo y abajo en la tierra, y no hay otro" (*Dt. 4:36,39*).

Y ¿cuál era el significado de estas palabras?

Esto se aclara en *Éxodo* 19:3-9, que se podría añadir a cada lectura de los Diez Mandamientos en nuestro culto de adoración. Es una ganancia, cuando la congregación ve la relación entre la Ley y la introducción a la Ley en el capítulo 19. Porque ¿acaso no son palabras hermosas y llenas de consuelo, las que pronuncia el Señor allí?: "Habéis visto cómo os tomé sobre alas de águilas (o buitres), y os he traído a mí (es decir, al monte de Dios, el Sinaí). Si guardaréis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos… Me seréis un pueblo de sacerdotes, y gente santa (eso quiere decir: consagrada a Dios)."

¿Acaso no es hermoso? Con 'la ley' siempre pensamos en un negrero, mandato tras mandato, regla tras regla. 'La ley' da la impresión de algo que oprime. Pero en realidad, la Ley (*Torá*, en hebreo) significa para el israelita: enseñanza, dirección para la vida. Y esa dirección viene del buen Dios, el Libertador de la esclavitud, el Salvador de la vida. En las

reproducciones de pinturas del antiguo Egipto se ven a menudo alas de águila, a veces a ambos lados de un sol. Por cierto, este motivo aparece también en imágenes de Asiria. Seguramente sabe usted por experiencia que los motivos con águilas aparecen en muchos escudos de ciudades o países. En el desierto, Israel ha podido observar muchas veces cómo las águilas y buitres ayudaban a sus crías a aprender a volar. Pues bien, con esta imagen se revela el Señor. Moisés cantó al final de su vida este cántico:

> “Como el águila que excita su nidada,
> Revolotea sobre sus pollos,
> Extiende sus alas, los toma,
> Los lleva sobre sus plumas,
> Yahvé solo le guió,
> Y con él no hubo dios extraño (*Dt. 32:11-12*).

En el Nuevo Testamento vuelve esta imagen otra vez: la mujer, la Iglesia, en *Apocalipsis* 12 recibe alas de águila, para que pueda huir de delante del dragón al desierto. De esto último podemos desprender hasta qué punto la introducción a la Ley tenía importancia en el Nuevo Testamento. La Iglesia cristiana primitiva conocía esta parte. Esto es evidente por el hecho de que también se citan otras frases de esta introducción. Pensemos en la expresión: ‘un reino de sacerdotes’. Y en el nuevo nombre de Israel: tesoro especial (del Señor). ¡Qué contenido más precioso se esconde en ello!

La Iglesia es la posesión del Señor, su pueblo en exclusiva. *Deuteronomio* se expresa una y otra vez en estos términos (*7:6*; *14:2*; *26:18*); también los *Salmos* 74:2 y 135:4. Pablo, en su discurso de despedida, habla a los ancianos de Éfeso acerca de la Iglesia, que el Señor ganó (como posesión) por su propia sangre (*Hch. 20:28*). Y en *Tito* 2:14 dice, que Cristo purificó para sí un pueblo propio. También en *1 Pedro* 2:9 encontramos que se habla de este pueblo en propiedad, y a la vez del ‘reino de sacerdotes’:

> “Mas vosotros sois linaje escogido,
> Real sacerdocio,
> Nación santa,
> Pueblo adquirido por Dios.”

Las palabras de Dios que forman la introducción a la Ley han sido llamadas “el centro y tema de los cinco libros de Moisés, que revelan la esencia y el propósito del Pacto de Dios” (3). Por eso la nueva Alianza

puede volver a usarlas. Y cuando se pronuncia la salutación de *Apocalipsis* 1:5-6, escuchamos la siguiente doxología:

"Al que nos amó,
Y nos lavó (redimió) de nuestros pecados con su sangre,
Y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre;
A Él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén."

El Nuevo Testamento ha entendido que en la introducción a la Ley, que es su centro y su tema, resonaba el Evangelio puro.

Esto es lo que tiene que determinar nuestra visión de la Ley. Efectivamente, el Señor se reveló entonces en toda su abrumadora majestad (cf. *He. 12:18 ss.*). Pero al mismo tiempo se reveló como el Redentor y Salvador de Israel. Él no es el tirano caprichoso, el negrero, sino que Él es el Padre fiel, que acaba de rescatar a Israel de la esclavitud y de adoptarlo como hijo. Por eso comienza la Ley de esta forma tan evangélica:

"Yo soy Yahvé, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre."
(*Ex. 20:2*).

La Ley está fundada en la gracia de Dios. "Haced esto por gratitud." El Señor muestra a su Iglesia, cómo podemos y debemos corresponder a su amor.

Podemos resumir las Diez Palabras, los Diez Mandamientos, en 'amor a Dios', y 'amor al prójimo'. Desde luego, la forma en que esta Ley ha sido dada, tiene relación con la situación en que Israel vivía como pueblo del antiguo Oriente. Nosotros no adoramos a imágenes esculpidas, no tenemos esclavos, y no suele haber peligro de que deseemos el burro de nuestro prójimo. Pero sí tenemos que ver con las cosas a las que señalan: un culto caprichoso (segundo mandamiento sobre las imágenes), obligaciones sociales (esclavos) y codiciar lo que es de nuestro prójimo. Las Diez Palabras nos muestran cómo podemos servir al Señor en concreto, en las diferentes áreas de la vida. Los profetas y los apóstoles vuelven continuamente a estos Diez Mandamientos (4). Ellos forman el fundamento de los estatutos de la Alianza de Dios.

### El Libro y el establecimiento del Pacto

Que los Diez Mandamientos siguen estando vigentes para nosotros, está bastante claro. Pero ¿qué pasa con todas esas leyes que siguen a *Éxodo* 20? Todas esas ordenanzas acerca de sacrificios y lavamientos, ¿seguro que hoy en día ya no tienen validez? Ya no celebramos el día de la expiación, ni tampoco la fiesta de los tabernáculos, ¿no?

Estas preguntas se suelen resolver diciendo: los Diez Mandamientos tienen validez para nosotros, pero todas las leyes en relación con el culto y lo civil eran solamente para Israel.

Pero la solución no es tan fácil. No podemos levantar un tabique impermeable entre los Diez Mandamientos (decálogo) y las demás leyes. Al contrario, hay una relación muy estrecha entre ambos. Podríamos reflejar esquemáticamente la relación de esta manera:

Las palabras de Yahvé en 19:3-6 forman, por así decirlo, el centro de la Ley. Israel es el sacerdocio real del Señor. El Señor, en su gracia soberana, ha tomado a Israel sobre sus alas. Y ahora el pueblo es llamado para mostrar su obediencia al Dios del Pacto.

Estrechamente unido a esto, como un círculo que lo rodea, están allí los Diez Mandamientos, las Diez Palabras del Pacto.

Pero con este último está relacionado a su vez el 'libro del pacto', que encontramos en 20:22 – 23:33. En base a este libro, el Señor estableció su Alianza con Israel. Y lo más importante ahora es: que el libro del Pacto no sólo guarda relación con los Diez Mandamientos, sino que antes ofrece una elaboración de esos mandamientos enfocada al Israel de aquellos tiempos. El libro del Pacto forma como si fuera un gran círculo alrededor del círculo de los Diez Mandamientos. Después de ese viene otro círculo, el del 'segundo libro' de la Ley, dado después del pecado al pie del Sinaí (*cap. 34*).

Y ¿el resto de las leyes? Las podemos considerar pues como el subsiguiente círculo concéntrico. También en ellas los Diez Mandamientos son elaborados de forma concreta y actual con respecto al culto, la vida social, la vida familiar, etcétera.

Esto no quiere decir por supuesto, que hoy en día tenemos que cumplir todavía todas esas leyes. Ya ni siquiera es posible. Algunas leyes tenían que ver solamente con el periodo del peregrinaje por el desierto. Otras se referían a situaciones de aquellos tiempos (p. ej. poligamia). Los decretos acerca de los sacrificios ya no podemos cumplirlos, porque Cristo los ha cumplido con su sacrificio. Muchas ordenanzas tenían el propósito de educar al pueblo y ser su ayo para llevarlo a Cristo, una sombra que señalaba al Mesías. Pero sin embargo, todas estas leyes nos ofrecen una predicación valiosa. Nos muestran, cómo el Señor exigía obediencia a sus mandamientos. Y todos aquellos estatutos que hoy en día han quedado sin efecto proclaman la venida de Aquel, que vino para cumplir hasta el último puntito.

Pero ahora volvamos al libro del Pacto. La mayoría de los más aplicados lectores de la Biblia ni siquiera conoce su contenido. Ya que esas leyes no son populares en absoluto. Pero uno no debe saltarse estas Palabras de Dios, hay que leerlas con atención, preferiblemente con un lápiz a mano. Pues una Biblia es un libro para trabajar. Podría usted

marcar, o indicar con un número en el margen de cuál mandamiento ese estatuto en cuestión ofrece una elaboración.

Ya me imagino cómo su lápiz subraya 22:21 ss. ¡Cuán bueno es el Señor, que sostiene a la viuda y al huérfano en sus aflicciones y en las disputas! Y ¡qué regla más hermosa hay en 23:1-3! No hay que seguir a la masa, la mayoría no siempre tiene razón. Y tampoco hay que dejarse llevar por la compasión al dar la razón a ese hombre pobre. No, es la justicia, la que tiene que prevalecer. Cuando leemos en 21:32 acerca de treinta siclos de plata, el precio de un esclavo, podemos pensar en que pusieron este precio a Cristo; era la paga de Judas (cf. también *Zac. 11:12-13*).

Aparte de tratar de la vida civil, el libro del Pacto también trata del culto de adoración. Israel tenía que celebrar tres fiestas. Ya conocemos la fiesta de la pascua. A ella se añadieron la fiesta de las primicias de la cosecha (Pentecostés), y una fiesta al final del año (para Israel, en octubre), la fiesta de los tabernáculos (*23:14 ss.*). Más adelante hay leyes que elaborarán estas ordenanzas con más detalle. Posiblemente 23:20-33 pertenece también al libro del Pacto; esta porción contiene promesas con respecto al resto de la travesía por el desierto y la conquista de Canaán. Si Israel por lo menos obedeciese al Señor y no hiciese alianzas con el enemigo…

Moisés ha escuchado el contenido del libro del Pacto en el monte. Luego descendió y lo refirió al pueblo, que prometió guardar las palabras y los derechos del Señor. También dejó todo escrito en un libro; su educación en Egipto seguramente le sirvió de mucho en esto.

Y ahora iba a ocurrir lo grandioso: al pie del Sinaí el pueblo entraría en una alianza con el Señor. Se construyó un altar con doce piedras levantadas alrededor. Cuando leemos ese número doce, podemos pensar inmediatamente en las doce tribus. 'Doce' representa el pueblo de Israel. Por eso Cristo tenía doce discípulos; por eso la nueva Jerusalén del *Apocalipsis* tiene doce puertas; por eso Elías construyó un altar de doce piedras.

Y ahora se ofrecen sacrificios. La sangre de los animales se recoge. La mitad es esparcida sobre el altar. Ese altar representaba al Señor. Alrededor estaban las doce columnas, representantes de todas las tribus. Por medio de la sangre el altar está ahora consagrado. El Señor quiere tener comunión con su pueblo pecaminoso a través de la sangre expiatoria de los sacrificios.

Y ¿qué pasa con el resto de la sangre? Primero, Moisés lee otra vez el contenido del libro del Pacto. Lo ha registrado ahora todo en un códice. ¿Israel sigue estando de acuerdo? Se le da la misma respuesta de nuevo: "Haremos todas las cosas que el Señor ha dicho, y obedeceremos." Entonces Moisés toma el resto de la sangre del sacrificio y lo arroja con toda su fuerza sobre el pueblo: "He aquí la sangre del Pacto que el Señor ha

hecho con vosotros sobre todas estas cosas" (es decir, las leyes dadas). Por medio de las leyes el pueblo está vinculado a su Dios. Pero… el ser rociado con sangre significa a la vez que sólo a través de la sangre expiatoria puede haber una comunión continua. ¡Con sangre se ha inaugurado la antigua Alianza!

Todo esto señala a la obra de Cristo: ¡por medio de su sangre santa Él ha inaugurado la nueva Alianza! El texto que se cita al levantar la copa de la Santa Cena se refiere directamente a este acontecimiento al pie del Sinaí:"Esta es mi sangre del nuevo Pacto, que por muchos es derramada" (*Mt. 26:28*; cf. *He. 9:18-28*; *1 P. 1:2*: "ser rociados con la sangre de Jesucristo") Del Sinaí hasta el Gólgota hay una sola línea. Y en ello podemos ver que también en el antiguo Pacto la gracia y la expiación formaban el fundamento para la existencia de Israel.

Y fue en base a esta expiación, que una delegación del pueblo se podía acercar al Señor: Moisés, Aarón con sus dos hijos, y los setenta ancianos. Ellos tuvieron un encuentro con la gloria del Señor. La piedra de zafiro es azul, con motas doradas: así vieron el embaldosado bajo los pies de Dios. Y lo asombroso fue que no murieron, aunque vieron algo de la majestad del Señor. La gracia, y la expiación, apartaron el juicio. Por eso confirmaron su encuentro con el Señor con una comida. Como nosotros tenemos en la Santa Cena comunión con el Señor de forma espiritual, así ellos ejercieron la comunión, comiendo y bebiendo con el Rey del Pacto recién estrenado (*24:11*).

Mientras tanto, Moisés subió al monte, solo. Él iba a recibir instrucciones acerca del culto y la construcción de un santuario. El Señor habló con él, durante cuarenta días y cuarenta noches, de en medio de la oscuridad.

**He aquí vengo, y moraré en medio de ti (*Zac. 2:10*)**

Se podría decir que la descripción del santuario que Israel tenía que erigir, es una elaboración del primer mandamiento. Si el Señor quiere que le sirvan sólo a Él, el pueblo tiene que saber dónde y cómo Él quiere ser servido. También el hecho de que el Señor manda construir un tabernáculo es una muestra de su gran favor: con ello dice que Él quiere habitar en medio de su pueblo (*25:8*). También vemos en ello claramente una profecía acerca del Cristo. En Él Dios ha venido a su pueblo. Él habitó entre nosotros, hizo su tabernáculo entre nosotros (*Jn. 1:14*). Y un día, el Padre y el Hijo estarán con nosotros para siempre: "He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y Él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios" (*Ap. 21:3*) (5).

Para hacernos una idea de la distribución del tabernáculo (se utiliza ese término antiguo que significa 'tienda', para que todo el mundo

comprenda que estamos hablando del santuario de Israel en el desierto), lo mejor es pensar en una sala de audiencias de un rey del Oriente antiguo.

El rey está sentado en su trono. Delante de él se queman especias. Su guardia le rodea. Los visitantes pueden acercarse en una sala bien iluminada. Depositan sus ofrendas delante de él. Fuera del palacio se extiende el jardín, en el que hay una fuente. Allí se celebran los banquetes.

Algo similar se ve en el tabernáculo. Este consiste en ‘el lugar santísimo’ y ‘el lugar santo’. En el primero tiene que ser colocada el arca (que en latín significa caja). En ella iban a ser depositadas las dos tablas de piedra de la Ley. Cubriendo el arca se pondría el propiciatorio, que de alguna manera estaba unido a dos querubines. Ya en la historia de la Caída aparecen los querubines (*Gn. 3:24*); ellos son ángeles que guardan el trono de Dios y se afanan por su santidad. En *Ezequiel* y en *Apocalipsis* los conoceremos más de cerca. Estos ángeles del trono muestran que el Señor considera al arca como su trono terrenal. En el arca se depositará la Carta Magna del Pacto. Sobre el arca están los símbolos de la santidad del Señor. Y el propiciatorio sirve para que una vez al año, en el día de la expiación, sea rociado con la sangre. La expiación es también aquí la base del encuentro entre el Señor y su pueblo pecaminoso. ¿Lo ven?, la Ley predica claramente a Cristo. Allí, sobre el propiciatorio, el Señor quería reunirse con Moisés (*25:21-22*).

Pero ahora entramos en el así llamado lugar santo. Mientras que el sumo sacerdote pudo entrar solamente una vez al año, en el día de la expiación, en el lugar santísimo, en el lugar santo también podían entrar los sacerdotes. Allí había una mesa donde tenían que poner los panes de la proposición. Israel expresaba con esto que debía su sustento diario al Señor; estas dádivas de pan (por supuesto sin levadura) representaban la gratitud del pueblo hacia el Creador de la vida.

El capítulo 25 relata que había que hacer también un candelero. Aunque el Señor mismo habitaba en oscuridad, ya que el lugar santísimo estaba separado por una cortina del lugar santo, sin embargo, Él quería que su sala de audiencia tuviese luz. Había que hacer un candelabro de siete brazos, labrado en oro puro. La forma sería semejante a un árbol: con ramas, copas, manzanas y flores como de un almendro. Este árbol florece temprano, los israelitas le dieron un nombre adecuado: El que vigila. Así vigila el Señor sobre su pueblo y hace desaparecer la oscuridad para su Iglesia. ¡Cuán hermoso habrá sido aquel candelero en el tabernáculo: un almendro luminoso, brillando con un esplendor dorado! El Señor hace resplandecer su rostro sobre su pueblo.

Si, es por eso que el pueblo de Israel mismo puede ser una luz para el mundo. El Israel de hoy en día lleva el candelabro, la *menorá* en su escudo; pero no ha reconocido a la Luz del mundo, el Mesías Jesús. Y por eso ya no tiene el derecho a alzar la *menorá* en su escudo. Las iglesias reciben

cada una su candelero en el templo celestial, alrededor de Jesucristo (*Ap. 1:12, 20*; *2:5*). Al menos, si perseveran en guardar la Palabra.

Hay aún otro objeto que tenía que ser colocado en el lugar santo: el altar del incienso (*30:1-10*). Iba a estar justo delante del arca; cada mañana y cada tarde tenía que ser quemado el incienso ante el rostro del Señor, como símbolo de las oraciones de Israel. El día comenzaba con la oración y también acababa con ella; en la ofrenda aromática Israel traía de forma simbólica sus necesidades y su gratitud delante del Rey de toda la tierra.

En el capítulo 26 podemos leer acerca del tabernáculo mismo. Estaba hecho para transportarlo fácilmente; un santuario del desierto. Posteriormente, bajo el reinado de Salomón, un templo ha tomado su lugar. En la descripción del arca y del altar del incienso se nota que tenían que tener en cuenta el transporte. Todo tenía que ser hecho de tal modo, que podía ser llevado por medio de varas. Pues Yahvé, a quien servían, era Aquel que iba delante del pueblo como un Pastor.

El material con el que el tabernáculo tenía que ser construido era madera de acacia, la misma que de los otros muebles. Hay que imaginarse la península sinaítica como una estepa de arbustos. Unos pequeños arbustos y aquí y allá alguna acacia. Se supone que Israel usó el material de su entorno. A esto se añade todo lo que recibieron al salir de Egipto. Además, con toda certeza pasaban caravanas por allí. Así podían cubrir toda la madera con oro. Si, aquí empieza seguramente un nuevo capítulo en la Historia del arte. Pero lo que es más importante, es que aquí empieza un nuevo capítulo en la Historia de la revelación. Por muy bonito que fuese el tabernáculo, seguro que los tesoros de Babilonia y Egipto le superaron en belleza. A los ojos del mundo civilizado era solo un santuario de nómadas. Y sin embargo,… el Señor quería habitar en él, morar en medio de su pueblo, y profetizar acerca de la morada definitiva, en medio de su Iglesia, un día, en la nueva creación.

Si pasamos ahora al atrio, entonces encontramos allí primero la fuente de bronce (*30:17-21*). Su significado está claro: los sacerdotes tenían que ser puros cuando cumplían su servicio; el Señor es un Dios santo.

Finalmente estaba también el altar del holocausto, cubierto de bronce. En realidad era un envoltorio portátil: de cuatro lados, que se podía rellenar con tierra o piedras sueltas. En ese altar se ofrecieron los sacrificios. Cada mañana y cada tarde tenía que ser sacrificado un cordero. Así que el sacrifico de la pascua y el sacrificio para Isaac tenían que ser repetidos diariamente. Y a eso se añadieron los otros sacrificios, privados o generales. El altar en el cual se ofrecían a diario los sacrificios se encontraba justo a la puerta del tabernáculo, delante del rostro del Señor (*27:1-8*; *29:38-46*). Lo que predica, se puede entender: Por la sangre expiatoria el Señor puede tener comunión con su pueblo. Y lo repite con las mismas palabras que cuando se nos habla del arca: “Allí me reuniré con los

hijos de Israel,… Y habitaré entre los hijos de Israel, y seré su Dios” (*29:43, 45*). Gracias al altar, Israel pudo acercarse al trono, al arca. Y esto apunta a la obra de Cristo en la cruz, gracias a la cual podemos acercarnos al trono de gracia para hallar el oportuno socorro. No, no estoy espiritualizando nada, solo repito lo que dice la Biblia (*He. 4:14-16*; *10:19 y ss.*).

En los capítulos 28 y 29 podemos leer a continuación sobre las vestiduras y la consagración de los sacerdotes. Cuando leemos sobre las piedras preciosas engastadas en el pectoral del sumo sacerdote, nos hacen pensar enseguida en los doce fundamentos de la nueva Jerusalén de *Apocalipsis* 21. Tal vez uno se extrañe de los rituales que se llevaron a cabo en la consagración sacerdotal. No obstante, todas esas ceremonias no son tan difíciles de entender si tenemos en cuenta otros textos de la Escritura. El lavamiento y la investidura hablan por si mismos. El becerro va destinado a la ofrenda para el pecado; en sustitución lleva el pecado de los sacerdotes, por eso ponen sus manos sobre su cabeza. Aquí vemos a la vez cuán imperfectos eran los sacrificios en realidad. Porque estos sacerdotes mismos eran hombres pecadores, cuyas culpas tenían que ser pagadas. ¡Cómo clamaba todo esto por el Sacerdote perfecto, que era santo y sin pecado! ¡Y leamos aquí entre líneas el nombre de Jesucristo!

Además, se destina un carnero para el holocausto. Y un segundo carnero es sacrificado como la ofrenda propia de la consagración. Con su sangre tocan la oreja, la mano y el pie de Aarón y de sus hijos: su oído, sus actos y su caminar tienen que ser consagrados a Yahvé. Esa sangre y el aceite de la unción también se rociaban sobre las vestiduras oficiales: otro símbolo de la consagración al Señor. Finalmente, partes de este último carnero tenían que ser ofrecidas juntamente con unas tortas, meciéndolas, delante del Señor. Pero no hay que extrañarse al leer a continuación que los sacerdotes están autorizados a comer ellos mismos de este sacrificio. Precisamente en esta ceremonia de consagración, que duró siete días, los futuros sacerdotes tienen que hacer aquello que luego será su tarea diaria. Pues una parte de los sacrificios sería para ellos. Como siervos de Yahvé podían comer en su mesa. Ya veremos más adelante que había también ofrendas de las cuales el pueblo mismo comía una parte de la carne, en el atrio. Incluso aquellos de Israel que no habían sido consagrados como sacerdotes, se les permitía a veces saciarse en la mesa del Señor.

**Quebrantamiento y renovación del Pacto**

Solemos llamar a Cristo el Mediador del nuevo Pacto. Y a Moisés el mediador del antiguo Pacto. Un mediador media entre dos partes. Pues bien, en la porción que comienza en 32:11, vemos a Moisés actuar como mediador. Y… detrás de él vemos de nuevo a Jesucristo, un Mediador mejor.

Moisés como mediador. Esto ya queda claro por el hecho de que solo él recibe las leyes en el monte Horeb. El Señor mismo le entregó las dos tablas de piedra con la Ley escrita con el dedo de Dios.

Sin embargo, el pueblo no se sentía demasiado vinculado a él. Mientras estaba en el monte, ya se olvidaron de él; tardó demasiado tiempo en volver. Además, Moisés había hablado tanto de 'una fiesta para el Señor en el desierto' ante el faraón, que ya era hora de que empezase esa fiesta. No era difícil hacerse con un sustituto para Moisés como mediador. Aarón tenía que hacer una imagen de un dios. Y así ocurrió. Con una colecta recaudó material suficiente, y Aarón hizo el becerro de fundición.

Ahora llama la atención, que el pueblo dice: "este es tu Dios que te sacó de la tierra de Egipto" (*32:4*). Aarón dice: "Mañana será fiesta para Yahvé" (*v. 5*). Así que la multitud que estaba festejando no tenía la intención de abandonar al Señor, que es el Libertador. Al contrario, van a celebrar una fiesta para Él. Pero lo hacen de una manera que contradice el segundo mandamiento. Así hacen los paganos. No pueden prescindir de una representación visible de sus dioses. Pero el Señor es el Dios de la Palabra; así quiere ser adorado, como el Invisible, que no permite imágenes delante de su rostro.

Ni que decir tiene, que el Señor estaba iracundo por este acto, y lo hizo saber a Moisés. Quería destruir a Israel y hacer de Moisés un gran pueblo, para así cumplir su promesa a los patriarcas.

Pero he aquí, ahora se moviliza Moisés, el mediador olvidado por su propio pueblo. Apela a la impresión que daría la destrucción de Israel a Egipto. A los ojos de las naciones ¿no sería la salida de aquel país una entrada al reino de los muertos? Y ¿qué hay de la alianza con Abraham? ¿No había hecho Dios grandes promesas acerca de este pueblo? (*32:13*).

Leemos que el Señor escuchó la voz del intercesor Moisés.

Entonces Moisés descendió, y cuando escuchó los cánticos y vio el becerro (quizás era un pequeño modelo en un estandarte), arrojó las tablas de piedra, los estatutos del Pacto, al suelo y las rompió. ¿Acaso no había quebrantado el pueblo el Pacto con el Señor? Ahora por fin Moisés se dio cuenta de lo que había pasado. Aquí había que actuar, castigar. Por eso gritó: "¿Quién está por el Señor? Júntese conmigo." Entonces se juntaron con él todos los levitas. Y Moisés les ordena matar sin acepción de personas a cualquiera que se les ponga delante. Y así lo hace Leví.

Aquí tenemos que recordar un momento lo que había hecho el patriarca Leví un día en Siquem: una masacre, y para ello había abusado del sacramento de la circuncisión. Por eso, Jacob en su lecho de muerte, le había maldito (*Gn. 34*; *49:5 ss.*). Pero ahora parece como si Leví se rehabilitara; su violencia no la usa para su propio interés, ya no para la familia en minúscula, sino para la Familia en mayúscula, para la causa del

Señor. Él sabe ‘aborrecer’ a padre y madre por el Señor. Por eso, Moisés le bendice en sus últimas palabras de bendición:

“Quien dijo de su padre y de su madre: Nunca los he visto;
Y no reconoció a sus hermanos,
Ni a sus hijos conoció;
Pues ellos guardaron tus Palabras,
Y cumplieron tu Pacto…
Bendice o Yahvé, lo que hicieren,
Y recibe con agrado la obra de sus manos (*Dt. 33:9, 11*).

La bendición que recibió Leví era el sacerdocio. Podría servir al Señor en el santuario. Hasta… hasta que Leví sería relevado por nuestro gran Sumo Sacerdote Jesucristo.

A pesar del castigo de Israel – Moisés había molido además el becerro de fundición y esparcido el polvo sobre el agua para beber – no se había producido todavía la completa reconciliación con el Señor. En realidad, el Pacto había sido quebrantado radicalmente en la primera fase. El vínculo tenía que ser restaurado de nuevo. Y ¿quién sino el mediador Moisés, podría intentar llevar esto a cabo? Lo vemos pues subir al monte para rogar por el perdón (*32:30 ss.*). Perdón sin más, o: si el Señor quiere recibir una ofrenda sustitutiva, que quite a Moisés del libro de la vida. Pero esto lo rechaza el Señor. No, Moisés, aunque es un mediador, no puede morir por el pueblo. Eso lo podrá hacer solamente el otro Mediador, Cristo. Lo único que puede hacer Moisés es abogar por el pueblo.

El resultado de su ruego es, que el Señor promete enviar a su ángel para ir delante del pueblo. Él mismo no irá con ellos; de otro modo, su santidad consumiría a Israel. Pero Moisés insiste: “Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí” (*33:15*). También este ruego de Moisés es contestado. El Señor mismo va con ellos.

Con esto, la relación por parte del Señor ha sido restaurada. Tenemos que enterarnos bien del significado de este acontecimiento. Es evidente, que Israel no tenía ningún derecho a la gracia del Señor. Es por la más pura gracia que el Señor renueva el Pacto con el pueblo; en realidad es un adelanto de la obra de Jesucristo. Cuando el Señor cumple la antigua promesa, no es que paga lo que debe; tiene pleno derecho a dejarlo todo como está. Pero Él actúa según su libre voluntad divina, según su amor soberano. Una y otra vez: la Biblia no es el libro del hombre que puede hacer valer sus derechos; ningún israelita tiene derecho a hacer de la descendencia carnal la base para sus exigencias especiales. Toda jactancia queda excluida. La Alianza sigue siendo un Pacto de gracia.

El Pacto de gracia.

Seguro que Moisés mismo se habrá asombrado de que el Señor mostraba tanta gracia. Por eso pidió una señal. Al establecerse la Alianza por primera vez había visto la gloria del Señor. Y ahora la quería ver una vez más: "Te ruego que me muestres tu gloria, tu resplandor" (*33:18*). En el capítulo 34 leemos que efectivamente el Señor le mostró esa gloria resplandeciente. Es más, Moisés no sólo vio algo, también oyó. Yahvé pasó delante de él y con su propia voz proclamó:

"¡Yahvé! ¡Yahvé! Fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación."

Esto lo dijo el Señor mismo. Por lo que Moisés cayó de rodillas, y volvió a rogar por el pueblo: "Vaya ahora el Señor en medio de nosotros; perdona nuestra iniquidad, y tómanos por tu heredad."

La respuesta del Señor fue alentadora: "Yo hago Pacto." El Señor volvería a hacer maravillas. Pero demandó del pueblo que guardase su Ley. Por eso resumió brevemente lo que ya estaba escrito en el libro de la Ley. Llama la atención aquí que el énfasis está puesto en el culto de adoración. Esto no nos ha de extrañar. Ya que fue precisamente respecto al culto, que Israel había pecado con el becerro de oro. Y ahora el Señor recalcaba a propósito las reglas para el culto de adoración.

De nuevo escribió el Señor las Diez Palabras, el decálogo, sobre dos tablas de piedra. Moisés no las iba a quebrar otra vez: el pueblo estaba convencido de su culpa y anhelaba la comunión con Yahvé. Más tarde, Moisés depositaría estas tablas, el 'testimonio', dentro del arca (*40:20*).

Cuando Moisés descendió del monte, su cara resplandecía de tal manera a causa de la gloria del Señor, que la gente tuvo miedo de acercarse a él. Entonces llamó a los príncipes y al pueblo, y así, rodeado de una aureola, proclamó las Palabras del Señor. Después tapó su rostro con un velo. Pablo nos recuerda esto cuando habla de la gloria del antiguo Pacto, que es menor que la del nuevo. Puesto que en el nuevo Pacto vemos sin velo la gloria del Señor. Se refleja en nuestra cara. Por eso es tan tremendo que los judíos hacen como si viviesen todavía en la época de Moisés. Están cubiertos por el velo, y no ven que todo se ha cumplido en Cristo. Ellos leen la Biblia, sí. Pero sobre su lectura está puesto el velo; y no perciben el resplandor del Evangelio de la gloria de Cristo (*2 Co. 3:12 – 4:6*).

Al final de *Éxodo* leemos, cómo Israel se prepara para poner en práctica el primer mandamiento: se construye un santuario. Todos los objetos son manufacturados por artesanos. Se hacen las vestimentas de los sacerdotes. El tabernáculo puede ser erigido y el culto instaurado (*caps. 35-*

*40*). De los sacrificios de ese culto nos habla el siguiente libro. Lo último que vemos es la nube, la gloria del Señor, que llena el santuario. El Señor habita en medio de su pueblo.

(1) Algunos textos, en los que se cita el cántico de Moisés, según W. H. Gispen en el *Korte Verklaring* (Breve Comentario) de Éxodo:
v. 1: *Sal. 66:6*; *68:17*; *106:12*; v. 2: *Sal. 118:14, 21, 28*; v. 3: *Sal. 24:8*; V. 4: *Sal. 136:15*; vv. 5-17: *Sal. 78:52-54*; vv. 5-13: *Sal. 77:13-20*; vv. 5-10: *Sal. 106:11*; v. 7: *Sal. 78:49*; v. 8: *Sal. 78:13*; v. 11: *Sal. 66:3, 5*; *78:4, 12*; *86:8*; vv. 13-17: *Sal. 44:1, 3*; *74:2*; v. 17: *Sal. 80:8, 15*; v. 18: *Sal. 146:10*.

(2) *Decentemente y con orden*, Formularios litúrgicos (FELiRe, 1967), pág. 10, 19.

(3) W. H. Gispen, op. cit. Tomo II, Kampen 1939, pág. 54.

(4) *Jer. 7:9*; *Os. 4:2*; *Zac. 5:3*; *Ro. 7:7*; *13:9*; *1 Jn. 2:7-11*.

(5) Cf. además: *Ex. 29:45, 46*; *Núm. 5:3*; *35:34*; *Ez. 43:7*; *48:35*; *Zac. 2:10, 11*; *8:3*; *2 Co. 6:16*.

# LEVÍTICO

## Habéis, pues, de serme santos, porque Yo el Señor soy santo

Hay una historia sobre el conocido líder indio Gandhi, que le relaciona con la Biblia. Durante sus estudios en Londres, decidió leer la Biblia. Los primeros dos libros, *Génesis* y *Éxodo*, de verdad le entretenían. Después se quedó ‘dormido’. Hasta que llegó al evangelio de *Mateo* y en concreto al Sermón del Monte, el cual logró cautivarle.

En este comentario hemos llegado más o menos al punto en que Gandhi ya no podía mantener su interés en el Libro de los libros. Todas esas leyes tampoco son demasiado favoritas entre cristianos convencidos. Y sin embargo, si juntos queremos entender el mensaje de la Biblia, es

necesario que estudiemos con detenimiento todas aquellas leyes. En primer lugar, porque es la Palabra de Dios. Esta exige nuestra atención. Y luego también, porque en aquellas leyes resuena el Evangelio de Cristo. El hecho de que la carta a los *Hebreos* no se puede entender realmente sin el conocimiento de un libro como *Levítico*, ya dice suficiente. En las leyes de los sacrificios y las ordenanzas acerca de los sacerdotes y las fiestas suena la buena noticia de Aquel, que va a cumplir todo esto, mejor que un sacerdote de Leví podría hacer nunca. Por eso tendremos que esforzarnos en hacernos una idea de lo que leemos, y entender su significado. Por supuesto no podemos repasarlo todo punto por punto; pero lo que quiero es mencionar algunos rasgos destacables.

Primero, el contenido. Los capítulos 1-7 tratan de los sacrificios; 8-10 del comienzo del culto de los sacrificios. Estos se relacionan sin fisura. Los capítulos 11-15 contienen leyes acerca de la pureza, seguidas por las ordenanzas acerca del día de la expiación (*cap. 16*). Finalmente, la ley de la santidad (*cap. 17-26*) y los preceptos sobre los votos (*cap. 27*).

Es posible encontrar un tema bajo el que se juntan todas estas partes. Lo leemos en 20:26: “Habéis, pues, de serme santos, porque Yo Yahvé soy santo, y os he apartado de los pueblos para que seáis míos.” En esto es pronunciada la idea principal que domina todo el libro. Y este tema nos recuerda lo que encontrábamos como el tema central de los cinco libros de Moisés en su conjunto: “Vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa” (*Ex. 19:6*).

Israel era un pueblo santo. Esto no quiere decir, como podríamos pensar bajo la influencia de las ideas que tiene Roma sobre la pureza, que sea un pueblo sin grandes pecados. Cuando leemos la historia de Israel, sabemos que no es así. ‘Santo’ significa: apartado para servir a Yahvé. Israel, como pueblo santo, es requerido totalmente por el Señor. Su vida social, su liturgia, su vida sexual, en suma, toda su conducta, está sometida a la insistencia de estas palabras del Pacto: “Sed santos, porque Yo soy santo” (cf. *1 P. 1:16*).

Ahora bien, tenemos que tener en cuenta que Israel era como si fuera un niño; había que educarle. Sus pensamientos se encontraban en un nivel en el que están también los pueblos primitivos, por ejemplo. Por eso, el Señor en su revelación se ha adaptado a ellos. Eruditos han señalado que en las leyes de Moisés se pueden encontrar muchos estatutos que Israel compartía con otros pueblos. Esto no se puede negar. El Señor se ha acercado a la forma de pensar de Israel. Pero, por otro lado tenemos que tener presente que la Ley, en primer lugar, no era vinculante para Israel porque respondía a su sentimiento religioso, sino porque la *Torá* fue dada por el Señor, el Dios del Pacto. Además, en muchos puntos resulta que la Ley se distancia de las costumbres paganas.

Para mencionar un ejemplo: los paganos dan mucha importancia al poder de la sangre. Y basta una mirada para ver que en la Ley de Israel la sangre jugaba también un papel importante. Pero el pagano tiende a concluir: si la vida está en la sangre, entonces hay que beber la sangre del sacrificio para así poder recibir la vida de la divinidad. *Levítico* se opone a esto. La sangre es dada por el Señor como medio de expiación. Por eso nunca se puede ingerir (*3:7*; *7:26*; *17:10,14*; cf. *Gn. 9:4* y *Hch. 15:20,29*). En los sacrificios tenía que ser derramada al pie del altar; pertenecía al Señor. Aquí vemos pues, un típico decreto antipagano.

Otro ejemplo: entre los paganos, el rey como hijo de los dioses, era muchas veces también sumo sacerdote. ¡No hay nada de eso en Israel! Los sacerdotes no forman una casta elevada por encima del pueblo, de magos o brujos con un ritual secreto. No, igual que el rey era un hombre del pueblo, retratado por la Escritura con todas sus faltas, así es el sacerdocio de Israel un mero instrumento en la mano de Yahvé para actuar de mediador entre Él y el pueblo. No hay cuestión de una enseñanza secreta u otro tipo de abracadabra; los sacerdotes tienen que instruir al pueblo en la Ley. Y el que trae la ofrenda está activamente involucrado, por ejemplo, cuando pone su mano en la cabeza del animal. *Levítico* muestra claramente, que la tribu de Leví es igual a sus hermanos. Ya con el primer sacrificio de Aarón y sus hijos las cosas salen mal, porque Nadab y Abiú ofrecen fuego extraño en el altar, y son consumidos por la santidad de Yahvé (*10:1-2*). Desde el principio se muestra la debilidad del sacerdocio según el orden de Leví.

Además, justo en el día de la expiación esto se hacía evidente. Porque el sumo sacerdote no sólo tenía que rociar la sangre por los pecados del pueblo, sino también por sus propias transgresiones litúrgicas del año transcurrido, y por las de sus familiares. Aquí predica la Escritura con mucha claridad que tiene que venir otro Sacerdote. El servicio de Leví es sólo provisional. En esto se ve lo propio del culto de los sacrificios de Israel. En ello no se enaltece el hombre, al ofrecer con benevolencia un sacrificio a su dios, sino que en ese culto es el Señor el que se acerca a su pueblo, al enseñarle un camino que lleva a la reconciliación y comunión con Él.

### Los diferentes tipos de sacrificios prescritos por el Dios del Pacto

Al leer el Antiguo Testamento, encontramos una y otra vez diferentes tipos de sacrificios. Por eso es bueno conocerlos. Y no me diga usted que el lector medio de la Biblia tampoco conoce mucho del tema. Porque, con toda la razón que pueda tener, es su responsabilidad de conocer la revelación que se expresa a través de aquellos sacrificios. Al fin y al cabo, los demás no son la norma; y hay que ser consciente de que nosotros, los miembros de la Iglesia, muchas veces no valoramos suficiente nuestras riquezas.

Nos ayudará este breve resumen.

1. Ofrendas voluntarias (*caps. 1-3*).

a. *El holocausto* (*cap. 1*).

Se mencionan tres posibilidades para la ofrenda: un 'orgulloso' becerro, del ganado menor una oveja o cabra dócil, y la ofrenda de los pobres: palominos.

Esta ofrenda destaca el auto-ofrecimiento al Señor. Porque aquel que trae la ofrenda tiene que poner su mano en la cabeza del animal para el sacrificio. Con este acto se quiere decir: el animal toma el lugar del que lo ofrece según la ley de la sustitución. La vida del animal es ofrecida en lugar del alma, de la vida, del hombre. En realidad tendría que ser derramada sangre humana para expiar el pecado. Pero ahora el Señor permite que en su lugar se derrame sangre animal.

Después de que el oferente degüella el animal, sigue una acción a la cual hay que prestar especial atención: la manipulación de la sangre. Los sacerdotes tienen que recoger la sangre del animal degollado y rociarla sobre el gran altar del holocausto, que está en el atrio. Por medio de este gesto se ofrece la sangre en la cual está el 'alma', la vida, al Señor; y de esta forma el pecado es expiado, cubierto ante el rostro de Dios. Por supuesto que esa sangre en sí no hace nada, no se hace magia con la sangre, sino que el Señor acepta la sangre del sacrificio como sustituto de la vida del hombre que le ofrece el sacrificio.

El oferente desuella ahora el animal, y lo parte en trozos como para una comida. En el fondo, es como si con sus propias manos ejecute el juicio sobre si mismo, porque por la imposición de su mano ha manifestado la unidad entre ofrenda y oferente.

Luego se acercan los sacerdotes, lo ponen todo encima del altar, y así lo ofrecen a Yahvé. Los intestinos y las piernas, impuros, son lavados, ya que hay que ofrecer un sacrificio puro. Entonces, atizan el fuego, y el humo del holocausto sube como un olor grato para el Señor; en realidad, una mejor traducción es: como un olor apacible. Se emplea una expresión semejante con la ofrenda de Noé; el nombre de Noé por cierto está relacionado con aquel apaciguar. El sacrificio trae descanso, consuelo, reconciliación. Claro que no es, como piensan los paganos, que a Dios le guste el olor como si fuera un hombre. Pero el Señor acepta el sacrificio, le agrada.

b. *La oblación* (*cap. 2*).

Esta se llama también 'memorial' (*2:2*). Posiblemente significa que esta ofrenda traía a la memoria las buenas obras del Señor, y obligaba al oferente a confesar el nombre del Señor con acción de gracias.

En este capítulo hay diferentes 'recetas' para la ofrenda. Fíjense en que no se podía usar ni la levadura, ni la miel, ya que causan la

putrefacción y son por eso una imagen del pecado y de la impureza. Por el contrario sí había que añadir sal, que preserva (*2:11-13*). Recordemos lo que dijo Cristo a sus discípulos: "Vosotros sois la sal de la tierra".

Hay lugar tanto para ofrendas más sencillas como más elaboradas. En la oblación uno trae su existencia, su 'pan diario', ante el Señor. Y porque es ofrecido al Señor, aquello que sobra de la ofrenda no se lo puede comer el que lo ofrece, sino solamente los sacerdotes, como representantes de Yahvé, pueden comérselo.

c. *La ofrenda de paz u ofrenda de gratitud* (*cap. 3*).

El ritual de este sacrificio es igual al del holocausto, en la primera parte: poner la mano, degollar y rociar con sangre (*vv. 1-2*). La grasa y los riñones son ofrecidos luego como holocausto al Señor. Los riñones simbolizan los pensamientos íntimos del hombre. Es evidente que este simbolismo se muestra en la ofrenda. También hay que prestar atención al hecho de que la grasa y los riñones tienen que ser puestos "sobre el holocausto que está sobre la leña que hay encima del fuego". Con ello se refiere seguramente al holocausto de la mañana.

Aquello muestra, que el holocausto es la base de la comida que acompaña a la ofrenda de paz. La paz, *shalom*, la comunión con el Señor, descansa sobre el sacrificio perfecto de Cristo.

Sería bueno leer aquí también *7:28-38*. Allí vemos que del resto del animal el pecho y la espaldilla derecha tienen que ser ofrecidos al Señor. El sacerdote tenía que 'mecer' estas partes delante del Señor; como representante suyo las recibe como su porción.

Y ¿lo que queda del animal? Nos puede extrañar, pero para el oferente era la cosa más normal del mundo que se coma la parte restante de la ofrenda de paz. Por eso aquí no se hace ninguna mención aparte de ello (cf. *Lv. 19:6; Dt. 14:23,26; 1 S. 1:4*). Las primicias en particular, se solían comer en el atrio del santuario o cerca de él. Yahvé era el Anfitrión invisible, que en base a la ofrenda de la expiación ofrecía a su pueblo la comunión de su mesa. Pensemos aquí de nuevo en la Santa Cena.

2. *La ofrenda por el pecado y la ofrenda por la culpa* (*4:1-6:7,24-30*; *7:1-10*)

Estos dos tipos de sacrificios tienen mucho en común. Por eso los mencionamos juntos. En primer lugar la *ofrenda por el pecado*.

Esta subraya el pecado, que da rienda suelta a su fuerza destructiva en nosotros, y la necesidad de reconciliación. Tiene que ser ofrecida después de una trasgresión involuntaria (los pecados deliberados eran castigados normalmente con la pena capital); y también después de la contaminación relacionada con el nacimiento o la muerte (p. ej. después de un parto, *12:6-8*; después de sufrir la lepra, *14:10 ss.*)

El ritual del sacrificio por el pecado se asemeja en parte al de la paz (y por consiguiente también parcialmente al holocausto). En lo que sigue después, y sobre todo en el rociar la sangre, se aprecian las diferencias. La sangre tiene que ser rociada siete veces dentro del santuario, delante del velo que separa el lugar santo del lugar santísimo. Asimismo los cuernos (símbolo de fuerza) del altar del incienso tenían que ser cubiertos con la sangre. El resto de la sangre tiene que ser echada al pie del altar del holocausto. Así la sangre es llevada delante del rostro del Señor.

En el día de la expiación (*cap. 16*) vemos que la sangre expiatoria, llena de fuerza vital, es llevada aún más allá: es esparcida sobre el arca, el trono del Señor.

Y ¿qué pasa con el animal mismo? Está como si fuera cubierto por el pecado. Mientras que la grasa y los riñones son quemados en el altar del holocausto, el resto del animal tiene que ser quemado en un lugar limpio, fuera del campamento. Por la imposición de las manos el animal era uno con el oferente. Así por lo menos es el procedimiento con la ofrenda por el pecado de un sumo sacerdote y del pueblo (*4:1-21*). El animal para el sacrificio era un becerro.

De las ofrendas de menor rango, la sangre era puesta sobre los cuernos del altar del holocausto, y los sacerdotes podían comer la carne. Se habla de un sacrificio por el pecado de un jefe (*vv. 22-26*), y de cualquier persona del pueblo (*v. 27 ss.*). Los animales de estos sacrificios eran cabras o corderos; o dos tórtolas en el caso de los pobres.

*La ofrenda por la culpa* tenía que ser ofrecida, cuando uno tenía una culpa ante el Señor, en el sentido de que uno se había apropiado de algo que pertenecía a Él o a su prójimo. Al sacrificio de un carnero había que sumar la restitución de lo que uno se había apropiado, y añadir a ello la quinta parte (*5:16*).

En 6:8 – 7:38 encontramos varios preceptos para los sacerdotes en relación con los sacrificios. Ahora que conoce usted algo más acerca de los diferentes sacrificios, notará que *Levítico* no es tan aburrido como aparentaba. ¡Cómo ha provisto el Señor para su pueblo y sus sacerdotes en la ley de los sacrificios! Y ¡cómo ha sido educado Israel en la necesidad de la expiación del pecado, y en la posibilidad de vivir con gozo gracias al perdón! Vemos aquí de nuevo a Cristo predicado, Aquel que es nuestra ofrenda expiatoria, que se dedicó por completo a Dios como holocausto, y que también nos da esa comunión con Dios de la cual nos habla la comida de la ofrenda de paz en el atrio.

**Si, pues, la perfección fuera por el sacerdocio levítico,… (*He. 7:11*)**

Después de los sacrificios viene la consagración de los mediadores litúrgicos de la antigua Alianza. De ello ya nos habló *Éxodo* 29. En *Levítico*

9 se profundiza más en ello. Había que celebrar una semana de consagración; cada día se iba a ofrecer una serie de diferentes sacrificios. Reconocemos enseguida los tipos de ofrendas. La ceremonia daba comienzo con la vestidura de Aarón y sus hijos. Aarón llevaba como sumo sacerdote una túnica de lino blanco, luego un manto azul, hecho de una pieza; el *efod* que iba sobre los hombros. Encima de ello el pectoral, que era como un bolso. Por delante estaba decorado con doce (el número de las tribus de Israel) piedras preciosas. Dentro estaban los *Urim* y *Tumim*, las piedras que se usaban para conocer la voluntad del Señor. Sobre su cabeza llevaba el sumo sacerdote una mitra con una lámina de oro, en la cual se leía "santidad a Yahvé". Las ropas le daban aquí al hombre su estatus, eran la señal de la gracia, que le llamó para este ministerio santísimo.

A la semana de consagración (*cap. 8*), sigue en el octavo día la investidura. Se ofrece el sacrificio por el pecado, el holocausto, el sacrificio de paz y la oblación. Y después el pueblo es bendecido por Aarón. Moisés y Aarón entran a continuación en el tabernáculo. Cuando salen, bendicen otra vez al pueblo, después de lo cual el Señor dice "sí" a las ofrendas: su gloria se aparece (según la promesa del *9:6*) y consume el sacrificio (*9:24*).

Pero ese mismo día, la gloria del Señor se aparece también de otra forma. Porque a los dos hijos mayores de Aarón, Nadab y Abiú, que acababan de ser consagrados como sacerdotes, se les ocurre de repente añadir un punto extra al programa de aquella fiesta. Sin que nadie les mande van a ofrecer una ofrenda aromática. ¿Acaso se sentían importantes, estos jóvenes? Ya que habían estado en el monte Horeb, después de la confirmación del Pacto (*Éx. 24*). ¿Se encontraban quizá bajo la influencia de una bebida alcohólica, a causa de la ceremonia? Hay quien deduce esto de la prohibición que proclama Moisés inmediatamente después de este suceso: sacerdotes que están de servicio no pueden tomar alcohol, porque sino, pierden la facultad de discriminación (*10:8-9*).

En todo caso, estos jóvenes sacerdotes cometen un acto arbitrario en el día de su investidura; ofrecen fuego 'extraño', prohibido, en el altar. Con ello hunden en una crisis al sacerdocio según el orden de Aarón. Puesto que ya desde el más pronto comienzo se muestra que Aarón no va a traer el sacerdocio perfecto. La institución de sacrificios por el pecado de los sacerdotes tiene una base muy sólida. Si Aarón en el futuro ejerce el sacerdocio, es por la pura gracia del Señor, porque ha perdido todo derecho a ello.

Por eso podemos entender, que este grave delito contra la orden de Yahvé tiene que ser castigado. El fuego del Señor mata a los dos sacerdotes transgresores (que tenían la mano levantada). Una ofrenda por el pecado no podrá solucionar nada aquí, ya que pecaron con intención. Además, tiene que quedar claro desde el principio que el culto caprichoso a Dios no está permitido.

La gloria del Señor puede consumir el holocausto, como señal de su favor (*9:24*). Y puede consumir los sacerdotes, como prueba de su ira (*10:3*).

Fue un día horrible para Aarón. Podría haber sido tan hermoso. Y su sufrimiento aumentó por la prohibición por parte de Moisés de mostrar señal de luto alguna. El padre no podía asistir al entierro. Que los muertos entierren a sus muertos. El sacerdote estaba cubierto por el aceite vivificante de la unción; no podía entrar en contacto con la muerte impura (*10:6, 7*; *21:11, 12*). Ser ministro significa también llevar la cruz; estar dedicado totalmente al Señor.

**Puro / impuro = vida / muerte = salvación / pecado**

Acabamos de hablar de discriminación, discernimiento. El israelita, como miembro del pueblo santo, tenía que aprender a discernir entre puro e impuro. Para nosotros, occidentales, estas cosas nos pueden sonar un poco extrañas. Pero tenemos que tener presente que:

1. el Señor tenía en cuenta situaciones existentes (p. ej. ya hubo distinción entre animales puros e impuros en los días de Noé);
2. Israel aún tenía que ser educado y el Señor lo quería convencer de esta manera de su santidad, que aborrece por completo la muerte y el pecado;
3. muchas leyes se pueden explicar en vista de las deplorables condiciones higiénicas en Oriente (purificaciones, lavamientos, derribar las casas de los leprosos); y finalmente
4. algunos decretos pueden tener como trasfondo la antítesis frente al paganismo (p. ej. el cerdo jugaba un papel en el culto de tanto Babilonia y Siria, como de Egipto).

Podemos leer en *Hechos* 10:9 ss.; y 11:5 ss., cómo el Señor explicó a Pedro que en el nuevo Pacto ese muro de separación entre lo puro y lo impuro había desaparecido. Hoy en día ya no estamos literalmente bajo esas leyes de *Levítico*. Pues la Iglesia ya no está en su infancia; se ha hecho adulta. Junto con la limitación de la Iglesia al pueblo único de Israel, también ha desaparecido la ley 'ceremonial' con todas aquellas ordenanzas de pureza. Cristo las ha cumplido. Sin embargo, esto no quiere decir que todo lo que está escrito en *Levítico* no tenga valor alguno para el presente. Al contrario. Una revelación de Dios exige nuestra atención. Vemos cómo el Señor enseña a su pueblo la idea de ser un pueblo santo (según *Éx. 19:6*). La Iglesia neotestamentaria es igualmente santificada, purificada por la sangre de Cristo, aunque esto se muestra de otra forma. Todas las expresiones 'sacerdotales' (lavar, purificar, etc.) son aplicables a la Iglesia

de nuestro Señor Jesucristo. El bautismo (que es un lavamiento con agua) es la prolongación de la línea de *Levítico*. “Así que, teniendo un gran Sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura” (*He. 10:19-22*).

En *Levítico* 11 encontramos disposiciones sobre los animales puros e impuros. Lo que llama la atención es que los animales que se arrastran por el suelo, son impuros. También los peces que se parecen a una serpiente.

Después de un nacimiento había que ofrecer un sacrificio por el pecado (*12:6-8*). María hizo esto también, después de dar a luz a Jesús (*Lc. 2:24*); la ofrenda de los pobres: un par de tórtolas. Los magos del oriente seguramente no habían venido todavía. Esta regla quería inculcar que no puede nacer alguien puro de alguien impuro, a menos que Dios mismo intervenga. El hombre ya es impuro al nacer.

Los capítulos 13 y 14 tratan de la lepra, una enfermedad terrible, que bien se podría llamar la muerte viviente. Como pueblo santo, Israel tenía que observar ciertas reglas; en la purificación de un leproso hacían falta sacrificios. Por eso Cristo mandó los leprosos que había sanado al sacerdote. El tenía que controlar si su sanidad era realmente un hecho, y también tenía que cumplir el ritual de la ofrenda para la purificación.

Con el capítulo 15 como fondo, entenderemos la historia que se nos relata *Mateo 9:20-22*, la de la mujer enferma de flujo de sangre. Esa mujer quedaba excluida de la comunión del culto. Cristo la devuelve a la vida plena. En ello encontramos a la vez la clave a un capítulo tan difícil como *Levítico* 15. La ley acentúa el poder destructivo del pecado, que también afecta precisamente a la vida sexual. Pero Cristo nos redime también justamente de aquello.

**Porque ¡la sangre se redime con Sangre!**

Cristo salva, nos limpia,… ¿No lo vemos indicado claramente en el día de la expiación? Ya hemos hablado de ello. Es un día de un sacrificio extra por el pecado. Ya que la carta a los *Hebreos* continuamente hace referencias al ritual del día de la expiación, sólo por eso ya es necesario conocerlo a grandes rasgos.

Una vez al año el sumo sacerdote tenía que hacer expiación en el lugar santísimo, tanto para si mismo y su casa, como para la ‘congregación de los hijos de Israel’. Para si mismo y su familia tenía que ofrecer un becerro como sacrificio por el pecado, igual que cuando fue consagrado como sacerdote, y un carnero para el holocausto. En esta ocasión no tenía que vestirse pontificalmente (1), sino que tenía que llevar sólo la túnica de lino blanco; era un día de expiación. Para el pueblo tenía que tomar dos machos cabríos para el sacrificio por el pecado y un carnero para el holocausto.

Primero se ofrecía el sacrificio por la casa sacerdotal. El sumo sacerdote tomaba la sangre del becerro, entraba al tabernáculo, tomaba fuego del altar del incienso y lo empleaba para que el incienso que había traído despidiese un olor dulce. Así, envuelto en una nube de humo, entraba en el lugar santísimo, y salpicaba una parte de la sangre sobre el lado frontal del propiciatorio que está sobre el arca; asimismo la rociaba siete veces (número santo) delante del arca. Luego hacía lo mismo con la sangre del macho cabrío, degollado para el pueblo. La sangre del becerro y del macho cabrío la ponía sobre los cuernos del altar del holocausto, a lo que seguía otra vez un esparcimiento de la sangre en el suelo, repetido siete veces. Echar la sangre al suelo no era un simple acto superfluo. Puesto que en el día de la expiación no solamente el pueblo era purificado, sino también el santuario era limpiado de todas las impurezas, por medio de la manipulación de la sangre (*16:20*).

Y ¿qué ocurría pues con el otro macho cabrío? Aarón tenía que poner sus dos manos sobre la cabeza de este animal y "confesar sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus rebeliones y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío" (*16:21*). Aquel chivo es llevado luego al desierto, cubierto de las iniquidades de Israel, y allí lo sueltan. La ceremonia expiatoria ha terminado; el sumo sacerdote se lava y vestido con su traje de ceremonia ofrece el holocausto: el ardor de la ira de Dios ha sido apaciguado. "En un día ha sido quitado el pecado de la tierra" (*Zac. 3:9*). Aarón había recibido el privilegio de penetrar hasta el trono de Dios y los santos ángeles (cf. *Zac. 3:7*) para obtener reconciliación.

La epístola a los *Hebreos* señala que Cristo celebró el último gran Día de la Expiación. Son puestos uno frente al otro:

| Aarón | Cristo |
|---|---|
| Ofrece sangre sustitutiva | Derrama su propia sangre |
| Repite los rituales de los sacrificios | Se ofrece una vez para siempre |
| Entra en un modelo del templo celestial | Entra en el santuario celestial mismo |
| Ofrece sacrificios por tradición y en virtud de la sucesión | Se sacrifica por pura obediencia, llamado por el Padre |

En todo ello debemos pensar en la misa católica-romana. Roma hace como si el sacrificio definitivo no haya sido presentado; cada día juega al ‘día de la expiación’, aunque sea con una así llamada ofrenda sin sangre. Pero el sacrificio ha sido ofrecido: en Gólgota. Y la sangre ha sido derramada, ofrecida al Padre. ¿Sabe cuándo? En la ascensión. Entonces se ha puesto fin al último gran Día de la Expiación: Cristo como Sacerdote y Cordero se acercó al trono de Dios (compárese el arca del tabernáculo terrenal), y podía sentarse en el trono (cf. *Jer. 30:21*; *Sal. 110:1*; *He. 10:11-13*; *Ap. 3:21*).

Quizá haya visto alguna vez en una carnicería o un restaurante judío el rótulo *kosher*. Esto quiere decir que allí se puede comprar carne de animales sacrificados ritualmente. Puesto que el templo ha sido destruido, el culto de los sacrificios ya no puede ser continuado. Pero ahí donde las ordenanzas de la Ley se puedan aplicar a la vida cotidiana, ahí el judío ortodoxo observa la *Torá*. Y es que la Ley también contenía estatutos acerca de la matanza ordinaria. Porque la sangre era portadora de la vida (el ‘alma’), y cumplía un importante papel en la expiación, por eso nadie podía comer esa sangre (*17:10 ss.*). Durante la travesía por el desierto tenía que ser derramada sobre el altar; cada matanza significó en realidad traer un sacrificio de paz (*17:5*). La sangre de un animal cazado tenía que ser derramada en el campo (*17:13*). Naturalmente, las costumbres paganas de sacrificar a los demonios, los espíritus del campo, también estaban prohibidas (*17:7*). De esta manera protegía el Señor la santidad de Israel durante su travesía por el desierto. *Deuteronomio* 12, que también trata sobre los sacrificios, se adapta más a la situación en Canaán. Quien vivía demasiado lejos del santuario, podía derramar la sangre en el campo. Y esto lo mantienen todavía los judíos que matan bajo la supervisión de un rabino. Solo, ellos leen la Ley con un velo sobre su rostro. ¡El Cordero, Jesucristo, es sacrificado de forma *kosher*, y ha cumplido *Levítico* 17! El Cordero lleva la señal de una degolladura (*Ap. 5:6*).

**Dios exige santidad en la vida cotidiana**

Ya no vemos la vida como una totalidad, sino que todo lo encasillamos en diferentes apartados. Pero en la Biblia es distinto. La vida se contempla como una unidad. Por eso leemos en las leyes de santidad de *Levítico* tanto sobre ordenanzas acerca de la vida sexual (*cap. 18*), como sobre la ofrenda de paz (*19:5-8*) y sobre el cuidado de los pobres y extranjeros (*19:10*). Casi lo habíamos perdido de vista, pero aquí también encontramos otra vez una elaboración del decálogo. E igual que este comienza diciendo: “Yo soy Yahvé tu Dios”, aquí también encontramos esas mismas palabras poderosas repetidas una y otra vez (las puede subrayar en su Biblia, y ya lo verá). Los mandamientos están fundados en la obra de salvación del Señor. Esto recibe más atención, porque muchos

mandamientos estaban dirigidos especialmente contra ciertas prácticas que eran comunes entre los cananeos. El culto de la fertilidad a Baal y Astarot llevaba consigo a veces una desvergüenza ‘santa’ y en consecuencia un desbarajuste de la vida en su totalidad. “No profanéis mi santo nombre, para que yo sea santificado en medio de los hijos de Israel. Yo Yahvé que os santifico, que os saqué de la tierra de Egipto, para ser vuestro Dios. Yo Yahvé” (*22:32,33*). En vista de la gran atracción que ejercían las religiones cananeas, encontramos pues también una prohibición enfática de adorar a Moloc (que significa rey), sacrificándole los hijos primogénitos (*18:21*; *20:1 ss.*). ¿No era Yahvé el Rey, que hizo un camino en medio del mar para Israel (*Éx. 15:18*), y que perdonó la vida a sus primogénitos en aquella noche de desgracia para Egipto?

Puesto que Israel fue enseñado por medio de las ceremonias a ser un pueblo santo, también los sacerdotes tenían que someterse a leyes especiales de santidad. No podían tener defectos físicos, no podían casarse con cualquiera, y no podían acercarse a ningún muerto (*Lev. 21-22*). Incluso los sacrificios tenían que llevar el sello de la santidad; lo defectuoso no se podía ofrecer (*22:17-25*; cf. *Mal. 1:6-14*), (2). El Señor no se contentaba con los artículos invendibles. Además, un sacrificio imperfecto, y lo mismo, un sacerdote con defectos, ¿cómo podían ser una prefiguración de nuestro perfecto Sumo Sacerdote?

Antes de despedirnos de las leyes de santidad, hay que destacar que los profetas hacen referencia a ellas continuamente. Por ejemplo: las ordenanzas sobre la medida justa en 19:36 tienen eco en *Ezequiel* 45:10 y en *Proverbios* 11:1, y forman la base para la admonición de *Amós* 8:5 y *Miqueas* 6:10. Además, nuestro mayor Profeta y Maestro, ¿acaso no se ha basado en las leyes de santidad cuando dio el mandamiento de amar al prójimo? No pensemos que Cristo dio un mandamiento nuevo, cuando habló de “amar al prójimo como a ti mismo”. ¡Ya lo encontramos en *Levítico* 19:18! ¡La *Torá* llega incluso hasta el corazón malo: “No aborrecerás a tu hermano en tu corazón” (*19:17*)! Gandhi se quedó dormido leyendo *Levítico*, y volvió a estar interesado cuando leyó el Sermón del Monte (*Mt. 5-7*); pero de verdad esto no tendría que haber sido así, porque ya encontramos el germen del Sermón del Monte en el tercer libro de Moisés.

**He aquí sobre los montes los pies del que trae buenas nuevas, del que anuncia la paz. Celebra, oh Judá, tus fiestas, cumple tus votos. (*Nah. 1:15*)**

Ya leímos sobre las fiestas; en el capítulo 23 se profundiza en ellas partiendo del tema de *Levítico*, que es la santidad (cf. *Éx. 23:14-17*; *34:18 – 24*; *Nm. 28:16 – 29:39*; *Dt. 16:1-17*). Se mencionan aquí las siguientes fiestas:

- el *sabbat* (cada séptimo día de la semana);
- la *pascua*, la fiesta de los panes sin levadura; duración: siete días; se ofrecen las
  gavillas de la primicia;
- siete semanas después, en el día cincuenta: la *fiesta de las semanas* (lo llamamos
  Pentecostés porque se celebra en el quincuagésimo día, que es *pentekostè* en griego);
- el día de la *conmemoración al son de trompetas* en el primer día del mes séptimo (más
  o menos octubre); en el séptimo mes se celebraban tanto el día de la expiación como la
  fiesta de los tabernáculos. El son de las trompetas puede ser un símbolo de juicio; así
  se conmemora la santidad del Señor. Este día se convirtió más tarde en Año Nuevo.
- el *día de la expiación* (*23:26-32*): un día para humillarse;
- la *fiesta de los tabernáculos* (*23:33-43*). Esta fiesta recordaba la travesía por el
  desierto, cuando Israel también vivía en tiendas. Duración de la fiesta: siete días.
  Coincidía con el final de la cosecha de frutos y la vendimia y se caracterizaba por la
  alegría. Sobre la base de la propiciación (día de la expiación) la verdadera vida puede
  prosperar (la fiesta de los tabernáculos es la fiesta por excelencia entre los judíos). En
  *Apocalipsis 7:9* la "gran multitud que nadie puede contar" agita ramas de palma,
  como en la fiesta de los tabernáculos.

El ciclo de las fiestas no sólo reclamaba días, sino también años. Cada siete años había un *año sabático*, en el cual la tierra tenía que descansar. No se podaba ni se cosechaba. Y así como Pentecostés estaba a siete semanas de la Pascua, así se celebraba después de siete 'semanas de un año', o sea, siete años sabáticos, en el año cincuenta, el así llamado *año del jubileo*; o mejor dicho: el año del *yôḇèl*, (hebreo por carnero) porque al comienzo de este año hacían sonar los cuernos de carnero.

El año del jubileo traía gran alegría para aquellos israelitas que se habían convertido en esclavos, o que habían tenido que vender sus tierras o su casa por falta de dinero. Volvían a ser libres y se les devolvía sus propiedades automáticamente (*cap. 25*). Se entiende que, por tanto, el comercio estaba condicionado en torno al año del jubileo. Ya que, si alguien compraba un campo a otra persona que había venido a menos,

solamente pagaba el valor estimado de un cierto número de cosechas… hasta el año del jubileo. Porque entonces el campo volvía a ser del propietario original. Así que solamente pagaba el usufructo.

Está claro que el año del jubileo era una institución tremendamente misericordiosa del Señor. No es de extrañar que *Isaías 61:1-2* introduce a Cristo, el Siervo del Señor, diciendo: "me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos,… a proclamar el año de la buena voluntad de Yahvé". ¡El Mesías trae el año de jubileo! En su primera predicación en Nazaret, Cristo expuso el Evangelio basándose precisamente en este texto. En la Ley de Israel resplandece la luz mesiánica.

Esa luz se abre camino también en los decretos sobre el rescate (*25:23-55*). La familia tenía el derecho, o más bien, la obligación de redimir al pariente empobrecido, esto es pagar el precio de su rescate cuando había tenido que venderse como esclavo; o rescatar sus tierras y casa. Aquí brilla claramente la luz mesiánica: Cristo es el gran Redentor. Él es nuestro Hermano, nuestro pariente más cercano, que nos redime con alma y cuerpo del poder de Satanás.

El último capítulo de *Levítico* (*27*) también aborda brevemente el tema del rescate. Existía la posibilidad de rescatar algo que uno ya había consagrado o prometido al Señor; siempre que se pagaba el precio establecido para ello. Sabe lo que son los votos, ¿no? Uno pasa necesidad, y promete darle algo al Señor si oye su oración. Y ¿qué es lo que pasa muchas veces? Cuando hay necesidad, uno promete cualquier cosa. Y cuando llega la hora de la salvación, uno intenta olvidarse de lo que ha prometido. La *Torá* quería dar una buena enseñanza aquí: "¡Paga tus votos al Señor, oh Israel!"

**Bendición y vindicación del Pacto**

Antes de la porción sobre los votos, leemos en el capítulo 26 acerca de la bendición y la maldición. En *Deuteronomio* 28 (que hubo que leer en Canaán, en Siquem) encontramos algo similar. Israel puede elegir entre el camino de la vida y el camino de la muerte. Quebrantar el Pacto significa traer el juicio sobre uno mismo. Enemigos, sequías, epidemias, hambre. "Yo Yahvé, vuestro Dios." La obediencia al Pacto significa prosperidad y comunión con Yahvé. "Andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo. Yo Yahvé vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto…" (*26:12-13*). Y ¡en los libros de los profetas no vemos otra cosa que una elaboración de este mismo tema! Leemos ahí de maravillosas perspectivas de salvación, de descanso mesiánico, pero también de hambre, de espada y de peste. Los profetas continúan hilando el mismo hilo de la bendición y vindicación de la Alianza (cf. *Is. 1:19,20*; *Is. 5*; *Am. 4:6-11*). Hasta en *Apocalipsis* podemos escuchar el eco de la amenaza de un castigo multiplicado por siete (*Lv. 26:18-39*): en los siete sellos, las siete trompetas

y las siete copas. La Biblia tiene una unidad mucho más grande de lo que pensamos; si nuestros ojos se abren a ella, una y otra vez nos llama la atención la coherencia entre la Ley y los Profetas.

(1) *Pontifex* significa sumo sacerdote, pontifical: como un sumo sacerdote, o sea con las vestimentas del sumo sacerdote.

(2) En la práctica de ofrecer animales con defectos para el sacrificio, con el fin de que salga lo más barato posible, podía haber cierta dosis de conformidad con el mundo. ¡Así engañaban los paganos a sus dioses! Para ilustración sigue aquí una cita de un artículo de Bertus Aafjes, "*Dagboek van Paestum*" (Diario de Paestum), publicado en la revista *Elseviers Weekblad* del 8 de diciembre 1962. Vemos en ello también la actualidad de la Ley de Moisés. Por eso, la historia que se nos relata aquí sobre la *pecora zoppa* en el templo dedicado a Hera en Paestum (en el sur de Italia), merece más que risa, nos tiene que poner serios.

"Estoy sentado en lo que queda de un muro y miro a los excavadores que dan vueltas a cada fragmento como si fuera una moneda de oro. ¿Cuál es el botín de una tarde excavando así? Algunos pedazos de cerámica, un trozo de hierro herrumbroso, un hueso. El laico no sabe leer nada en estos residuos de los siglos. Sin embargo, para el arqueólogo estas nulidades son las páginas de un libro emocionante que él tiene que descifrar. La *Signora* Zancani se ríe cuando cuenta la historia del hombre que visitó las excavaciones y que sabía todo sobre huesos de animales, pero de huesos humanos en cambio, sabía poco o nada. Se llamaba Nobis, y era un científico oriundo de Kiel, Alemania. Se acercó a la colección de huesos que había en el terreno de las excavaciones, y que eran de los animales que un día habían sido sacrificados a la diosa en los pozos para el sacrificio, los *boetroi*. *Herr* Nobis vio un hueso que no podía identificar en absoluto, y sospechó que era de un hombre. Para estar seguro de ello, pidió permiso para llevarlo consigo a Kiel, con el objeto de examinarlo en su laboratorio.

Un mes más tarde, llegó una carta a Paestum, dirigida a la *Signora* Zancani. El hueso era el de una oveja, el animal se había roto la pata, el campesino la había reducido, pero la pata no se había curado bien. De ahí la forma misteriosa del hueso.

La *Signora* Zancani se ha reído entonces de buena gana. Porque de repente vio con una claridad absoluta qué había ocurrido hace veinticinco siglos en este lugar de peregrinación. Un campesino, para que le saliera por una ganga, había ofrecido a la diosa Hera una oveja coja. *La pecora zoppa*,

la oveja coja, se rió la *Signora*. Esto parece una comedia de Plauto, de la cual se perdió, salvo un hueso deforme, todo el texto."

## NÚMEROS

### Libro de murmuraciones y crónica evangélica

Mientras que los nombres de los otros libros de Moisés son de origen griego, luego latinizado (*Génesis, Éxodo, Levítico* y *Deuteronomio*), *Números* viene del latín. El nombre no cubre todo el contenido; pero es un hecho que *Números* nos da una cantidad considerable de números para leer. Hablando de números: en el mundo de la investigación hay bastante polémica sobre este tema, porque parece ser que la cifra 'mil' (*'elef* en hebreo) originalmente no indicaba exactamente 'mil', sino un clan, un grupo familiar. Es difícil ahora de determinar el valor numérico de *'elef*, pero seguro que era menos que mil.

Los judíos a veces han llamado a este libro por la cuarta palabra con que comenzaba: *Ba-midbar*, "En el desierto". Ese nombre refleja mejor el contenido, ya que el libro trata de la travesía por el desierto. No hay que esperar una crónica muy precisa. El Señor hizo escribir aquello que era importante en la Historia de salvación. Lo mismo vale para toda la Biblia. No se trata de satisfacer nuestra curiosidad, sino de la proclamación del Evangelio.

Y ¿cuál es el evangelio en *Números*? ¿Acaso no está lleno de juicios sobre los pecados de Israel? Efectivamente. La descendencia de Abraham ha conjugado el verbo murmurar en todas las formas posibles; *Números* bien se podría llamar el 'libro de las murmuraciones en el desierto'. No obstante, en medio de todo ello vemos la paciencia de Dios. Como un Pastor seguía guiando a su pueblo. Les hizo marcharse del Sinaí. Les llevó a través del desierto. Eran ciertamente ejercicios de castigo. Y las generaciones de entonces se murieron en el camino; no han visto el 'descanso' en Canaán.

Pero el pueblo, como tal, no ha desaparecido. Una y otra vez, el Señor escuchó las oraciones de Moisés. Una nueva generación se hallará dentro de poco a las puertas de la tierra prometida. Y ¿no habla esto del

Evangelio poderoso de la bondad de Dios? “No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados” (*Sal. 103:10*).

### Vaya ahora el Señor en medio de nosotros (*Éx. 34:9*)

El número y la fuerza no determinan todo en la Iglesia. David cometió un gran pecado al hacer un censo para contabilizar la magnitud de su reino (*2 S. 24*). Sin embargo, esto no quiere decir que todo censo estaba prohibido. *Números* empieza con un censo que fue ordenado por el Señor. Posiblemente estaba relacionado con un impuesto (*Éx. 30:11-16*), pero en todo caso este censo tenía que ver con la organización del ejército, con el orden durante la marcha y al acampar alrededor del tabernáculo. Porque esto era lo hermoso: Durante la marcha, el arca iba delante; al desplegar las tiendas, el tabernáculo era el centro. Alrededor del santuario acampaban los levitas. Alrededor de ellos las demás tribus tenían su sitio. Judá acampaba al este, y al comenzar la marcha, esta tribu (¡de la cual iba a venir el Mesías!) tenía prioridad.

¿No encontramos aquí algo del Evangelio? Aquí suena otra vez “Yo habitaré en medio de vosotros”. Y también la última pagina de la Biblia: “He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres”. El trono de Dios y del Cordero estará en la nueva Jerusalén (*Ap. 21:3*; *22:3*). Sólo: los levitas y sacerdotes tienen en *Números* todavía un lugar privilegiado. Los sacerdotes tienen que servir en el tabernáculo; y los levitas (que no son descendientes de Aarón, pero sí de Leví) pueden transportar los objetos santos (*Nm. 1:50-51*). Mas en *Apocalipsis* las diferencias entre las tribus han desaparecido; ahora hay un sacerdocio universal: “serán sacerdotes de Dios y de Cristo”; “sus siervos (del templo) le servirán” (*Ap. 20:6*; *22:3*).

### Consagrados y bendecidos

El capítulo 3 relata cómo los levitas son contados por separado. La razón para ello era esta: cuando Israel salió de Egipto, el Señor santificó todos los primogénitos de Israel para sí (*3:13*). En realidad, todos los primogénitos tendrían que servir en el tabernáculo. Mas ahora se arregló de tal manera que los levitas tomaban el lugar de aquellos primogénitos (*3:41*). Dado que hubo 273 primogénitos más que levitas, había que pagar un rescate de cinco siclos por los primeros (*3:46 ss.*). Y esto se ha mantenido siempre así en Israel: también por Jesús fue pagado un rescate por su padre José; Él, el sacerdote según el orden de Melquisedec, ha sido rescatado del servicio según el orden de Aarón; ¡el Redentor rescatado! (cf. *Lc. 2:23*; la ofrenda mencionada en el *v. 24* era el sacrificio para la purificación de María).

A partir del capítulo 5 siguen varias ordenanzas que están relacionadas con la santidad de Israel. A la luz de lo anterior, no hacen falta demasiadas explicaciones. Pero queremos destacar dos cosas.

En primer lugar, se nos habla del *nazareo*. No podía tomar alcohol, ni afeitarse o cortarse el pelo, ni tampoco contaminarse con un muerto (igual que el sumo sacerdote). Normalmente, pensamos en los nazareos como nazareos de por vida, como Samuel y Sansón. Pero la Ley tiene en cuenta la posibilidad de que uno podía consagrarse a Dios por un tiempo determinado (*6:4 ss.*). Al término de su nazareato había que traer ofrendas. Leemos en *Hechos* que también Pablo ofreció semejante sacrificio (*21:23 ss.*), el cual le costó su libertad (también en *Hch. 18:18* se habla de un voto de nazareo).

*Números* 6:22-26 nos transmite la bendición sacerdotal. Seguramente la conocemos de nuestros cultos:

"El Señor te bendiga, y te guarde;

El Señor haga resplandecer su rostro sobre ti; y tenga de ti misericordia;

El Señor alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz."

Si en el caso del nazareato se trata de una ofrenda de consagración del hombre a Dios, con la bendición es a la inversa, se trata de un don de Dios para el hombre. La bendición es lo contrario de la maldición. Por supuesto que no hay que entenderla como algo mágico. El Señor bendice por medio de su Palabra, y la fuerza vital que Él otorga, la sujeta a la obediencia a aquella Palabra. El 'guardar' (que es una expresión típica para el velar durante la noche; cf. *Sal. 121* y *Lc. 2:8*) no se cumple cuando uno no se toma en serio la Palabra del Guardador de Israel. Y si uno tiene otros dioses delante de su rostro, no va a poder contar con la misericordia de su rostro alzado; más bien significa que Él esconderá su rostro y muestra su espalda (*Jer. 18:17*). A través de Isaías, el Señor azota al pueblo apóstata: "Cuando extendáis vuestras manos (en oración), yo esconderé de vosotros mis ojos" (*Is. 1:15*). ¡Ay, mejor nos sería morir, que el Señor escondiese su rostro! (*Job 13:24*; *Sal. 27:9*; *69:17*; *Is. 64:7*). Y cuando la paz, la felicidad completa, no se espera de Dios: "No hay paz para los impíos" (*Is. 48:22*; *57:21*).

Algunos han señalado la estructura harmoniosa de la bendición sacerdotal. Las tres frases consisten en su versión hebrea de 2+1 (= 3), 3+2 (= 5) y 4+3 (= 7) palabras y 3x5, 4x5 y 5x5 caracteres.

No es por casualidad: la pulsación de la bendición va en aumento; el oyente tiene que saber que el brazo del Señor no se acorta y que su gracia no es limitada. El Señor es una fuente rebosante de todo lo bueno. No es de extrañar que los *Salmos* citen continuamente la bendición de Aarón (*Sal.*

*4:6*; *31:16*; *43:3*; *44:3*; *67:1*; *80:1, 3, 7, 19*; *89:15*; *118:27*; *119:135*; cf. también *Ap. 22:4-5*). "Todo depende de la bendición del Señor." Este proverbio neerlandés es más que sabiduría popular.

**¡Levántate, oh Yahvé, al lugar de tu reposo! (*Sal. 132:8*)**

Después de que los levitas fueron consagrados (*8:5 ss.*) y la Pascua celebrada por segunda vez (*9:1 ss.*), llegó el gran momento de la partida de Israel del Sinaí. Trompetas daban la señal (*10:1 ss.*). En una nube, que por la noche se convertía en una columna de fuego, el Señor acompañaba al pueblo (*9:15-23*). No era Israel, sino el Señor quien dio cada vez la señal de acampar o de partir (*9:22-23*). Delante iba el arca del Pacto (*10:33*). Leemos también las palabras que habló Moisés cada vez que el arca se movía:

"Levántate, oh Yahvé, y sean dispersados tus enemigos,
y huyan de tu presencia los que te aborrecen" (*10:35*).

El conocido *Salmo 68:1* cita también estas palabras (igualmente el *132:8*).
Probablemente se compuso este Salmo con motivo de traer el arca a Jerusalén. El Dios de Israel era un Dios poderoso en la lucha, que iba delante de su pueblo.

Las palabras que pronunciaba Moisés al detenerse el arca son, en la R.V.: "Vuelve, oh Yahvé, a los millares de millares de Israel". El profesor Noordtzij da la siguiente traducción: "Desciende, oh Yahvé, y bendice a los ejércitos de los tribus de Israel".

El significado está claro, en todo caso: se rogaba por la presencia permanente del Señor entre su pueblo.

Leemos acerca de Hobab, probablemente el cuñado de Moisés, que viajó con él como guía (*10:29-32*). ¿Era una muestra de debilidad humana por parte de Moisés, al pedirle que les acompañase? Cierto, la Biblia no retoca los puntos débiles en el carácter de Moisés. Pero la cuestión es si Moisés se mostró aquí calculador. El Señor obra siempre a través de los medios; y aunque la nube daba cada vez la señal de quedarse o de partir -el desierto tenía sus problemas propios-. Había que buscar manantiales y pastos; había que contactar ocasionalmente con tribus nómadas y caravanas. Y para ello Hobab podía ser de considerable ayuda. Por otra parte, no tenemos que imaginarnos el desierto como una llanura de arena; quizás sea mejor llamarlo estepa; con pequeños arbustos, insignificantes matorrales, generalmente con un alto valor nutritivo para las ovejas, esto era más o menos el escenario de la peregrinación de Israel. Volviendo a Hobab: su familia se integró más adelante en Israel; Jael, la mujer famosa por haber matado a Sísara, descendía de él (*Jue. 4:11-23*).

**Donde me tentaron vuestros padres (*Sal. 95:9*)**

A Israel se le había mostrado una gracia inmensa; pero ¡cuán grande fue su caída una y otra vez!

*Números* 11:1-3 comienza a hablar de la murmuración en general. El fuego de una tormenta incendió un extremo del campamento. A petición del pueblo Moisés oró al Señor. El fuego se extinguió.

Pero más tarde se repite: el grupo de gentes que habían venido con ellos, empezó a idealizar a Egipto; pescado y melones y no sé cuantas cosas más ejercían una gran atracción y hacían sombra al maná que Dios les daba. Y todo Israel se dejó arrastrar por esas quejas ingratas y también injustas; se ponían a llorar a la entrada de sus tiendas: ¿quién nos dará a comer carne? ¡En Egipto no nos faltaba de nada!

Pero entonces la ira del Señor se enciende. Al mismo tiempo, Moisés experimenta un gran desánimo. Quiere tirar la toalla. El Señor le quiere mal, si ha puesto la carga de todo este pueblo sobre él.

El Señor le contesta que aligerará su carga, poniendo una parte del Espíritu que está en él en setenta ancianos. Además, el Señor les dará carne, tanto, que la aborrecerán. Moisés, incrédulo, hace muchas preguntas, igual que los discípulos más tarde con la multiplicación de los panes y los peces, pero la mano del Señor no se queda corta. Los ancianos profetizan al lado del tabernáculo. Incluso sobre dos que están todavía en el campamento, reposa el Espíritu. Y cuando Josué, con un celo demasiado grande, quiere prohibírselo, pronuncia Moisés un ruego de Pentecostés: “Ojalá todo el pueblo de Yahvé fuese profeta, y que Yahvé pusiera su Espíritu sobre ellos.” Y ¿la carne? Venía en forma de codornices (como perdices pequeñas), que en su migración, forzadas por un fuerte viento, volaban a poca altura sobre el campamento, y así podían ser capturadas fácilmente. Pero este don fue causa de otra caída de Israel. Llenos de codicia, se abalanzaron sobre los pájaros como si estuvieran muertos de hambre por culpa del maná. Por eso el Señor les hirió con una plaga muy grande: el lugar fue llamado después ‘Tumbas de los codiciosos’.

Pero no se acabaron aquí los problemas. María y Aarón entraron en conflicto con Moisés a causa de su matrimonio con una mujer cusita. ¿No toleraban aquella extranjera? ¿Salieron a la defensa de Séfora? ¿O solamente les dio motivo para poder sermonear a Moisés? De todas formas: tanto María, la hermana mayor, como Aarón, el intérprete de Moisés, le disputaron su monopolio como profeta. “¿No ha hablado el Señor también por nosotros?”

Esto resultó en la intervención del Señor mismo. Desde el tabernáculo de reunión reivindica a Moisés: si hubiese profetas, el Señor se revela a ellos de forma indirecta en sueños y visiones.

“No así a mi siervo Moisés,
que es fiel en toda mi casa.
Cara a cara hablaré con él,
y claramente, y no por figuras;
y verá la apariencia de Yahvé” (*12:6-8*)

Por eso ¡nada de recriminaciones a Moisés! A causa de esto la orgullosa María es castigada: Se convierte en leprosa; y Moisés tiene que hacer de mediador para lograr que sea sanada.

El Nuevo Testamento hace dos referencias a este episodio. Primeramente *Hebreos* 3:1-6 compara a Cristo con Moisés. Ambos eran fieles en la casa de Dios (la Iglesia). Pero cada uno a su manera: Moisés como siervo, mas Cristo como el Hijo que mantiene la ‘casa’ Él mismo.

El otro texto es *1 Corintios* 13:12: “Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido”. En Corinto había personas que se enorgullecieron de sus capacidades como profetas y profetizas. Pablo dice: Hombre, esto es muy bonito y maravilloso; pero estas cosas son temporales. No hay que pensar que sabemos y conocemos todo. En esta vida conocemos solo en parte. Sólo en la segunda venida de Cristo conoceremos al Señor, igual que Moisés, sin oscuros reflejos, ni misterios.

La historia de las murmuraciones no ha llegado todavía a su fin. Ya se han acercado a la tierra prometida. Mandan doce espías. El resultado: Por un lado un informe mayoritario; se desaconseja una invasión ante la superioridad de la fuerza militar cananea; por otro lado, un informe minoritario de Josué (de Efraín) y Caleb (de Judá); se recomienda la invasión en base a las promesas de Dios. El pueblo se rebela: “Designemos un capitán, y volvámonos a Egipto”. La ira del Señor: Él quiere hacer de Moisés un pueblo grande. La súplica de Moisés (que según *Deuteronomio 9:25* duró cuarenta días, igual que al recibir la Ley y como la súplica después del pecado con el becerro de oro, *Dt. 9:9,18*). Moisés aduce los siguientes argumentos:

1. ¿Qué dirán los pueblos? Que el Señor no pudo cumplir lo que había jurado y prometido.
2. El Señor se llamó a sí mismo “tardo para la ira y grande en misericordia”, después del pecado en el Sinaí (*Éx. 34:6-7*).

Entonces el Señor oyó, y perdonó. Pero al mismo tiempo juró con un juramento muy fuerte, que aquellos hombres que prefirieron morir en el desierto, recibieron lo que merecieron (*Nm. 14:2, 28-29*). Aparte de Josué y Caleb, toda la generación del desierto moriría antes de llegar a Canaán. Y el intento de entrar en la tierra a pesar de todo, no les iba a funcionar (*14:39 ss.*). Los espías habían estado fuera durante cuarenta días; y ahora Israel tenía que pagarlo, un año por cada día (*14:34*). Grande era la gracia

mostrada a Israel, sí. Pero, dice *Hebreos* 3:19 ss.: “Vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad. Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron.”

No ir acompañada de fe… ¿No vemos eso continuamente en aquella historia del desierto? Ahí tenemos la rebelión de Coré, Datán y Abiram (*caps.16-17*). Coré era un levita; él opinó que los levitas también podían ser sacerdotes. Datán y Abiram descendían de la tribu de Rubén, el primogénito de Jacob. Y ellos apelaron al ‘oficio de todos los creyentes’, es decir ‘el sacerdocio de todos los creyentes’. Porque ¿no eran todos ellos ‘santos’ según la Palabra del Señor en *Éxodo* 19:6? ¿No era Israel un reino de sacerdotes? Coré por un lado, y Datán y Abiram por otro, tenían propósitos diferentes. Pero se unen en oposición a Moisés y Aarón estos hombres; Un fenómeno que sigue produciéndose en las revoluciones hasta el día de hoy. A todo eso, también se sumó una insatisfacción por el largo peregrinaje sin resultados visibles. Datán y Abiram hablaron incluso de Egipto como una tierra que destilaba leche y miel; esta expresión tuvo que ofender bastante: por cuanto Canaán era descrito así en las promesas del Señor y en los informes de los espías.

Un juicio de Dios sería decisivo ahora. Coré y sus seguidores trajeron una ofrenda aromática, y Aarón también (*16:16-18*). Pero el fuego del Señor consumió al séquito de Coré (*16:35*). Su nube de incienso no les protegió contra el furor del fuego del Señor. La congregación, entretanto, fue llamada a separarse del círculo de Coré, y de las tiendas de Datán y Abiram. Porque estos revolucionarios con sus familias fueron tragados por la tierra (*16:25-34*). Lo que quedó claro fue que el llamado de Moisés era de Dios. Se había mostrado: el Señor había hecho saber quién era suyo, quién le pertenecía de forma especial, y quién era el santo, es decir, el sacerdote consagrado (*16:5*).

En este contexto conviene cerciorarse de las alusiones que hace el Nuevo Testamento a este episodio. Pablo escribe en *2 Timoteo* 2:19 (precisamente cuando habla también de herejes que destruyen la Iglesia) estas poderosas palabras: “Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello:

Conoce el Señor a los que son suyos;

y:

Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo.”

La referencia a la rebelión bajo Moisés es clara: El Señor mantiene a los que son sus siervos fieles en la Iglesia (*Nm. 16:5*), Él conoce al que le

pertenece; pero por otro lado, la Iglesia tiene el llamado de apartarse de herejes tanto como Israel tenía que apartarse de Coré, Datán y Abiram, para que no pereciese junto con ellos. Así también la epístola de *Judas,* v. 11, puede decir: “perecieron en la contradicción de Coré”; hablando precisamente de los herejes.

Coré, pero… ¿no tienen muchos de los salmos, por ejemplo 42, 84, 85, 87 – por mencionar algunos de los más conocidos – el epígrafe ‘de los hijos de Coré’? Efectivamente, pero es que los hijos de Coré no murieron (*Nm. 26:11*). Los hijos, por lo visto, no eligieron el lado de su padre, y no formaron parte de sus seguidores.

Ahora uno podría pensar que después de este juicio se habría puesto punto final a todo esto, pero la resistencia es tenaz. Al día siguiente se oía el reproche ‘piadoso’: “Vosotros habéis dado muerte al pueblo de Yahvé”. Pues, ya se sabe que los herejes son gente encantadora ¿no?

Se dirigieron todos juntos al tabernáculo. Entonces, otra vez apareció la gloria del Señor. Si Aarón, como sumo sacerdote investido en el ministerio, no hubiese tomado el incienso, Israel hubiera sido consumido. Y para enfatizar una vez más ante el pueblo el ministerio de Aarón, Moisés invita, por orden de su Emisor, a todos los príncipes a entregar sus varas para guardarlas en el tabernáculo de reunión, delante del testimonio. Y mira, al día siguiente la vara de Aarón había florecido: flores de almendro y frutos. Ya encontramos el almendro como motivo en el candelero: un árbol de floración temprana, símbolo de que el Señor guarda su pueblo y que Él es fiel. La vara tenía que ser guardada delante del arca, como señal permanente del llamado de Aarón.

Más adelante encontramos otra vez aquella vara que estaba delante del Señor. Por enésima vez hay una rebelión (*20:2-13*). No hay agua. Moisés, con Aarón, tiene que reunir la congregación, tomar la vara en cuestión, y mandar a la peña que dé agua. Pero ahora comete el error de su vida. En lugar de hablar a la roca, y mostrar así el poder de la Palabra y destacar la fuerza de Yahvé, golpea con la vara de Aarón contra la peña. Con este gesto, y su pregunta: “¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?”, Moisés (con Aarón) se erigió en causante de la salida de agua de la roca. Moisés había actuado como un brujo. Y el castigo no se hizo esperar. Ni él ni Aarón podrían entrar en Canaán. María ya había muerto (*20:1*); la muerte de Aarón seguiría poco después (*20:22-29*). Le sucedió Eleazar; y antes de la entrada Moisés moriría en el monte Nebo.

**¡Así el Hijo del Hombre!**
**¡Cuánto más la sangre de Cristo!**

En los límites de Canaán, después de haber luchado contra puestos avanzados de los cananeos (*21:1-3*), empezaron otra vez las quejas. Al maná lo llamaban ahora pan liviano (*21:5*). El Señor contesta a este

murmurar enviando serpientes ardientes. No hay salvación hasta que Moisés hace una serpiente de bronce y la monta sobre un asta, a la vista de todos. Aquel que la mira, después de haber sido mordido, salvará su vida.

Cuando Cristo habló con Nicodemo acerca del nuevo nacimiento, hizo una referencia a este suceso. Nicodemo preguntó, cómo podía hacerse el nuevo nacimiento (*Jn. 3:9*). Jesús le contesta señalando a la serpiente de bronce. Así es necesario que el Hijo del Hombre (el Cristo) sea levantado (en la cruz y por medio de la ascensión), para que todo aquel que en Él cree, tenga vida eterna, y también el nuevo nacimiento. ¿No hemos sido mordidos todos por Satanás, la gran serpiente?, y ¿no nos da el Mesías levantado una vida nueva?

Tenemos que vivir de esta gracia. A esto nos llama el 'libro de las murmuraciones', según el comentario de Pablo:

"Porque no quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres todos estuvieron bajo la nube, y todos pasaron el mar; y todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar (1), y todos comieron el mismo alimento espiritual; porque bebían de la roca espiritual que les seguía, y la roca era Cristo. Pero de los más de ellos no se agradó Dios; por lo cual quedaron postrados en el desierto.

Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron… Ni tentemos al Señor, como también algunos de ellos le tentaron, y perecieron por las serpientes. Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el destructor. Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos.

Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga" (*1 Co. 10:1-6, 9-12*).

El Evangelio en *Números* no se nos puede ocultar. Todas esas murmuraciones, esos ataques al ministerio de Moisés, nos hacen ver el camino que tiene que recorrer un profeta; y la dificultad del camino por el que tenía que andar el gran Profeta Jesús. Puesto que como Moisés, Él era poderoso en palabras y en obras; Él era el Mediador del nuevo Pacto. Pero ¡cuán grande oposición tuvo que soportar de su propio pueblo! *Números* marca el camino de la cruz. ¿No es esto el Evangelio?

Evangelio es también, cuando leemos en el capítulo 19 sobre el agua de la purificación hecha con la ceniza de una vaca alazana. Como una especie de ofrenda por el pecado, aquella vaca alazana (roja como el color de la vida) era degollada fuera del campamento; la sangre se rociaba siete veces frente al tabernáculo de la reunión; y la ternera se quemaba, junto con madera de cedro, hisopo (probablemente algún tipo de romero aromático) y escarlata, hasta quedar reducida a cenizas. De aquella ceniza se hacía el agua de la purificación, que se rociaba el tercer y el séptimo día

sobre todo aquel que se había contaminado al tocar un muerto. Y *Hebreos* 9:13-14 se refiere a esta ceremonia cuando dice: "Porque si… las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?"

**Pueblo mío, acuérdate ahora qué aconsejó Balac, y qué le respondió Balaam (*Mi. 6:5*)**

También escuchamos el Evangelio en la profecía de Balaam. El motivo de ella fue lo siguiente: Israel no podía pasar por las tierras de Edom, ya que este pueblo hermano rehusó sencillamente darle paso. Sehón, rey de los amorreos, también les negaba el paso. Él fue derrotado, y su tierra conquistada. Una parte de las tribus se establecería allí más tarde. Og, rey de Basán, también fue vencido (*cap. 21*). Luego Israel acampa en las llanuras de Moab, frente a la entrada a Canaán. Si consulta usted un mapa, verá la situación más claramente. Israel, acampado en aquel lugar, fue considerado una amenaza por Balac, el rey de los moabitas. La noticia de la derrota de Sehón y Og penetró. Balac pudo ver con sus propios ojos lo numeroso que era Israel. ¿Qué podía hacer? El que no es fuerte tiene que ser astuto; lo iba a intentar, no por la fuerza, sino por medio de la magia. Junto con los ancianos de Madián envía mensajeros a un cierto Balaam, que vivía en algún lugar a orillas del Éufrates, para pedirle que venga a maldecir a Israel.

Es la codicia del dinero, la que por lo visto mueve a Balaam. Pero el Señor se impone de tal manera a él, que no puede decir otra cosa que lo que el Señor le pone en la boca. Toda aquella historia del asna que habla (*22:23 ss.*) tenía únicamente como objetivo forzar a Balaam, hablándole en su propio 'idioma' por medio de sucesos milagrosos, a hablar sólo la Palabra de Yahvé, y no actuar según los deseos de su patrón Balac. Y cuando Balaam por fin, después de mucho abracadabra (*23:1 ss.*), empieza a hablar, no sale ninguna maldición de sus labios, sino una bendición. Desde una altura, el vidente ve el campamento de Israel. Las promesas a Abraham y Jacob se han cumplido: "¿Quién contará el polvo de Jacob, o el número de la cuarta parte de Israel?"

Al constatar que fue una bendición, Balac no está demasiado satisfecho, por supuesto. Por lo que le lleva de una cumbre a otra. Pero ahora Balaam le dice rotundamente: "He aquí, he recibido orden de bendecir; Él dio bendición, y no podré revocarla" (*23:20*). El júbilo sobre el Rey, el Señor, está en Israel (*23:21*). Por eso no se ha notado iniquidad en Jacob. Israel es comparado con un león. Y cuando Balaam habla por tercera vez, utiliza esa imagen de nuevo (*24:9*). "Benditos, los que te bendijeren, Israel."

Naturalmente, Balac está enormemente disgustado. Pero Balaam va hablar por cuarta vez, y esta vez sin hacer sacrificios. Ahora se trata del futuro de Israel. El adivino ve la figura de un rey:

“Lo veré, mas no ahora;
Lo miraré, mas no de cerca;
Saldrá ESTRELLA de Jacob,
Y se levantará cetro de Israel (*24:17*)

En general, uno puede decir que aquí profetiza la monarquía israelita. Los otros pueblos ya tenían reyes mucho antes que Israel (*Gn. 36:31*; *1 S. 8:5*). David ha subyugado a Moab y a Edom. Pero la profecía no llega a su cumplimiento con David. Eso no sucede sino en Cristo. Recordemos los magos de Oriente. Eran, por así decirlo, compañeros del sacerdotal adivino Balaam. Ellos vieron una estrella nueva, y relacionaron este hecho con el nacimiento de un Rey en Israel; ‘estrella’ y ‘cetro’ van unidos. Cristo es la estrella resplandeciente de la mañana y rige con vara de hierro a todas las naciones (*Ap. 22:16*; *12:5*). ¡El Evangelio en *Números* y *Apocalipsis* se encuentran!

**Entonces se levantó Finees e hizo juicio (*Sal. 106:30*)**

Por otra parte, en los campos llanos de Moab Israel llegó a hacer cosas horribles. El pueblo bendito se dejó inducir a la fornicación y la idolatría, dos cosas que en el mundo cananeo siempre iban de la mano. De *31:16* se puede deducir que Balaam aconsejó a Balac que quebrantase la fuerza de Israel llevándolo al culto lascivo de Baal-Peor. En el Nuevo Testamento, este comportamiento de Balaam se compara con el de los herejes que llevan la Iglesia a la fornicación espiritual e idolatría, a un acuerdo con la sinagoga de Satanás. También se señala el castigo que vino a causa de esta apostasía (*1 Co. 10:14*). A los príncipes se les castigó ahorcándoles. Sobre el pueblo vino una plaga no especificada (*25:9*). Finees, el nieto de Aarón, atravesó con una lanza a un jefe de la tribu de Simeón y a una princesa madianita. Esto no sólo significó el final de la plaga, sino que también trajo para Finees una promesa hermosa. Por su celo por el Señor le fue prometido a él y a su descendencia el sumo sacerdocio; le fue ofrecido un ‘pacto de paz’ (*25:12-13*). Y el Señor ha mantenido este pacto. Siempre hubo un descendiente de Finees, que ofrecía el sacrificio de la expiación. Hasta que Cristo por medio de su sacrificio lo hizo redundante.

El engaño por parte de los madianitas motivó la proclamación de una guerra de exterminio contra Madián (*25:16-18*). Igual que Amalec, este pueblo peligroso tenía que ser erradicado. Durante un ataque a Madián

también cae Balaam (*31:8*), que así no muere en absoluto la muerte de los rectos (*23:10*; cf. *2 P. 2:15*; *Jud. 11*).

**Y dio la tierra de ellos en heredad (*Sal. 136:21*)**

No es difícil encontrar el Evangelio también en lo que queda de *Números*. Se tienen que tomar medidas en relación con la tierra conquistada de Sehón y Og, al este del Jordán; y en relación con el todavía no conquistado Canaán. Josué es designado como sucesor de Moisés, y por imposición de manos es confirmado (*27:15-23*). Entre aquellos que reparten la nueva tierra, encontramos también a Caleb (*34:19*). A los levitas les son designadas sus ciudades; también hay ciudades, donde aquel que accidentalmente haya matado a alguien, encuentra refugio (*cap. 35*). En el caso de que las hijas sean las únicas herederas, ellas pueden heredar; la mujer no queda excluida de la herencia de la nueva tierra (*27:1-11*). Pero, no pueden casarse con alguien que no sea de su tribu (*cap. 36*). De esta forma, cada tribu mantiene su propio territorio inalienable. El Señor garantiza a su pueblo el derecho a la tierra de la promesa.

En ello se ve la sombra de la obra de aquel otro Josué, también llamado el Cristo. Cuando Israel pierde el derecho a la herencia a causa de sus pecados, Él crea un nuevo Israel en la Iglesia, que recibe permiso para entrar en el Canaán celestial, los nuevos cielos y la tierra nueva; en Él está anclado de forma inamovible el derecho a aquella herencia.

(1) Compárese aquí otra vez con la oración del formulario para el bautismo de la liturgia reformada.

# DEUTERONOMIO

**Libro de la renovación de la Alianza**

La palabra *Deuteronomio* significa tanto segunda ley, como repetición de la ley. Pues, en el capítulo 5 se repite el Decálogo, y también

se hace un repaso a las demás leyes. Pero no es verdad que este libro sea una mera repetición de la Ley ya conocida. *Deuteronomio* tiene un carácter propio. Comparando este libro con los escritos anteriores, encontramos en realidad una diferencia igual a la que hay entre el evangelio según *Juan* y los demás evangelios. Es difícil decir en qué consiste esta diferencia exactamente. Pero quiero intentarlo. En primer lugar vemos que, aparentemente, no 'ocurre' casi nada en *Deuteronomio*. En realidad escuchamos todo un largo sermón de Moisés (en el evangelio de *Juan* hay también muchos discursos de Cristo). Pero en las palabras de Moisés, la historia recibe una luz muy curiosa; empezamos a ver, por así decirlo, la profundidad de los acontecimientos. En el evangelio de *Juan* se puede constatar lo mismo, y este evangelio, igual que *Deuteronomio*, habla constantemente del amor de Dios.

*Deuteronomio* contiene una predicación de Moisés. Del primer versículo ya se desprende que Moisés pronunció este discurso justo antes de su muerte. Israel acampaba entonces en las llanuras de Moab. Canaán se hallaba al otro lado del río Jordán, que había que cruzar. Sehón y Og – atención a la noticia sobre su sarcófago/cama, que se había convertido en una pieza de museo (*3:11*) – habían sido derrotados. El pecado en Baal-peor (*Nm. 25*) ya había tenido lugar (*4:3 ss.*). Aquello había mostrado la propensión del pueblo a dejarse atraer por la religión cananea. Dentro de poco se iba a convertir de un pueblo nómada en un pueblo de agricultores. Iba a sufrir un cambio, ¿no aceptaría al mismo tiempo los dioses de aquella tierra? Su culto cautivaba; las fiestas cananeas halagaban los corazones llenos de deseos; los dioses cananeos habían dado lluvias y fertilidad en el pasado, ¿no tendrían que ser consultados por Israel para tener éxito en sus asuntos agrícolas? De forma muy clara había salido a la luz en Baal-peor, que Israel corría peligro de traspasar los límites bíblicos de la separación; ¿cómo sería luego, en Canaán? Seguro que no todos los pueblos serían exterminados enseguida. Y además, el peligro de que en apariencia mantendrían el culto de Yahvé, pero que de hecho sofocarían su culto bajo las prácticas paganas, era muy grande.

Para hablar de cosas cercanas: vemos en el mundo de los *bantu* (1) todo tipo de sectas, hoy en día hay alrededor de 2.500 en Sudáfrica. Una característica típica de muchas de aquellas sectas es que empiezan a mezclar el 'cristianismo' con la antigua religión *bantu*. Apelar vagamente a la Biblia ya es suficiente para volver a aplicar todo tipo de lavamientos mágicos, y establecer toda una jerarquía de ministros y oficiales, igual a la de la tribu. A esta gente no se la puede negar su religiosidad; su *kereke* (iglesia) es todo para ellos; y, sin embargo, cómo se vuelven a hundir en la ciénaga del culto a los falsos dioses. Y esto podría ocurrirle fácilmente a Israel también. Y cuando leemos por ejemplo el libro de *Jueces* y el de *Reyes*, vemos que, efectivamente, esto es lo que pasó. Israel se adaptó a la

religión cananita; donde había lugares para sacrificios paganos, allí se ha borrado el nombre del dios Baal y cambiado por Yahvé; y la cosa seguía tal cual. O a veces afirmaron, para mayor comodidad, que Yahvé era Baal. Pensemos en este contexto también en las prácticas de Roma, que coloca la imagen de un santo en los lugares de culto antiguo, y he aquí, el culto pagano original puede continuar ahora de forma 'cristianizada'. No es por nada que Roma lo tenga tan fácil en la misión; se acopla a la 'religión natural', utiliza gustosamente todos los puntos de referencia, y sostiene que el hombre natural no es tan depravado.

Ante este trasfondo peligroso hay que ver el libro de Deuteronomio. Es una apelación continua a seguir fiel al Señor. ¡No hay que hacer ninguna concesión al paganismo! ¡Nada de hacerse amigos de los dioses de la tierra y de los baales de la fertilidad! Sino que ¡mantener la antítesis, ser intolerante! Ser consecuente, eso es mostrarse dócil respecto al Señor. No vivir según una religión caprichosa, sino según la *Torá*, la Palabra del Señor; adorarle a Él, guardar su Pacto, más aún para con el prójimo, el hermano.

Por aquel entonces, el Señor hizo su Alianza con los patriarcas. Después confirmó su Pacto con el pueblo de Israel, en Horeb. Ahora hay una nueva generación dispuesta a entrar en Canaán, aquel Canaán pagano. De ahí que se repita otra vez el establecimiento del Pacto en las llanuras de Moab. Y las palabras de Moisés forman la introducción a esa Alianza; reflejan en qué consiste, describen los derechos y las obligaciones, acentúan la amenaza que contiene. El sermón de Moisés es pronunciado en un momento álgido: Israel como vasallo, va a renovar el Pacto con Yahvé, su Dios y su gran Rey. La historia futura se medirá según el discurso de Moisés: ¿Es Israel fiel a las Palabras de aquel Pacto?

## Entrar en un Pacto firme con el Señor de señores

El Señor inclina los corazones de los reyes, igual como nosotros regulamos el agua para la irrigación. Por eso ha dirigido la Historia de tal manera, que en el tiempo de su Alianza con Israel entre los pueblos había un cierto método común en uso para concertar un pacto político. Gracias a las excavaciones se han llegado a conocer varios tratados del nuevo imperio hitita (1450-1200 a.C., alrededor de la fecha del éxodo de Israel). Había acuerdos entre reyes que se igualaban en poder (p. ej. entre Ramsés II de Egipto y el rey hitita Hattusilis III): un *pacto de paridad*. Pero también podía pasar que el gran rey hitita imponía tratados a los reyes y pueblos al que había sometido, y sobre los cuales quería mantener su derecho a disposición como conquistador. Este tipo de pacto con un vasallo o 'protectorado' se llama *pacto de vasallos*; aquí no se trataba en absoluto de un acuerdo entre dos partes iguales. El vasallo era el vencido y tenía que elegir entre el exterminio total o aceptar una relación con el gran rey. Ha

aparecido un tratado del rey asirio Esar-hadón del año 672 a.C., en el cual este obliga a sus vasallos a prometer bajo juramento que después de su muerte seguirán reconociendo su dinastía y obedeciendo al príncipe heredero cuando ascienda al trono: un *tratado de sucesión*. En general, las estipulaciones del pacto están formuladas en imperativo: ¡No hagas! ¡Haz!

En su Pacto con Israel, el Señor ha usado las formas diplomáticas comunes de aquella época, que se observaban al concertar un tratado. Él como gran Rey frente a Israel, el vasallo. Puesto que conocer aquellas formas es muy importante para entender la revelación de Dios en la Biblia, quiero destacar aquí los siguientes elementos, que solían aparecer en un pacto de vasallos de los hititas:

a. *Preámbulo* o *introducción*, en el cual el gran rey se presenta como Sol y Héroe. Muy común es el comienzo: “Estas son las palabras de…”

b. *Prólogo histórico*. En él se relatan los actos de benevolencia del gran rey para con su vasallo, cómo le ha concedido poder y tierras. A veces se añaden descripciones de los límites de los territorios.

c. *Condiciones del pacto*. En ello se demanda una lealtad absoluta. Ciertos casos son elaborados con más detalle. Tampoco se olvidan de la sucesión. Está prohibido rebelarse contra el sucesor del gran rey.

d. *Lista de testigos*. Se mencionan dioses, pero también el cielo y la tierra, etc.

e. *Maldición y bendición*. Al quebrantar un tratado, una serie de sanciones serán ejecutadas. El vasallo tiene que confirmar el pacto con un juramento.

f. *Estipulaciones acerca de la lectura regular del tratado y de su depósito correcto*. No se podía cambiar nada en el texto. Las ‘tablas’ del tratado tenían que ser guardadas en un templo. Cada cierto tiempo los vasallos tenían que presentarse en palacio para escuchar la lectura del tratado y volver a jurar lealtad. Los documentos oficiales eran sellados con el sello de la dinastía.

Cuando comparamos ahora la manera en que el Señor trata a su pueblo con lo arriba mencionado, vemos enseguida que Él actuaba al estilo del gran rey. Reconocemos el preámbulo (a) en las palabras: “Yo soy Yahvé tu Dios”. Y tanto *Éxodo* 19:4- 6 como el principio de los Diez Mandamientos dan un prólogo histórico (de la salvación) (b): “que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre”. La ‘Ley’ contiene las estipulaciones del Pacto (c). Al final del segundo mandamiento y en *Levítico* 26 encontramos la maldición y bendición (e). Las ‘tablas’ de la Alianza tenían que ser depositadas en el arca (f). Había que leer la Ley regularmente y cada vez se renovaba el Pacto (f). Los profetas eran los apoderados del gran Rey, que llamaban a la obediencia al Pacto y que amenazaban con la vindicación del Pacto. Hasta en *Apocalipsis* suena este estilo del gran Rey y Rey de los reyes: “El que… dice esto”, “Si alguno añadiere a las palabras de esta profecía,…”.

Y precisamente en *Deuteronomio* se ve este mismo estilo puesto de relieve. El gran Rey hace un tratado de vasallo con Israel, el cual a la vez regula la sucesión de Moisés por Josué. De nuevo podemos señalar los siguientes puntos:
a. *Preámbulo*: "Estas son las palabras…" (*1:1*).
b. *Prólogo histórico de la salvación*: (*caps. 1-4*), actualizado desde el Sinaí hasta la fecha.
c. *Condiciones del Pacto*: (*caps. 5-26*), de las que las Diez Palabras forman el punto de partida (tanto la primera parte como la segunda, que comienza en el cap. 12, terminan con condiciones acerca de la bendición y la maldición).
d. *Testigos*: (*30:19*; *31:21 ss.*).
e. *Bendición y maldición*: (*caps. 11, 27, 28, 32, 33*).
f. *Estipulaciones acerca de la lectura y el depósito del libro del Pacto*: (*31:9-13, 26*). Véase también 4:2 y 12:32 en relación con la obligación de guardar los estatutos de la Alianza correctamente. Igual que hemos visto con el primer Pacto (*Éx. 24:4*) en el Sinaí, y con el segundo (*Éx. 34:27*), vemos aquí también que se enfatiza que todo tiene que ser anotado (*27:3, 8*; *28:58, 61*; *29:20 ss.*; *30:10*; *31:9, 19, 21, 24*). Dios no es caprichoso y para Israel no hay ninguna 'nueva moral'.

**Prólogo histórico de la salvación y constitución del Pacto**

En el marco de la renovación del Pacto, Moisés hace un resumen en los primeros capítulos, antes de repetir las Diez Palabras, en el que contempla el pasado, que comienza con la confirmación del Pacto en el Sinaí. Él muestra la gracia del Señor en su forma de actuar con un pueblo, que resulta a menudo recalcitrante. *Sola gratia*, con esto podemos encabezar *Deuteronomio*: sólo por la gracia. Y esta gracia es un estímulo para Israel, para que luego, llegado su 'descanso', no dé la espalda al Señor, y guarde su *Torá*. "Porque, ¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está Yahvé nuestro Dios en todo cuanto le pedimos? Y ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta ley (mejor: enseñanza, *Torá*) que yo pongo hoy delante de vosotros? (*4:7-8*). El capítulo 4 recuerda a continuación la aparición del Señor en el Sinaí: no le podían ver, sino que solamente escucharon su voz (*vv. 12, 15*). Por lo que Israel no debe adorar imágenes; ni tampoco puede hacer imágenes de Yahvé. Su culto es un culto de la Palabra: "¿Ha oído pueblo alguno la voz de Dios, hablando de en medio del fuego, como tú la has oído, sin perecer?" (*v.33*).

Y ¿cuándo escuchó el pueblo la voz del Señor? Fue cuando las Diez Palabras fueron pronunciadas. Es como si estos Diez Mandamientos fueran la Constitución del Pacto y por eso se entiende que Moisés los vuelva a repetir (*5:6-21*). Cuando leemos en *5:3* que el Señor no hizo un pacto con

los padres, sino "con nosotros todos los que estamos aquí hoy vivos"; esto no quiere decir que no haya hecho un pacto con los patriarcas, sino que quiere acentuar la actualidad del pacto sinaítico para todas las generaciones. Ningún niño puede decir que "el Pacto (y las palabras del Pacto) del Sinaí no tienen nada que ver conmigo."

Mientras que en *Éxodo* 20 el cuarto mandamiento se basa en el descanso después de la creación en seis días, encontramos en *Deuteronomio* 5 un argumento tomado de la 'recreación', la liberación de Egipto. Israel ha sido liberado de la esclavitud de aquella tierra, y por lo tanto, por gratitud tiene que conceder a sus propios siervos también el descanso sabático. Aquí nos encontramos un rasgo social de *Deuteronomio*; que a continuación vamos a ver una y otra vez.

**Condiciones que concretan la Constitución con más detalle**

Quizá haya oído hablar alguna vez de la oración judía llamada '*shema*'. Según la tradición judía, cada varón adulto tiene que recitarla cada mañana y cada noche. Está compuesta por *6:4-9*, más *11:13-21* y *Números 15:37-41*. Comienza así: "Oye (o sea *shema*), Israel, Yahvé nuestro Dios, Yahvé uno es".

En el Nuevo Testamento notamos claramente lo conocidas que eran aquellas palabras. Cristo las repite al formular el resumen de la Ley (*Mr. 12:28 ss.*). Y en muchos otros lugares encontramos un recuerdo de ellas (*Jn. 8:41*; *Ro. 3:30*; *Gá. 3:20*; *Éf. 4:6*; *1 Ti. 2:5*; *Stg. 2:19*). Dios es el único Dios. No permite *baales* al lado suyo. A la luz de *Deuteronomio* esto se entiende perfectamente. ¡Oye, Israel! El Señor habla por medio del culto de la Palabra. Y Yahvé es uno; no se le puede dividir en multitud de *baales* locales. Sin embargo, hay otro significado más en ese 'uno'. Yahvé no sólo es el único Dios, sino que Él es único en su revelación, en su ser. A Él, el Libertador y Rey de Israel, no se lo puede comparar con los seudo libertadores paganos. "Así dice Yahvé Rey de Israel, y su Redentor, Yahvé de los ejércitos: Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios" (*Is. 44:6*). "Y Yahvé será Rey sobre toda la tierra. En aquel día Yahvé será uno, y uno su nombre" (*Zac. 14:9*). No basta con que seamos monoteístas, es decir, que confesemos que hay un solo Dios. Los musulmanes tienen como base de su confesión: no hay otro dios que Él (Alá). Así que ellos creen en un solo dios. Pero no por eso es que tengan la fe verdadera. Hay que creer en aquel Dios, que se ha revelado en la Historia de salvación, en Egipto y en Gólgota. Hay que creer en aquel único Redentor, 'único en su género'. También la Iglesia del nuevo Pacto escucha el mismo llamado: "Oye Israel, el Señor nuestro Dios; el Señor es uno y único. Amarás al Señor tu Dios…

A partir del capítulo 6, Moisés muestra a Israel de muchas maneras, que debe servir a ese único Dios. Mejor dicho: puede servirlo. Israel no

tiene de qué presumir. Ellos no han elegido un dios, no, ha sido el Señor quien les ha elegido para ser su pueblo. Y ¿por qué?

Porque ¿Israel era tan numeroso?

"No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Yahvé y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos" (*7:7*).

Porque ¿el pueblo era tan fuerte?

"No suceda… que digas en tu corazón: Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza. Sino acuérdate de Yahvé tu Dios, porque Él te da el poder para hacer las riquezas…" (*8:17-18*).

Porque ¿era tan íntegro?

"No piense en tu corazón cuando Yahvé tu Dios los haya echado de delante de ti, diciendo: Por mi justicia me ha traído Yahvé a poseer esta tierra; pues por la impiedad de estas naciones Yahvé las arroja de delante de ti. Por tanto, sabe que no es por tu justicia que Yahvé tu Dios te da esta buena tierra para tomarla; porque pueblo duro de cerviz eres tú" (*9:4, 6*).

¿Por qué entonces mostró el Señor tanta gracia?

"Por cuanto Yahvé os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado Yahvé con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto. Conoce, pues, que Yahvé tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones" (*7:8-9*; cf. *8:18b*; *9:5*).

Aquí habla el favor soberano. El Señor es esclavo de su Palabra prometida. Él quiere acordarse del pacto de salvación, de aquel juramento que hizo a Abram, de su Pacto inquebrantable (cf. *Lc. 1:55*, *73*; *2:14*).

Yahvé probaba su pueblo, para saber si le quería servir sí o no (*8:2 ss.*). Pero Israel mostraba continuamente su rebeldía (*9:7 ss.*). Moisés les refresca la memoria a propósito con algunos detalles. ¡El pecado con el becerro de oro! Pero el Señor les mostró su gracia una y otra vez. La eterna misericordia es el fundamento de la existencia de Israel.

"Ahora, pues, Israel, ¿qué pide Yahvé tu Dios de ti, sino que temas a Yahvé tu Dios, que andes en todos sus caminos, y que lo ames, y sirvas a Yahvé tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma; y que guardes los mandamientos de Yahvé y sus estatutos, que yo te prescribo hoy, para que tengas prosperidad?

He aquí, de Yahvé tu Dios son los cielos, y los cielos de los cielos, la tierra, y todas las cosas que hay en ella. Solamente de tus padres se agradó Yahvé para amarlos, y escogió su descendencia después de ellos, a vosotros, de entre todos los pueblos, como en este día. Circuncidad, pues, el prepucio de vuestro corazón, y no endurezcáis más vuestra cerviz." (*10:12-16*; cf. *Mi. 6:8*; *Jer. 4:4*).

Ahora, hay que entender bien el ‘temer’: no significa que hay que tener miedo del Dios de misericordia, sino que hay que tenerle en cuenta, respetarle, vivir según su Ley. *Deuteronomio* es una apelación continua a corresponder al amor de Yahvé con el corazón y no en apariencia. Si Israel oye este llamado, entonces el Señor dará su bendición. Pero si responde con desobediencia, se inflama su ira. Se expone tanto la bendición como la maldición delante del pueblo (*cap. 11*). Por eso tienen que ser proclamadas de nuevo con insistencia en Siquem, después de la entrada en Canaán (*11:29 ss.*; *cap. 27 ss.*; *Jos. 8:30-35*).

**Condiciones que concretizan la Constitución (continuación)**

Puesto que en el capítulo 12 comienza un nuevo apartado, resumiré brevemente algunos puntos de la parte anterior. Vimos que el tenor del libro de *Deuteronomio* es anticananeo. Predica a Yahvé, que por su libre elección ha adoptado a Israel como herencia. Era por su amor soberano, porque este pueblo rebelde no suscitaba amor alguno. Pero el Señor, en su gran misericordia, lo hizo su pueblo y lo libró de la casa de servidumbre. Él era fiel al juramento que hizo a los patriarcas. Y en el Sinaí renovó aquel pacto. Y sí, después del largo peregrinaje por el desierto volvió a ratificar el Pacto del Sinaí en las llanuras de Moab. *Deuteronomio* ofrece como si fuera la introducción a esta alianza, que exige el amor recíproco total y completo del pueblo; tiene que servir al uno y único Señor en todas las áreas de la vida.

Y aquí, lo que sigue a partir del capítulo 12, mantiene la misma línea. A la vez se radicaliza en cuanto a los centros de la vida de Israel: el culto (el elemento sacerdotal), la profecía, y la política y la justicia (relacionadas más o menos con el oficio de rey). Aquí podemos señalar otra vez el tenor anticananeo, puesto que el paganismo se muestra también en los medios, los mediadores, los ministros. Seguro que recuerda a Balaam; una figura pagana de sacerdote y profeta. Y también sabe usted que esos ministros paganos son muy presuntuosos. Tienen una relación muy especial con los dioses, son inmunes. En gran medida, lo mismo pasa con el rey. El rey (*meleḵ*, en hebreo) es hijo de los dioses. Puede reinar de forma absoluta, como si fuese un dios. El paganismo es muy generoso en reconocer a muchos dioses y todo tipo de humanos deificados.

¡Pero, Yahvé, Él es uno! (*6:4*). Por eso Israel no puede hacer uso de los santuarios y lugares para el sacrificio de los cananeos, así sin más. Aquellos lugares de culto, dedicados a Baal (masculino) y Asera (femenina) tienen que ser destruidos. Sólo el lugar que el Señor escoge, puede ser dedicado al culto de los sacrificios (*cap. 12*). Los levitas tienen que ser reconocidos, entregándoles los diezmos (*12:17 ss.*). En cambio, hay que escuchar críticamente a lo que dicen los profetas o soñadores de

sueños. Si instigan a servir a otros dioses, no se les debe hacer caso. No hay que pensar que porque lo dicen ellos, será verdad. Porque cada revelación tiene que concordar con las revelaciones anteriores de Yahvé. Incluso cuando un profeta anuncia un prodigio como prueba de su misión, y se cumple esta señal, aún así aquello no servirá de prueba para su llamado de ir en pos de otros dioses. Porque el Señor quiere probar así a su pueblo, ponerlo a prueba para saber si le será fiel (*13:1 ss.*). Por eso Israel tenía que comparar siempre profecía con profecía, algo que también nosotros, en nuestro tiempo tolerante, somos llamados a hacer; compárese *1 Juan* 4:1: "Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo". Israel tenía que ser consciente del peligro continuo, que por medio del profeta, el predicador con autoridad, se introdujera furtivamente otra vez el paganismo. De ahí que el falso profeta había de ser muerto (*13:15*), había que quitar el mal de en medio de Israel. Pablo, hablando de la disciplina en la Iglesia, emplea la misma expresión en *1 Corintios* 5:13. Al mismo tiempo vemos que, según el Nuevo Testamento, la pena capital como castigo eclesial, ha dado paso a la excomunión, hasta que se produzca arrepentimiento. De la continuación de *Deuteronomio* 13 se desprende que había que aplicar la disciplina también en el caso de una relación íntima (*vv. 6-11*) y una multitud (*vv. 12-18*).

En lo que sigue encontramos estipulaciones más detalladas acerca del culto y la administración de justicia. Aquí se puede constatar lo mismo que antes: un tenor antipagano, un énfasis en la liberación de Egipto. En cuanto a las disposiciones jurídicas, hay añadido un rasgo explícitamente social. Para empezar por este último, 15: 7 – 11 nos proporciona un buen ejemplo de ello. Hay que abrir la mano liberalmente al hermano pobre. La comunidad forma una hermandad que tiene obligaciones para con el prójimo. La noción de que se acerque un año de restitución (el año sabático), no debe impedir la generosidad.

Además, la justicia no se debe torcer. No hay que aceptar regalos; no hay que hacer acepción de personas. Más tarde los profetas vuelven a insistir en ello. La regla de los dos o tres testigos necesarios, que también encontramos en el Nuevo Testamento (*Mt. 18:16*), ya la vemos aquí (*17:6*; *19:15*). Sin testigos no se puede juzgar a nadie; además, los acusadores y testigos tienen que tirar 'la primera piedra' (*17:7*; cf. *Jn. 8:7*); ellos son a la vez ejecutantes de la sentencia, y responsables de su propio testimonio. En cuanto a las leyes sobre la guerra, llama la atención que se dan unas posibilidades muy amplias para ser eximido. También hay que tomar nota de que a los enemigos primero se les ofrece 'la paz' (*20:10*). Hasta se incluye a los árboles frutales en las medidas sociales; en una guerra no pueden ser talados, no se puede aplicar la táctica de la tierra quemada

(*20:19*) (2). Cuando Eliseo más tarde da un consejo semejante, esto es una ‘falsa profecía’, que no beneficia a la campaña de guerra (*2 R. 3:19, 25-27*).

En *Deuteronomio* 17:14-20 leemos las leyes acerca de un rey. El rey no puede ser un extranjero; según la elección de Dios tiene que ser uno de entre sus hermanos. Aquí vemos el retrato ideal de un rey mesiánico. El rey no debe competir con los reyes paganos alrededor suyo, como si fuera un hijo de los dioses, un autócrata. No, le son impuestas ciertas limitaciones: Nada de comercio de caballos con Egipto, de que han sido liberados (cf. *30:16*; *31:1*; y piense también en la cuadra de caballos de Salomón); nada de formar un harén con multitud de princesas extranjeras (piense otra vez en Salomón, que a causa de sus mujeres perdió el rumbo); nada de querer amontonar grandes riquezas. Por otro lado, es sometido a la Ley de Moisés. El rey no debe enaltecerse sobre sus hermanos. Igual que ellos, él tiene que doblegarse bajo la profecía, la voluntad de Dios, expresada en la *Torá*. En la historia posterior lo vemos una y otra vez: el rey que guarda el testimonio y se deja enseñar por la profecía, ese es un hombre conforme al corazón de Dios. El ‘testimonio’ ha jugado más tarde un papel en la ceremonia de coronación (*2 Cr. 23:11*). Repito, el rey, que había de ser una sombra del Mesías venidero, tenía que sentirse uno con sus hermanos, y separado de los pueblos en alrededor suyo. Por eso tenía que guardar el Pacto de Yahvé. Y justo en Cristo se ve claramente el cumplimiento de todo ello. Él no tenía oro o plata. En su entrada en Jerusalén iba montado en un asno, Él vino para hacer la voluntad de Dios hasta el final (*He. 10:7*). ¿No era Él mismo nuestro Sumo Sacerdote y Rey?

A propósito, el hecho de que Cristo sería además de Rey también Profeta, lo vemos anunciado ya en 18:15: “Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Yahvé tu Dios; a él oiréis” (cf. *Jn. 6:14*; *Hch. 3:22*; *7:37*; *Mt. 17:5*). Por supuesto que esta palabra no solamente se refiere a Cristo; el Señor quiere decir que habrá siempre un profeta en Israel, para que nadie tenga que acudir a los videntes paganos. Entre ‘tus hermanos’, en el círculo del propio pueblo de la Alianza, suena la voz del Señor a través del profeta. ¡Oye, Israel! Y esta voz somete tanto el pueblo como a los sacerdotes y reyes, a la Palabra, a la Ley establecida. Nada de una religión caprichosa. Encima de Israel está el Señor, que como Rey es el Legislador supremo: “hoy has venido a ser pueblo de Yahvé tu Dios. Oirás, pues, la voz de Yahvé tu Dios, y cumplirás sus mandamientos y sus estatutos, que yo (o sea, Moisés como profeta y mediador) te ordeno hoy” (en la confirmación del Pacto en Moab) (*27:9-10*).

Bajo este aspecto se unen todas las demás estipulaciones, que siguen hasta en el capítulo 26. Israel, como pueblo santo, en sus fiestas y su vida privada, es puesto bajo la Ley del reino de aquel Dios, que protege la hermandad de Israel frente a toda mezcla pagana. Y todo eso no porque el

pueblo como ‘raza’ fuera mejor que los demás pueblos; sino porque el Señor lo ha escogido, para la gloria de su nombre. ¡Oye, Israel!

**Bendición, maldición y testigos de la Alianza**

¿Y si Israel no quiere oír? Moisés anuncia que luego, en medio de Canaán, tienen que ser proclamada la maldición desde el monte Ebal, y la bendición desde el monte Gerizim. Llama la atención lo ampliamente elaborado de la maldición (*cap. 27* y *28*). Lo mismo destaca en la propia confirmación del Pacto (*cap. 29*). En los profetas se encuentra el eco de la maldición de Moisés; parece como si se abran las puertas del infierno; las maldiciones del Pacto significan lo opuesto del *shalom*, la paz (*29:19*). Ya vemos aquí anunciada la destrucción de Jerusalén, que se repitió dos veces en la Historia. Bien es cierto que después de arrepentimiento hay restauración (*30:1-10*); si este arrepentimiento consiste también en oír la voz del Señor. Porque esta es la gracia grandiosa, que aquella voz sigue sonando; la profecía no se apaga. No hay que cruzar grandes mares, o subir al cielo, para escuchar la Palabra del Señor. Porque está muy cerca, en la boca y en el corazón (*30:11-14*; cf. *Ro. 10:6-10*). Así que esto sigue siendo una norma para la Iglesia: ¡*Shema*, oye!; la fe es por el oír; pero también por gracia; el oír es por la predicación de la Palabra. “A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante de la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia; amando a Yahvé, tu Dios, atendiendo a su voz, y siguiéndole a Él; porque Él es vida para ti” (*30:19-20*). Igual que en un tratado del antiguo Oriente entre un gran rey y sus vasallos se designan testigos, así también el Señor le nombra testigo a la Creación. Muy cerca de ti está la Palabra (*Sal. 19*). El firmamento es testigo acusador en el Pacto (*Ro. 10:8, 18*).

En el caso de rebelión, había otro testigo más que se dejaría oír: un cántico, que todos los aliados habían aprendido de memoria.

El cántico de Moisés es dominado por el tema de *Deuteronomio* 32:4:

“Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en Él;
Es justo y recto.”

Yahvé ha sido bueno para con Israel. Lo llevó sobre alas de águila (buitre) (*vv. 6-14*; cf. *Ap. 4:7*; *12:14*). Pero ¿el pueblo se lo agradeció? Le ha devuelto mal por bien (*vv. 5-6, 15-18*). Cuando “Jesurún engordó, tiró coces”; no honró demasiado su título, que probablemente guarde relación con ‘recto’. Por eso Yahvé se encendió en ira (*v. 19 ss.*); ¿no era esto ser fiel a sus amenazas? Y hubiera extinguido completamente a Israel por medio de sus enemigos, si no fuera porque aquellos adversarios sacarían la

conclusión de que Yahvé era impotente (*vv. 26-31*). Respecto al significado de los siguientes versículos, ya entre los rabinos judíos había diferencia de opiniones. Uno opinaba que seguían hablando de los paganos, amenazados con el juicio. Otro estimaba que trataban del Israel apóstata, que no escaparía al castigo. Yo creo que esta última idea merece preferencia. Dentro de Israel se formará una antítesis, un contraste entre fieles e infieles. No obstante, el Señor juzgará a su pueblo (*v. 36*), tendrá misericordia de sus siervos. Vengará su sangre (*v. 42*). Él, Él es; no hay dioses con Él; Él hace morir, Él hace vivir (*v. 39*). De forma neotestamentaria diríamos: aunque el infierno ruja cuanto quiera, Cristo mantiene a su Iglesia.

Posteriormente se convirtió en costumbre el cantar este cántico en el templo. Por lo que era conocidísimo. En una de las cuevas cerca del Mar Muerto se encontró hace tiempo un fragmento de una copia de este himno. No es de extrañar entonces que tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento encontremos repetidas veces alusiones al cántico de Moisés. Seguramente al leerlo habrá notado que al Señor se le llama de una forma curiosa: Roca. En los *Salmos* esta imagen consoladora vuelve una y otra vez (3). El nombre Jesurún también aparece en *Isaías 44:2*, y la primera parte del *v. 39* es reproducido casi literalmente (*Is. 43:10 ss.*) (4). Se cita muchas veces "Mía es la venganza y la retribución" (*v. 35*) (5). Y finalmente encontramos en *Apocalipsis* una y otra vez exclamaciones que citan tanto el tema del cántico de Moisés (*v. 4*) como la conclusión (*v. 43*) (6). Teniendo en cuenta que los 'enemigos' en el cántico de Moisés no son solamente los adversarios paganos, sino también los infieles en la Iglesia, entendemos el consuelo que emanaba de este cántico para los fieles de Israel en el antiguo y el nuevo Pacto. El Señor venga la sangre de sus siervos. Él es el Dios fiel de la Alianza que mantiene a su Iglesia.

La bendición de Moisés (*cap. 33*) se puede comparar con la de Jacob (*Gn. 49*). Llama la atención que no se menciona a Simeón (esta tribu recibió algunas ciudades en el territorio de Judá), mientras la tribu de sacerdotes Leví, que actuó con firmeza contra la apostasía, ahora no es maldita (*Gn. 49:5-7*), sino bendita (7). Se habla detalladamente de Efraín y Manasés, los hijos de José. El comienzo de la bendición describe con palabras poderosas una aparición del Señor (8). El final es una alabanza profética:

"No hay como el Dios de Jesurún,
Quien cabalga sobre los cielos para tu ayuda,
Y sobre las nubes con su grandeza.
El eterno Dios es tu refugio,
Y acá abajo los brazos eternos;
Bienaventurado tú, oh Israel,
¿Quién como tú,

Pueblo salvo por Yahvé,
Escudo de tu socorro,
Y espada de tu triunfo?
Así que tus enemigos serán humillados,
Y tú hollarás sobre sus alturas" (*33:26-27a, 29*)

*Deuteronomio* concluye con la descripción del final de la vida de Moisés. Evidentemente no ha sido Moisés quien lo ha puesto por escrito, sino que esta nota ha sido añadida más tarde. La declaración que después de Moisés nunca más se levantó profeta como él (*34:10-12*), hace traslucir una gran añoranza. Una añoranza de tiempos pasados, sí, pero también un anhelo mesiánico por el futuro de Aquel que es mayor que Moisés, como Mediador del nuevo Pacto. Sin embargo, fijémonos en el hecho de que al cierre de este libro sobre el 'tratado de sucesión' se menciona con énfasis que el pueblo siguió efectivamente al sucesor que Moisés había designado; sobre todo porque mostró haber recibido el Espíritu (la R.V. no pone mayúscula) de la sabiduría, por medio de la imposición de manos. La obediencia a la Alianza firme significa: Someterse a los fieles y legítimos ministros u órganos del Pacto, aunque cambien las personas y varíen los dones. En cuanto a esto, no hay diferencia entre la sucesión 'mosáica' y 'apostólica'. Puede leer usted *Hechos 20:24-38* y las cartas de Pablo a *Timoteo* a este propósito. "Guarda lo que se te ha encomendado."

(1) Un grupo tribal de Sudáfrica, donde vivía el autor; (nota de la traductora).

(2) Tome nota además, de que tenían consideración para con el pájaro en su nido, el buey que trilla, y la persona en anda en el terrado (*22:6- 7*; *25:4*; *22:8*).

(3) Véase aquí por ejemplo los *Salmos*: *18:2*; *19:14*; *31:3*; *71 3*; *94 22*.

(4) Comparar para *Deuteronomio 32:39b*: *1 S. 2:6* (el cántico de Ana); *Os. 6:1-2*; *Mt. 16:21*; *Lc. 24:26, 27, 44*; *Jn. 5:21*; *Ro. 4:17*; *8:11*; *2 Co. 1:9*; *13:4*; *1 Ti. 6:13*; *1 P. 3:18*; *Ap. 1:18*.

(5) *Ro. 12:19*; *He. 10:30* (allí se cita también *v. 36*).

(6) *Dt. 32: 4* citado en *Ap.15:3*; *16:7*; *19:2*.

*Dt. 32:43* tiene eco en *Ap. 6:10*; *16:5-6*; *18:20*; *19:2*.

Se podrían mencionar muchos más lugares en el Nuevo Testamento que guardan relación con *Dt. 32* (cf. p. ej. *Mt. 11:16*; *12:39, 41*; *16:4*; *17:17*; *23:36*; *24:34*; *Hch. 2:40*; *Fil.2:15* con *Dt. 32:5, 20* - ¡generación perversa!). Tanto la sinagoga como la iglesia primitiva conocían y cantaban los cánticos del Antiguo Testamento, que no se encuentran en el libro de los *Salmos*. En el breviario católico-romano se han conservado. Pero han desaparecido de la liturgia para el pueblo laico. Y así sigue siendo en las iglesias protestantes, a pesar de las versificaciones de Marnix (*van Sint Aldegonde, poeta de los Paises Bajos del s.*XVI) y Beza (*que vivió y trabajó durante mucho tiempo en Ginebra como profesor y predicador al lado de Calvino; era un fiel seguidor de sus ideas y le sucedió después de su muerte*). Muchos de estos himnos no eran tampoco del gusto de una generación que prefirió componer ella misma himnos acerca de un Dios 'amable', a entonar aquellos antiguos cánticos que hablan de un Señor que también puede mostrar su ira al vindicar su Pacto. Las congregaciones, sin embargo, se beneficiarían si dejasen su pobreza voluntaria y volviesen a la práctica de la sinagoga y la iglesia de Pentecostés, con respecto a los cánticos veterotestamentarios. Entonces no nos harán falta los himnos inventados y no seguiremos siendo desobedientes al mandato de Dios acerca del último cántico de Moisés (*Dt. 31:19, 21-22, 28, 30*; *32:44 ss.*; *Ap. 15:3*).

(7) Véase *Nm. 25:6-13*; *Mal. 2:5-7*; *Jer. 33:19-22*.

(8) Compárese *Sal. 68* y *Hab. 3*.

## JOSUÉ

**Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo (*1 Co. 15:57*)**

El libro de *Josué* se puede caracterizar como 'el libro de las guerras de Yahvé'. En él se describe la conquista de la tierra de la promesa. El juramento a Abraham no era vano; después de haber recibido la

descendencia (el pueblo de Israel), le es dada también la tierra (Canaán). Y todo esto ocurre por pura gracia. Cuando Josué al final de su vida exhorta al pueblo a seguir siendo fiel a Yahvé, les recuerda que sus antepasados al otro lado del Éufrates servían a los ídolos (*24:2, 14 ss.*; cf. *Dt. 26:5 ss.*). Fue por el favor soberano de Dios que llamó a Abraham y llevó Israel a Canaán. El libro de Josué muestra de forma evidente que la descendencia de Abraham no obtuvo la tierra gracias a sus propios esfuerzos. Es el Señor, que cada vez da la victoria. Y aunque Josué es un gran general, también él tiene que depender completamente de Aquel que cumple las promesas. Sí, leemos también de los errores de Josué. Entre líneas divisamos aquí el anhelo de Uno, que llevaría al pueblo a su descanso completo, a la plenitud. Aquel Redentor tenía el mismo nombre: era Josué de Nazaret. Él ganó el reposo sabático que le espera al pueblo de Dios (cf. *He. 3:7 – 4:11*).

**Oh Dios, cuando tú saliste delante de tu pueblo (*Sal. 68:7*)**

Pero, abramos el libro mismo. Los primeros capítulos nos muestran enseguida cómo obra la libre gracia del Señor. El Señor le da a Josué aquella gran promesa, que escuchamos tantas veces en las Escrituras: "Yo estaré contigo" (*1:5, 9*). Entretanto, Josué anuncia el paso del Jordán (*1:10 ss.*). También envía espías, que en la ciudad clave de Jericó implican a una prostituta en su espionaje. Esta mujer Rahab no sólo les esconde de la policía, sino que también hace una especie de confesión de fe, en la cual anuncia la victoria del Dios de Israel. Él es un Dios mundial, que por las señales en Egipto ha mostrado tener su trono por encima de todos los dioses y héroes. Es, pues, en este Dios que Rahab busca refugio, ahora que viene la crisis sobre Jericó. Para ella no supone ningún problema aquello de: "¡fuera de la Iglesia no hay salvación!" Por lo que los espías le aseguran que por su fidelidad ella y su familia serán salvas. Y el milagro ocurrió, que esta mujer fue acogida en medio de Israel, e incluso llegó a ser una de las matriarcas del linaje real (*Mt. 1:3*). En el principio del libro de *Josué*, que está lleno del juicio sobre Canaán, encontramos también una evidencia de la gracia, mostrada a una de las hijas del pervertido Canaán (*cap. 2*).

Los espías naturalmente rinden un informe triunfal. Pues Rahab les contó que el corazón de todos los habitantes desmayaba ante Israel. Por eso hay que cruzar ahora el Jordán. El arca, el símbolo del trono de Yahvé, va delante. Y ahora se muestra que el Dios que secó el Mar Rojo, sigue siendo el mismo: también las aguas del Jordán se apartan para formar un camino; quizá por un derrumbe de tierras río arriba, un hecho que no quita nada del milagro en sí. Josué hace erigir un monumento en el lecho del Jordán, y otro más en el lugar del primer campamento (Gilgal), de doce piedras. Nuestro libro *Josué* es el 'libro de las-piedras-que-hablan' por excelencia.

Ya encontraremos más adelante otros monumentos. Fíjense que aquellas piedras eran como una Biblia pétrea para niños. O mejor, eran como un catecismo, tenían que estimular a los niños a hacer preguntas; y los padres tenían que relatarles entonces las maravillosas obras de Yahvé (*4:4 – 7:20-24*).

Ahora van a atacar a Jericó, aunque primero pasó otra cosa. Josué circuncidó al pueblo, ya que este sacramento no se había observado durante la travesía por el desierto, que para la mayoría fue un viaje de muerte, maldito. También celebraron la Pascua. Y esto último es importante en relación con las siguientes celebraciones de la Pascua: la Pascua no solamente recuerda la salida de Egipto, sino que ahora además recuerda el paso del Jordán, la entrada a Canaán. ¿No había pasado Israel cuatro días antes de la fecha de la Pascua por el Jordán, el día en que había que escoger el cordero pascual? (*4:19*; cf. *Éx. 12:3*). La Pascua – ¡Jesucristo! – no sólo habla de la salida, ¡sino también de la entrada!

Igual que leemos en *Éxodo* de la aparición en la zarza ardiente, con la cual Moisés fue privilegiado, aquí se trata igualmente de una aparición excepcional a Josué. Se encuentra con el Príncipe del ejército del Señor, un ángel con la espada desenvainada. Como Moisés, Josué tiene que quitarse el calzado. Luego le es asegurado que Jericó será tomada. Y se le explican las curiosas maniobras militares que tiene que ejecutar. Cada día, los soldados tienen que dar una vuelta alrededor de la ciudad, en silencio; seguidos por siete sacerdotes tocando bocinas, y por el arca, el trono de Dios. El séptimo día, a cierta señal, el pueblo tenía que gritar a gran voz; entonces el muro se derrumbaría y la toma de Jericó sería un hecho. Así era el extraño plan de sitio del ángel. Y así lo hizo Josué, Jericó fue tomada y destruida. Josué pronunció una maldición sobre aquél que volviera a edificar la ciudad. La ciudad tenía que seguir allí como una ruina, un monumento de advertencia para Israel: ¡Velad, para que no perezcáis de la misma manera! (*6:26*). En su tiempo Hiel de Betel reedificó Jericó a precio de las vidas de su primogénito y su hijo menor (*1 R. 16:34*).

**Quitad, pues, a ese perverso de entre vosotros (*1 Co. 5:13*)**

En la Escritura leemos continuamente acerca de la apostasía de la Iglesia. Pues bien, este tema encontramos también en *Josué*. Ahí está Acán, que ha robado varias cosas del anatema de Jericó. Como castigo por este acto el pueblo pierde la batalla contra Hai (literalmente, escombrera, que es tal vez su nombre posterior). Echando suertes, Acán es señalado como el pecador. Él confiesa y es apedreado junto con todos los suyos y sus posesiones. Con una alusión a su nombre dice Josué: “cómo has turbado a Israel” (*akar* es turbar, hundir en la desgracia). El valle donde ha sido lapidado y donde se ha erigido un montículo de piedras (¡otro monumento!), se llama valle de Acor (o sea valle de desgracia, turbación).

*1 Crónicas* 2:7 llama a Acán 'el que perturbó a Israel', porque provocó el desastre de Israel. El rey Acab fue tan amable de dirigirse a Elías con este título injurioso, durante la grave sequía (*1 R. 18:17*). Puesto que en el lenguaje cristiano la expresión 'perturbador de Israel' se suele utilizar a menudo para indicar a alguien que anima un poco el evento, es bueno conocer el verdadero significado y el trasfondo de esta expresión. Es algo muy grave ser un 'perturbador de Israel'. Acán traía el castigo sobre toda la congregación. Y la Iglesia ha visto en este acontecimiento con razón una incitación a mantener la disciplina en la Iglesia también hoy en día. Si no, la ira de Dios caerá sobre toda la congregación (véase la respuesta 82 del *Catecismo de Heidelberg*).

Más tarde, el valle de Acor se menciona una vez más en los profetas (*Is. 65:10*; *Os. 2:15*). Pero esta vez en sentido positivo; esta puerta de acceso a Canaán ya no es una puerta de desgracia, sino una puerta de esperanza. Es Cristo, el que hace posible esta perspectiva: el anatema, el castigo que Él sufrió, es la causa de nuestra salvación.

Anatema… Vemos que este se pronuncia también sobre Hai, cuando es tomada después de la muerte de Acán. Su rey es colgado de un madero. Al anochecer le quitan del madero, conforme a la ordenanza de *Deuteronomio* 21:23. Esto nos hace pensar inmediatamente en la cruz de Cristo. Nuestro Salvador fue 'enaltecido', igual que ocurrió con los reyes cananeos. Él se convirtió en un maldito (cf. *Jos. 8:29*; *10:26ss.*; *Jn. 19:31*; *Gá. 3:13*). Se convirtió en uno que contamina la tierra, para que nosotros pudiéramos heredar 'la tierra', la tierra bendita.

**A tu descendencia daré esta tierra (*Gn. 12:7*)**

El capítulo 8 narra a partir del v. 30, cómo Josué construyó un altar en Siquem, el centro de la tierra, y cómo luego leyó del estatuto del Pacto acerca de la bendición y la maldición (cf. *Dt. 11:29*; *27:12-13*). En el corazón de la tierra de Canaán, donde Abraham escuchó por vez primera la promesa (*Gn. 12:7*), se oía la Palabra de Aquel que reclamaba el corazón de Israel. Es lógico que posteriormente Josué pronunciara su discurso de despedida también en aquel lugar. ¡Cómo habló la voz de la Alianza en aquel día de la nación en Siquem!

Pero precisamente por este acontecimiento nos llama la atención que Josué y sus príncipes mostraron tal laxitud frente a la astucia de los gabaonitas. ¿No prohibió la Ley, el Pacto con el Rey Yahvé – que acababa de ser recordada – tajantemente una alianza con otros? Y ahora venían unos embajadores supuestamente extranjeros, que en realidad eran representantes de un pueblo en medio de Canaán; y que actuaron según el dicho: El que no es fuerte tiene que ser astuto. Josué no consultó al Señor, sino que se sintió halagado e hizo una alianza muy firme. Cuando después resultó que había sido engañado, tuvo que mantener el juramento (*cap. 9*).

Les perdonaron la vida a los gabaonitas, y la influencia cananea que temían, la neutralizaron vinculando Gabaón al santuario (*9:27*).

En el sur se formó una coalición de cinco reyes de sendas ciudades. Se entiende que querían atacar a Gabaón y sus ciudades confederadas en el centro del país, ya que este, por la alianza con Israel, había dañado seriamente el frente cananeo. Pero Israel acudió en ayuda de Gabaón y la coalición fue derrotada. En aquel día, Josué pronunció estas conocidas palabras:

“Sol, detente en Gabaón;
Y tú, luna, en el valle de Ajalón” (*10:12*).

Y a la hora del atardecer había luz (*Zac. 14:7*; *Ap. 22:5*). La naturaleza parecía simpatizar con la lucha de la Iglesia. ¿No fue la Creación maldita a causa del hombre? Y ¿no anhela la gran re-creación, cuando será glorificada juntamente con el hombre (*Ro. 8:19-23*)? Será cuando también la noche como obstáculo desaparecerá; el milagroso día extra durante la batalla cerca de Gabaón era la profecía de ello.

Después de que el sur había sido conquistado, y tomadas una tras otra todas sus fortalezas, llegó el turno del norte. Allí también se había formado una coalición. Pero en la batalla junto a las aguas (las fuentes) de Merom, esta fue derrotada por completo. De la observación de que había muchos carros y caballos, podemos deducir que el ejército del norte era muy fuerte. No obstante, el Señor le asegura a Josué que obtendrá la victoria. Además le manda quemar los carros y desjarretar los caballos (*11:6*). Esto último tenía que ver con la ley sobre el rey (*Dt. 17:16*); Israel no debía confiar en los medios de guerra de los paganos; tenía que vivir en completa dependencia del Señor. La ‘oración para la guerra’, el *Salmo* 20, dice acertadamente:

“Estos confían en carros, y aquéllos en caballos;
Mas nosotros del nombre de Yahvé tendremos memoria” (*v. 7*).

Y cuando leemos el capítulo 11, tenemos que fijarnos en esa otra característica que enseñó a Israel la humildad. El versículo 13 comenta que Israel no quemó las ciudades que estaban sobre colinas, excepto Hazor. Uno se pregunta ¿por qué no se quemaron estas ciudades de las alturas? Bueno, ‘colina’ aquí significa: montón de escombros. Así que Israel no quemó aquellas ciudades que ya habían sido destruidas anteriormente, pero sí las nuevas ciudades, para que en el futuro toda ciudad conquistada tuviera como fundamento una escombrera. Una señal de advertencia: ¡si no te conviertes, perecerás de la misma manera! Israel vivía en una tierra sobre la cual había soplado el aliento abrasador del juicio. Si iba a servir a los

*baales*, entonces se expondría al mismo juicio; y nuestro Dios es fuego consumidor.

13:1-7 menciona regiones que todavía no habían sido conquistadas. El territorio repartido entre las tribus todavía no había sido limpiado del todo de las fuerzas enemigas. Sólo la fuerza principal del enemigo había sido quebrada definitivamente. Por medio de operaciones de limpieza hubo que quebrantar la última resistencia. Rubén, Gad y la media tribu de Manases recibieron territorios en Transjordania. Caleb, el hombre que un día junto con Josué había entregado un informe minoritario, recibió Hebrón y alrededores como heredad: justo aquella región donde moraban los temidos gigantes (*14:6-15*). El hecho de que Caleb deseó poseer este territorio difícil de conquistar, ilustra la fuerza de su fe (*v. 12*). En el capítulo 15 se describe la heredad de Judá, y en los capítulos 16 y 17 la de las tribus de José (Efraín y Manasés). Estas eran las tribus más grandes. También en el futuro ocuparían siempre el primer puesto.

Mientras tanto, se levantó el tabernáculo en Silo. Y es aquí, al lado de este santuario, donde tuvo lugar el reparto del territorio entre las demás tribus. Siete tribus, porque la tribu de Leví no recibió ningún territorio específico: el sacerdocio del Señor es su heredad (*18:7*; cf. *Dt. 18:2*). Una comisión de 21 hombres fue designada para levantar un mapa del territorio restante y dividirlo en partes. Ya habían tardado demasiado en tomar posesión de la tierra de la promesa; había que tomar aquella promesa de una vez por todas. Se nota aquí la vacilación de las tribus. ¿Es esto acaso un presagio de la apostasía posterior? En todo caso, Josué lo lleva adelante: cuando la comisión ha acabado su tarea, él echa suertes para repartir la tierra, delante del Señor junto al santuario de Silo (*Jos. 18:8 ss.*). Él mismo recibe de los Israelitas una heredad en los montes de Efraín (*19:49-51*). Se señalan las ciudades de refugio y las ciudades de los levitas (*caps. 20-21*). Y la crónica concluye solemnemente: “De esta manera dio Yahvé a Israel toda la tierra que había jurado dar a sus padres,… No faltó palabra de todas las buenas promesas que Yahvé había hecho a la casa de Israel; todo se cumplió.”

A la luz de esto último quizás empiece usted a pensar de forma diferente acerca de todas aquellas listas aburridas de nombres de ciudades. ¡En el pasado se sirvieron de estos capítulos para los ejercicios de lectura de los más jóvenes! Está claro que no están ahí en la Biblia para hacerte un nudo en la lengua. Son una prueba de la fiabilidad de Dios. Tales listas son como un júbilo: ¡Alabadle a Él, ahora que la heredad ha sido confirmada conforme a su Palabra! ¡Porque para siempre es su misericordia! (*Sal. 136*). Quien busque en el *Atlas bíblico* el mapa del catastro de las doce tribus, y mire la traducción de algunos nombres de lugares, notará cómo en los nombres se muestra el cumplimiento de la promesa: Israel estaba en su casa en la tierra de leche y miel. Belén significa casa de pan; Rimón, granado;

Gat-Hefer, lagar al lado de la fuente; Jabneel es Dios edifica; Naama, agradable; Tapúa, membrillo; Beerot, pozos; Irpeel significa Dios sana. El sentirse en casa se muestra incluso en nombres como: Samir, punta de cardos; Saalabín, paraje de jacales; Soco, cercado de espinas; las consecuencias del pecado seguían estando presentes. Todos esos nombres hay que verlos bajo la luz del gran tema de *Josué*: la gracia del Dios del Pacto; nos hablan del gran Josué, el Mesías, que ha obtenido para nosotros la heredad perfecta y perpetua. En Él tenemos nuestra 'suerte' (*kleros* en griego; cf. clero), nuestra herencia segura en los cielos; el Espíritu es la garantía, el anticipo de ella (*Ef. 1:11*, *14*).

**Si traspasareis el Pacto… (*23:16*)**

El libro de Josué también nos dibuja con mucho contraste el peligro de la apostasía. Pensemos en aquella historia de Acán. Aquí y allá se muestra la dejadez de Israel con respecto a echar a los cananeos (véase p. ej. *16:10*; *17:12 ss.*; *18:3*). La historia del altar junto al Jordán nos muestra cómo en aquel tiempo también tenían en cuenta la posibilidad de desobediencia.

Ya que cuando las tribus de Gad, Rubén y la media tribu de Manasés después de la conquista de Canaán regresaron a su heredad, al otro lado del Jordán, edificaron un altar muy grande antes de cruzar el río. Cuando las otras tribus lo oyeron, vieron en ello un acto de traición al Señor. Y según *Deuteronomio* 12 y 13 había que aplicar el mandato del anatema a estas tribus, si de verdad se trataba de apostasía. De ahí que hay una movilización de guerreros que se concentran en Silo. Finees, que hace tiempo en Baal-peor se distinguió como un hombre celoso por Yahvé, es enviado con una delegación a Transjordania para informarse. En su discurso les recuerda el pecado cometido en Baal-peor y la maldición que cayó sobre todo Israel después del acto de Acán. ¿Acaso tienen miedo de que la tierra al otro lado del Jordán sea inmunda, y por eso han construido un altar en un lugar no indicado por el Señor? Esto no es nada más que un culto caprichoso, del cual puede surgir cualquier cosa.

La respuesta muestra que el altar fue intencionado como monumento, para servir de recordatorio para las generaciones posteriores, de que pertenecen a una sola 'iglesia', junto con el resto de Israel. No querían usar el altar para sacrificios. Así que todo había sido un malentendido. Habían levantado una copia del altar de Silo en la frontera como un símbolo de la unidad. Después de haberlo explicado, este asunto eclesiástico ya está cerrado (*cap. 22*).

Aún así… el peligro de trasgresión, de desobediencia, sigue ahí de forma latente. Cuando Josué, que siendo ya muy mayor se había retirado a su posesión en el monte de Efraín, siente que llega su fin, convoca primero a los ministros. Dónde, no se nos dice. Posiblemente fue en Silo. Se dirige

a estos líderes del pueblo hablándoles con mucha insistencia acerca del mandato del Señor: ser fieles a la Ley de Moisés, no mezclarse en absoluto con los cananeos que habían quedado allí. Al contrario, tienen que ser exterminados por completo; Israel no debe correr peligro de copiar el estilo del culto a Baal. Porque así como el Señor ha sido fiel en cumplir sus promesas, así también será fiel en vindicar su Pacto, cuando es quebrantado (*cap. 24*).

Igual que Moisés, en los campos de Moab, renovó la Alianza con el Señor, así también Josué hizo confirmar el Pacto antes de su muerte. Esto tuvo lugar en Siquem. Siquem: el centro de la tierra, antes un baluarte del poder cananeo. Siquem: el lugar de Canaán donde el Señor por primera vez prometió a Abraham que su descendencia recibiría 'esta tierra' (*Gn. 12:7*). Siquem: el lugar donde Simeón y Leví jugaron sucio con la circuncisión; pero también el lugar donde Jacob enterró sus ídolos antes de dirigirse a Betel (*Gn. 34*; *35:1-4*).

No es por nada que Josué comienza su discurso en Siquem recordando a los patriarcas. ¿No están sus ídolos enterrados bajo la encina de Siquem? "Así dice Yahvé, Dios de Israel; Vuestros padres habitaron antiguamente al otro lado del río, esto es, Taré, padre de Abraham y de Nacor; y servían a dioses extraños. Y yo tomé a vuestro padre Abraham del otro lado del río, y lo traje por toda la tierra de Canaán".

Ahí aparece otra vez el motivo de la gracia, el favor soberano del Señor, que no nos abandona nunca al leer la Biblia. En breves trazos Josué narra lo que el Señor ha hecho; la salida y la entrada. "Y os di la tierra por la cual nada trabajasteis, y las ciudades que no edificasteis, en las cuales moráis; y de las viñas y olivares que no plantasteis, coméis" (*24:13*). ¡Toda jactancia queda excluida! Pero justo por eso destaca el compromiso: ¿qué es lo que quiere Israel ahora? ¿Quiere seguir sirviendo a los antiguos dioses de Mesopotamia, como ocurrió en las tiendas de Jacob? ¿Va a servir a los ídolos de los cananeos? O ¿se va a entregar de todo corazón al Señor? "¡Pero yo y mi casa serviremos a Yahvé!" (*24:15*).

El pueblo responde que no quiere dejar al Señor, puesto que Él es el gran Salvador. Pero Josué no quiere que su elección sea precipitada: ¿se dan cuenta de que Yahvé es un Dios celoso? Él castiga severamente cualquier rebelión. Sus buenas dádivas en el presente no son garantía de que se repitan infinitamente en el futuro. Ahí está la vindicación del Pacto. Pero el pueblo sigue asegurándole que quiere ser fiel al Señor. Josué les toma por testigos contra si mismos, levanta una gran piedra y lo convierte en un testigo mudo de la Alianza renovada. "Para que no mintáis contra vuestro Dios" (*24:27*).

**Si Josué les hubiera dado el reposo… (*He. 4:8*)**

Aparentemente, el libro de *Josué* termina en un tono algo sombrío. Después de hacer pacto en el día en que el pueblo se reúne en Siquem, sigue la muerte de Josué. También se nos relata el enterramiento de los huesos de José y la muerte de Eleazar, el sumo sacerdote. Sin embargo, no se oyen aquí solamente elegías. A Josué se le llama el siervo del Señor, un título que también recibió Moisés, y que más adelante llevará Cristo. "Y Josué murió, y le sepultaron en su heredad", en su posesión. Lo mismo ocurrió con José y Eleazar. El Señor cumplió sus promesas a aquellos fieles. Yahvé no es un Dios de muertos, sino de vivos (*Mr. 12:27*). En estas noticias de funerales, la trompeta de la vida canta victoria. Así puede concluir el libro de *Josué*. Yahvé hace de verdad lo que dice.

# JUECES

## Estructura

Primero algo sobre la estructura de este libro, que tiene una doble introducción: 1:1 – 2:5 y 2:6 – 3:4. Luego sigue la parte central del libro: 3:5 – 16:31, con las historias de los jueces. Finalmente sigue un doble apéndice, que tipifica la situación general en la época de los jueces: 17:1 – 18:31; 19:1 – 21:25.

## Se volvieron y se rebelaron como sus padres (*Sal. 78:57*)

La introducción nos presenta un retrato claro de la situación. Mientras vivían Josué y sus ancianos, Israel sirvió al Señor (*Jos. 24:31*; *Jue. 2:7*). Después, sin embargo, vino la infidelidad. Israel, el pueblo nómada, se había convertido en un pueblo de agricultores. Y ahora se sintió obligado a aceptar también la religión agraria de los cananeos. O, por lo menos, tenerla al lado del culto a Yahvé. Al fin y al cabo, cada 'dios' tenía que cuidar de su propio territorio. Yahvé era el gran Líder en tiempos de guerra. Pero respecto al terreno agrario era mucho mejor que uno se dirigiese a los dioses masculinos y femeninos de los cananeos, *baales y astarot*. A ellos se debía al fin y al cabo la fertilidad de la tierra, como fruto de su unión. Por eso, el hombre tenía que imitar aquello en los santuarios

con la piedra santa (*masebe*) y el poste santo (*asera*) dedicados a ellos. Baal era el dios de la tormenta y de la lluvia; Astaret era la diosa de la fertilidad y el 'sexo', la 'Madre Tierra'. Muchos lugares tenían su propio Baal, o su Astaret propia, aquella Venus y Madonna. Al lado de 'Nuestro Señor' (Baal significa señor), estaba 'Nuestra Señora'.

El capítulo 1 nos muestra que aunque hacían conquistas, sin embargo, muchas de las tribus dejaron de esforzarse. Y peor aún, había israelitas que se casaron con cananeos. En lugar de la antítesis vino la síntesis. Dejaron el Pacto (*Jue. 2:1-3*). Y esto provocó la venganza del Señor. Vinieron enemigos a su tierra, y a continuación Israel clamó al Señor para que viniese a socorrerles. Este les dio jueces, que libraron al pueblo de la opresión de los pueblos vecinos y de las hordas nómadas que les atacaban. Pero se olvidaron muy pronto de aquellas liberaciones y volvieron a cometer otra vez los mismos pecados. Aquí encontramos el esquema monótono de las historias de los jueces: apostasía – juicio del Señor – conversión – juez/libertador – y otra vez apostasía.

Nosotros, al oír la palabra juez, pensamos en alguien que pronuncia sentencias ante un tribunal. Pero el Antiguo Testamento no sólo piensa en un tribunal; también se puede referir al campo de batalla. 'Juzgar' tiene muchas veces el significado de hacer justicia; un juez es el libertador de su pueblo, que ejecuta la sentencia sobre los enemigos. El libro de los *Jueces* nos muestra cómo el Señor, en los tiempos oscuros del medievo israelita, llamó una y otra vez hombres para ser jueces, les ungió con su Espíritu y les hizo batallar las guerras de Yahvé. Puesto que en aquella época las tribus no mostraban mucha cohesión – cualquier desobediencia a Dios causa desmoronamiento – los jueces trabajaron a veces sólo en medio de algunas de las tribus. Tampoco conocieron la sucesión, por lo que sus obras se quedaron en nada tras su muerte (*2:19*). Así se hizo sentir la necesidad de un rey. Los jueces clamaban por un rey, sí, por el Rey Jesucristo, que hace perfecta justicia a su pueblo, que lo protege de todos los enemigos, y lo guarda; el Juez, que salva (véase el *Catecismo de Heidelberg, Domingo 19*).

Siguiendo los hechos de los diferentes jueces, vemos cuáles eran los enemigos que les atacaron: Otoniel / tropas de Mesopotamia; Aod / moabitas; Samgar / filisteos; Barac / cananeos; Gedeón / nómadas madianitas y amalecitas; Jefté / amonitas; Sansón / filisteos. Mírelo en el mapa; la paz de todos los enemigos alrededor, para que Israel viviese seguro debajo de su parra y debajo de su higuera, se turba una y otra vez de forma cruel. También aquí oímos el clamor por el Rey mesiánico, que trae el verdadero reposo, la verdadera seguridad (*Mt. 11:28-29*; cf. *Is. 28:12*; *Jer. 6:16*).

Las diferentes informaciones sobre los jueces nos dibujan claramente cómo también ellos mismos estaban más o menos embargados por el

espíritu de la época; eran hombres como nosotros. Barac tiene miedo (*4:8*). Gedeón, después de su victoria formidable – que sería recordada a lo largo de la Historia como el día de Madián (véase *Is. 9:4*; *10:26*) – cayó en el pecado del culto voluntarioso: hizo confeccionar un *efod* (pectoral sacerdotal con piedras de oráculo) (*8:22 ss.*), y así todo Israel se vuelve apóstata. Su hijo Abimelec incluso se hace rey en Siquem, ¡el lugar donde el Pacto fue renovado bajo Josué! Y además, el santuario allí fue dedicado de nuevo a Baal-berit, es decir, Baal (Señor) del Pacto. Al hacer matar a sus hermanos a costa del tesoro del templo de Siquem, Abimelec se abre camino hacia el trono. Pero su reinado termina en una gran confusión; él mismo tiene una muerte despreciable (*9:50-57*; cf. *2 S. 11:21*). Respecto a Jefté, que creció fuera del ámbito del Pacto, se puede hacer la pregunta si su fe no era demasiado superficial, si lo que hizo no se pareció demasiado a comprar el favor de los dioses como hacían los paganos (*11:30 ss.*). Y ¡mire a Sansón! Era un nazareo de Dios, pero ¡cuán profunda fue su caída una y otra vez! (*16:1 ss.*).

**¡Por tu Dios, oh Dan! (*Am. 8:14*)**

Los capítulos finales subrayan la degeneración. Un cierto Micaía del monte de Efraín erigió un santuario con *efod* (pectoral) y *terafines* (dioses familiares). El autor añade aclarando: “En aquellos días no había rey en Israel, cada uno hacía lo que bien le parecía” (*17:1 ss.*). Esta expresión aparece a menudo en los últimos capítulos (*17:6*; *18:1*; *19:1*; *21:25*). De este modo el autor pone de relieve que estas historias claman por un rey que gobierne en nombre del Señor. Fijémonos qué le pasa al templete de Micaía. Un levita que estaba en paro es empleado por Micaía, para ser su sacerdote (*17:7 ss.*). Pero todo este caso es descubierto por un grupo de espías de la tribu de Dan, que no tenía espacio suficiente (*1:34*), y que buscaba una nueva heredad (*18:1 ss.*). Cuando más tarde los danitas emigran, pasan por la casa de de Micaía y se llevan a su ‘sacerdote’, que encima era un nieto de Moisés (*18:30*), y también sus objetos ‘santos’. Después de asentarse en el extremo norte de Canaán, usan su botín para el ‘santuario’ que levantan en la nueva ciudad de Dan (*18:30-31*). Y parece ser que este culto ilegal floreció durante mucho tiempo, porque cuando Jeroboam estableció en Betel el culto del becerro, no sabía hacer otra cosa mejor que levantar un sucursal en Dan; para integrar por lo visto el culto existente de aquel lugar en su religión estatal (*1 R. 13:28-29*). Y aunque se muestra claramente que no era la intención de Micaía darle la espalda al Señor – el dinero con el cual todo está hecho, es dedicado al Señor (*17:3*) –, sin embargo, Micaía junto con su madre estaban pecando contra el segundo mandamiento: nada de rendir culto a las imágenes, nada de religión caprichosa. Y el pecado contra el segundo mandamiento se

convierte fácilmente en pecado contra el primero. ¡Fíjese en la historia posterior de Israel!

**Desde los días de Gabaa has pecado, oh Israel (*Os. 10:9*)**

El capítulo 19 nos da una impresión del deterioro moral, de cómo la ética empieza a asemejarse a la de los cananeos. Sin tapujos el autor nos cuenta acerca de la situación en la ciudad de Gabaa, en Benjamín, ¡donde nacería más tarde el rey Saúl! Tenemos ahí una descripción de un levita y su esposa, que nos revela una imagen nada bonita. Parece que las tribus todavía forman una homogeneidad. Dado que la tribu de Benjamín sale en defensa de Gabaa, se origina una guerra civil. Después de haber consultado al Señor en Betel (*20:18*) – el lugar donde Jacob vio en sueños la escalera con ángeles – porque allí estaba el arca, atacaron a Benjamín. Pero perdieron dos veces. Sólo al tercer ataque Benjamín fue derrotado, gracias a una estratagema. A continuación toda la tribu fue hecha anatema, sin misericordia. Sobrevivieron solamente 600 hombres, pero como Israel había jurado no dar a sus hijas por mujer a Benjamín, este corría el peligro de extinción. Ahora bien, leemos sobre quejas delante del Señor en Betel; pero no leemos que el Señor fue consultado con respecto a este problema. Ellos mismos están buscando una solución. Durante la movilización, la ciudad de Jabes-galaad no había aportado hombres. Pues bien, la solución estaba servida: matar a todos los habitantes de aquella ciudad menos a las chicas jóvenes, para darlas a los benjamitas. Al final, el resultado no daba un número suficiente, así que se organiza un rapto de vírgenes al lado del santuario de Silo (1). ¡Una fiesta (¿de la Pascua?) tenía que servir para eludir un juramento! Esto es exactamente lo que nos llama de inmediato la atención en todo este proceder: que se vive de manera tan formalista y tan superficial. Primero ven solamente el negro pecado de Benjamín… como si en sus propias filas no hubiese faltas (piense en aquel levita). Luego lloran lágrimas de cocodrilo, cuando el golpe ha hecho demasiado daño. Y finalmente prefieren buscar todo tipo de remedios de sabotaje en lugar de reconocer francamente que han hecho un juramento irreflexivo. Todo esto sucedió al principio de la época de los jueces (todavía vivía Finees; *20:28*); pero vemos claramente que se está asentando la base para una apostasía posterior. Arbitrariedad, falta de conciencia de pecado y un formalismo superficial nunca dan buenos frutos.

**Oda de Débora**

Para la buena comprensión de *Jueces* quiero señalar algunos rasgos más. Para empezar, ahí está el cántico de Débora. ¡Qué pena, que no podemos cantar en la iglesia los salmos que se encuentran dispersos en los diferentes libros fuera del Salterio! El teólogo, político y también poeta Marnix van Sint Aldegonde, en tiempos de la Reforma del s. XVI, ha

versificado este cántico, y también el de Moisés y otros; pero apenas tuvo imitadores. Y sin embargo, ¡cuán hermoso es este cántico que forma parte de la música conmemorativa de Israel! Al leer la primera parte (*vv. 1-11*), vemos una repetición llamativa de las palabras 'Yahvé' e 'Israel'. En los versículos 3 y 5 estas dos se juntan en una especie de coro: "Yahvé, el Dios de Israel". Y en ello precisamente está descrito el 'dogmatismo' del cántico de Débora: Yahvé lucha por Israel; pero Israel tiene que luchar por Yahvé.

El comienzo recuerda a la bendición de Moisés en *Deuteronomio* 33. Allí también se describe al Señor como el Dios del Sinaí. Él viene por el antiguo camino para liberar a su pueblo, como en los días antiguos. Pero esta liberación no se efectúa sin la colaboración de Israel. Las tribus tienen que venir "al socorro de Yahvé" (*v. 23*). Se maldice a Meroz, que no se presentó en la movilización. Se habla irónicamente de Rubén, que tuvo muchas resoluciones en su corazón, pero que, igual que Manasés (Galaad), Dan y Aser, se quedó cobardemente en casa. A Jael se la bendice en un lenguaje muy expresivo por su valor. Y después de que hayamos visto a la madre del derrotado Sísara esperándole en vano, en el verso final se nos ofrece un breve resumen del cántico:

> "Así perezcan todos tus enemigos, oh Yahvé;
> Mas los que te aman, sean como el sol cuando sale en su fuerza"
> (cf. *Mt. 13:43*; *17:2*; *Ap. 1:16*).

**Gedeón – una reforma frustrada después del día de Madián** –

En los días de Gedeón Israel sufrió ataques por parte de nómadas. Gedeón está sacudiendo el trigo en el lagar. Un profeta había recordado antes la liberación de Dios: Yahvé les sacó de Egipto, pero a la vez prohibió la idolatría. E Israel no obedeció. Por eso estaban en apuros ahora. No es imposible que Gedeón tuviera conocimiento de aquella predicación. Ya que, cuando el ángel del Señor se le aparece y le dice: "Yahvé está contigo, varón esforzado y valiente", Gedeón hace referencia a las obras del Señor de antaño. Si el Señor estuviera con él, entonces sucederían todas aquellas maravillas como en los días del éxodo. "Pero ahora el Señor nos ha entregado en mano de los madianitas" (*6:11 ss.*).

Sin embargo, el ángel le anima: "Vé con esta tu fuerza, y salvarás a Israel de la mano de los madianitas". Aún así Gedeón no lo puede creer; por lo que pide una señal. Y esta le es dada en la ascensión del ángel en medio de la llama que consume la ofrenda de Gedeón.

Pero antes de que actúe como salvador del pueblo, tiene que demostrar que está dispuesto a servir al Señor en todo. Por lo que tiene que comenzar la reforma con su propia familia. Tiene que construir un altar para el Señor y sacrificar en él 'el segundo toro de siete años'. La indicación de aquel toro está formulada de una manera típicamente

campesina. Quizás la edad de siete años – en Oriente son más sensibles al simbolismo que nosotros – tenga relación con la opresión durante siete años por los madianitas. Después de siete años, Israel vuelve a servir al Señor. El hecho que Gedeón tiene que derrumbar el altar de Baal y el poste santo al lado, demuestra hasta qué punto había llegado la apostasía, incluso en las 'mejores' familias.

Gedeón convoca ahora varias tribus. Pero aún no estaba preparado para su cometido. Él pidió señales, y Dios se las dio. Por la mañana, un vellón estaba mojado mientras que todo alrededor estaba seco, y al revés (*6:36 ss.*). Además, el Señor le hace escuchar el relato de un sueño en el campamento de Madián (*7:9-14*). Un pan de cebada rodó hasta el campamento de Madián, acampado en el valle. El pan de cebada era el pan de los pobres, y la imagen del Israel de aquella época. Pero tenía una fuerza destructora. Y esta señal fue decisiva para Gedeón.

Era un ataque curioso. Gedeón había seleccionado sus hombres por medio de una prueba de agua, por orden del Señor. Para que nadie después dijera: mi propia mano me ha salvado, tenía que quedar excluida por completo toda razón, para la que los hombres se gloríen (*7:2*). Finalmente quedaron trescientos. Tocando trompetas, con gritos de guerra y rompiendo cántaros, aquellos hombres imitaron en medio de la noche el ataque masivo de un gran ejército, y sembraron el pánico entre los madianitas. Obtuvieron una victoria sonada.

No obstante, al leer el capítulo 8, notamos el declive en la vida de Gedeón. Se pavonea de la captura de los reyes, y todo aquello desemboca finalmente en desobediencia al segundo mandamiento; la Escritura lo llama prostituirse en idolatría (*8:27*; cf. *Ap. 2:14, 20*). Y vemos el triste final de la familia de Gedeón. Fratricidio, culto a Baal, revolución. Todo esto es siempre la consecuencia sombría de la apostasía. ¡Cómo clama también Gedeón por el fiel Juez y Salvador Jesucristo, que completa lo que comenzó su mano! El *Domingo 12* del *Catecismo de Heidelberg* dice acertadamente, que Cristo nos guarda y conserva la redención que nos ha adquirido. Pues guardar la salvación, eso no lo podían hacer tampoco los jueces. Sólo Cristo puede hacerlo.

**Jefté – tu pueblo es mi pueblo** –

Mucho se ha escrito acerca de la ofrenda de la hija de Jefté. Hay quien opina que realmente ha sido sacrificada, puesto que Jefté habla de un holocausto (*11:31*). Otros, por el contrario, dicen que esto no hay que entenderlo en sentido literal; la hija de Jefté quiere llorar su virginidad, hubiera querido casarse al igual que todas las demás chicas; pero se dice con énfasis, que esto no iba a suceder (*11:37-39*). Lo cual da la impresión de que el sacrificio que hizo, tuvo que consistir en quedarse soltera.

Del discurso histórico con el que Jefté se dirige a los amonitas, se desprende que conocía bien la ‘Biblia’. Aunque se crió fuera del ámbito de la Alianza (*11:2*), y no había tenido experiencias demasiado agradables con ‘la Iglesia’, sin embargo, el pueblo de Dios era su pueblo; él conocía los caminos del Señor con Israel (*11:14-27*). Entonces, ¿acaso no sabía lo que ocurrió con Isaac, un día en el monte Moriah? ¿Y que Israel no podía hacer pasar sus hijos por el fuego, como hacían los cananeos? Sin duda Jefté lo sabía, y no es muy probable que él, siendo juez, diese un ejemplo tan pagano.

También tenemos que tener en cuenta que Samuel menciona a Jefté con honra (*1 S. 12:11*), y *Hebreos* hace lo mismo (*He. 11:32*). Jefté era un instrumento en la mano de Dios. Un instrumento débil; pero, no obstante, también una sombra que señalaba a Cristo.

**Sansón – comienzo de la liberación de los filisteos** –

Una sombra, que señalaba a Cristo. Sansón también lo era.

Cuando desde la mente moderna, uno se acerca a su historia, tiende a hacer de él un Tarzán veterotestamentario. La Escritura le llama nazareo de Dios, salvador (*13:5*), y juez (*15:20*). Alguien ha escrito que, aunque a Sansón se le menciona en la lista de ‘héroes de la fe’ en *Hebreos* 11, este testimonio no puede estar basado en lo que *Jueces* relata acerca de Sansón. Pero sin duda, esto se ha dicho demasiado atrevidamente. Se nos dibuja la vida de Sansón en tonos oscuros. Pero a la vez vemos cómo la gracia invencible de Dios usa a este hombre, recurre a él, y le obliga a ir por el camino de la fe. Los muchos pecados del siervo Sansón claman precisamente por Cristo; pero por gracia sigue estando allí el hecho de que esa figura extraña de Sansón puede ser, en su ministerio, una vaga prefiguración de Aquel, que no solamente comenzó a salvar a Israel (*13:5*), sino que completará la redención de su Iglesia en su grandioso futuro.

En el capítulo 13 puede leer usted acerca de la anunciación del nacimiento de Sansón. A propósito: no está para nada prohibido disfrutar de una historia bíblica. Fíjese en los detalles de la descripción de los padres de Sansón. La mujer da la impresión de ser bastante robusta, cuando el ángel – que ella toma por un profeta – se le aparece. Su marido es un hombre que hila fino. Quiere saber todos los detalles y ora para que pueda conocer él mismo al ‘varón de Dios’ (o sea el profeta). Cuando la oración es contestada y se muestra que aquel varón era un ángel, ya que subió en la llama del sacrificio – igual que pasó con Gedeón – Manoa está muerto de miedo. Porque, el que ve a Dios ciertamente morirá ¿no? Pero su mujer no pierde el temple: ¿por qué les daría el Señor esta revelación, si su intención fuese matarles?

El nombre de Sansón significa hijo del sol. ¿Esperaba su madre (¡otra vez la mujer que actúa!), que el sol de la salvación brillara sobre

Israel? (Sol en hebreo es *shemesh*; el pueblo de Bet-semes significa Casa del Sol, que estaba por cierto muy cerca de Zora, el lugar de nacimiento de Sansón), y ¿por eso le dio aquel nombre, mostrando su fe? En aquellos días los filisteos oprimían a Israel, que había sufrido grandes derrotas. Se habían llevado incluso por un tiempo el arca del Pacto. En realidad, los filisteos eran inmigrantes de Occidente, probablemente originarios de Creta (cf. *Am. 9:7*). Aunque en cierta medida se habían adaptado al mundo oriental, una parte de su cultura occidental la habían conservado; y esto se mostraba claramente en el terreno militar; cuando leemos más adelante sobre el filisteo Goliat, encontramos allí una descripción que podía ser tomada directamente del griego Homero. El dios de los filisteos era Dagón. Antes se solía enseñar siempre que era un dios medio hombre y medio pez (*dag* es pez, en hebreo). Pero parece ser que Dagón guarda relación con *dagán*, trigo; y que era un dios babilónico del trigo, adoptado por los colonos filisteos.

Curiosamente, Sansón ataca precisamente las 'bendiciones de Dagón', al incendiar las mieses amontonadas por los filisteos (*15:5*). *Jueces* 14 nos da a conocer el trasfondo de este suceso. Aunque no debemos justificar todos los actos de Sansón, tenemos que tener presente que pone claramente que el Espíritu se manifestó en él (*13:25*).

Cuando Sansón se esconde entre sus hermanos de Judá – él mismo era de la tribu de Dan –, Judá está más que dispuesto a entregarle a los filisteos. Se ve que el valor de los israelitas se había desvanecido por completo. Sus hermanos le atan… no hay rastro aquí de la comunión de los santos. Pero justo en este momento viene el Espíritu sobre Sansón para que lleve a cabo su ministerio de salvación. ¡En Ramat-lehi, Colina de la Quijada, él mata a mil hombres con una quijada de asno! (cf. *Jos. 23:10*). Puesto que 'asno' y 'montón' en hebreo son una misma palabra, el canto triunfal de Sansón contiene un juego de palabras, que difícilmente se puede reflejar en una traducción.

Con una quijada de asno, un montón, dos montones,
Con una quijada de asno herí mil varones.

Sin embargo, justo aquí vemos a 'Tarzán' empequeñecerse. Tiene sed, y no hay agua. En una oración reconoce que fue el Señor quien dio la salvación. A aquel mismo Dios pide ahora que le salve a él también. ¿No es esto un acto de fe? El Señor le dio agua. Y Sansón dio aquella fuente un nombre: Fuente del que clamó.

Y bueno, luego aquella historia con Dalila. Ay, Sansón tendría que pagar caro por jugar con su ministerio (*16:4 ss.*). Pero al final de su vida, cuando su pelo había crecido de nuevo, era otra vez nazareo y juez y salvador. Ya no podía ver, este hijo del sol. Pero el Señor le dio fuerzas

para ahogar las alabanzas a Dagón. En la ruina del templo de Dagón erigió un monumento en honor a Yahvé. Y cuando su familia se atreve a sacar su cuerpo de debajo de los escombros, encontramos en ello una muestra de que está surgiendo un sentido de llamamiento en Israel. Algo empieza a brillar; el gigante muerto moviliza al abatido Israel. Dentro de poco, Samuel inferirá una derrota aplastante a los filisteos (*1 S. 7*).

Y no diga ahora: ¿qué tienen que ver todos aquellos actos violentos con Cristo? Sepa que también Cristo trae el juicio sobre sus enemigos. Algo de ello ha mostrado Sansón. Cristo completa toda la obra de los jueces, que una y otra vez fallaron. Él es el principio y el fin de toda obra de salvación. Consumado es.

(1) Puesto que Saúl era originario de Gabaa, se entiende que salió a la defensa de la amenazada Jabes-galaad, de donde provinieron tantas matriarcas de la tribu de Benjamín.

## RUT

### Bajo las alas del Señor

Este pequeño libro comienza diciendo: "Aconteció en los días en que gobernaban los jueces"… Nos acordamos del doble apéndice del libro de *Jueces*, ¿verdad? Los capítulos 17 y 18 relatan la historia de Micaía y su culto caprichoso; y del 19 al 21 trata de lo sucedido en Gabaa, donde reinaba el pecado de Sodoma y del castigo aplicado a la tribu de Benjamín, que se puso al lado de Gabaa. Aquel apéndice nos hizo ver lo oscuro que era el medievo israelita. Pero, con ello no se ha dicho todo sobre la época de los jueces. El libro de *Rut,* lo podríamos llamar el tercer apéndice del libro de *Jueces*. ¡Y mire, la luz que irradia el rollo de *Rut*!

Admitámoslo: *Rut* se lee como una novela; hay emoción en las palabras; y además un final feliz. Lo que ya constatábamos antes: ¡cuán humana y bella es la Escritura! ¿Cuántos siglos nos separan de este suceso en Belén? Sin embargo, todo ello nos es muy cercano: Noemí con su lengua afilada; Rut, siendo evangelizada, precede a otros en el reino de

Dios; Booz, el campesino de pocas palabras, de un carácter confiable e íntegro.

No obstante, no debemos olvidar que *Rut* forma parte de la Biblia. No se trata aquí de un interesante idilio rural, sino que leemos una parte de la Historia de salvación. El Señor nos muestra cómo obra a través de aquel tiempo oscuro de los jueces hacia el nacimiento del rey según el corazón de Dios. El libro de *Rut* termina con David. No había rey en Israel, cada uno hacía lo que bien le pareciera. Pero el Señor está cumpliendo la promesa de *Génesis* 3: 15: La llegada del Rey Jesús es inminente; al linaje de las cananeas Tamar y Rahab, se suma ahora también Rut, la moabita que va a ser antepasada de Cristo (cf. *Mt. 1:5*).

Rut, ¡la moabita! En la Historia de salvación Moab no tenía lo que se dice un buen nombre. Moab era fruto de una unión incestuosa (*Gn. 19:31 ss.*). Y aquel mismo Moab resultó ser un peligro mortal para Israel en Baal-peor, donde chicas moabitas indujeron a Israel a la fornicación y la apostasía (*Nm. 25*). ¿No decía la Ley, que un moabita no podía entrar en la congregación de Israel? (*Dt. 23:*3) Moab estaba emparentado con Israel; pero por eso el Señor mantenía a Israel lejos de aquel pueblo, que servía a su dios Kamos en un culto impúdico y sensual. Y ahora está ahí Rut, también una de las 'hijas de Moab'.

No obstante, de qué forma más hermosa vence la gracia de Dios aquí. Cómo brillan los colores de Pentecostés en este libro, que por cierto solían leer los judíos en sus sinagogas el mismo día de Pentecostés. Rut resulta ser sencilla, de un solo pensamiento, con un solo objetivo. Cuando ella elige seguir a Yahvé, y con ello reniega de Kamos, lo hace con todo su corazón. Ella elige incluso a pesar de lo que le dice Noemí. Porque Noemí – su nombre significa delicia, encanto – no tiene ni la menor intención de hacerle el camino a la tierra de Yahvé fácil para Rut. Aconseja a sus dos nueras enviudadas que es mejor volver sobre sus pasos. Que el Señor esté con ellas y que les dé 'descanso' (eso significa ¡plenitud de vida!) por medio de un segundo matrimonio (*1:8- 9*) ¿Qué tipo de futuro puede ofrecer Israel a una moabita casadera (*1:11 ss.*)? ¿Quién se casaría con una mujer extranjera empobrecida? Y además, la mano de Dios está contra Noemí, así que todo saldrá mal (*1:13*). Pero, aunque Orpa vuelve por el camino, Rut se queda, acompañando a Noemí; y subraya su acto con un juramento y una confesión de fe. La tentación para Rut se hace más grande cuando Noemí dice, al llegar en Belén – Casa de Pan – que se fue llena, pero que Yahvé la hizo volver vacía; la encantadora Noemí se ha convertido en Mara, amarga. Pero ¿volvió Noemí con las manos vacías? ¿No le acompañaba Rut, como una sierva muy decidida de Yahvé? ¿No negaba Noemí, en su sarcasmo, la fidelidad de Rut?

Pero la moabita no se dejó desviar del camino escogido de la Iglesia. Esto es tan conmovedor, nunca podremos dejar de maravillarnos de ello.

Esta muchacha se toma en serio su confesión de fe. Ella empieza a vivir en sus circunstancias particulares la Ley de Yahvé. Lo hace en la vida práctica, respecto a la cuestión del pan. El Señor había estipulado que las viudas y huérfanos, los extranjeros y pobres podían recoger espigas en los campos segados (*Lv. 19:9*). Y Rut se aprovecha de aquella ordenanza y así llega por 'suerte' al campo de Booz (*2:1 ss.*).

Y ahora vemos que el guardar la Ley en la vida cotidiana recibe bendición. Rut no tuvo reparos en ir a espigar, una tarea no demasiado agradable entre todos aquellos segadores, que la podrían molestar (véase *2:9*). Sabemos como son las cosas en el campo. Pero Rut no se escandaliza por el comportamiento raro de miembros de la Iglesia que son poco delicados. No dice, como muchos dicen: Si la Iglesia es así, entonces yo me voy. Porque Rut ha elegido primeramente por el Señor de la Iglesia, y por eso persevera. Es una palabra verdadera, la que Booz le dice: Ha venido a refugiarse bajo las alas del Señor. Allí quiere quedarse, también en su lucha por vivir.

Y por aquel camino entra también la gracia del Señor en su vida.

**Bajo las alas de Booz**

Booz – su nombre significa Fuerza – resulta ser familia de Noemí. Sabemos que la Ley ampara de dos maneras a una familia empobrecida y en vías de extinción. *Levítico* 25 habla de la posibilidad del rescate de la tierra; el pariente más cercano tenía que comprar el terreno vendido y devolvérselo a sus familiares empobrecidos. *Deuteronomio* 25 habla del matrimonio entre cuñados (levirato). Cuando un hombre muere sin tener hijos, su hermano debe casarse con su esposa. El primogénito llevará entonces el nombre del hermano muerto; de esta forma, no se borrará el nombre del muerto de Israel. El hombre que se case con semejante mujer sin hijos, es en realidad también su redentor, su libertador; él edifica la casa de su hermano. Ya en cuanto a Tamar (*Gn. 38*), o sea antes de que la Ley fue dada en el Sinaí, se hablaba de este tipo de matrimonio (y curiosamente, también hoy en día lo encontramos entre muchas tribus de África).

Ante este trasfondo hay que leer el capítulo 3. Ah sí, Noemí, que no está ciega y que es astuta como las serpientes, juega aquí cierto papel. Pero Rut no se deja guiar por intrigas. También respecto al 'amor' se somete a la Ley del Señor. Esta es la que determina su acercamiento a la era. Y toma de Booz sus propias palabras. El hombre le había dicho que ella había venido a refugiarse bajo las alas de Yahvé. Y en aquella noche memorable, Rut le contesta: "Extiende tu ala (capa) sobre tu sierva, por cuanto eres pariente cercano". Puesto que Rut se ha refugiado bajo las alas del Señor, Booz tiene que extender su ala sobre ella, eso es: hacerla su esposa (cf. *Ez. 16:8*).

Porque el Señor protege también por vía de los medios, por el camino de la obediencia a su Ley.

Leyendo entre líneas notamos que Booz y Rut están profundamente enamorados. Pero el vínculo entre ellos no es solamente 'natural'. Es en el Señor donde se encuentran. Booz se asombra del hecho de que Rut no 'pesca' un hombre cualquiera, sino que busca solucionar sus problemas por vía de la ley del redentor, aunque Booz por lo visto es mayor que ella (*3:10*). Respetando aquella misma ley del rescate, Booz espera antes de casarse con Rut. Porque hay otro pariente que es el primer candidato para el acto del rescate, y que tiene la primera opción. Mientras tanto, Rut recibe seis medidas de cebada para llevárselas a Noemí; en el lenguaje secreto del amor: todo saldrá bien, ya casi han llegado al 'número siete'.

El capítulo 4 nos ofrece el episodio final. El pueblo en la puerta se conmueve con ellos. Los ancianos pronuncian un discurso en la ceremonia nupcial, sembrado de recuerdos de la historia nacional de Israel. Se menciona a Raquel y Lea, pero también a Tamar (*4:11-12*). ¿No se trataba con Tamar igualmente de una especie de matrimonio de levirato?, y ¿no había el Señor bendecido aquel curioso camino del nacimiento de la descendencia de Judá? ¿Hay aquí quizás un consuelo para Rut?: El origen de la tribu de Judá tampoco es impecable. ¡No hay nada que Moab y Judá puedan echarse en cara! En todo caso, nosotros, que nos hallamos al otro lado de los hechos de salvación, oímos aquí el Evangelio de la libre gracia. La moabita, que sigue caminando por el camino de la Iglesia, se convierte en sierva del Adviento del Redentor Jesucristo. El 'fuera de la Iglesia no hay salvación' se vuelve una realidad para ella. Y finalmente, también los ojos de Noemí empiezan a brillar. La vida no se acaba, la amargura desaparece, un resplandor mesiánico ilumina la existencia. Amor y destino bajo la bendición del Pacto, la vida cotidiana al servicio del Señor que promete. Eso es el libro de *Rut*: en los días en que los jueces gobernaban, la obra de Dios avanza; brotará un renuevo, el León de la tribu de Judá. Con Tamar y Rut como antepasadas.

## 1º y 2º de SAMUEL

### El ministerio del rey

Confesamos acerca de Cristo (que significa Ungido), que tiene tres ministerios: los de rey, sacerdote y profeta. Y sabemos que no vino a la

tierra sin prefiguración. Ya hubo muchos que, fieles o infieles, habían llevado a cabo su carrera en el ministerio de rey, sacerdote o profeta. Jamás su obra era perfecta. El Cristo, como Ungido del Señor, asumió aquella obra y la completó. Y precisamente por eso el libro de *Samuel* (en su origen uno solo) está tan lleno de la proclamación de Cristo. Porque es justo acerca de aquellos tres ministerios que leemos tanto en este escrito.

Ana finaliza su cántico en los días en que todavía no hay rey en Israel:

> “Dará poder a su Rey,
> y exaltará el poderío de su Ungido” (*1 S. 2:10*).

Ella comenzó su cántico hablando de su poder, que es exaltado. Dios le había hecho prosperar. Pero no puede terminar así: al final de su cántico ella ve al Rey prometido, el Mesías. Todavía no ve los contornos bien definidos, pero el hecho de que va a venir un rey, y que su hijo le preparará el camino, es indiscutible para ella.

Y ahora *1 Samuel* nos dibuja cómo viene un rey: Saúl. El comienzo es bueno; sin embargo, Saúl se niega a vivir de acuerdo a la Palabra del Señor. Por eso es rechazado. Y entonces vemos aparecer a David. Él es el hombre conforme al corazón de Dios. Pronto ocupa el trono. Y él recibe la promesa de que su descendencia, después de él, heredará el trono, la dinastía. Su reinado será confirmado. Y conocemos al que llegó a ser el Renuevo de aquella vieja dinastía: fue Josué de Nazaret. Él pudo aplicar a si mismo todas las promesas hechas a la casa de David, su reinado no tendrá fin y para siempre estará sentado en el trono de David, su padre (*Lc. 1:32-33*). El Señor mata (Saúl), y da vida (David, Cristo), según el tema de los libros de *Samuel* en el cántico de Ana (*1 S. 2:6*; cf. *Dt. 32:39*; *Ap. 1:18*).

*Samuel* muestra también que el llamado de David no estaba basado en su carácter inmaculado. Basta pensar en la descripción de aquella mala jugada que le hizo a Urías. Aquí vemos de nuevo, cómo el Señor nos quiere hacer entender su gracia. Esa gracia mantuvo a David en su ministerio, reguló la sucesión y preparó el camino hacia Cristo. Escuchemos el cántico que suena al final de *Samuel*; esta vez es David quien canta, un David moribundo. Él canta sobre el Mesías, que vendrá después de él:

> “Habrá un justo que gobierne entre los hombres,
> que gobierne en el temor de Dios.
> Será como la luz de la mañana, como el resplandor del sol” (*2 S. 23:3-4*).

## El ministerio del sacerdote

Aparte de la fundación de la dinastía davídica, ocupa también el tema sacerdotal un lugar importante en el libro de *Samuel*.

Fíjese en el principio: nos da conocimiento del santuario en Silo y de la situación corrupta que reina allí. Los filisteos destruyen Silo, se llevan al arca, que más tarde es devuelta. Pero se queda a medio camino. Hasta que David la vuelve a traer – después de un intento fallido – a la recién conquistada Jerusalén. Allí, en la residencia del rey, se establece la residencia para el Rey de reyes. David no puede construir el templo. Pero la conclusión de *Samuel* nos informa de que David sí compró el terreno para el templo del jebuseo Arauna. Allí, en el antiguo monte de Moriah, se levantará el templo de Salomón. Allí correrá de nuevo la sangre del sacrificio, como en aquel día cuando Abraham sacrificó el carnero en lugar de Isaac.

Así se ve la línea que traza el libro de *Samuel*. De un culto deformado en Silo hacia un culto reformado en el centro del país, Jerusalén. Y ahora usted mismo puede continuar esta línea hacia Jesucristo, que ha venido a asumir la liturgia de todos los sacerdotes en Jerusalén. Paz (en hebreo *shalom*, cf. el nombre de Salomón) por medio de su sangre.

**El ministerio del profeta**

Y finalmente: en *Samuel* juega también la profecía un papel importante. En *1 Samuel* 2:27 leemos acerca de un varón de Dios que anuncia el juicio sobre la casa de Elí. Leemos del llamado y de la obra del gran profeta Samuel. Se destacan las figuras de Natán y de Gad. Una y otra vez vemos a los profetas intervenir; como órganos de la Alianza actúan con intrepidez junto al sacerdocio y la casa real, a veces enfrentándose a ellos. Ellos preparan el camino a nuestro gran Profeta y Maestro, que es al mismo tiempo Rey y Sacerdote.

Teniendo en mente lo arriba mencionado, entenderemos porqué se saltan períodos tan extensos en la narración histórica. Al fin y al cabo no se trata de rendir una biografía de Saúl, David, etc. No, el propósito es mostrar cómo el Señor estaba convirtiendo su Iglesia en un reino de reyes y sacerdotes (*Éx. 19:5-6*). En la Biblia no se trata de satisfacer nuestra curiosidad, sino de proclamar la fidelidad de Dios. La promesa de *Génesis* 3:15 se lleva adelante. “He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido” (*Ap. 5:5*).

**El Señor mata y Él da vida**

Veamos ahora más detenidamente el contenido del libro de *Samuel*. Desde luego, es imposible entrar en todos los detalles. Pero espero que este bosquejo le ayude a seguir viendo la línea principal, a pesar de los diferentes personajes y situaciones.

El comienzo de *1 Samuel* tiene como protagonista a Samuel. Leemos de Elcana y sus dos mujeres, Penina, la envidiosa, y Ana, que no tiene hijos. Conocemos a Elí, a Silo, y de paso nos presenta con la degeneración que hay allí (Elí piensa que Ana está borracha; *1:14*). Nos narra cómo Ana dedica Samuel al Señor, y cómo lo lleva ella misma a Elí. En aquella ocasión canta su himno de alabanza, un cántico que por un lado conecta con el cántico de Moisés (*Dt. 32*), y por otro lado tiene relación con el cántico de María (*Lc. 1*).

Yahvé mata y Él da vida,… así cantó Moisés también en *Deuteronomio 32:39*. Y ¿no actúa Dios siempre así en la Historia de salvación? ¿No se reveló esto de forma sorprendente en el nacimiento de Samuel de una mujer estéril? El Señor invierte el orden de las cosas, es Aquel que levanta al humilde y al despreciado. Oigamos cómo canta María acerca de estas mismas cosas:

"Esparció a los soberbios en el pensamiento de sus corazones.
Quitó de los tronos a los poderosos, y exaltó a los humildes.
A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos" (*Lc. 1:51-53*).

¿No es este el tema que se escucha a lo largo de toda la Escritura, y no menos en *Samuel*? ¡Sólo por gracia! El Señor no se compromete con el poder y la fuerza, con las apariencias. El Señor confirma su consejo y prosigue su obra para la venida del Ungido (*1 S. 2:10*).

No obstante, esto lo veía solamente la fe. Los hijos de Elí eran el sumo de la apostasía, aunque eran sacerdotes en funciones. De la ley de los sacrificios sabemos que la grasa de la ofrenda era siempre para el Señor, y que los sacerdotes tenían designadas sólo algunas partes de ciertos sacrificios (a saber, el pecho y espaldilla derecha). Pero a Ofni y Finees esto no les importaba nada. Hacían sacar los mejores trozos, y con más grasa, de las ollas en las que se cocía la carne (*2:12 ss.*). También hacían como si Silo fuese un santuario cananeo con su prostitución (*2:22*). Elí no actúa apenas en contra de ello, y no es de extrañar que un profeta le reproche que honra a sus hijos más que al Señor (*2:29*). Por lo que vendrá el juicio; pero también se ve un rayo de luz: el Señor se suscitará un sacerdote fiel, que andará siempre delante de su ungido (*2:35*). Esta Palabra se refiere a Samuel, pero ciertamente no sólo a él. Aquí tenemos la promesa del sacerdocio permanente, que acompañará continuamente al reinado mesiánico, hasta que haya venido el Sacerdote y Rey Jesucristo.

También el joven Samuel tiene que escuchar palabras de juicio (*3:1 ss.*), para que pueda ver cómo Dios cumple sus palabras. Y mientras tanto se desencadena el drama sobre Israel. Cerca del lugar que posteriormente

se llamará Eben-ezer se libra una batalla contra los filisteos. Pareció una ventaja tener a Silo cubriéndoles la espalda.

Pero sufrieron la derrota. Por eso pensaron que harían bien en sacar al arca, el trono de Yahvé, “el arca del Pacto de Yahvé de los ejércitos”, como dice con tantas palabras. ¿No les defendería el Dios del Pacto, que gobierna sobre los ejércitos de estrellas y ángeles, frente a aquellos filisteos incircuncisos? Pero se equivocaron: el Dios del Pacto también es el Dios que vindica su Pacto. Israel fue vencido de nuevo, los sacerdotes murieron, y peor: El arca fue capturado. Como trofeo de guerra iba a recorrer en una marcha triunfal la tierra filistea con sus cinco ciudades. ¿No había sido vencido Yahvé por Dagón?

Sin embargo, el paso por las ciudades no acabó en un triunfo para Dagón. Efectivamente, Israel fue derrotado; pero el poder de Yahvé no había sido quebrantado. Las manos de Dagón fueron cortadas (*5:4*). La mano fuerte del Señor estuvo contra las ciudades con gran quebrantamiento (*5:9*). Así que enviaron ese arca peligroso de vuelta. Junto con objetos consagrados llega el arca en Bet-semes, durante la siega del trigo; era un lugar asignado a los hijos de Aarón. Hubo levitas allí, y ellos colocaron el arca encima de una gran piedra de un cierto Josué, campesino. Nuestra traducción actual nos relata que el Señor hace morir una gran cantidad de hombres de Bet-semes, porque habían mirado el arca de Yahvé. Sin embargo, la traducción griega (*Septuaginta*) hace mención de que la familia de un cierto Jeconías no se sumó al regocijo del pueblo, y que el Señor, ante aquella indiferencia, mata a setenta hombres de esta familia (cf. *6:19*). No es improbable que esta sea la lectura correcta. Además, es plausible que los castigados pertenecieran a una familia de sacerdotes.

En todo caso, se instala el arca ahora temporalmente en el pueblo de Quiriat-jearim, en casa de Abinadab. Posiblemente aquí también se trataba de una familia de sacerdotes.

Desde entonces pasaron veinte años. Elí, Ofni y Finees habían muerto a causa del juicio de Dios, Silo había sido destruido (cf. *Sal. 78:60*; *Jer. 7:14 ss.*; *26:6 ss.*). Pero en ese tiempo Samuel había madurado hasta llegar a ser un verdadero reformador. Su llamamiento a servir a Yahvé tuvo resultado, y en el día en que se reúne el pueblo en Mizpa, oran al Señor. Cuando sacrifican un cordero lechal, el Señor contesta por medio de una tormenta de truenos, la cual causa confusión entre las filas de los filisteos. En el mismo lugar donde un día el arca fue capturada, vuelve a librarse una batalla. Pero esta vez venció Israel. Y en memoria a esta victoria se erigió un monumento: *Eben-ezer*, lo cual quiere decir: Piedra de ayuda; porque, dijo Samuel, hasta aquí nos ayudó el Señor (*7:12*). Y volvemos a leerlo, pensando en las manos cortadas de Dagón en Asdod: “la mano de Yahvé estuvo contra los filisteos todos los días de Samuel” (*7:13*).

**El Señor es rechazado como Rey soberano**

Lo que sigue ahora es un momento crucial en la historia de Israel; cuando Samuel envejece y se ve que sus hijos no son en absoluto aptos para su trabajo, se juntan todos los ancianos de Israel en el domicilio de Samuel en Ramá, y le piden que les constituya un rey. Un rey como tienen todas las demás naciones.

Y mire, lo último era decisivo. Israel quería un rey según el modelo cananeo. Un rey, que gobierna de forma autónoma y que impone unidad con mano dura, pero que además se enaltece por encima de sus hermanos y cuya voluntad es ley, como si fuera un semidiós. Y es por esta razón, pues, que el Señor le dice a Samuel que Israel, en realidad, al hacer esta petición, ha rechazado al Señor. Porque,… ¿no era el Señor el Rey de Israel? Cierto, la historia de Israel realmente exigió un rey, ya que ¿acaso no hacía cada uno lo que mejor le pareciera? Hacía falta una autoridad centralizada. Y el Señor había prometido claramente un rey a Israel (*Gn. 35:11*); la Ley había contado con la realeza (*Dt. 17*).

Pero el rey prometido por el Señor no sería un rey como tenían los demás pueblos, un tirano, hijo de los dioses. No, tendría que ser un soberano que se sometería completamente a la soberanía del Señor, un hermano entre hermanos, un siervo de Yahvé. Un rey así construiría un reinado a estilo propio, conforme a la Palabra profética del Señor. Dios no sería destronado por tal rey ‘teocrático’; su soberanía se abría paso precisamente por medio de aquel virrey. Pero está claro que sería imposible que un rey autónomo, independiente, según el modelo pagano, representase el reinado de Yahvé. Israel no debía desear semejante rey.

Por eso Samuel se esfuerza para hacerles ver cuáles serían las exigencias de semejante rey autónomo (*8:10 ss.*). Pero no le quisieron hacer caso. Pues bien, entonces el Señor iba a dar a Israel un rey. Y ese primer rey iba a ser Saúl, de la tribu menguada de Benjamín. En *1 Samuel* 9 y 10 leemos de su llamado, y su unción por Samuel. En el capítulo 11 encontramos la descripción de la actuación pública de Saúl de Gabaa. De la conclusión de *Jueces* (*21*) conocemos los vínculos especiales que hubo entre Gabaa y Jabes. Podemos leer allí también del aislamiento de la tribu de Benjamín. Por eso entendemos perfectamente el acto simbólico de Saúl, cuando manda los trozos de los bueyes por todo el país, y amenaza a todo aquel que no salga en pos de él con la muerte. El llamamiento de Saúl tiene efecto y es unificador.

A causa de la liberación de Jabes se congrega todo el pueblo de nuevo en Gilgal. Allí se renueva el Pacto con el Rey Yahvé. Como juez saliente, Samuel pronuncia un discurso de despedida. Igual que Josué, en su despedida recomienda al pueblo que siga a Yahvé. ¡Yahvé!, que ha mostrado ayudar a su pueblo en el pasado, y que ahora habla con voz de trueno. “Solamente temed a Yahvé y servidle de verdad con todo vuestro

corazón, pues considerad cuán grandes cosas ha hecho por vosotros. Mas si perseveraréis en hacer mal, vosotros y vuestro rey pereceréis” (*12:24-25*).

Como una amenaza, preceden estas palabras lo que sigue. Se nos relata cómo Saúl, después de haber reinado sólo un año, no cumple la ley real. En medio de una situación de guerra se arroga la función de sacerdote. La guerra es una cosa santa. No se puede luchar sin ofrecer sacrificios. Lea el *Salmo* 20, allí lo verá. ¿No es el sacrificio lo mismo que la oración de la Iglesia? Así que Saúl, que iba a acabar con los filisteos, no podía hacerlo sin la ofrenda. Por lo que Samuel vendría a ofrecer el sacrificio legal. Pero Samuel, que aparte de funciones proféticas también desempeñaba funciones sacerdotales, no apareció; y mientras tanto el ejército desertaba. Saúl tomó la decisión de ofrecer él mismo el sacrificio. Y con ello se arrogó aires de un soberano oriental de aquellos días. Las naciones alrededor tenían reyes que también eran sacerdotes. Pero esta figura le estaba prohibida a Israel. Solamente Cristo sería rey y sacerdote al mismo tiempo. El acto de Saúl parecía muy piadoso, pero de hecho era una transgresión de los límites que el Señor le había puesto a su ministerio mesiánico.

Por eso Samuel, cuando viene, reacciona de forma tan dura. Como formulará más tarde: Obedecer es mejor que sacrificios. Lo dice ahora con otras palabras. Saúl no ha sido obediente al mandato del Señor. Y esto tendrá consecuencias para su reinado. No será duradero. El Señor ha escogido un hombre conforme a su corazón, y le ha designado para ser príncipe, líder sobre el pueblo (*13:14*).

Enseguida nos preguntamos: ¿era tan grave, el delito de Saúl? La sucesión de su reinado le es quitada; para el que conoce la continuación de la historia, está claro que empieza a perfilarse la figura de David como sucesor. Y ¿acaso David era irreprochable? En absoluto; y tal como Saúl nos es retratado, así amamos a este personaje robusto, que se hunde tan trágicamente. David ha tenido sus trucos, que no se pueden justificar de ninguna manera. No obstante, en Saúl vemos el principio de la apostasía. Él utiliza a Dios para sus propios intereses; una y otra vez vemos asomarse esta tendencia. A veces es formalista, como en el caso de Jonatán, cuando quebranta un juramento sin saberlo (*14:24 ss.*). Pero con ello muestra no captar el propósito de la Ley. Algo que también se ve en el siguiente acontecimiento.

Cuando tiene que destruir a los amalecitas, Saúl lo hace con fervor. Pero cae en el pecado de Acán; permite al pueblo que se lleve como botín al ganado, y él mismo perdona la vida al rey, Agag (esta palabra es posiblemente un título amalecita para el rey). Por ello se convierte Saúl en un turbador de Israel, lleva al pueblo a la desgracia y convoca el castigo del Señor sobre sí mismo:

“Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios,
y el prestar atención que la grosura de los carneros.
Porque como pecado de adivinación es la rebelión,
y como ídolos e idolatría la obstinación.
Por cuanto tú desechaste la Palabra de Yahvé,
Él también te ha desechado para que no seas rey” (*15:22-23*).

Así se produce una ruptura entre Samuel y Saúl (*15:24-35*). Y, lo que es peor, esto ocurre porque hay una ruptura entre Yahvé y Saúl. El Señor se arrepiente de haber puesto por rey a Saúl. Pero este arrepentimiento no es humano, el cual a menudo dura muy poco (*15:29*). Yahvé es el Inmutable; que no piense Saúl que la cosa no es para tanto, aunque Samuel mantiene la apariencia, frente a los ancianos, de que hay cierta unidad de culto.

**Eligió a David, su siervo (*Sal. 78:70*)**

Seguro que conoce el Evangelio de Navidad en *Lucas* 2. Llama la atención que ahí aparece una y otra vez el nombre de David. La ciudad de David, la casa y familia de David. Y otra vez en boca del ángel: La ciudad de David. Por cierto, *Lucas* 1 ya lo hace: La casa de David (*v. 27*) y el trono de David su padre (*v. 32*). ¡David! Aquel nombre tiene un eco mesiánico. ¿No lo vimos al final del libro de *Rut*? David es el portador de las promesas antiguas acerca de un rey. De su ‘casa’ (*2 S. 7:2 ss.*) procederá el Salvador.

A partir de *1 Samuel* 16 aparece el nombre de David. El profeta es enviado a Belén, la ‘ciudad de David’, para ungir por rey a uno de los hijos de Isaí. En contra de lo que espera Samuel, resulta ser el hijo menor el que es elegido. El poeta Joost van den Vondel (s. XVII) en su poema “*Gysbrecht van Amstel*”, dice de Aquel, que “descendió desde lo alto para ser acostado (en un pesebre) en el pobre Belén: aquí no se estima la sabiduría, no cuenta ni nobleza, ni estado o magnificencia; el cielo eligió lo insignificante”. Pero lo mismo vale para los comienzos del padre de Cristo: David, el hijo menor de Isaí, que apacentaba las ovejas como pastor en los campos de Efrata. Él recibió la unción del Espíritu, él iba a ser el rey conforme al corazón de Dios.

Desde el momento en que el Espíritu viene sobre David, se aparta de Saúl, el cual queda presa de un espíritu malo de parte de Dios. Por lo que David llega al palacio para traerle alivio a Saúl, tocando el arpa. David, el pastorcillo, también tumba al gigante Goliat. Jonatán y David hacen un pacto; pero Saúl, lleno de envidia de David, que en la guerra logra grandes triunfos siendo su oficial, intenta clavarle a la pared, y también espera que muera en una lucha con los filisteos (*18:10-27*). Finalmente, David tiene que huir, para lo que su mujer Mical, la hija de Saúl, le ayuda (*19:9-17*). Y a continuación empieza la triste historia del vagar de David.

Ahora se nos dibujan diferentes momentos de la variada vida de David como vagabundo. Recibe panes viejos, que eran de la proposición, de los sacerdotes de Nob, que tienen que pagar este acto con sus vidas (*21:1-10*; *22:6-19*). Tomemos nota de que es un edomita el que traiciona a los sacerdotes, un hijo del pueblo que tantas veces se ha regocijado en la desgracia de Israel (véase *Abdías* y los *Salmos 52* y *137*). Un sacerdote logra escapar y huye a David: Abiatar. Hay más gente que huye tras David; se convierte en una especie de cabecilla, que vive de su espada. Y entretanto está ahí siempre la persecución por Saúl. David no se puede fiar tampoco de sus conciudadanos. Los de Keila seguramente le habrían traicionado (*cap. 23*). Lo que pensaba Nabal de él, vemos en el capítulo 25. Este capítulo muestra claramente que David a veces apenas pudo contenerse. ¡Cuán grande era la tentación de actuar contra los partidarios de Saúl! Sí, ¡incluso contra Saúl mismo! ¡Cómo tuvo ocasión de matar a Saúl (*cap. 24* y *26*)! Pero el Señor le guardó de hacerse culpable de su sangre, de modo que no extendió su mano contra el ungido del Señor. Al final le vemos buscar asilo con el rey filisteo de Gat, y esperar lo que venga (cf. *Sal. 34* y *56*).

Y el mal que fue profetizado viene sobre la casa de Saúl. Mientras que los filisteos se disponen a pelear contra Israel, Saúl acude a una adivina en Endor. Él, el rey ungido, ya no recibe revelaciones por medio de sueños; y el Señor tampoco le habla por el Urim, ni por profetas (*28:6*). Era dejado de la mano de Dios, y así llega a la falsa profecía de Canaán. Este suceso posiblemente tuvo lugar en una doble cueva; la mujer pudiera encontrarse en otra estancia y hablar con Saúl a través de un agujero en la pared. No hay que descartar el engaño por ventriloquia, etc. Por lo que no es absolutamente imprescindible pensar en una verdadera apariencia de Samuel. Sea como fuera: Saúl escucha su sentencia de muerte, y el libro de *Samuel* se cierra con la imagen macabra del suicidio de Saúl, siguiendo a sus hijos en la muerte.

> "¡Ha perecido la gloria de Israel sobre sus alturas!
> ¡Cómo han caído los valientes!
> No lo anunciéis en Gat,
> ni deis las nuevas en las plazas de Escalón;
> para que no se alegren las hijas de los filisteos,
> para que no salten de gozo las hijas de los incircuncisos."

Así cantó David en su elegía sobre Saúl y Jonatán (*2 S. 1:19 ss.*).

No se nota ni un atisbo de resentimiento contra Saúl en este cántico, que fue incorporado también al 'Libro del Justo', el libro de la música conmemorativa de Israel. Se repite una y otra vez "¡Cómo han caído los

valientes!”. Y las últimas palabras son para Jonatán, que reconoció a David como el sucesor legítimo de su padre y el futuro rey:

> “Angustia tengo por ti, hermano mío Jonatán,
> que me fuiste muy dulce.
> Más maravilloso me fue tu amor
> que el amor de las mujeres.
> ¡Cómo han caído los valientes,
> han perecido las armas de guerra!”

Los habitantes de Jabes en Galaad, a quienes salvó Saúl un día, son los que quitan los cuerpos de la familia real del muro de Bet-sán, un lugar situado en lo alto de una colina, donde estaban colgados (*1 S. 31:11 ss.*). David reconoció este acto de misericordia en un mensaje especial (*2 S. 2:4 ss.*); el ‘norte’ mostró fidelidad a la casa de Saúl.

**Para que apacentase a Jacob, el pueblo de su Pacto (*Sal. 78:71*)**

Después de la muerte de Saúl, David va a Hebrón, por indicación divina, donde es ungido por rey por la tribu de Judá. Desde luego que esto no funcionó por sí solo. Para empezar, la promesa profética hecha a David era conocida; se sabía que Samuel le había prometido que iba a ser rey. Las palabras de Abigail, que para a David, antes que intenta vengarse de su esposo Nabal, lo muestran de forma muy clara: “Y acontecerá que cuando Yahvé haga con mi señor conforme a todo el bien que ha hablado de ti, y te establezca por príncipe sobre Israel…” (*1 S. 25:30*; véase también *24:20*).

A continuación, llama la atención que David en los días en que como cabecilla hacía incursiones entre los pueblos enemigos desde Siclag, mandó parte del botín a los ancianos de Judá (*30:26 ss.*). Las relaciones entre David y los líderes de la tribu de Judá ya eran buenas antes de que subiera al trono.

Sin embargo, las otras tribus no siguieron a David. Abner, el general de Saúl, había hecho rey a un hijo aún vivo de Saúl, Is-boset, en el norte. La consecuencia es una larga lucha contra la casa de Saúl (con Abner como jefe del ejército), que llevó al debilitamiento del último. A causa de una disputa entre Abner e Is-boset, Abner decide pasarse con su ejército al lado de David.

Pero Abner salió muy mal parado: fue asesinado a traición. Joab, el general de David, le mató en venganza de la muerte de su hermano Asael, que fue víctima de la autodefensa de Abner (*2 S. 3:22 ss.*; *2:18 ss.*). David dejó muy claro, que él no tuvo nada que ver con este acto infame: “Caíste como los que caen delante de malos hombres” (*3:34*). No obstante, mantiene a Joab, como hizo también después de su cobarde asesinato de Amasa. Aquí se revela un rasgo débil en el carácter de David; ¿temía

demasiado las objeciones de su propia tribu? ¿Hizo prevalecer el hecho de que Joab le había ayudado siempre y que podía contar con él también en el futuro?

También Is-boset acaba mal. Fue asesinado en su cama por dos de sus capitanes, que pensaron recibir una recompensa de David. Naturalmente, David les dio su merecido. Pero, sin embargo, la desaparición de Is-boset abrió el camino a la coronación de David por rey sobre todas las tribus. Aquí también se muestra claramente que la razón determinante para este acto era, aparte de las anteriores actuaciones de David en la guerra, la Palabra del Señor: "Además, Yahvé te ha dicho: Tú apacentarás a mi pueblo Israel, y tú serás príncipe sobre Israel" (*5:2*). Cuán bello se caracteriza aquí el ministerio del rey. El rey tiene que ir delante de su pueblo como un pastor. La figura del Buen Pastor tiene que resaltar claramente en el ministerio mesiánico. Este rasgo sigue conservando su actualidad para la profecía posterior: el Rey que esperan será un Pastor para su pueblo (véase p. ej. *Jer. 23:1 ss.*; *Ez. 34:1 ss.*; note sobre todo el *v. 23*: "Y levantaré sobre ellas a un pastor, y él las apacentará; a mi siervo David")

Podemos considerar la coronación por rey sobre todas las tribus como un momento culminante en la vida de David. Aquí está la remuneración de la exaltación, que el Señor en su gracia le da, después de un largo tiempo de humillación. Ha tenido que aprender a esperar todo sólo y únicamente del Señor, en medio de la opresión y la humillación (muchos de los Salmos son la prueba de aquel aprendizaje). Sólo en Él hay salvación. A su tiempo Él exalta. Ningún juego diplomático, como las negociaciones con Abner, resulta ser decisivo. Sólo la Palabra del Señor es la que reúne a las doce tribus, la Palabra mesiánica acerca del buen pastor.

**Porque Yahvé ha elegido a Sión;**
**La quiso por habitación para sí (*Sal. 132:13*)**

Otro suceso importante en la vida del rey David fue la conquista de Jerusalén. Esta ciudad, que estaba en manos de los jebuseos, una tribu hetea, parecía inexpugnable, por lo menos la fortaleza. Por su ubicación natural, podía ser defendida incluso por incapacitados. Pero David logró conquistar la fortaleza. Si seguimos la traducción de la Reina Valera, parece ser que la conquistaron usando el túnel excavado por ingenieros jebuseos a la fuente de Siloam, que se hallaba fuera de la fortaleza, un acueducto que hoy en día todavía existe. Pero en base al texto hebreo y teniendo en cuenta que solamente se podía pasar por el túnel de uno en uno, se proponen también otras traducciones.

En todo caso: David tomó la fortaleza, e hizo de ella su residencia: la Ciudad de David. Y esto ha ido adquiriendo una inmensa importancia para la Historia de la revelación de Dios. Porque a partir de ahora, en el

pensamiento bíblico, Jerusalén llega a ser el ombligo de la tierra. Dentro de poco estarán el arca y el templo en Jerusalén. Ningún profeta callará el nombre de Jerusalén. Cuando más tarde viene el exilio, entonces ahí está la nueva Jerusalén esperando. Jerusalén será la ciudad que mata a los profetas, y apedrea a los que han sido enviados a ella. Cristo se revelará allí; y allí será juzgado. Pero allí también será derramado el Espíritu, y se oirá el primer testimonio de los doce apóstoles. Y aunque luego el templo será destruido otra vez por las llamas: la Iglesia sabe que ella misma constituye la ciudadanía de la nueva Jerusalén, la ciudad que desciende del cielo (*Gá. 4:26*; *He. 11:10*; *Ap. 3:12*; *21:1-22:5*).

Antes de que me olvide de ti, Jerusalén,
Me olvidaré de mi madre y de mi juventud.
Dondequiera que vaguemos sin descanso, o alegremente nos sentemos,
Nos acordamos de ti, Ciudad, en melancolía y en alegría…

Así escribió el poeta judío, Jacob Israel de Haan (sionista asesinado en 1924 en Jerusalén). Los judíos se quedan con la Jerusalén terrenal. Pero nosotros conocemos la ciudad que tiene fundamentos, que llevan los nombres de los doce apóstoles del Cordero. Oh Jerusalén, antes de que me olvide de ti, que mi mano derecha se quede paralizada.

No leemos nada acerca de que hubo un baño de sangre entre los habitantes originales. Probablemente han sido integrados en Israel. Parece que la ciudad ha sido tomada por sorpresa. Se abrieron los archivos. Y seguro que así David tuvo conocimiento de su antecesor Melquisedec, el sacerdote y rey, que un día bendijo a Abram. David mismo no era sacerdote, aunque el culto del Señor tuvo toda su atención. Pero vio a lo lejos las características de su Señor e Hijo, que era rey, pero también sacerdote según el orden de Melquisedec (*Sal. 110*). Aunque David era un gran rey, su ministerio clamó por Alguien mayor, que desde Jerusalén, el centro de la tierra, haría brotar la salvación. En Jesucristo Jerusalén ha encontrado su último y eterno Rey.

De Saúl se sabe que estaba enemistado con el sacerdocio. No hizo ningún esfuerzo para llevar el arca del Señor de Quiriat-jearim. Cuando leemos en *1 Samuel 14:18* acerca del arca presente en el ejército de Saúl, no tenemos que pensar en el arca famosa, sino en el *efod*, un objeto que el sacerdote usaba para consultar al Señor. Saúl dejó aquel arca peligrosa tranquilamente allá donde se encontraba. Pero David, ahora que su reinado está más o menos confirmado, entiende su llamado. El arca tiene que estar en su lugar de reposo; es el trono de Yahvé, tiene que venir a la Ciudad de David, donde está el trono del rey de Israel.

“No entraré en la morada de mi casa,
ni subiré sobre el lecho de mi estrado;
no daré sueño a mis ojos,
ni a mis párpados adormecimiento,
hasta que halle lugar para Yahvé,
morada para el Fuerte de Jacob” (*Sal. 132:3-5*).

Por lo que David equipó una expedición militar para traer el arca desde la casa de Abinadab a Jerusalén. ¿Acaso no había ido el arca de Dios delante de los guerreros, antes, en el desierto? Fue transportada sobre un carro nuevo; ¿se hizo así porque David quería que este viaje fuese una continuación de la anterior vuelta de la tierra de los filisteos? Los dos hijos de Abinadab acompañan el arca. David e Israel van delante, danzando y festejando. Claro que esto no fue un baile como se baila hoy en día, sino que fue una danza religiosa, en la que se expresaba de forma espontánea la alegría del pueblo entero.

Esa alegría acabó repentinamente por un accidente con los animales que tiraban del carro, ¿de dos ruedas? Uza agarró el arca, que por lo visto tambaleaba o se deslizaba del carro. Pero este acto bien intencionado le costó caro; el Señor lo mató. De nuevo se mostró que uno no puede manejar la santidad del Señor como hace con las cosas cotidianas. El Señor quería mostrar además que quería ser adorado a su manera. Los paganos llevaban a sus dioses en carros. ¿No hacía resaltar David suficientemente, con su modo de transporte, la diferencia entre Yahvé, que en el pasado iba delante de su pueblo en el desierto, y los ídolos de las naciones? Yahvé no quería entrar en Jerusalén de una manera pagana, sino de una manera sacerdotal; Él no quería entrar por las puertas de la ciudad del modo de los filisteos (*1 S. 6*), sino con un ceremonial como en los días de Moisés, cuando el arca fue llevada a hombros a través del desierto caluroso. Por eso fracasó este intento antes de llevarlo a cabo. David hizo llevar el arca a casa de alguien que probablemente era un filisteo, cerca de Jerusalén, y que llevaba el nombre, no demasiado bonito, de Obed (o sea: siervo de) Edom.

Pasados tres meses, sin embargo, se hizo evidente que el Señor bendecía la familia de Obed-edom. Por eso David se atreve a intentar traer el arca otra vez. Esta vez, el arca es llevado a hombros. Se ofrecieron sacrificios; por un camino ‘nuevo y vivo’ de sangre (cf. *He. 10:19-20*) entró el trono de Yahvé en la Ciudad de David. Para esta ocasión, David estaba vestido con una túnica de lino, como un sacerdote. No se mostró como el rey altivo, vestido con una vestidura real, no, aquí era el rey teocrático, un hermano entre hermanos, uno con su pueblo. De este modo él era una prefiguración de Jesucristo, que un día también se vistió con una túnica de lino y que lavó los pies de sus discípulos. Pero precisamente esta característica suscita el desprecio de Mical, la hija de Saúl. Pues David era

aquí la imagen opuesta de su padre, quien no se había interesado por el arca y que, en su corazón, se había enaltecido por encima de su pueblo. Ya que cuando, después de bendecir al pueblo y repartir alimentos, David vuelve a su casa para bendecirla también, ella se burla cruelmente de él (*2 S. 6:20*). ¡Típicamente el espíritu de Saúl! La respuesta que ella recibe, caracteriza a David: "Seré bajo a tus (mis) ojos". ¿No era esta también la imagen del venidero Siervo del Señor: "No hay parecer en Él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos" (*Is. 53:2*; cf. también *Jn. 13:4, 14*).

El *Salmo* 68 se compuso probablemente para la ocasión del traslado del arca. Las primeras palabras ya nos recuerdan las palabras que Moisés pronunció como una señal, cada vez que el arca era levantado: "Levántate, oh Yahvé,…" (*Nm. 10:35*; cf. *Sal. 132:8*) "Subiste a lo alto" (*Sal. 68:18*) se refiere entonces a la subida del arca. Pablo, en su epístola a los *Efesios*, aplica esta palabra con toda razón a la ascensión de Cristo (*Ef. 4:9*). Porque así como la entrada alegre del arca era una representación de la subida al trono de Yahvé, así la ascensión era una revelación más del reinado del Señor.

**No es así mi casa para con Dios;**
**Sin embargo, Él ha hecho conmigo pacto perpetuo (*2 S. 23:5*)**

¿Qué es un trono sin palacio?

David mismo tenía un palacio bonito (*2 S. 5:11*; *7:2*), pero el arca estaba colocada en una tienda temporal. Por lo que surgió en David el deseo de construir un templo. Pero el profeta Natán, que al principio tuvo simpatía respecto a esta idea, recibió la orden del Señor de disuadir a David de aquello. No sería David el que construiría una casa para el Señor, sino el Señor quien edificaría una 'casa' a David. Lo último no se refiere por supuesto a un palacio, sino a una dinastía, al reinado de 'la casa de David' en Israel. "Yo afirmaré para siempre el trono de su reino" (*7:13*). David abre luego su corazón en acción de gracias (*7:18-29*).

En el *Salmo* 89, este acontecimiento se describe como: hacer pacto con David. Y en el conjunto de la revelación de Dios, este hecho ha sido muy importante, puesto que a partir de ahora se vinculaba la venida del Mesías a la casa de David. Al principio, en el Paraíso, se habló en términos generales de una simiente de la mujer. Después, el linaje mesiánico se dibujó más claramente: Sem, Abraham, Isaac, Jacob, Judá. Y ahora: La casa de David. Muchos profetas volverán sobre este tema: "Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces" (*Is. 11:1*). Y cuando el ángel Gabriel viene a anunciar el nacimiento de Jesús a María, suena en sus palabras el eco de *2 Samuel* 7: "Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reinado no tendrá fin" (*Lc. 1:32-*

*33*). Incluso en la *Confesión de Nicea* (325 d.C.) escuchamos una referencia a la profecía de Natán, cuando se dice de Cristo: "cuyo reino no tendrá fin".

David se encontraba en aquellos días en su momento cumbre. Derrotó a muchos pueblos (*cap. 8*). Supo hacer bien a la casa de Saúl (*cap. 9*). Sus ejércitos derrotaron a los amonitas y arameos (*cap. 10*). Pero a pesar de lo grande que fue David, no pudo, de ninguna manera, llevar a su pueblo a la gloria. Esto lo haría sólo su gran Hijo, Jesucristo, que era sin pecado.

Aquello se hizo evidente, cuando procuró que cayera en batalla Urías heteo, su oficial jefe, para poder tomar por esposa a su mujer Betsabé. Fue preciso que viniese el profeta Natán para convencerle de su culpa; el rey no podía prescindir de un profeta a su lado, y en ello mostró su pobreza como rey mesiánico.

No obstante, en David vemos – a diferencia de Saúl – una verdadera conciencia de culpabilidad: "pequé contra Yahvé" (*12:13*). El Salmo 51 nos descubre lo más profundo del alma de David. Y puede ser que también el Salmo 32 se refiere a este episodio. En este último Salmo suena la seguridad del perdón de los pecados. Por medio de Natán, el Señor anuncia que quiere perdonar el mal que ha hecho David. Este no va a padecer el juicio que había dictado sobre sí mismo (*12:5*). No obstante, el hijo de él y de Betsabé sí moriría, y la espada no se apartaría jamás de su casa, algo que se cumple claramente en el futuro. Pero en medio de todo ello vemos brillar la gracia incomprensible del Señor. Cuando les nace otro hijo a David y Betsabé, David le puede llamar Salomón; un nombre en el que escuchamos la palabra *shalom*, paz; había otra vez paz entre David y el Señor. Y se nos dice expresamente que el Señor amó a Salomón, y que por medio de Natán le hizo llamar Jedidías, Amado de Yahvé. Es asombroso que este niño, más joven que todos los demás príncipes, iba a ser el sucesor de David; y su madre, que en modo alguno vino al palacio como hija de rey, fue destinada a ser madre del linaje real que termina con Jesucristo (véase *Mt. 1:6*). ¿No hay en ello una profecía acerca de muchos últimos, que serán los primeros? También en el árbol genealógico de los antecesores de Cristo se oye el susurro: "En la tierra paz, buena voluntad para con los hombres".

Precisamente con respecto a la sucesión se pondría de relieve esta buena voluntad de Dios para con Salomón. Pues Mical, la reina, no tenía hijos. Amnón era el mayor de los príncipes, mas este violó a su media hermana Tamar. Por este motivo su hermano Absalón, dos años después, asesinó a Amnón. Por lo visto, David no había actuado contra Amnón, y en cuanto a Absalón, tampoco se atrevió a tomar medidas serias. Finalmente, pasados siete años, tuvo que intervenir Joab para lograr una reconciliación entre David y su hijo pródigo. Estaba claro que a David le faltaban las fuerzas para actuar enérgicamente. Y Absalón, que ahora era el mayor de

los príncipes herederos, lo supo aprovechar perfectamente. Aspiró al favor del pueblo, y supo ganarse una gran popularidad. Que esto fuera posible, tiene que ver seguramente con el hecho de que David no se había hecho querer demasiado por su pueblo, debido a lo ocurrido con Betsabé; pues el Señor perdona generosamente, pero para los hombres eso es mucho más difícil. Al final Absalón logró llegar hasta el punto de preparar una revolución.

En la ciudad histórica de Hebrón se hizo proclamar rey y consiguió muchos seguidores. También el consejero Ahitofel, tal vez el abuelo de Betsabé y el padre de Eliam, compañero de Urías, le siguió. Y la revolución se extendió. Por eso David tuvo que actuar rápidamente. Salir de Jerusalén fue la única solución posible. La guardia real, los cereteos y peleteos, le acompañó. También nuevas tropas venidas desde Gat se juntaron a él – David tenía soldados mercenarios extranjeros, comparables a la guardia suiza del papa, y los soldados mercenarios alemanes de la guerra de España con Flandes (s. XVI-XVII) –. A los sacerdotes con el arca del Pacto los mandó de vuelta (*15:24 ss.*). Si el Señor le mostraría su gracia, volvería a ver al santuario y el arca.

Y así subió David, como un penitente, la cuesta del Monte de los Olivos, llorando. Allí mismo oye que su consejero Ahitofel le ha abandonado. "¡Entorpece ahora, oh Yahvé, el consejo de Ahitofel!" Afortunadamente, otro consejero, Husai, le sigue siendo fiel. Y este recibe el orden de formar una 'quinta columna' en la corte de Absalón, para contrarrestar el consejo de Ahitofel y mandar informes a David acerca de los planes de Absalón.

Tiempos después, un hijo de David también subió la cuesta del Monte de los Olivos; y allí fue traicionado por uno de sus consejeros. Pero ¡qué diferente era el Getsemaní del Nuevo Testamento que el del Antiguo! David huyó de Jerusalén, cargado de su propia culpa y autorreproches. Pero Cristo volvió a entrar en Jerusalén, atado y cargado con los pecados de los suyos. David trajo la desgracia sobre su pueblo, lo arrastró a la miseria. Cristo obtuvo sólo gracia para los suyos.

En este contraste pensamos también cuando escuchamos a Simei, el hombre de la casa de Saúl, maldiciendo a David. Cristo también fue maldito, mientras era inocente. Pero David lo sabía: con razón el Señor le hizo sufrir esto (*16:10 ss.*). Por lo que no dio orden de matar a Simei, que caminaba por la ladera de enfrente.

Porque Husai supo desbaratar el consejo de Ahitofel, los hombres de David pudieron luchar contra el ejército de Absalón bajo condiciones favorables. En contra de la petición de David, Joab mató al hijo revolucionario del rey, cuyo ejército fue destruido. Tan grande era el duelo de David por Absalón, que Joab, soldado desapasionado, tuvo que animar

al rey a que prestara atención al éxito obtenido por sus propios soldados y oficiales (*19:1 ss.*). "¡Absalón, hijo mío, hijo mío!"

El rey escuchó aquí demasiado la voz de su sangre. No tenía ojos para la buena voluntad del Señor, que había rechazado al vanidoso Absalón como príncipe heredero. En la Iglesia, el parentesco espiritual va antes que los vínculos naturales. "El que ama a padre o madre más que a Mí"… Y este mismo error cometió David, cuando quiso volver a Jerusalén. Cuando fue coronado rey, todas las tribus reconocieron: "hueso tuyo y carne tuya somos" (*5:1*). Pero, ahora, David iba a cambiar esa amplia relación con todas las tribus por una más estrecha con la tribu de Judá sóla (*19:12*: "Vosotros sois mis hermanos; mis huesos y mi carne sois. ¿Por qué, pues, seréis vosotros los postreros en hacer volver al rey?"). David no actuó en esto para nada de un modo mesiánico. Pues, por más cercana que le fuese Judá, en medio de la cual vivía, él era el rey de todas las tribus y no podía hacer distinciones, debía actuar sin acepción de personas. Obviamente, las otras tribus se sintieron ofendidas por el trato a favor de Judá, más aún porque ellas tenían ya planes de volver a traer a David antes que Judá (*19:9 ss.*; *42 ss.*). No es de extrañar entonces, que se produjera otra sublevación. Aquí ya se perfiló la posterior escisión, que vendría después de Salomón. Seba, un benjamita, hizo tocar la trompeta y decir:

> "No tenemos nosotros parte en David,
> ni heredad con el hijo de Isaí.
> ¡Cada uno a su tienda, Israel!" (*2 S. 20:1*; cf. *1 R. 12:16*)

Por este motivo otra campaña de guerra fue necesaria, en la cual Joab, de paso, asesinó vilmente a Amasa, el antiguo general de Absalón (*cap. 20*).

**Una vez más: el Señor mata y Él da vida**

La conclusión de *2 Samuel* nos da varios apéndices. Primero aquella historia curiosa de los gabaonitas y la casa de Saúl. Al matar a los gabaonitas, Saúl quebrantó el pacto hecho en aquel tiempo con Josué (*Jos. 9:19*), y así trajo sobre su casa una deuda de sangre. Por tanto vino una hambruna sobre Israel que duró tres años. De ahí que David dio permiso, a petición de los gabaonitas, a que ellos matasen a siete hombres de la casa de Saúl, y los ahorcasen en el pueblo de Saúl, Gabaa, delante del Señor. Rizpa montó guardia al lado de los cadáveres, con una fidelidad conmovedora. Y la lluvia volvió a caer; el Señor mostró su misericordia sobre la tierra.

¿Cómo se puede conciliar este suceso con la promesa de David de hacer misericordia a la casa de Saúl, y con el mandato del Señor de quitar los cuerpos de los muertos de los maderos antes del anochecer? Con estas

preguntas tendremos que tener en cuenta que el Señor mismo, en su soberanía, quería castigar el pecado del padre en los hijos. Además, el Señor quería librar el reino de David de culpa y maldición.

Lo mismo vemos por cierto también en *2 Samuel* 24. David lleva a cabo un censo del pueblo, en contra del consejo de Joab, que normalmente no era tan sensible. Seguramente, soberbia habrá sido la razón: ¡el gran Israel, que yo he edificado! El profeta Gad viene entonces, después del censo, a amonestar a David. Puede elegir entre tres cosas malas. David elige la epidemia – el pueblo es víctima de su orgulloso corazón –. Cerca de Jerusalén el Señor detiene al ángel de la muerte. Y David confiesa su culpa: "Yo pequé, yo hice la maldad; ¿qué hicieron estas ovejas?... Te ruego que tu mano se vuelva contra mí, y contra la casa de mi padre". Aquí se despierta el sentido de pastor en David; el pastor consciente de su culpa. Y donde hay culpa, allí se necesita una expiación. La muerte de todos aquellos súbditos no puede pagar la culpa; eso lo puede hacer sólo un sacrificio. Por orden de Gad, David construye un altar en la era que compra del jebuseo Arauna. Y allí el rey ofrece sacrificios. "Y Yahvé oyó las súplicas, y cesó la plaga".

Así concluyen los libros de *Samuel*.

Leímos acerca de muchos pecados, de cosas muy humanas.

Pero, sobre todo leímos del favor de Dios, que se abre camino a través de rey, sacerdote y profeta. El Señor estaba obrando, acercando la llegada del Cristo. Vemos que el tema que compuso Ana: "El Señor mata y Él da vida", se sostiene a lo largo de toda esta obra. Saúl cae, y Amnón y Absalón. Yahvé mata. Los impíos perecen en tinieblas. Pero Él hace revivir también. Los débiles son ceñidos de poder. David, el hombre que es imposible que fuera el Mesías, siendo el hijo menor de Isaí, es aceptado por el Señor en su gracia. Y al pasar por alto los otros príncipes herederos, se abre el camino para Salomón, nacido del matrimonio con Betsabé, la mujer de Urías. "El Señor da poder a su Rey, Él exaltará el poderío de su Ungido".

Aquí resplandece el favor soberano, la pura gracia, que destaca en ofrenda y santuario. Gracia en el Cristo que viene. ¿No es el último capítulo una predicación de la venida de Aquel, que acabará la obra de todos los ministros que le precedieron? Mire cómo David actúa, al comprar la era de Arauna: por orden del profeta, el rey edifica un altar allí y ofrece un sacrificio en el mismo lugar donde Abraham hace mucho quería sacrificar a su hijo, y donde Salomón más tarde edificará el templo. La pregunta de por qué el Señor pudo mostrar tanta gracia para con David, encuentra su respuesta cuando pensamos en el gran Hijo de David.

"El que aún me exalta sobre los que se levantan contra mí;
me libraste del varón violento.

Por tanto, yo te confesaré entre las naciones, oh Yahvé,
y cantaré a tu nombre.
Él salva gloriosamente a su rey,
y usa de su misericordia para con su ungido,
a David y a su descendencia para siempre” (*2 S. 22:49-51*).

## 1º y 2º de los REYES

### Historiografía profética

Los libros de los *Reyes* forman la continuación de los de *Samuel*. Igual que estos últimos, son verdaderamente libros proféticos. No quieren reflejar la Historia sin más, porque en ese caso nos hubieran contado muchas más cosas, y probablemente también cosas distintas. No, aquí se nos relata la Historia desde una cierta perspectiva. Aquí se nos muestra cómo el Señor actúa con su pueblo, cómo la apostasía del pueblo y de la casa real clama por su castigo. Y a la vez escuchamos un grito, cuando se dibuja cómo trono y altar, realeza y sacerdocio, se separan de la profecía verdadera, un clamor por Aquél en quién los tres ministerios están unidos: el Verbo, el Sumo Sacerdote celestial que subió al trono de Dios, la Raíz y el Linaje de David (*Ap. 22:16*).

Si, *Reyes* es un libro profético. Fíjese en el énfasis, con el que se habla una y otra vez acerca de los profetas y sus relaciones con los reyes. “Oh Dios, da tus juicios al rey… (*Sal. 72:1*).

### Salomón – constructor de la casa dedicada al nombre del Señor

La obertura de *1º de  Reyes* no es hermosa. El hijo mayor de David, Adonías, se hace proclamar rey sin que David lo sepa. Al menos, eso es lo que intenta. Joab y Abiatar están de su lado. Natán, el profeta, sin embargo, no fue invitado. Él no apoyaba en absoluto a Adonías. Pues sabía que David había prometido el reinado a Salomón. Por eso estimuló a David,

con la colaboración de Betsabé, a proclamar rey a Salomón, antes de que Adonías pudiera sentarse en el trono.

¿Una sucesión gracias a las intrigas de palacio? Claro que consta que la gente se dedicaba a las intrigas en la corte de David. Sobre todo parece que cuando David se hizo mayor, las riendas se le cayeron de las manos. Pero aquí la gracia soberana del Señor pasó por alto a los hijos mayores de David, para llamar a Salomón al ministerio de príncipe de paz. Y esta gracia soberana utilizó la palabra profética, el ministerio de Natán, para que el trono de David fuera ocupado por el hombre adecuado.

Al final de su vida, David da instrucciones a Salomón acerca de Joab y Simei. Al poco se hace evidente que Adonías todavía alberga tendencias revolucionarias. Por lo que tiene que ser eliminado, igual que Joab. Su partidario, el sacerdote Abiatar, es enviado al exilio en el pueblo de los levitas de Anatot, donde más tarde nacería Jeremías. Con la desaparición de Abiatar se cumple la profecía sobre de la casa de Elí (*1 S. 2:27-36*; *1 R. 2:27*). Es como si el Señor, al comienzo del reinado de Salomón, resolviese antiguas deudas. El príncipe de paz no debe ver su camino bloqueado por pecados que no recibieron castigo, no tiene que haber sangre inocente que sigue clamando por venganza. Ya que Salomón tenía que edificar el templo, que era el símbolo de la unidad entre el pueblo reconciliado y el Señor.

Lleno de sabiduría (cap. *3*), con inmensas riquezas a su disposición (cap. *10*), Salomón era el hombre más indicado para construir un templo.

El templo marca otro hito en la historia de la revelación. De aquí en adelante va a haber un santuario central en la ciudad del rey; el arca es instalada en el lugar santísimo, y así entra en 'reposo'. En tiempos posteriores, el destructor convertirá el templo de Salomón en una ruina; también el templo de Herodes será consumido por las llamas, pero para aquel entonces el templo habrá cumplido con su servicio. Porque Cristo es más que Salomón y más que el templo. Él cumple aquello de lo que el templo habla: "Dios con nosotros". Y la iglesia neotestamentaria habla todavía de un templo celestial. Por la fe andamos en ello, todavía no andamos por vista. Pero un día, algún día, descenderá la nueva Jerusalén. En ella no habrá ningún templo; la ciudad entera es un templo, el templo de Dios y el Cordero. Y mientras esperamos aquel día, nuestro cuerpo puede ser templo del Espíritu Santo, y la Iglesia una casa de Dios, en la cual somos juntados como piedras vivas (*1 Co. 6:19*; *1 P. 2:4,5*).

Así que el templo de Salomón puede testificar de grandes cosas: el Señor quiere habitar permanentemente entre su pueblo. Lo permanente se muestra de forma clara en la construcción del templo, al compararlo con el tabernáculo. Éste estaba hecho para ser transportado durante la travesía por el desierto. Por lo que todo fue hecho de madera, fácil de desmontar, pequeño en dimensiones. Pero para el templo, se pueden emplear

materiales pesados. Las medidas no están sujetas a limitaciones, se puede aumentar el número de enseres para el culto. Se construyen habitaciones de servicio al lado del santuario. Delante del templo se erigen dos grandes columnas, que hablan de firmeza y fuerza (Jaquín y Boaz). Y con todo ello el arte no se deja de lado. Las paredes y los objetos se cubren con oro. Vemos figuras de querubines y palmeras, calabazas silvestres y granadas. Si, el templo recuerda al jardín de Dios, el huerto del Edén. Allí paseaba el Señor con el hombre. Aquí Él quiere volver a vivir en medio de su pueblo, aunque sea en lo oculto, detrás de un velo. Y, aunque los querubines impiden al hombre acercarse, gracias a los sacrificios que expían la culpa, Dios quiere habitar entre su pueblo.

La dedicación del templo fue en la fiesta de los tabernáculos. Esta fiesta se celebraba al final del año, como un recordatorio de la travesía por el desierto y del reinado de Dios. Pues bien, precisamente en aquella fiesta de los tabernáculos se celebró que el Señor había entrado en su reposo, que se había sentado en su trono.

En la dedicación, los sacerdotes llevaron con gran solemnidad el arca desde la ciudad de David al nuevo templo. La siguieron los utensilios sagrados. El arca fue colocada en el lugar santísimo, debajo de los gigantescos querubines. A continuación salieron los sacerdotes, e igual como ocurrió en la inauguración del tabernáculo, la nube de la gloria del Señor llenó las estancias del templo. Entonces dijo Salomón:

“Yahvé ha dicho que Él habitará en la oscuridad.
Yo he edificado casa por morada para ti,
sitio en que tú habites para siempre” (*8:12,13*).

Luego se dio la vuelta y bendijo a Israel, que estaba de pie en el atrio. Alabó al Señor, porque Él había cumplido su palabra a David; puesto que su hijo había edificado un templo, un lugar para el arca y las tablas de la Ley del Pacto.

Después de este discurso conmemorativo sigue la oración inaugural, que se puede dividir en siete plegarias conmovedoras. Salomón las pronunció estando arrodillado delante del altar de Yahvé. Salomón destacó con claridad que el Señor es más grande que el templo, y que nunca puede ser contenido dentro de sus muros. Pero, sin embargo, el templo es el lugar donde dirigirse a Él; cuando oren allí, que el Señor oiga desde el cielo, y les perdone.

Después de esta oración Salomón bendijo a Israel, se ofrecieron los primeros sacrificios, y comenzó la fiesta.

**Si dejaren sus hijos mi ley… (*Sal. 89: 30*)**

Llama la atención que inmediatamente después de la descripción de la dedicación del templo leemos acerca de una nueva revelación a Salomón. Esta tuvo lugar después de la construcción del palacio real, o sea, doce años después de finalizar el templo. En esta revelación Yahvé hace referencias a la oración de Salomón en la inauguración del templo (compárese *8:29* con *9:3*; *8:24 ss.* con *9:4 ss.*), pero… añade con mucho énfasis una amenaza. Si Salomón con sus hijos se apartan del Señor, Israel será enviado al exilio y el templo, "esta casa", se convertirá en ruina. Se cumplirán las maldiciones de *Levítico* y *Deuteronomio*, si el rey se inclina a la apostasía. Aquel templo hermoso no es garantía de que la paz, *shalom*, perdure para siempre.

Más tarde los profetas a veces hablaron con dureza en contra del templo y el rito de los sacrificios. Cuando leemos eso, podríamos pensar: El Señor mismo había establecido todo esto, ¿tan malo era? Pero recuerde bien: el culto en sí no era malo. Pero lo que sí que estaba muy mal, era que la gente confiaba en el templo, y a pesar de su apostasía, pensaba estar a salvo. Ya que el propósito del Señor con el templo nunca fue esto: que sirviera como tranquilizante para un pueblo desobediente. Por eso es tan bueno conocer las palabras de advertencia que el Señor dirige a Salomón. Aquí encontramos en realidad uno de los temas de *Reyes*. ¡El altar no protege al trono, cuando la casa real se aparta! Cristo vuelve a recordar esta vieja lección, cuando Él nota aquella misma falsa confianza: "He aquí vuestra casa os es dejada desierta" (*Mt. 23:38*). Obediencia es mejor que sacrificios (*1 S. 15:22*; *Os. 6:6*; *Mt. 9:13*; *Mr.12:33*).

Si leemos ahora la continuación de las historias de Salomón, vemos cómo el Señor tenía motivo para advertirle. Cierto, visto superficialmente, Salomón prosperaba. Construía; sus barcos traían oro y preciosidades de países lejanos (*9:26-28*; *10:11*, *12*, *22*); juntó una enorme caballería (parece que han sido excavadas las ruinas de sus establos en Meguido). La reina de Sabá se quedó asombrada de su riqueza y sabiduría. Mas aparte de todo esto, había un 'pero'. No solamente en el terreno militar y mercantil adoptó Salomón aires de monarca oriental; encima de eso multiplicó el número de sus mujeres (cf. *Dt. 17:17*). Con el resultado de que ellas desviaron su corazón. Muchos de los casamientos seguramente estuvieron vinculados a alianzas hechas con otros pueblos. Pues bien, el buen trato exige respetar la religión del otro; así que se levantaron diferentes santuarios pequeños para las legaciones, dedicados a las distintas deidades extranjeras, y frecuentados por las reinas y sus séquitos. Y Salomón, ya viejo, se dejó llevar.

Y con ello, Salomón destruyó su reino. Por David, Yahvé tuvo misericordia; sería en los días de su hijo que el reino se rompería (*11:12*). Pero ya se anuncia la desgracia que se aproxima. Las pesadas cargas, que Salomón impuso al pueblo, habían preparado el terreno para la revolución;

aquí y allá, al otro lado de las fronteras, está surgiendo la resistencia. Jeroboam, el inspector de los trabajos forzados de las tribus del norte, recibió por medio del profeta Ahías la promesa de que un día se convertiría en rey sobre todas las tribus menos Judá (*11:26 ss.*).

La historia de Salomón se apaga como una candela. Y luego está ahí su hijo temerario Roboam. Se celebra en Siquem (no en Jerusalén) el día de la asamblea del pueblo, como en los días de Josué. Israel está dispuesto a coronarle rey, siempre que prometa aligerar el trabajo forzado. Pero Roboam no da su brazo a torcer. Y se oye otra vez la canción que ya conocemos:

> "¿Qué parte tenemos nosotros con David?
> No tenemos heredad en el hijo de Isaí.
> ¡Israel, a tus tiendas!
> ¡Provee ahora en tu casa, David!" (*12:16*; cf. *2 S. 20:1*).

E Israel se fue a sus tiendas; Roboam no fue coronado y todo estaba perdido. A Roboam no le fue permitido subyugar a las demás tribus por la fuerza. "¡Porque esto lo he hecho yo!", le hizo saber el Señor (*12:24*).

**¡Id a Betel, y prevaricad!**
**Pues que así lo queréis, hijos de Israel (*Am.4:4, 5*)**

Entretanto, Jeroboam regresó de Egipto, donde se había refugiado. Y las tribus del norte le hicieron rey (*12:20*). Ya en los días de Salomón, Jeroboam había alzado su mano contra el rey (*11:26*), él era de Efraín y como ex funcionario estaba perfectamente al tanto de lo que se preparaba 'en la casa de José'. Además tenía el apoyo de la profecía. No es de extrañar que fuera justo en Siquem donde le proclamaron rey (cf. *Gn. 12:6, 7*; *Dt. 27, 28*; *Jos. 24:1-28, 32*; *Jue. 9*).

No obstante, cuando el reinado le fue profetizado por Ahías, este hizo énfasis en que sólo si sirviera fielmente a Yahvé, su casa sería edificada (*11:38*).

Sin embargo, Jeroboam no anduvo en los caminos del Señor. Vio con impotencia como el templo en Jerusalén era el centro religioso, también para sus súbditos. Había que hacer algo al respecto, sino la casa de David aprovecharía esta oportunidad. Por eso construyó su propio centro religioso en Betel. Esa era una ciudad con mucha historia. En sus cercanías, Abraham hizo un altar. Allí el Señor se le apareció a Jacob en sueños. Samuel juzgaba en aquel lugar. ¿Acaso no era una puerta al cielo? Pues bien, allí en Betel iba a erigir un santuario, que completó con una atracción especial: ¡un becerro de oro! Seguramente se acuerda usted de que Aarón hizo un becerro similar, a los pies del monte Horeb. Para un semita, el toro es la imagen por excelencia de la deidad. Otro becerro igual fue llevado en

procesión a Dan, aquel lugar en el norte que conoció el culto a las imágenes desde el tiempo de los jueces (*Jue. 17, 18*). Luego, el rey designó personal para el culto que no era de la tribu de Leví. Además, introdujo un calendario de fiestas propio: la fiesta de los tabernáculos no se celebraría en el mes séptimo, como en Jerusalén, sino en el octavo.

Justo en la primera fiesta de los tabernáculos se inauguró el altar en Betel. Como era costumbre entre los pueblos alrededor, en un día de fiesta es el rey quien ejerce de sumo sacerdote. Jeroboam sube al altar y ofrece el sacrificio. Pero entonces se acerca un profeta proveniente de Judá, que dice que nacerá un rey, Josías, a la casa de David, el cual sacrificará sobre este altar a los sacerdotes del lugar alto de Betel. Como prueba de esta palabra divina el altar se rompe y la ceniza se derrama (*12:33 ss.*).

También Salomón dedicó el templo durante una fiesta de los tabernáculos. Y la nube llenó la casa como señal de que el Señor quería habitarla. Mas en la fiesta que celebró Jeroboam, la Palabra de Dios anuncia ya el juicio. Puesto que, aunque Jeroboam quería servir al Señor, lo quería hacer de la manera cananea. Por eso, el varón de Dios que vino de Judá tenía que proclamar la maldición sobre Betel, tanto por medio de sus palabras como a través su muerte. Estaban avisados (*13:4-34*).

Y este Betel dominará a continuación la historia de los reyes de Israel. Todos y cada uno de ellos andarán en los caminos de Jeroboam, hijo de Nabat, quien hizo pecar a Israel. Esto lo podemos leer una y otra vez, como un estribillo monótono. La casa real de Jeroboam pronto tiene que dar paso a otra, y esta a su vez a la siguiente… Cierto, también en el sur la situación estaba lejos de lo ideal. Pero una comparación nos enseña, sin embargo, que en el norte no había ninguna estabilidad.

| *Reino del sur* | *Reino del norte* |
|---|---|
| -Existió 350 años. | -Existió 210 años. |
| -19 reyes. | -19 reyes. |
| -Una misma dinastía, la de David. | -¡9 dinastías! |
| -4 reyes murieron asesinados. | -Aproximadamente la mitad de los reyes murió de forma violenta. |
| -Centro religioso y político permanente: Jerusalén. | -El centro religioso y político están separados. |
| -Varios reyes piadosos, que llevaron a cabo reformas, (p. ej. Asa, Josafat, Joás, Ezequías, Josías). | -Aparte de Jehú, que hizo una reforma parcial, no hubo ningún rey piadoso. |

Ya lo ve, el reino del norte nos muestra un cuadro muy penoso. En el libro de los *Reyes* la historia de 'Israel' (reino del norte) y la de Judá (reino del sur) están entremezcladas. Para no complicarnos haré primero un pequeño bosquejo de lo que ocurrió en el reino del norte. Luego veremos lo que *Reyes* nos cuenta sobre el reino del sur.

## REINO DEL NORTE

**Por esta causa los corté por medio de los profetas (*Os. 6:5*)**

*Reyes* es un libro profético, un libro de y sobre profetas. En su gracia, Yahvé no desamparó a las tribus del norte, sino que, una y otra vez, les envió su Palabra. Ya lo vimos con la inauguración del altar en Betel. Lo vemos también en la vida posterior de Jeroboam. El mismo Ahías, que le profetizó el reinado, proclama también la desaparición de su dinastía, sí, de todo Israel (*14:7-16*). Y todo ello por la apostasía que vino con Jeroboam.

Baasa conspiró contra el hijo de Jeroboam, y le mató junta a su familia. Pero él también anduvo en el camino de Jeroboam, que hizo pecar a Israel. Por lo que le vino palabra del profeta Jehú: también la dinastía de Baasa desaparecería (*16:1-4, 7*).

Y esto es lo que pasó efectivamente. Las revoluciones de palacio estaban a la orden del día. Finalmente Omri se hizo rey. Parece que era un rey con mucho carácter, que edificó Samaria para ser la capital. Su hijo era el conocido Acab, en cuyo tiempo se reedificó la maldita Jericó. Aquella reconstrucción es la prueba de que a la dinastía de Omri las profecías la traían sin cuidado. Acab estaba casado con una princesa de Sidón, Jezabel, bajo cuya influencia perniciosa él fue más lejos que sus antecesores. No sólo mantuvo el culto al becerro de oro en Betel, sino que además introdujo el culto al Baal de Tiro, y construyó un templo para aquel ídolo en Samaria. Por su culpa, Israel vuelve a la religión cananea (*16:30 ss.*).

Pero el Señor aún no abandona a su pueblo. De repente aparece en medio de Israel la Palabra del Señor en la figura de Elías, que anuncia una sequía (*17:1*).

A partir de ahora, el libro de *Reyes* centra la atención en aquel especial varón de Dios que es Elías, por cuyo ministerio Israel es llamado de forma poderosa a volverse a Yahvé. El Señor le cuida milagrosamente. Más allá de los límites de Canaán encuentra refugio, y allí hace milagros; lo cual es una señal de que la gracia de Dios puede pasar por alto a Israel (*Lc. 4:26*). Al final, Elías – a quien Acab llama "el que turba a Israel", un Acán, que trae la desgracia sobre Israel (*17:17*) – consigue que se convoque una reunión en el monte Carmelo. Aquel monte estaba dedicado a Baal, el dios de la lluvia, que estos últimos tres años les había defraudado.

Ahora, en el monte Carmelo, se iba a saber quién podía hacer llover: Baal o Jahvé.

La victoria es de Yahvé, cuyo fuego consume el sacrificio de Elías. El destino de los profetas de Baal está sellado y el monte Carmelo retumba del griterío: ¡Yahvé es Dios! Y cuando ora Elías empieza a llover a cántaros. Sin embargo, el entusiasmo del pueblo demuestra ser solamente de carácter pasajero; y la impresión que dejó en Acab rápidamente se desvanece. Pues Jezabel tiene sus planes: quiere que se restaura el culto a Baal y quiere la muerte del varón de Dios.

Por eso, en el capítulo 19 encontramos a Elías en una situación de depresión, como les suele ocurrir a menudo a los profetas después de un momento cumbre (cf. *1 R. 13:14*; *Jon. 4:6*; *Jer. 20:7 ss.*). Se dirige a Horeb, el monte donde Dios se reveló. Y allí se lamenta y se queja de la apostasía y de su soledad. Pero el Señor sabe infundirle un nuevo valor para el ministerio y darle una nueva perspectiva al hombre cansado de la vida. El Señor se revela en fenómenos naturales, y los acompaña de explicaciones:

| | | |
|---|---|---|
| Viento poderoso | Estos fenómenos nos recuerdan la revelación que acompañó el | Hazael por rey de Siria |
| Terremoto | momento en que Dios dio la Ley (*Ex. 19:16-18*). Indican el come- | Jehú por rey de Israel |
| Fuego | tido de Elías; tiene que ungir a: | Eliseo como su propio sucesor |

Por medio de estas tres señales es anunciado el juicio sobre el abandono del Pacto. Pero la última señal habla de gracia; en ella 'estaba' el Señor: un silbo apacible y delicado. Y con esto concuerda la siguiente promesa:

"Y yo haré que queden en Israel siete mil, cuyas rodillas no se doblaron ante Baal, y cuyas bocas no le besaron" (*19:18*).

En el artículo 27 de la *Confesión Belga* se cita este texto para demostrar la preservación de la Iglesia frente al furor del mundo entero: "y será hasta el fin…, si bien, a veces, durante algún tiempo ella parece a los

ojos de los hombres haber venido a ser muy pequeña y quedar reducida a una apariencia". La aritmética de Dios es otra que la nuestra; incluso si la Iglesia se ve forzada a hacerse invisible, la obra de reunión de creyentes continúa; en *1 de Reyes* se habla del número simbólico de 7.000, y en *Apocalipsis* se menciona la cifra de 144.000 (cf. *Ro. 11:1-5*).

Cuando proseguimos la lectura de este libro, otra vez nos llama la atención la gran influencia de los profetas; Yahvé no suelta al reino del norte. Eliseo es llamado – el desánimo de Elías ha dado paso a una nueva perspectiva de la palabra profética –. El capítulo 20 nos coloca en medio de la batalla. Ahí también está la profecía que anima a luchar contra los enemigos de la Iglesia (*vv. 13, 14, 22, 28*), pero que también castiga (*vv. 35 ss.*) cuando la antítesis de repente se convierte en la constitución de una falsa fraternidad (*v. 32*). Los capítulos 21 y 22 muestran finalmente cómo Acab es juzgado por la palabra profética, con motivo de la conocida anexión de la viña de Nabot a los dominios del rey. Estamos acostumbrados a verlo como un acto de voluntad de poder, y lo era. Pero hay aquí también otro trasfondo, menos visible. Los cananeos no conocían la propiedad familiar inalterable; su rey estaba investido con una dignidad dictatorial. Pero en Israel, sin embargo, la situación era distinta. Los ciudadanos libres disfrutaban de un derecho inviolable de la heredad. El rey tampoco estaba ahí para señorear, sino para servir: tenía que ser la prefiguración del Mesías venidero, que haría vivir seguro a Israel debajo de su parra y debajo de su higuera. Por eso fue tan abominable lo que hizo Acab: deliberadamente eligió la ley cananea de la herencia y quiso ser un rey autocrático, como tenían los demás pueblos. Y ahora, que Acab se convierte en una caricatura del Mesías, se ve confrontado con la Palabra. Acab es un Acán, él trae la desgracia sobre Israel. Así lo dice Elías. Y después lo dice Micaías *ben* Imla (*22:8 ss.*). Israel es esparcido por los montes, como ovejas que no tienen pastor; un espíritu de mentira seduce a los profetas de Acab. Luego, el carro de Acab es lavado en el estanque de Samaria.

La actitud de la casa de Omri no cambia con Ocozías, el sucesor de Acab. El rey, estando enfermo, consulta al ídolo de Ecrón: Baal-zebub. Al menos, lo intenta…, sólo para encontrarse con la palabra fulgurante de Elías. El que ruega por su vida a Baal, recibe de Yahvé la muerte (*2 R. 1*).

Si, la profecía continúa. Eliseo recoge el manto de Elías del suelo; - Elías, cuyas obras recuerdan en tantos aspectos a las de Moisés (1) –. Y enseguida, en su investidura misma, Eliseo muestra el poder vivificante, pero también mortal, de la Palabra. Vivificante, si es buscada como en Jericó. En esa ciudad maldita se revela la bendición de Yahvé. Pero en Betel, que había conocido tanta gracia (pensemos en la revelación a Jacob), una maldición mortal cae sobre la 'esperanza de la nación' que se está burlando (*2:19 ss.*).

Ahora vemos en el capítulo 3 una cosa muy curiosa. Cuando el profeta obedece la Palabra de Yahvé, también él trae maldición sobre Israel. Fíjese bien: Eliseo ayuda al rey Joram, que, como hizo antes su padre, va a la guerra con el rey Josafat. La campaña contra Moab va viento en popa. Pero Eliseo no se opone en absoluto a la táctica de la tierra quemada, que ellos aplican. Y esto iba en contra de la misericordiosa ley de guerra de Israel. Lea sino *Deuteronomio* 20:19, 20. Por la barbarie de Israel y Judá, el rey Mesa de Moab es llevado a un acto desesperado: sacrifica a su primogénito en la muralla de la ciudad, al dios Quemos. Un 'gran enojo', se supone del Señor, hace que los ejércitos se retiran. También la palabra de Eliseo tenía que sujetarse a las demás revelaciones del Señor. Por cuanto los profetas han de someterse a los profetas.

Si este es el caso, entonces la palabra profética puede obrar grandes milagros, incluso en una situación deformada. Encontramos varios ejemplos de ello en el capítulo 4 y siguientes. Cada vez trata de lo mismo: la Palabra que vivifica. Con mucha razón se han comparado las señales que hizo Jesucristo con las de Eliseo. La similitud entre la multiplicación de Eliseo y la de Cristo es asombrosa (cf. *4:42 ss.* con *Mt. 15:32 ss.*; *Jn. 6:5 ss.*). Aquí nunca se trata de demostrar algo con los milagros, Eliseo no ofrece un espectáculo para mostrar su habilidad como hechicero, él actúa con miras a la existencia y subsistencia de la Iglesia de Dios. De igual modo Cristo rehusó hacer milagros 'de lujo', y sólo actuaba como Pastor para las ovejas perdidas de Israel.

Y ahora no tenemos que pasar por alto el otro aspecto de la Palabra, pues, ¿no es verdad que también puede matar, juzgar? No debemos contraponer Eliseo a Elías; también en Eliseo había un eco de los rayos y truenos del Sinaí. En este respecto, piense en su 'entrada' en Betel, y luego en el juicio sobre el oficial en la liberación de Samaria (*7:17*); en la unción del cruel Hazael, que debilitaría las fronteras del norte de Israel, para que luego sería una presa fácil para los ejércitos de Asiria (*8:7 ss.*); y por último, piense en la unción de Jehú (*9:1*). La palabra de juicio, que pronunció Elías, se cumpliría completamente. Aunque la casa de Omri era tan extensa que las inscripciones asirias llaman a Israel 'país de Omri', – el que se identifica con Canaán, padecerá el juicio sobre Canaán –. La furia destructiva de Jehú hay que ver en primer lugar como un juicio sobre la apostasía (*caps. 9 y 10*).

**De Samaria fue cortado su rey como espuma sobre la superficie de las aguas (*Os. 10:7*)**

El celo de Jehú por el Señor tiene sus límites. Extermina el culto de Baal, pero deja intacto el culto del becerro de oro en Betel. Extermina la casa de Acab, pero lo hace de una manera tan tremendamente soldadesca, que Oseas habla después de la deuda de sangre de Jezreel (*Os. 1:4*). Es

cierto que Jehú recibe, por su celo, la promesa que su casa reinará hasta la cuarta generación (*10:30*). Pero pasado un siglo el régimen de esta dinastía llega a su fin.

Lo cual no quiere decir que esta casa no produjo reyes valientes. Asimismo hubo contacto con los profetas, como se muestra cuando muere Eliseo. Le visitó el rey Joás, y Eliseo le promete una victoria sobre Siria (*13:14 ss.*), pero Joás no dio muestras de una fe grande. El hijo de Joás era Jeroboam II, el cual según la profecía del conocido Jonás, fue enviado por el Señor como un redentor (*14:25 ss.*). A propósito, vemos aquí a Jonás actuar en un marco muy nacional, y por ello se entiende mejor que no tenía muchas ganas de ir a predicar el Evangelio de salvación en Asiria, un estado que se estaba acercando de forma amenazante. La época de Jeroboam II era por cierto un período en el que el sentimiento nacional experimentó un auge. Aparentemente, se restauraron los límites del antiguo reino de David; Damasco se sometió a la casa de Jehú. Pero con Zacarías, el hijo de Jeroboam II, se había llegado a la cuarta generación. Los profetas Amos y Oseas nos muestran la decadencia en aquellos días de prosperidad aparente. El pecado de Jeroboam I no dejó de estar presente.

“Ellos establecieron reyes, pero no escogidos por mí;
constituyeron príncipes, mas yo no lo supe;
de su plata y de su oro hicieron ídolos para sí,
para ser ellos mismos destruidos.
Tu becerro, oh Samaria, te hizo alejarte;
se encendió mi enojo contra ellos…
por lo que será deshecho en pedazos el becerro de Samaria” (*Os. 8:4 ss.*).

¡Reyes, no escogidos por mí! Usurpador tras usurpador tiene que dar paso al siguiente. Mientras, el peligro en forma de Asiria se está acercando. Primero pagan tributo a Asiria; luego rompen el tratado y ven cómo este coloso militar se vuelve contra ellos. No de golpe, sino poco a poco, la población es llevada en cautiverio (*15:29*). El último rey de Israel logró todavía un acuerdo con Asiria, pero como el partido pro egipcio en Israel ganó, Salmanasar no tuvo más contemplaciones. El rey de Israel fue llevado prisionero. Y después de un asedio imponente que duró tres años, también Samaria fue tomada y al resto del pueblo le esperaba un largo exilio en un país lejano.

Un epílogo explica de forma clara por qué el Señor permitió todo esto. *Reyes* es un libro profético y se nos dice con mucha claridad que esto sucedió porque no habían hecho caso a la voz de los profetas. El culto de los becerros, el culto de Moloc, la canaanización de la religión, en suma: “ellos no obedecieron, antes endurecieron su cerviz, como la cerviz de sus

padres, los cuales no creyeron en Yahvé su Dios. Y desecharon sus estatutos, y el pacto que él había hecho con sus padres, y los testimonios que él había prescrito a ellos” (*17:14, 15*).

Y ¿qué es lo que pasó con la tierra de las tribus en el exilio? Asiria la pobló con otros pueblos, que se mezclaron con lo poco de Israel que había quedado. Para librarse de una plaga de leones, hicieron volver a un sacerdote, alguien políticamente inofensivo. Aquel hombre se establece en Betel, y de ello es fácil deducir en qué sentido ha enseñado ‘la ley del Dios del país’ a los interesados; el antiguo pecado de Betel se volvió a practicar. Y a la vez, los emigrantes obligados se aferraron al principio a los dioses de su tierra amada. ¿Nos puede extrañar que más tarde, Esdrás y Nehemías no apreciasen para nada la colaboración de los samaritanos en la reconstrucción del templo? Y, sin embargo, algún día vendrá también para los samaritanos el día de salvación (véase p. ej. *Jn. 4* y *Hch. 8*).

## REINO DEL SUR

**De Roboam a Asa – deformación y reforma –**

Afortunadamente, si comparamos la historia del reino del sur con la del norte, podemos comprobar que en la del sur hay algunas cosas buenas. Había reyes que emprendían reformas y que conocían cuál era el secreto de toda bendición. En épocas doradas el trono y el altar se encontraron; el trono de David y el verdadero altar, dedicado a Yahvé. Pero, en general, Judá se comportaba como Israel; en el aspecto religioso se igualaba a los demás pueblos. Vemos que se produce un endurecimiento progresivo en el pueblo; aunque las reformas pueden aplicar una capa de barniz exterior, no obstante, los profetas Isaías y Jeremías exponen lo tremendamente corrupto de la situación.

Ya empieza mal con Roboam. La religión verdaderamente cananea de ‘sangre y tierra’ gana terreno por todas partes. La madre amonita del rey seguramente habrá tenido mano en esto; aquellas reinas madre solían tener bastante influencia en la corte. Y de una amonita no se podían esperar cosas muy buenas, teniendo en cuenta la tolerancia de Salomón para con las mujeres de su harén. ¡A que Naama no habrá dicho como Rut: tu Dios es mi Dios! Pues Salomón la dejó tener su propia ‘capilla’.

Con el cambio de la situación, también desaparecieron los últimos brillos de la gloria de Salomón. Sisac de Egipto subió contra Roboam y Jerusalén. Dejó que Roboam continuara como rey, pero se llevó los tesoros del palacio y del templo, entre otros, los 500 escudos de oro de la casa del bosque del Líbano, que Roboam hizo sustituir después por escudos de bronce. Este último hecho ha sido un tema de meditación para oradores y pensadores en sus advertencias contra seguir una tradición vacía. El desfile

de la guardia del templo con los escudos de bronce que Roboam solía presenciar, era pues un espectáculo ridículo. Él mantuvo la religión estatal, pero junto a ello prosperó todo tipo de paganismo.

Su sucesor Abiam no mejoró la situación (*1 R. 15:1 ss.*). Mas leemos esas palabras tan conmovedoras: “por amor a David, Yahvé su Dios le dio lámpara en Jerusalén, levantando a su hijo después de él, y sosteniendo a Jerusalén.” Aquel hijo fue Asa. Y este anduvo en los caminos de su antepasado David. No tuvo contemplaciones con la idolatría; privó de poder a la reina madre, que apoyaba el culto de las imágenes, y guardó los donativos sagrados en el templo. Sin embargo, estos donativos desaparecieron enseguida, cuando Baasa, rey de Israel, con su ejército le puso en un apuro. Asa los envió junto con sus propios tesoros a Ben-adad, de Siria, para que este rompiera su alianza con Israel. Ben-adad accedió a su petición. No obstante, ¿no se nota aquí una falta de confianza en el Señor? El relato de las historias de Judá nos volverá a mostrar este rasgo una y otra vez. Por otra parte, el siguiente renglón del himno de Lutero, basado en el Salmo 46, sigue conservando su actualidad: “Nuestro valor es nada aquí, con él todo es perdido.”

**De Josafat a Acaz – reforma y deformación –**

A Asa le sucedió su hijo Josafat. También él sirvió al Señor y continuó la lucha contra el culto cananeo y pagano. Pero igualmente en este rey, que hizo lo recto ante los ojos del Señor, vemos maniobras políticas equivocadas. Josafat puso fin a las guerras con el pueblo hermano Israel. Pero, las sustituye ahora por una colaboración amplia con la casa impía de Acab. Josafat se va a la guerra con Acab (*cap. 22*), y es bastante efusivo en sus muestras de amistad (*22:4*). También con Joram va a la guerra (*2 R. 3*). Y casa a su propio hijo, que también se llama Joram, con una hija de Acab: Atalía (*8:18*). Nada bueno se ha derivado de esta alianza monstruosa con la casa de Omri. Fue únicamente la promesa del Señor a David, la que hizo salvar a Joram (*8:19*). Igualmente, el hijo de Joram, Ocozías, anduvo en malos caminos. La alianza con la familia de Acab resultó ser fatal; ya que durante el golpe de estado de Jehú, mientras estaba de visita con el rey de Israel, él encontró la muerte (*9:21 ss.*).

A continuación, Atalía, siendo reina madre, aprovechó la oportunidad para hacerse con el poder; y, como se solía hacer en Oriente: ella mató a todos los miembros de la familia real. Solamente Joás, el hijo de Ocozías, se salvó y fue escondido en los edificios del templo. Cuando este príncipe heredero cumplió siete años, el sumo sacerdote Joiada organizó un golpe de estado, que le costó la vida a la impía Atalía. Bajo su dirección se llevó a cabo una reforma parcial. El templo de Baal fue derribado. El templo de Yahvé fue restaurado, gracias a los donativos voluntarios (*12:7 ss.*).

Sin embargo, la vida de Joás acabó mal. Cayó víctima de una revolución. Antes, ya había entregado los tesoros del templo a Hazael, de Siria. Podemos inferir de *Crónicas* que Joás dio un giro después de la muerte de Joiada. Dio otra vez la espalda al culto del Señor.

Su hijo Amasías, quien le sucedió, sirvió al Señor. No obstante, los lugares altos siguieron existiendo. Aquellos cultos locales y 'separatistas' eran la perfecta vía de entrada para el paganismo, que empezó a extenderse paulatinamente en Judá. Jerusalén perdió así su importancia para el pueblo. Y esto finalmente causaría la ruina del país, de la cuidad y del templo. Aquella futura catástrofe, la vemos prefigurada en la toma de Jerusalén por el rey de Israel, cuando le desafió Amasías (*14:8 ss.*; fíjese en la fábula de Joás). Una y otra vez el Señor ha hecho patente que Jerusalén sólo es salvada por gracia. Si la fe en esa gracia desaparece, entonces viene un Sisac, un Nabucodonosor, un Pompeyo o un Tito para quitarle a la ciudad su orgullo.

Después de Azarías y Jotam comenzó a reinar el conocido Acaz. En sus días, Israel se desliza por completo hacia el nivel cananeo. Acaz sacrifica incluso su primogénito a Moloc (= rey). Cuando el reino del norte y Siria suben contra él, compra con los tesoros del templo y del palacio la intervención de los asirios para que le libren de sus enemigos. Esta ayuda política por parte de una gran potencia extranjera dio a Acaz motivo para copiar también algo de la religión extranjera. Un altar, que había visto en Damasco, lo hizo copiar y colocar en el templo de Jerusalén (*cap. 16*). Y como hizo Jeroboam I un día: Acaz mismo, como sacerdote y rey, ofreció el primer sacrificio. A continuación, el altar de bronce de Yahvé fue arrinconado por superfluo; y, de ahí en adelante, todos los sacrificios se ofrecieron en el nuevo altar de diseño asirio… Judá se precipitó a paso agigantado hacia la ruina. El rey mesiánico, que había de ser la prefiguración de Cristo, fomentó una deformación progresiva; era una caricatura del Sacerdote y Rey que había de venir, según el orden de Melquisedec.

**De Ezequías a Josías – reforma, deformación, reforma, deformación –**

Aún así, bajo el reinado de Ezequías, y más tarde bajo el de Josías, una vez más penetra la luz. Ezequías sirve al Señor; y lleva a cabo una reforma rigurosa (*18:1 ss.*). Además pone fin a la amistad con Asiria y así libra a su país de la innecesaria influencia extranjera, que durante el reinado de su padre tuvo consecuencias tan funestas. Sin embargo, en aquellos días Asiria sube contra Israel, lo lleva cautivo, y diez años después aparece ante las puertas de Jerusalén. Ezequías había intentado apartar el peligro inminente con la entrega de un impuesto, pero fue en vano (*18:13 ss.*); Asiria aceptó el tributo y aún así sube contra Sión. Y ahora vemos lo que

puede la gracia de Yahvé. Frente a la jactancia bravucona de Asiria se revela por medio de Isaías la Palabra poderosa del Señor.

> “La virgen hija de Sión te menosprecia, te escarnece;
> detrás de ti mueve su cabeza la hija de Jerusalén.
> ¿A quién has vituperado y blasfemado?
> ¿y contra quién has alzado la voz y levantado en alto tus ojos?
> ¡Contra el Santo de Israel!” (*19:21, 22*).

Hasta ahora en *Reyes,* se ha hablado mucho de la profecía en el reino del norte, mientras que apenas se ha mencionado la intervención de profetas en el reino del sur. Ahora vemos sin embargo que allí, la palabra profética está viva, y que salva. Asiria ha arrasado con todo lo que había en las tierras. Judá se está ahogando en un mar de miseria, pero un resto, un remanente saldrá de Jerusalén (*19:31*); una promesa que sigue consolando a la Iglesia de hoy. Porque la palabra de Isaías se cumplió: como en la noche de pascua, el ángel del Señor vino y mató al ejército del rey Senaquerib. Jerusalén fue liberada. Quizás el Salmo 46 se compuso con motivo de este acontecimiento. En todo caso, este acto de salvación del Señor ha sido recordado por Israel también en tiempos posteriores. Desgraciadamente, sólo ha prestado atención a las obras de salvación del Señor, pero no a la actitud de fe que el Señor espera de su pueblo. Su razonamiento era que como anteriormente, con Ezequías, Jerusalén fue liberada, seguramente esto iba a suceder también ahora. De ahí la tranquilidad cuando se acercó Nabucodonosor; de ahí también la fuerza obstinada con la que lucharon de 68-70 A.C. para salvar a Jerusalén. Pero, ¡sólo el pueblo que guarda el Pacto puede cantar: el Señor, el Dios de los ejércitos está con nosotros y nos guarda de los peligros! Si esa fidelidad se echa en falta, entonces se aplica esto: No se dejará ni una piedra de la ciudad santa sobre otra piedra.

*2 Reyes* 20 habla de la enfermedad y recuperación milagrosa de Ezequías. *Isaías* 38 nos transmite la oración que hizo el rey en aquella circunstancia. Esta sanidad, no obstante, tuvo unas secuelas políticas. Enviados de Babilonia vinieron a felicitarle a Ezequías; el rey, lleno de orgullo, enseñó a los representantes de este imperio surgente su gloria; no fue reacio a formar una alianza como contrapeso a Asiria. Por lo que Isaías tuvo que reprender esta actitud incrédula. ¡Un día, Babilonia se lo llevaría todo!

Durante el reinado de Manasés, las voces de los profetas tenían por lo tanto un tono amenazante: “Y extenderé sobre Jerusalén el cordel de Samaria y la plomada de la casa de Acab;… Y desampararé el resto de mi heredad…” (*21:13, 14*). Manasés sumó idolatría a idolatría. Su hijo Amón, que fue muerto en una conspiración, hizo lo mismo. Sólo con Josías se ve

la luz otra vez, por poco tiempo. Porque este rey llevó a cabo una reforma. Entre otras cosas, el templo fue restaurado. Durante las obras, encontraron un libro (*22:8 ss.*), cuyo contenido (¿era *Deuteronomio*?) causó gran impresión; se dieron cuenta de que la ira del Señor se había encendido contra su pueblo. La profetisa Hulda lo confirmó: "Así ha dicho Yahvé: He aquí yo traigo sobre este lugar y sobre los que en él moran, todo el mal… por cuanto me dejaron a mí". Una lectura detenida del capítulo 23 nos enseña hasta qué punto la degeneración había avanzado; cada rey infiel había contribuido al politeísmo del culto de Judá.

**También quitaré de mi presencia a Judá, como quité a Israel,**
**y desecharé a esta ciudad… y a la casa… (*23:27*)**

Las obras de reforma de Josías se extendieron incluso hasta el norte de Israel. Pero todo esto no logró cambiar el corazón del pueblo. Las profecías de Jeremías exponen claramente la tremenda corrupción de todo. La reforma de Josías, desgraciadamente, era sólo externa. El Señor no desistió del ardor de su ira (*23:26*). Finalmente, Josías murió en una batalla contra el ejército del faraón Necao, que estaba de camino a Asiria para apoyarle a éste frente al poder creciente de Babilonia. Y, con él, se hundió la esperanza de Judá; allí, en el histórico campo de batalla de Meguido, mataron al último rey davídico que quería ser fiel al Señor. Y la manera en que murió ilustra al mismo tiempo cómo Judá se había quedado atrapado entre las dos grandes potencias de la política, Egipto y Babilonia. Primero es Egipto el que manda en Jerusalén. Joacaz es encarcelado por Necao, quien le sustituye por Joacim. Pero bajo su reinado, el poder de Babel se extiende más y más, de modo que Judá se somete a él, aunque poco después se rebela de nuevo. Por lo visto, ganó el partido pro-egipcio, sobre el que leemos mucho en *Jeremías*. Pero Nabucodonosor de Babilonia vino a sitiar Jerusalén. Y Joaquín, que entretanto había llegado a ser rey, se entregó a la gracia o la desgracia (*24:12*). Se llevaron los tesoros del palacio y del templo, además de toda la gente de la corte y la flor y nata de la población. Sedequías fue puesto por rey sobre los 'proletarios' que quedaban. Pero, también él se rebeló, negándose a pagar tributo. En julio de 586 a.C., Jerusalén es tomada por el ejército de Nabucodonosor. Tiene lugar una segunda deportación; y ahora Jerusalén es destruida por completo, el templo inclusive. Las columnas de bronce y los utensilios del templo son llevados a Babilonia. Unos cuantos del pueblo quedan atrás; pero muchos huyen a Egipto por la situación tan insegura. El libro de *Reyes* termina finalmente con la mención del indulto que recibe el rey Joaquín en la corte de Babilonia. Aunque ya nunca más va a haber ningún descendiente de David que se sienta en un trono terrenal, el linaje de David sigue existiendo; luego podrá nacer un Mesías. El Señor guarda su pacto con David. *Reyes* desemboca, más allá del cautiverio en Babilonia, en la

venida de aquél Rey, que es también Profeta verdadero y que “restaurará el reino para Israel”.

*Reyes* se escribió probablemente durante el exilio. Nos muestra que el Señor, justificadamente, hizo deportar a Israel, el cual siguió en el camino de los pecados de Jeroboam, y peores aún. Nos habla del juicio de Dios sobre la casa de David, pero también de su gracia sobre esta dinastía. El relato de reyes reformistas como Ezequías o Josías está ahí para producir esperanza: el papel que juega la casa de David no ha terminado. Y de la elevación de Joaquín a la posición de invitado de honor del rey de Babilonia surge una feliz expectación: la palabra profética se cumplirá; volverán del exilio; hay futuro para la casa de David.

(1)Piense en Moisés y Elías en Horeb; los cuarenta días; el paso del Señor delante de ellos; la lucha de Moisés contra los magos egipcios y la batalla de Elías contra los sacerdotes de Baal en el monte Carmelo; el enfrentamiento de Moisés con el faraón y el de Elías con Acab; Moisés cruza el Mar Rojo y Elías y Eliseo cruzan el Jordán en seco.

## 1º y 2º de CRÓNICAS

**Libro de consolación mesiánico para la Iglesia verdadera que tiene las antiguas promesas**

El libro de *Crónicas* se ha escrito sin duda después del exilio. Puesto que su final es idéntico al comienzo de *Esdrás*, hay bastante razón para suponer que anteriormente *Crónicas* formaba uno, en conjunto con *Esdrás* y *Nehemías*. Como el autor vivía en la época de la restauración después del cautiverio, es lógico que quisiera traer un mensaje específico para su pueblo.

La situación después del regreso de Babilonia no siempre era de color rosa. Israel no había vuelto a su antiguo resplandor. Sólo algunas tribus, de forma muy fragmentaria, habían regresado. De *Esdrás* y *Nehemías* se puede deducir cómo la deformación afloraba una y otra vez. Aunque se había restablecido el culto del templo, ¿dónde estaba la gloria de la casa restaurada de David? Forasteros reinaban sobre Judá; una serie de

potencias mundiales se sucederían, empuñando el cetro sobre Jerusalén; y aún no había llegado el fin.

Y ahora, en esta situación, viene el autor de *Crónicas*, con su escrito favorable al reino de Judá. Y con ello consuela al pueblo remanente. Ya que en primer lugar, encuadra la historia en un contexto más amplio. La primera palabra de *Crónicas* es "Adán". Lo que va a escribir sobre Israel y el asolado pueblo de Judá, es la Historia de la humanidad, la Historia en la que todos los hombres están implicados. Podríamos decir: aquí hay una descripción del Evangelio para el mundo. Y de Adán traza la línea a Abraham y su descendencia. El Pacto con los patriarcas recibe un gran énfasis, puesto que no menos de treinta veces se habla del Señor como el Dios de sus padres. Y con mucho detalle se demuestra cómo el pacto con Abraham encontró su sentido en el pacto con David. Con David, 'Israel' tenía un futuro. Porque David y sus grandes sucesores eran los que mantenían la teocracia, el reinado de Dios sobre su pueblo. Y ¿dónde sino vivía Dios, si no en su templo? Aquello fue el gran perjuicio que sufrió el norte de Israel: se había despojado del templo. Por eso, aunque sólo eran unas pocas tribus las que se reunieron alrededor del templo, *Crónicas* no duda en otorgarles el nombre de Israel (véase *2 Cr. 15:17*; *24:16*; *28:19*). Así en la congregación reducida, todo Israel se salva. Los que habían regresado expresaron este mismo razonamiento en la dedicación del templo reedificado. Se ofreció entonces un sacrificio de expiación de doce machos cabríos, "conforme al número de las tribus de Israel" (*Esd. 6:17*). El remanente de algunas tribus había vuelto; pero aquel resto representaba a todo Israel. Pues bien, de esta forma *Crónicas* alienta a los ciudadanos: en torno a David y al templo siempre se reúne todo Israel. Aquí está la verdadera Iglesia.

No obstante, *Crónicas* muestra también claramente que hacían falta profetas para enseñar a los reyes la Ley del Señor. Y cuando se alejan del testimonio, la casa de David tiene ante sí un futuro muy oscuro. Aquí notamos de forma muy intensa el mensaje mesiánico del libro de *Crónicas*: tiene que venir un Mesías, que guarda perfectamente la Ley de Yahvé, cuya obra no es una chapuza, en quien comienza el verdadero reposo para todo Israel y que da término al culto del templo. *Crónicas* es un clamor por Jesucristo, el gran Sacerdote y Rey; téngalo presente cuando eche un vistazo a las genealogías y cuando lea las historias que muchas veces no se encuentran en *Reyes*.

**Un reino mesiánico de sacerdotes (cantores)**

Con la promesa de *Éxodo* 19:5 y 6 en mente, quiero que nos acerquemos al contenido de *Crónicas*. Como vimos antes, el principio abarcó todo el mundo; una genealogía que empieza con Adán y sigue hasta Abraham. Aquí se proclama la unidad del género humano. Al mismo

tiempo se resalta la gracia soberana: Israel viene de Set, y no de Caín; el linaje tampoco pasa por Esaú/Edom – aunque se le mencione aparte – sino por Isaac. Los datos estadísticos acerca de las tribus de Israel que se dan a partir del capítulo 2 son reflejados con una cierta tendencia. La tribu de Judá, de la que descendió David, recibe mucha atención. También las tribus de Benjamín y Simeón, unidas con Judá en el reino del sur, destacan con largas listas de generaciones. Los datos de la tribu sacerdotal Leví ocupan una posición de honor (*cap. 6*). El capítulo 7 hace un breve repaso de las demás tribus. Hay que tener en cuenta que el autor da los datos de los registros hasta llegar a su propio tiempo, más o menos. En el capítulo 9 se traza incluso en grandes rasgos la población de Jerusalén en la época de Nehemías, como podemos ver al compararlo con *Nehemías* 11:3-19.

El objetivo de todo esto está claro. El Israel que ha regresado, tiene un origen importante, más aún, tiene privilegios antiguos. Desciende de un pasado glorioso. A pesar del juicio recibido, Israel ha podido continuar el pasado, en el presente amenazado del autor de *Crónicas*, en las tribus de Judá, Leví y los restos de las demás tribus. El templo sigue estando ahí, y también las promesas a la casa de David (1).

Con una genealogía como introducción, en 9:35-11:9 se describe cómo Saúl se perdió y cómo David llegó a ser rey, primero en Hebrón, y luego en Jerusalén. Listas de héroes y seguidores de todas las tribus lo subrayan. La entrada del arca recibe en este libro sacerdotal un gran énfasis. Y la Iglesia es retratada en particular aquí como una congregación que hace música y que canta, una característica que es una constante en todo el libro de *Crónicas*. Los lectores de aquellos días tenían que entender bien – y también nosotros debemos tomarlo a pecho – que la Iglesia que canta no es una Iglesia impotente. En la liturgia de la congregación se esconde un poder y una fuerza que hace temblar a cielo y tierra – el libro de *Apocalipsis* lo confirma –.

Puesto que con la liturgia hay que ser cuidadoso, encontramos en 16:8 y ss., el texto establecido (compuesto de partes de los *Salmos* 105, 96 y 106) para el culto en torno al arca en Jerusalén, para el tabernáculo y el altar del holocausto en Gabaón.

Sin duda, la promesa del Señor a David acerca de su hijo Salomón, quien construiría el templo, está aquí central (*17:1 y ss.*). La casa de David existe en torno a la casa futura de Yahvé. Cuando llegue el reposo, la victoria sobre todos los enemigos (*22:9*), Salomón comenzará a edificar.

Por lo que no hay que pensar que el relato de las victorias de David es aburrido. La lucha a espada de David, su extensa organización militar (*18:1-20:8, 27*), ¡todo ello estaba al servicio de la futura construcción del templo!; porque Israel tenía que recibir descanso, *shalom*, paz. El templo es el que domina la perspectiva.

Este es el caso también en cuanto al pecado de David al censar el pueblo. Cuando David ve al ángel en la era del jebuseo Ornán, ofrece allí mismo sacrificios, aunque en realidad Gabaón era el lugar de los sacrificios. Pero David saca de esta aparición la conclusión: “Aquí estará la casa de Yahvé Dios, y aquí el altar del holocausto para Israel” (*22:1*). Yahvé mismo le indicó el lugar que Él ha escogido (*Dt. 12:5*).

Este hecho fue motivo para que David se esforzara en reunir muchos materiales. Los levitas, cantores y otros siervos del templo fueron distribuidos y organizados de nuevo. Fíjese en que los sacerdotes y cantores fueron repartidos en veinticuatro (dos veces doce) grupos de servicio. Zacarías, el padre de Juan el Bautista, perteneció al grupo de Abías (*Lc. 1:5*; cf. *1 Cr. 24:10*). Cuando en *Apocalipsis* se habla de los 24 ancianos, no se refiere solamente a ángeles, sino que por su número se les puede relacionar también con el número de los grupos de sacerdotes y cantores.

*1 Crónicas* concluye con la misión de Salomón de edificar el templo, el registro de las ofrendas para el templo, seguido por el canto de alabanza de David, la subida al trono de Salomón y la unción de Sadoc por sumo sacerdote.

En 28:9 David define de forma muy clara cuál es el deber de un rey teocrático: “Si tú le buscares, lo hallarás; mas si lo dejares, Él te desechará para siempre” (cf. *1 S. 12:24, 25*). La condición de rey sólo tiene su base firme en el culto de Yahvé. Por eso leemos en 29:23 que Salomón se sentó en el trono de Yahvé, en lugar de David. Tenía que representar a Yahvé; ese era el significado de su ministerio. Si la casa de David faltara a su llamado, perdería su derecho a existir. La segunda parte de *Crónicas* (naturalmente, la división en dos libros no la hizo el autor, lo mismo vale para *Samuel* y *Reyes*) acabará luego con una casa de David que es apartada del trono del Señor.

También en la segunda parte predominan mucho los ‘motivos sacerdotales’. Con mucho detalle se relata la edificación del templo y su dedicación. Los demás hechos del gobierno de Salomón sólo se mencionan brevemente.; toda la atención va dirigido a él como constructor del templo; incluso de su apostasía del Señor no se habla para nada. El texto es casi idéntico al de *Reyes*. Cuando *Crónicas* omite algunas cosas que sí encontramos en *Reyes*, no debemos pensar en una tergiversación de la historia; puesto que el autor hace continuamente referencia a sus fuentes, y presupone que la materia es conocida. Un mismo caso se da en el evangelio de *Juan* en comparación con los otros evangelios. En el primero ni siquiera encontramos la institución de la Santa Cena; Juan supone que sus lectores estaban al tanto; sólo transmite lo que estimaba necesario en relación con el objetivo de su libro. Y lo mismo se aplica al autor de *Crónicas*. Él destaca aquello que le es más útil para la estructura de su obra (¡centra toda su

atención en David y el templo!). Además encontramos todo tipo de datos que no vienen en *Reyes*. Justo como encontramos muchas cosas en el evangelio de *Juan,* que no están en los demás evangelios.

**El ministerio de los siervos del Señor, los profetas**

Así como en *Reyes* se presta muchísima atención a las intervenciones de los profetas en el reino del norte, mientras que se dice poco o nada de sus actividades en Judá, así en *Crónicas* a menudo se hace mención de acción profética en el reino del sur.

Precisamente el libro 'sacerdotal' de *Crónicas* pone de relieve el enorme significado que tienen los profetas para los reyes; ellos dirigen, controlan, aconsejan y reprenden al rey. Los profetas también han registrado sus actos; y son estos libros que el autor de *Crónicas* ha utilizado concienzudamente al compilar su obra (véase p. ej. *1 Cr. 29:29*; *2 Cr. 12:15*; *20:34*, etc.).

En cuanto a la relación profeta/rey quiero que nos fijemos en algunas porciones de *2 Crónicas*. Ya con Roboam vemos intervenir a un profeta, cuando el rey quiere luchar contra el pueblo hermano de Israel (*11:1 ss.*). El mismo profeta Semaías hace un llamamiento a la penitencia cuando Sisac, rey de Egipto, se está acercando (*12:5*). Y de nuevo es un profeta, Azarías, que anima al rey Asa a continuar sus obras de reforma después de haber vencido a los 'moros' (*15:1 ss.*) – quizás eran beduinos árabes, tenían camellos (*14:15*) –. Y cuando Asa se involucra en alianzas políticas con Siria y hace pasar el pacto con el Señor a un segundo plano, viene Hanani, que le anuncia el juicio; un acto que Hanani paga con su libertad; a los reyes no les gusta que les lleven la contraria (*16:7-10*).

En la historia del rey Josafat aparece el profeta Micaías, también mencionado en *Reyes*; él anuncia la muerte de Acab, con quien Josafat se había juntado para una batalla (*18:6 ss.*). Y cuando Josafat vuelve después de la derrota, está ahí Jehú, el hijo de Hanani, que le da una severa lección: "¿Al impío das ayuda, y amas a los que aborrecen a Yahvé? Pues ha salido de la presencia de Yahvé ira contra ti por esto" (*19:2*). Y cuando el rey mas tarde quiere embarcarse de nuevo (y ahora literalmente) con un hijo de Acab en aprestar una flota mercantil, Eliezer profetiza el fracaso de la expedición; puesto que la antítesis no había sido respetada (*20:37*).

En 21:12 ss., leemos incluso de una carta del profeta Elías dirigida al impío Joram, casado con una hija de Acab. Cuando Joás da la espalda al Señor después de la muerte de su padre adoptivo, el sacerdote Joiada, son otra vez los profetas, los que le amonestan. Entre ellos está también Zacarías, el hijo de Joiada. Esto resultará ser fatal; es denunciado por el pueblo, que no tolera su profecía, y el rey no tiene ningún inconveniente en hacerle ejecutar en el patio del templo (*24:20-22*). Pero la sangre de este hijo de profeta no descansó. Moribundo, Zacarías dijo: "Yahvé lo vea y lo

demande." Mucho más tarde, el Cristo hablaría de "la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, quien fue muerto entre el templo y el altar"; toda esa sangre vendría como venganza sobre Jerusalén, que mata a los profetas (*Mt. 23:29*-39). Sí, el Señor habló por medio de profetas a Manasés y su pueblo (*2 Cr. 33:10*); pero, a la larga, ya nadie les escuchaba. Por eso vino finalmente el castigo anunciado; la ira del Señor se subió de tal manera contra su pueblo, que ya no hubo remedio (*36:16*).

He querido considerar este tema con tanto detalle (2), ya que le será de gran beneficio en la lectura. Al lado del rey está el profeta; cuanto menos escucha el rey, más se oye el clamor por aquél Rey, que es Él mismo el Profeta y Maestro mayor, Jesucristo.

**El poder de la liturgia de la Iglesia verdadera**

Al lado del rey está, además, el ministerio sacerdotal, con sacrificios y cánticos. ¿Acaso no es *Crónicas* un libro sacerdotal? Una y otra vez se llama la atención hacia el culto verdadero y según la Ley del Señor: ¡reforma! Abías, Asa, Josafat, Ezequías, Manasés, Josías. Y claramente se expone cómo la Iglesia, por el culto puro del Señor, también era fuerte en el área política. Porque el culto de adoración de la Iglesia tenía poder para vencer a ejércitos. Puede usted leer de los sacerdotes tocando las trompetas (*13:14*) y los cantores cantando alabanzas (*20:21*) ¡en los campos de batalla! Aquí hay un mensaje para la Iglesia de hoy. No debemos darnos golpes en el pecho por orgullo: ¡este es el templo del Señor! ¡Estamos a salvo! No se encuentra salvación en un culto externo en sí. Pero no por eso debemos menospreciar el culto al Señor. Las oraciones salvan. Y la liturgia de la Iglesia hace estremecer el mundo. Por algo es que *Apocalipsis* describe a la Iglesia cantando alrededor del Cordero en el monte de Sión, en medio de todo tipo de juicios. El cántico de Moisés no muere nunca, sino que se oirá hasta en la eternidad. Toda la Historia de salvación está imbuida del canto de la Iglesia. Y este cantar de la Iglesia no es un mero cántico idílico en medio del fragor de las guerras. No es en absoluto un esfuerzo inútil de unas almas pálidas e ingenuas. Es el poder de la oración de la Iglesia, con la que vence al enemigo.

Al final de su vida, David, consultando con los principales (¡él no era ningún monarca autocrático!), ha ampliado considerablemente el servicio de los levitas con miras al templo que se iba a construir (*1 Cr. 23*). Al mismo tiempo organizó el ministerio del canto y de su acompañamiento musical (*1 Cr. 25*). Es sabido que él mismo también componía salmos. En *2 Crónicas* 29 se habla de los instrumentos de David, rey de Israel (*vv. 26, 27*). Ezequías y los príncipes ordenaron a los levitas alabar al Señor "con las palabras de David y de Asaf vidente" (*v. 30*).

El hecho de que *Crónicas* menciona con tanto énfasis este enriquecimiento del culto que Moisés estableció, nos puede animar a

dedicar atención especial a ello. En aquel entonces, el Señor ya estaba aproximándose con sus obras a la era del nuevo Pacto, en la cual el culto del templo con sus sacrificios habría caducado, pero el culto de oración y alabanza se mantendría. “Antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos, y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo” (*Ef. 5:18-20*). “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de Él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre” (*He. 13:15*; cf. *Sal. 50:14, 23*; *Is. 57:19*). No es cosa de cantar un momentito un salmo o himno mientras… se pasa la ofrenda, por ejemplo. ¡Ahora que Cristo ha ofrecido el sacrificio expiatorio, podemos continuar, de una manera neotestamentaria, la alabanza del templo! Eso es también la predicación poderosa de *Crónicas*: ahora, que todos tenemos por medio de Cristo el ministerio sacerdotal, una oración cantada puede mucho (*Stg. 5:16*).

**El pacto con los patriarcas, con Israel en Horeb y con David**

En su cántico de alabanza, después de haber reunido los donativos para la construcción del templo, David llama al Señor: Dios de Abraham, de Isaac y de Israel nuestros padres (*1 Cr. 29:18*). En la liturgia del templo establecida por David, se habla con mucho énfasis del Señor que “hace memoria de su pacto perpetuamente, y de la palabra que Él mandó para mil generaciones; del pacto que concertó con Abraham, y de su juramento a Isaac; el cual confirmó a Jacob por estatuto, y a Israel por pacto sempiterno” (*1 Cr. 29:15-17*). Las mismas palabras encontramos en el Salmo 105:8-10. Dios nunca cambiará su verdad, sino que se acordará para siempre de su pacto. Esta idea se resalta una y otra vez en *Crónicas*. “Dios nuestro, ¿no echaste tú los moradores de esta tierra delante de tu pueblo Israel, y la diste a la descendencia de Abraham tu amigo para siempre?” (*2 Cr. 20:7*). Generaciones posteriores de Israel siempre podían pleitear basándose en el pacto concertado con los patriarcas anteriormente. “Hijos de Israel, volveos a Yahvé el Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, y Él se volverá al remanente que ha quedado de la mano de los reyes de Asiria” (*2 Cr. 30:6*).

No obstante, la alianza hecha con los patriarcas ha sido renovada y confirmada en el pacto que se estableció con el pueblo de Israel en el monte Sinaí, después de la salida de Egipto. *Crónicas* también lo señala. El Dios de los padres es a la vez el “Dios de Israel”.

> “¿Y qué pueblo hay en la tierra como tu pueblo Israel, cuyo Dios fuese y se redimiese un pueblo, para hacerte nombre con grandezas y maravillas, echando a las naciones de delante de tu pueblo, que tú rescataste de Egipto?

Tú has constituido a tu pueblo Israel por pueblo tuyo para siempre; y tú, Yahvé, has venido a ser su Dios” (*1 Cr. 17:21, 22*).

*Crónicas* muestra una y otra vez que el Señor guarda su pacto y que Israel tiene la obligación de mantener el pacto que se estableció en Horeb. Incluso, a pesar de toda la apostasía, el Señor sigue estando abierto al reino del norte, a las diez tribus. El profeta Semaías llama “hermanos” a aquellos que apoyan a Jeroboam (*2 Cr. 11:4*; cf. *28:11*). El profeta Obed y el rey Ezequías se dirigen a los soldados del reino del norte refiriéndose al Señor como “Yahvé, vuestro Dios” (*2 Cr. 28:10*; *30:8*); “someteos a Yahvé, y venid a su santuario, el cual él ha santificado para siempre; y servid a Yahvé vuestro Dios” (*30:8*).

Aparte del pacto con Abraham y el pacto con Israel, hay otro pacto en *Crónicas* que recibe mucho énfasis: ¡el pacto con David!

Es sorprendente que este pacto lleva los mismos rasgos que los otros dos. Es un ‘pacto eterno’, un pacto que alcanza hasta la era mesiánica (*1 Cr. 17:14, 23, 27*; *22:10*; *28:4, 7*).

“¿No sabéis vosotros que Yahvé Dios de Israel dio el reino a David sobre Israel para siempre, a él y a sus hijos, bajo pacto de sal?” (*2 Cr. 13:5*).

También este es un pacto de gracia. De lo que aquí se trata es la elección de Dios (cf. *1 Cr. 16:13*; *28:6, 10*; *29:1*). Incluso bajo el reinado del impío rey Joram, el Señor no quiere destruir la casa de David, “a causa del pacto que había hecho con David, y porque le había dicho que le daría lámpara a él y a sus hijos perpetuamente” (*2 Cr. 21:7*). Luego hay obligaciones y castigos vinculados a este pacto (*2 Cr. 6:16*).

La casa de David no existe para sí misma. Y el pacto con David no se puede desvincular del pacto con Israel. David entendió que el Señor le había confirmado como rey sobre Israel, ya que había exaltado su reino, por causa de (sobre) su pueblo Israel (*1 Cr. 14:2*). Tanto Hiram de Tiro como la reina de Saba decían que Salomón fue puesto por rey sobre Israel “porque Yahvé amó a su pueblo” (*2 Cr. 2:11*; *9:8*). Precisamente a causa del reinado de la casa de David, el pacto entre el Señor e Israel volvía a recibir una y otra vez un nuevo impulso.

Desde esta perspectiva tenemos que considerar el interés de David por el arca y el templo, y el celo que mostró Salomón para la construcción del templo. Además se puede señalar a: Asa, que renovó el altar; Josafat, que promovió la enseñanza de la Ley; Joás, que restauró el templo; Jotam, Ezequías, Manasés y Josías, que cada uno a su manera cuidaron del culto del templo y pusieron límites a la idolatría.

Y constantemente aparece aquí la palabra ‘pacto’. Con las reformas, el antiguo pacto se confirmaba de nuevo, bajo la dirección del rey davídico. Lo que muestra cómo el pacto de David funcionaba dentro del pacto con Israel. La casa de David fue llamada para guardar el pacto entre el Señor e Israel, y, si este hubiese caído en el olvido, tenía que volver a ponerlo en el centro de la atención mediante una reforma. ¿No era el rey de la casa de David el representante de Dios, su apoderado, que se llamaba “rey para/ante Yahvé” y que estaba sentado en el trono del reino de Yahvé sobre Israel? (*1 Cr. 28:5*; *29:22, 23*; *2 Cr. 9:8*).

Que el fuego descendió sobre el altar después de la oración de Salomón en la dedicación del templo, era una aprobación del cambio en la forma de continuar el pacto hecho en el Sinaí (*2 Cr. 7:1*; cf. *Lv. 9:24*; *1 Cr. 21:26*).

Bajo el reinado de Asa se renovó el pacto con el Señor como colofón a la purificación del templo. Su alianza con Siria contrastó de forma tremenda con ello (*2 Cr. 15, 16*). Bajo la dirección del sumo sacerdote Joiada se hizo un pacto con el rey – es decir, el menor de edad Joás – en la casa de Dios (*2 Cr. 23*); comprometiéndose a ser pueblo de Yahvé (*v. 16*). Las grandes fiestas de la pascua, que tanto Ezequías como Josías organizaron en el marco de sus reformas del templo, pueden considerarse como una confirmación del pacto renovado (*2 Cr. 30, 35*).

*Crónicas* fue escrito después del exilio, cuando ya no había rey en Israel. ¿Iba a olvidar Dios su gracia, sus promesas a la casa de David? ¿Podrían seguir cantando: “Y nuestro rey es dado por el Dios de Israel? *Crónicas* termina, y con ello conecta con el libro de *Esdrás*, con una parte del decreto de Ciro que promete la construcción de un templo y permite a Israel a emprender el viaje a Jerusalén. Un nuevo futuro estaba esperando. Se dice claramente: “para que se cumpliese la palabra de Yahvé por boca del profeta Jeremías.” Entonces, ¿no iba a cumplir el Señor las antiguas promesas a David, según la profecía de Jeremías? (*Jer. 25:5, 6*; *33:19 ss.*). ¿Cómo iba a mentirle a David? (*Sal. 89:35*). Por lo tanto, *Crónicas* es una sola predicación continuada de la era mesiánica venidera. Jesucristo, el gran Hijo de David que está sentado en el trono de su padre David y el trono del Señor, ha dado comienzo a ella. Él ha confirmado el pacto renovado con su sangre. El antiguo pacto con Abraham, Israel y David ha entrado por medio de Él en una nueva fase, ahora que ha llegado la era mesiánica (cf. los cánticos de alabanza de María y de Zacarías, *Lc. 1:55, 69-73*).

Por eso es de tal actualidad para nosotros el mensaje de *Crónicas*, ahora que el cumplimiento completo de las promesas de Dios todavía está por venir. Yendo radicalmente en contra del espíritu de adaptación y duda, al verdadero Israel se le anima a ser fiel al Dios de los padres, el Dios de David. El cumplimiento de la era mesiánica está cerca. “Y digan las

naciones: Yahvé reina” (*1 Cr. 16:31*; cf. *Sal. 96:10*; *Ex. 15:18*). “Y levantaré sobre ellas a un pastor, y él las apacentará; a mi siervo David” (*Ez. 34:23*).

**Y leyó a oídos de ellos todas las palabras del libro del pacto (*2 Cr. 34:30*)**

En el tiempo en que se escribió *Crónicas*, la profecía había desaparecido casi por completo. Si el remanente de Israel hubiera tenido que depender de la aparición de un nuevo profeta tras otro, habría estado expuesto a todo tipo de enseñanza. Por eso es importante que nos fijemos en la atención que presta *Crónicas* cada vez, a la Palabra escrita del Señor. Gracias a ello, a Israel no le faltó una dirección firme, había una norma fija y escrita.

David dijo encarecidamente a Salomón y al ‘consejo del pueblo’ que guardaran escrupulosamente todos los estatutos y decretos que el Señor mandó a Moisés para Israel (*1 Cr. 22:13*; *28:8*; *2 Cr. 8:13*; *33:8*). El hallazgo del “libro de la ley de Yahvé dado por medio de Moisés” (*2 Cr. 34:14*, *15*), también llamado “libro del pacto” (*v. 30*), durante el reinado de Josías, dio lugar a una renovación del pacto (*v. 32*). Se habla de las obras piadosas de Josías, conforme a lo que está escrito en la ley del Señor (*2 Cr. 35:26*). Guardar el pacto no es algo que dependía de la inspiración, la improvisación y el capricho. Había reglas y normas establecidas. Por eso se podía encontrar siempre el buen camino, también en tiempos de decadencia: había un libro del pacto.

La Ley, la Torá, el Testimonio, siempre señalaba a la bendición de la obediencia y de la piedad, y a la maldición que pesa sobre la apostasía. Al rey Joás se le entregó el Testimonio cuando subió al trono (*2 Cr. 23:11*; cf. *Dt. 17:18*). Cuando este más tarde dejó al Señor, sufrió el castigo. El rey Uzías pagó con la lepra el hecho de que entró en el santuario, lo cual era contrario a la ley (*2 Cr. 26:19*). Por otro lado, se pueden encontrar en *Crónicas* muchos ejemplos de bendición sobre la observancia de la ley del Señor. Hay que fijarse en el hecho de que se ve en varios de los reyes un buen comienzo al principio, pero luego se observa una caída (Asa, Joás, Uzías, Ezequías). ¡Lo importante es llevarlo adelante! En ello se demuestra la perseverancia y la fidelidad de la fe de los santos.

Como siempre, pero sobre todo hoy en día, cuando la Palabra hecha Escritura del Señor está expuesta a tantos ataques, hay que estar atento a este elemento de la predicación de *Crónicas*. Tenemos a Moisés y a los profetas, y somos llamados a tenerlos por firmes y eficaces, y a dejar que nos corrigen. ¡También para nosotros, en los días del nuevo Pacto, la norma de *sola scriptura* sigue vigente!

(1) Le animo a fijarse en los siguientes pasajes curiosos de las genealogías: *1 Cr. 2:7* (Acán significa perturbar), y *34*; *4:9*, *10*; *5:18 ss.*; *7:21 ss.*
(2) Véase además *2 Cr. 20:15*; *26:5*; *29:25*; *32:30*.

# ESDRÁS

## Trasfondo histórico

*Esdrás* 1:1 comienza hablando directamente de la Historia de salvación: El Señor cumplió la profecía de Jeremías (*Jer. 25:12*; *29:10*); después de la conquista de Babilonia, a Israel se le permitió volver de su exilio de setenta años (números redondos). Al mismo tiempo, sin embargo, entrramos en la Historia mundial: era Ciro, el rey de los persas, quien dio permiso a los judíos para volver. *Esdrás* 1:2 cita su decreto entero (en *2 Cr. 36:22, 23* encontramos solamente parte de él como 'final feliz' del libro de *Crónicas*).

Después de la caída de Nínive en 612 a.C., Babilonia había venido a ocupar el lugar de Asiria en el mundo oriental antiguo. Mientras que Israel (el norte) fue llevado preso en 722 a.C. por Asiria, Jerusalén cayó – primero en 597 a.C. y luego otra vez en 586 a.C. – bajo la mano poderosa de Babilonia y la mayor parte de sus habitantes fue deportada. La intervención de Ciro (*kôres*) puso término al nuevo reino de Babilonia. Siendo rey del pequeño reino de Anshan, Ciro logró juntar siete tribus persas bajo su dominio y proclamarse 'rey de los persas'. Unió a su reino, Media derrotó al rey de Lidia, Creso, por lo que se hizo con casi todo el territorio de lo que hoy día es Turquía, y avanzó hacia la India en el este. Luego le tocó el turno a Babilonia, y gracias al hecho de que el monarca de aquel entonces estaba enfrentado con los poderosos sacerdotes del dios Marduc, pudo conquistar Babel con la ayuda de una quinta columna, celebrando su entrada en 539 a.C.

Lo que distinguía su manera de actuar era que participó en la fiesta de Año Nuevo en Babel, y así rindió culto a Marduc como dios supremo. Su gobierno no se caracterizaba por la destrucción de los pueblos, su cultura y religión; él dejó a cada uno sus creencias; más bien estimuló la conservación de la religión y las costumbres propias; ¡si reconocían en cambio al rey persa como monarca supremo! Por eso se puede entender su actitud benévola para con los judíos. Él estimuló su regreso y consideró la restauración del templo en Jerusalén y la continuación del culto de los

sacrificios como un interés estatal persa. Como tal, él era un siervo ungido del Señor (*Is. 45:1 ss.*), cuya política usó el Señor para producir un segundo éxodo. Su gobierno humano, que deseaba fomentar el desarrollo propio de los pueblos bajo una dirección persa, fue empleado por el Señor para posibilitar el progreso de la Historia de salvación. Después de su muerte en 529 a.C. le sucedió Cambises, que a su vez fue sucedido por Darío, quien no sólo fue un gran organizador, sino que estimuló con el mismo espíritu que su antecesor la vida religiosa propia de los pueblos. En el tiempo confuso del principio de su reinado se llevó a buen término en 520-515 a.C. la construcción del templo en Jerusalén, que estaba suspendida temporalmente. Le sucedió Jerjes, el Asuero del libro de *Esther* (486-465 a.C.), en cuya corte las intrigas eran el pan de cada día (también contra Judá, cf. *Esd. 4:6*9). Después de su asesinato en 465 a.C., y tras el periodo habitual de confusión y rebelión, subió Artajerjes al trono. Egipto, que había sido conquistado por Cambises, se rebeló en ese tiempo, por lo que Judá era en aquellos días una provincia fronteriza del imperio persa. Está claro que el gobierno persa estaba interesado en evitar el caos en Judá. Por eso se explica por qué precisamente en los días de Artajerjes, Esdrás fue enviado a Jerusalén para hacer observar allí, como líder religioso, la Ley de Dios. Más tarde, parece que el rey fue predispuesto en contra de Esdrás. Pero, a la vista de que la situación en Jerusalén se había vuelto tan desoladora, Nehemías, que sirvió en la corte de Artajerjes I, se lo hizo presente al rey y consiguió su permiso para ir allí como enviado gubernamental por un periodo determinado, con plenos poderes para poner las cosas en orden (444 a.C.). En el libro de *Nehemías* se relata cómo actuó a favor de sus hermanos durante los doce años de su ejercicio como gobernador y luego también en el segundo período del cargo.

Llegamos, pues, a las siguientes fechas que componen el marco en el que están incluidos no solamente *Esdrás* y *Nehemías*, sino también otros libros que tratan del período persa (*Ester, Daniel*, *Hageo*, *Zacarías*):

722 Israel, el norte, es deportado por Asiria, después de la caída de Samaria.

597 Primera conquista de Jerusalén por Babilonia. Deportación del rey Joaquín, sacerdotes y
nobles (entre otros, Ezequiel y Daniel).

586 Segunda conquista de Jerusalén. Deportación de la mayor parte de los habitantes a
Babilonia.

539 Ciro celebra su entrada en Babel. – En 538 los judíos reciben permiso para volver a su
patria. Reconstrucción del altar y colocación de los fundamentos del templo. A causa de

intrigas se deben suspender las obras.
529 Ciro muere y le sucede Cambises.
521 Cambises muere y Darío asume el poder.
515 Terminación del templo bajo la dirección de Zorobabel y el sumo sacerdote Jesúa,
animados por los profetas Hageo y Zacarías.
486 Jerjes (Asuero) sucede a Darío. Acusación por parte del pueblo de la tierra contra Judá
(*Esd. 4:6*). En sus días, gracias a la intervención de Ester y Mardoqueo, el complot de
Amán es desbaratado.
465 Artajerjes I sube al trono.
458 Esdrás sube con un gran grupo de exiliados a Jerusalén para emprender allí una reforma. Se
impide la reconstrucción de los muros.
444 Nehemías llega a ser gobernador de Judá. Él lleva a cabo reformas y bajo su dirección se
restauran los muros y las puertas.

**Se abren los archivos**

¡La Biblia es un libro tan asombroso y variado! Encontramos en ella proverbios sabios, salmos emotivos, profecías llenas de ardor, y también documentos 'áridos'. El libro de *Esdrás* refleja el contenido de muchos archivos. No hay que dejarse desanimar por ello, ya que muestra que la Biblia es tan real como la vida. Nadie necesita un título redactado en lenguaje poético, ¿verdad? Es el contenido lo que importa. De un archivo uno espera el estilo propio de un documento. Pues bien, en *Esdrás* nos encontramos con el estilo persa de levantar actas, y sin que hagan falta excavaciones costosas, se nos abren los archivos persas.

El 'tercer imperio' persa adoptó las costumbres de sus antecesores: respetaba los archivos asirios y babilónicos, las crónicas se mantenían al día, los nuevos decretos se registraban puntualmente, se guardaban en los archivos y mediante un excelente servicio de correos y un verdadero ejército de funcionarios se publicaban en los diferentes partes del reino. En los libros de *Ester* y *Daniel* encontramos varios ejemplos de la manera de proceder en este terreno. Es lícito suponer que unido a la cancillería persa había una 'oficina para asuntos judíos', donde escribas judíos daban un colorido judío a las actas referentes a Jerusalén.

Al abrir *Esdrás*, encontramos al principio la cita del decreto de Ciro. Es de agradecer que hoy día las nuevas versiones de la Biblia hagan resaltar la versificación poética en la tipografía. Pero también nos ayudaría mucho si a partir de ahora se indicasen las actas por medio de un cambio de margen, o, si hace falta, se utilizase otro tipo de letra. Debido a que ahora

todo el texto está impreso seguido, se convierte así la Biblia en algo innecesariamente anticuado. Para nosotros los que vivimos en el siglo XX, nos impacta más leer y ver que escuchar, como solían estar acostumbrados los pueblos antiguos (¿quién escucha hoy día todavía una proclamación?), tenemos a veces dificultad en descifrarlo todo, algo que se podría evitar. Un diseño tipográfico apropiado, nos vendría particularmente bien en la porción de 4:8-6:13.

Probablemente, lo que encontramos aquí es el texto parcial de una memoria y petición, presentada por un judío llamado Tabeel al rey Artajerjes I. Esta parte no está redactada en hebreo, sino en arameo, el idioma que introdujo el rey Darío I para servir como idioma de uso diplomático en este reino extenso, algo así como el inglés de aquella época. *Daniel* se escribió también parcialmente en ese idioma (*Dn. 2:4b-7:28*). De *2 Crónicas* 18:26 se desprende que en los días del gran rey de Asiria, Senaquerib, ya era costumbre usar el arameo como lengua diplomática. El ciudadano de a pie todavía no lo podía entender, pero en los tiempos en que se publicó el libro de *Esdrás* la situación era diferente. En los días en que el Señor Jesús anduvo por Palestina, el arameo occidental, una forma de arameo relacionada con el idioma oficial del reino, había suplantado al hebreo. Palabras como "*talita cumi*" y "*efata*" nos recuerdan esto. Dado que la gente podía entender las actas en el idioma oficial, el autor de *Esdrás* las ha dejado en su forma 'original'. En la memoria de Tabeel se citan a su vez otras actas (¡una versión moderna tendría que añadir aquí otro cambio de margen más al texto!), retrocediendo como un cangrejo, mirando hacia atrás en la Historia.

1. Escrito de alegación y queja del gobernador de Samaria en contra de los judíos que (evidentemente bajo la dirección de Esdrás) estaban fortificando la ciudad de Jerusalén. Dirigido al rey Artajerjes I (*4:8-16*).
2. Respuesta del rey (*4:17-22*). A raíz de una investigación de archivo salió a la luz que, efectivamente, Jerusalén se rebeló a menudo. ¡Se ve que habían guardado las actas de la época asiria y babilónica! Consecuencia: la construcción de los muros no puede continuar.
3. Informe oficial de Tatnai, gobernador de la región al oeste del Éufrates, acerca de la construcción del templo con la que se había comenzado mucho antes (bajo el reinado de Darío). Petición de investigar en la cancillería, si Ciro efectivamente había dado la orden

para la reconstrucción (*5:7-17*).
4. Reproducción del documento de Ciro, en el cual dictó efectivamente tal orden (*6:3-5*). No
encontraron aquel rollo en Babel, como se esperaba, sino en Acmeta en Media. ¡A que el
correo diplomático funcionaba de maravilla!
5. Decisión de Darío el Grande: se ha de apoyar la edificación del templo (*6:6-12*).

Todo esto no es una historia 'árida'. *Esdrás* nos muestra cómo el Gran Rey Yahvé sabe dirigir los corazones de los reyes como se hace con las acequias en un sistema de irrigación. Vemos aquí la mano misericordiosa de Dios, de la que hablan tanto Esdrás y Nehemías. Y con el Nuevo Testamento en la mano, pensamos hoy: Jesucristo está sentado a la derecha de aquella mano misericordiosa. Con Él como Rey, la Iglesia está segura.

En 7:12-26 encontramos una copia de la carta que Artajerjes I, rey de reyes (¡aquel título tan característico del Oriente antiguo!), entregó a Esdrás cuando se marchó. En esta carta credencial se cita nuevamente de forma precisa, el texto de la carta que ordena a los tesoreros de la región al oeste del Éufrates que le presten toda la asistencia posible, y que no puedan imponer tributo ninguno al personal de culto judío (*vv.21-24*). En la conclusión encontramos una alabanza de Yahvé, "el Dios de nuestros padres, que puso tal cosa en el corazón del rey, para honrar la casa del Señor, que está en Jerusalén, e inclinó hacia mí su misericordia delante del rey y de sus consejeros, y de todos los príncipes poderosos del rey" (*7:27, 28*).

Del empleo de la primera persona singular se puede concluir que el compilador del libro de *Esdrás* cita aquí una nueva fuente; se sirve de las memorias, el diario de Esdrás; lo mismo ocurre en el libro de *Nehemías*: allí se citan igualmente las memorias de Nehemías. Esto es lo sorprendente: la Biblia abre los archivos y todo esto nos dice mucho más que cualquier buena historia; tenemos en la mano los documentos auténticos, que hablan en un lenguaje claro acerca del reconocimiento de los privilegios de Israel y de un comienzo de reforma.

Generalmente, se supone que *Esdrás* y *Nehemías* estaban unidos en un solo libro, y que formaban a su vez una unidad con *Crónicas*, cuya conclusión es igual al comienzo de *Esdrás*. El nombre de *Nehemías* se le dio más tarde a ese libro. En la *Vulgata*, la traducción oficial en latín de Roma, *Nehemías* se llama *2 Esdrás*, y luego se cuentan dos libros apócrifos más: *3 Esdrás* (que coincide parcialmente con *Esdrás*) y la 'revelación' *4 Esdrás*. Si *1 Crónicas – Nehemías* formaban un conjunto, no hay que pensar en Esdrás como el autor, sino en un cronista posterior que dejó

hablar a los documentos del archivo relacionados con su tema, que se refería sobre todo al culto del templo.

**Yo me he vuelto a Jerusalén con misericordia;**
**En ella será edificada mi casa (*Zac. 1:16*)**

El comienzo de *Esdrás* nos informa acerca de la partida de Babilonia, gracias al decreto de Ciro. Los judíos que volvieron podían llevarse los tesoros del templo (véase el recibo en *1:9-11*; ¡otro de esos documentos!), ya que tenían permiso de reedificar el templo. Ciro hizo un llamamiento a todos a apoyar esta empresa con donativos. Sesbasar, un príncipe de Judá (*1:8*), tenía el mando sobre el viaje de regreso. Este viaje da relieve a la descripción posterior: el templo y 'David' están de nuevo unidos, como se demostró en *Crónicas*. Hay otro representante más de la casa de David en primer plano: Zorobabel, que asume el mando junto al sumo sacerdote Jesúa en la restauración del altar en el lugar original.

En aquella ocasión se celebró la fiesta de los tabernáculos, como en la dedicación del primer templo. Por cierto, parece como si volviesen los días de Salomón: para la construcción del templo se recurre también a Fenicia en cuanto al suministro de madera de cedro a Jope. Lo mismo que en *Crónicas* se pone mucho énfasis en la música del templo, así ocurre aquí. Sacerdotes e hijos de Asaf forman una orquesta y un coro que canta por turnos. "Porque para siempre es su misericordia sobre Israel." El pueblo unió su voz a la de ellos con gran júbilo, pero los recuerdos de los desastres pasados abrumaban a los mayores (*cap. 3*).

Sin embargo, la construcción no marchaba sobre ruedas. Después de la deportación de Israel-norte, Asiria había introducido otros pueblos en la zona de Samaria. Estos se habían mezclado con los que quedaban de Israel y más tarde con el resto de Judá dejado atrás por los babilonios, que se quedó a vivir en Canaán. Esta gente había adoptado una especie de religión mixta, que había absorbido algunas de las tradiciones de Israel, pero que por lo demás se parecía sospechosamente al antiguo culto de Betel. De estos 'samaritanos' vino la petición de trabajar juntos en el proyecto de la construcción del templo. Pero tras el diálogo reciben una respuesta unánime: ¡No! Mejor que no haya templo, que un culto deformado. La declinación de su petición de 'cooperación ecuménica' tuvo consecuencias fatales. Se paralizó la construcción. La memoria de Tabeel nos informa detalladamente sobre este tema (*cap. 4*). Pero también leemos en ella que el rey Darío, que estimulaba igualmente a otros pueblos a construir sus templos, mantuvo deliberadamente el decreto de Ciro. De la misma manera los romanos siempre se han dejado regir en su política tolerante frente a los judíos por la de Julio César, quien como Ciro, fue el fundador de un imperio. Gracias a la profecía incitante de Hageo y de Zacarías, Zorobabel, el gobernador que representaba Judá, y el sumo sacerdote Jesúa,

representante de Leví, tomaron la iniciativa de llevar a buen término la edificación interrumpida (*caps. 5, 6*).

Llama la atención que en el sacrificio ofrecido con motivo de la dedicación de 'la casa', figuran doce machos cabríos, sacrificados en expiación por "todo Israel" (*6:17*). Aunque en Jerusalén solamente habitaba un pequeño porcentaje de los judíos, se sentían la continuación legítima del antiguo pueblo del Pacto. Por lo que no buscaban llegar a un acuerdo con los samaritanos, a pesar del coste que pudiera tener su actitud. Eran conscientes de que constituían "todo Israel", y querían mantener puro el culto del "Dios de Israel". Esta actitud no se puede llamar sectaria en absoluto. ¿No ofreció Elías su sacrificio sobre doce piedras? ¿No escogió el Cristo, que de ninguna manera sería seguido por todo el pueblo, doce apóstoles para sí? El remanente del que habló Isaías se puede llamar "todo Israel", y así hasta hoy.

**Y los que están lejos vendrán y ayudarán a edificar el templo de Yahvé (*Zac. 6:15*)**

El capítulo 7 nos relata la 'segunda partida' que tuvo lugar bajo la supervisión de Esdrás. A petición suya, el rey Artajerjes le mandó poner orden en Jerusalén. Por lo visto, reinaba la confusión, sobre todo en el terreno religioso, y el grupo de judíos allí presentes no formaba aquella unidad firme que desearon los persas para esa 'zona fronteriza'. Esdrás recibió generosos donativos y ofrendas de parte del rey y su corte, y de los judíos que se quedaban en Babilonia. Continuar el culto en el templo de Jerusalén era en interés del estado persa, y también era importante (aunque se emplearon argumentos muy diferentes) para los que se quedaban atrás en el exilio. Se puede comparar esto último con el apoyo económico que los judíos estadounidenses todavía hacen llegar a Israel. Seguro que el exilio habrá tenido también sus magnates.

Artajerjes estaba a favor de que Esdrás fuera acompañado por mucha gente. Y así pudo partir un nutrido grupo, después de haber orado junto al río Ahava. Esdrás había rechazado la escolta de gente de a caballo, confiando en "la mano de nuestro Dios" (*8:22*). Y Dios les fue "propicio" (*vv. 23, 31*). Lo que es sorprendente, es que entre los levitas, igual que en la primera partida de Babilonia (*2:40*), había poco ánimo para ir. Esdrás tuvo que organizar una expedición especial de reclutamiento para conseguir que algunos se apuntaran (*8:15 ss.*). ¿Tenían miedo de ser dominados por sacerdotes?

Mientras Babilonia se prepara para la fiesta de Año Nuevo, ellos partieron y llegaron cuatro meses más tarde en Jerusalén. El número de los que vinieron se calcula que, con mujeres, niños y esclavos, llegó a cien mil; el recorrido del camino de Abraham que siguieron, mide 1.500 km (la distancia entre Bruselas y Roma). Al día tenían que recorrer más o menos

unos 15 km. Después de la llegada, llama otra vez la atención que entre los animales sacrificados hay doce machos cabríos en expiación por "todo Israel" (*8:35*). Ha llegado un nuevo refuerzo para el remanente que ya había vuelto, las promesas antiguas se cumplen; el Señor aún escoge a Sión (*Zac. 1:17*; *2:12*; *3:2*). El culto de la Casa de Dios puede continuar y disfruta también del apoyo de las autoridades (*8:36*). ¿Acaso no vendría el Señor, el Ángel del Pacto, a su templo? (*Mal.3:1*).

**Judá se casó con hija de dios extraño (*Mal. 2:11*)**

Los príncipes informan a Esdrás enseguida de cómo ha degenerado la situación. El caso es que muchos, tanto de la clase alta como de la baja, se han casado con paganos. Por lo que "el linaje santo" se ha mezclado con "los pueblos de las tierras". Los líderes eran incluso los primeros en hacer esto. Naturalmente se podían aducir razones comprensibles: una comunidad de emigrantes suele tener una mayoría de hombres, y mediante matrimonios con la población residente se aseguraba su protección. Hay que apreciar que los líderes de Jerusalén no esconden nada, y que caracterizan este acto como: infidelidad, prevaricación; o sea: rebelión de Israel, el vasallo de Yahvé, contra su Rey legítimo.

Esta noticia hace un impacto tremendo en Esdrás. Mientras que Nehemías, en una situación semejante, les arranca los pelos a los culpables (*Neh. 13:25*), Esdrás lo hace con los suyos propios; hasta la hora del sacrificio de la tarde, la hora de la oración, permanece sentado, humillado (*9:3*). Entretanto se le juntan todos los que temían las palabras del Dios de Israel, a causa de la prevaricación de los exiliados. Pero a la hora del sacrificio de la tarde, él se levanta con su ropa rasgada en señal de duelo, y en nombre del pueblo hace confesión de pecados. El Señor les había dado un lugar seguro en su santuario (*9:8*). Esdrás se declara uno con el pueblo, con "todo Israel": "Porque nosotros hemos dejado tus mandamientos, que prescribiste por medio de tus siervos los profetas… ¿No te indignarías contra nosotros hasta consumirnos, sin que quedara remanente ni quien escape?" (*9:10 ss.*). ¡El remanente está en gran peligro!

La consecuencia de la penitencia de Esdrás es que el pueblo, que se había juntado allí, reconoce, por boca de Secanías, que han actuado mal y proponen hacer un pacto con Dios, en el cual se estipula que los que hayan hecho el juramento despedirán a las mujeres extranjeras con sus hijos. Fíjese: el pueblo pide espontáneamente una renovación del pacto, y ellos mismos proponen proceder a una 'limpieza'. Esdrás toma juramento a los principales y a "todo Israel", y convoca una asamblea general para dentro de tres días, que ratifica la propuesta y casi unánimemente aboga por la creación de una comisión de investigación. Después de que ésta se ha formado y se ha reunido, se deduce de su informe que el mal había penetrado hasta en la familia del sumo sacerdote (*cap. 10*).

No siempre se han dedicado palabras positivas a esta intervención de Esdrás. Estaría muy por debajo del nivel del Nuevo Testamento, actuando sin consideración como un legalista y un fariseo, sin tener en cuenta los sentimientos humanos. El hecho de que más tarde el mismo mal aparece otra vez (*Neh. 13:23 ss.*), sugeriría que toda aquella 'purificación de la raza' había sido muy efímera. En primer lugar, hay que tener en cuenta que no se trataba de la pureza racial, a no ser que se quiera llamar al 'linaje santo' (de la Iglesia): 'raza santa'. Aquí se trataba de preservar la religión, de guardar el mandamiento de separación de la Iglesia. Por supuesto que la Biblia conoce matrimonios mixtos: Booz y Rut, y esta además era moabita (cf. *Neh. 13:1 ss.*). Pero, evidentemente, las mujeres con las que se habían casado eran muy diferentes a Rut: ellas no querían renunciar a sus dioses. Fue eso lo que hizo peligrar efectivamente la subsistencia de "todo Israel", y que encendió la ira de Dios. Y no hay que venir hablando ahora de un mandamiento neotestamentario de amor y un mandato misionero, porque lo primero es aquí el amor al Señor, a su reino y su futuro. Lo que Esdrás hace, en toda sensatez, es tomar medidas drásticas, junto con el pueblo, para quitar un cáncer y así dar vía libre a la reforma. Seguro que los samaritanos se volvieron más hostiles, cuando veían que no podían contar con una 'quinta columna' (cf. *4:7-23*), y esto retrasó la reparación de los muros. Además, más tarde han vuelto a romper el pacto, sobre todo en los círculos superiores de los sacerdotes. Pero, ¿son enemistad y apostasía una prueba de que Esdrás fue un fanático legalista o un perfeccionista racial? Era la antítesis que estaba en juego, la lucha entre la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente, la santidad, que no se encontraba en Israel mismo, sino en las obras del Pacto del Señor. La oración de Esdrás muestra claramente que lo importante para él, a lo que se somete, era el plan de Dios para con su pueblo. ¿Cómo podía Israel ser el vasallo de Dios si hacia pacto mediante el matrimonio con los súbditos de un dios extraño?

## NEHEMÍAS

### Fuerte ciudad tenemos; salvación puso Dios por muros y antemuro (*Is. 26:1*)

El Redentor vendría a Sión.

Pero, ¿qué quedaba de Sión?

Una ciudad, en Oriente, es una ciudad con muros, fortificada y segura para los habitantes. Pero todavía se podían cantar "Lamentaciones" sobre Jerusalén; sus muros fuertes estaban reducidos a escombros. Por culpa de enredos en la corte persa la situación no había cambiado, aunque habían pasado muchos años desde el regreso del exilio. Muy lejos parecía

el cumplimiento de aquella profecía de Isaías: “Pobrecita, fatigada con tempestad, sin consuelo; he aquí que yo cimentaré tus piedras sobre carbunclo, y sobre zafiros te fundaré” (*Is. 54:11*).

Y he aquí, el libro de *Nehemías* describe ahora, cómo el Señor envió un salvador que supo convertir la ciudad santa en una fortaleza.

Nehemías era un siervo de alta categoría en la corte de Persia. No era el único que había llegado a un puesto tan alto, a pesar del cautiverio: pues leemos algo semejante acerca de Daniel y sus tres amigos, y de Zorobabel y Mardoqueo. Si le habían convertido en eunuco – según la tradición oriental – eso no lo sabemos, pero no se descarta la posibilidad.

Este alto funcionario Nehemías utiliza el Señor ahora para convertir Jerusalén en una ciudad amurallada. El copero en la corte persa oye de su hermano Hanani acerca de la situación desoladora en Jerusalén. En la oración abre su corazón ante el Señor. Fíjese, que Nehemías primero recuerda la advertencia del Señor. Pero al mismo tiempo señala las promesas del Señor, como se pueden leer en *Deuteronomio* 30:1-5. ¿Y estas se han cumplido ahora? ¿No implica una restauración completa también la reedificación del lugar donde habita el nombre del Señor, donde está el templo? ¿Cómo puede la ciudad del templo ser una ruina? Las palabras de Nehemías están entreveradas de expresiones de la Ley de Moisés, en particular de *Deuteronomio*. En la expresión: “redimiste con tu gran poder y con tu mano poderosa” se reconoce enseguida el lenguaje del pueblo del Pacto. Nehemías sabe que en realidad se ha producido otro éxodo. Ahora no de Egipto, sino de Babilonia. El pueblo tiene que apoyarse firmemente en la Palabra de Dios, que está muy cerca (*Dt. 30:14*). Tiene que volver al Dios del Pacto (de ahí la confesión de pecado de Nehemías). Pero también puede pedir, con toda humildad, al Dios de sus padres una restauración completa de la ciudad del templo. Nehemías lucha por la herencia mesiánica, para que venga la salvación, el cumplimiento de la promesa. Téngalo presente, cuando lea de su valiente empresa. No se trata de una aventura en una residencia de invierno para la realeza persa, sino de un acto de fe de un hijo de Abraham.

Nehemías logró que su rey Artajerjes I le diera la autorización – naturalmente por escrito - para reconstruir la ciudad de los sepulcros de sus padres, es decir, proveerla de un fuerte muro. Se marchó con una escolta militar (*2:9*), no como Esdrás, que lo había rechazado. Esto no ha de extrañarnos: Nehemías venía como funcionario de estado, y además, su escolta le ayudó a ganar en influencia sobre funcionarios que probablemente tenían mala voluntad para con los judíos.

Nada más llegar, se procede a una inspección nocturna, y luego se convoca una reunión con las autoridades judías. Nehemías las informa de sus experiencias, y también del cambio en la actitud del rey. En esto se hizo visible la buena mano de Dios, por lo que pronto tomaron la decisión de

empezar la edificación de los muros. Desde luego que esto provocó un odio amargo por parte de los líderes de los pueblos de alrededor (1). Ellos interpretaron la reconstrucción como rebelión, y se prepararon para intrigar. Pero Nehemías no se dejó amilanar, y dijo con orgullo: "El Dios de los cielos, él nos prosperará, y nosotros sus siervos nos levantaremos y edificaremos, porque vosotros no tenéis parte ni derecho ni memoria en Jerusalén" (*2:20*). A menudo se cita la primera parte de la frase cuando se comienza algo en el terreno eclesial; mas no hay que olvidarse de la segunda parte, que también merece nuestra atención: el 'linaje santo' siempre está en actitud de combate, rechaza y se separa de toda secta y religión extraña.

En el capítulo 3 encontramos la enumeración de los trabajos realizados. Es una pena no tener una biblia con mapas en medio del texto. Esto nos ayudaría mucho en entender mejor este capítulo. En el versículo 5 leemos que la aristocracia de Tecoa, lugar de nacimiento de Amós, no se dignó de participar en la obra. Por lo visto, también en aquellos tiempos era la clase media la que arrimaba el hombro en las actividades de la iglesia.

**Cuando se enfrentan a violencia y artimañas…**

La restauración de los muros de Jerusalén no discurrió sin incidentes. En primer lugar había problemas externos. Sanbalat y compañía organizaron una conspiración. Entretanto, los edificadores se desanimaron (*4:10*). Nehemías tomó entonces medidas drásticas; retiró los permisos, dio armas a todos, y a la mitad de ellos mandó edificar, y a la otra mitad montar guardia, por turnos. ¡Espada y paleta, construir y vigilar! Esto también es un tema recurrente en la literatura cristiana.

Sin embargo, había también problemas internos: abusos sociales. Había falta de trigo. Había judíos que no devolvían las tierras empeñadas de compatriotas empobrecidos, o que les hacían pagar intereses abusivos. Sí, incluso había quienes no tuvieron ningún reparo en comerciar con esclavos judíos.

La Ley prohibía el préstamo con intereses a un hermano. Y la Ley ofrecía la posibilidad de redimir la tierra o el hermano empobrecido, convertido en esclavo. En el año del jubileo los judíos empobrecidos y convertidos en esclavos recuperaban su libertad, y se les devolvían sus tierras. En el exilio había sido costumbre de pagar un rescate para librar a los esclavos judíos, y posiblemente lo había hecho Nehemías también en Jerusalén. Además, había dado préstamos y repartido alimentos, y luego había perdonado la deuda. Al fin y al cabo, no imponía elevados tributos como hacían los otros gobernadores persas, por lo que sobre todo los ricos, se veían beneficiados. Nehemías, que por su conducta ejemplar tenía perfecto derecho de hablar, actuó con mucha decisión y convocó una

asamblea, en la que exigió el perdón y la devolución inmediata de todo. Les hizo jurar solemnemente ante los sacerdotes (*cap. 5*).

Mientras tanto, no cesaron los intentos de intimidación por parte de Sanbalat y sus secuaces. Incluso acusaron a Nehemías de tendencias revolucionarias. Habría contratado a profetas para hacerse proclamar rey. Por eso le invitaron a reunirse con ellos para hablar. Naturalmente, Nehemías lo rechazó y no cayó en la trampa. Al contrario, descubrió que ellos mismos habían sobornado a profetas, y que así querían apartarle de su puesto.

El caso de Semaías, hijo de Delaía, lo ilustra claramente. Este profeta hace venir al gobernador Nehemías, dándose aires de profeta irrefutable. Hasta ahí, vale. Pero entonces viene con un plan raro: entrar los dos juntos en el templo, y cerrar las puertas para escapar de un atentado (se supone por parte de Sanbalat). La necesidad carece de ley, ¿verdad? Pero Nehemías comprende que es una falsa profecía. En primer lugar, como general tiene que seguir en su puesto: "¿Un hombre como yo ha de huir?". Y luego, aún así le está prohibido entrar en el lugar santo: ¿Y quién, que fuera como yo, entraría al templo para salvarse la vida?" Puesto que él no es ningún sacerdote, e incluso puede que sea un eunuco, no debe profanar el santuario. No cae ante esta tentación, porque tiene claro que la Palabra de Dios es inalterable. Nehemías sabe algo muy importante, y es que hay que contrastar la palabra de un profeta con lo que dicen los demás profetas. El manto del profeta no es ninguna garantía para que una profecía sea verdadera. También dentro de la fortaleza el enemigo está al acecho (*6:10-14*).

**Abrid las puertas, y entrará la gente justa, guardadora de verdades (*Is. 26:2*).**

A pesar de todas las maquinaciones, el muro fue completado en el tiempo récord de 52 días. El capítulo 7 nos muestra cómo Nehemías se encarga de aumentar el número de la población. Tampoco se olvidaron de las fiestas, el primer día del mes séptimo, el día de Año Nuevo, se celebró la fiesta de sonar las trompetas. ¡Una fiesta alegre! Pero, como en ese día Esdrás con sus ayudantes leyó el libro de la Ley en la plaza delante de la puerta de las Aguas, vino una gran tristeza sobre el pueblo. La causa de ello es obvia: la gente empezó a darse cuenta de cuánto se había desviado de aquella ley. Recordemos por ejemplo los males sociales, sobre los que el capítulo 5 nos informó. Las prácticas se parecían mucho a las de los días más negros de los reyes de Judá e Israel (véase p. ej. *Am.8:4-6*; *Mi. 2:1,2*; *Is. 5:8*; *Jer. 34:8 ss.*). Es comprensible que su conciencia empezó a removerse cuando las palabras fuertes de la Ley les fueron enseñadas de nuevo y veían ante sí el juicio: ¡otra deportación les amenazaba! Pero los

líderes, con Nehemías a la cabeza, les instaron a que no llorasen esta vez. Este era un día de fiesta, un día de gozo en las buenas obras de Yahvé.

Luego volvieron a instaurar la fiesta de los tabernáculos según el precepto de Moisés; y tal como había sido ordenado (*Dt. 31:11*), se leyó la Ley durante toda la fiesta.

**Confesión de pecados y renovación del pacto**

El día 24 del mismo mes celebraron un día nacional de contrición y oración. Ahora era el momento para expresar los sentimientos de culpa. ¡Qué hermosa es la oración con la que se dirigen al Señor en el culto de adoración aquel día (*7:5-37*)! Pasa revista a toda la Historia del Pacto: la alianza con los patriarcas, el éxodo de Egipto, el paso por el Mar Rojo, la entrega de la Ley en Sinaí y el becerro de oro, la travesía por el desierto y la toma de posesión de la tierra, el período de reyes y jueces, y sobre todo la enorme rebeldía, una y otra vez, de los líderes y del pueblo. Finalmente: la situación actual, la presión por parte de los reyes persas; "se enseñorean sobre nuestros cuerpos, y sobre nuestros ganados, conforme a su voluntad, y estamos en grande angustia…" Son conscientes de que los pecados les separan del Señor. Por eso ponen todo por escrito y hacen una fiel promesa, "a causa de todo esto" (*9:38*). Lo firman representantes de todas las capas de la población. En el futuro quieren cumplir la Ley del Señor, entre otras cosas en lo referente a los matrimonios 'mixtos', un tema que sigue siendo sensible; quieren guardar el día de reposo y el año del jubileo, y cumplir con las obligaciones para con el templo y el sacerdocio.

Después de dar unas listas de aquellos que iban a repoblar Jerusalén, más otro registro adicional de los sacerdotes y levitas, se nos habla de la dedicación solemne del muro. Jerusalén estaba ahora poblada, y la alianza con el Señor había sido renovada después de la confesión de pecados. Ahora el muro podía recibir la atención debida. Todos se purificaron; también los muros y las puertas fueron purificados: probablemente se hizo esto ofreciendo sacrificios y rociando sangre. Así como se hizo cuando David trajo el arca, el camino de las procesiones que iban a celebrar había sido purificado con sangre. Sobre el muro del sur iba una procesión de doce príncipes y sacerdotes seguidos por un coro en dirección del templo. Los otros doce príncipes y sacerdotes con su séquito musical recorrieron el muro del norte para finalmente llegar también a la casa de Dios. Se concluyó todo esto con una gran fiesta de sacrificios. Las profecías se habían cumplido: "Aún consolará Yahvé a Sion, y escogerá todavía a Jerusalén" (*Zac. 1:17*).

**El clamor por el Gran Reformador**

La fiesta de la dedicación había sido un colofón muy bonito para el trabajo de Nehemías. No podía seguir como gobernador de Jerusalén para

siempre; sus responsabilidades le hicieron volver al rey después de una estancia de doce años en la ciudad, "casa de los sepulcros de sus padres".

Pasados unos años, sin embargo, regresó de nuevo. Tuvo que descubrir que una vez más la decadencia había entrado de puntillas. El sacerdote Eliasib había cedido una habitación del templo a Tobías, ¡fíjese!, el compañero amonita de Sanbalat. Nehemías procedió a una gran limpieza. Cuando encontró que habían dejado de traer los diezmos – contrario a lo convenido cuando firmaron el pacto – también en esto volvió a poner orden. Igualmente tuvo que actuar contra la profanación del día de reposo. Los matrimonios mixtos habían vuelto a ser algo muy común; había niños que ni siquiera sabían hablar judaico, pero sí el idioma de los filisteos. Nehemías lo tenía muy claro: esto iba a causar problemas en la Iglesia; el gran Salomón había tropezado en este mismo punto. Uno de los nietos del sumo sacerdote se había emparentado incluso con Sanbalat. ¿Y este tenía que ser uno de los líderes de Israel? Nehemías le ahuyentó. La Historia secular nos cuenta que se estableció en el monte Gerizim y se dedicó allí al culto del templo de los samaritanos.

¡Acuérdate de mí, Dios mío, para bien!

Así termina *Nehemías*. Libro de reforma, sí. Pero también de deformación. Y se intuye que esa deformación es imparable. Tampoco Nehemías es el Mesías que puede pararle totalmente los pies a Satanás. No obstante, viendo que su obra había fracasado, no se acobardó para proclamar de nuevo la reforma continua. Porque a la luz del Mesías venidero, la lucha por la separación de Israel – que más tarde ha sido distorsionada y fosilizada por los fariseos – adquirió su máximo significado. El Salvador vendría a Sion. El Cristo, igual que Nehemías, iba a toparse en aquel Sion con una gran deformación entre su pueblo… Le tentarían e intentarían provocar su caída. Pero él distinguía la falsa profecía. Aunque Jerusalén le expulsó fuera de sus muros y puertas como a un maldito, él, con su sangre, puso el fundamento para la nueva Jerusalén. Y así completó la obra de reforma temporal de Nehemías. "Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo" (*1 Co. 3:11*). La impotencia que vemos en el sacerdote Esdras y en el no-sacerdote Nehemías, es sustituida por el poder del gran Sacerdote y Rey del nuevo pueblo de las doce tribus.

(1) Como primero de estos líderes se menciona el nombre del horonita Sanbalat, Este nombre aparece también en unos papiros arameos, encontrados en la isla de Elefantina, en el Nilo, al sur de Egipto, donde

había una colonia militar judía. Estos muestran que bajo Darío II (420-404) cierto Sinuballit era gobernador de Samaria. Seguramente se refiere al Sanbalat que menciona Nehemías. En 1962 se descubrieron documentos en una cueva al norte de Jericó (los llamados papiros de Samaria). Entre ellos no solamente hay una escritura de venta de un esclavo, un tal Nehemías, por treinta monedas de plata a un noble samaritano, y otros rollos (uno de ellos sellado con ¡siete sellos!), sino que también hay un fragmento en el que se habla dos veces sobre unos hijos del gobernador Sanbalat. Puesto que los papiros datan del siglo IV antes de nuestra era, hay que sacar la conclusión de que también hubo gobernadores posteriores de Samaria que llevaban el nombre de Sanbalat. Por otra parte, se puede constatar que en Samaria se comerciaba con esclavos judíos (¡aunque se ceñían al precio bíblico de treinta siclos de plata!).

## ESTER

### ¿Novela judía nacionalista o Palabra de Dios de la 'primera promesa' (*Gn. 3:15*)?

"¿Por qué está el libro de *Ester* en la Biblia? ¡Ni siquiera figura el nombre de Dios en ello!" A menudo se puede escuchar este comentario. Y efectivamente, el nombre de Dios no aparece en este libro. Pero, ¿el mero hecho de que apareciera allí es una garantía para que cierto libro forme parte de la Biblia? Además, en este rollo tampoco encontramos oraciones. Puede ser que, considerando el bullicio de la fiesta de Purim, los judíos tuvieran pudor de mencionar el nombre de Dios en un rollo que se leía durante las festividades.

Otra cuestión es, si el contenido de este libro es tal, para tener que incluirlo en el canon. Ya que se nos presenta un mundo extraño, nos sumergimos en el ambiente sensual de la Persia de las mil y un noches. Escuchamos historias del harén, oímos acerca de eunucos lisonjeros, intrigas de la corte y caprichos del rey. Y encima: los dos personajes principales no son para nada inmaculados. No debemos hacer de Ester y Mardoqueo héroes de la fe sin más. Un comentario judío (1) sobre este rollo de la fiesta de Purim dice: "Los personajes principales de este libro son verdaderos ejemplos de piedad". Y una nota marginal de una antigua versión de la Biblia en holandés tampoco escatima elogios: "Por un lado se nos presenta la reina Vasti, orgullosa y rebelde; por otro lado está Ester,

humilde, buena, sumisa y pudorosa”. Mardoqueo es “un ejemplo y el tutor de una princesa buena y virtuosa”.

Pero todo esto es demasiada honra para ambos. Más adelante veremos que lo pecaminoso y humano se expresa claramente en ellos. Y tanto, que de nuevo surge la pregunta: ¿Por qué está este libro sobre gente tan mundana y ambigua en la Biblia? ¿Sirve sólo para explicar el jolgorio de la fiesta de Purim? Para nosotros, Ester y Mardoqueo no pueden ser de ninguna manera ejemplos. Aún menos pueden ser anticipos, sombras, de Cristo. Esa no es la razón por la que *Ester* ha llegado a nosotros.

Entonces, ¿por qué? Al final sólo hay una respuesta posible: aquí vemos que el Señor protege a su Iglesia, a pesar de su ambigüedad burguesa y el poder de los enemigos. ¿Gloriarnos en hombres? En absoluto, sino que: me glorío solamente en la gracia.

**La Iglesia secularizada propone…**

El libro de *Ester* se desarrolla en Susa, donde reside Asuero, el gran monarca del imperio persa. En *Esdrás* 4:6 leemos que los samaritanos presentaron querellas contra los judíos, porque pretendían reedificar el templo. Ya en los días de Ciro, que dio permiso para la construcción del templo, había en la corte persa una trama en contra de los planes de Jerusalén. Tendremos que tener esto presente al leer *Ester*. Los judíos vivían en un extremo del reino persa, en la frontera con su rival Egipto; sus adversarios podían fácilmente aprovechar esta situación para que se sospechara del crecimiento de la joven colonia. ¿Acaso Israel no se había aliado siempre con Egipto? En cualquier caso, en la corte persa se estaba creando opinión en contra de los judíos.

El preludio de *Ester* es el siguiente: durante los fastos de una fiesta nacional de afirmación en el trono, el rey, así aconsejado por sus sabios, repudia a la reina Vasti, porque ella no quiso aparecer ante un atajo de borrachos. Puesto que este rechazo se hizo constar como un decreto eterno, había que buscar una sustituta cuando el rey volvió a acordarse de ella. Se organiza una búsqueda de reinas de belleza. La más bella se convertiría en reina, ‘*Miss Universo*’.

Ahora bien, entre las chicas que se admiten al harén del rey para someterse a un tratamiento de belleza, antes de ser presentadas al rey, hay una muchacha judía. ¿Cómo es posible que ella esté en el harén del potentado persa? ¿No iba esto en contra de todas las exigencias de la Ley? ¿No renunciaba así a su identidad? En efecto, aquí se muestra algo de la ambigüedad de la que cayeron víctimas los judíos que no habían vuelto a Jerusalén. Habían guardado su propia ‘religión’ para uso personal, pero fuera de su casa sabían adaptarse de maravilla. En lugar de ir a Jerusalén, se habían marchado de Babilonia para ir a Persia, donde se podía ganar más dinero.

La chica en cuestión se llamaba Hadasa, que significa mirto o arrayán, el nombre del arbusto de hoja perenne, una rama de la cual tenía que formar parte de la enramada de la fiesta de los tabernáculos (*Neh. 8:15*; *Is. 41:19*; *55:13*; *Zac. 1:8*). ¡Un nombre que recordaba una tradición antigua! Sus padres habían muerto y de niña había sido adoptada por su primo Mardoqueo. Este nombre no viene de la tradición israelita, sino del paganismo; Marduk era ¡el dios principal de Babilonia! Aquí se nota un aire de adaptación. Mardoqueo es como un camaleón que toma el color del entorno.

No tenemos que dejarnos atrapar por el ambiente de cuento de hadas y hacer de Hadasa una especie de Cenicienta: antes fui ciudadana normal y corriente, ahora soy reina de Persia. Ya que su padrastro Mardoqueo no era ningún don nadie. Él descendía del linaje benjamita de Saúl, del que un 'remanente' había sido acogido por David en su corte. Cuando Nabucodonosor llevó cautivo a Joaquín junto con los nobles en la primera deportación, estaba entre ellos también la familia principesca de Mardoqueo – y por lo tanto, la de Hadasa –. Por lo visto, le ha ido bien a Mardoqueo en el exilio. Seguro que los demás nobles se habrán beneficiado de la rehabilitación posterior de Joaquín en la corte de Babilonia. Al menos, se ve que Mardoqueo ocupa un puesto destacado en la corte persa; él "está sentado a la puerta del rey" (*2:21*; *3:2 ss.*). Pero no conocen su identidad. Le conocían probablemente como un babilonio. La religión era un asunto privado. Y le había prohibido a Hadasa, rebautizada como Ester (=Estrella, seguimos en la esfera de Hollywood), que declarase su parentela y su pueblo (*2:10*).

**Dios dispone…: Yahvé tendrá guerra con Amalec de generación en generación (*Ex. 17:16*)**

Las maravillas de Dios a veces iluminan la noche…

Ya que Él quiere utilizar personas secularizadas como Ester y Mardoqueo, que para nada buscan su reino, en la lucha contra el destructor de la Iglesia. Este hará sus jugadas, pero el Señor juega primero: ¡Ester se convierte en reina! Y Mardoqueo, a la puerta del rey, descubre una conspiración contra su majestad.

Luego le toca el turno a Satanás. Un tal Amán, un agagueo, llega a ser primer ministro del rey. El énfasis con el que se nos presenta como agagueo, habla a favor de su descendencia de aquel pueblo maldito, que atacó vilmente a Israel en el desierto (*Ex. 17:8-16*; *Dt. 25:17-19*; *Nm. 24:7*; *1 S. 15*; *2 S. 1:1-16*; *1 Cr. 4:43*). "Habrá guerra con Amalec", el enemigo para siempre. Y Mardoqueo se picó por este ascenso de Amán. Esto le despertó. Y se siente forzado a romper con su vida ambigua, y se siente obligado a mostrar quién es. Las tradiciones no se habían hundido completamente en el olvido, no tanto para que no ejercieran ningún poder.

El príncipe Mardoqueo no se dejó deslumbrar por el sol naciente de Amán. No obstante, este descendiente de Saúl comenzó a luchar otra vez con medios carnales. Reveló a los otros cortesanos su ascendencia judía y a continuación rehusó rendir honores a Amán (*3:1 ss*.).

La *Septuaginta*, la traducción griega del Antiguo Testamento, contiene unos apéndices al libro de *Ester*, que también encontramos en los apócrifos. En ellos se trata de dar una apariencia más piadosa a Mardoqueo (y Ester) de lo que era en realidad. Nos rinden una oración de Mardoqueo, en la que dice que no era por obstinación, ni por orgullo por lo que se negó a honrar a Amán, ya que incluso estaría dispuesto a besarle los pies por el bien de Israel; sino que actuó por piedad, porque quería adorar sólo a Dios.

Todo esto parece muy ejemplar, pero lo que Mardoqueo rehusó no era adorar a un dios, sino rendir un homenaje normal. Él quebrantó el protocolo de la corte, por lo que colocó a su pueblo en una posición peligrosa. Pues al mostrarse los cortesanos tan ‘amables’ de denunciar la actitud de Mardoqueo, también en Amán empezó a emerger algo de la tradición antigua. Ya vimos antes que algunos intrigaban contra los judíos en la corte. Pues bien, Amán aprovechó la ofensa de Mardoqueo para acabar de una vez con todo el pueblo judío. La suerte (*Pur*) fue echada para indicar un día propicio para la exterminación. Este se estableció para dentro de un año. Al mismo tiempo, Amán recibió poderes del rey para actuar como ‘Exterminador’. Para ello ofreció pagar parte de su fortuna, pero el rey no lo aceptó. Curioso – y a la vez humillante para todos aquellos judíos que aplicaban la adaptación fuera de casa – era el razonamiento tras la propuesta de Amán:

> “Hay un pueblo esparcido y distribuido entre los pueblos de todas las provincias de tu reino, y sus leyes son diferentes de las de todo el pueblo, y no guardan las leyes del rey, y al rey nada le beneficia el dejarlos vivir” (*3:8*).

En ello escuchamos la huella que dejaron todos los manejos contra el *apartheid* de Israel. Pero a la vez describe el cometido y llamado del ‘linaje santo’. Amán se ha ofendido por el llamamiento mesiánico de Israel a conservar la identidad propia del pueblo de Yahvé. Por eso su ataque era anticristiano: ¡la contrajugada de Satanás!

Sin embargo, Mardoqueo, ahora que se ha expuesto y ha provocado que un peligro mortal penda sobre él y su pueblo, procede a la acción. Puesto que el rey ha hecho caso a Amán y ha emitido el decreto para una destrucción masiva: un *pogrom*, una persecución de los judíos, tanto más tentador porque los que lo ejecutasen podrían quedarse con el botín, Mardoqueo va a mostrar ahora públicamente que él es judío. Incluso aparece ante la puerta del rey vestido de luto (*4:1 ss*.). Su intención es

clara: Mardoqueo quiere forzar a Ester a que ella muestre también quién es en realidad. Él consigue pasarle una copia del edicto real de exterminio. Gracias a la mediación del eunuco Hatac, ella se entera de los detalles del plan de Amán. Además Mardoqueo le impone la carga pesada de ir a ver al rey para interceder por su pueblo y suplicarle gracia.

Al principio, Ester no quiere saber nada de ello. Ni de las muestras de luto de su primo, ni aún menos del peligroso plan de ir a interceder ante el rey sin ser invitada. Pero finalmente cede ante las palabras de Mardoqueo: “si callas absolutamente en este tiempo, respiro y liberación vendrá de alguna otra parte  para los judíos; mas tú y la casa de tu padre pereceréis… ¿Y quién sabe si para esta hora has llegado al reino?” (*4:14*). Cierto, aquí tampoco se menciona a Dios. Y la oración apócrifa de Ester, en la que declara no complacerse en su posición elevada, ni disfrutar de la mesa del rey, ni beber nunca del vino de los sacrificios, nos remite sin duda al reino de las fábulas. No obstante el reino de Dios constituye el trasfondo de esta conversación por encima del muro del harén. “Esta hora” es el momento crucial dispuesto por el Señor mismo. Ahora, lo que está en juego es la supervivencia de Israel. Dios ha dispuesto todo de tal manera, que Ester puede actuar como intercesora de su pueblo.

La petición de Ester a la comunidad judía de ayunar durante tres días con ella antes de que vaya a emprender su peligrosa visita al rey, nos muestra de nuevo que ella no ha dejado la Iglesia, sino que confiesa: tu pueblo es mi pueblo. Aunque su expresión fatalista de: “si perezco, que perezca”, no es para nada propia del estilo de la Iglesia. Queda muy lejos del “nuestro socorro está en el nombre del Señor”. Ester no es una mediadora sin pecado. Por lo que es por pura gracia del Señor que su empresa tiene éxito. Ella obtiene el favor del rey. Pero no sale inmediatamente con su petición de gracia para su pueblo. Se limita a invitar al rey y Amán para cenar con ella. Y tampoco durante la cena abre ella su corazón, sino que espera hasta la cena del día siguiente para ejecutar su plan.

Entretanto, le toca de nuevo el turno a Satanás. Amán decide, instigado por su familia engreída, hacer colgar a Mardoqueo en un palo muy alto antes del banquete del día siguiente.

Mas el Señor hace la jugada contraria: el rey insomne aprovecha la noche para que le lean del libro de las crónicas del reino, y así oye que Mardoqueo descubrió un atentado, y que no fue recompensado. Esto tiene como consecuencia – como diríamos nosotros, por pura coincidencia – que Amán recibe al día siguiente la orden de rendir honores extraordinarios a Mardoqueo. Ahora es Amán quien se viste de luto. Con la cabeza cubierta vuelve a su casa. Y cuando luego asiste al banquete con el rey y la reina, lo llevarán finalmente con la cara cubierta hasta el palo, en el que él pensó colgar a su archienemigo. Ester se sabe de memoria el texto del decreto de

exterminio, y sabe elegir bien sus palabras durante la cena: "hemos sido vendidos, yo y mi pueblo, para ser destruidos, para ser muertos y exterminados…" (cf. *3:13*). "Nuestra muerte sería para el rey un daño irreparable" (*7:4*). Tanto su relación con el rey como el temor a perturbar el equilibrio económico son decisivos. El balance se inclina hacia el otro lado.

Amán es colgado. Mardoqueo se convierte en portador del sello real. Otra visita sorpresa de Ester al rey resulta en la proclamación de un decreto, que, aunque no revoca el anterior, sí lo deja en realidad sin efecto. Ya que se da permiso a los judíos para vengarse de sus enemigos en el día señalado. Mardoqueo, tan buen financiero y organizador, se encarga de que todo resulte para bien de su pueblo. Su ascenso es motivo de gran alegría entre los judíos; incluso hay muchos paganos que pasan a formar parte de la iglesia judía (*8:15-17*).

Así pues, en el día trece en cuestión los papeles han sido intercambiados: los judíos, apoyados por el gobierno persa, pueden vengarse de sus enemigos. En Susa disponen incluso de un día extra, a petición de Ester. La referencia a la venganza de los judíos no debe provocar sentimientos antisemitas en nosotros, como si aquí se mostrara cuán sanguinarios serían los judíos en realidad. Pues no despojaron a sus enemigos de sus bienes; lo cual dice mucho de un pueblo que tiene fama de ser materialista. Era evidente que sólo tomaron las medidas necesarias para su seguridad.

Mardoqueo, elevado a un puesto muy destacado por el rey, instaura también la fiesta de Purim. El propósito de esta fiesta, es naturalmente recordar la salvación de los judíos. Pero no se introdujo para celebrarla en torno al templo, sino más bien en la sinagoga, donde se leía el rollo de *Ester* y en el entorno familiar, con comidas y regalos. El día anterior se destinaba al ayuno. En la práctica, esta fiesta se ha convertido en una mezcla de la fiesta de San Nicolás (2) y el carnaval, y una víspera de ayuno en la que destaca más el nacionalismo (¡colgad a Amán!), que una humilde acción de gracias por las buenas obras del Señor. "Cada vez que se menciona a Amán durante la lectura (en la sinagoga), los niños, las mujeres e incluso los judíos ancianos golpean tan fuerte los bancos con martillos de madera, piedras y otros objetos, que retumba. Antes solían tener dos piedras, una llevaba la palabra Amán; estas se golpeaban entre sí hasta que no quedaba rastro del nombre" (3).

**El Rey de Israel se enaltecerá más que Agag.**
**Amalec, cabeza de naciones; mas al fin perecerá para siempre (*Nm. 24:7, 20*)**

La degeneración y superficialidad en torno al rollo de *Ester* nos puede ayudar a ver el sentido que no debemos dar a este libro. El propósito de la salvación de la mano de Amán no era dar la oportunidad para ir de

juerga. Tampoco se trataba de la salvación de la raza, sino que se trataba de la Iglesia, del progreso del maravilloso plan de salvación de Dios. El hecho de que la fiesta de Purim no se celebraba en el templo y que Mardoqueo con toda su influencia no pudo o no quiso conseguir que se reedificase el templo, caracteriza la situación. Era una salvación parcial; y esto por medio de muy débiles y secularizados miembros del pueblo del pacto: Ester, la 'Estrella' en el harén del monarca persa, y Mardoqueo, que se sentía en la corte pagana como en su casa. Así y todo, el Señor en su gracia quiso valerse de ellos para repeler aquel ataque contra Israel, que se basó en el hecho de que era diferente y que esgrimió el falso argumento de una rebelión (*3:8*; cf. *Esd. 4:12*; *Neh. 2:19*; *Lc. 23:2*; *Hch. 16:21*; *17:7*).

Esta salvación parcial, que hizo perder muchas jugadas a la vieja serpiente, sin embargo señala el camino a la salvación completa por Jesucristo. Él no solamente salva a su pueblo de enemigos crueles; sino que le da también un corazón nuevo, que aprovecha la paz obtenida; Él es el intercesor perfecto. El templo de Dios ocupa un lugar central en su corazón. Él edifica a su Iglesia como un templo vivo. Ni Esdrás ni Nehemías han podido corregir y completar eficazmente la obra de Mardoqueo. Pero Cristo es la Estrella de Jacob, que derrota a Agag, como un día profetizó un sabio de Oriente (Balaam; *Nm. 24:17*). Por lo tanto, el libro de *Ester* no nos lleva al frenesí de una noche de carnaval, sino a confesar con gratitud que, ciertamente, los 7.000 y los 144.000 serán reunidos. Satanás pierde la partida: todos los sucesores de Amán llevarán las de perder. Pero también se pondrá fin al conformismo de una iglesia autocomplaciente, que hace de la religión un asunto privado. Pues la salvación de Cristo es completa ¿no? "En lugar de la ortiga crecerá arrayán" (*Is. 55:13*).

(1) Comentario de *Ester*, por U. M. van Hillesum, Ámsterdam, 1902 (año judío: 5663).
(2) Fiesta tradicional neerlandesa, celebrada el 5 de diciembre, en la que se dan regalos sorpresa, acompañados de rimas.
(3) "*Schoole der Jooden*" (Escuela de los Judíos), J. Buxtorf, Leiden 1702, pág. 431.

**JOB**

**Una traducción de poesía antigua**

Gran parte del libro de Job está escrita como un poema. El hebreo no conoce el verso en forma de rima. La poesía se caracteriza en general por la repetición de una misma idea: el paralelismo; el primer renglón es paralelo al segundo. Para poner un ejemplo, fijémonos en *Job 28:7-10*.

1. Senda que nunca la conoció ave,
2. ni ojo de buitre la vio;
1. Nunca la pisaron animales fieros,
2. ni león pasó por ella.
1. En el pedernal puso (el hombre) su mano,
2. y trastornó de raíz los montes.
1. De los peñascos cortó ríos (=túneles),
2. y sus ojos vieron todo lo preciado.

El renglón 1 coincide en cuanto a contenido siempre con el renglón 2. Se podría decir que el hebreo no rima con las palabras, sino con las ideas. Más adelante, con los salmos, tendremos otra oportunidad de profundizar en ello.

**El trasfondo celestial del sufrimiento – aparentemente sin causa – del verdadero creyente**

El comienzo y la conclusión de *Job* es prosa. Los capítulos 1 y 2 no sólo relatan los desastres que le sobrevienen a Job en la tierra. No, también vemos algo del trasfondo celestial. Y así nos encontramos en medio del 'problema' que aborda el libro de *Job*. Job, que vivió en la tierra de Uz, era perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal (*1:1*). Además fue grandemente bendecido con hijos y posesiones.

En *1:6* somos introducidos en el cielo, por así decirlo. El Señor mantiene una conversación con Satanás, el diablo. Este insinúa que Job sirve a Dios, porque le beneficia. "¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¿No le has cercado alrededor a él y a su casa y a todo lo que tiene?... Pero extiende ahora tu mano y toca todo lo que tiene, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia" (*vv. 9, 10*).

Y ¿qué es lo que pasa ahora? El Señor entrega las posesiones de Job en manos de Satanás. El diablo podrá ver por sí mismo, si Job se despide de Dios cuando todo le es quitado. Una vez tras otra, empiezan a llegar noticias de catástrofes a Job, aquel hombre piadoso de la tierra de Uz. Job guarda luto después de perder a sus hijos y propiedades. Pero también entona una alabanza:

“Yahvé dio,
y Yahvé quitó;
sea el nombre de Yahvé bendito.

En todo esto no pecó Job, ni atribuyó a Dios despropósito alguno” (*1:21, 22*). Por lo que el resultado de esta prueba fue muy decepcionante para Satanás. Pero este aún vio posibilidades: “Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida. Pero extiende ahora tu mano, y toca su hueso y su carne, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia” (*2:4, 5*).

Y entonces vemos aquella imagen de Job, tan conocida: lleno de llagas por una sarna maligna, rascándose con el pedazo de un tiesto y sentado en medio de un montón de cenizas. Encima, su esposa le da este consejo: “¿Aún retienes tu integridad? Maldice a Dios, y muérete”. La mujer habla como ocurrió hace mucho en el paraíso, como por la boca de la serpiente. Pero Job lo tacha de pamplinas; él acepta lo bueno de Dios, y también lo malo. Satanás ha perdido su causa. Porque en todo ello, Job no pecó con sus pensamientos.

Con esto no se acaba el libro, al contrario, ahora es cuando empieza. Porque le vienen a visitar tres amigos, tres sabios de Oriente. Ellos vienen a lamentar y a consolarle a Job. Siete días y siete noches comparten con Job en silencio su dolor, en medio de la ceniza.

Luego Job toma la palabra y maldice el día de su nacimiento. El sufrimiento no ha pasado de largo, el dolor rasga su vida; ya no ve el sentido de su existencia. Aquello que en el libro de sabiduría *Eclesiastés* se pone continuamente de manifiesto, la vanidad de la vida, también se le ocurre al hombre en el vertedero:

¿Por qué se da luz al trabajado,
y vida a los de ánimo amargado? (*3:20*).

Leemos en la Biblia acerca de otro hombre, que maldijo el día en que había nacido: Jeremías. Él utilizó el mismo lenguaje vehemente que Job; encerrado en una de las puertas del templo, no entendía el significado de su vida, de ser profeta, pues nadie le escuchaba (*Jer. 20:14-18*; cf. *v. 7 y ss.*). Nadie dice que Jeremías cayó completamente víctima de Satanás, tampoco en ese momento. Pero él era un hombre, un hombre oriental, perdiéndose en sus palabras. Lo mismo le pasa a Job. No se despide de Dios, ¡ni pensarlo! Pero no puede asimilar su sufrimiento, ¿por qué fue quebrantado con la tempestad, y fueron aumentadas sus heridas sin causa? (*9:17*; cf. con el “sin causa” de *2:3*).

De este tema trata el resto del libro. Después del lamento de Job empiezan a hablar los tres amigos: Elifaz, Bildad y Zofar. Job responde

cada vez tras el discurso de cada uno de los amigos. Hay tres tandas de discursos. Pero parece que al final los amigos se han quedado sin argumentos; Bildad contesta la tercera vez muy brevemente y de Zofar ya no oímos nada. Cuando los amigos ya no tienen nada que decir, Job concluye con un epílogo y afirma con un juramento que es limpio de culpa e inocente. A continuación aparece un cuarto amigo, Eliú, quien pronuncia un discurso que es como una preparación para la respuesta del Señor desde el torbellino. Luego habla el Señor mismo y Job se humilla. El capítulo final refleja en prosa, cómo el Señor restaura a Job a su anterior gloria.

**Esquema**

Podemos esquematizar el contenido del libro de la siguiente manera:

Introducción: capítulos 1 y 2

Maldición de Job: 3

| Discursos de: | Elifaz | Bildad | Zofar | Respuesta de Job |
|---|---|---|---|---|
| Primera ronda: | 4 y 5 | | | 6, 7 |
| | | 8 | | 9, 10 |
| | | | 11 | 12-14 |
| Segunda ronda: | 15 | | | 16, 17 |
| | | 18 | | 19 |
| | | | 20 | 21 |
| Tercera ronda: | 22 | | | 23, 24 |
| | | 25 | | 26 |

Epílogo de Job: 27-31

Habla Eliú: 32-37

Las palabras del Señor: 38-41

El final misericordioso: 42

**Primera ronda**

Cuando lea todos aquellos discursos, ha de tener en mente que no se trata de personas de Occidente, que exponen sus ideas con una argumentación lógica. Aquí hablan sabios de Oriente, que destilan un tema en este poema a su manera. Y aunque no esté muy familiarizado con la

forma cíclica de razonar y la expresividad de los orientales, si tenga en cuenta que aquí habla gente cuya forma de vida es mucha más reposada que la nuestra, entonces estas conversaciones ya no le parecerán tan extrañas. Todavía hoy la manera de expresarse en el ‘tercer mundo’ se caracteriza por la repetición interminable y el uso de imágenes. ¡Cómo parece moverse el diálogo en un círculo, en el consejo de los ancianos! Pero el espectador atento observa que los círculos se trazan cada vez más pequeños; estos hombres miran el asunto desde todos los ángulos, hasta que de repente dan con la solución. Algo parecido se ve aquí; sólo que el Señor mismo tiene aquí la última Palabra. Después de todas aquellas palabras llenas de sentido o vacías, habla Él, el Creador y Sustentador, el Gobernador de la vida del hombre; por Él la existencia del creyente tiene verdadero significado y propósito.

Obviamente, no podemos tratar todos los discursos versículo por versículo. Pero quiero señalar algunos puntos para ayudarle así a entenderlos mejor. Puede subrayar con lápiz todo lo que le interese, o lo que le parezca esencial de cada discurso; al fin y al cabo, la Biblia es un libro para estudiar, y para que todo el mundo lo haga.

Elifaz no tarda en expresar la postura que adoptan también los otros dos amigos. Probablemente, Job no ha sido afligido sin causa. Bien puede ser que haya hecho algo malo.

> Recapacita ahora; ¿qué inocente se ha perdido?
> Y ¿en dónde han sido destruidos los rectos?
> Como yo he visto, los que aran iniquidad
> y siembran injuria, la siegan.
> Perecen por el aliento de Dios,
> y por el soplo de su ira son consumidos (*4:7-9*).

Con esto Job tiene que contentarse de momento. Elifaz está muy convencido de que tiene la razón de su parte. Pues recurre a una visión que tuvo por la noche; una figura espantosa le susurró:

> ¿Será el hombre más justo que Dios?
> ¿Será el varón más limpio que el que lo hizo? (*4:17*).

Ahora no entramos en la pregunta si Elifaz recibió una revelación de verdad; su sermón es una predicación de moralina, con la intención de llevar a Job a confesar un pecado en concreto. Pero, he aquí, Job no tiene nada que confesar; y le decepciona tremendamente el enfoque que dan sus amigos al problema. Cierto, reconoce que dijo cosas sin pensarlo demasiado (*6:3*). Seguramente se refiere a la maldición del día de su nacimiento. Pero, ¿por qué llegó a hacerlo? Porque el Todopoderoso le está

disparando flechas. ¿Por qué, por qué? – eso es el dilema de Job; y sus amigos se niegan a verlo.

¿Hasta cuándo no apartarás de mí tu mirada,
  y no me soltarás siquiera hasta que trague mi saliva?
Si he pecado, ¿qué puedo hacerte a ti,
  oh Guarda de los hombres?
¿Por qué me pones por blanco tuyo,
  hasta convertirme en una carga para mí mismo? (*7:19, 20*).

Bildad no recurre a una visión, pero él sabe por los antepasados que Dios no aborrece al perfecto (*8:20*). Y Zofar tampoco logra decir algo mejor: ¡ese Job que se sigue aferrando a su justicia de obras! Zofar empieza a insultarle vulgarmente:

¿Las muchas palabras no han de tener respuesta?
  ¿Y el hombre que habla mucho será justificado?
¿Harán tus falacias callar a los hombres?
  ¿Harás escarnio y no habrá quien te avergüence?
Tú dices: Mi doctrina es pura,
  y yo soy limpio delante de tus ojos.
Mas ¡oh, quién diera que Dios hablara,
  y abriera sus labios contigo…! (*11:2-5*).

Le recomienda a Job que haga un poco de introspección y reconozca su culpa. Y para no convertirse él también en un charlatán, Zofar es muy breve en su primer discurso. Con el segundo tampoco se alarga mucho y no llega nunca a pronunciar un tercero. Por otra parte, Job sabe contestar con una ironía hiriente:

Ciertamente vosotros sois el pueblo,
  y con vosotros morirá la sabiduría (*12:2*).

Pero, aunque no entienden a Job cuando se queja del capricho de Dios, no van a conseguir que reconozca su culpa particular. ¡Los amigos quieren defender a Dios, ser sus abogados! Exponen la supuesta razón por la que Dios le trae tantas calamidades a Job. Pero Job no acepta esta justificación de Dios. Los amigos son malos abogados de Dios.

He aquí, aunque él me matare, en él esperaré;
  No obstante, defenderé delante de él mis caminos,
Y él mismo será mi salvación,
  Porque no entrará en su presencia el impío.

He aquí ahora, si yo expusiere mi causa,
  Sé que seré justificado (*13:15, 16, 18*).

**Segunda ronda**

Hay algo que se nos impone con una fuerza irresistible: se trata aquí de un juicio. Los amigos acusan a Job. Seguro que ha hecho algo malo, sino, no estaría en la miseria. Pero Job a su vez no sólo se siente atacado por sus amigos, sino además se siente tratado injustamente por parte del Señor. Y sin embargo, no puede apartarse de Dios. Cuando Elifaz en su segundo discurso sigue machacando el mismo tema de antes – que ni siquiera los ángeles son limpios delante de Dios, mucho menos el hombre, y que la tradición muestra que los impíos serán castigados – entonces, Job estalla: "Consoladores molestos sois todos vosotros" (*16:2*). Por un lado llama a Dios su Adversario, su Enemigo. Pero, con una feliz inconsecuencia, Job se aferra a ese mismo Dios; lucha con él para que algún día le haga ¡justicia!

¡Oh tierra! No cubras mi sangre,
  y no haya lugar para mi clamor.
Mas he aquí que en los cielos está mi testigo,
  y mi testimonio en las alturas.
Disputadores son mis amigos;
  mas ante Dios derramaré mis lágrimas.
¡Ojalá pudiese disputar el hombre con Dios,
  como con su prójimo! (*16:18-21*).

Estas palabras describen de forma clara la lucha de Job. Frente a sus amigos quiere ser justificado. Pero también disputa con Dios, el Dios que le trata injustamente. Dios tiene que actuar contra sí mismo, por así decirlo. Job clama por un Mediador, un Fiador. Por eso exclama más adelante: "Dame fianza, oh Dios; sea mi protección cerca de ti. Porque ¿quién querría responder por mí?" (*17:3*).

Y cuando Bildad en su segundo sermón vuelve con imágenes expresivas de la perdición de los impíos, Job no cede ante ello:

Pero si vosotros os engrandecéis contra mí,
  Y contra mí alegáis mi oprobio,
Sabed ahora que Dios me ha derribado,
  Y me ha envuelto en su red (*19:5, 6*).

Entonces aquel Job, que maldecía su vida, se levanta. Aborrecible es, un gusano entre los hombres, todos esconden sus rostros de él, parece que

el juicio de Dios le condena. Pero Job se aferra al Invisible. Todo acabará bien.

¡Oh vosotros mis amigos, tened compasión de mí, tened compasión de mí!
Porque la mano de Dios me ha tocado.
¿Por qué me perseguís como Dios,
y ni aun de mi carne os saciáis?
¡Quién diese ahora que mis palabras fuesen escritas!
¡Quién diese que se escribiesen en un libro;
que con cincel de hierro y con plomo
fuesen esculpidas en piedra para siempre!
Yo sé que mi Redentor vive,
y al fin se levantará sobre el polvo;
y después de deshecha esta mi piel,
en mi carne he de ver a Dios;
al cual veré por mí mismo,
y mis ojos lo verán, y no otro,
aunque mi corazón desfallece dentro de mí (*19:21-27*).

Job se aferra a un Redentor, un Vengador de la sangre (en hebreo *goel*). En medio de una angustia mortal ve perspectivas mesiánicas. Lo hermoso es que Job ve surgir vida de la justicia. ¿Acaso no es Cristo la respuesta a los lamentos de Job? Él ha cumplido la justicia de Dios; Él ha justificado al hombre frente a Dios, al llevar nuestros pecados. Y por eso nos puede dar la vida y la resurrección. Cristo ha resucitado para nuestra justificación. Con razón el aria basada en *Job 19:25* del “Mesías” de Händel, es muy conocida entre el pueblo de Dios de nuestro tiempo: Yo sé que mi Redentor vive.

El único consuelo que Zofar puede darle a Job es que los impíos perecen después de un breve período de prosperidad. Job reflexiona que la práctica le enseña otra cosa. A los impíos se les honra hasta después de su muerte; basta fijarse en sus túmulos bien cuidados (*cap. 21*).

### Tercera ronda

Elifaz empieza a hablar ahora en un tono muy ofensivo.

¿Tiene contentamiento el Omnipotente en que tú seas justificado,
o provecho de que tú hagas perfectos tus caminos?
¿Acaso te castiga,
o viene a juicio contigo, a causa de tu piedad?
Por cierto tu malicia es grande,
y tus maldades no tienen fin.

Porque sacaste prenda de tus hermanos sin causa,
y despojaste de sus ropas a los desnudos (*22:3-6*).

Y así sigue Elifaz, sin parar. Pero Job se mantiene firme. ¡Si pudiera encontrar a Dios!

Mas él conoce mi camino;
me probará, y saldré como oro (*23:10*).

Tampoco la insistencia de Bildad en su mismo tema (¿cómo un hombre, un mortal, puede ser justo delante de Dios?), confunde a Job.

Mi justicia tengo asida, y no la cederé;
no me reprochará mi corazón en todos mis días (*27:6*).

Pero, aunque se aferra a su justicia, eso no significa que Job haya resuelto sus problemas, al contrario. Él confiesa que es imposible que el hombre halle la sabiduría de Dios (*cap. 28*), por cuanto es más profunda que los pozos mineros; los babilonios no tienen razón cuando dicen que sale de las profundidades de las aguas. Para el hombre, la única sabiduría que puede obtener es esta: el temor del Señor y apartarse del mal. Pero desvelar los enigmas de la vida, eso no lo puede hacer. Y ¡cómo le atormenta a Job el curso de su propia vida! En el capítulo 29 dibuja su prosperidad de antes, en el siguiente describe su miseria actual y la negación a la que está expuesto. Pero, sea como sea: tiene está asido a su justicia; no hay ni una pizca de verdad en todas aquellas acusaciones infames de Elifaz. Viudas y esclavos no tenían nada que temer de Job. Se atreve a alzar la mano para jurar – todavía estamos en la sala del tribunal – y escuchamos el juramento orgulloso de su integridad:

¡Quién me diera quien me oyese!
He aquí mi confianza es que el Omnipotente testificará por mí,
aunque mi adversario me forme proceso.
Ciertamente yo lo llevaría sobre mi hombro,
y me lo ceñiría como una corona.
Yo le contaría el número de mis pasos,
y como príncipe me presentaría ante él (*31:34-37*).

**Eliú contra Job y sus tres amigos**

A partir de *Job* 32 comienza una nueva sección. Un personaje hasta ahora desconocido hace su apariencia: Eliú, un amigo más joven de Job. Por su edad se había inhibido de participar en el diálogo anterior. Pero ahora que todos han acabado de hablar, se siente llamado a aportar algo

también, además, se enciende en ira. Pues Job se creía más justo que Dios y se atrevió a criticarle a Dios. No es que Eliú duda de la rectitud moral de Job. Al contrario, pues está indignado por la actitud de los tres amigos, que lanzaron las acusaciones más horribles a Job.

Así que Eliú lucha en dos frentes.

Él comienza apelando a la benevolencia de sus oyentes. Es joven, por lo que no intervino en las conversaciones. Pero, aunque él es un ‘muchacho imberbe’, la sabiduría no es fruto de la edad avanzada, sino del Espíritu del Señor. Y ahora, como los amigos desisten, él quiere hablar; se siente apremiado. Él va a decir algo totalmente distinto, su corazón está como el vino que no tiene respiradero, y se rompe como odres nuevos (*32:19*). Por otra parte no hará acepción de personas. Y él es un hombre como ellos, “de barro fui yo también formado” (*33:6*).

Lo primero en lo que ahonda es la afirmación de Job de que él no tiene defecto, y que Dios es injusto. Cita las palabras que Job habló en 13:24 y 27:

De cierto tú dijiste a oídos míos,
y yo oí la voz de tus palabras que decían:
Yo soy limpio y sin defecto;
soy inocente, y no hay maldad en mí.
He aquí que él buscó reproches contra mí,
y me tiene por su enemigo;
puso mis pies en el cepo,
y vigiló todas mis sendas (*33:8-11*).

Eliú no está de acuerdo con este lenguaje:

He aquí, en esto no has hablado justamente;
Yo te responderé que mayor es Dios que el hombre.
¿Por qué contiendes contra él?
Porque él no da cuenta de ninguna de sus razones (*33:12, 13*).

Eliú hace alusión a ciertas observaciones de Job como la de 30:20, donde le reprocha a Dios que no le contesta. ¿Acaso no ha rebajado con sus palabras la grandeza de Dios y cuestionado su superioridad? ¿Acaso Dios nos debe rendir cuentas de lo que hace?

Además, Dios sí habla al hombre; en sueños y visiones nocturnas, y por medio de enfermedades. Así quiere quitarle al hombre su soberbia (*33:14 ss.*). Y también – y esto es muy importante aquí - quiere despertar en él el anhelo por un mediador, el deseo de reconciliación. Eliú toca uno de los temas que ya escuchábamos de Job, por ejemplo: “No hay entre nosotros árbitro” (*9:33*; cf. *16:18, 19*; *19:25*). A causa de su sufrimiento, en

Job ha ido creciendo el anhelo por un Redentor, un Mediador, un Intercesor, uno entre mil, un mensajero, que le ayudaría.

Si tuviese cerca de él
algún elocuente mediador muy escogido,
que anuncie al hombre su deber… (*33:23*).

Con esto quiere decir Eliú que el mediador sirve para enseñar el camino recto, para predicar el arrepentimiento y la conversión. Eliú no pertenece a los sabelotodos, como los tres amigos de Job, quienes de su sufrimiento concluyen que hay un pecado en concreto. Pero sí deja abierta la posibilidad de que, en general, el sufrimiento nos comunique algo: de perspectiva a la vida, enseñe al hombre vulnerable a vivir de la gracia, del rescate, de la propiciación que tiene que realizarse para cada uno de los hijos de Dios, si quiere participar de la salvación de Dios. Pablo dice en *1 Corintios 4:4*: "Porque aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado". Job no tenía mala conciencia de nada, se aferró a su justicia. Eliú no le critica por ello. Pero Job tiene que aprender que no había sido justificado por ello. Sólo vivimos, cuando Dios nos libera (literalmente: redime, *33:28*).

Job no contesta al primer discurso de Eliú (*cap. 33*). Por lo que el orador prosigue y cita otras afirmaciones de Job como la de 27:2, 6.

Porque Job ha dicho: Yo soy justo,
y Dios me ha quitado mi derecho.
¿He de mentir yo contra mi razón?
Dolorosa es mi herida sin haber hecho yo transgresión (*34:5, 6*).

También cita Eliú lo que dice Job sobre el aparente sinsentido de servir a Dios, que encontramos en 9:22 y en 21:7-15.

Porque ha dicho: De nada servirá al hombre
el conformar su voluntad a Dios (*34:9*).

Y contra esto Eliú se rebela con vehemencia:

Lejos esté de Dios la impiedad,
y del Omnipotente la iniquidad (*34:10*).

Estamos todavía en la sala del tribunal. O mejor dicho – pues ¿quién es el hombre que puede defender a Dios? – estamos en la clase de aprendizaje de la Iglesia. Eliú hace observar que Dios es el gran Creador y

Sustentador de todo lo que hay. En Él vivimos y nos movemos. Él dirige todo. ¿Cómo podría hacer injusticia?

¿Gobernará el que aborrece juicio?
 ¿Y condenarás tú al que es tan justo? (*34:17*).

Dios es el gran Rey, quita de los tronos a los soberbios y exalta a los humildes. Él es el Rey de reyes, y ningún tirano se libra. ¿Cómo se atreve Job a hablar tanto en contra de Él? (*34:37*).

En su tercer discurso profundiza Eliú en la afirmación de Job que ya citó anteriormente, a saber: que servir a Dios no trae ningún beneficio. Desde luego, con nuestros actos no podemos alcanzar a Dios. "Si fueres justo, ¿qué le darás a él?" Pero hay también un plano horizontal: nuestro pecado o nuestra justicia sí afecta a nuestros prójimos (*35:7, 8*).

Y en lo referente al lamento de Job, que Dios no oye las oraciones, se pregunta si Job haya orado con la paciencia necesaria. ¿Esperaba al Señor? ¿O ha sido su oración solamente un clamor desde la necesidad, algo del tipo de "la urgencia enseña a orar", que no tiene nada que ver con la verdadera oración? El que ora de verdad dice: "¿Dónde está Dios mi Hacedor, que da cánticos en la noche?" Casi sin querer, este comentario de Eliú nos hace pensar en Pablo y Silas en la cárcel de Filipos. Arrestados durante su labor de plantar iglesias en el continente europeo, ellos cantaron himnos en la noche (*Hch. 16:25*). ¿Y qué hizo Job?

Ciertamente Dios no oirá la vanidad,
 ni la mirará el Omnipotente.
¿Cuánto menos cuando dices que no haces caso de él?
 La causa está delante de él;
 por tanto, aguárdale (*35:13, 14*).

Job sigue sin contestar. Y quien calla, otorga.

Por eso continúa Eliú y aborda ahora otro tema. Job ha dicho en 21:7 que Dios deja vivir a los impíos, e incluso hace que aumenten en fuerza. Pero Dios no aparta sus ojos de los justos, sino que da su derecho a los afligidos; y no da vida a los impíos (*36:6, 7*). Y si los justos se ven en problemas, esto ocurre para que sean purificados.

Al pobre librará de su pobreza,
 y en la aflicción despertará su oído (*36:15*).

Y así fue con Job. Que ahora no se rebele (*36:18*), ni desee la muerte (véase los *capítulos 3, 7, 14*).

No anheles la noche,
   en que los pueblos desaparecen de su lugar.
Guárdate, no te vuelvas a la iniquidad;
   pues ésta escogiste más bien que la aflicción.
He aquí que Dios es excelso en su poder;
   ¿Qué enseñador semejante a él?
¿Quién le ha prescrito su camino?
   ¿Y quién le dirá: Has hecho mal? (*36:20-23*).

A continuación, Eliú empieza a alabar la grandeza del Señor, el dominio de Aquél que gobierna el mundo entero. Él no puede ser injusto. Aquél que designa a las nubes y los vientos su curso y trayecto, ¡seguro que encontrará un camino por donde Job pueda andar!

En el horizonte aparecen los cúmulos típicos de una tormenta. Eliú entremezcla la descripción de este fenómeno con palabras de amonestación (a partir de *36:27*). Le dispara un sinfín de preguntas a Job acerca de procesos naturales. Y concluye:

Él es Todopoderoso, al cual no alcanzamos,
   grande en poder; y en juicio
   y en multitud de justicia no afligirá.
Lo temerán por tanto los hombres;
   Él no estima a ninguno que cree en su propio corazón ser sabio (*37:23, 24*).

**Yahvé como juez pronuncia el fallo en medio de una tormenta. El arrepentimiento de Job y su restauración**

Entonces es cuando comienza a hablar el Señor, Él responde desde un torbellino. Pero lo que dice es un desafío dirigido a Job. Eliú ya hizo preguntas a las que Job no sabía qué contestar. El Señor va a hacerle muchas más:

Ahora ciñe como varón tus lomos;
   Yo te preguntaré, y tú me contestarás.
¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra?
   Házmelo saber, si tienes inteligencia.
¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes?
   ¿O quién extendió sobre ella cordel? (*38:3-5*).

Las preguntas se amontonan. ¿Cuál es la respuesta de Job, el acusador?

He aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé?

Mi mano pongo sobre mi boca.
Una vez hablé, mas no responderé;
aun dos veces, mas no volveré a hablar (*40:4, 5*).

Pero otra vez más el Señor se dirige a Job de en medio de la tormenta. Otra vez más le reta. "¿Invalidarás tú también mi juicio? ¿Me condenarás a mí, para justificarte tú?"

De nuevo se precipitan las preguntas sobre Job. Se trata ahora sobre todo del *behemot* (posiblemente el hipopótamo) y del *leviatán* (cocodrilo). Dios confronta a Job con todo tipo de características de la creación, que muestran su poder y su método de trabajo. En general, solemos atribuir el aspecto de los animales salvajes 'según su especie' a las consecuencias de la Caída. A pesar de la declaración en *Génesis* 1:21-25, en realidad no queremos aceptar el hecho de que Dios vio que esta creación era buena. Incluso hay gente que achaca la existencia de los monstruos marinos y animales salvajes a influencias demoníacas anteriores a la Caída. Pero es precisamente a raíz de la Caída, que nos imaginamos un paraíso persa, que tiene que ser un idilio conforme al gusto del superdulce technicolor americano. Piense si no en todas aquellas encantadoras imágenes del paraíso, en las que se han olvidado del hecho de que el jardín del Edén era un trozo de tierra de cultivo, separado del campo alrededor, y no un zoológico con animales mansos. Las palabras del Señor a Job nos sirven para quitarnos de encima cualquier idea sentimental acerca de la creación y del Creador. El Señor es el Dios que creó aquellas bestias terribles como el hipopótamo y el cocodrilo. Ellos llevan su sello, aunque a nosotros nos cuesta mucho reconocer la marca de sus dedos en esos seres aterradores. Es el Señor quien creó las fuerzas naturales del rayo y de la tempestad, Él determinó la intuición predadora del león, la mentalidad curiosa del avestruz. ¡Insondables y profundos son los pensamientos de Dios! Sus pensamientos son más altos que los nuestros, que prefieren entretenerse sólo con palomas que arrullan. Su método de trabajo, tanto en la creación como en la dirección de nuestras vidas, es diferente a como por naturaleza nos gusta imaginárnoslo. Gracias a los últimos capítulos de Job, tenemos ante nosotros una lección magnífica en 'la naturaleza viva'. Igual como no se puede comprender al Señor en su creación, así tampoco se le puede entender fácilmente en su consejo sobre nuestra vida. Así como la incomprensible creación de Dios, con todas aquellas fuerzas encontradas de la naturaleza y manifestaciones imponentes, es "buena en gran manera", así también el reinado de Dios sobre esta vida, llena de golpes y confusión, llena de enigmas, es "bueno, en gran manera".

Job inclina su orgullosa cabeza. Como un príncipe se había acercado a su Creador. Ahora balbucea como una criatura insignificante, repitiendo las propias palabras del Señor. En los versículos que vienen reproducidos a

continuación, están en letra cursiva aquellas palabras de Yahvé que Job cita:

Yo conozco que todo lo puedes,
  y que no hay pensamiento que se esconda de ti.
*¿Quién es*
  *el que oscurece el consejo sin entendimiento? (38:2).*
Por tanto, yo hablaba lo que no entendía;
  cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía.
*Oye, te ruego, y hablaré;*
  *te preguntaré, y tú me enseñarás (38:3*; *40:7).*
De oídas te había oído;
  mas ahora mis ojos te ven.
Por tanto me aborrezco,
  y me arrepiento en polvo y ceniza (*42:2*-*6*).

Naturalmente, Job no revoca todo lo que ha dicho. El Señor mismo dice en 42:7 a Elifaz que no ha hablado de Dios "lo recto", como su siervo Job. Pero Job se retracta de su lenguaje desafiante y crítico. Ha profundizado mucho más en su conocimiento de Dios: ahora sabe que al Creador de todas las cosas no se le puede entender, pero que sin embargo obra la salvación de los que son suyos; a pesar de todo.

Entonces se produce el gran cambio en la vida de Job.

Y es completamente diferente a las predicciones de sus amigos.

Ellos reciben una amonestación por parte del Señor, y Job tiene que hacer de mediador e intercesor, ofreciendo inmediatamente un sacrificio. Ante ellos, Job es enaltecido como 'el siervo del Señor' (*Is. 52:13-15*; *Sal. 18:48*; *Jn. 12:32*).

Y además, Job recibe el doble de lo que poseía antes. Su familia vuelve a relacionarse con él. Entre él y su mujer parece que ya no hay discordia; le nacen más hijos. A propósito: diez hijos murieron, pero este número no se duplica en el número de los que nacen ahora. También los hijos muertos siguen siendo sus hijos.

Así es como el libro de Job termina con un final feliz. La bendición del justo. Pero hay que tener muy presente que este final nos muestra que la bendición no se dispensa por mérito, sino por gracia.

**El libro de Job no es la historia de un superhombre, sino: la predicación de la justificación de la Iglesia en Cristo Jesús.**

Job nunca supo nada del trasfondo celestial: la conversación entre Dios y Satanás. Él se ha mostrado impaciente, y ha aprendido a esperar. Su fe ha sido probada, tenía que aprender a aferrarse al Invisible: "ahora mis ojos te ven" (*42:5*). Frente a la enseñanza de sus amigos, que el hombre es

un esclavo a sueldo de Dios, se le va abriendo poco a poco el mundo maravilloso de la gracia. Aunque podía asirse a sus obras justas, también él necesitaba un Redentor, una propiciación. La restauración de sus riquezas enfatiza que las siguientes palabras de Pablo también eran aplicables a Job: “siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (*Ro. 3:24*).

Tanto en *Ezequiel* 14:14, 20 y en *Santiago* 5:11 se menciona a Job con respeto. Sin embargo, no debemos engrandecer a Job por encima de los demás, a causa de sus dones de oración y paciencia, y así reducir el mensaje de *Job* a un gran ejemplo. Porque Yahvé mostró por medio de Job que Él obra la perseverancia de los santos, que Él está cerca de su Iglesia y que restablece la justicia. Si a Job se le devuelve el doble, por su sufrimiento – sólo por gracia, pues Job se había humillado antes –, esto predica a la Iglesia que algún día el camino de la cruz terminará en la gloria; después de la justificación llega sin duda la glorificación; *via crucis, via lucis*. En cuanto al ‘problema’ del sufrimiento, ay, nosotros los mortales no vamos a entender nunca todo aquí en la tierra. Pero podemos saber que hay un trasfondo celestial, que Dios pone límites a Satanás. Y también podemos saber que el método de trabajo de Dios sobrepasa nuestro entendimiento, y que es diferente a lo que quisiera nuestro corazón sentimental. Dios creó cosas que no son bonitas, según nuestro gusto. Y no obstante, ¡cuán poderosamente se revela su gloria en el peligroso leviatán! Tampoco la cruz de Cristo es algo bonito, produce repulsión en nuestro ser natural. Y sin embargo, ¡cómo nos ha redimido Cristo en aquella cruz! Sufriendo – y mucho más que Job – como Fiador, como *goel*. ¡Yo sé, que mi Redentor vive! Satanás ya no tiene acceso al cielo para acusarnos. Porque después de la Ascensión, el acusador de los hermanos ha sido arrojado a la tierra. Cristo, como nuestro *paracleto* (auxiliador) celestial, nuestro gestor, defiende nuestros intereses (*Ap. 12:5-11*; *1 Jn. 2:2*). Todavía preguntamos a Dios ¿por qué?, pero en Cristo ya tenemos la victoria en principio. Y el ojo ejercitado por las Escrituras encuentra en los fenómenos de la naturaleza en apariencia tan caóticos, un consuelo profundo. Dios es siempre el mismo en su forma de obrar, respecto a Job en el vertedero, respecto a Cristo en Gólgota, y respecto a la Iglesia de los últimos tiempos, que se ha convertido en un espectáculo para el mundo. El libro de Job lleva a la Iglesia a cantar de su justificación, santificación y salvación completa en Cristo, como una profecía hermosa.

## SALMOS

**División y encabezamientos**

*Psalmoi* es una palabra griega, que significa ‘canto acompañado de instrumentos de cuerda’, o, como dice Vondel: canto de arpa. La palabra hebrea traducida como salmos, significa en realidad ‘alabanzas’. Ahora bien, en el libro de *Salmos* también hay muchas plegarias y lamentaciones, pero al final todas acaban en una alabanza de Aquél que habita en medio de las alabanzas de Israel. Al acudir en su necesidad al Señor, Israel le reconocía como la única ayuda en las angustias.

El actual libro de los *Salmos* está dividido en cinco partes. Así como se habla de los cinco libros de Moisés, se podría hablar de los cinco libros de los Salmos. Es posible que se haya llegado adrede a esta división, motivado por la de la *Torá* (Ley), y se haya querido expresar así la relación que hay entre la ley y los salmos. Podemos encontrar fácilmente esta división (que se indica en la RV), cuando nos fijamos en la doxología (alabanza) con la que concluye cada libro:

Libro 1: *Sal. 1-41* (en su mayoría salmos de David); doxología: *41:13*.
Libro 2: *Sal. 42-72* (salmos davídicos, pero también del círculo de los levitas);
doxología: *72:18, 19*.
Libro 3: *Sal. 73-89* (sobre todo salmos levíticos); doxología: *89:52*.
Libro 4: *Sal. 90-106* (un salmo de Moisés, otro de David y salmos anónimos);
doxología: *106:48*.
Libro 5: *Sal. 107-150* (entre otros: salmos de peregrinación [*shir lama’aloth*] y
alabanzas [*hallel*] de David, uno es de Salomón y los demás son de autores
anónimos); doxología: en realidad todo el Salmo *150*.

Está claro que el libro de los *Salmos* es una colección, tomada de fuentes que se perdieron. En los libros históricos del Antiguo Testamento encontramos aquí y allá también algún ‘salmo’, como los cánticos de Moisés, el cántico de Débora, de Ana, de Ezequías. Es posible que otros libros históricos, pero desconocidos, contuvieran algunos salmos que han sido incluidos en la recopilación que tenemos ahora. En todo caso, se conservaron las descripciones de las circunstancias de algunos salmos davídicos. Cuando comparamos el Salmo 18 con *2 Samuel* 22, vemos que se da una misma motivación para este salmo: el Señor le ha librado de mano de todos sus enemigos y de mano de Saúl. En otros salmos se indica que fueron compuestos cuando huyó de delante de Saúl (*Sal. 34, 52, 54, 56, 57, 59*) o de Absalón (*Sal. 3*). Debemos agradecer estas anotaciones: ¡de

esta forma los *Salmos* nos dan un comentario espléndido de la historia de Israel! ¡Cómo nos hablan, cuando conocemos su trasfondo y sabemos quién es el autor suplicante y amenazado! Lo mismo se puede decir de los cánticos que por lo visto estaban destinados al culto en el templo y a las grandes fiestas. Es de gran ayuda para la Iglesia de hoy, si se da cuenta de que Israel entonaba el *hallel* o los cánticos graduales durante sus reuniones festivas. Los salmos no son canciones sin carácter, tienen su raíz en la historia del pacto de Israel y el culto relacionado a ello.

**Alabad al Señor con cánticos y música**

El Salmo 22, conocido como salmo de la Pasión, se cantaba a la tonada de "cierva del alba", y el Salmo 9 (que originalmente era uno con el Salmo 10) a la melodía "sobre la muerte del hijo". No hay que escandalizarse por la combinación de un salmo solemne, cantado según una melodía 'mundana', pues los salmos formaban parte de la vida en su plenitud; no piense por lo tanto que los sacerdotes cantaban los salmos como una coral, con su lentitud típica, arrastrando las notas, como algunos encuentran apropiado para un cántico espiritual y ceremonioso. En aquel tiempo no habían llegado todavía a relacionar la 'música eclesiástica' con algo como el "Largo" de Händel. Podemos estar contentos de que hoy en día nos hayamos librado de cantar los salmos a modo de corales, y que hayamos vuelto a las melodías frescas de Ginebra.

No sabemos cómo cantaban exactamente los israelitas. A veces encontramos en medio del texto la palabra *sela*. Su significado sigue siendo desconocido. ¿Había que repetir aquí las últimas palabras, o significaba un fortísimo para los cantores o músicos? Sea lo que sea, es una indicación musical. En los salmos hay algunas otras más; por ejemplo "al músico principal", "en neginot" (*nagan* = arpa), etc. Un oriental siempre parece cantar cuando habla. Escuchando la forma actual de cantar en una sinagoga judía, que se asemeja un poco al canto gregoriano de la iglesia católica – y también a la manera de recitar en las iglesias ortodoxas y en las mezquitas – nos podemos hacer más o menos una idea de la manera en que Israel cantaba. En el templo una gran orquesta acompañaba al coro.

Se nota en algunos salmos, que han sido usados para cantar antifonalmente. En el Salmo 24 por ejemplo, se hacen varias preguntas, cantadas por un solo cantor o un coro, mientras que otro cantor u otro coro responde:

¿Quién subirá al monte de Yahvé?
¿Y quién estará en su lugar santo?
El limpio de manos y puro de corazón;

El que no ha elevado su alma a cosas vanas…

Alzad, oh puertas, vuestras cabezas,
Y alzaos vosotras, puertas eternas,
Y entrará el Rey de gloria.
¿Quién es este Rey de gloria?
Yahvé de los ejércitos,
Él es el Rey de la gloria.

En los Salmos 42 y 43 encontramos cada vez un estribillo:

¿Por qué te abates, oh alma mía,
Y por que te turbas dentro de mí?
Espera en Dios; porque aún he de alabarle,
Salvación mía y Dios mío.

Semejante estribillo parece que fue cantado por todos, o bien por un coro más grande. En Salmo 46 hay otro estribillo conocido que se repite (*vv. 7*, *11*, y posiblemente también después del *v.3*, ya que *selah* aparece tres veces):

Yahvé de los ejércitos está con nosotros;
Nuestro refugio es el Dios de Jacob.

Otra repetición conocida es:

¡Alabad a Yahvé, porque él es bueno,
Porque para siempre es su misericordia!

La encontramos en los Salmos 136 y 118 (1). 'Misericordia' quiere decir en realidad: fidelidad del Pacto. ¿No es motivo para dar gritos de júbilo, una y otra vez? Israel lo hizo en la dedicación del templo (*2 Cr.5:13*; *7:3, 6*), y en los días de Josafat, durante una campaña contra los amonitas y moabitas (*2 Cr. 20:21*). Jeremías anuncia que después de la destrucción de la ciudad y el templo se volverá a oír de nuevo este cántico (*Jer. 33:11*), y en *Esdras* 3:11 leemos de su cumplimiento: fue cantado cuando pusieron el fundamento del nuevo templo. Si alguna vez ha escuchado la adaptación musical que hizo el compositor Gelineau del Salmo 136, en la que el estribillo es acompañado por instrumentos de metal: *Car son amour est éternel!* (porque su amor es eterno), entonces entenderá mejor cómo es posible interpretar este salmo con voz e instrumento. Nosotros muchas veces carecemos de aquella alegría intensa, o, por lo menos, nos cuesta expresarla. Tenemos miedo, con razón, de los

excesos y el descarrío que se dan en algunas grupos ‘entusiastas’. Sin embargo, tenemos que cuidar de que la persistencia en la oración y la alabanza del Señor por su misericordia, esté libre de monotonía. El canto antifonal no está prohibido en la iglesia, y la Biblia no dice en ningún lugar que no debamos usar instrumentos de metal como acompañamiento en el culto; dejándolo al Ejército de Salvación. Mientras en el órgano, que sí usamos, hay un registro para trompeta… ¡Es bueno, que alabemos al Señor!

**Con orden (*1 Co. 14:40*)**

La existencia de los estribillos muestra que la forma de cantar los salmos en Israel, por espontáneo que pueda haber sido, tenía su orden establecido. Por otro lado, todo el Salterio lleva el sello del orden. El Salterio no abre las puertas a una expresión individualista de una emoción tan personal. No tiene como objetivo la confusión y el caos de carismáticos entusiastas, sino que estiliza la actuación del individuo y de la multitud. El Dios de los salmos no es Dios de confusión (*1 Co. 14:33*). Cuando nos paramos a pensar en el caos que ha caracterizado las fiestas paganas a lo largo de los siglos, nos vamos dando cuenta del valor que tiene el Salterio como ‘orden de culto’. Y también se puede pensar en el hecho de que el ritual en el paganismo es muchas veces una especie de lenguaje en clave de los sacerdotes; los ‘laicos’ no lo entienden. En Israel, la situación era completamente distinta: aunque había una ‘espiritualidad’ en los sacerdotes, ellos hablaban un lenguaje que los laicos podían entender; sí, muchas canciones de la liturgia oficial habían sido compuestas por ‘laicos’ como David.

Un ejemplo del orden, lo encontramos en los salmos ‘alfabéticos’, como el Salmo 119. Allí vemos cada sección indicada por *Alef*, *Bet*, *Guímel*, etc. Esto significa, que todos los versículos de un mismo apartado comienzan con la misma letra del sistema de escritura hebreo de 22 caracteres. ¿Acaso no es Dios el Alfa y Omega? (primera y última letra del alfabeto griego; *Ap. 1:8*). Y, aunque en la versión Reina-Valera no aparecen esas indicaciones, hay otros salmos alfabéticos, como el Salmo 25, 34, 37, 111, 112 y 145. Sólo que, en ellos, cada versículo empieza con la siguiente letra del abecedario hebreo. Además, los Salmos 33 y 103 tienen 22 versículos cada uno. Los salmos del ‘ABC’ nos muestran cómo Israel se dejaba guiar de la A hasta la Z por el orden de Aquél, en quien todo subsiste (*Col. 1:17*); y que no reinaba el desconcierto a la hora de cantar alabanzas y lamentos.

También en la ‘rima’ notamos el orden. En el libro de *Job* ya vimos que los israelitas no solían emplear nuestra manera de ‘rimar’, sino que hacían rimar el contenido de dos o más frases consecutivas. Además, los renglones tienen una forma rítmica. Esta figura estilística se llama

‘paralelismo’, las líneas discurren en paralelo. Un ejemplo hermoso de esto es el Salmo 114. La segunda línea parece repetir la primera como un eco. Al leer partes poéticas de la Biblia en voz alta, puede que de repente adquieren mucho más sentido, cuando la segunda línea es leída por otra persona (¡inténtelo!):

1. Cuando salió Israel de Egipto,
2.     la casa de Jacob del pueblo extranjero,
1. Judá vino a ser su santuario,
2.     e Israel su señorío.
1. El mar lo vio, y huyó;
2.     el Jordán se volvió atrás.
1. Los montes saltaron como carneros,
2.     los collados como corderitos.

El hombre oriental piensa de forma diferente. Está acostumbrado a la repetición, pero nunca es una repetición sin sentido; las ideas se elaboran más, se definen más.

“La cisterna estaba vacía, no había en ella agua”, dice *Génesis* 37:24. Es una observación intrascendente, pero de una manera muy natural se aplica el paralelismo a la composición. “Yo a la verdad soy una mujer viuda y mi marido ha muerto”, le dice a David la mujer astuta de Tecoa, posteriormente la ciudad de Amós (*2 S. 14:5*). ‘Rima’ paralela. También en el Nuevo Testamento podríamos señalar muchos ejemplos similares, como el canto de los ángeles (*Lc. 2:14*). Muchas de las palabras de Jesús que aparecen en los evangelios podríamos reflejarlas gráficamente en forma de poema, y lo mismo podríamos hacer con porciones de las cartas y de *Apocalipsis*.

“Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí,
  sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos.
Porque he aquí vendrán días
  en que dirán:
Bienaventuradas las estériles y los vientres que no concibieron,
  y los pechos que no criaron.
Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros;
  y a los collados: Cubridnos” (*Lc. 23:28-30*).

El paralelismo puede repetir una idea (1), expresar un pensamiento opuesto (2) y también ampliarlo (3). Cada uno tiene un ejemplo en el Salmo 1:

3. Bienaventurado el varón que no *anduvo* en consejo de malos,

ni *estuvo* en camino de pecadores,
ni en silla de escarnecedores se ha *sentado*;

1. Sino que en la ley de Yahvé está su delicia,
y en su ley medita de día y de noche.

2. Porque Yahvé conoce el camino de los justos;
mas la senda de los malos perecerá.

Hay más formas de repetición a las que prestar atención. En este libro ordenado, encontramos cantos de peregrinación, p. ej. Salmo 123. Se llaman también 'cánticos de subidas', o 'graduales', porque parece que el poeta, al repetir palabras clave, va juntando un pie con el otro, subiendo las gradas:

A ti alcé mis *ojos*,
a ti que habitas en los cielos.
He aquí, como los ojos de los siervos
miran *a la mano de* sus señores,
y como los *ojos* de la sierva
*a la mano de* su señora,
así nuestros ojos miran a Yahvé nuestro Dios,
hasta que *tenga misericordia* de nosotros.
*Ten misericordia* de nosotros, oh Yahvé, *ten misericordia* de nosotros,
porque estamos muy *hastiados de menosprecio*.
*Hastiada* está nuestra alma
del escarnio de los que están en holgura,
y *del menosprecio* de los soberbios.

En el Salmo 121 vemos una misma repetición de "socorro", "el que guarda, el guardador" y "guardar". La repetición es aquí la causa de un conocimiento feliz. En el Salmo 122 se menciona dos veces seguidas: "Jerusalén", "tribus", "sillas, tronos", y hasta tres veces: "paz", *shalom*, una alusión a Jeru-*salén*. No solamente Jerusalén, sino ¡también el Salterio está bien unido entre sí!

**El buenazo de los Salmos**

Ahora quiero que nos fijemos en los diferentes géneros de salmos. Pero antes hay que plantear la pregunta si hoy en día aún se pueden cantar todos los salmos. Leemos en el Salterio testimonios conmovedores acerca de pecados personales (*32*, *51*, *130*). ¿Cómo es posible entonces que en el mismo libro leamos expresiones como la siguiente?:

Tú has probado mi corazón, me has visitado de noche;
me has puesto a prueba, y nada inicuo hallaste (*17:3*).
Aborrecí la reunión de los malignos,
y con los impíos nunca me senté.
Lavaré en inocencia mis manos,
y así andaré alrededor de tu altar, oh Yahvé,…
Mas yo andaré en mi integridad,
redímeme, y ten misericordia de mí (*26:5, 6, 11*).
Todo esto nos ha venido, y no nos hemos olvidado de ti,
y no hemos fallado a tu pacto (*44:17*; cf. *59:3, 4*; *86:2*).

¿Está hablando aquí acaso un fariseo, que se golpea el pecho y se enorgullece de sus buenas obras? ¿No tenemos motivo para detestar la actitud del buenazo, que espera obtener la inmortalidad a base de su 'virtud'? Efectivamente: la 'carne' no es justificada por las obras. Pero en los salmos no se trata de tal confianza en las buenas obras. Tenemos que comprender que es la figura del justo, la que aparece continuamente en los salmos.

Para entender qué es un 'justo', lo mejor es pensar en el libro de *Job*. ¿Era Job alguien sin pecados? En absoluto. No obstante, él quería aferrarse a su justicia y no renunciar a ella: "no me reprochará mi corazón en todos mis días" (*Job 27:6*). Sabía que el Señor era su Redentor, que podía confiar en Él y que el Señor disputaría su caso por él, porque se aferraba a Él. Los justos saben: el Señor nos defiende en el juicio. En los salmos hablan con frecuencia personas que sufren persecución y odio 'sin causa' (*35:7, 19*; *69:4*; *119:161*). Pero, por supuesto que hay una causa: la envidia, el odio al 'recto', etc. Pero estos motivos no tienen justificación. Viéndose en aquella situación, el orante apela al más alto Juez. No es un buenazo en este sentido:

El que en su juventud
ha escogido
el camino de la virtud,
y hace lo bueno,
espera alegremente
los días de su vejez.
(Hiëronymus van Alphen, poeta didáctico del s. XVIII)

Antes, es así: en esta vida para nada sosegada, el siervo del Señor, el verdadero piadoso, sabe que Dios le protege, y que llevará su pleito a buen fin:

Mas yo andaré en mi integridad,
redímeme, y ten misericordia de mí.
Mi pie ha estado en rectitud;
en las congregaciones bendeciré a Yahvé (*Sal. 26:11, 12*).

Los "días de la vejez" pueden ser muy difíciles a veces. El compositor del Salmo 71 sabe bastante de eso. Sus enemigos le acechan (*v. 10*), pero en sus muchas angustias este anciano (*v. 9 y 18*) alaba la justicia de Dios que le salva.

Ahora podemos entender también el Salmo 119. El último versículo puede quitar nuestros prejuicios ante este salmo: "Yo anduve errante como oveja extraviada". Aquí no habla un fariseo que se gloría en su propia justicia, sino un hombre que en la Palabra y el Testimonio de Dios ha encontrado su único asidero.

Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba;
mas ahora guardo tu palabra (*v. 67*).

Él alaba la Ley de Dios, su Palabra y Testimonio en secciones de ocho versículos que empiezan con la misma letra, usando ocho palabras distintas. No hay que relacionar 'la Ley' con 'mandamiento tras mandamiento, regla tras regla', sino con la justicia de Dios, con su salvación misericordiosa.

Tus testimonios que has recomendado,
son rectos y muy fieles (*v. 138*).

Jesucristo citó este salmo en su oración 'sacerdotal' de Juan 17: "Tu palabra es verdad" (*Jn. 17:17*; *Sal. 119:160*). ¡Cómo se aferró Él en su necesidad, sólo a la Palabra de su Padre! También para nosotros hay aquí el único consuelo, según el orden de Salmo 119, que necesitamos en este tiempo de existencialismo con una nueva moral:

Para siempre, oh Yahvé,
permanece tu palabra en los cielos.
De generación en generación es tu fidelidad;
tú afirmaste la tierra, y subsiste (*vv. 89, 90*).

**Júzgame, oh Dios, y defiende mi causa; líbrame de gente impía (*Sal. 43:1*)**

¿Quiénes son 'los enemigos' en los salmos? A veces está claro que se trata de enemigos forasteros, que suben contra Jerusalén (*46, 48, 76*), o

que son sojuzgados por Israel (*68*). Volveremos sobre ello cuando hablemos de los salmos reales y de aquellos que tratan de Jerusalén. En muchos casos, sin embargo, cuando se habla de 'enemigos', se trata de enemigos del interior, de dentro de la Iglesia. Pueden ser enemigos políticos (por ejemplo en contra de David), o aquellos que organizan un falso juicio o una campaña de difamación contra el 'justo'. En cualquier caso, son hermanos de la Iglesia, y a veces incluso amigos íntimos de la Iglesia (como en el *Salmo 41*, donde David habla de su amigo en quien confiaba y que comía de su pan – quizás era Ahitofel –, cf. *2 S. 15:31*; *Mr. 14:18*; *Jn. 13:18*; *Judas*).

Hombre prevenido vale por dos: es necesario saber que los salmos adquieren a menudo un significado equivocado justo en cuanto a este punto, debido a ciertas explicaciones y falsas aplicaciones 'espirituales'. Esto ocurre cuando la enemistad de la que hablan los salmos es explicada como oposición por parte del 'mundo'. El enemigo se equipara a 'el hombre malo en general'.

Pero, mire el Salmo 10. De veras, allí no encontramos una serie de vaguedades, que se puedan aplicar a cualquier cosa. En este salmo no se trata de 'el hombre', sino de David, con quien el Señor ha hecho un pacto. David es atacado en su ministerio por enemigos de dentro de la Iglesia. El salmo no está lleno de la miseria común de la humanidad, sino de quejas sobre la actuación de los malos e inicuos, de aquellos que se apartan del pacto frente a los desdichados, los pobres y los humildes del Sermón del Monte, los justos que quieren estar de lado del Señor. Al final, David se consuela con la última estrofa del canto de Moisés a la orilla del Mar Rojo (¡un salmo de la Iglesia!): "Yahvé es Rey eternamente y para siempre (cf. *Ex. 15:18*; *Ap. 11:15*, *17*; *12:10*). Por lo que el resumen que encabeza este salmo en la primera versión de la Biblia en holandés (*Statenvertaling*) es muy pertinente. Ya en aquella época el humanismo quería dar una interpretación general y humanista. Pero los hombres de la Reforma no querían saber nada de semejante explicación 'edificante':

David, o la Iglesia de Dios, o David en nombre de la Iglesia de Dios, ora con fervor a causa de la persecución y opresión por parte de los impíos, describiendo muy vívidamente su orgullo, su impiedad y sus crueles y sanguinarias prácticas. Anhela la justa venganza de Dios, y por su fe está seguro de que Dios lo hará.

El Salmo 10 es también una oración de las almas bajo el altar (*Ap. 6:10*; cf. *Sal. 10:8* y el salmo que forma uno con éste, el *9:12*).

**Él venga la sangre de sus siervos (*Dt. 32:43*; *Is. 26:21*; *Ap. 18:20*; *19:2*)**

Cuando lea los salmos con la mentalidad actual, seguro que se atasca al llegar a los salmos imprecatorios, en los que se habla de venganza. ¿No es Dios un Dios de amor? El corazón egoísta se pregunta: ¿Qué consuelo encuentra uno en todos aquellos cánticos agresivos? ¿No demuestran que, evidentemente, el Antiguo Testamento está muy por debajo del Nuevo Testamento? Lo que es decisivo para la respuesta a estas preguntas es la fe en la revelación que Dios ha hecho acerca de sí mismo.

La Escritura no representa al Señor como 'nuestro buen Señor', sino como el Dios del Pacto. Y si piensa en lo que dice por ejemplo *Deuteronomio* de ello, sabe que su firme Pacto no sólo incluye su promesa, sino también su venganza. El gran Rey juzga con justicia. Por eso David y los otros salmistas apelan continuamente a la fidelidad de Dios vinculada al Pacto. No claman por la intervención de una Mano misteriosa, sino por la actuación de la mano del Padre contra los que invalidan la Alianza. En palabras del Salmo 10:12, 15: "Levántate, oh Yahvé Dios, alza tu mano; no te olvides de los pobres… Quebranta tú el brazo del inicuo". Ese "levántate" es el lenguaje del tabernáculo; cuando el arca de Dios en el desierto se movía, Moisés dijo: "Levántate, oh Yahvé, y sean dispersados tus enemigos" (*Nm. 10:35*; cf. *Sal. 3:7*; *7:6*; *17:13*; *68:1*; *132:8*; *Hch. 7:56*). Que Jesús se levantó del sepulcro no es sólo una resurrección para nuestra salvación, sino también para justificarnos y absolvernos como Juez (*Ro. 4:25*). Y la otra cara de esta absolución asombrosa es que los apóstatas serán castigados siete veces (cf. *Lv. 26*).

Hay que tener presente que el estilo del lenguaje del Pacto lleva el sello del 'gran rey'. A Yahvé se le retrata como el Gran Rey, que juzga a las naciones (*Sal. 7:8*; *9:8*; *10:16*; *56:7*; *59:5*). Casi se podría decir que estas son expresiones comunes, que es así como habla un súbdito a un monarca oriental. Pero no hay que pensar que en aquel salmo se trata solo del juicio sobre los paganos, que no conocen el nombre de Dios. Pues cuando David se siente miserable a causa de Saúl y Absalón, apela a Dios para que subyugue a los pueblos. En primer lugar pide la venganza del Pacto sobre los enemigos de dentro de la Iglesia. El Salmo 69 es un salmo sobre el sufrimiento, que una y otra vez es citado en los evangelios: ¡así se cumplió en la Pasión de Cristo! Pero este salmo también está lleno de grandes maldiciones. Estas imprecaciones no son espontáneas; forman parte del estatuto del Pacto. Por eso se cumplieron en el Mesías. Jesús tuvo que beber vinagre (*v. 22*), los enemigos le destruyeron porque le consumía el celo por la casa de su Padre (*v. 9*), le aborrecieron sin causa (*v. 4*; *Jn. 15:25*); y no sólo eso, sino que él respaldó a David también en sus maldiciones. Por ello Pedro aplica Salmo 69:25 a Judas (*Hch.1:20*: "sea hecha desierta su habitación"); y Pablo cita los versículos 22 y 23 con mira a los judíos que no quieren saber nada del Evangelio:

Sea vuelto su convite en trampa y en red,
en tropezadero y en retribución;
sean oscurecidos sus ojos para que no vean,
y agóbiales la espalda para siempre (*Ro. 11:9, 10*; cf. *Hch. 28:27*).

En *Apocalipsis* leemos de las copas de ira que son derramadas sobre la iglesia apóstata, la Jerusalén infiel, y de esta ira del Cordero nos habla la frase que suelen recitar los judíos en la celebración de la pascua con una de las copas:

Derrama sobre ellos tu ira,
Y el furor de tu enojo los alcance (*Sal. 69:24*).

Yahvé ratifica los estatutos de su Pacto al vengar la sangre de sus siervos. El Salmo 137, una alabanza encubierta a Jerusalén en tiempos del exilio, es siempre causa del mayor tropiezo. El comienzo goza de bastante popularidad, gracias al poema de Jacob Israël de Haan:

Antes de que me olvide de ti, oh Jerusalén,
Me olvido de mi madre y de mi juventud.
Dondequiera que vaguemos sin descanso o estemos sentados alegres
Nos acordamos de ti, Ciudad, con melancolía y con regocijo.

Pero es la conclusión, la congratulación de aquellos que estrellarán los niños de Babilonia contra la peña, que suscita repugnancia. Se suele decir que a pesar de su celo por la casa de Dios, el poeta no llega al nivel de lo que el Nuevo Testamento exige de nosotros. Cierto, así habla nuestro corazón. Pero así no juzgamos conforme a las Escrituras. Porque el poeta no hace otra cosa que reiterar la maldición profética, y dar testimonio de la esperanza y el consuelo que hay en su interior. Si empezamos a borrar partes del Salmo 137, igualmente podríamos quitar de la Biblia muchas de las profecías de Isaías acerca de Babilonia. Además, en el Nuevo Testamento hay ecos de este salmo. ¿Acaso no alude Cristo a ello cuando se dirige a las mujeres de Jerusalén, que hacen lamentación por él? (*Lc. 23:28*). Y en *Apocalipsis* 18:6 una voz clama sobre Babilonia en la misma manera que el Salmo 137:

Dadle a ella, como ella os ha dado,
y pagadle doble según sus obras;
en el cáliz en que ella preparó bebida,
preparadle a ella el doble.

No es verdad que el Salmo 137 es inferior al Nuevo Testamento; antes, más bien es así: el Nuevo Testamento continúa las líneas del Antiguo Testamento. “Disputa, oh Señor, con los que contra mí contienden” (*35:1*) es también una oración para la Iglesia de nuestros días. “¿No odio, oh Yahvé, a los que te aborrecen?” (*139:21*) acompaña también los días del nuevo Pacto, puesto que Cristo aprecia en la iglesia de Éfeso el hecho de que odia la doctrina de los nicolaítas, que él igualmente aborrece (*Ap. 2:6*). Así que cuando en el Salmo 139:23, 24 el salmista ora: “Examíname, oh Dios…, ve si hay en mí camino de perversión”, no debemos separar este ruego ‘edificante’ de aquel ‘odiar’ del versículo anterior. ¡La Iglesia que, conforme al Pacto, no se atreve a aborrecer aquello que odia su Rey, está en un camino de perversión! “El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema (maldito)” (*1 Co. 16:22*). “Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema” (*Gá. 1:9*; cf. *2 Ti. 4:14*). La Biblia no ordena el odio personal: ¡No os venguéis vosotros mismos, amados míos! No se trata de nuestra justicia y de nuestros enemigos personales, sino que se trata de la justicia del Señor, el Dios del Pacto y de sus enemigos. Los enemigos del rey tienen que ser también los enemigos de sus vasallos.

**Guarda mi alma (*Sal. 25:20*). Bendice, alma mía, a Yahvé (*Sal. 103:1*)**

La palabra para ‘alma’ en hebreo significa en realidad más que el alma, es la vida, el hombre mismo, es su persona. Por tanto, cuando los salmos mencionan el alma, no tenemos que aplicarlo sólo a la vida espiritual, sino a la existencia en su totalidad. Cuando se ora por la salvación del alma, es una oración por la redención de toda la existencia, incluido la parte supuestamente física. En el Salmo 66, que es un canto de acción de gracias, el poeta, después de la introducción habitual (*vv. 1-7*) y el relato de su salvación (*vv. 8-15*), pasa a la aplicación, a la invitación al público a sumarse a él (*v. 16 ss.*), y dice:

Venid, oíd todos los que teméis a Dios,
Y contaré lo que ha hecho a mi alma.

Esto no hay que entenderlo como una especie de conversión, una experiencia espiritual. El poeta mismo dice que ya temía antes al Señor (*v. 13*). ¿Qué es lo que el Señor ha hecho a su alma, a él mismo? El Señor le ha librado de grandes peligros. Y a todo Israel con él. Porque el sufrimiento de su pueblo era el suyo propio: “Hiciste cabalgar hombres sobre nuestra cabeza” (*v. 12*). Este padecimiento de su pueblo era un ataque a su alma y le empujó a la oración. Y he aquí, el Dios del éxodo le oyó (*v. 6*). En los salmos no encontramos historias de conversiones individuales; el ‘yo’ es el yo de la Iglesia. Es más, es la Cabeza de la Iglesia, Cristo Jesús, quien se

expresa en los salmos. ¿No era Él el Autor real del himnario de Israel? Por lo tanto, los encabezamientos de los salmos en versiones de la Biblia de la época de la Reforma siempre enfatizan que no es meramente un alma piadosa la que nos habla, sino que es la Iglesia que lucha, el Hijo de Dios mismo el que se hace oír. Si tenemos esto presente, entonces no puede haber salmos preferidos. Cada uno de los salmos nos gustará.

Podríamos distinguir en el Salterio salmos de súplicas y de agradecimiento. Pero algunos salmos son de los dos géneros a la vez. Piense por ejemplo en el Salmo 22. Este es un salmo de lamentación, una plegaria, que en algunos puntos se ha cumplido literalmente en Jesucristo. Él fue oprobio de los hombres, despreciado por el pueblo, desamparado por Dios. Sufrió sed (*Jn. 19:28*), sus manos y sus pies fueron perforados literalmente, sus ropas repartidas. Este salmo se hace en Gólgota realidad de una manera que David ni podía imaginar. Pero hay una segunda parte. Y también esa se ha cumplido en Cristo. En el relato de la resurrección llama la atención que él habla con mucho énfasis de dar el mensaje de su resurrección a sus hermanos (*Mt. 28:10*; *Jn. 20:17*; cf. *He. 2:11*). Con ellos se refirió a sus discípulos, su Iglesia, y aludió al comienzo de la segunda sección del Salmo 22, el agradecimiento que sigue a la lamentación. Las primeras palabras del lamento resumen lo más profundo de su sufrimiento: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?". Las primeras palabras del canto de acción de gracias expresan su triunfo de pascua: "Anunciaré tu nombre a mis hermanos" (*v.22*). Sí, en el "consumado es" podemos escuchar una alusión al final del Salmo 22: "él hizo esto" (*v.31*).

Generalmente, un salmo de lamentaciones empieza con una invocación del nombre del Señor. Luego sigue la queja y la súplica por la salvación, mientras que también se mencionan los motivos de por qué se cuenta con la ayuda: la fidelidad de Dios, mostrada también en el pasado; el hecho de que el poeta es un siervo del Señor. Una promesa de agradecimiento después de que Dios haya escuchado, forma a menudo parte de la oración. Compruébelo si quiere con algunos de los salmos; verá que hay mucho orden en el Salterio. Hoy día, cuando un pastor divide su sermón en 'puntos', por poco se lo toman a mal. Pero los salmos tienen su orden. Verá además, que no se puede distinguir fácilmente entre los salmos de súplicas individuales y los de súplicas colectivas. Cuando David se dirige en oración al Señor, ¿cómo puede disociarse del pueblo? Sus oraciones se han convertido en cánticos de todo Israel. Lo que sí llama la atención en los salmos que fueron destinados a ser una confesión de pecados del pueblo, es que destacan de forma extraordinaria la historia de Israel (*Sal. 44, 74, 77, 80, 81, 106*). El Señor es invocado como el Dios del éxodo. Al adaptar los salmos para cantar, a veces han querido despojarlos de toda memoria histórica. Pero el resultado de este procedimiento son

canciones atemporales y sin carácter propio, que por ningún concepto recuerdan a los salmos como cánticos del Pacto. No pase por alto el hecho de que Dios es invocado como el Dios de Jacob. Fíjese cómo Asaf en Salmo 77 encuentra consuelo en el pasado:

Tú eres el Dios que hace maravillas;
hiciste notorio en los pueblos tu poder.
Con tu brazo redimiste a tu pueblo,
a los hijos de Jacob y de José (*vv. 14, 15*).

Y en su salmo didáctico, 78, dice:

Hablaré cosas escondidas desde tiempos antiguos,
las cuales hemos oído y entendido;
que nuestros padres nos las contaron.
No las encubriremos a sus hijos (*vv. 2-4*).

También en los salmos de agradecimiento se percibe cierto orden. Por lo general comienzan con un anuncio: "Anunciaré tu nombre a mis hermanos" (*22:23*), "Aclamad a Dios con alegría, toda la tierra" (*66:1*). Se llama a otros a unirse a la alabanza. "Cantad a Yahvé cántico nuevo" (*96, 98*). Luego siguen el relato de la salvación y el agradecimiento y a veces también se les anima a los oyentes a que participen en ese agradecimiento. "Véanlo los rectos y alégrense" (*107:42*). Aquí también se puede distinguir entre salmos de acción de gracias individuales y colectivas, pero igualmente las líneas de separación son difusas. Pues estamos hablando de los salmos de Israel, que, empujado por el sufrimiento en la enfermedad, la amenaza de la muerte, la enemistad experimentada en pleitos injustos y el ataque de sus enemigos, se ha acercado al Señor. "Oh Yahvé, libra ahora mi alma"… "Vuelve, oh alma mía, a tu reposo, porque Yahvé te ha hecho bien"… "¿Qué pagaré a Yahvé por todos sus beneficios para conmigo?" (*116:4, 7, 12*).

**Bueno es alabarte, oh Yahvé (*92:1*)**

En el Salterio se encuentran además salmos que se pueden caracterizar como cánticos de alabanza, himnos. No fueron compuestos a raíz de una liberación reciente, sino que alaban las obras de Dios en la creación y recreación, en el pasado, el presente y el porvenir. Estos salmos suelen comenzar con un llamamiento a alabar al Señor: ¡Alelu-Ya, alabad al Señor! Y esto va acompañado de la razón por la que Yahvé tiene que ser alabado.

En primer lugar el Señor es ensalzado como el Creador. Con una palabra que los describe de forma muy pobre aquellos salmos han sido

llamados: salmos sobre la naturaleza (*8, 19, 33, 104, 147, 148*). Pero si hay alguna cosa peligrosa, es esa distinción entre naturaleza y gracia. Han procedido a cortar el Salmo 19 en dos: la primera parte trataría de la creación, la naturaleza; la segunda parte trataría de la Ley del Señor. Se crea así la impresión de que la Ley (la gracia), está en otro plano diferente a la naturaleza. Pero Israel no consideraba la naturaleza como algo aislado. La Torá, la Ley, comenzó en *Génesis* 1 con el relato de la Creación de Dios. Cuando Israel contemplaba el cielo, no veía la obra de un dios de la naturaleza, sino la obra de los dedos del Señor, el Dios del Pacto (*8:1, 3*; *33:6*; *147:4*). ¿No eran las estrellas para Abraham una garantía de: "así será tu descendencia"? ¿No eran el sol, la luna y las estrellas (los cielos) testigos del Pacto entre el Señor y su pueblo, entre el Señor y David? (*Dt. 31:28*; *32:1*; *Miq. 6:1, 2*; *Jer. 33:20 ss.*; *Sal. 89:36, 37*). Por lo tanto hay una fuerte unidad en el Salmo 19: el día (sol) y la noche (luna, estrellas), como testigos del Pacto, se expresan en abundancia de palabras. Dicen: la Torá, la ley del Señor es perfecta. Los supuestos salmos sobre la naturaleza son salmos del Pacto. Por lo que Pablo puede aplicar tranquilamente la primera parte de Salmo 19 a la predicación del Evangelio a los judíos en la sinagoga (según la promesa de *Mt.* 24:14): "Por toda la tierra ha salido la voz de ellos" – es decir, de los testigos del Evangelio – "y hasta los fines de la tierra sus palabras" (*Ro. 10:18*). Los predicadores del Evangelio eran testigos del Pacto, compañeros del sol, la luna y las estrellas (cf. la palabra 'testimonio' [del pacto] en *Mt. 24:14*).

¿Cuáles son los motivos por los que se puede alabar al Señor? Por sus siete truenos (*Sal. 29*, siete veces aparece: "Voz de Yahvé"), porque Él sustenta el mundo y dirige cuanto ocurre, porque salva a Israel y guarda a Jerusalén, porque Él reina (*145*). ¡Sí, el reinado de Yahvé! ¡De qué forma tan sublime se canta de ello en aquellos himnos que son como una aclamación del rey que se ha sentado en el trono! (*93, 96, 97, 98, 99*). El último versículo del canto de Moisés a orillas del Mar Rojo (*Ex. 15:18*) encuentra aquí una expresión variada. El Salmo 90 es una oración de Moisés, varón (profeta) de Dios. Los salmos siguientes, arriba mencionados, contienen referencias a sus cánticos. Llama la atención que, aparte de recordar la conclusión del primer canto de Moisés (el reinado del Señor), también hay un recuerdo al último canto de Moisés (*Dt. 32*). Pues, tanto en aquellos salmos como en este canto, el Señor es llamado 'Roca' (*94:22*; *95:1*). Aquí encontramos el secreto de la liturgia de Israel, la cual estaba firmemente anclada en la Historia de la redención y que declaraba la gloria y el poder del Gran Rey de Israel. En el templo, Israel se sabía el vencedor total. En la música del templo escuchaba la victoria de Dios. Y de este modo había en medio de la necesidad también una perspectiva, una ventana al futuro. Yahvé es Rey. "Porque he aquí tus enemigos, oh Yahvé,

porque he aquí, perecerán tus enemigos” (*92:10*). “Porque vino a juzgar la tierra” (*96:13*). ¡*Laudate Dominum*!

**Porque Dios deseó a Sión**

Es lógico que en el Salterio haya muchos salmos sobre Jerusalén. Los cánticos graduales forman el pequeño himnario de los peregrinos de Israel. Aparte de como cántico de peregrinación, también se traduce *shir lama’aloth* como cántico de subida, ascenso de las gradas. Y se cree que estos cánticos fueron cantados desde las gradas del templo. Sea lo que fuera, el vínculo de esta colección (*Salmos 120-134*) con los peregrinajes anuales es evidente. El primero de estos salmos habla de alguien que vive en Mesec (al lado del Mar Negro); el muy conocido Salmo 121 describe al Señor como el gran Pastor, que vigila su rebaño de noche. El Salmo 122 retrata la entrada alegre en Jerusalén, y después de todo tipo de cánticos que giran alrededor de la bendición que derrama el Dios de Sión sobre la vida en su totalidad, el ciclo se cierra con una canción en la que se puede discernir la bendición sacerdotal de los que vuelven a sus casas. Lo último que podemos ver, en nuestra imaginación, son las manos extendidas del sacerdote. De Sión sale la salvación de Israel (*14:7*); Yahvé bendice desde Sión (*128:5*; *133:3*; *134:3*). Israel espera en Yahvé (*130:7*; *131:3*), no con una esperanza humana y engañosa de la caja de Pandora, sino con una esperanza que no avergüenza.

El himno de Lutero “Castillo fuerte” (1529) está inspirado en otro salmo sobre Jerusalén: El Salmo 46, que se ha relacionado con el ataque del asirio Senaquerib a la ciudad de Dios. Profecías falsas posteriores se han apropiado de la promesa de Emanuel (Dios con nosotros) para derivar de ella una falsa confianza: ¡Jerusalén no será destruida jamás! Jeremías ha aclarado más tarde que el Señor también puede pelear contra su ciudad (*Jer. 21*). No obstante, para la Iglesia fiel, la promesa expresada también en el Salmo 48, sigue en pie: la Ciudad del Gran Rey no será tomada por los enemigos. El ataque de Gog y Magog será rechazado (*Ap. 20:7-10*; cf. *Ez. 38*, *39*). “Del río sus corrientes alegran la ciudad de Dios” (*46:4*; *Ap. 22:1*; *Ez. 47:1 ss.*).

Castillo fuerte es nuestro Dios,
defensa y buen escudo;
Con su poder nos librará
en este trance agudo.

Y luego, ¡fíjese en Salmo 68! Es el Salmo de los hugonotes, versificado por Beza:

Levántese Dios, sean esparcidos sus enemigos,

y huyan de su presencia los que le aborrecen.
Como es lanzado el humo,
los lanzarás;
Como se derrite la cera delante del fuego,
así perecerán los impíos delante de Dios (*vv.1, 2*).

El hecho de que David empiece con la señal de Moisés (*Nm. 10:35*), aunque convertida en una expresión llena de seguridad, justifica suponer que su composición se refiere a la entrada del arca. Del Sinaí (*v. 8, 17*), el Señor ha ido a su monte Sión, que Él eligió sobre otros montes. El éxodo y la entrada de Israel tenían como objetivo la fundación del santuario de Israel en el monte de Jerusalén: ¡subida del Sinaí a Sión! Al final, este salmo ha sido cumplido en el Cristo, que ascendió a la diestra de Dios, y que acaba con toda resistencia y que da dádivas preciosas a su Iglesia (*Ef. 4:7 ss.*; cf. *Sal. 47* y *132*). El Nuevo Testamento no tiene un Salterio propio; pues el antiguo libro de *Salmos* ha sido escrito para nosotros. ¿No queremos ser hijos de la promesa, hijos de la Jerusalén celestial, que es libre, que es nuestra madre? (*Gá. 4:26, 28*). ¿Acaso no nos hemos acercado a la Jerusalén celestial, a la ciudad del Dios vivo y al monte de Sión? (*He. 12:22*).

**Los salmos y el Mesías**

El Salterio abre con dos salmos que están allí a propósito para servir de introducción. El Salmo 1 trata de 'los dos caminos' y el Salmo 2 es un salmo real. A continuación, este primer Libro, lleno de cánticos davídicos, alterna un canto matutino (*3*) con otro vespertino (*4*) y de nuevo un cántico matutino (*5*), etc. En ellos se habla mucho de los conflictos y las luchas de David; en absoluto se dice que disfruta de una dulce paz. Por eso es tan hermoso que el Salmo 2 los precede. David anda en el camino del Señor (cf. *Sal. 1*). Él es el rey designado por Dios. A la hora de ascender al trono, un monarca oriental podía estar seguro de encontrarse con oposición, sobre todo de parte de sus vasallos. En cuanto al rey legítimo de Israel, sin duda, la resistencia se iba a hacer patente enseguida. Mire Saúl, Absalón, etc. Pero, ¿qué es lo que dice el Salmo 2? "El que mora en los cielos se reirá". El rey de Israel es el ungido del Señor. Sublevarse contra él es lo mismo que rebelarse contra el Señor. Es Él quien ha puesto aquel rey sobre Sión, su santo monte. Y la profecía dice: "Mi hijo eres tú, yo te engendré hoy". *2 Samuel* 7 nos transmite la promesa del Señor a David, por medio de Natán, a la que se refiere aquí el Salmo 2:7. Y aunque se veía un cumplimiento provisional en el reinado de David, el cumplimiento último vino en Jesús, el Ungido, el Hijo de Dios. Estos dos nombres encontramos en el Salmo 2: ¡Mesías (ungido) e Hijo! La Iglesia de Pentecostés pudo cantar este salmo en medio de su angustia (*Hch. 4:24 ss.*). *Apocalipsis* presenta a Jesús como

el Rey que destruye sus enemigos con vara de hierro, como vasijas de barro (*Ap. 12:5*; *19:15*; cf. *Sal. 2:9*). Sería bueno que cada vez que lea en el Nuevo Testamento acerca de Jesús como 'Hijo de Dios', piense en este salmo; y lo mismo siempre cuando diga 'Cristo', pues significa Ungido (Rey). Muchas veces somos tan indiferentes y superficiales. ¡El Nuevo Testamento muestra ser la continuación de este cántico: "Honrad al Hijo, para que no se enoje…Bienaventurados todos los que en él confían"! El Salterio y todo el Nuevo Testamento adquieren su significado gracias a este cántico. "Creo en Jesús, el Ungido, el unigénito Hijo de Dios…"

También el Salmo 89, que forma la conclusión del tercer Libro de *Salmos*, habla de la promesa a David, de la unción (*vv. 20, 38*) y de la relación padre-hijo (*vv. 26, 27*: primogénito). Pero ¡el tono es muy diferente! Pues es en primer lugar una lamentación, ya que parece que no se está cumpliendo aquella gran promesa de *2 Samuel* 7. El trono y la corona de David han sido echados a tierra por enemigos. El salmo no muestra la mentalidad de 'mantener-la-cabeza-alta'. El compositor es Etán, ezraíta (*1 R. 4:31*), contemporáneo de Salomón. Es posible que bajo el reinado de su sucesor Roboam haya vivido el saqueo de Jerusalén que llevó a cabo el faraón Sisac (*1 R. 14:25*), y el cual era un castigo por los pecados de Judá. "¿Hasta cuando, oh Yahvé?, pregunta Etán, lamentándose. Es un clamor por la venida del verdadero Mesías que no rompe el pacto establecido, ni destruye las misericordias firmes juradas a David (*Is. 55:3*; *Sal. 89:49*). Cristo Jesús, que vino para llevar sobre sí el sufrimiento de la casa de David, es la respuesta a este salmo: "Él reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin" (*Lc.1:33*).

**De Yahvé el Señor es el librar de la muerte (*Sal. 68:20*)**

En Jesucristo los salmos se vuelven transparentes. La realeza de Dios se hace visible; no hay nada de lo que él no diga: ¡Mío es! Muchas veces se ha dicho que los salmos hablan solamente de salvaciones terrenales, de liberaciones de peligros mortales. Pero no dicen nada del futuro glorioso, o al menos, lo mencionan muy poco y de forma muy vaga.

Los que así opinan acerca de los salmos y también acerca de todo el Antiguo Testamento, parten de la idea que ésta vida es en realidad una vida aparente, que no te aporta mucho. La verdadera vida está por venir, y es de la que apenas se habla, afirman. Pero ¿de dónde viene el derecho a considerar esta vida como inferior? No me lo ha dado el Señor. Los salmos son una respuesta a la Palabra de Dios. No es el lenguaje de personas que están en el cielo, sino de hombres cuya existencia está llena de amenazas y golpes. Desde esa situación claman al Señor y en medio de esas circunstancias reciben respuesta. Y saben que el Señor cumplirá su Palabra y se hará cargo de ellos. No diga ahora: sí, pero en los salmos esto se muestra sólo en una salvación temporal. Puesto que así vuelve a quitarle

importancia al asunto. Tal salvación ‘en el tiempo’ era la prueba del cuidado del Señor para con su pueblo. Por lo que la fe sencilla confía en que todo lo demás se arreglará también. Toda muerte y todos los enemigos serán derrotados por Yahvé, ante los ojos de los que son suyo.

Por cierto, hay salmos que se ocupan expresamente del ‘problema’ de la muerte, o mejor dicho, de la vida. El Salmo 49 medita en un canto sapiencial sobre el poder de la muerte que se lleva a todos por igual. También el rico e insensato cae víctima. Pero luego leemos:

> Pero Dios redimirá mi vida del poder del Seol,
>   porque él me tomará consigo (*v. 15*).

El Salmo 73 se expresa de forma semejante. Asaf, en el santuario, se cuenta que la prosperidad de los impíos sólo es aparente. “Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria…Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre” (*vv. 24, 26*). No se dice aquí todo lo que el Nuevo Testamento expone, sino mucho más.

Cuando David declara que tiene la seguridad de que en la vida a este lado de la tumba será guardado para ejercer su ministerio real (cf. *1 S. 25:29*), tanto Pedro en su predicación de Pentecostés (*Hch. 2:25-28*) como Pablo en su discurso en la sinagoga de Antioquia (*Hch. 13:35-37*), ven en ello una profecía de la victoria de Cristo sobre la muerte que engulle todo. “No dejarás mi alma (vida) en el Seol/Hades”. Jesucristo tiene las llaves de la fosa (*Ap. 1:18*). Las puertas del reino de la muerte no prevalecerán tampoco contra su Iglesia. Y Jesucristo hará aquello de lo que hablan los salmos continuamente: Él hará justicia a su Iglesia. Los salmos no se limitan a esta vida, sino que nos hacen cantar de las promesas de Dios para esta vida y la que viene. Y por eso precisamente nos ayudan a vivir la vida aquí y ahora, gracias a Cristo Jesús, y hablar maravillas de su salvación, ya presente:

> Bendice, alma mía, a Yahvé,
>   y no olvides ninguno de sus beneficios.
> Él es quien perdona todas tus iniquidades,
>   el que sana todas tus dolencias;
> el que rescata del hoyo tu vida,
>   el que te corona de favores y misericordias (*Sal. 103:2-4*).

(1) También encontramos estribillos en los salmos *49:12 y 20*; *56:4 y 10-11*; *59:9-10 y 17*; *62:1-2 y 5-6*; *80:3, 7 y 19*; *99:3b, 5 y 9*; *107:8, 15, 21 y 31*.

## PROVERBIOS

**No es el 'arte de vivir', sino ¡sabiduría de lo alto!**

Un proverbio (en hebreo: *masal*) contiene entendimiento práctico de la vida. Se expresa por medio de ello una verdad universal. En Indonesia se dice: el coco no cae lejos del cocotero. Nosotros decimos: de tal palo, tal astilla. Ezequiel dice: "He aquí, todo el que usa de refranes te aplicará a ti el refrán que dice: Cual la madre, tal la hija" (*Ez. 16:44*).

A través de las excavaciones arqueológicas nos han llegado ejemplos de refranes egipcios y orientales. Muchos se han esforzado en señalar su parecido con los proverbios bíblicos. Un tal Amenemope dijo:

No desplaces los mojones de los campos,
y no cambies los postes de las plantaciones;
No codicies un codo de la tierra,
ni te apoderes de los linderos de la viuda.

En *Proverbios* leemos:

No traspases los linderos antiguos
que pusieron tus padres (*22:28*).
Yahvé asolará la casa de los soberbios;
pero afirmará la heredad de la viuda (*15:25*).

También los proverbios egipcios de Ankh Sheshonq-qy recuerdan al libro de *Proverbios*:

Mejor es vivir en la casa pequeña que te pertenece,
que en la casa grande de otro.
Mejor es una pequeña posesión reunida,
que una gran posesión despilfarrada.

La similitud formal no tiene por qué extrañarnos. *1 Reyes* 4:30 compara la sabiduría de Salomón con la de todos los sabios de Oriente y de toda la sabiduría de Egipto. "¿Dónde están ahora aquellos tus sabios?" pregunta Isaías al pueblo del Nilo (*Is. 19:12*), por tanto fue famoso por sus sabios. Y Jeremías pregunta a Edom: "¿No hay más sabiduría en Temán? ¿Se ha acabado el consejo en los sabios? ¿Se corrompió su sabiduría?" (*Jer. 49:7*). La sabiduría era un bien internacional (cf. *Jer. 50:35*; *51:57*); en las cortes del Antiguo Oriente los maestros cultivaban la sabiduría práctica. Daban a los futuros funcionarios buenos consejos en forma de refranes. Al formarse la corte real en Israel, apareció allí también la figura del sabio que reúne sabiduría (*hokma*) y la enseña. Además de *Proverbios*, también *Eclesiastés*, *Job* y p. ej. Salmo 49 pertenecen a la literatura sapiencial.

Sin embargo, tenemos que ser conscientes de que aunque dos hagan lo mismo, esto no tiene por qué ser lo mismo. Cuando Ezequiel dice: "Cual la madre, tal la hija", utiliza una verdad universal para caracterizar con ella un caso muy concreto en la Historia del Pacto: la rebelión del adúltero pueblo del pacto. Cuando *Proverbios* habla de traspasar los límites de la viuda, no se trata de derechos humanos en general, sino que se parte de los estatutos claros de la Ley del Señor (*Dt. 19:14*; *27:17*; cf. *Job 24:2*; *Os. 5:10*). El Señor y su congregación son la base del libro de *Proverbios*; aquí habla la sabiduría del Redentor de Israel. Hallamos aquí sabiduría de lo alto (*Stg. 3:17*), que no se puede equiparar a una sabiduría humana y universal. El trasfondo de los refranes egipcios se constituye por las historias de los dioses, por la fábula; mientras que el Verbo, la Palabra de Dios forma el trasfondo de los proverbios bíblicos. Sí, en *Proverbios* se nos acerca la Sabiduría en Persona. El que habla en *Proverbios* es al fin y al cabo Jesucristo, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría (*1 Co. 1:30*). Él nos enseña, pobres necios que somos, a vivir esta vida 'normal' y tan variada, y nos hace sabios para la salvación. Si le dejamos hablar, sin escucharle, seguiremos siendo necios. "Mas la sabiduría es justificada por todos sus hijos" (*Lc. 7:35*).

**El principio de la sabiduría es el temor de Yahvé – para el justo –**

Podemos dividir *Proverbios* de la siguiente manera:

Cap. 1 – 9 Introducción;

10:1 – 22:16 Proverbios de Salomón (sobre todo 10 – 15 están llenos del contraste entre el justo y el impío);

22:17 – 24:34 Palabras de los sabios;

25:1 – 29:27 Palabras de Agur, hijo de Jaqué;

30:1-9 Palabras de Lemuel, rey de Massa, con las que le enseñó

su madre;

30:10-31 Elogio de la mujer virtuosa, un canto alfabético.

En la Introducción, el maestro se dirige a su alumno y lo llama ‘hijo’. ¿No llamó Jesús a sus discípulos igualmente ‘hijitos’? En Oriente el maestro siempre es el ‘padre’ y el alumno, sentado a sus pies, es el ‘hijo’. También Pablo llamó a Timoteo su hijo (*1 Co. 4:17*; *1 Ti. 1:2*; *2 Ti. 1:2*; *2:1*; cf. *Tit. 1:4*). No entramos en conflicto aquí con la negativa de Cristo de usar el nombre de ‘padre’ como título honorífico (*Mt. 23:9*), pues Pablo se refiere a su paternidad basada en su labor evangelística. A los Corintios dice: “No tendréis muchos padres, pues en Cristo Jesús yo os engendré por medio del evangelio” (*1 Co. 4:15*). Así también hay una relación entre el maestro y el alumno en *Proverbios*, determinada por la Palabra de Dios, la sabiduría de Dios, que se justifica por sus ‘hijos’. “Hijo mío, guarda mis razones…escríbelos en la tabla de tu corazón” (*7:1, 3*; cf. *Jer. 31:33*). ¡El trasfondo de *Proverbios* es formado por el lenguaje del Pacto de Dios!

Al continuar la lectura de la Introducción, notará que el libro de los proverbios de Israel no habla de sabiduría ‘universal’, sino que se le extiende la mano al justo (p. ej. *3:33*; *4:18*; *11:10, 18, 19*), el hijo del Pacto, que quiere vivir en el temor de Yahvé. El temor del Señor es el principio de la sabiduría. ‘Temor’ no se refiere a ‘miedo’, sino a respeto, a la obediencia de un niño; y no es el respeto a un Ser supremo indefinido que premia la ‘virtud’, sino a Yahvé, el Dios del Pacto con Israel, que quiere grabar el libro de su Pacto en la tabla de nuestros corazones. Además, ‘sabiduría’ no se refiere a un conocimiento puramente intelectual, sino a un conocimiento empírico de la vida (1).

Le recomiendo fijarse en la cantidad de veces que aparece la palabra ‘camino’, ‘senda’ o ‘vereda’ en la Introducción. ¡Subráyelas, y lo verá! El camino de los malos (*4:14*) y las veredas de la mujer ajena (*7:25, 27*) tienen que ser evitados, puesto que llevan a la muerte. La inteligencia nos libra del mal camino, de aquellos que dejan los caminos derechos, para andar por sendas tenebrosas (*2:12, 13*). Los caminos de la sabiduría son deleitosos, ella es árbol de vida a los que de ella echan mano (*3:17, 18*). En el Nuevo Testamento, se llama a veces a la doctrina cristiana igualmente ‘el camino’ (*Hch. 9:2*; *18:25, 26*; *22:4*; *24:14*). Sí, Cristo Jesús se llama a sí mismo el Camino, la Verdad y la Vida (*Jn. 14:6*).

Por eso es también Jesucristo el que habla en el libro de *Proverbios*, como el Verbo, la Sabiduría eterna de Dios. Él era en el principio con Dios. Cuando leemos *Juan* 1, lo tenemos que relacionar con lo que dice *Proverbios* 8:23 acerca de la Sabiduría: “Eternamente tuve el principado, desde el principio, antes de la tierra”. Jesucristo guía a los suyos por el camino de la vida, también a lo largo de *Proverbios*. La sabiduría prepara

su banquete (*9:1 ss.*) y muestra a continuación los alimentos que ofrece. Por lo tanto, hay que elegir con el corazón:

> Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón;
> Porque de él mana la vida (*4:23*).

Este texto se cita a menudo, y hay que ser cuidadoso con su explicación. No quiere decir que la vida, la existencia en su sentido bueno o malo, se determine por el corazón. 'Vida' no hay que entenderla aquí en su significado neutral de existencia, sino en su sentido pleno de vida salvada. El corazón que se deja regular por la sabiduría, es como una fuente, el origen de vida paradisíaca. "Contigo está el manantial de la vida" (*Sal. 36:9*)…"el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna" (*Jn. 4:14*).

**_Proverbios_, la vida cotidiana y las Diez Palabras del Pacto**

La revelación del Señor no se produce en el vacío; no es tan 'celestial' que no tenga ninguna relación con la vida normal en la tierra. La Biblia no nos convierte en personas con la cabeza en las nubes, que encierran las Palabras de Dios en su corazón y no saben aplicarlas a las complicaciones propias de la vida de cada día. La Escritura rechaza la idea de que 'el justo' pudiera tener una vida 'profana' en la que pueda hacer lo que quisiera, mientras guarde un pequeño rincón para 'la religión'. No, el Señor embarga la existencia entera, la vida del comercio y la industria, de la familia y el matrimonio, del gobierno y de los súbditos. En *Proverbios* se pasa revista a la vida con sus líos entre la gente. Según un orden muy variado se abordan todo tipo de temas prácticas, entreveradas de ilustraciones muy acertadas, tomadas de la vida de la naturaleza o de las relaciones humanas.

Si los *Salmos* a veces se asocian con la música de Händel o Bach, leyendo *Proverbios* nos vienen a la mente los cuadros de Pieter Brueghel (s. XVI) y Jan Steen (s. XVII), que retrataron la vida diaria. Para nosotros, gentes del siglo XX, *Proverbios* es una cantidad enorme de afirmaciones en la que se cambia de tema constantemente. Por lo que es bueno no olvidarse de la Introducción. El maestro quiere servir de guía para sus alumnos, que se ven amenazados por peligros de riquezas, fiestas ostentosas, cortesanas y las tentaciones de la vida de la corte que se está desarrollando en Israel. Los quiere educar en 'el temor del Señor', ponerlos en el camino de los justos, ¿De qué manera lo puede hacer, sino es atándoles a las Palabras del Pacto, los Diez Mandamientos, la Palabra de Dios?

Teniendo esto presente, empezamos a captar el significado de *Proverbios*. No se nos da una sabiduría general de la vida, sino que se confronta la vida cotidiana con la Palabra de Dios; las Diez Palabras se

aplican al área de la realidad ordinaria de los hombres. Entendiendo esto, uno puede empezar a disfrutar de veras de *Proverbios*.

Fíjese en aquellas descripciones sutiles y acertadas que encontramos en *Proverbios* 25:24; 24:30 ss. y en 23:29 ss. ¿Es posible hacer un cuadro más expresivo? La mujer rencillosa en una casa lujosa; el hombre perezoso durmiendo mientras la pobreza se apodera de él; el adicto al vino. Hay que digerir tranquilamente todas aquellas imágenes; muchos de los proverbios son un cuadro en sí; a menudo hay algo de humor y más de un acierto; y todo tiene muchísimo sentido:

Como el agua fría al alma sedienta,
así son las buenas nuevas de lejanas tierras.
Como fuente turbia y manantial corrompido,
es el justo que cae delante del impío.
Comer mucha miel no es bueno,
ni el buscar la propia gloria es gloria.
Como ciudad derribada y sin muro
es el hombre cuyo espíritu no tiene rienda.
Como no conviene la nieve en verano, ni la lluvia en la siega,
así no conviene al necio la honra.
Como el gorrión en su vagar, y una golondrina en su vuelo,
así la maldición nunca vendrá sin causa.
El látigo para el caballo, el cabestro para el asno,
y la vara para la espalda del necio (*25:25-26:3*).

¡Más conciso imposible!

Ahora quiero mostrar con un solo ejemplo, cómo *Proverbios* da una ilustración magnífica del propósito de los Diez Mandamientos. Haría bien en leer alguna vez todo el libro de Proverbios desde este punto de vista, e indicar con números a cuál de los mandamientos se refiere un proverbio determinado.

**El quinto mandamiento**

Corrige a tu hijo, y te dará descanso,
y dará alegría a tu alma (*29:17*).
La vara y la corrección dan sabiduría;
mas el muchacho consentido avergonzará a su madre (*29:15*).
Al que maldice a su padre o a su madre,
se le apagará su lámpara en oscuridad tenebrosa (*20:20*).
Teme a Yahvé, hijo mío, y al rey (cf. *1 P. 2:17*);
no te entremetas con los veleidosos;
porque su quebrantamiento vendrá de repente;
y el quebrantamiento de ambos, ¿quién lo comprende? (*24:21-23*).

Puesto que los proverbios se han empleado sobre todo en la educación de funcionarios del reino y del palacio, leemos también amonestaciones como la siguiente (*25:6, 7*):

No te alabes delante del rey,
   ni estés en el lugar de los grandes (cf. *Mt. 20:20 ss.*; *Lc. 22:24 ss.*);
porque mejor es que se te diga: Sube acá,
   y no que seas humillado delante del príncipe
   a quien han mirado tus ojos (cf. *Lc. 14:7 ss.*).

**El sexto mandamiento**

Si el que te aborrece tuviere hambre, dale de comer pan,
   y si tuviere sed, dale de beber agua;
porque ascuas amontonarás sobre su cabeza,
   y Yahvé te lo pagará (*25:21*).

Este versículo necesita de una breve aclaración. Lo primero que podemos observar es que no sólo el Nuevo Testamento manda mostrar misericordia; ahí se transmite únicamente una antigua ley. Compare esto además con lo dispuesto en *Éxodo* 23 y no se olvide de cómo Eliseo dio de comer a los sirios cegados (*2 R. 6:22, 23*). Cristo enseña en el Sermón del Monte que hay que amar a los enemigos (*Mt. 5:44*) y Pablo cita en *Romanos* 12:20 el texto de *Proverbios* arriba mencionado. Por cierto, la expresión: “amontonar ascuas de fuego sobre la cabeza de alguien” se ha convertido, lo mismo que muchos otros textos de *Proverbios*, en un refrán en lengua neerlandesa (2). Por otra parte, esta expresión es difícil de explicar. Quizás, hace alusión a una práctica de tortura; el enemigo que recibe un buen trato, tendrá remordimientos.

Si fueres flojo en el día de trabajo,
   tu fuerza será reducida.
Libra a los que son llevados a la muerte;
   salva a los que están en peligro de muerte.
Porque si dijeres: Ciertamente no lo supimos,
   ¿Acaso no lo entenderá el que pesa los corazones?
El que mira por tu alma, él lo conocerá,
   y dará al hombre según sus obras (*24:10-12*).

**El séptimo mandamiento**

*Proverbios* elogia a la mujer virtuosa (*31:10-31*): una mujer que teme al Señor, ésa será alabada; la gracia es engañosa, vana es la belleza.

Aunque esto no quiere decir que *Proverbios* no valora la relación entre los sexos, al contrario:

Sea bendito tu manantial,
  y alégrate con la mujer de tu juventud,
Como cierva amada y graciosa gacela.
  Sus caricias te satisfagan en todo tiempo,
  y en su amor recréate siempre (*5:18*, *19*).

Esto es un lenguaje clarísimo, que subraya también la obligación de amar por parte de la mujer. La Biblia no desecha lo natural, ¿Acaso no lo ha creado el Señor? En este siglo, en el que se vive sin restricción ninguna, es bueno no perder de vista el aprecio a la vida que encontramos en la Biblia. De la vida se puede disfrutar, ¡atención: gozar!, con la mujer que uno ama (*Ec. 9:9*). No obstante, junto a la estima a la vida hay también un orden en la vida. Y *Proverbios* lo señala también (véase p. ej. *cap. 5*; *6:20-7:27*). El sexo y servir al Señor tienen que ir juntos. Por lo tanto, una futura esposa hay que buscarla y elegirla; no cualquier mujer, aunque pertenezca al pueblo del pacto, es aceptable. Cierto, puede ser guapa, encantadora y simpática:

La mujer agraciada tendrá honra,
  y los fuertes tendrán riquezas (*11:16*).

Pero el encanto tiene que estar basado en nobleza de espíritu. Pues:

Como zarcillo de oro en el hocico de un cerdo
  es la mujer hermosa y apartada de razón (*11:22*).

Por tanto:

El que halla esposa halla el bien,
  y alcanza la benevolencia de Yahvé (*18:22*).
La casa y las riquezas son herencia de los padres;
  mas de Yahvé la mujer prudente (*19:14*).

**El noveno mandamiento**

Se nos habla aquí del pecado de la lengua, con sus disputas y riñas. ¡Qué tesoro de palabras sabias hay acumulado en *Proverbios*! Todavía se excitan fácilmente los ánimos, el hombre sigue sin saber cuándo tiene que callarse o cuándo hablar. Y mire los desastres que por ello vienen sobre él y su entorno. Está claro que contenerse tiene un efecto muy positivo. Todavía sigue habiendo gente que cree que siempre tiene que luchar hasta el final,

‘defender sus derechos’. Pues Dios es un Dios de justicia… Sin embargo, si uno lee *Proverbios*, ve otra perspectiva. Ya que en él se recomiendan paciencia y tolerancia:

El que ahorra sus palabras tiene sabiduría;
de espíritu prudente es el hombre entendido.
Aún el necio, cuando calla, es contado por sabio;
el que cierra sus labios es entendido (*17:27, 28*).
Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte;
y el que se enseñorea de su espíritu, que el que toma una ciudad (*16:32*).

Hay que tener mucho miedo de las disputas, puesto que:

El que cubre la falta busca amistad;
mas el que la divulga, aparta al amigo (*17:9*).
El odio despierta rencillas;
pero el amor cubrirá todas las faltas (*10:12*; cf. *1 Co. 13:5*).
El que comienza la discordia es como quien suelta las aguas;
deja, pues, la contienda, antes que se enrede (*17:14*).
El que pasando se deja llevar de la ira en pleito ajeno
es como el que toma al perro por las orejas (*26:17*).
Sin leña se apaga el fuego,
y donde no hay chismoso, cesa la contienda.
El carbón para brasas, y la leña para el fuego;
y el hombre rencilloso para encender contienda (*26:20, 21*).

Si todo esto se tuviera presente, no habría tantas peleas, tampoco en la Iglesia – sobre todo no ahí –. En *1 Corintios* 13, Pablo canta un cántico parecido:

El amor es sufrido,
es benigno,…
no se irrita,
no guarda rencor,…
todo lo sufre… (cf. *Pr. 11:13*).

Por supuesto, habrá momentos en que hay que hablar claro.

El que reprende al hombre, hallará después mayor gracia
que el que lisonjea con la lengua (*28:23*).
Mejor es reprensión manifiesta
que amor oculto.

Fieles son las heridas del que ama;
pero importunos los besos del que aborrece (*27:5, 6*).

Sí, la sinceridad es algo necesario en las relaciones mutuas (véase *26:22 ss.*). Nada de calumnias, pero tampoco nada de lisonjas. Una y otra vez se critica la figura del falso testigo (*12:17, 19, 22*; *14:5, 25*; *19:5, 9*). Los jueces no deben dejarse sobornar (*21:14*; *18:16*). Tenemos que ser fiables, eso es: proteger la vida y el honor de otros. Ser fidedignos puede implicar que nos callemos en beneficio del prójimo, pues “el chismoso descubre el secreto” (*11:13*). La fiabilidad requiere que cuando uno habla, reine la sinceridad.

El que en integridad camina será salvo;
mas el de perversos caminos caerá en alguno (*28:18*).

**Proverbios numéricos**

Seguramente ya se ha dado cuenta de que *Proverbios* tiene la misma forma literaria que *Salmos*; cada vez dos frases, y la segunda repite, desarrolla o contrasta con la idea expresada en la primera frase.

Una forma estilística especial encontramos en los proverbios numéricos, que aparecen en los capítulos 16 y 30. En ellos se mencionan ciertas cosas notables, encabezadas por un número, a veces seguido directamente por el número consecutivo. Esto nos hace estar muy atentos.

Seis cosas aborrece Yahvé,
y aun siete abomina su alma:
los ojos altivos, la lengua mentirosa,
las manos derramadoras de sangre inocente,
el corazón que maquina pensamientos inicuos,
los pies presurosos para correr al mal,
el testigo falso que habla mentiras,
y el que siembra discordia entre hermanos (*16:16-19*).

¡Cuál riqueza de contenido de la revelación la que nos ofrece la Escritura! ¡Qué crítica tan mordaz de la sociedad a menudo corrompida! Pero también: cuánta riqueza de formas hallamos en la Biblia; nunca nos cansaremos de contemplarla. Por lo tanto, aquí viene otro ejemplo de un proverbio numérico:

Cuatro cosas son de las más pequeñas de la tierra,
y las mismas son más sabias que los sabios:
las hormigas, pueblo no fuerte,
y en verano preparan su comida;

los conejos, pueblo nada esforzado,
   y ponen su casa en la piedra;
las langostas, que no tienen rey,
   y salen todas por cuadrillas;
la araña (3) que atrapas con la mano,
   y está en palacios de rey (*30:24-28*).

Pero ¿qué es lo que nos aporta, como cristiano reformado, si no solamente queremos disfrutar de la belleza del proverbio numérico? Un poco de realismo nos ayudará al exponerlo. ¿No reza así el dicho popular: a falta de fuerza, maña? Pues bien, aquí no se trata de astucia, sino de sabiduría, un entendimiento basado en la Escritura y saber usar los medios que el Señor provee. Eso es lo que hacen estos animales; y las palabras de Agur (4) nos animan a hacer lo mismo. La Iglesia de Pentecostés, que es débil, puede ser poderosa; aunque no puede preciarse de una organización impresionante, sin embargo, se extiende por toda la tierra. No somos llamados a tener la cabeza en las nubes, sino a estar en medio de la vida y aprovechar las oportunidades que Dios nos da. Eso es lo que significa ser sabio. Y el libro maravilloso de *Proverbios* nos quiere educar en aquella sabiduría práctica. Así que, persevere en su lectura, también de este libro de las Escrituras, el cual nos hace sabios para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Pues estas palabras de la Escritura, inspiradas por Dios, son útiles para enseñar, para redargüir, para corregir y para instruir en justicia,

> a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra (*2 Ti. 3:15, 16*).

**Preparado para toda buena obra**

Hacia aquello es donde nos quiere llevar *Proverbios*, para que vivamos como sabios y no como necios. Y ya vimos que *Proverbios* lo hace de una manera muy propia.

Mientras que el profeta habla siempre partiendo de una situación determinada, vemos que en *Proverbios* el maestro profundiza en aquello que tiene una validez general. El profeta se refiere al suceso concreto, mientras que el sabio formula las reglas duraderas para la vida del hombre; se transmite experiencia como fruto de una larga observación. Así se enseña justicia al pueblo del pacto y particularmente a los más jóvenes.

Aunque no se habla apenas del culto religioso (5), hay que tener en cuenta que el pueblo al que *Proverbios* iba dirigido era el pueblo de Israel, el pueblo de los peregrinajes al templo y de los sacrificios en el santuario. Precisamente en Jerusalén, en el templo, se enseñaba a la Iglesia en la verdad verdadera. No se puede separar la Ley, la Torá, la doctrina, del libro de *Proverbios*. El conocimiento de la miseria, impartido por *Proverbios* al

iluminar los Diez Mandamientos, llevaba a su vez a buscar propiciación en el santuario. Y por mucho que el maestro de sabiduría se diferenciaba en su forma de actuar y método de enseñanza del profeta, no enseña otro ‘camino’ diferente al del profeta: ¡el camino de la vida! Lo mismo que las palabras proféticas, los proverbios llaman a ser justos, y fieles al pacto. Junto al profeta y el sacerdote, el maestro tiene un lugar en medio del pueblo del pacto; él educa sobre todo a los jóvenes “en toda buena obra”. El hombre, rehén de sus propios actos, se ve enfrentado con el juicio de Dios y también con su propia responsabilidad. Al joven no le hacen creer en un mundo idílico, sino que le muestran la vida real, a fin de que luego pueda encontrar su camino en el caótico mundo. En voz alta clama en la calle la Sabiduría: “Hijo mío, si recibieres mis palabras,… entonces entenderás justicia y juicio” (*1:20*; *2:1, 9*).

Aquí no se trata de sermones, ni tampoco de la moral.

La Sabiduría enseña a conocer la vida, enseña a distinguir el camino de salvación. La Sabiduría ha sido dada por el Redentor de Israel para liberar la vida. “Ahora, pues, hijos, oídme, y bienaventurados los que guardan mis caminos” (*8:32*). ¿No es la Iglesia de Pentecostés en su totalidad como la aristocracia de la corte, llamada a montar guardia en las puertas del palacio de la Suprema Sabiduría?

(1) En 1559 se abrió el Seminario (*Collège*) en Ginebra, gracias a la iniciativa de Calvino. Los rosetones de las bóvedas de crucería, sustentadas por las columnas de la entrada, llevan fragmentos de los siguientes versículos: *Pr. 9:1* (en francés); *Pr. 5:1* (en hebreo); *Pr. 1:7* (en hebreo); *1 Co. 1:30* (en griego); *Stg. 3:17* (en alemán). El hecho de que, en una época en la que se imponían tan altas exigencias al conocimiento intelectual, precisamente éstas palabras adornaban la entrada de este centro de enseñanza, el cual ha influido tanto en la Reforma en Europa, muestra que Calvino sabía distinguir entre ‘sabiduría’ y ‘sabiduría’. El humanismo hace reinar la razón, la inteligencia, sobre la Escritura; la Reforma pone la sabiduría de la Escritura por encima del razonamiento intelectual.
(2) Algunos ejemplos de refranes castellanos que expresan lo que dice *Proverbios*: Cada cual siente sus duelos y pocos los ajenos (*14:10*). La avaricia rompe el saco (*15:*27). Antes poco y honrado que mucho y robado (*16:*8). A canas honradas, no hay puertas cerradas (*16:31*). El hombre propone, Dios dispone (*16:33*). Al hombre limosnero, Dios es despensero (*19:17*). Los que por bien tornan mal, su pago tendrán (*17:13*). Lo que pienses comprar, no lo has de alabar (*20:14*). Lo que entra con la faja, sale con la mortaja/Lo que aprenden babas no lo olvidan barbas (*22:6*). A buen

hambre, no hay pan duro (*27:7*). Humo y gotera y mujer parlera, echan al hombre de su casa fuera (*27:15*).
(3) Otras traducciones rinden: lagartija.
(4) Acerca de Agur no se sabe nada más. ¿Era un edomita?
(5) Las referencias ‘sacerdotales’ no están ausentes del todo en *Proverbios*; encontramos una recomendación a ofrecer las primicias (*3:9 y 10*); una prevención en contra de sacrificios automáticos (sin arrepentimiento y conversión) (*15:8*; *21:3*, *27*); lo mismo en contra de sacrificios malintencionados *21:27b*; y una advertencia de no hacer votos sin reflexionar (*20:25*).

## ECLESIASTÉS

### Yo el Predicador fui rey sobre Israel en Jerusalén

Anteriormente, se solía identificar la figura de Eclesiastés (o el Predicador) con Salomón. Sin embargo, Eclesiastés habla de “todos (plural) los que reinaron antes de él en Jerusalén”. Si él fuera Salomón, el hijo de David, sólo podría hacer referencia a un único predecesor de su casa, pues seguro que los reyes jebusitas no cuentan aquí. El nombre de Salomón no aparece por ningún lado en todo su escrito y la descripción de las situaciones hace pensar en un tiempo mucho más tardío. *Eclesiastés* 5:8 habla de “opresión de pobres y perversión de derecho y de justicia en la provincia”, o sea, en la región; “sobre el alto vigila otro más alto, y uno más alto está sobre ellos”. Esto hace pensar en una época en que Jerusalén y alrededores era una región, una provincia de una potencia extranjera, p. ej. de Persia. Entonces, Eclesiastés, como hijo de la casa davídica, fue gobernador en Jerusalén en nombre de aquel imperio. También Zorobabel, siendo descendiente de David, ocupó una posición semejante. Por lo tanto, no hay ninguna necesidad de atribuirle a Eclesiastés el ‘papel’ de un Salomón fatigado, que hubiera ‘interpretado’ en su libro, sino que podemos aceptar sus palabras sin más.

Su tiempo era una época de depresión nacional. La ocupación por una fuerza extranjera (persa o griega/siria) provocaba dudas acerca del llamado mesiánico en los intelectuales y la generación joven. ¿Qué pensar del gobierno universal de Dios, cuando no se estaban cumpliendo sus promesas referentes al ‘siglo futuro’ (*Ec. 3:11*) y la venida del Mesías se estaba demorando? ¿Cómo reaccionar al ver las tiránicas injusticias?

¿Cómo comportarse en el día a día frente al ocupador? ¿Tenían que someterse, o podían rebelarse? ¿Podían participar en movimientos revolucionarios, había que vengar toda injusticia? Y ahora, que la ausencia del amanecer mesiánico suscitaba la duda existencial y que la experiencia mostraba el éxito de los vividores y la nueva orden, sobre todo les apremiaba esta pregunta: ¿Todavía tenía sentido servir a Dios? ¿Cómo había que vivir? ¿Hacer caso a la doctrina de: comamos y bebamos, porque mañana moriremos? ¿Consumirse en pasividad en vista de la miseria nacional, social y moral? ¿O había un camino mejor?

Se ha convertido *Eclesiastés* a veces en el resultado de un diálogo, un fórum, la publicación de un grupo de trabajo. Aparte del hecho de que no hay ninguna razón para dudar de un único autor, también hay que tener en cuenta que en la Biblia no encontramos comillas para indicar una cita, pero que muchas veces se citan ideas que el autor impugna, y que pueden ser suyas o de otros. No encontramos aquí el informe de una tertulia religiosa, sino la Palabra de Dios de boca de un gobernador retirado, un maestro de sabiduría y escriba, que reflexiona sobre los problemas de su tiempo, las quejas sobre el ciclo eterno, lo antiguo y lo torcido. Probablemente 300 años antes del nacimiento de Aquél que subió al trono de David, hay aquí un hijo de David, del linaje de Natán, que nos habla a través de un testamento regio, ayudándonos también a nosotros por medio del Espíritu de Cristo a avanzar en medio de un mundo poseso.

**¿Tiene sentido la vida?**

Nuestro propio siglo también medita en el propósito de la existencia; precisamente este siglo (XX), en el que reina el miedo del futuro y dos guerras mundiales demostraron la derrota de toda buena voluntad. Es curioso que tanto pensadores como poetas lleguen a un mismo resultado en su reflexión. Constatan que: nuestra vida está limitada inexorablemente por la muerte; toda existencia es una realidad trágica, que desemboca en un fracaso, un naufragio. El hombre no tiene nada mejor que hacer que aceptar esta noche-sin-amanecer como un héroe. Ha sido arrojado a esta vida hasta la muerte; que se asome heroicamente al abismo.

Esa percepción de la vida se expresa a veces con resignación, aunque saber que la vida es infructuosa también puede llevar a encabritarse; la angustia existencial se expresa con agobio. Algo se percibe de una caída del hombre. Pero no se llega más allá. La literatura moderna nos habla de un pez, pescado al cabo de unos días por un viejo, y que finalmente es devorado por los tiburones (Hemingway). Esto no es un relato sin más, es una queja sobre la vida. O se nos cuenta de una perla, encontrada por un indio y que trae una gran desgracia (Steinbeck). Ahí, detrás hay una ideología, si quiere: una ‘profecía’. El hombre puede pensar haber encontrado una perla de gran valor, pero el fin de todo es aflicción y dolor.

El indio, que promete a su hijo recién nacido un gran futuro gracias a la perla, tiene que huir de unos bandidos que quieren robársela. Y al final su hijo muere por un disparo al azar de uno de sus perseguidores. Al fin y al cabo, al hombre no le queda más que su caída…

Y cuando las cosas son así, hay muchos que ya no se contentan con la resignación. Vivir esta vida maldita heroicamente significa sumergirse en una libertad desquiciada, apurar la existencia, desahogarse en sus impulsos y pasiones.

Y consideremos ahora *Eclesiastés*. ¿No tiene este libro muchísimo en común con la filosofía de la vida de nuestros días? ¿Acaso no comparte Eclesiastés la visión de Heidegger (1), que todo es un 'existir hasta la muerte' (*Dasein zum Toden*)? ¿No reconoce, igual que Jaspers (2), que nuestro estar-en-el-mundo tiene que acabar ineludiblemente en un naufragio? ¿Acaso no comienza Eclesiastés con quejarse de lo infructuoso de toda existencia, de la vanidad? ¿El hombre en general acaso no es caracterizado por Abel, el primer hombre que murió? Abel significa en hebreo: soplo, hálito, vanidad. *Habel habalim*, "vanidad de vanidades", dice Eclesiastés, "todo es vanidad. ¿Qué provecho tiene el hombre de todo su trabajo con que se afana debajo del sol?" ¿No nos acercamos aquí peligrosamente al hastío de la vida que expresó Sartre (3)?

**Vuelta a…** ***Génesis 1-4***

Lo admito: la primera impresión que da el libro de *Eclesiastés,* es que no parece encajar bien en la Biblia. ¿No se enseña en él una sabiduría que podemos escuchar también de parte del 'mundo'? ¿Predica el Predicador en realidad? ¿Suena la Palabra de Dios a través de él, o es solamente la experiencia la que nos habla? ¿Acaso no echamos en falta la piedad, la confianza en el Señor, que por ejemplo sí encontramos continuamente en los salmos? ¿Podríamos calificar su libro realmente de edificante, constructivo, puesto que somete la vida a una crítica tan mordaz y se expresa con tonos tan oscuros?

En cuanto vayamos conociendo mejor este libro extraño, escuchamos una predicación clara; la exposición de lo que el *Catecismo de Heidelberg* llama miseria. El Predicador no describe simplemente lo que la experiencia le ha mostrado de la vanidad, corrupción y futilidad. No, él contempla la realidad a la luz de la revelación de Dios. Eclesiastés conoce *Génesis 1-4,* sabe de la Creación de Dios y de la Caída voluntaria del hombre:

> He aquí, solamente esto he hallado: que Dios hizo al hombre recto, pero ellos buscaron muchas perversiones (*7:29*).
> Todo lo hizo hermoso en su tiempo (*3:11*).

¿No es un eco del júbilo del paraíso: “Dios vio todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera”?

Pero el hombre lo ha estropeado todo y está bajo la maldición del paraíso. Polvo es, y al polvo volverá. Con el sudor de su rostro comerá el pan. La adversidad, el afanarse ponen su sello sobre su existencia maldita. Y todo esto encuentra un eco en las palabras de Eclesiastés:

> Como salió del vientre de su madre, desnudo, así vuelve, yéndose tal como vino; y nada tiene de su trabajo para llevar en su mano.
> Este también es un gran mal, que como vino, así haya de volver. ¿Y de qué le aprovechó trabajar en vano?
> Además de esto, todos los días de su vida comerá en tinieblas, con mucho afán y dolor y miseria (*5:15-17*).

Eclesiastés no se queda parado en la parte sobre la miseria.

Él sabe de un juicio final (*11:9*; *12:14*; *8:8*; cf. *Ro. 2:16*; *1 Co. 4:5*; *2 Co. 5:10*) y por lo tanto también de promesas para los justos. El hombre no puede penetrarlo todo; le falta la sabiduría. Pero, sin embargo, puede aceptar la vida, acordándose de su Creador. A pesar de toda la miseria que hay bajo el sol: “ciertamente la luz es suave y es agradable a los ojos ver el sol” (*11:7*). “Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas” (*9:10*). El Predicador anima a servir a Dios. ¡Servirle no es vanidad!

Ahora, a la luz del Nuevo Testamento, su mensaje suena más claro aún. Pues en Cristo ha llegado algo nuevo a la tierra. El ciclo angustioso ha sido roto, los suspiros pueden ser suspiros en esperanza. Ya que el trabajo, el esfuerzo y el afán de la Iglesia no es en vano, en Cristo el Señor (*1 Co. 15:58*). Y el gemir de toda la creación, sometida a la vanidad, indica dolores de parto, no de agonía. La creación aguarda con un anhelo ardiente la manifestación de los hijos de Dios. Y, aunque la experiencia dice todavía: ¡vanidad de vanidades!, la fe da testimonio de la esperanza que no avergüenza (*Ro. 8:19 ss.*).

**Entre la Creación y el Juicio, mantenemos la era mesiánica a la vista gracias a la fe y no a la experiencia.**

Después de que en 1:2 ha sonado el tema, que se repite una vez más al final del libro (*12:8*), sigue una elaboración más detallada de ello. Fiándose de la experiencia, el hombre tiene que sacar la conclusión de que la vida es un ciclo cansino. No hay nada nuevo bajo el sol. Todos los ríos van al mar, y el mar no se llena. ¿Cómo se puede alcanzar lo nuevo, la felicidad? ¿Por el camino de la sabiduría (*1:12-18*)? ¿Por el camino de los disfrutes más refinados (*2:1-11*)? No, pues todo ello resultó ser vanidad y

aflicción de espíritu. Sabios y necios, todos sufren el mismo destino. Uno podría llegar a sumirse en la desesperación (*2:20*).

Pero no, Eclesiastés no llega a tanto. Puesto que señala que es Dios quien ha dispuesto todo de aquella manera. “No hay cosa mejor para el hombre sino que coma y beba, y que su alma se alegre en su trabajo” (*2:24*; *3:12*). Todo esto es de la mano de Dios (*2:24-26*; *3:11 ss.*).

Dios da la vida como un don; Él establece para cada cosa su hora y su tiempo. Dios restaura lo que pasó; Él crea aquel ciclo angustioso de emerger, brillar y desaparecer. Y ¿por qué? Pues, para que el hombre tema delante de Él (*3:14*). El hombre tiene que darse cuenta de su insignificancia y miseria, de su dependencia del Dios soberano. El anhelo por la era venidera, mesiánica, ha sido puesto en el corazón del hombre (*3:11*). El hombre siente la necesidad de descubrirlo todo, pero no puede hacerlo; sólo le queda reconocer la soberanía de Dios y su propio llamado a temer al Señor.

El Predicador sigue escudriñando más allá: ¿se divisa algún rayo de luz mesiánico, un nuevo orden mundial? Pues no, precisamente allí donde se impartía justicia en la casa de David, reina la injusticia. Es verdad que Dios juzgará, pero aún no se ve el juicio final. De esa manera Dios prueba a los hombres; su destino en la vida es el mismo, mueren como los animales y vuelven al polvo. Que después de morir el espíritu del hombre sube arriba a Dios, quien lo dio, eso es imperceptible. Así que el hombre no puede sacar ningún consuelo de su experiencia; ha de vivir el presente en una dependencia total y con gratitud (*3:16-22*).

Injusticia, avaricia (*4:1-12*), el favor poco seguro del pueblo (*4:13-16*): ¡cuán vana es la vida! Y ¡mire la supuesta vida espiritual! Eche un vistazo en el templo. Cómo se cansan a ellos mismos y al Señor con sacrificios necios. Cómo intentan enganchar a Dios en su carro con promesas, que a menudo resultan ser palabras vacías. Dios no se complace en absoluto en palabrería vana; la obediencia es aún mejor que sacrificios. El hombre no puede construir su vida con una abundancia de palabras (*4:17-5:7*).

Y luego: las riquezas. El que no ve la vida como un don de Dios, es más pobre que una rata (*5:18, 19*). ¿Qué puede hacer el rico necio? ¿No dice el Salmo 49 que el hombre no puede pagar rescate por su vida? ¿Quién puede contender con Aquel que es más poderoso que él? Sin querer me viene aquí (*6:10*) a la mente la historia de Job. ¿Qué puede hacer un hombre con riquezas y poder frente al Dios soberano?

**Temed a Dios. Honrad al rey (*1 P. 2:17*).**

Es difícil encontrar una línea coherente en lo que sigue; parecen ser proverbios sueltos. Pero si tengamos presente que Eclesiastés habló desde la perspectiva de la situación política, social y cultural de sus días, veremos

la relación entre ellos. Aprovechados y colaboracionistas se fijan en beneficios temporales. No obstante, también la vida presuntuosa del trepa conoce sus límites en la muerte – el juicio viene después –. Mejor es ser pacientes (*7:8, 9*) y no quejarse demasiado de los malos tiempos, comparándolos con los buenos tiempos de antaño (*7:10*). La conocida expresión: “No seas demasiado justo”, encuentra aquí su contexto: el juicio es de Dios, y el hombre no debe pensar que él, en su fervor por hacer justicia, puede corregir todos los caminos. Sin embargo, tampoco debe dejarse guiar por el oportunismo: “No hagas mucho mal”. Cuando el amor de muchos se enfría por haberse multiplicado la maldad, el hombre tiene que aferrarse a las normas establecidas (*7:17*). Al tirano, al gobernante, al rey se debe obediencia. Eclesiastés nos hace recordar una y otra vez las palabras de Cristo, por ejemplo cuando habla de las riquezas y al recomendar ser sufrido de espíritu, y también aquí: dad al César, lo que es del César. Lo acompaña de un argumento, fijando la atención en la palabra del juramento de Dios (*8:2*). La verdadera sabiduría no es revolucionaria. También el monarca de su tiempo, que no era israelita, gobernaba por la gracia de Dios.

Al hombre oriental le gusta la repetición. Con ella causa un cierto efecto de clímax. Lo mismo pasa aquí. Se tratan diferentes temas. Se señala lo inescrutable del gobierno de Dios. Porque el juicio se hace esperar, muchos aprovechan la oportunidad para vivir como quieran. El Predicador lo sabe mejor: al que teme a Dios, a este le irá bien. En cambio, con los impíos ocurrirá lo contrario (*8:12*, *13*). No obstante, nada de esto se ve; en apariencia se produce una igualación; un mismo suceso ocurre al justo y al impío (*9:1 ss.*). Y se desprecia a la sabiduría. Lo ilustra la historia del hombre pobre y sabio, que salvó a una ciudad sitiada, y después nadie se acordaba de él. Un poco de insensatez tiene más influencia que la sabiduría. Así es en el mundo (*9:13-10:3*). Eche sino un vistazo entre bastidores; fíjese en la política y el aparato gubernamental. No les importa la gente, constantemente prima la arrogancia. Pero las paredes oyen; y también un gobierno malo tiene que ser respetado (*10:4-20*).

**Todo ha sido hecho nuevo: ¡acuérdese de vivir!**

Entonces, ¿cuál es el llamado que tiene el hombre? ¿Dejarse abrumar por la injusticia? ¿Intentar descubrir cuál es la ‘obra de Dios’? En absoluto. Hay que dejar de preocuparse por lo que pueda pasar; basta a cada día su propio mal (*Mt. 6:34*). Que no reine la desidia; pero tampoco se debe querer desenmarañarlo todo. Hay que aceptar la vida, trabajar resueltamente. ¡No hay que desesperarse! El que observa todo el rato al viento, no sembrará; y el que mira continuamente a las nubes, no segará. ¡Qué disfrutemos de los dones de Dios en el matrimonio, la cultura y el trabajo! (*9:7 ss.*; *11:1 ss.*). Eclesiastés predica la aceptación de la vida en

un mundo lleno de dolor. Y se fija en los dos polos de la existencia humana: su origen y futuro. El hombre tiene que acordarse de su Creador, que lo ha hecho. Y además, tiene que saber que el Creador es el Juez. ¡No nos dejemos confundir por nuevos libros filosóficos! "El fin de todo discurso oído es este: Teme a Dios y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala" (*12:13, 14*). ¡Que la juventud, la esperanza de la Iglesia, se atenga a esta regla!; y así las palabras acerca de la vanidad de la vida significarán ganancia, ya que trabajarán mientras sea de día. Hay una sola oportunidad; esto se aplica a la dádiva de Dios, el don de la vida, que por lo tanto es una tarea para nosotros.

*Eclesiastés* acaba con una bella alegoría, en la que el cuerpo es comparado con una casa que está en proceso de deterioro. Y pensamos aquí en lo que dice Pablo: "Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos" (*2 Co. 5:1*). En Cristo, nuestra vida, nuestra existencia y nuestro cuerpo no son vanos. En Él, la repetición de "vanidad de vanidades" no es la conclusión; he aquí, ¡todo es hecho nuevo! Por lo tanto, *Eclesiastés*, como un testamento regio, llama a aceptar la vida. Se ha convertido en un testamento del Gran Rey Jesucristo, Hijo de David. El miedo existencial y el desprecio a la existencia se han vencido; las normas no se consumen por las dudas acerca del sentido de la vida; no hay lugar para la resignación, ni tampoco para una vida desenfrenada; La juventud sin freno se ve condicionada por los mandamientos beneficiosos de Dios.

> Alégrate, joven, en tu juventud, y tome placer tu corazón en los días de tu adolescencia; y anda en los caminos de tu corazón y en la vista de tus ojos; pero sabe, que sobre todas estas cosas te juzgará Dios.
> Quita, pues, de tu corazón el enojo, y aparta de tu carne el mal; porque la adolescencia y la juventud son vanidad.
> Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: No tengo en ellos contentamiento;
> antes que se oscurezca el sol, y la luz, y la luna y las estrellas, y vuelvan las nubes tras la lluvia;
> cuando temblarán los guardas de la casa,
> y se encorvarán los hombres fuertes,
> y cesarán las muelas porque han disminuido,
> y se oscurecerán los que miran por las ventanas;
> y las puertas de afuera se cerrarán,
> por lo bajo del ruido de la muela;
> cuando se levantará a la voz del ave,

y todas las hijas del canto serán abatidas;
cuando también temerán de lo que es alto,
y habrá terrores en el camino;
    y florecerá el almendro,
    y la langosta será una carga,
    y se perderá el apetito;
porque el hombre va a su morada eterna,
y los endechadores andarán alrededor por las calles;
    antes que la cadena de plata se quiebre,
    y se rompa el cuenco de oro,
    y el cántaro se quiebre junto a la fuente,
    y la rueda sea rota sobre el pozo;
    y el polvo vuelva a la tierra, como era,
    y el espíritu vuelva a Dios que lo dio.
Vanidad de vanidades, dijo el Predicador, todo es vanidad.

El mensaje de *Eclesiastés* responde a las preguntas de nuestro tiempo que expresan un cansancio de la vida. A la juventud se la exhorta a construir en el tiempo de la primavera, a la luz del Día venidero de Aquel que es Creador, Juez, y también Redentor. Jacobus Revius (4) escribió una vez este poema:

Los hijos de Dios tienen que caminar por el mundo siempre
De tal manera que no se apeguen a lo que hay aquí abajo:
    Como una bola que rueda por una pista llana
    Y la roza levemente, en un punto solo.

Lo tituló: "Caminata celestial". No obstante, en este poema no transmitió la predicación de *Eclesiastés*. Pues, aunque la Palabra de Dios sí exige que nos dejemos gobernar desde el cielo (*Fil. 3:20*), no es verdad que podemos probar sólo un poquito de lo que Dios nos da. El Predicador da el consejo, repetido hasta siete veces como un estribillo, de alegrarse, de disfrutar de la vida con la mujer amada, de seguir el deseo del corazón (*2:24-26*; *3:12-15*; *3:22*; *5:18-20*; *8:15*; *9:7-10*; *11:7-9*). No dice que hay que darse la buena vida, ya que tenemos que acordarnos del Creador-Juez. Pero tampoco predica la resignación desilusionada y una vida apartada del mundo, que apenas roza la más pequeña superficie, un puntito, de lo que es la vida. Pues podemos vivir de las promesas de Dios. Este mensaje tenemos que transmitir en un mundo lleno de Rebelión y Duda. En Cristo ha venido algo Nuevo bajo el sol.

(1) Martin Heidegger, filósofo alemán (1889-1976)
(2) Karl Theodor Jaspers, filósofo alemán (1883-1969)
(3) Jean-Paul Sartre, filósofo y escritor francés (1905-1980)
(4) Revius, poeta y protestante (1586-1658), estudió teología en Leiden, Holanda. Colaboró en la revisión de la famosa traducción de la Biblia *Statenvertaling*.

## CANTAR DE LOS CANTARES

### No hay que separar lo 'natural', ni tampoco el sexo, de la gracia

El título de este rollo en hebreo es: *sir hassirim*, el Cantar de los cantares; esto quiere decir: el Cantar más sublime, el más hermoso.

Este cántico trata de lo más bello que Dios ha dado en su creación: la unión de dos personas en el amor conyugal. "Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias; porque por la palabra de Dios y por la oración es santificado" (*1 Ti. 4:4, 5*). También en esto el pecado ha dejado su huella destructiva; precisamente la vida sexual amenaza con convertirse en foco de apostasía. Pero no por eso podemos cortar con ello. No debemos desertar, como quisieron hacer los discípulos un día (*Mt. 19:10*). Sólo debemos quitar el pecado, que nos acecha una y otra vez. Precisamente dentro del círculo del Pacto, el Señor, en su amor misericordioso y su gracia, nos da la vida amorosa, el florecimiento de esta parte pura de la creación.

Los griegos han intentado imponer su filosofía al mundo occidental. El cuerpo mismo sería la causa de la miseria. El alma era un lindo pajarito en una jaula fea. Este pensamiento ha infiltrado continuamente el mundo cristiano. Piense en la vida monacal y ascética, unas prácticas que se dan en la Iglesia cristiana casi desde los comienzos. ¿No decidió un hombre como san Agustín, al convertirse en Milán, vivir en abstinencia tal como el ermitaño san Antonio?

Teorías dualistas, que penetraron en la vida de la Iglesia, han dado raíz a la idea de que las relaciones sexuales en realidad son algo inferior, o incluso pecaminoso en sí. Si nos acercamos desde ese pensamiento al *Cantar de los Cantares*, no tenemos ni idea cómo interpretarlo, a menos que lo tratemos como una alegoría, una metáfora continúa, que explica la relación entre Cristo y la Iglesia.

En cuanto a esto último: la Escritura misma se nos adelanta al comparar el matrimonio con la unión entre Cristo y su Iglesia, comprada por tan alto precio. Él es el novio, ella es la esposa (*Ap.19:7*; *22:17*). "Los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia" (*Ef. 5:32*). Cuando el *Cantar de los Cantares* habla del matrimonio, está claro que podemos verlo como una imagen de la relación entre el Rey de la Iglesia y su esposa. Así como hay un amor puro y entrañable, un deseo intenso entre los dos protagonistas de este libro, así también hay una atracción mutua entre Cristo y su Iglesia. Sin embargo, no nos está permitido sacar la conclusión de que hay que 'espiritualizar' todos los elementos de *Cantar de los Cantares*. Y de ninguna manera nos está permitido hacer como si este libro no hablase para nada del amor humano y natural, sino que sólo ofreciese imágenes de significado espiritual. Cuando la versión antigua de la Biblia en holandés del s. XVI, llamada *Deux-Aes*, dice que encontramos aquí la alegoría de la unión con Dios, está absolutamente equivocada. "Se habla en ella mucho de caricias, de abrazos, de besos, de belleza: con ello, Salomón ha querido representar, y poner ante los ojos, el carácter, la naturaleza, la delicia y la fuerza del amor, y la unidad que el alma piadosa tiene con su Dios. De esa manera, Dios, en su bondad, ha querido comunicarse con nosotros; eso es, añadirlo amablemente, para poder hablar con nosotros: puesto que entre los hombres no hay cosa más dulce, poderosa, fuerte, ni maravillosa que el amor". Estamos de acuerdo con esta última frase, pero en absoluto con lo que viene antes. Aquella cosa dulce, maravillosa y poderosa: el amor, no es meramente una imagen en el *Cantar de los Cantares*. No, es un don, una realidad, que es descrito como un fruto de la gracia de Dios. ¡El amor – "sus llamas son brasas de fuego, fuerte llama (de Yahvé)" (*8:6*)! La naturaleza, el amar en el *Cantar de los Cantares* no nos quiere prestar colores y sonidos para una alegoría que tratase de 'la gracia' bajo el lema: todo lo corruptible es sólo una parábola (Goethe, *Fausto II*, final). No, este rollo de la Biblia describe lo 'natural' redimido por la gracia, la vida amorosa salvada por Cristo.

**Cuando el Señor redime la vida, no se aplica: "El amor es ciego", sino: "Cada reina se complace en su rey".**

¿Se debe el hecho de que el lenguaje directo del *Cantar* nos resulta extraño a la nada recomendable separación entre 'naturaleza' y 'gracia'? Para aquellos que son puros, todo es puro aquí. Los novios hablan en este cántico de bodas con gran sinceridad sobre el deseo mutuo, que sienten, el uno por el otro, sobre la belleza de la otra persona. Y lo hacen utilizando imágenes atrevidas. La novia es llamada huerto y viña. Y bueno, ¿acaso sus frutos no tienen que ser recogidos por el dueño legítimo? (*4:12-5:1*).

La delicia de Oriente se concentra en la figura seductora de la esposa. Y esta no se retira asustada. Ella era un huerto cerrado para otros, una fuente sellada para todos los hombres jóvenes. Pero a uno, su amado, se abre, cede ante las palabras cariñosas y las caricias (*7:9*); en una palabra, se da a sí misma, ella sabe lo que es entregarse. No es la esposa inaccesible y fría. No le cuesta reconocer que le ama apasionadamente; que "está enferma de amor" (*5:8*); "soy de mi amado, y conmigo tiene su contentamiento" (*7:10*); lo admite abiertamente.

¡Cuán cercano es este libro! ¡Qué retrato más humano nos rinde de la joven muchacha! Ella aparece ante nosotros como una persona viva. ¿Cómo suele ocurrir con los enamorados? ¿No sueña el uno con el otro? El *Cantar de los Cantares* menciona dos sueños. El primero (*3:1-4*) cuenta que la esposa busca a su amado en su cama, y desde luego, no lo encuentra. Entonces, ella sale afuera, lo encuentra finalmente en la ciudad y lo lleva a casa de su madre. Así es como uno sueña cuando está enamorado ¿no? El otro sueño ofrece una imagen un poco distinta (*5:2-7*). Mientras ella duerme, él llama a la puerta. Pero ella no tiene ganas de levantarse y abrir la puerta. Luego se arrepiente, pero para entonces él ya ha desaparecido. Una búsqueda por la ciudad sólo tiene como resultado que los guardias la golpean y le quitan su chal. No hace falta poseer conocimientos profundos de psicología para mostrar que la novia confiesa en su sueño su propio capricho, acompañado por auto reproches. Esto es lo que pasa cuando unos se quieren ¿verdad?

Y sí, lo que quieren es vivirlo todo juntos, sentirlo todo al mismo tiempo. La llegada de la primavera es algo que ya no pueden experimentar solos de ninguna manera.

Porque he aquí ha pasado el invierno,
Se ha mudado, la lluvia se fue;
Se han mostrado las flores en la tierra,
El tiempo de la canción ha venido,
Y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola.
La higuera ha echado sus higos,
Y las vides en cierne dieron olor;
Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven (*2:11-13*).

Así refleja la novia las palabras de su novio; y ella misma anhela con el mismo ímpetu ver el vigor de la naturaleza, y vivirlo juntos, fundidos en un abrazo:

Ven, oh amado mío, salgamos al campo,
Moremos en las aldeas.
Levantémonos de mañana a las viñas;

Veamos si brotan las vides, si están en cierne,
Si han florecido los granados;
Allí te daré mis amores… (*7:11*, *12*).

¡Es realmente alguien que vive inmersa en la naturaleza! Y parece todavía una niña cuando habla de sus hermanos mayores, que la hicieron trabajar mucho, pero también la protegieron (*1:6*; *8:8*, *9*). Y además, tiene un vínculo muy fuerte con la madre. A menudo leemos: 'mi madre'. Quiere conducir a su amado a casa de su madre (*3:4*; *8:1*, *2*). Por cierto, allí debajo del manzano de su madre parece que tuvo lugar el primer encuentro entre los amantes (*8:5*). Aquí no hay un amor que con disimulo suprime a la familia; no, el amor quiere asimilar la calidez que hay en el hogar paterno. Si fueras un hermano mío, te podría besar de vez en cuando sin que nadie frunciera el entrecejo (*8:1*).

**Más que Salomón en este lugar**

¡Cuánta franqueza hay en esta niña, cuán sincera y natural es su relación con su amado! ¿Quién es ella? Una chica del campo, morena por efecto del sol (*1:6*), habituada al trabajo en el campo. Pero ¿él? Se le retrata como pastor (*1:7*; *2:16*). Y sin embargo, hay muchas expresiones que hacen pensar que este personaje rústico en realidad es el rey Salomón en persona (*1:4*; *3:7-11*; *6:8*, *9*; *8:11*, *12*). Hay quien ve a Salomón en el pastor; otros opinan que Salomón incorpora a la *sulamita* en su harén, pero que ella sigue fiel a su primer amor, el pastor. Según nuestra opinión no es necesario ver a Salomón actuar aquí como una persona real. Desde luego, se menciona a Salomón. Pero a modo de contraste. Este pobre pastor se siente mucho más feliz con su esposa campesina que Salomón fue nunca con todas sus riquezas y mujeres. Más que Salomón hay aquí. Muy por encima de la vida del harén, con su distorsión de lo que Dios creó, con su fingimiento y sumisión servil, está la vida amorosa del hombre joven y la muchacha, que se buscan y encuentran por voluntad propia. Ni aun Salomón con toda su gloria se vistió como estos dos hijos de rey, que llegan a ser uno en cuerpo y alma, según el orden de la Creación. Se muestra de forma preciosa en el pasaje sobre la viña:

Salomón tuvo una viña en Baal-hamón,
La cual entregó a guardas,
Cada uno de los cuales debía traer
Mil monedas de plata por su fruto.
Mi viña, que es mía, está delante de mí;
Las mil serán tuyas, oh Salomón,
Y doscientas para los que guardan su fruto (*8:11*, *12*).

Efectivamente, más que Salomón en este lugar. Esta vida amorosa se alza muy por encima de lo que mostraban en general las cortes reales en Oriente en cuanto a prácticas matrimoniales, como un mal ejemplo para el pueblo. Aquí, el hombre no es un tirano, ni la mujer una esclava. En esta pastoral vemos que se entregan mutua y voluntariamente; ¿no se asombra usted de la franqueza y el compañerismo de la novia para con su amado – algo nada habitual en Oriente –? Él la toma, sí; pero también parece que ella le toma a él. Rut podría haber hablado de la misma manera. Y así se revela algo real, regio, en su relación amorosa; el amor aquí no es una esclavitud, que destruye.

Por lo tanto, de este librito emana una predicación valiosa. También hay aquí una conexión hermosa con *Eclesiastés*. Ahí escuchamos el llamado a aceptar la vida. El mundo, al fin y al cabo, no es un nido de víboras para el creyente (*Noeud des vipères*, François Mauriac); y la vida redimida no está bajo el signo cotidiano de: ¡Buenos días, miseria! (*Bonjour tristesse*, Françoise Sagan). Puesto que Cristo ha derrotado a la gran víbora y con ello ha vencido también para nosotros la tristeza. Y así ha elevado la vivencia amorosa entre hombre y mujer por encima de perifollos y apariencias, servilismo y explotación. Este libro tantas veces malinterpretado puede irradiar una alegría mesiánica. El juego del amor es de gran seriedad, pues este misterio se asoma a la relación entre Cristo y su esposa, la Iglesia.

**Unidad de la composición sobre el tema:**
**“Todo es vuestro, pero vosotros sois de Cristo”**

Al leerlo, notará que el *Cantar* está compuesto de varias canciones. No obstante, no es necesario suponer que se trate entonces de una antología. Ya que encontramos tres veces un estribillo, un verso que se repite: en 2:7; 3:5 y 8:4, precedidos por expresiones de amor de la novia. Así que este estribillo divide al *Cantar de los Cantares* en cuatro partes:

---

Primera parte: 1:1-2:7
Segunda parte: 2:8-3:5
Tercera parte: 3:6-8:4 (cf. 5:8)
Cuarta parte: 8:5-14

---

Varias expresiones, que se repiten continuamente, aumentan la impresión que se trata aquí de una unidad, una unidad de lírica amorosa y alternante. Un cántico es alternado con otro. No solamente los novios sostienen diálogos; también encontramos una conversación entre la muchacha del campo, la novia, y las señoritas de la ciudad, las hijas de

Jerusalén (*5:8-6:3*). No hace falta hacer de aquellas doncellas de Sion (*3:11*) mujeres del harén; en su aislamiento ya es difícil que encuentren a su amado (*5:8*). Con ellas se refiere a la población femenina en general, que por otra parte no parece despreciar al novio (*1:3*). Mas el poeta se apresura a hacernos saber que 'otras' no le atraen; "como el lirio entre los espinos, así es mi amiga entre las doncellas". Por lo que las hijas de Jerusalén no actúan como competidoras en los cánticos. Ellas son el público, por así decirlo, interesadas y llenas de curiosidad femenina, y aportan una gran vivacidad al poema.

Hablando de alternancia – parece que también naturaleza y cultura están recogidas en las imágenes. Palomas, gacelas, manadas de cabras, olor del Líbano, una era de especias aromáticas, vides que brotan: naturaleza. Pero también: carros de Faraón, cortinas de Salomón, y su carroza, la torre de David, columnas de mármol fundadas sobre basas de oro fino. ¿A que hay aquí algo del nuevo Jerusalén, donde huerto y ciudad no forman un contraste?

La ciudad moderna desfigura lo natural, inclusive el matrimonio; la cultura está envuelta en una lucha constante con la naturaleza, el huerto, la viña. Pero en el *Cantar* la cultura presta sus imágenes para describir la naturaleza y lo natural; ciudad y huerto no están en pie de guerra, sino que forman una síntesis, como en la nueva Jerusalén de *Apocalipsis* 21 y 22, donde discurre por en medio de la ciudad el río de la vida, con árboles de la vida en sus riberas. Es como si el paraíso hubiese vuelto.

Y ¿no es esta la predicación de *Cantar de los Cantares*, que la vida es redimida por la gracia de Dios, de tal manera que también hoy en día se saborea el comienzo del gozo eterno en la vida de los sexos? La realeza del hombre en el jardín del Edén también se mostraba con respecto al matrimonio: "Fructificad y multiplicaos". Como varón y mujer, el hombre era imagen de Dios. El *Cantar de los Cantares* nos muestra que esto puede volver a ser una realidad también en este mundo caído. Puede haber un deseo mutuo santificado, del uno por el otro: llamas de fuego de Yahvé. Todo aquello que perturba esta vida y la vuelve irreal es desechado conscientemente (véase el estribillo de *2:7*). Por encima de la vida del harén se alza la relación con aquella, la única, 'paloma mía, la perfecta mía'. Ella es como un muro para otros y sus pechos son como torres de una fortaleza. Pero a su amado se lo da todo: entrega, *shalom*, plenitud de vida. Y Dios ve todo lo que ha hecho, y he aquí que es bueno en gran manera:

Mi amado es mío, y yo suya;
Él apacienta entre lirios.
Hasta que apunte el día,
Y huyan las sombras,
Vuélvete, amado mío;

Sé semejante al corzo,
O como el cervatillo
Sobre los montes de Beter (*2:16, 17*).

Y al final del libro vuelve este llamado – también aquí hay una deliberada repetición como figura retórica intencionada –:

Apresúrate, amado mío,
Y sé semejante al corzo, o al cervatillo,
Sobre las montañas de los aromas (*8:14*).

## ISAÍAS

### Algunos temas del prólogo

Con el libro del rey de los profetas comienzan los 'profetas posteriores'. No hay mucho que contar de la vida de Isaías; aquí y allá encontramos un dato acerca de la época en la que se desarrolla su profecía; sabemos los nombres de dos de sus hijos, puesto que estaban relacionados al contenido de su profecía. De su vida personal conocemos muy poco: todo el énfasis recae en sus palabras, su mensaje. Y lo que él transmite no es un reflejo de sus propias experiencias, al contrario:

Oíd, cielos, y escucha tú tierra;
Porque habla Yahvé… (*1:2*).

Así empieza nuestro profeta; y así continua. ¡Así dice el Señor! Pese a que el mensaje que trae va diametralmente en contra de lo que él quisiera, Isaías actúa con valor, ya que el Señor le ha designado como su representante.

Por eso se puede encontrar en *Isaías* un nexo con 'Moisés', con la Ley, y lo mismo se ve en los demás profetas. Hay gente que piensa que la 'ley' es una cosa demasiada rígida, que la vida es encorsetada por ella. Y dicen: "mire en cambio los profetas; ellos son las mentes sensibles, los heraldos del pensamiento libre, individualistas que rompen con la coacción y la tradición". Sin embargo, no es así en absoluto. Al hablar de la Ley ya señalábamos que los profetas no hacen otra cosa que llamar a volver a la

primera revelación de Yahvé. Y que hacen mucho hincapié en la amenaza del Pacto, que también se escuchaba en la Ley.

Fijémonos en el comienzo de las profecías de Isaías. Todos los exégetas están de acuerdo que se trata aquí de profecías que han sido colocadas aposta al principio, como un prólogo, una introducción. Se toca todo tipo de temas, que más adelante vuelven a plantearse.

Ante todo llama la atención la mención de Sodoma y Gomorra (*1:9, 10*). Esto ya es una referencia a lo relatado en *Génesis*. Lo que siempre resalta en los profetas, y por lo general en toda la Biblia, es que cuando se refiere a algo, es invariablemente a la Biblia misma. La Escritura es su propia exégeta. Podríamos expresarlo también así: el ‘marco de referencia’ de los libros de la Biblia es en primer lugar la Biblia misma. Salmos, profecías, evangelios o cartas no se adornan en primer lugar con toda clase de citas extrabíblicas; no, el profeta se sube a los hombros del legislador, y evangelistas y autores de las cartas neotestamentarias se aferran a ‘la Ley y los profetas’.

La referencia a Sodoma aparece con frecuencia en las profecías (*Dt. 32:32*; *Is. 3:9*; *Ez. 16:46*; incluso en *Ap. 11:8*). Con ella se describe el estado de profunda decadencia de la Iglesia; y asimismo lo inevitable del juicio que se avecina. *Deuteronomio* 29:23 ya anunció que abandonar el Pacto del Señor traería un juicio como el de Sodoma. Israel está infectado de la cabeza a los pies (*Is. 1:5, 6*).

Se trata aquí de una condición típica de la Alianza, vinculada estrechamente al cántico en *Deuteronomio* 32, el testimonio contra Israel. Compare usted el principio de los dos pasajes en los que se llama como testigos a los cielos y la tierra (*Dt. 31:28*; *32:1*; *Is. 1:2*). Además se puede señalar una misma manera de hablar acerca de la corrupción de los hijos de Yahvé (*Dt. 32:5*; *Is. 1:5*). Fíjese también en el hecho de que *Isaías* 1:24 cita casi literalmente *Deuteronomio* 32:41.

| *Isaías 1:24* | *Deuteronomio 32:41* |
| --- | --- |
| Ea, tomaré satisfacción de mis enemigos,<br>me vengaré de mis adversarios. | Yo tomaré venganza de mis enemigos,<br>y daré la retribución a los que me aborrecen. |

Parece que el profeta en 1:11 y siguientes versículos dice que el Señor no se complace en sacrificios como tales. Ha habido quienes han tildado a Isaías y otros profetas, que levantaban la voz en contra del culto de los sacrificios, de impugnadores de la Ley de Moisés. Pero hay que hacer una distinción clara aquí. Cuando Isaías introduce al Señor que dice: "¿Para qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios?", no pretende condenar el culto en Jerusalén. No, al contrario, Isaías muestra un gran respeto por ello. El nombre de Sion siempre lo menciona con reverencia. En el capítulo 2 predice que los gentiles subirán al templo, al monte de la casa de Yahvé. Puesto que ¡de Sion saldrá la ley, la *Torá*! No, Isaías no quería enfrentarse a 'Moisés'. Lo que critica es el uso impropio de 'Moisés': "vuestros sacrificios". Pisotean los atrios, celebran fiesta tras fiesta, pero traen ofrendas hipócritas, incienso abominable (*1:13*). Extienden manos llenas de sangre (*v. 15*). He aquí, eso es una abominación ante los ojos del Señor. Y eso tiene que cambiar, si hace falta, a través de un juicio purificador. Y en medio de las amenazas encontramos esta profecía tan preciosa de salvación: "si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana" (*v. 18*). Si marca usted con lápiz de color todas las promesas de salvación en Isaías, una y otra vez las puede ver brillar en medio de la oscuridad de los juicios. En el v. 26 y siguientes, encontramos otra de esas promesas conmovedoras: Jerusalén será llamada Ciudad de justicia, Ciudad fiel. La ciudad de Melquisedec (= rey de justicia), que en los días de Isaías era la viva imagen de ominosa injusticia, llevará de nuevo el nombre de la justicia salvadora de Dios. ¿No son todas ellas promesas que se hicieron realidad en Cristo? El hecho de que encontramos justo al principio de este libro promesas tan impactantes de salvación no está exento de significado, obviamente. Más allá de ruinas humeantes, Isaías ve el reino de paz venidero. Todo engaño sacerdotal ha desaparecido, Jerusalén ya no se consume en luchas internas. La fuerza reclutadora de la Iglesia llega a su apogeo: muchas naciones suben al monte del templo; espadas se convertirán en rejas de arado; "Venid, oh casa de Jacob, y caminaremos a la luz de Yahvé" (*2:5*).

Es curioso, encontramos la profecía de la exaltación del monte del templo literalmente en *Miqueas* 4:1 y 2. Isaías y Miqueas eran contemporáneos. Y por lo visto, el uno estaba al tanto de las profecías del otro; lo cual es comprensible en una comunidad tan pequeña como era la judía. Lo que no se entiende en absoluto es que eruditos gasten y digan cosas tan inconcebibles en este contexto, como que estos profetas no podían citarse el uno al otro, puesto que sus escritos todavía no tenían la autoridad de Escritura Sagrada. ¿Acaso Isaías y Miqueas no se habrían reconocido mutuamente como verdaderos profetas? ¿No conocerían sus publicaciones el uno del otro – recogidas por discípulos y distribuidas

como octavillas –? Quizás pertenecieron al mismo círculo de profetas; ¿no es verdad que se juntan los que son afines”? Y cuando se dice que ‘el rey’ entre los profetas seguramente no copiaría nada de lo que hubiera dicho el profeta ‘menor’ Miqueas, puesto que esto dañaría su propia grandeza, se le adjudica una gran dosis de orgullo profesional a Isaías. Supongamos que la profecía de Miqueas es la original, ¿por qué no habría tomado Isaías esta palabra llena de luz sobre la ‘Nueva Jerusalén’ porque como cántico sobre la ‘Ciudad Santa’ era archiconocida y quedaría muy bien al comienzo de su colección de profecías de desastres y de salvación? No se trataba de lo destacable que fuera el ministerio del estimado Isaías, pues lo único que importaba era la grandeza de la Palabra de Dios.

No es nuestro plan entrar en todas las cuestiones de eruditos que haya, pero sacamos esta discusión sobre la relación entre Isaías y Miqueas para mostrar que es imprescindible leer la Escritura con objetividad y realismo, y respetar lo que dice.

Antes de proseguir la lectura de *Isaías*, fijémonos en algunos temas más que se mencionan en el prólogo. En primer lugar, al Señor se le llama “el Santo de Israel” (*1:4*). Este es un nombre que Isaías repite a menudo. Cuando recibió su llamamiento, experimentó la santidad de Dios de una manera muy intensa. De ahí que se airea contra la iniquidad de Israel, y de ahí su seguridad de un juicio inminente: la santidad de Dios no tolera el quebrantamiento del Pacto.

Y luego, se habla de un remanente, un resto. Esto también es una idea que vuelve una y otra vez en *Isaías* (*1:8, 9*), y que igualmente es expresada en su llamamiento (*6:13*). Isaías le ha puesto a su hijo el nombre de Sear-Jasub, que quiere decir: un remanente volverá (a Dios) (*7:3*). Su ministerio profético parece no ofrecer perspectiva alguna; pero no es así, queda un remanente elegido por Dios. La Palabra de Dios no se deshace ni se cae como los pétalos de una flor marchita; siempre quedan ahí los 7.000, a la Iglesia no se la puede eliminar. “Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia”, dice Pablo (*Ro. 11:5*). Y él había encontrado consuelo en las palabras de Isaías tocante al ‘resto’, al ver cómo los judíos tropezaron con el Evangelio (*Ro. 9:27, 29* cita *Is. 10:22* y *1:9*; cf. también *Dt. 30:1-10*; *32:43* con *Ro. 15:10*).

## El Día (del Reino) del Señor se aproxima con el ‘ay’ de la venganza del Pacto

Ya se habrá dado cuenta de que Isaías tiene su propia manera de expresarse, sus propios vocablos. Los profetas no eran portavoces que transmitían su mensaje como autómatas. Ellos revelan claramente su individualidad. El Señor no se sirve de los profetas como si fueran utensilios inanimados. En *Isaías* vemos que se amontonan las imágenes. Este poeta entre los profetas no se cansa de aprovechar al máximo sus

talentos de muchas maneras. Elegimos como ejemplo 2:10-18, donde se trata del 'día del Señor', otro de aquellos temas que aparecen con frecuencia en *Isaías*, y también en los otros profetas. Así como ninguna de las profecías encuentran descanso en la cercana Historia, así ocurre con las palabras sobre el día del Señor: su cumplimiento último será en el gran día del Juicio, cuando Cristo venga. Pues bien, veamos las imágenes que se suceden atropelladamente. Primero el consejo de meterse en los barrancos, ya que se acerca el resplandor majestuoso del Señor. Comenzarán a gritar: "¡Montes, caed sobre nosotros!" (cf. *Lc.23:30*; *Ap. 6:16*). Luego se habla de la altivez de los ojos, soberbia de los hombres, cedros del Líbano, encinas de Basán, montes y collados, torres altas y muros fuertes, naves de Tarsis (nosotros diríamos castillos del mar), valiosas obras de arte. Todo esto es imagen del orgullo del hombre, que confía en ídolos; el Señor humillará aquella soberbia, lo que se enaltece, será humillado. Y hasta dos veces retumba el estribillo de Isaías:

Yahvé solo será exaltado en aquel día (*vv. 11, 17*).

Se nos dibuja en tonos oscuros la decadencia de los intelectuales de Judá. Los líderes son engañadores, que indican caminos torcidos (*3:12*). Por eso el Señor traerá el juicio sobre su pueblo. En 3:16 y ss. Isaías nos ofrece imágenes de revista de moda, que luego rompe a pedazos. Tal como el liderazgo fracasará de forma deplorable, así acabará la vida mundana de las señoras en duelo y miseria. Pero, no obstante, después de esta advertencia sigue de nuevo una profecía de salvación. No para suavizar los efectos del juicio, sino para ofrecer una base para la fe. El juicio viene indudablemente, mas no es el final. Queda un remanente (*4:3*). Y por medio del juicio el Señor lava las manchas de sangre de Jerusalén (*4:4*). El día amanece con resplandor; el tiempo de antaño, de salvación como en el desierto, vuelve otra vez: el Señor protege a Sion con una nube y una columna de fuego, de día y de noche; se alza un nuevo Jerusalén ante nuestros ojos, una imagen que más tarde la revelación a Juan llenará de colorido: Sion, la ciudad de la Iglesia redimida.

El capítulo 5 comienza con el cántico de la viña que no produce buenos frutos. Otra vez encontramos aquí un tema que se oye a lo largo de la profecía, hasta culminar en la Palabra de Cristo: "Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que no lleva fruto, lo quitará" (*Jn. 15:1, 2*). Isaías quiere advertir a su pueblo por medio de esta especie de canción popular. La viña del Señor es la casa de Israel. Él esperaba juicio, y he aquí vileza; justicia, y he aquí clamor (*5:7*; en otra versión de la Biblia: *Traducción en lenguaje actual*, se ha intentado reflejar el juego de palabras del texto original: obediencia/desobediencia y justicia/injusticia).

Luego siguen los seis “ayes” (*5:8-23*). El juicio se acerca en forma de una invasión enemiga. Como alguien que con un silbido llama a su perro, así el Señor silbará a un ejército bien organizado y preparado para que suba contra Israel (*5:26 ss.*). En aquél Día.

**Llamamiento: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí (*Is. 6:8*)**

En el capítulo 6 encontramos el relato del llamamiento de Isaías para ser el enviado con plenos poderes del Consejo Supremo (“nosotros”) de Dios. En el año de la subida al trono del impío Acaz, que sacrificó sus hijos al ídolo cananeo Moloc (= rey) y que cambiaría el culto a Yahvé por religiones orientales, Isaías vio al Señor entronizado como Rey en el templo. Parecía como si el techo del templo terrenal estuviera abierto hacia arriba. Serafines formaban guardia y daban voces, diciendo hasta tres veces: Santo. Temblores de tierra y humo acompañaron esta manifestación. A continuación, Isaías clamó: ¡Ay de mí! Con este séptimo “ay” se refería ahora a sí mismo. Sentía que su propia inmundicia contrastaba con la santidad de Yahvé. Pero una brasa del altar de incienso purificó sus labios; ahora Isaías estaba preparado y listo para su misión. Iba a ser una tarea difícil; tenía que endurecer los corazones. En cuanto a Jesucristo y a Pablo, ellos, más adelante, tuvieron la misma misión: “Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad” (*6:10*; cf. *Mt. 13:10 ss.*; *Hch. 28:25 ss.*). Y el tiempo del que disponía Isaías acabaría con la llegada del juicio. Hasta aquel momento tenía que continuar predicando. Pero no todo estaba perdido; quedaría un remanente, un tronco; el Señor guarda a su Iglesia.

Esto último se muestra en lo que sigue.

**He aquí, yo y los hijos que me dio Yahvé (*He. 2:13*; *Is. 8:17, 18*)**

En los días de Acaz surgió el poder de Asiria. Varias naciones intentaron ponerse a salvo frente a ello formando coaliciones. Aram (Siria) e Israel-Norte con sus reyes Rezín y Peka querían obligar a Judá con su rey Acaz a formar parte de esta alianza, y sitiaron Jerusalén. Pero el Señor envió a Isaías para anunciar la liberación. Incluso se le permitió a Acaz a elegir una señal. Y cuando él, indiferente respecto al Señor, no quiso, Isaías profetizó el nacimiento de un hijo con el nombre de Emanuel (= Dios con nosotros) de una doncella. Y aunque en aquellos días se cumplió esta señal, finalmente ha llegado en aquel Emanuel, que es Jesús (*Mt. 1:21*).

Hablando de nombres de los hijos, el hijo que acompañó a Isaías se llamaba Sear-jasub, eso es: un remanente volverá. Y cuando más tarde tuvo otro hijo, lo tenía que llamar Maher-salal-hasbaz, lo cual significa: el despojo se apresura, la presa se precipita. El profeta tenía que escribir

además este nombre en una tabla grande, como una publicidad al aire libre. Pues antes de que este niño llegara a hacerse mayor, Asiria se llevaría los despojos tanto de Damasco (Aram) como de Samaria (*8:1-4*).

Sin embargo, si pensamos en el llamamiento de Isaías, recordamos que estaba establecido de antemano que la mayoría no iba a escuchar. Por lo que Isaías tenía que traer su mensaje al círculo de los discípulos. "Ata el testimonio, sella la ley entre mis discípulos. Esperaré, pues, a Yahvé, el cual escondió su rostro de la casa de Jacob (*8:16, 17*). El pueblo politizado y sus dirigentes (*8:12 ss.*), que en su miedo acudieron a los hechiceros (*8:19*), tropezarían sobre el Señor (*8:14*). Sólo a un resto iba a anunciar Isaías las promesas de salvación. "¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido" (*8:20*). Pero aún así, la Luz permanece; puesto que… ¡un Niño nos es nacido, Hijo nos es dado! Y el principado sobre su hombro… (*9:5*). El Mesías se acerca. La paz se sentará en el trono de David.

**El Remanente de Israel y la Vara del tronco de Isaí**

*Isaías* 9:7-10:4 da profecías contra Efraín, el reino del norte, enemistado con Judá. Fíjese en cómo el estribillo que ya se entonó en 5:25, se repite aquí cuatro veces (*9:12, 17, 21*; *10:4*):

> Ni con todo esto ha cesado su furor,
> sino que todavía su mano está extendida.

Efraín no se convierte bajo la mano del Señor, que le golpea. Por lo que cae víctima de la soldadesca asiria. Pero el imperialismo de Asiria es, al fin y al cabo, sólo un palo en la mano del Señor (*10:5*). Por eso, el orgulloso Asiria, cuando haya realizado su tarea, se convertirá él mismo también en presa del juicio. El Señor permitirá que el pequeño reino de Judá pase apuros. En 10:28 y siguientes, se nos da parte de la situación en el frente; teniendo el mapa delante, vemos cómo Jerusalén corre cada vez más peligro: Ajat, Migrón, Micmas, Geba, Ramá… alzarán sus manos en la dirección del monte de la hija de Sion, al collado de Jerusalén…

Entonces, el Señor interviene. Los enemigos retroceden; árboles de gran altura son, cedros del Líbano, pero el hacha está puesta a sus raíces, y con estruendo caerán (*10:33, 34*).

Y ahora, siga leyendo: saldrá una vara, un vástago retoñará del viejo tronco de Isaí, la casa de David. Sobre aquel Retoño reposará toda la plenitud del Espíritu del Señor; él es el Mesías, el Ungido con el Espíritu. Y él trae *shalom*, paz. Con colores tomados prestados de esta vida, se dibuja el futuro mesiánico: el lobo ya no significará ningún peligro para el cordero, y la pantera se acostará junto al cabrito, el niño de pecho jugará al lado del nido de la víbora. Por supuesto que este cuadro no dice nada sobre

la cuestión de si en el paraíso el león comía paja como un buey, o si habrá animales 'en el cielo'. Lo único que sabemos es que la creación, que gime, será libertada; y estas imágenes predican la paz venidera: "No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte" (*11:1-10*). Las siguen más imágenes tomadas de la época de Isaías. Los exiliados, los de Judá y de Efraín, volverán de países lejanos. Y estos pueblos hermanos que tantas veces se acosaban, ya no afligirán el uno al otro, sino que marcharán juntos. El nuevo 'éxodo' incita a una vida de gratitud. ¡Escuche!, ya suena el himno: "Cantaré a ti, oh Yahvé; pues aunque te enojaste contra mí, tu indignación se apartó, y me has consolado" (*12:1*). Esta porción profética concluye con un salmo. Más tarde, Israel solía recitar este salmo en la fiesta de los tabernáculos: "Sacaréis con gozo aguas de las fuentes de la salvación" (*v. 3*). Cada día de esta fiesta un sacerdote sacaba agua del estanque de Siloé con una vasija de oro, para echarla luego en unos recipientes de plata al lado oeste del altar. Durante este derramamiento de agua el pueblo recitaba el mencionado versículo. Pero una vez, en el último día de la fiesta de los tabernáculos, exclamó Cristo: "¡Si alguno tiene sed, venga a mí y beba, (el que cree en mí)!" (*Jn. 7:37*). Cristo, la raíz de David (*Ap. 5:5*; *22:16*), el León de Judá y Cordero de Dios, él cumple todas las promesas; hay paz por medio de él.

**Profecías del Gran Rey Yahvé sobre los pueblos**

Anteriormente se ha expresado ya de forma muy clara que Yahvé gobierna sobre las naciones, y en la parte que sigue ahora (*caps. 13-23*), se trata deliberadamente sobre los pueblos. Encontramos profecías sobre los estados colindantes, como Moab, Filistea, Damasco; y sobre las grandes potencias como Babilonia, Asiria y Egipto. Y entre ellas hay también una profecía sobre Jerusalén, que dice: "Comamos y bebamos, porque mañana moriremos" (*22:13*; *1 Co. 15:32*).

Estas profecías ¿se han proclamado algún día en ciudades extranjeras, como tuvo que hacer Jonás en Nínive? Pues no, no tenemos que imaginárnoslo así. Pero sí han sido pronunciadas, y eso es lo que cuenta. El Señor ha proclamado su soberanía a través de Isaías. ¿Acaso Isaías no lo vio sentarse como Rey en el templo de Sion?

Las profecías sobre las naciones se abren con la profecía sobre aquel pueblo que en las Escrituras es el modelo del poder mundial concentrado: Babilonia. Había en Judá quienes, ante la amenaza del estado predador y militar de Asiria, miraban esperanzados a Babilonia; ¿no podría venir la salvación de ese lado? Sabemos que Ezequías recibió con especial distinción a la delegación de Babilonia, que vino a felicitarle con su recuperación (*Is. 39*). Pero el profeta ha de comunicarle su vehemente mensaje: que no cuente Judá con una coalición con Babilonia. Porque el Día del Señor viene, terrible, y de indignación y ardor de ira, para convertir

la tierra en soledad. Los medos quitarán a Babilonia, aquella hermosura de reinos, toda su belleza (*13:9, 17, 19*). Y este juicio sobre Babilonia contribuirá a la restauración de 'Israel', que volverá a habitar su propia tierra, relevado de la dura servidumbre. Sí, cantará con triunfo, burlándose del rey de Babilonia (*14:3 ss.*).

Isaías nos transmite la letra de aquella canción; es en realidad un cántico fúnebre. El rey de Babilonia desciende al reino de los muertos. Pero allí sus antiguos compañeros le saludan con malicia. También ellos le dedican una canción de burla: "¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones. Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte" (*14:12, 13*). Aquel "monte del testimonio" parece tener su origen en la mitología oriental, que hablaba de un monte en el norte, donde los dioses celebraban sus reuniones y echando suertes determinaban los acontecimientos del próximo año. Piense en este contexto en el Olimpo, la 'montaña de los dioses' de los griegos. El profeta presenta aquí los espectros del reino de los muertos, que hablan su propio lenguaje pagano (cf. *Ez. 28:14*, que también tiene como trasfondo el pensamiento oriental e idolátrico). Le reprochan al rey de Babilonia que se ha divinizado. Por otra parte, la exégesis antigua ha visto en la descripción de la caída de la estrella de la mañana (en latín: Lucifer) un 'tipo' de la caída de Satanás.

*Isaías* 14:24 y siguientes, nos ofrece una profecía sobre Asiria; y 14:28 va dirigido a los filisteos. Según parece, Filistea había enviado una delegación a Jerusalén con la petición de formar parte de un bloque anti asiria. Posiblemente acababa de morir el violento rey asirio Tiglat-pileser. Isaías profetiza entonces que de la raíz de la culebra saldrá el áspid, con otras palabras: no se ve el fin al sufrimiento. Del norte (¡de donde vienen siempre las desgracias!) vendrá humo y no quedará ni uno solo en sus asambleas. Será mejor que Judá no participe en confederaciones. Y ¿qué se responderá a los enviados? "Que Yahvé fundó a Sion, y que a ella se acogerán los afligidos de su pueblo". Esto se cumplió más tarde exactamente tal cual. Toda la tierra fue asolada por Asiria; también la rebelde Filistea. Pero el Señor protegió a Jerusalén en los días de Ezequías.

Los capítulos 15 y 16 contienen una profecía sobre Moab. En ella encontramos un versículo que en Holanda, durante la última guerra mundial, a menudo ha sido copiado por los que se escondieron para servir de adorno en las paredes: "Esconde a los desterrados, no entregues a los que andan errantes" (*16:3*). Su intención era buena, naturalmente. Pero se sacó el versículo un poco de su contexto. Aquí se trata de Moab, que es presa del juicio. A Judá se le anima a ofrecer cobijo a las víctimas de guerra. Sería más justo decir que esto es un texto para la misión, una predicación de Pentecostés; ¡la 'Iglesia' ofrece asilo al 'mundo' asolado:

“Enviad cordero (Moab tenía mucha cría de ovejas) al señor de la tierra, desde Sela del desierto al monte de la hija de Sion” (*16:1*)!

Luego se suceden las profecías sobre una nación tras otra. Damasco y Efraín (¿no habían acosado juntos a Judá, como aliados?); Etiopía; Egipto (¿no pensaron muchos en Judá poder conseguir ayuda de Egipto frente a Asiria?); una vez más Babilonia; Edom; Arabia; la Jerusalén politizada; y finalmente las ciudades marítimas Tiro y Sidón. Esas profecías no se parecen, cada una lleva los colores de la nación de la que se habla. Así como de Moab se mencionan sus corderos y vides, así también escuchamos en las profecías sobre Egipto acerca del Nilo, pescadores, labradores de lino y sabios de la corte. Y de Tiro y Sidón escuchamos de naves y de una tremenda actividad comercial.

“Guarda, ¿qué de la noche? Guarda, ¿qué de la noche?” “La mañana viene”, es la respuesta profética a esta pregunta apremiante; “La mañana viene, y después la noche” (*21:11, 12*). Cierto, es una visión oscura del futuro la que nos pinta Isaías. Pero aquí y allá hay destellos de luz. Vimos cómo Sion ofreció refugio a Moab. Respecto a Asiria y Egipto, se oye en 19:18-25 una música deliciosa. Egipto, aquel viejo enemigo, servirá al Señor, y Asiria también; la promesa hecha a Abram se cumple: Israel será bendición para las naciones.

**El que tiene la llave de David… (*Ap. 3:7*)**

Antes de dirigir nuestra atención a lo que sigue, hay que comentar una cosa más del capítulo 22, que trata sobre Jerusalén. No solo vemos allí que se le anuncia el juicio a la orgullosa Jerusalén, sino que también hay una predicación dirigida a Sebna, el mayordomo del palacio; se le predice su degradación. Él será sustituido por Eliaquim. Y éste llevará en adelante su uniforme y manejará la llave de la casa de David; “abrirá, y nadie cerrará; cerrará, y nadie abrirá”. ¿Podría ser que Sebna, como confidente del rey, ejerció una influencia negativa, con objeto de establecer alianzas con otros países? En todo caso, desempeñó su importante cargo de una manera equivocada. ¡No se puede hacer un uso caprichoso del poder de abrir y cerrar! Y ahora, ya que hablamos del manejo de la llave y su poder, podemos relacionarlo directamente con la palabra de Cristo a Pedro: “A ti te daré las llaves del reino de los cielos” (*Mt. 16:19*). Cristo, el que tiene la llave de David, abre, y nadie cerrará, cierra, y nadie abrirá (*Ap. 3:7*), él manda a su Iglesia a ejercer el cargo de mayordomo suyo por medio del ministerio. Esta es su imponente política en un mundo que se encoge. (1)

**El Apocalipsis de Isaías**

A diferencia de las anteriores visiones sobre las naciones, en los caps. 24-27 parece que las referencias geográficas se borran. La R.V. titula el capítulo 24 así: “El juicio de Yahvé sobre la tierra”. Aunque esta

profecía también se refiere al Juicio final, habría que cambiar en nuestra traducción la palabra 'tierra' por 'país'. Y así tenemos de nuevo la imagen bien enfocada; no se está hablando de ese mundo tan malo, sino que en el centro de la visión y de los cánticos está la Iglesia, que ha quebrantado el Pacto; se está refiriendo al país de Israel, los "moradores" (*24:5, 6,* 17) son los israelitas; "este monte" (*25:6, 7, 10*) es el monte de Sion (*24:23*); y en la tierra de Judá, la "ciudad fuerte" (*26:1*) es obviamente Jerusalén. Primero se describe cómo el Señor castiga a los habitantes de la tierra por medio de un ataque enemiga. Con "pacto sempiterno" no se alude al pacto con Noé, sino al pacto con Abraham y su simiente.

Da la impresión de que el país regresa al caos y al vacío de la prehistoria. Ni la riqueza, ni la posición social apartan el juicio; los moradores han quebrantado el eterno pacto con Dios. "Terror, foso y red" (en el idioma original comienzan estos tres vocablos con la misma letra, como un terrible juego de palabras). Aparentemente se repite el diluvio, se producen catástrofes cósmicas. Pero luego hay un cambio: Reyes, y "el ejército de los cielos en lo alto" (posiblemente ángeles caídos) serán encarcelados y luego juzgados (cf. *Ap. 20:3*). Y Sion se alza inconmovible por encima del universo que se estremece. Allí reside Yahvé con sus ancianos (cf. los 'ancianos' de *Ap. 4*). ¡Atención! Se oye otro salmo. Para el menesteroso, Yahvé es un refugio (*25:1-5*). Sí, a los pueblos, los *goyím*, llegará la salvación, se les preparará un banquete, una cena. El muro de separación será derrumbado, el velo, que cubría sus rostros, se destruirá en "este monte", el monte del templo. Podrán ver la gloria del Señor, la muerte será destruida y toda lágrima de los ojos se enjugará (cf. *Ap. 7:17*; *21:4*). Y otra vez se oye la coral: "Fuerte ciudad tenemos; salvación puso Dios por muros y antemuros" (*26:1*). "Tus muertos vivirán, sus cadáveres resucitarán" (*v. 19*). "También en el camino de tus juicios, oh Yahvé, te hemos esperado" (*v. 8*). El pueblo de Dios espera metido en sus casas a que pase el juicio (*v. 20*); el 'remanente' se salva. El Señor vengará la sangre de sus siervos, la tierra no la encubrirá ya más. (2)

Y mire, la serpiente veloz, la serpiente tortuosa, el dragón que está en el mar, estos Tres Grandes (*27:*1; cf. Asiria, Babilonia y Egipto; y el dragón y sus dos cómplices en *Ap. 12* y *13*) serán abatidos. Pero Israel será restaurado como viña (¡cf. *Is. 5*!); habrá frutos (cf. *Jn. 15*). Toda la anterior idolatría caerá en el olvido (*27:9*). Y la gran trompeta llamará de vuelta a los esparcidos, desde Egipto hasta el Éufrates. En medio de un mundo de reinos en ruinas, los hijos de Israel suben al palacio de su Rey, el monte santo en Jerusalén. Jacob echará raíces, Israel florecerá y echará renuevos. El 'remanente' puede seguir cantando salmos: habrá un nuevo Jerusalén, donde hay justicia. Tus muertos vivirán. La Iglesia cree en la primera resurrección (*Ap. 20:4*).

**Yahvé, Rey sobre las naciones, residiendo en Sion**

Este tema se trata también en la sección que empieza con el capítulo 28. Después de una antigua profecía sobre Samaria (*v. 1-6*), aparece Jerusalén en escena. Será sometida al juicio, igual que Samaria. Pues el gobierno de la ciudad santa es impresentable; tanto el sacerdote como el profeta andan tambaleando por la bebida. Y opinan que Isaías es un pesado. Hay que entender que Isaías cita en vv. 9 y 10 los comentarios que hace la gente sobre él, por lo que tendrían que estar puestos entre comillas: "¿A quién se enseñará ciencia, o a quién se hará entender doctrina? ¿A los destetados? ¿A los arrancados de los pechos? Porque mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá". ¿Acaso pensaba ese Maestro-Soñador, que iban a someterse a su férrea disciplina? ¡Ni hablar! En hebreo se emplea aquí un vocabulario que imita más o menos la farfulla de un borracho: *savlasav*, *savlasav*, *cavlacav*, *cavlacav*. En Sion están de juerga, sin preocuparse, pues tienen preparadas sus 'puertas traseras' políticas. Ahí tienen a Egipto, que ofrece apoyo frente al gran glotón de Asiria. Pero por otro lado también engatusan a este último, ese reino imperialista, aquel turbión de azote. "En caso de que se acerque Asiria, no será para tanto", así se tranquilizan los profetas y sacerdotes a los demás y a sí mismos. Pero Isaías predica que va a salir mal; el convenio con el Seol será borrado y no será ratificado por Dios. El pueblo será trillado. Sólo el que cree, tendrá paz; puesto que el Señor pone "en Sion una piedra probada, angular y preciosa, de cimiento estable" (*v.16*). Otra vez ¡Sion! (cf. *2:2 ss.*; *6:1 ss.*; *8:14*; *14:32*) Puede que Acaz tenga sus planes, y también los políticos en Jerusalén bajo el reinado de Ezequías, pero el Señor ejecuta sus planes desde el templo. Y aunque el templo terrenal tenga que derrumbarse, Él realiza su 'proyecto Jerusalén': "He aquí que yo he puesto en Sion por fundamento una piedra;… el que creyere, no se apresure". La Septuaginta traduce: "no será avergonzado", y el Nuevo Testamento sigue también esta traducción (*Ro. 9:33*; *10:11*; *1 P. 2:6*). Se puede decir además, que este versículo recibe una explicación muy clara en el Nuevo Testamento. En el Cristo se puso la piedra angular en Jerusalén. Él mismo es la piedra preciosa, la *petra*, el fundamento de la Iglesia; sobre él es edificada; pero también es un tropiezo para aquel que no cree (cf. *Mt. 16:18*; *Lc. 2:34*; *Mt. 21:42*; *Hch. 4:11*; *Ef. 2:20*; *1 P. 2:6 ss.*; *Ap.21:14*; *1 Co. 3:10, 11*). Y cuando lea usted el evangelio de *Lucas* y de *Hechos*, hay que tener presente que en ellos se relata cómo Cristo, comenzando desde Jerusalén, se revela como piedra del ángulo, para caída y para levantamiento. ¡No hay duda, el 'proyecto Jerusalén' se cumple!

Yahvé reina desde el templo en Sion. Pero cuando los líderes son espiritualmente ciegos, entonces él hace subir a las naciones para pelear contra *Ariel*, el hogar del altar, la ciudad del templo, la ciudad de David (*Is.*

*29*). Que confíen en el Santo de Israel, pues él espera para tener piedad de su pueblo (*30:18*). Que no se apoyen en Egipto, en caballos y jinetes (*30:1-5*, *15-17*; *31:1-9*). Aquel Egipto del que fueron librados en la noche de pascua y en el paso del Mar Rojo, ¿ahora tendría que ayudar a Israel? He aquí, el Señor hará tropezar y caer al ayudador (Egipto) y al ayudado (Jerusalén). ¡Que vivan de sus promesas! He aquí, Él crea una nueva liberación como la de la noche de pascua (*30:27 ss.*). Asiria será derrotado. Se abren perspectivas mesiánicas: "He aquí que para justicia reinará un rey" (*32:1*). Había mucha ceguera (*29:9 ss.*), pero ahora los ciegos verán (*32:3*; *35:5*). Jerusalén se levanta por encima de la necesidad y la miseria: "Mira a Sion, ciudad de nuestras fiestas solemnes; tus ojos verán a Jerusalén, morada de quietud, tienda que no será desarmada, ni serán arrancadas sus estacas, ni ninguna de sus cuerdas será rota" (*33:20*). Jerusalén florecerá, también después de los juicios; pero Edom será consumado por el fuego definitivamente (*cap. 34*). El 'Día D' de Dios vendrá; el yermo de Israel florecerá como la rosa (*35:2*); los esparcidos de Judá volverán. Es Cristo quien ha cumplido este cántico final, cuando él vino. Abrió los oídos de los sordos y los ojos de los ciegos (*35:5*; cf. *Mt. 11:5*) para demostrar que él traía la salvación plena para los redimidos del Señor.

**Yahvé de los ejércitos está con nosotros (*Sal. 46:7, 11*). ¡Emanuel!**

Y ahora, después de estas profecías, viene la prueba: el ataque de Senaquerib y la salvación milagrosa. De paso vemos en 36:3 que Sebna ha sido degradado a escriba y que Eliaquim es mayordomo de palacio (cf. *22:15 ss.*). Sebna había promovido por lo visto una política que buscaba sus fuerzas en apoyarse como nación en las coaliciones, y no en la confianza en el Señor. Su degradación indica un cambio de rumbo por parte de Ezequías.

En uno de sus monumentos de guerra Senaquerib mismo ha inmortalizado lo siguiente sobre su invasión de Judá:

> Y de Ezequías, el judío, que no se había sometido a mi yugo, asedié 46 ciudades fortificadas, junto a innumerables aldeas en sus alrededores, con los golpes de los arietes y atacando con aparatos de asedio, por la lucha de la infantería, por minas, por brechas y […] y las capturé. 200.150 personas, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, caballos, mulas, asnos, camellos, vacas y pequeño ganado sin número me llevé y los conté como botín. A él lo encerré como un pájaro enjaulado dentro de su residencia Jerusalén. Levanté fortificaciones contra él e hice volver a cualquiera que saliese por la puerta de su ciudad. Las ciudades que había saqueado, las separé de su tierra y las regalé a Mitini, rey de Asdod, a Padi, rey de Ecrón, y a

Sillibel, rey de Gaza, y así disminuí su territorio. Al tributo anterior, el impuesto anual, añadí más tributos como donaciones para mi dominio y se los impuse. (3)

Senaquerib continúa un buen rato así, para ir sumando en su lenguaje autocomplaciente cuántos preciosos tesoros de marfil, de oro, etcétera, le hizo llegar Ezequías a Nínive. Pero Senaquerib no menciona ninguna conquista de Jerusalén, lo cual es muy significativo. El territorio de Ezequías fue repartido, y él mismo encerrado. Pero, por lo visto, los arietes de Asiria no han podido romper las murallas de Jerusalén. La explicación la encontramos en la Escritura.

Fue a raíz de la Palabra del Señor por medio de Isaías, que animó a Ezequías a no escuchar las palabras jactanciosas del mariscal asirio (*37:6, 7*). Llama la atención, que Ezequías se acerca al templo, donde Yahvé, el Dios de Israel, moraba entre los querubines (*37:1, 14-20*). Aquí es donde el rey dice 'amén' al tema que Isaías estaba repitiendo continuamente: ¡desde su templo Yahvé se revelará como Rey sobre su pueblo y sobre el mundo! En la respuesta a la oración de Ezequías, a través de Isaías, escuchamos más expresiones conocidas de las otras profecías: "¿A quién vituperaste, y a quién blasfemaste? ¿Contra quién has alzado tu voz, y levantado tus ojos en alto? Contra el Santo de Israel" (*37:23*). "Porque contra mí te airaste, y tu arrogancia ha subido a mis oídos; pondré, pues, mi garfio en tu nariz, y mi freno en tus labios, y te haré volver por el camino por donde viniste" (*v.29*). Los imperialistas asirios estaban acostumbrados a veces a tratar a los reyes derrotados como si fueran cerdos o caballos; ahora al rey de Asiria el Señor le hace experimentar lo mismo; ¿No es Él el Santo de Israel? Y también vuelve el tema del 'resto', como en los días de Acaz: "Porque de Jerusalén saldrá un remanente, y del monte de Sion los que se salven. El celo de Yahvé de los ejércitos hará esto" (*v. 32*). ¿Percibe usted la unidad espléndida de la profecía de Isaías? ¿Y se da cuenta de que al final la jactancia de Senaquerib (hice volver a cualquiera que saliese de la puerta de su ciudad) no queda en nada? El ángel del Señor mató al ejército de Asiria (*vv. 36, 37*) y Senaquerib fue asesinado en el templo de un ídolo (*v. 38*).

El capítulo 38 relata la historia de la enfermedad de Ezequías y su restablecimiento por mediación de Isaías. También sigue un cántico, que compuso Ezequías a raíz de su recuperación. Parece ser que este hijo de David destinó este salmo al culto en el templo; Marnix de Sint Aldegonde (véase nota 6 de *Deuteronomio*) lo adaptó para cantarse en las iglesias, y es una pena que, aunque siempre se nota un deseo de cantar himnos, haya pocas voces que abogan por cantar aquellos salmos que hay fuera del Salterio. Y eso que son realmente edificantes. Le invito a leer con atención esta 'Alabanza Del Rey Ezequías'. Pues describe la vida tan frágil, pero

también la salvación. La salvación que en primer lugar consiste en perdón: “mas a ti agradó librar mi vida del hoyo de corrupción; porque echaste tras tus espaldas todos mis pecados”. ¡Ahora puede volver a la vida! ¡Y al servicio del Señor en su vida nueva! “¡El que vive, el que vive, éste te dará alabanza!” En el hebreo se escuchan las voces de júbilo: *chai, chai, hoe jodeka* (*v. 19*).

Hay un contraste muy grande entre este himno de salvación y el relato del capítulo 39. Ezequías está disfrutando de las congratulaciones de la delegación de Babilonia; aquel estado emergente de Babilonia es un buen aliado frente a Asiria, y es mejor que sepan ellos también que Jerusalén es un socio nada desdeñable. Pero en ese momento interviene Isaías. En el pasado había dicho: el peligro por parte de Rezín de Siria y Peka de Israel del norte no es tan grande comparado con el que supone Asiria. Ahora señala un nuevo enemigo, que sucede a Asiria. Aquel Babilonia, que manda hoy embajadores para felicitar, mañana mandará ejércitos para saquear Jerusalén. E Israel, que en días posteriores se sumió en el calvario de su deportación, lo podía saber: Isaías ya había anunciado la inminente catástrofe. Y, sin embargo,… el mismo Isaías también había hablado de un remanente y de la piedra en Sion. Isaías, su nombre significa: ¡Yahvé es salvación!

**El Dios del Génesis es el Dios del nuevo Éxodo**

En el ámbito académico, a *Isaías* 40-66 se le llama también *Deutero-Isaías*, ya que muchos opinan que estos capítulos han sido escritos por otra persona, más de 150 años después de *Isaías*. Incluso hay quien reivindica la parte de *Isaías* 56-66 para un *Trito-Isaías*. No queremos entrar en profundidad en estas cuestiones; lo que nos importa es el contenido de esta profecía. Hay que admitir, no obstante, que esta sección parte del hecho (!) de la destrucción de Jerusalén y del exilio en Babilonia, que ya ha durado años. Es como si el profeta mantuviera discusiones con los deportados desanimados. Una y otra vez cita sus quejas y reproches para con Yahvé, y a continuación predice la salvación futura, basándose en las promesas a los patriarcas. Si se trata aquí de otro profeta que Isaías, entonces este estaba imbuido totalmente del ‘espíritu’ de su gran predecesor. Encontramos continuamente expresiones similares, por ejemplo la referencia al Señor como ‘el Santo de Israel’.

Es notable que se reitera dos veces una misma frase, – y esto desmentiría la afirmación de un *Trito-Isaías* –:

> No hay paz para los malos, dijo Yahvé (*48:22*)
> No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos (*57:21*).

Al final del libro se describe un cuadro del gusano que nunca muere, y del fuego que no se apagará; esto concuerda muchísimo en cuanto a contenido con los dos versículos mencionados. Si con motivo de aquello se nos permite hacer una división en tres partes, podemos distinguir estas secciones:

| |
|---|
| Capítulo 40 – 48 |
| Capítulo 49 – 57 |
| Capítulo 58 – 66 |

En cada una de las tres partes se escuchan los mismos tonos de consolación, mientras que la situación miserable de Jerusalén forma su trasfondo.

Pero, ¡leamos esta porción tan preciosa! Se nos abre aquí un libro de consuelo; la Iglesia de hoy encuentra en él excelentes palabras de aliento. Pues, ¿cuál es su experiencia durante su peregrinaje en la tierra? ¿No le sube el agua muchas veces al cuello? ¿Qué hay de la promesas de Dios? ¿Y a qué aferrarse en un mundo tan loco? El desánimo es algo que tampoco nosotros desconocemos. Tal como los judíos en el exilio estaban separados de la salvación por sus muchos pecados, así nosotros tenemos que confesar que nuestras culpas nos separan del Señor. Sin la gracia, tampoco nosotros llegaremos a la nueva Jerusalén.

Precisamente de esta gracia asombrosa trata la segunda parte del libro de *Isaías*. “Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén; decidle a voces que su tiempo es ya cumplido, que su pecado es perdonado; que doble ha recibido de la mano de Yahvé por todos sus pecados” (*40:1, 2*). Esto va dirigido a Jerusalén, es decir: a los deportados de la ciudad de David, cuya culpa ha sido pagada por completo. ¿Gracias a sus propios esfuerzos? ¿Quién es el *goel*, el que redime, el que paga las culpas de Israel? Lo que sigue nos lo revelará: “Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados” (*43:25*). Sí, luego se dibujará la figura del Siervo sufriente de Yahvé, que fue herido por nuestras rebeliones, y que se ofreció a sí mismo como ofrenda expiatoria (*52:13-53:12*), el Ungido con el Espíritu (*42:1*; *61:1*; cf. *Mt. 3:17*; *17:5*; *Lc. 4:18*).

En realidad leemos aquí sobre el ‘llamamiento’ del profeta. Tiene que consolar, sí; pero también tiene que preparar el camino para Yahvé, que viene para salvar a su pueblo; un tema que luego se repite cuando Juan el Bautista va delante del Cristo. Ningún derrotismo debe quebrar el poder profético. La hierba se seca y la flor se cae; pero la Palabra de nuestro Dios permanece para siempre (*40:8*; cf. *1 P. 1:23 ss.*). Por eso, la Jerusalén

deportada puede convertirse en mensajera de buenas nuevas. Yahvé será el Buen Pastor de su pueblo (*40:11*; cf. *49:10*; *Ap. 7:17*).

Por lo visto, durante el exilio Judá había quedado impresionado por el poder de los dioses de Babilonia. Pues, ¿no había sufrido Yahvé en realidad una derrota, cuando su pueblo fue deportado? El profeta, muy pastoral, atiende a estas preguntas una y otra vez. Él señala dos hechos:

1. *Yahvé es el Creador*. Para él, los pueblos son como una gota de agua que cae del cubo, y una mota de polvo en la balanza. Él extiende los cielos como una cortina, y los despliega como una tienda para morar. Parece como si estuviéramos leyendo los últimos capítulos de *Job*. Levantad en alto vuestros ojos, y mirad quién creó estas cosas.

   El profeta argumenta: Él, que establece el camino y el recorrido de nubes, cielo y vientos, encontrará seguramente el camino por donde pueda andar su pueblo. Su Dios es el gobernador del mundo, el Dios del Génesis.
2. *Yahvé es también el Dios fiel del Pacto de antaño*. “Tú, Israel, siervo mío eres; tú, Jacob, a quien yo escogí, descendencia de Abraham, mi amigo […] No temas, porque yo estoy contigo” (*41:8*, *10*). El Señor es el Dios del Éxodo, de la gran travesía desde Egipto y de la provisión milagrosa en el desierto. ¿Acaso su brazo se ha acortado? El Santo de Israel abrirá ríos en las alturas (*41:18*). Por otra parte, para los peregrinos judíos que vuelven a Jerusalén, los ríos se secarán como en tiempo antiguos (*44:27*; *51:10*). Con prisas salieron de Egipto, pero de la Babilonia extranjera partirán con tranquilidad: “Porque no saldréis apresurados, ni iréis huyendo; porque Yahvé irá delante de vosotros, y os congregará el Dios de Israel” (*52:12*).

Acuérdese bien de estas dos ideas principales mientras lee estas imponentes profecías. El Creador es el Salvador, el Redentor de su pueblo. Y él obra a través de otros. Se sirve de Ciro para conquistar Babilonia con su ejército de medos y persas, y así dar a los judíos la oportunidad de

volver a su antigua patria y reconstruir el templo (*41:25 ss.*; *44:28-45:7*). Los dioses de los gentiles son vanidad (*41:29*). Continuamente habla el profeta de una causa judicial entre Yahvé y los dioses de las naciones (*41:21*). “Presenten sus testigos, y justifíquense; oigan, y digan: Verdad es” (*43:9*). Pero los representantes de los dioses no pueden aportar grandes hechos de sus imágenes mudas. Por lo tanto, el Señor busca otros testigos. Y la palabra que Cristo pronunció en su ascensión, dirigiéndose a sus discípulos: “Vosotros seréis mis testigos” (*Hch. 1:8*), vemos que ya ha sido pronunciada por el antiguo profeta (*Is. 43:10*; *44:8*). Israel verá quién es su Dios. Una y otra vez se oye su auto revelación en primera persona singular:

> Así dice Yahvé Rey de Israel, y su Redentor, Yahvé de los ejércitos:
> Yo soy el primero, y yo soy el postrero,
> y fuera de mí no hay Dios (*44:6*).

Aquí lo vemos: la conocida palabra de *Apocalipsis* acerca de “el primero y el último, el Alfa y la Omega” que se refiere a Dios el Padre, o al Hijo, esa palabra no es ‘nueva’. Los que la oyeron, ya la conocían del rollo de *Isaías*; sólo que en *Apocalipsis* recibe una explicación y aplicación. Le va a llamar la atención la cantidad de veces que se cita a *Isaías* en el Nuevo Testamento. Los hallazgos que se hicieron a partir de 1947 en las cuevas del Mar Muerto, muestran claramente que *Isaías* (junto a *Deuteronomio* y *Salmos*) era uno de los libros favoritos de la Escritura. Esto no es tan sorprendente, pues, ¿no habló el Señor con palabras de consuelo a su pueblo acerca de la salvación inminente, la redención? “No temáis, ni os amedrentéis” (¿no resuena esto por todo el Nuevo Testamento, desde el anuncio del nacimiento de Juan?). “Vosotros sois mis testigos. No hay Dios sino yo. No hay Fuerte; no conozco ninguno” (*44:8*; Fuerte, o Roca: piense en este nombre de Dios en el cántico de Moisés, *Dt. 32*).

**Gracia soberana**

Es muy probable que en el exilio se apelara erróneamente al pacto con los patriarcas. ¿No estaban ahí los méritos de sus padres? ¿Sacrificios y todo eso? Pero el apoyarse en ‘las obras’, eso lo rebate Yahvé a Judá (*Is. 43:22-44:5*). Jacob pecó contra Yahvé; y los enseñadores de Israel también. El cautiverio estaba justificada: fue por sus transgresiones que el Señor puso por anatema a Jacob y por oprobio a Israel. Es solamente su gracia soberana que salva y que da otra vez nueva vida. Por las antiguas promesas a su “siervo” Israel, el Señor se sirve de Ciro, su “ungido”. Los dioses de Babilonia son humillados, en las procesiones tienen que ser llevados; pero Yahvé es Aquel que lleva a Israel (*46:1-4*). Toda la Historia mundial gira en torno a Israel, siervo del Señor. No porque este pueblo sea tan noble;

sino por la libre gracia de Yahvé que se expresó en las promesas del pacto con los patriarcas.

Por eso se da mucha importancia al hecho de que Ciro decide poner Israel en libertad, sin que reciba dinero o regalos a cambio (*45:13*). El Señor era el soberano Alfarero (*45:9-13*; cf. *Ro. 9:20, 21*). Así se reveló en la Creación (*Gn. 2:7*), y así actuó como el Hacedor, el Formador de Israel, al salvarle por medio de su "pastor" Ciro.

Israel no podía contribuir nada a su propia salvación. El Señor usó un pagano como su 'diácono', su servidor (*Ro. 13:4*). Cualquier gloriarse de Israel, el siervo del Señor, en esfuerzos propios, quedaba excluido.

**El Siervo del Señor**

Fíjese en que, después de la introducción del capítulo 40, se habla de forma temática sobre Ciro, que actuará a favor de Israel el siervo del Señor, liberándolo. Sin embargo, el tema de 42:1-7 trata de otro Siervo del Señor.

Al principio, no se desarrolla más este último tema. En 42:8-48:22 todo gira en torno a Israel y su liberación por medio del ungido Ciro, que capturará Babilonia (*44:21-47:15*).

Luego vuelve a aparecer ese otro Siervo del Señor, que es llamado ya en 42:6 la luz de las naciones. También en 50:4-11 y 52:13-53:12 se habla de él. Se puede decir que *Isaías* 49-57 está dominado por él.

¿Quién es ese Siervo del Señor?

Respecto a ello se han hecho diferentes sugerencias: Moisés, Uzías, Jeremías, Joaquín, el profeta mismo.

No obstante, el Nuevo Testamento demuestra claramente que este Siervo es una referencia a Cristo Jesús en su humillación y exaltación. Es él, quien, como sustituto, carga con la culpa de su pueblo. Es él, quien fue llevado como cordero al matadero (*53:7*; cf. *Jer. 11:19*). En él se concentra todo el sufrimiento de los profetas y los justos.

El Siervo del Señor es también aquel que a través del sufrimiento será exaltado (*52:13*). En esta exaltación lleva consigo aquellos por quienes sufrió. Por eso encontramos tantas promesas de salvación en las secciones que siguen a las profecías sobre el Siervo del Señor. Y no sólo para Israel, sino también para las naciones. En *Isaías* 58-66 se desarrolla más el tema de la salvación, en el que concretamente Jerusalén está en el centro. Las naciones acuden a la ciudad de la luz, Jerusalén (*cap. 60*).

Es lógico que los ecos de estas profecías, que se han leído muchísimo, se encuentren por todo el Nuevo Testamento: Cristo como el Cordero de Dios (*Jn. 1:29, 36*; *Ap. 5:6*); la enseñanza de Felipe al etíope sobre *Isaías* 53 (*Hch. 8:30-35*). Intente encontrar usted mismo otras relaciones, y no se olvide de incluir *Lucas* 22:37; *Romanos* 4:25; 10:16 y 15:21.

Lo que llama la atención, es que el Nuevo Testamento asocia lo que se dice sobre el Siervo del Señor con la predicación de la Iglesia. El Siervo del Señor es luz para las naciones, pero para ello se sirve de sus predicadores.

El Siervo del Señor vino para abrir los ojos de los ciegos. Por eso, Pablo, ante su llamado, se volvió ciego y luego se le fueron abiertos los ojos. Al mismo tiempo fue llamado para ser instrumento en la mano de Cristo para abrir él mismo a su vez los ojos de otros.

El Señor Jesús dijo a Pablo: "Te he librado de tu pueblo, y de los gentiles, a quienes ahora te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz" (*Hch. 26:17, 18*). Y en la Antioquía de Asia Menor (o sea: ¡en las costas!), a raíz de la actitud hostil por parte de la sinagoga, Pablo y Bernabé justifican su predicación a los gentiles recurriendo a una profecía sobre el Siervo del Señor:

He aquí, nos volvemos a los gentiles.
Porque así nos ha mandado el Señor, diciendo:
Te he puesto para luz de los gentiles,
A fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra (*Hch. 13:46, 47*).

En esta cita encontramos *Isaías* 42:6, pero sobre todo *Isaías* 49:6, el segundo cántico sobre el Siervo del Señor: "Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra". Por lo tanto, no hay que aplicar las profecías sobre "el siervo" nunca solamente a "el Cristo". Él y su pueblo son uno. Por eso, Pablo puede citar del tercer cántico del Siervo del Señor (*50:4-11*) lo siguiente en su canto triunfal: "¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? (*Ro. 8:33, 34*; cf. *Is. 50:8, 9*). Y por último, cuando se dice en el cuarto cántico sobre "el siervo" que "ni hubo engaño en su boca", se refiere naturalmente a Cristo; pero Pedro dice que tenemos que seguir sus pisadas, tenemos que conformarnos a él; por lo que de los 144.000 que siguen al Cordero por dondequiera que va, se dice que "en sus bocas no fue hallada mentira" (*53:9*; *1 P. 2:21*; *Ap. 14:5*).

**En el Evangelio se revela ¡la justicia de Dios! (*Ro. 1:16, 17*)**

He llamado su atención aposta a algunas ideas centrales, para que realmente sea edificado al leer estas poderosas profecías. Observará que, igual que en una sinfonía los mismos motivos vuelven una y otra vez, el tema único va aumentando en fuerza. La salvación se aproxima; el profeta lucha contra todo derrotismo y pesimismo. Aunque Sion diga: "Me dejó

Yahvé, y el Señor se olvidó de mí”; “¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti. He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida; delante de mí están siempre tus muros” (*49:14-16*). Aparentemente circulan todo tipo de afirmaciones acerca del Señor, en las que el pueblo expresa su desánimo. Pero el profeta denuncia su falta de fe. Se dice por ejemplo, que Yahvé repudió a su mujer, Judá, con una carta de repudio, y que por fuerzas mayores fue obligado a vender a sus hijos a extraños. Por lo tanto, Yahvé era injusto y también impotente. Sin embargo, el profeta pone fin a estas palabras, exponiendo en un lenguaje poderoso que no tienen ningún fundamento. “He aquí que por vuestras maldades sois vendidos, y por vuestras rebeliones fue repudiada vuestra madre” (*50:1*). Que nadie piense que la mano del Señor es demasiada corta: “Con mi reprensión hago secar el mar; convierto los ríos en desierto” (*50:2*). El que hizo de Abraham una nación grande, ¿no podrá consolar ahora a Sion? (*51:2, 3*). El que obró el Éxodo, ¿no los podrá llevar de vuelta de su exilio? (*51:10, 11*). Y después del cuarto cántico sobre el siervo sufriente que será exaltado (*52:13-53:12*), sigue la descripción de la madre de la nación, que, igual que Sara, recibirá numerosos hijos (*cap. 54*). Sobre un fundamento de piedras preciosas se levantará la nueva Jerusalén (cf. *Ap. 21*). Vendrá un nuevo David, que es testigo a los pueblos, y los gobernará (*55:3 ss.*). Vemos que ni los extranjeros, ni los eunucos serán excluidos de las “misericordias firmes a David”. Si guardan los preceptos del culto del Señor, recibirán en el templo un nombre perpetuo… “mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos” (*56:1-7*; cf. *Mr. 11:17*). Se abre aquí una perspectiva verdaderamente católica, que halla su cumplimiento en la iglesia neotestamentaria.

No obstante, la Palabra tiene un corte afilado. También está aquí la antítesis. No hay una expiación para todo el mundo. Aunque a los judíos en el cautiverio se les promete la salvación, se les exige en cambio una vida según la voluntad del Señor. Y aparentemente, aquella deja mucho que desear. *Isaías* 57-59 muestra un cuadro de una situación degenerada: injusticia, idolatría, incumplimiento del día de reposo. El conocimiento de la miseria es expresado de nuevo: “nuestras rebeliones se han multiplicado delante de ti, y nuestros pecados han atestiguado contra nosotros” (*59:12*). Se va la luz, ¿dónde hay redención? Sin embargo: amanece en oriente, la luz resplandece, porque Yahvé toma la iniciativa para salvar. Para aquellos de Jacob que se convierten, Él viene como Libertador (*59:15b-62:12*). Y en este texto se emplea una expresión característica. El Señor se vistió de justicia, como de coraza, con yelmo de salvación en su cabeza. La expresión “yelmo de salvación”, nos da a entender que el término “justicia” tiene un significado salvífico. En su día, Lutero luchó para entender esta expresión. Dios es justo, Él castiga el pecado; cuando Él se viste con la

coraza de justicia, ¿quién vivirá? Pero entonces, se le abrieron los ojos. *Romanos* 1:17 dice que en el Evangelio se revela la justicia de Dios: se trata aquí de la justicia que salva, que es precisamente para pecadores, si quieren creer. A pesar de la oscuridad de los pecados, la luz de la gracia de Dios puede penetrar gracias a esa justicia. Sion se convierte en el punto donde se concentran todas las naciones, comienza el año del jubileo, todo cambia para bien, la hija de Sion ya no se llama Desamparada, ni su tierra Desolada. Sus habitantes se llamarán los Redimidos de Yahvé, y su propio nombre nuevo es Ciudad Deseada, no desamparada. Si usted lee *Apocalipsis* 21, volverá a encontrar muchos de los rasgos de estos capítulos. Es también nuestro nuevo futuro del que cantan estas imágenes poéticas.

**No hay expiación universal, ni ninguna Paternidad de Dios para todo hombre**

Junto a la salvación viene la venganza sobre los pueblos enemigos. En el exilio de Judá, Edom había jugado una parte sucia. Y ahora 63:1-6 describe cómo el Señor viene de Edom como el que ha pisado las uvas, la sangre de los pueblos ha salpicado su ropa. Él solo ha pisado el lagar. La exégesis ha aplicado a menudo este texto al sufrimiento de Cristo, pero no hay ningún fundamento para ello. Se trata efectivamente de la venganza del Señor. En *Apocalipsis* volvemos a encontrar la imagen del que pisa el lagar. La ropa del Jinete montado en el caballo blanco estaba teñida en sangre y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso (*Ap. 19:13, 15*; cf. *14:19*). No se asuste por esta imagen; pues subraya la gran solemnidad que acompaña a las promesas. El Buen Pastor de su pueblo pisa las uvas de la ira. El cielo es la salvación de la violencia infernal.

De nuevo parece que nubarrones quitan la vista de la salvación. Una plegaria acerca de Sion se eleva al cielo. "¿Dónde está […] el que los guió por la diestra de Moisés con el brazo de su gloria; el que dividió las aguas delante de ellos? […] Pero tú eres nuestro padre, si bien Abraham nos ignora, e Israel no nos conoce; tú, oh Yahvé, eres nuestro padre; nuestro Redentor perpetuo es tu nombre. […] ¡Oh, si rompieses los cielos, y descendieras,…!" (*63:7-64:12*). A esta súplica el Señor responde positivamente.

Su respuesta no deja la culpa a un lado. El Señor extiende sus brazos todo el día a un pueblo rebelde, que le provoca abierta y continuamente con su idolatría (*Is. 65:1 ss.*; cf. *Ro. 10:20, 21*). Se habla de poner mesas de ofrendas para los dioses de la Fortuna y del Destino (*65:11*); la "abominación" forma parte de su culto (*66:17*); se burlan del Día del Señor (*66:5 ss.*). El Señor traerá su juicio sobre estos hermanos rebeldes. El libro concluye con el gusano que nunca morirá y el fuego que no se apagará

nunca (*66:24*; cf. *Mr. 9:48*). La sinagoga lo consideraba un final tan ominoso, que en su lectura repite después del versículo 24 el versículo anterior, ya que en ese había una promesa. Pero nosotros no vamos a retocar esta solemne conclusión, pues también forma parte del consuelo. Los impíos no tendrán paz. Porque los apóstatas desafían al 'remanente', que quiere ser fiel a Yahvé, los "siervos del Señor".

**El Dios que vive, construye el futuro de su pueblo**

Fíjese que a los siervos de Dios el profeta les puede dar una respuesta alentadora. En sus oídos suena la buena nueva de un cielo nuevo y una tierra nueva. Se nos dibuja la gloria de la nueva Jerusalén con colores tomados de este mundo. La población de Sion es muy numerosa. Todos los rasgos de las promesas de anteriores profecías se repiten; la salvación se amplía a todo el mundo, de entre todas las naciones e idiomas (lenguas). Una procesión multicolor de naciones extranjeras se dirige al templo restaurado. Y luego leemos, tan hermosamente expresado, que los pueblos extranjeros que suben a Jerusalén "traerán a todos vuestros hermanos de entre todas las naciones por ofrenda a Yahvé" (*66:20*). Allí tendrá lugar una reunión sacerdotal de la Iglesia. En este contexto llama la atención que Pablo, en *Romanos* 15:16, ve su labor misionera bajo ese mismo aspecto. Él es "ministro del Mesías Jesús a los gentiles, ministrando (¡palabra sacerdotal!) el evangelio de Dios, para que los gentiles (traídos) le sean ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo".

Si se nos permite aplicar el "de entre las naciones" en *Isaías* 66:21 a los gentiles, entonces también a ellos se les promete el sacerdocio. El sacerdocio común ya le había sido prometido a todo Israel (*61:6*), y el contraste existente entre 'clero' y 'laicos' había sido caracterizado como algo que iba a desaparecer. Ahora, sin embargo, se extiende el sacerdocio a todos los creyentes. Y en el monte santo se celebra una fiesta permanente; de luna nueva a luna nueva, y de día de reposo a día de reposo, vendrá todo lo que vive a Sion a adorar delante del Señor (*66:23*). La Revelación a Juan elaborará este tema; ella describe ese gran futuro con rasgos tomados de la pascua (el Cordero) y de la fiesta de los tabernáculos (las hojas de palmera). La gran multitud de todas naciones sirve a Dios día y noche en su templo. Encontrándose en medio de la realidad del presente deformado, con sus dudas a las promesas del Señor, su profanación del día del reposo, su trapicheo, su participación en cultos paganos, el final del libro de *Isaías* contempla un nuevo porvenir. El que trae Cristo Jesús, el Siervo de Yahvé. Él nos revela al Padre, él borrará las transgresiones, él llama a las costas lejanas al Evangelio, él crea un eterno día de reposo y da a su Iglesia un avance de ello, él convierte su congregación en sacerdotes y en una luz para las naciones; pero: él crea también las tinieblas de afuera, él juzga toda apostasía. Las cosas viejas pasarán, luego todo será hecho nuevo, y una

nueva liturgia sustituirá nuestro balbuceo endeble de hoy. ¿Por qué dices, oh Jacob, y hablas tú, Israel: Mi camino está escondido de Yahvé, y de mi Dios pasó mi juicio? ¿No sabéis, no habéis oído? Esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia. (*65:17*; *66:22*; *2 P. 3:13*; *Ap. 21:1*).

1) *Isaías* 22:24, 25 predica también a Cristo como el perfecto siervo, puesto que se predice que Eliaquim caerá igualmente, ya que meterá a toda su familia en el gobierno, como hicieron los regentes neerlandeses en el s. XVIII: de él, como clavo clavado en lugar firme, colgarán las tazas y jarros, todo el peso de su familia, y así su posición se volverá insostenible, la clavija caerá de la pared.

2) *Isaías* 26:21 (por cierto: ¡capítulo 26 se solía cantar en la sinagoga y en la Iglesia primitiva!) guarda relación con el otro himno conocido de *Deuteronomio* 32:43. (Hay muchos más puntos de parecido entre los dos. Y solo por ello ya es improbable que *Isaías* 24-27 tratara sobre el mundo en general, y no, como *Deuteronomio* 32, sobre el juicio que Dios traería sobre su pueblo rebelde).

Saber que Dios venga la sangre de sus siervos, es un gran consuelo. No solo cuando abrimos el libro de los mártires, sino también cuando pensamos en todas las opresiones y persecuciones recientes. Una sed de venganza personal no puede desempeñar ningún papel aquí. Pero la *Confesión Belga*, art. 37, dice de los creyentes que sufren injusticias: "su causa, que al presente es condenada por muchos jueces y autoridades como herética e impía, será conocida como la causa del Hijo de Dios mismo".

3) A. Noordtzij: *Gods Woord en der eeuwen Getuigenis*, (la Palabra de Dios y el Testimonio de los siglos) Kampen 1931; D. D. Luckenbill: *The Annals of Sennacherib*, 1924 (cit. del *Nuevo Diccionario Bíblico*).

4) Con "las costas lejanas" se refiere a las regiones del Mar Mediterráneo, p. ej. la costa oeste de Asia Menor: la costa del Mar Jónico en Grecia. Sin embargo, la falsa 'profecía' moderna lo ha interpretado de manera diferente. Las diez tribus perdidas habrían migrado a Europa Occidental y habrían formado la población de p. ej. Inglaterra y Holanda. ¿No es Holanda el Israel de Occidente? Baruc habría arribado en Irlanda acompañado de princesas davídicas, y una de ellas se habría casado con el entonces rey de Irlanda (cf. *Jer. 41:10*; *43:6*). Por lo que todas las casas reales europeas estarían emparentadas con David, y sería como si 'David' gobernara por medio de ellas. Al movimiento que defiende estas ideas sobre "las costas", se suele denominar: movimiento del Israel británico.

Pero tuvo lugar un cumplimiento directo de la profecía de Isaías cuando en Asia Menor surgieron por ejemplo sinagogas que atraían a gentiles (los llamados adoradores de Dios). Más tarde, tuvo lugar otro cumplimiento cuando en las costas lejanas se formaron iglesias de Cristo (piense en las siete iglesias en Asia de *Apocalipsis*). No por el hecho de que haya sangre de las diez tribus en el pueblo holandés se cumple esta profecía en Holanda, sino porque hay quienes se someten al Pacto de Dios. Por lo tanto, se cumple igualmente en el interior de Suráfrica o de Indonesia. La fe es decisiva, no la sangre o el color de la piel.

## JEREMÍAS

**Porque he aquí que yo te he puesto en este día como ciudad fortificada, como columna de hierro, y como muro de bronce contra toda esta tierra, contra los reyes de Judá, sus príncipes, sus sacerdotes, y el pueblo de la tierra (*Jer. 1:18*)**

Tenemos mucha información acerca de la época de transición en la que se produjo la predicación de Jeremías. Él fue llamado al ministerio profético en el decimotercer año del rey Josías. Se sabe que este monarca emprendió la reforma del culto del templo a los dieciocho años de su reinado. Aunque en *Reyes* y *Crónicas* se nos habla de una consulta a la profetisa Hulda en relación con las advertencias en el libro de la Ley, encontrado en el templo, y no leemos nada acerca de Jeremías, sin embargo, cabe suponer que las palabras solemnes de Jeremías prepararon y estimularon la reforma de Josías. En los primeros seis capítulos de su libro encontramos fragmentos de aquella predicación 'pre-reforma'.

El rey Josías cayó en la batalla contra el faraón Necao, que subió contra Asiria. Había confiado en las promesas del Señor a Judá, pero se había olvidado de que el mismo Isaías, que declaró que "Dios está con nosotros", al mismo tiempo advirtió que no se entremetieran en la política exterior: "en quietud y en confianza será vuestra fortaleza" (*Is. 30:15*). A la época de relativa independencia bajo el reinado de Josías le siguió un período caótico, que acabó en la destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor; Judá quedó atrapado en el enredo de la política mundial. Joacaz (Salum), que sucedió a su padre, pronto fue arrestado por el faraón y sustituido por su hermano mayor Eliaquim (llamado Joacim por el faraón). Este monarca fastuoso no quería saber nada de la predicación de Jeremías. No es de extrañar puesto que el profeta le reprendió con palabras severas por sus agravios, por derramar sangre inocente y aliarse con Egipto.

Entretanto se produjeron grandes cambios en el terreno político. La capital de Asiria, Nínive, sucumbió al ataque de los aliados medos y babilonios. A continuación, estos pueblos se volvieron contra Egipto. En Jerusalén hubo que reconocer la supremacía de Babilonia; en Carquemis, a orillas del Éufrates, los egipcios fueron derrotados. Sin embargo, Joacim no quiso hacer caso a lo que decían los profetas, ni a lo que ocurría en el mundo; se rebeló contra Babilonia, apoyándose en Egipto. Por lo que Nabucodonosor sitió Jerusalén (y a la vez, lógicamente, saqueó toda la región de Judá). Joacim murió durante el asedio, y le dieron sepultura como a un animal (el asno). Joaquín tomó su lugar; pero tres meses después se produjo la capitulación y la deportación del rey y de los ciudadanos principales. También los mejores artesanos fueron llevados a Babilonia. Los utensilios más preciosos del templo fueron declarados botín de guerra.

Sedequías (su nombre original era Matanías) se convirtió entonces en rey; era el tío de los dos reyes anteriores, y el hermano de Josías. Muy blando de carácter, no pudo finalmente con el partido pro egipcio; por lo que se produjo una nueva rebelión contra Babilonia. Un nacionalismo necio bajo la dirección de sacerdotes y falsos profetas le hizo poner todas sus esperanzas en Egipto. Las advertencias de Jeremías cayeron en saco roto; al cabo de año y medio de lucha, Jerusalén tuvo que rendirse. Hubo una última deportación a Babilonia; y las llamas hicieron su trabajo destructor en la ciudad y el templo.

Nabucodonosor nombró a Gedalías para gobernar al resto de los judíos que quedaban en la tierra de Judá. Después de su asesinato a manos de unos individuos celosos, el remanente decidió emigrar a Egipto. Se llevaron a Jeremías. También en Egipto siguieron escuchando sus profecías contra la desobediencia continuada al Señor. Pero luego perdemos el rastro de este varón de Dios. La leyenda dice que le mataron allí, en la tierra del Nilo.

Este es, en resumen, el marco histórico dentro del cual se pronuncian las profecías de Jeremías. Al leer las diferentes profecías es aconsejable recordar este fondo histórico, pues de lo contrario se nos escapará la relevancia de la profecía. Hay que conocer algo del trasfondo, para poder ver las conexiones. No todas las profecías vienen según su orden cronológico e histórico, lo cual hace más necesario conocer la tragedia de los últimos reyes de Judá. Si se repasa una vez más los capítulos correspondientes a *Reyes* y *Crónicas*, los nombres de Joacim y de Sedequías ya no nos resultarán desconocidos.

Si en las profecías de Jeremías la historia de aquel tiempo se pone claramente de relieve, no se nos deja tampoco en la duda acerca de la persona de Jeremías. A veces sus palabras parecen incluso confesiones, pues abierta y sinceramente habla este siervo de sus dificultades y luchas. Su ministerio le pesa como el plomo. Su misión es casi sobrehumana; contra falsos profetas, sacerdotes y opinión pública. Él, por su lado, quería abandonar la tarea. Pero el llamamiento de Yahvé era más fuerte que él; se le impone una urgencia. Por eso sigue predicando: primero llamando al arrepentimiento, y luego, cuando el juicio llegó, anunciando la salvación. No hay ninguna perspectiva; y Jeremías no es en absoluto un hombre con carácter de acero; lo tiene todo en contra. No obstante, él persevera, el llamamiento del Señor le da fuerzas para ello.

**Llamamiento: “He aquí he puesto mis palabras en tu boca” (*Jer. 1:9*)**

El primer capítulo habla del llamamiento. Jeremías era hijo de un sacerdote de Anatot, el lugar donde en otros tiempos Abiatar tenía su propiedad. Si todo hubiera transcurrido normalmente, Jeremías hubiera llegado a ser sacerdote. ¡Pero el Señor le llamó a otro servicio!

> Antes que te formase en el vientre te conocí,
> y antes que nacieses te santifiqué,
> te di por profeta a las naciones.

Jeremías no se pronuncia inmediatamente acerca de su voluntad. Él contempla su futuro; lo joven que es; no se atreve a oponerse con autoridad a la opinión reinante. Pero el Señor toca su boca, y le da promesas:

> A todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande. No temas delante de ellos, porque contigo estoy para librarte. He aquí he puesto mis palabras en tu boca. Mira que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos,
> para arrancar y para destruir,
> para arruinar y para derribar,
> para edificar y para plantar (*Jer. 1:7-10*; cf. *18:7*; *24:6*; *31:28*; *42:10*; *45:4*).

El joven, llamado por el Señor, tuvo entonces dos visiones. Primero una vara de almendro. Y luego una olla hirviendo, que aparece por el norte. El almendro florece temprano, como mensajero de la primavera, por lo que en hebreo se llama 'el que vela'. Pues bien, así vela el Señor para cumplir su Palabra. Las palabras proféticas de Jeremías no se las llevará el viento, se cumplirán en la Historia. Obsérvese a continuación la mirada experta que poseía el sensible Jeremías como observador de la naturaleza y de la vida en general. Conocía el vuelo del águila (*49:22*), la migración anual de las aves (*8:7*), los andares del león y el leopardo (*4:7*; *5:6*; *12:8*; *13:23*; *49:19*); entendía el trabajo del ganadero y el viticultor, de la alegría de las bodas y la danza. Así que el Señor ajusta su enseñanza al carácter observador de Jeremías. Cada vez que éste, en días de depresión, viera un almendro, le sería de consuelo: el Señor velaría sobre su Palabra para llevarla a cabo. Por cierto, en hebreo sólo hay un término para expresar tanto 'palabra' como 'cosa' (*dabar*).

La segunda visión que contempla este hijo del sacerdote de Anatot, caracteriza el contenido de su mensaje. Entre los pueblos orientales el norte representa el lado del desastre y la oscuridad. La olla hirviendo transmite un mensaje claro. No se menciona a ninguna nación en concreto; más adelante ya se aclarará cual será la amenaza que emerge de las tinieblas de la Historia. En este momento, a Jeremías le basta con saber que va a venir, y que viene a causa de la apostasía de Judá.

Y aunque no iban a creer –como ocurrió con Isaías– Jeremías no tenía nada que temer. El joven de carácter ingenuo y sensible, será transformado por Yahvé en columna de hierro y muro de bronce. ¿No

significa Jeremías: Yahvé pone los fundamentos? Pelearán contra el profeta, ¡pero una vez más suena la promesa de "Emanuel": "Yo estoy contigo para librarte"! En los días de persecución estas palabras animarían a Jeremías una y otra vez (*11:20*; *15:20*; *17:18*; *20:11*).

**¡Volved a mí! (*Jer. 3:7, 14, 22*)**

El Señor le dijo a Jeremías que no se casara. Tenía que expresar con su vida el estado de viudedad de su pueblo (*16:1 ss.*). Pero a pesar de este hecho doloroso, nunca llegó a despreciar la vida, a cerrar los ojos ante la belleza que hay en ella. Al contrario, la vida le sigue fascinando; el no poder casarse sigue doliéndole. Por eso le escuchamos santificar el matrimonio al tomarlo como una imagen de la relación entre Yahvé y su pueblo, tal como hace el profeta Oseas. Fijémonos en los primeros capítulos, que datan del período más temprano de la predicación de Jeremías. El Señor se había desposado con el pueblo desde su estancia en Egipto, y la esposa disfrutó de un cuidado exquisito. Pero ¿qué es lo que hizo? Ir tras los baales. El reino del norte, Israel, llamado rebelde, cometió adulterio. Pero el reino del sur, Judá, su hermana rebelde llamada desleal, no se dejó disuadir por el juicio sobre la rebelde Israel; e igualmente cometió adulterio espiritual (*3:6-10*).

Para despertar los celos de Judá, Jeremías tuvo que dirigirse a Israel, exhortándolo a convertirse. Esto, desde luego, era un acto simbólico; hacia el norte suena su voz: "¡Vuélvete, oh rebelde Israel!".

Una mayoría opina que el v. 14 se refiere a los deportados del reino del norte; otros sostienen que es a Judá a quien se dirige. Sea como fuere, aquí se escucha una oferta de gracia: "Os tomaré, uno de cada ciudad, y dos de cada familia, y os introduciré en Sión". Ciertos círculos místicos han convertido esta palabra en algo negativo, en el sentido de: no tienes muchas posibilidades, solo algunos se salvarán. Pero el significado de esta palabra profética es lo contrario: aunque sea uno solo de una ciudad, aunque sean sólo dos de toda una generación, serán bienvenidos; el Señor no hace reproches, ni acepción de personas.

Fijémonos en el hecho de que Sión es presentado como el centro de la era de la salvación futura. El arca del Pacto como símbolo es sustituida por el trono del Señor (*3:16-17*). Todas las naciones vendrán a Jerusalén. En su imaginación el profeta ya escucha la confesión de los israelitas que regresan (*v. 21 ss.*). Pero no, todavía no ha llegado ese momento. Y menos aún para Judá. "¡Arad campo para vosotros, y no sembréis entre espinos! ¡Circuncidaos a Yahvé, y quitad el prepucio de vuestro corazón!" (*4:3-4*). No sea que el desastre se abra camino como fuego que devora el campo.

**Porque cuantas veces hablo, doy voces, grito: ¡Violencia y destrucción! (*Jer. 20:8*)**

¡Cómo ha profetizado Jeremías, fiel a la visión de su llamamiento, acerca de la desgracia inminente que vendrá del norte! ¡“Me duelen las fibras de mi corazón; mi corazón se agita dentro de mí; no callaré; porque sonido de trompeta has oído, oh alma mía, pregón de guerra”! Seguro que casi nunca se oye predicar sobre el versículo 4:5 y los siguientes. Y, sin embargo, ¡que lenguaje más intenso se escucha aquí!

Jeremías ve cómo la tierra vuelve al caos de la prehistoria:

Miré a la tierra, y he aquí que estaba asolada y vacía;
y a los cielos, y no había en ellos luz.
Miré a los montes, y he aquí que temblaban,
y todos los collados fueron destruidos.
Miré, y no había hombre, y todas las aves del cielo se habían ido.
Miré, y he aquí el campo fértil era un desierto,
y todas sus ciudades eran asoladas,
delante de Yahvé,
delante del ardor de su ira (*4:23-26*; comp. *Is.5:30*).

Esto sobrecoge a cualquiera que lo lea. Tampoco dejará indiferente al hombre atribulado de hoy. Pero atención: las palabras de Jeremías no traen una advertencia de juicio sin especificar, ni ninguna proyección de su propio interior. Jeremías no expresa una emoción propia, sino un mensaje del Señor a un pueblo en concreto, la adúltera hija de Sion (*4:30*), la nación del pueblo del Pacto.

Con agudeza analiza el profeta la situación. La gente común no se convierte. Pero los señores distinguidos, que tienen tanto conocimiento, tampoco actúan diferente. “Cosa espantosa y fea es hecha en la tierra; los profetas profetizaron mentira, y los sacerdotes dirigían por manos de ellos; y mi pueblo así lo quiso” (*5:30*, *31*). Es precisamente la decadencia de los dirigentes la causa de que Jerusalén esté cerca de su fin. Desde arriba intentan curar la deformación con liviandad, diciendo: “Paz, paz; y no hay paz” (*6:14*). Lutero citó este versículo al final de sus conocidas tesis del 31 de octubre de 1517, y arrojó su ¡Ay! contra los que gritaban: ‘paz, paz’, mientras que no había paz. Jeremías puede consolar a todos aquellos que tienen que luchar contra ‘el espíritu del siglo’. Los círculos dirigentes rechazaron su predicación reformadora porque ellos rebosaban autosuficiencia. No obstante, Jeremías persistió.

Un claro ejemplo de su mensaje lo encontramos en su predicación en el templo, reflejada en los capítulos 7 y 26. Más tarde, Jesucristo retomó las palabras de Jeremías: “¿Es cueva de ladrones delante de vuestros ojos esta casa sobre la cual es invocado mi nombre? (*7:11*; comp. *Mt. 21:13*). Con ello, Cristo se colocó en el mismo frente donde también luchó su antecesor profético. La lucha no iba en contra del culto del templo en sí,

sino en contra de la confianza puesta en el santuario como refugio para malhechores e idólatras. Al comienzo del reinado de Joacim, puede que en una fiesta, Jeremías entró en el templo. “No fiéis en palabras de mentira, diciendo: Templo de Yahvé, templo de Yahvé, templo de Yahvé es este”. “Andad ahora a mi lugar en Silo, donde hice morar mi nombre al principio, y ved lo que le hice por la maldad de mi pueblo Israel” (*7:4, 12*). Jeremías les recuerda la historia de sus antepasados. El Dios que convirtió al Silo de Elí, Ofni y Finees en una ruina, ese Dios no se avergonzará de actuar de igual modo ahora que ‘el compromiso de Silo’ domina la ciudad y el templo de Jerusalén.

En este contexto es curioso notar que Jeremías dice, en nombre del Señor, que en el Éxodo no se mandó nada acerca de sacrificios; solamente hubo un mandamiento de obediencia (*7:21-23*; comp. *6:20*; *Am. 5:25*; *Mi. 6:6 ss.*). ¿No incurre Jeremías aquí en la exageración? ¿Acaso no se promulgaron leyes acerca de los sacrificios en el Éxodo? Efectivamente, pero lo que Jeremías quiere decir es esto: que hacer ofrendas no es lo más importante de la Ley, sino ¡el amor a Yahvé! Si un muchacho suspende todas las asignaturas en el colegio, menos Educación Física, su padre puede decir con toda razón: ¡No te he enviado al colegio por la Educación Física! Con lo que el padre no quiere decir en absoluto que la educación física no importa; sino que esta asignatura no debe acaparar toda su atención. Y esto es también lo que le pasaba a Israel. La ‘asignatura’ de Ofrecer Sacrificios la dominaba de maravilla. Pero para Comportamiento y Aplicación e Historia Nacional sacaba solo insuficientes. Y sin embargo decía radiante: tengo un suficiente en ‘Sacrificios’. Como si se cumpliera la Ley con rituales externos.

Entonces, ¿sería posible desviar el juicio? A Jeremías le hubiera gustado retirarse a una cabaña en el desierto (*9:2*). Pero tenía que profetizar, contraponer sus lamentaciones a los cánticos melosos de los falsos profetas.

Porque la muerte ha subido por nuestras ventanas,
ha entrado en nuestros palacios,
para exterminar a los niños de las calles,
a los jóvenes de las plazas. […]
Los cuerpos de los hombres muertos caerán
como estiércol sobre la faz del campo,
y como manojo tras el segador,
que no hay quien lo recoja (*9:21,22*).

También hay otra canción que sale de su boca: una burla de los ídolos que son impotentes como un espantapájaros en un melonar. Al mismo tiempo, Jeremías entona una alabanza al Señor. Si a los ídolos se los

llama rey (Moloc), el Señor es el Gran Rey. Y luego se oye una frase que encontramos también en el cántico de Moisés y el Cordero: "¿Quién no te temerá, oh Rey de las naciones? (*10:7*; *Ap. 15:4*).

**Bienaventurados sois cuando […] os vituperen y os persigan, […] porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros (*Mt. 5:11, 12*)**

En su día, durante el reinado de Josías, se hizo un pacto entre el Señor y Judá. Visto el juicio que les había amenazado, se convertirían. Pero bajo los sucesores de Josías, la gente quería quitarse liberarse de aquella ligera carga. Por esa razón, a aquel Jeremías de espíritu sacerdotal, le llegó la dura orden: "Tú, pues, no ores por este pueblo, ni levantes por ellos clamor ni oración; porque yo no oiré en el día que en su aflicción clamen a mí" (*11:14*; comp. *7:16*).

Ningún profeta es acepto en su propia tierra (*Lc. 4:24*). Lo mismo le pasó a Jeremías. En Anatot, lugar donde nació y se crió, urdieron un complot contra él para asesinarle. Jeremías se sintió como un cordero inocente que llevan a degollar. Como profeta debía anunciar el juicio contra aquellos hombres de Anatot. Pero aquí se le manifiesta el sufrimiento al que se vería sometido como profeta. Ahora, lo importante era aferrarse al Dios que le había llamado. Como el autor del Salmo 73, luchaba para poder creer en la justicia de Dios: que sus perseguidores se convertirían en ovejas para el matadero. Y no debía pensar que aquel sería el último ataque, puesto que si su propia familia mostraba semejante actitud frente a la Palabra profética, ¿qué podía esperar de los demás? Jeremías no debía desalentarse. Si no aguantaba la carrera con los de a pie, ¿cómo iba a correr con los caballos? Si ya entonces estaba tan abatido, ¿cómo iba a ser columna de hierro frente a los grandes en Jerusalén? He aquí, lo ocurrido en Anatot solo fue el comienzo de los dolores (*Jer. 11:18-12:6*).

El profeta tenía que seguir adelante. Continuemos leyendo. Así nos formaremos una buena idea de su labor; la campana del juicio dobla sin cesar. Las imágenes se suceden atropelladamente; Israel es un olivo calcinado (*11:15, 16*), una viña destruida (*12:10*); era como un cinto sacerdotal, pero se pudrirá como un cinto enterrado (*13:1-11*); todos los habitantes, desde los nobles hasta los humildes, serán quebrantados como tinajas llenas de embriaguez (*13:12-14*). Del norte se acerca la calamidad; los viejos amigos vienen como enemigos… Si Jerusalén vive ahora en el espíritu de Babilonia, luego se derrumbará bajo el poder de Babilonia. La 'mujer' que fornica con la 'bestia', será despojada por esta bestia.

Y de nuevo, ninguna oración va a servir aquí; ni aunque fuera la plegaria de intercesión de Jeremías, Moisés o de Samuel (*15:1*; cf.. *Sal. 99:6*). Jeremías es empujado al más completo aislamiento: como un hombre de contienda y discordia recorre la tierra. Tuvo que comer la

Palabra del Señor (*15:10, 16*), y lo hizo con alegría. Pero el precio que tuvo que pagar era grande. Su palabra de juicio iba contra todos. “He evitado juntarme con los que solo piensan en divertirse; desde que tú te apoderaste de mí he llevado una vida solitaria, pues me llenaste de tu ira” (*15:17*, versión *Dios habla hoy*). Esto empieza a ser demasiado para Jeremías. Y confiesa: “Te has vuelto para mí como el agua engañosa de un espejismo” (*v. 18, Dios habla hoy*). ¡Tremendas palabras; el siervo le retira la confianza a su Superior!

Sin embargo, el Señor se muestra paciente, y reconduce al agobiado Jeremías al tiempo de su primer amor: “Si te convirtieres, yo te restauraré” (esto es: ¡en su ministerio!). Jeremías es investido de nuevo como profeta, reintegrado en su ministerio. Se oyen otra vez las mismas palabras que se pronunciaron en su llamamiento: “Y te pondré en este pueblo por muro fortificado de bronce, y pelearán contra ti, pero no te vencerán; porque yo estoy contigo para guardarte y para defenderte” (*v. 20*). Jeremías se sentiría avergonzado después de aquel desplante a su único Amigo; pero el Señor le salva de un estado de depresión. Oyó lo mismo que más tarde también el apóstol Pedro escucharía después de su negación: “¡Apacienta mis ovejas!”.

No obstante, la misión de Jeremías era tremendamente dura. El capítulo 16 nos informa que el Señor le prohibió casarse; tampoco podía entrar en casa de luto, ni en casa de banquete de bodas. Y todo ello como señal para Israel, de que el Señor iba a parar el curso de la vida de Jerusalén; la consolación desaparece, y la voz de gozo y de alegría de los novios. El pecado de Judá está escrito con cincel de hierro (*17:1*). Jeremías, que tan profundamente amaba a la vida y a su pueblo, tenía que ser con su vida seca e infértil un símbolo de la estepa salina y árida que sustituiría a los sembrados de Judá.

En este pasaje conmovedor, leemos en 17:15 ss. otra declaración de nuestro profeta. Hay quien dice burlándose: “¿Dónde está la palabra de Yahvé? ¿Cuándo se cumplen aquellas amenazas de juicio?” (cf. *2 P. 3:4*). Pero, ¿han sido acaso inventos suyos los que Jeremías ha predicado? Él no desea ningún juicio. “Mas yo no he ido en pos de ti para incitarte a su castigo, ni deseé día de calamidad. Avergüéncense los que me persiguen, y no me avergüence yo […] Mi refugio eres tú en el día malo…”. Nos asomamos aquí al corazón del profeta; ¡cómo lucha para seguir en pie y llevar a cabo su ministerio!

*Jeremías* 17:19-27 nos da un primer plano de su lucha por la observancia del día de reposo. Lo que llama la atención son las promesas que pronuncia. Hay todavía una posibilidad de salvación. En los capítulos anteriores vimos también algunas promesas (véase *12:15 ss.*; y *16:14*). Jeremías no es solo el profeta del juicio. Detrás del exilio amanece la mañana de un futuro mesiánico. Más adelante, cuando el juicio se acerca

dando sacudidas, el profeta de las calamidades comenzará a cantar cánticos de salvación. Entonces irá de nuevo en contra de la opinión pública.

Pero no ha llegado todavía el momento en que el juicio se hace visible. Jerusalén vive entregada a vicios y placeres; ¿no está el Señor en medio de ella? Empleando el ejemplo del alfarero, Jeremías intenta romper la autosuficiencia de Israel (*cap. 18*; comp. *Ro. 9:21*; *Is. 45:9*; *64:8*). ¿No tiene el alfarero derecho a volver a amasar una vasija malograda, y hacer otra nueva de la masa de barro? ¿Es cosa tan inaudita que Yahvé castigara a la desleal virgen de Israel? Y claro, también estas palabras provocan una reacción muy fuerte. Le quieren denunciar ante el tribunal; hay funcionarios corruptos de sobra para conseguir una condena. Y efectivamente, el capítulo siguiente relatará cómo Jeremías, después de una nueva intervención, es arrestado. Pero antes de eso leemos otra parte de sus memorias. En su necesidad se ha vuelto al Señor. "Acuérdate que me puse delante de ti para hablar bien por ellos, para apartar de ellos tu ira" (*18:20*). Seguro de que el Señor está con él, pronuncia una maldición vehemente. Lo mismo que con algunos salmos imprecatorios, no debemos olvidar en este contexto que también el *Catecismo de Heidelberg* habla de "enemigos suyos y míos" (*resp. 52*). Se puede orar por la administración de la justicia de Dios frente a los enemigos de la Iglesia.

El oficio del alfarero… Formar (una vasija) puede servir como imagen de la soberanía del Señor. Romperla, caracteriza el juicio (cf. *Sal. 2:9*) sobre toda criatura. Jeremías sale por la puerta "de las Tejoletas" (*Biblia de Jerusalén*) y se dirige al basurero Tofet en el valle del hijo de Hinom (posteriormente la indicación para 'infierno' en el Nuevo Testamento: *Gehenna*). En el pasado, en Tofet se habían hecho sacrificios de niños a Moloc. Y ahora Jeremías habla en este lugar, que Josías convirtió en vertedero, acerca del juicio que se verterá sobre Judá y Jerusalén. La vasija, la quebranta como símbolo de la destrucción venidera… Y desde Tofet se va al atrio del templo, donde repite su anuncio del juicio.

Pero entonces interviene el Principal del templo; todo esto ha ido demasiado lejos. Jeremías, el hijo de sacerdote, es encerrado por una noche en una de las estancias del templo. Cuando lo sacan a la mañana siguiente, la anuncia a Pasur el Principal, el juicio. Pero ¡qué noche ha pasado! De nuevo había sido confrontado con su duro llamamiento. Ya había llegado su encarcelamiento; y sus enemigos no iban a parar; ¿qué vendría luego? ¿No sería mejor olvidarse completamente del ministerio profético? Ojalá se hubiera hecho sacerdote; entonces no habría pasado nada. ¿Por qué tenía que protestar continuamente sin éxito contra la violencia y la opresión?; ¿por qué tenía que aguantar continuamente las burlas a causa de la Palabra del Señor?

Me sedujiste, oh Yahvé, y fui seducido;
más fuerte fuiste que yo, y me venciste.
Y dije: No me acordaré más de él,
no hablaré más en su nombre;
no obstante, había en mi corazón como un fuego ardiente,
metido en mis huesos;
traté de sufrirlo, y no pude (*20:7, 9*).

Una confesión emotiva, que demuestra que los profetas no son autómatas, sino hombres de carne y hueso. Aquella noche el alma de Jeremías se debatía entre la desesperación y la victoria. Un momento sabe que el Dios de su llamamiento está con él; en otro momento maldice como Job el día de su nacimiento. De aquella maldición del mensajero que trajo la noticia de su nacimiento, se podía sacar la conclusión de que su padre estaba justamente de servicio en el templo. Hilcías se alegraría: un hijo, que luego serviría en el altar. Pero su hijo se convirtió en profeta, un varón de dolores…

**Jeremías no fue un traidor de la patria, sino predicador de la demolición y reconstrucción de la casa de David**

Por muy atormentado que estuviera Jeremías, él permaneció fiel a su ministerio; contra el pueblo llano, pero también contra los grandes de la nación. Cuando Babilonia ya estaba poniendo sitio a Jerusalén, el rey Sedequías envió una delegación distinguida al profeta, como representantes del poder eclesial y civil. Algo semejante había ocurrido también en el pasado, cuando Ezequías mandó delegados a Isaías (*2 R. 19*), solo que ellos se presentaron vestidos de luto, mientras Isaías anunciaba la liberación respecto a Asiria. Pero aquí no hay rastro de ningún atuendo de luto. Lo único que piden es que Jeremías ore para que el Señor haga sus maravillas, como hizo con Faraón y Senaquirib. Pero, ¿qué es lo que dice Jeremías? Yahvé herirá a su pueblo con el triple azote del hambre, la espada y la peste. Así como en aquel tiempo Él sacó a Israel de Egipto con mano alzada y brazo fuerte, ahora entregará a su pueblo en mano del rey de Babilonia. A la obediencia al Pacto, le sigue la bendición. Pero un pueblo apóstata no tiene ningún motivo para esperar que ‘nuestro buen Señor’ actuará como el genio de la lámpara maravillosa. Por eso, también el público que se había acercado lleno de curiosidad, tenía que enterarse: el seguir luchando contra Babilonia, con la que habían roto como estado vasallo, equivalía al suicidio. La única posibilidad que les quedaba, era abandonar la ciudad y pasarse a los caldeos, Porque el mal estaba completamente decidido (*21:8-10*).

Podemos imaginar que este consejo podía parecer poco nacionalista. ¿No traicionaba Jeremías a su patria al hablar así? ¿No era lógico que se

interpretara su propia salida de la ciudad, cuando el sitio se levantó temporalmente, como deserción, y le metieran en la cárcel? (*37:11 ss.*). Sin embargo, no hay que olvidar que Jeremías aplicaba normas conocidas y que actuaba en base a una revelación extraordinaria. Él eximía al pueblo de la obediencia a un gobierno que atentaba contra todos los mandamientos de Dios y que llevaba la nación a la ruina. De hecho, Sedequías, al quebrantar el pacto con Babilonia, el cual se estableció invocando el nombre de Yahvé, había insultado al Señor mismo. Por lo tanto, Jeremías enseñaba al pueblo un camino para escapar de las consecuencias de esa doble rebelión, el camino de la vida (cf. *Dt. 30:19*): o sea, someterse al yugo del rey de Babilonia (cf. *2 Cr. 36:12-14*).

Lo más terrible, que escuchamos aquí es el rechazo de la casa de David. También las profecías siguientes hablan de ello (*21:11-22:30*). Leemos acerca de Salum (Joacaz), que reinó por muy poco tiempo; acerca de Joacim, que probablemente murió durante el asedio; un entierro propio de un asno le es pronosticado; además se habla de Conías (Joaquín): el rey de Babilonia le deportaría; moriría sin hijos, ninguno de sus descendientes ocuparía el trono de David. Es como si se aniquilara la esperanza mesiánica.

Pero no, justamente con respecto a esto leemos una profecía maravillosa acerca del Mesías venidero. Antes de que Jeremías empezara a hablar de los otros dirigentes, los falsos profetas, pronunció una profecía de salvación, usando el lenguaje del buen pastor. Vendrán buenos pastores en lugar de aquellos que dispersaron el rebaño. Sí, a pesar de todo, de la manera que quiere Dios, va a nacer de David el renuevo justo, que reinará como Rey y que hará prosperar la tierra. Mientras que los últimos reyes hacían cualquier cosa menos justicia, creaban un caos social y pisoteaban los derechos de los humildes, este Renuevo se llamará: *Yahvé, justicia nuestra*. Posiblemente hay aquí una alusión al nombre de Sedequías: Yahvé es (mi) justicia. “Justicia” no hay que interpretarla como ‘dar a cada uno lo que merece’, sino que es mucho más rica en contenido: salvación, liberación de los oprimidos, redención, absolución de los acusados. Pablo lo dirá más tarde así: “Jesucristo es nuestra justificación” (*1 Co. 1:30*); por él somos justificados, absueltos. Ante el oscuro trasfondo de los reyes de Judá destaca la profecía luminosa del Mesías venidero.

**¿Qué tiene que ver la paja (falsa profecía) con el trigo (profecía verdadera)? (*Jer. 23:28*)**

El cuadro se completa con unas palabras de juicio contra los falsos profetas. El Señor pondrá fin a la justificación de la maldad y el encubrimiento del juicio; él ajustará cuentas con los que se burlan de “la profecía de Yahvé” (*23:33 ss.*). Esos profetas hablan visión de su propio corazón; consiguen endurecimiento más que conversión. “Si ellos hubieran

estado en mi secreto, habrían hecho oír mis palabras a mi pueblo, y lo habrían hecho volver de su mal camino, y de la maldad de sus obras" (*23:22*).

Del capítulo 24 aprendemos algo del contenido de los 'sermones' de los falsos profetas. Decían que los desterrados eran malos; pero que, en cambio, los que se quedaban bajo el reinado de Sedequías, eran la flor y nata de la población. Sin embargo, por medio de la parábola de las cestas con higos malos e higos buenos, Jeremías hace saber que precisamente a los deportados les iría bien. En cambio, Jerusalén era como una cesta de higos malos. Nabucodonosor iba a someter al mundo, y también los pueblos en los que Judá confiaba, los aliados, iban a beber la copa de la ira del Señor. Pero tampoco aquí desaparece del todo la salvación: el rey de Babilonia beberá después de ellos (*25:26*). Después de 70 años también Babilonia será castigada por su maldad (*25:12*). Al leer las profecías contra las naciones de los capítulos 46-51, se notará que allí se sigue casi el mismo orden que en el catálogo de 25:19-26. Naturalmente, esto no es casualidad. Después de que el Señor da de beber de la copa amarga a Jerusalén y Judá (*25:18*), luego la da a beber a los pueblos vecinos. El juicio es ineludible y mundial. Yahvé anuncia juicio contra las naciones (*25:31*).

El capítulo 26 nos ofrece otro relato de la predicación en el templo, también reflejada en el cap. 7. Pero ahora vemos cómo eran las reacciones. Los sacerdotes y falsos profetas quisieron dar muerte a Jeremías. Los príncipes y ancianos, sin embargo, lo impidieron. También Miqueas profetizó contra la ciudad y el templo, en los días de Ezequías (*Mi. 3:12*); y Ezequías no lo mató, sino que hizo caso a la profecía y entonces el Señor no cumplió su amenaza. Y así, gracias a aquella intervención, Jeremías se libró de aquel trance. Pero, ¿por cuánto tiempo? Un compañero suyo, Urías de Quiriat-jearim, profetizó también contra Jerusalén; pero, aunque huyó a Egipto, el servicio secreto de Joacim lo supo encontrar; y tuvo que pagar su profecía con la vida.

El capítulo 27 contiene una profecía de los días de Sedequías, dirigida contra los falsos profetas. Pues ellos decían que Judá no seguiría sirviendo a Babilonia, y que "¡ahora, pronto!" volverían los utensilios del templo, que se había llevado Nabucodonosor anteriormente (*vv. 9 y 16*). Pero Jeremías, en cambio, llevaba un yugo de madera, como imagen de la supremacía de Babilonia ante Judá y los emisarios de las naciones vecinas que querían tentarla a rebelarse. No obstante, el falso profeta Hananías rompió en el templo el yugo que llevaba Jeremías: ¡dentro de dos años todos los pueblos serán librados del yugo de Nabucodonosor! Jeremías, perplejo, sigue su camino. Pero el Señor lo llama de vuelta; tiene que profetizar contra Hananías, y decirle que el Señor pondrá un yugo de hierro sobre el cuello de esas naciones. Y en señal de la vanidad de sus mentiras,

Hananías moriría aquel mismo año. Yahvé ajusta cuentas con los falsos profetas (*cap. 28*).

Por cierto, no los había solamente en Judá. También en el cautiverio se dedicaban a su oficio, y engañaban al pueblo con profecías vacuas. De igual modo la falsa profecía, la energía de la herejía, se deja oír en el nuevo pacto (*Mt. 24:24*; *2 Ts. 2:9 ss.*; *2 Ti. 4:3*); y a lo largo de toda la Biblia hay un llamamiento continuo: ¡no les creáis! Jeremías también lo transmitió a los cautivos; que no albergaran falsas esperanzas, que se establecieran tranquilamente en la Babilonia de su extranjería, durante los próximos setenta años. También en Babilonia el Señor saldrá al encuentro de los falsos profetas.

Recuerde: este cuadro de la decadencia del ministerio en Judá constituye el marco oscuro que acentúa con mayor claridad el dibujo del gran Ministro, Yahvé justicia nuestra (*23:6*), y de las profecías de salvación (*caps. 30.33*).

**El único consuelo y el nuevo pacto**

Jeremías no pronunció solamente palabras de desgracia. Particularmente *Jeremías* 30-33 se puede definir como ‘el libro de la consolación’.

Sí, aquel hombre que andaba por allí con un yugo en el cuello, él precisamente iba a predecir que el yugo de Jacob sería quebrado (*30:8*). Él, célibe por causa del ministerio, que proclamó hasta tres veces que la voz del esposo y la voz de la esposa iban a desaparecer (*7:34*; *16:9*; *25:10*; comp. *Ap. 18:23*), profetiza ahora acerca de una voz de gozo y de alegría, que vuelve a oírse en Jerusalén (*33:10, 11*). Siempre yendo a contracorriente de aquellos otros profetas. Cuando todos estaban llenos de visiones patrióticas, Jeremías veía nubarrones. Pero ahora, cuando la caída de Jerusalén estaba cerca, habla del resplandor de un nuevo amanecer. El Dios de su llamamiento velaba para poner por obra su Palabra. Así como tuvo cuidado de su pueblo para arrancar y derribar, así tendrá cuidado de ellos para edificar y plantar (*31:26-28*; comp. *1:12, 10*).

Ahora ya no era el momento de hablar de ‘la culpa de los padres’. Pues el Señor iba a hacer un nuevo pacto con su pueblo. Y la promesa por parte del Señor es que escribirá su Ley en el corazón de cada uno, y que perdonaría su pecado (*31:29 ss.*). Cuando nosotros hablamos de “el nuevo pacto”, es en base a este texto (la traducción en latín lo llama “el nuevo testamento”). Jesucristo, por medio de su sangre, ha confirmado este nuevo pacto. Por eso habló en la última cena del “nuevo pacto en mi sangre” (*Lc. 22:20*) o: “mi sangre del nuevo pacto” (*Mt. 26:28*). El antiguo pacto fue instituido con sangre animal (*Ex. 24:5 ss.*); en cambio, el nuevo pacto con la sangre de nuestro gran Sumo sacerdote (*He. 7:22*; *8:6 ss.*; *9:18-10:18*). Cuando usamos el término “Nuevo Testamento”, nos vendría bien

acordarnos de vez en cuando del ‘libro de consolación’ de Jeremías. Y también cuando celebramos la Cena del Señor y lo mismo al celebrar Pentecostés; ya que la sangre del pacto nos santifica (*He. 10:29*), y con el Espíritu y su Palabra, Cristo escribe la Ley de Dios en nuestros corazones (*2 Co. 3:3*).

Jeremías no predicaba solo con palabras, sino que, por mandato de Dios, también con sus actos hablaba de la salvación. En los días en que estaba encerrado en la cárcel (sí, ¡tan desesperada era su situación!), y Babilonia se encontraba ante las puertas de Jerusalén, el Señor le ordenó comprar un terreno en su ciudad de origen, Anatot; o mejor dicho, pagar el rescate para ello (*Lv. 25:25*), para ayudar a Hanameel, su primo empobrecido. En aquel momento, este acto no parecía tener ningún sentido. Eso fue lo que pensó Jeremías por lo menos, y lo expresó así en una oración (*32:16 ss.*). No obstante, el Señor le reveló que, aunque la desgracia iba a llegar sin falta, no hay ni una cosa, ni una promesa demasiado difícil para Él. Se produciría la vuelta del exilio, Yahvé establecería un pacto eterno con su pueblo. Y… volverían a comprarse terrenos y hacerse escrituras. El solemne rescate pagado por Jeremías desde la cárcel en la Jerusalén sitiada habló de grandes cosas. Aquel varón de Dios, que tanto gemía sobre la destrucción de su tierra, profetizó un nuevo florecimiento de la tierra y del pueblo. El Señor los limpiaría de toda maldad (*33:8*); Israel, anteriormente desobediente, sería puesto para alabanza y gloria entre todas las naciones de la tierra; la tribu de Leví todavía no había llegado al término de su servicio, y las promesas a la casa de David se cumplirían. Aquí se hace visible la proximidad del Mesías venidero. Es por Él que Israel regresa del cautiverio, y es por Él que Yahvé les perdona sus pecados. Por aquel Renuevo de la casa de David, el juicio no tiene la última palabra. Por muy dura que fuera la vida de Jeremías en medio de un pueblo que iba endureciéndose y de los juicios que se hacían realidad, sin embargo, gracias a la fe en las promesas de Dios se veían nuevas perspectivas. El Señor es grande en sus designios y magnífico en sus hechos (*32:19*), Él guarda sus promesas mesiánicas y finalmente da un tesoro de paz duradera (*33:6*).

### La violación del pacto trae lo contrario al año de jubileo y el avance del tridente de “la espada, la peste y el hambre”

Antes de seguir con las profecías sobre las naciones (*caps. 46-51*), los capítulos 34-45 nos dan extractos de las memorias de Jeremías. La degeneración de la situación se nos presenta de forma nítida. Ya no quieren escuchar la palabra profética.

Cierto, cuando Babilonia apareció ante las puertas, había miedo y sobrecogimiento. Se decidió mantener un cierto punto de la ley, a saber, el de liberar a los esclavos al comienzo del año de jubileo. Con un pacto

solemne, en el que participaron los dirigentes junto con el pueblo, prometieron mostrar en el futuro la gracia del Señor en el área social. Pero, ¿qué es lo que ocurrió? Cuando Babilonia interrumpió temporalmente el asedio, cada uno volvió a tomar y sujetar a sus esclavos; la conversión por necesidad resultó haber sido falsa. Pues bien, a causa de este quebrantamiento del pacto ellos han traído el juicio sobre sí mismos. El mensaje de Jeremías es tajante: "Vosotros no me habéis oído para promulgar cada uno la libertad a su hermano, y cada uno a su compañero; he aquí que yo promulgo libertad, dice Yahvé, a la espada y a la pestilencia y al hambre" (*34:17*). La 'liberación' de Jerusalén gracias a la ayuda egipcia será transitoria; todo Judá se convertirá en un desierto.Es la vergonzosa infidelidad, la que arrastra al pueblo a su perdición.

Jeremías lo clarifica con el ejemplo de los recabitas (*35:1-10*). Estos eran nómadas por tradición, pues así su antepasado se lo había ordenado a sus descendientes en los días de Acab. Y hasta los días de Jeremías, ellos se mantenían fieles a este mandato de vivir una vida diferente y apartada; cuando les sirvieron vino en una estancia del templo, se negaron a beberlo. Ellos sí obedecieron un mandamiento dado. Pero ¿Israel? ¡Qué contraste entre su desobediencia y la obediencia de aquellos refugiados, que habían dejado sus tiendas por temor ante Babilonia!

Pero, ¿cómo se podía esperar la obediencia, si el mismo rey de Judá despreciaba la Palabra de Dios?

**El desdén continuado a la Palabra. El exilio en Babilonia. El "remanente" vuelve a Egipto. No obstante, la Palabra de Dios permanece.**

Cuando durante un día de ayuno, el secretario de Jeremías leyó ante el pueblo congregado en el templo en un rollo que contenía sus profecías de advertencia, este rollo llegó al palacio por medio de los príncipes y se le leyó a Joacim. Pero, ¡qué desprecio mostró el rey! Cada vez que se había leído una parte, la cortaba y la echaba al fuego. Además dictó una orden de arresto contra Jeremías. Afortunadamente no encontraron al profeta, de modo que éste pudo encargar a su escriba Baruc otro rollo, al que se añadieron muchas advertencias más. Así se aseguró la conservación de la Palabra profética.

Durante el reinado de Sedequías, sin embargo, Jeremías fue apresado. El rey no tenía especialmente mala voluntad hacia Jeremías. Antes hemos visto que envió una distinguida delegación a Jeremías (*21:1-10*) para pedir su intercesión. Algo que posteriormente volvió a repetir, cuando los babilonios se retiraron temporalmente (*37:1-10*). En ambas ocasiones la respuesta de Jeremías fue completamente negativa. Pero el envío de una delegación muestra que Sedequías le guardaba respeto al profeta de las desgracias. No se puede decir lo mismo de 'los príncipes',

unos advenedizos que después de la deportación de los nobles en 597 a.C. habían tomado las riendas en los asuntos de Estado, y que explotaban a Sedequías como su 'encargado'. Al salir por la puerta de la ciudad, para dirigirse a Anatot, Jeremías fue arrestado por la guardia bajo acusación de deserción, puesto que tantas veces había instado a ello. A pesar de sus protestas le encerraron en una mazmorra. El siguiente resumen nos dará una buena impresión del sufrimiento posterior de Jeremías:

*37:17-21*: Primera entrevista secreta con Sedequías.
Jeremías es llevado a una celda en mejores condiciones.

*38:1-13*: Jeremías sigue aconsejando que se pasen a los babilonios.
Los príncipes obtienen permiso de Sedequías para matar a Jeremías. Le echan a un pozo lleno de lodo.
Un eunuco negro le saca de allí, con conocimiento del rey.

*38:14-28*: Segunda entrevista secreta con Sedequías. También a él le aconseja entregarse voluntariamente a Babilonia.

*39:1-14*: Jerusalén tomada y destruida; la población deportada; quedan sólo los pobres. Jeremías es tratado con respeto, y puede quedarse en la ciudad.

*39:15-18*: Promesa a Ebed-melec, el etíope que salvó a Jeremías.

*40:1-6*: Jeremías es puesto en libertad. Se une a Gedalías, que ha sido asignado como gobernador. Jeremías quiere quedarse en su tierra.

*40:7-12*: Regreso de los refugiados. Una 'reconstrucción' lograda bajo la dirección de Gedalías, el gobernador, y Jeremías, el profeta.

*40:13-41:15* Un príncipe davídico asesina a Gedalías durante la fiesta de los tabernáculos, instigado por el rey de Amón. Aquel mismo aventurero Ismael mata también a unos peregrinos, y se lleva cautivo al resto del pueblo; pero éste le es quitado a continuación.

*41:16-43:7*: El rey de Amón consigue su objetivo: Judá, que bajo la protección de Babilonia se había convertido en una región próspera, se desanima. Jeremías llama a la calma y a seguir con la reconstrucción. "Así ha dicho Yahvé Dios de Israel, al cual me enviasteis para presentar vuestros ruegos en su presencia: Si os quedareis quietos en esta tierra, os edificaré, y no os destruiré; os plantaré, y no os arrancaré; porque me duele el mal que os he hecho" (*42:9, 10*). ¡Aquí se oyen de nuevo las palabras de salvación! ¿Se cumplirán por fin las promesas mesiánicas (*31:28*)?

Sin embargo se ve que el pueblo no se ha convertido. La gente huye a Egipto y se lleva a Jeremías y a su secretario Baruc.
Judá vuelve a rechazar la Palabra del Señor y busca la salvación a su manera (cf. *Dt. 17:16b*).

*43:8-13*: Jeremías profetiza que el país de los faraones no va a salir indemne de la batalla. Y, por lo tanto, tampoco el grupo de refugiados judíos."Los que a muerte, a muerte…" (comp. *15:3* y *Ap. 13:10*).

*44:1-30*: El pueblo se muestra duro de cerviz; comienza a adorar a 'la reina del cielo', como hizo en tiempos antiguos (cf. *7:16 ss.*; *44:15 ss.*). Al lado de "Nuestro Buen Señor" tiene que estar "Nuestra Buena Señora", la figura de Astarot, la diosa madre. Y, por más que Jeremías les advierte ante este suicidio espiritual, no quieren abandonar este 'culto a María', sino que defienden con argumentos falsos su 'beneficio' y 'consuelo'. Y esto es finalmente lo último que llegamos a saber de Jeremías. A un pueblo, que conscientemente vuelve a su antigua apostasía, él anuncia el juicio de Dios. Por emigrar no se logra escapar del castigo; y en tierra extranjera el Señor también mantiene los mismos preceptos de siempre.

Con esto termina la biografía de Jeremías, tal como nos ha llegado también por medio de la pluma de su secretario Baruc. ¿Un final trágico? ¿Un anciano impotente, que ya no puede dar a su pueblo una identidad propia? Él conoció algún período de 'bendición'. No obstante, la reforma de Josías sólo era superficial; el profeta se dio cuenta de la escasa profundidad. Y el tiempo de calma bajo el gobierno de Gedalías duró muy poco. Jeremías desaparece en la niebla de la Historia, ¿un profeta que luchó en vano?

Sin duda, Baruc mismo debió luchar con esta pregunta. Porque era también el problema de su propia vida. Por lo tanto, no es casualidad que concluya su relato de los hechos y palabras de Jeremías con la palabra que éste le dirigió a él. Baruc se había quejado muchas veces: "¡Ay de mí ahora! Porque ha añadido Yahvé tristeza a mi dolor; fatigado estoy de gemir, y no he hallado descanso…". Pero ¿qué le dice Jeremías a continuación?

Jeremías, que repetidas veces había sido puesto en su sitio por el Señor, le recuerda la gran palabra, que escuchó cuando fue llamado: "He aquí que yo destruyo a los que edifiqué" (*45:4*; *1:10*). A Baruc le había tocado vivir tiempos de destrucción. "¿Y tú buscas para ti grandezas? No las busques; porque he aquí que yo traigo mal sobre toda carne, ha dicho

Yahvé". Baruc sólo tendría su vida por botín. Y además: su ministerio, su deber, su llamamiento.

Al reflejar este suceso de los días del adverso rey Joacim al final de su escrito, Baruc apunta al significado de la perseverancia en el ministerio, tanto la suya, como la de Jeremías y de cada uno que el Señor llama. Pues no es cuestión de felicidad: "a través de muchas tribulaciones entraremos en el reino de Dios" (*Hch. 14:22*). Se trata del avance de la Palabra de Yahvé. De Jeremías no se conoce ningún milagro. Pero, él habló. Y el Dios de su llamamiento sigue velando, todavía hoy, para cumplir su Palabra.

**El Señor hace nulo el consejo de las naciones (*Sal. 33:10*)**

Jeremías fue llamado para ser profeta ante las naciones (*1:5*). Por eso, el libro de *Jeremías* cierra, en su formato actual, con un conjunto de profecías sobre las naciones, que ya se mencionaron en 25:19-26. Primero le toca el turno a Egipto, la nación en la que se apoyaba Judá en su rebelión contra Babilonia; la tierra adonde fue arrastrado Jeremías en contra de su advertencia explícita. Todavía seguían esperando que llegara la salvación por parte de la antigua casa de servidumbre. Pero el juicio no pasaría por alto a Egipto. En unos versículos muy expresivos evoca el profeta el juicio inminente y concluye con una profecía de salvación para Jacob-Israel, el pueblo del pacto que se fundó con los patriarcas.

No iba a haber consideración con los filisteos, ni tampoco con el orgulloso Moab. Jeremías cita, en cuanto a esta última nación, una profecía de su antecesor Isaías (*Jer. 48:31-33*; *Is. 16:7-10*). Aún así, hay algo parecido a un destello de esperanza para Moab, y lo mismo incluso para Amón (*48:47*; *49:6*). Edom, con sus sabios, y también la gran ciudad de Damasco, el centro de Siria, caerán víctimas; igualmente los beduinos árabes, el pueblo que no tiene ni puertas ni cerrojos, tanto como el antiguo Elam en la costa del Golfo Pérsico. Será Babilonia en concreto la que traerá sobre todos ellos el juicio, como un fuego consumidor y una inundación de agua que los arrastra. Pero la Babilonia idólatra será juzgada a su vez.

Se explica claramente por qué el juicio viene sobre Babilonia. Pero, ¿no había usado Yahvé a aquel pueblo como un azote en su mano? ¿Y va a romper ahora este instrumento? Sí, puesto que provocó al Señor (*50:24*), y actuó con soberbia frente al Santo de Israel (*50:29*), y en su arrogancia traspasó los límites que Dios le puso en su actuación contra el pueblo de Dios (*51:24*). Babilonia, 'siervo de Dios', así y todo, había vivido al servicio de Bel (cf. Baal = señor) y Marduk (en hebreo: Merodac) (*50:2*; *51:47*).

Por lo tanto, "el soberbio" (Babilonia, *50:32*), caerá víctima de la espada (véase el cántico de la espada, *50:35-38*). Al mismo tiempo, Israel en el cautiverio experimentará en estos hechos la mano libertadora de Yahvé (*50:17-20*, *33*, *34*). Babilonia no se curará. Pero, "Yahvé sacó a luz

nuestras justicias; venid, y contemos en Sion la obra de Yahvé nuestro Dios” (*51:10*). ¡“Justicias” tiene aquí el significado de: las obras de salvación del Señor! De eso hablan también estos capítulos oscuros. Imagínese el consuelo que proporcionaron en tiempos posteriores a los judíos, cuando los leían en sus sinagogas. Cada vez había nuevos opresores; pero,… Yahvé sacaría sus justicias a la luz. En el Nuevo Testamento se aclara, que precisamente en Cristo, Dios revela su justicia libertadora y redentora.

Esta última parte de *Jeremías* – que no es demasiado conocida ni siquiera entre los que más presumen de conocer la Biblia – es de suma importancia para la Iglesia del presente. Si nos fijamos, vemos que Jeremías cita hasta dos veces porciones de sus profecías anteriores. En 51:15-19 se cita 10:12-16, una sección que trata sobre la grandeza del Rey Yahvé en comparación con los ídolos; y en 50:41-43 se cita 6:22-24. Sobre todo esta última cita es muy instructiva. En 6:22, Jeremías habla del misterioso “enemigo del norte”; y se lo dice a Israel. Pero el Señor es el Inmutable. Él es el Rey de las naciones (*10:7*). Por lo tanto, ahora que Babilonia traspasa los límites impuestos, ¡tendrá que verse también con un “enemigo que viene del norte”! Los medos, los antiguos aliados, conquistarán Babilonia (*51:1, 28 ss.*). Tal como viene el juicio sobre la Iglesia, así viene también sobre ‘el mundo’. Por lo que podríamos hablar de la ‘posibilidad de intercambio’ en las advertencias de juicio. Si leemos *Apocalipsis* 18, vemos que allí también se habla del juicio contra Babilonia. Y encontraremos textos que recuerdan a la predicación de Jeremías anunciando el juicio sobre Babilonia (1). Pero también hay expresiones que se han tomado de las profecías de juicio sobre Israel (*Jer. 25:10*; *Ap. 18:23*). Hay que tener en cuenta este posible ‘intercambio’; nunca se puede afirmar que un juicio afectará sólo a ese ‘mundo malo’; ya que, cuando la Iglesia se va pareciendo más y más a Babilonia, puede estar segura de que le va a caer encima el juicio de Babilonia. Existe una relación entre el acto profético de “echar el libro atado a una piedra en el Éufrates” (*Jer. 51:63*), y lo que Cristo dice sobre “echar al mar a aquel que haga tropezar a otro, con una piedra de molino atado al cuello” (*Mr. 9:42*), y también la visión de “un ángel que arroja al mar una piedra de molino” como símbolo del juicio sobre Babilonia (*Ap. 18:21*).

El libro de *Jeremías* termina con la descripción de la destrucción de Jerusalén y la rehabilitación posterior de Joaquín, tomada principalmente del libro de *Reyes*. Este apéndice subraya una vez más la Palabra pronunciada en el llamamiento de Jeremías: El Señor apresura su palabra para ponerla por obra. Que este libro, escrito con tanta emoción, que refleja las palabras y actos de un profeta profundamente humano, nos fortalezca en su fe. Pase lo que pase, el Dios del pacto vela sobre su Palabra, de promesa y advertencia. Jeremías: su nombre significa *el Señor pone el fundamento*.

(1) Sin duda, los últimos capítulos de Jeremías fueron muy conocidos en la sinagoga, y después también en la iglesia primitiva. De ahí se explica el uso extenso que hace la 'profecía' de Juan de esta porción. Compárese:

| *Jeremías* con | *Apocalipsis* |
|---|---|
| 50:8 | 18:4 |
| 50:31-34 | 18:8 |
| 50:39 | 18:2 |
| 51:6, 9 | 18:4 |
| 51:8 | 18:2 |
| 51:9 | 18:5 |
| 51:63,64 | 18:21 |

# LAMENTACIONES

## La Iglesia doliente

En Israel era costumbre que se entonara una lamentación en la casa del difunto.

La Biblia contiene una colección de cinco lamentaciones. Éstas tratan de un muerto: ¡la hija de Sion! Son lamentos sobre la ruina de la ciudad y del templo. Pero fijémonos bien: no se lamenta la desaparición del esplendor exterior. No, aquí encontramos "El Lamento por la Iglesia", se llora a causa de la desaparición de la Iglesia. Jerusalén era el centro espiritual, la residencia de Dios. Allí vivían los dirigentes de Judá, allí se encontraban el rey, el sacerdote y el profeta. La teocracia, el gobierno de Dios, se servía del templo y sus ministros para dirigir al pueblo; el pacto podía desarrollarse a través de aquellos órganos.

Pero el enemigo había destruido todo; el ministerio ya no funcionaba, la espada había acabado con todo. El templo, el lugar de la reconciliación, simplemente había dejado de existir después de la destrucción radical. Parece que Dios había borrado a su pueblo de la lista de naciones; y peor aún, parece el fin de la relación del pacto.

Sobre este dolor de la Iglesia tratan las *Lamentaciones*.

"Las calzadas de Sion tienen luto,
porque no hay quien venga a las fiestas solemnes;
todas sus puertas están asoladas, sus sacerdotes gimen" (*1:4*, cf. *2:6*).

Por otra parte, da la impresión de que el Señor ha proclamado un día de fiesta para toda la Iglesia. Sin embargo, es una fiesta espantosa, los enemigos celebran su gran día:

"Desechó el Señor su altar, menospreció su santuario;
ha entregado en mano del enemigo los muros de sus palacios;
hicieron resonar su voz en la casa de Yahvé como en día de fiesta" (*2:7*).
El Señor ha hollado a todos mis hombres fuertes en medio de mí;
llamó contra mí compañía para quebrantar a mis jóvenes;
como lagar ha hollado el Señor a la virgen hija de Judá" (*1:15*; cf. *2:22*).

Este 'Día del Señor' es un día pavoroso para la teocracia.
El rey, el ungido de Dios, fue capturado a pesar de su intento de escapar (*4:20*). Sacerdote y profeta han sido asesinados en el santuario (*2:20*). Con el ardor de su ira el Señor ha cortado todo el poderío de Israel (*2:3*), la

fuerza de la nación ha desaparecido. El rey y los príncipes de Judá están entre las naciones, ya no hay enseñanza de la ley; los profetas tampoco hallan visión del Señor (*2:9*).

*De profundis*: de lo profundo de la miseria se elevan los lamentos. Pero no son sólo lamentaciones. Escuchamos también confesiones. Jerusalén ha pecado en gran manera (*1:8*).

> "Porque se aumentó la iniquidad de la hija de mi pueblo más que el pecado de Sodoma,que fue destruida en un momento,sin que acamparan contra ella compañías" (*4:6*).

No obstante, el poeta sabe que el Señor mismo lo ha hecho (*1:21*; *2:6, 17*). No sirve de nada lamentarse de las consecuencias del pecado. Que lamenten sus pecados y se conviertan, quizás el Señor tenga misericordia (*3:38 ss.*).

A este sentimiento de culpa que surge se le añade el reconocimiento de que los ministerios funcionaban mal y eran antimesiánicos:

> "Nunca los reyes de la tierra,
> ni todos los que habitan en el mundo,
> creyeron que el enemigo y el adversario
> entrara por las puertas de Jerusalén.
> Es por causa de los pecados de sus profetas,
> y las maldades de sus sacerdotes,
> quienes derramaron en medio de ella
> la sangre de los justos" (*4:12, 13*).

> "Tus profetas vieron para ti vanidad y locura;
> y no descubrieron tu pecado para impedir tu cautiverio,
> sino que te predicaron vanas profecías y extravíos" (*2:14*).

La actualidad de *Lamentaciones* salta a la vista. Pues también hoy día la Iglesia tiene motivos de sobra para entristecerse por un 'clero' desviado, por los 'laicos' engañados, por la depreciación del testimonio de la Iglesia y la negación de los juicios de Dios. Prestamos mucha atención a nuestra propia salvación. Pero hay que ser consciente de que ésta siempre guarda relación con la situación de la Iglesia. No debemos aislarnos del conjunto de la obra congregacional de Dios. Saber que se predican doctrinas que llevan el nombre de cristianas y eclesiales, pero que no lo son, tiene que dolernos en el corazón. ¿Quién no se lamentaría de esto?

**No os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza (*1 Ts. 4:13*)**

Sin embargo, hay otro aspecto por el que *Lamentaciones* conserva su actualidad. Ya que canta sobre la fidelidad del Dios del pacto, que permanece:

“Por la misericordia de Yahvé no hemos sido consumidos,
porque nunca decayeron sus misericordias.
Nuevas son cada mañana;
grande es tu fidelidad” (*3:22, 23*).

A través de todo brilla la seguridad de que el Señor se acuerda de su pacto:

“Mas tú, Yahvé, permanecerás para siempre;
tu trono de generación en generación.
¿Por qué te olvidas completamente de nosotros,
y nos abandonas tan largo tiempo?
Vuélvenos, oh Yahvé, a ti, y nos volveremos;
renueva nuestros días como al principio” (*5:19-21*).

Vuélvenos… Esto significaba el regreso del pueblo del cautiverio. Pero también significa una verdadera conversión, la renovación del corazón, de la vida del pueblo, una restauración de la relación de pacto. Es el Señor quien tiene que llevarlo a cabo, aquí se toca otra vez el tema de la libre gracia. No ha de reinar una tristeza según el mundo, que produce muerte (*2 Co. 7:10*).

**Un espejo apropiado para la Iglesia que lucha**

Aunque la versión *Reina-Valera* no lo refleja, los versículos de las primeras cuatro lamentaciones comienzan cada uno con una letra del alfabeto hebreo, lo mismo que vemos en algunos salmos. Estos cánticos se han compuesto cuidando la estética. El alfabeto hebreo estaba formado por 22 letras; hay que fíjarse en el hecho de que todas las lamentaciones tienen 22 versículos, menos la tercera, que a cada letra dedica tres versículos, y por lo tanto está compuesta de 66 versículos. La Biblia es un libro lleno de belleza y lo sigue siendo. Quizá le resulte extraño al lector que *Lamentaciones* esté escrito de forma tan ordenada y calculada. ¿Demuestra esto una emoción artificial?

El contenido nos enseña que estos cánticos tratan sobre cosas que se han experimentado. De la *a* hasta la *z*, estos cánticos se han vivido, pero los lamentos no forman un caos salvaje, sino que han sido relacionados entre sí por medio del alfabeto, a la vez que esto confiere estilo al conjunto. Los traductores de la primera versión de la Biblia en holandés (*Statenvertaling*)

dicen: “Este librito es tan distinguido en su palabra y estilo de lenguaje, que ningún escrito del más elocuente escritor entre los gentiles se puede comparar con ello”. Seguramente se ha hecho uso de estos cánticos en el culto de adoración (conmemoración de la destrucción de Jerusalén). Y ¿acaso no tienen nada que ver la santidad y la hermosura?

En la Iglesia del nuevo pacto, el libro de *Lamentaciones* no es tan conocido. ¿Por qué es así? ¿No tenemos de qué quejarnos? ¿Acaso porque hoy en día la Iglesia prospera? Junto con el Antiguo Testamento, la Iglesia también ha aceptado como suyos estos cánticos. ¿Por qué no los cantamos en las congregaciones, igual que los salmos? El poeta Revius (véase la nota sobre él en el capítulo de Eclesiastés) los versificó sobre melodías de los Salmos, pensando especialmente en las iglesias perseguidas extranjeras de su tiempo (de Francia, Alemania, e Italia - los valdenses):

Vuélvete, hay tiempo todavía, tú también, patria mía;
Vuélvete, si quieres escapar a semejante destino;
Y mírate en ese espejo, el reflejo no causa dolor alguno.

# EZEQUIEL

## Profeta del exilio

El profeta Ezequiel había sido deportado el año 597 antes de Cristo, junto con el joven rey Joaquín. Esta deportación incluía a muchos sacerdotes y nobles. Era la flor y nata de Judá, la que formaría una congregación en el exilio. Atrás, en Jerusalén, se quedó la gente pobre bajo el reinado de Sedequías, que pudo gobernar gracias al favor de Babilonia. No sigue una segunda deportación hasta el 586 a.C., cuando Sedequías quebrantó su juramento y Babilonia conquistó a la Jerusalén rebelde.

Durante unos diez años, entonces, 'la Iglesia' estaba partida en dos. Una parte se encontraba en la Ciudad Santa y sus alrededores, y la otra, junto a los ríos de Babilonia.

En Jerusalén miraban con desprecio a los deportados, pues ¿no eran aquellos los dirigentes que habían recibido su justo castigo? Pero ellos, por el contrario, se veían libres de culpa y participaban de la bendición de Dios.

Sin embargo, desde el cautiverio no opinaban que la situación fuera tan grave. Lo mismo que los refugiados franceses soñaban todo tipo de sueños acerca de un futuro restablecimiento de la Reforma en Francia, después de la abolición del edicto de Nantes, así también los exiliados judíos albergaban la esperanza de que pronto iban a poder regresar a la ciudad de sus padres.

Y en esa situación el Señor envía entonces a Ezequiel para comunicarles la Palabra de Dios. El profeta tiene que revelar ante la congregación en el cautiverio la sentencia de destierro dictada contra Judá. Tiene que acabar con toda su esperanza en una restauración de Jerusalén. Él, esa persona sensible y sacerdotal, tiene que abrirles los ojos a las palabras de juicio de Yahvé, que se van a cumplir. Repetidas veces se oye en medio de sus palabras:

"Conocerán (sabrán) que yo soy Yahvé".

Podríamos escribir esto como encabezamiento de sus profecías. Yahvé se reafirma, precisamente en el juicio sobre Jerusalén. Él vela por su honor. Ezequiel tiene que poner fin a toda soberbia y optimismo. Los exiliados tienen que entender qué es lo que realmente ocurrirá cuando dentro de poco Jerusalén se convierta en una escombrera polvorienta. Eso no significará ninguna derrota para Yahvé, ni la destrucción de su Iglesia. No, aquello será el único camino por el que va a obrar la salvación.

Puesto que le complazca crear a partir del despreciado exilio un nuevo pueblo. Va a haber un futuro, pero en el tiempo que Dios quiera.

Y cuando Ezequiel ya lleva años anunciando el juicio, un día llega la mala noticia a la tierra del cautiverio: ¡la ciudad ha caído! Esto produce una incisión en sus profecías. A partir del capítulo 34 encontramos profecías de salvación. El mismo profeta que antes quitó toda esperanza terrenal y nacionalista, va a comenzar ahora su ministerio de consolación (en Jeremías observamos el mismo cambio). Yahvé, que por amor a su propio nombre expulsó a Judá de Jerusalén, va a restaurar de nuevo a Jerusalén por amor a su nombre. Ezequiel ve visiones de un nuevo templo, una nueva Jerusalén. Toda potencia enemiga es vencida. Vuelve el paraíso, y el nombre de la ciudad es: "Yahvé allí". ¡Y así conocerán, que Él es el Señor!

**Llamamiento a vigilar sobre la casa de Israel: profeta del juicio**

"Si me olvidare de ti, oh Jerusalén,
pierda mi diestra su destreza…" (*Sal. 137:5*).

Seguro que este juramento dominaba el pensamiento de Ezequiel. ¿Acaso el Señor no se había vinculado a su ciudad amada? ¿No estaba allí 'el lugar' que Él había elegido para sí? ¿No se encontraban allí los altares? Yahvé, Jerusalén y el templo, ¿no formaban 'un cordón de tres dobleces'?

Sin embargo, ¿qué es lo que ve el sacerdote en el exilio? Es como si los querubines se hubieran separado del templo y llevaran el trono de Yahvé por la región de los cautivos. En medio de una tormenta se acercan cuatro seres compuestos, a su lado ruedas que pueden moverse en cualquier dirección; por encima de ellos (*1:22 ss.*), apoyado sobre una expansión de cristal, un trono azul celeste y Alguien sentado en él.

Los exégetas que se inclinan por la alegorización y espiritualización disfruta n de semejante visión. ¡Cuántas explicaciones se han dado ya de la "rueda en medio de la rueda" (*1:16*)! Como por ejemplo el siguiente espiritual negro:

Ezequiel vio la rueda del tiempo
Rueda en medio de rueda,
Cada radio era humano…
La rueda grande giraba por fe,
La rueda pequeña por la gracia de Dios,
Rueda en medio de rueda,
Allá en medio del aire…

O para decirlo en palabras de un exégeta neerlandés: "La horca en la que Amán mismo tiene que ser colgado es una rueda dentro de su rueda. El ángel que mata a los asirios es la rueda en medio de la rueda de Senaquerib".

De este modo se hace una distinción entre las dos ruedas, una de ellas es humana, y la otra, divina. Pero esto es puro capricho; hay que leer la Biblia con ojos normales, aguzados por la Escritura misma. Se trata aquí de las ruedas del trono de Dios, que no se pueden torcer, que giran en cualquier dirección, capacitadas por el Espíritu Santo. Y saben lo que hacen, puesto que están llenas de ojos.

Por encima de los querubines se oye una Voz que los dirige (*1:25*). Y esta Voz empieza a hablarle también al asustado Ezequiel: lo llama para actuar como profeta del exilio (*cap. 2*). Un rollo escrito le es extendido, lleno de lamentaciones, suspiros y endechas. Y recibe la orden de comérselo. Él tiene que traer la Palabra, sí, sólo la Palabra, a un pueblo incrédulo (*3:4 ss.*). Está puesto como atalaya sobre la casa de Israel: si no amonesta al impío, su sangre le será demandado de su mano (*3:16 ss.*). "El que oye, oiga; y el que no quiere oír, no oiga" (*3:27*). El Señor, sentado en su trono sobre querubines (*3:22 ss.*), le llamó a este puesto tan difícil. Y Ezequiel obedeció –por más difícil que le resultara– como uno que lleva su cruz…

**Un lenguaje profético rico en imágenes. El tridente "espada, hambre, peste".**

Hablando acerca del frente en el norte de África, Goebbels lo llamó en cierta ocasión 'jugar a los soldaditos en la arena'. Pero Ezequiel tenía que hacer de verdad algo por el estilo. Como dibujar en un adobe el mapa de Jerusalén y luego añadir máquinas de asedio en miniatura alrededor. También tenía que colocar una plancha de hierro entre sí y 'la ciudad': un 'telón de acero' impenetrable bloquea el acceso de la ciudad de Dios a su Yahvé.

El profeta también tenía que acostarse sobre su lado izquierdo durante trescientos noventa días y sobre su lado derecho cuarenta días. Su brazo desnudo y amenazante amonestaría a la ciudad. La ración de comida había de ser frugal, en pequeñas medidas cocinadas al fuego de estiércol (*cap.4*). Era una profecía visual sobre la inminente necesidad y la miseria de la Jerusalén asediada. El tridente de la epidemia, el hambre y la espada (*5:12*) iban a hacer su obra devastadora: es Yahvé mismo, que, ofendido, hace valer su celo y muestra su enojo (*5:13*); es la venganza anunciada en el Pacto por la profanación del santuario (*5:11*). Sí, también en los montes Israel sirvió a los ídolos, y por ello un juicio arrasaría todo lugar alto. Solo un 'resto' se convertiría en el cautiverio, y conocería su propia miseria (*cap. 6*).

A lo largo del capítulo 7 retumban los avisos como tambores: ¡Viene el fin! ¡El tiempo viene! ¡De fuera espada, de dentro pestilencia y hambre! Todo se derrumba. Nadie sale a la batalla, ni aunque tocaran trompeta (*v. 14*); no hay profeta ni sacerdote que ejerza su ministerio (*v.26*), el gobierno

está desesperado (*v. 27*), sus riquezas no sirven de nada (*v. 19*), los ídolos defraudan… "Según su camino haré con ellos, y con los juicios de ellos los juzgaré. Y sabrán que yo soy Yahvé" (*v. 27*).

**Las abominaciones en el lugar santo**

¿De veras está todo tan mal? ¿Tiene que ocurrir todo esto de esta manera? La siguiente visión de Ezequiel mostrará que el juicio ha de venir.

Un día en el que los ancianos de Judá le están consultando, el Espíritu de Dios lo lleva en visiones a Jerusalén, donde visita el complejo del templo. ¡Cuántas veces durante el exilio él habría deseado pisar las entradas al templo! Y ahora se hace realidad, 'en el Espíritu' entra Ezequiel al atrio: "nuestros pies estuvieron dentro de tus puertas, oh Jerusalén" (*Sal. 122:2*). Pero, ¡qué decepción le espera! Pues no ve otra cosa que abominaciones, es decir: objetos de idolatría y rituales idolátricos. Al lado de la puerta septentrional hay una imagen de la diosa cananea del sexo, Astarot (*8:3*); en una de las estancias hay setenta ancianos que se dedican a un culto místico egipcio, bajo la dirección de un hijo del reformador Safán (*8:7-12*). También se practican ritos babilónicos: unas mujeres endechan al dios muerto Tamuz (*8:14*); de espaldas al templo, unos hombres se postran hacia el oriente, ante el sol saliente. Así ha sido profanado el templo por la religión falsa internacional. ¿Y no ha de venir el juicio sobre este sacrilegio del lugar santo?

Por lo tanto, Ezequiel ve cumplirse el juicio. Primero se acercan siete hombres; uno marca con una señal a los 'objetores' de las abominaciones y los protege de este modo del juicio. Los otros matan a todos los que no llevan la señal salvífica en la frente.

Además, Ezequiel vuelve a ver el 'carro' con el trono de Yahvé, que vio antes en el exilio. Este carro está al lado del templo, como si viniera a recoger a Yahvé. El Señor va a abandonar el templo. Aunque se produce en etapas, vacilante, la gloria del Señor se está alejando del templo. "He aquí vuestra casa os es dejada desierta" (*Mt. 23:38*). Y: "Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios" (*1 P. 4:17*). De en medio del carro de querubines se esparce fuego sobre la ciudad (*10:2*; comp. *Ap. 8:5*). Ciudad y templo están perdidos sin remedio.

Sí, Ezequiel tiene que profetizar, como si fuera en una visión, contra un grupo de veinticinco ancianos, posiblemente los mismos que estaban tan ocupados en adorar al sol de la manera babilónica. Estos hombres se sienten seguros: "Esta será la olla, y nosotros la carne" es su lema. Pero el profeta les dice que la ciudad no es la olla que les va a proteger. Y mientras está profetizando, uno de los príncipes cae muerto. Esto le lleva a Ezequiel a orar: ¡Ah, Señor Yahvé! ¿Destruirás del todo al remanente de Israel?" (*11:13*). Ezequiel fue un intercesor para su pueblo, como lo fueron también otros profetas como Amós y Jeremías. El Señor le da una respuesta clara a

su oración. No tiene que dejarse influir por el lenguaje soberbio de Jerusalén, que desdeña a los hermanos en el exilio porque el Señor y su templo están lejos de ellos, y que se cree segura en su tierra. Pues el Señor elige su residuo del cautiverio (*golá*). De entre los exiliados recluta su futura Iglesia. Un día, el Señor dará a los cautivos un regreso; y aún más: una vuelta a su servicio, un espíritu nuevo y un corazón de carne. Ahora Ezequiel ve apartarse del templo la gloria del Señor. Y sabe que Dios realiza su plan de salvación a través de los juicios; sabe que Él será de nuevo un santuario a su pueblo (*11:13-25*).

Recordemos que el Señor le mostró todo esto primero a Ezequiel para que él mismo aprendiera a desprenderse de sus esperanzas acerca de Jerusalén y a esperar solamente en Él. El Señor le habló de forma muy clara en imágenes sacerdotales. Y luego, Ezequiel tenía el cometido de dirigirse a los dirigentes y el pueblo en el exilio y quitarles todos los sueños nacionalistas: ¡El juicio viene! Y por último, se nos habla a nosotros. El uso que el Nuevo Testamento, y en concreto *Apocalipsis*, hace de *Ezequiel*, muestra la vigencia de estas profecías y visiones para la Iglesia de hoy. La segunda destrucción del templo sobrevino a causa de los mismos pecados. Pero tampoco entonces se echó a perder el plan de salvación: la Jerusalén de arriba da a luz a sus hijos. Tan seguro como que todo abandono del Señor está bajo juicio, así también actualmente, de seguro habrá un residuo que será el pueblo del pacto, hasta el fin de los tiempos.

**El lodo suelto de los falsos profetas, que prometen ‘paz’**

Uno se puede asombrar de la cantidad de actos simbólicos que Ezequiel tuvo que llevar a cabo para convencer a sus compatriotas del triste destino de Jerusalén y sus líderes. Está claro que, a la mayoría, sus palabras les dejan indiferentes. “Se van prolongando los días, y desaparecerá toda visión”, según la opinión pública. O: “La visión que éste ve es para de aquí a muchos días, para lejanos tiempos profetiza éste” (*12:22, 27*). Por lo tanto, el profeta persevera en su labor. ¡Helo aquí, saliendo de su casa por un camino insólito, cargado con sus enseres como un exiliado (*cap. 12*)! ¡Así huirá luego el rey de Judá! Le cazarán en una red y le llevarán a Babilonia.

Y bien, ¿cómo es posible que sigan con la esperanza de que Jerusalén se salve? ¿No han anunciado todos los profetas fieles el juicio? Efectivamente, pero también hubo profetas y profetisas falsos que, en el nombre del Señor, profetizaron adivinaciones mentirosas y visiones vanas. Y, como suele ocurrir siempre, tuvieron mucho éxito. Pero Ezequiel compara su comportamiento con el de recubrir una pared rota. ¿De qué sirve esta restauración superficial, este grito de “paz, paz”, si dentro de

poco se desata la tormenta (*cap. 13*)? En las últimas de sus tesis de 1517, Lutero se basó en *Ezequiel* 13:10 y ss.:

> Fuera, pues, todos aquellos profetas que dicen al pueblo de Cristo: "Paz, paz"; y no hay paz, o que prosperen todos aquellos profetas que dicen al pueblo: "Cruz, cruz" y no hay cruz.
> Es menester exhortar a los cristianos que se esfuercen por seguir a Cristo, su cabeza, a través de penas, muerte e infierno.
> Y a confiar en que entrarán al cielo a través de muchas tribulaciones, antes que por la ilusoria seguridad de paz.

¡No hay que predicar una falsa paz! Esta ha sido la misión que Ezequiel llevó a cabo fielmente. Y todos los que hoy predican la Palabra del Señor, tienen que atenerse a ello. Por eso es tan sumamente importante que veamos cómo el profeta hace oír su mensaje, de forma reveladora y sin tener consideración alguna.

La ambigüedad, tener al Señor como última reserva, como auxilio en caso de accidentes, es inaceptable. ¡Ay de aquel profeta que se adapta a los que le consultan ¡ (*14:1-11*). Cierto, la gracia apunta como la luz del alba; un día sin falta llegará el tiempo de salvación (*14:11*, *21-23*). Pero primero se acercan inexorablemente los cuatro juicios; implacablemente, pues intercesores como Noé, Daniel y Job no los pudieran apartar (*14:14, 20*).

**La corrupción de lo mejor**

El deterioro de lo mejor es lo peor que puede pasar. Jerusalén es como una vid noble, pero si esa vid no produce fruto, su madera ya no sirve para nada (*cap. 15*). ¡Se la echa al fuego y será quemada (*Jn. 15:6*)! Cuando Cristo habla de sí mismo como la vid verdadera, se refiere a las parábolas de *Ezequiel* 15 y 19, y de *Isaías* 5:1-7 (cf. también *Sal. 80*). Continuamente podemos comprobar que el Antiguo y el Nuevo Testamento forman una unidad.

De eso nos percatamos también cuando leemos el capítulo siguiente. En él se caracteriza a la Iglesia como una joven a la que el Señor encontró abandonada, la adoptó y cuidó. Él hizo un pacto con ella, extendió su manto sobre ella: y fue suya. Pero, ¿qué hizo la joven? Se prostituyó con forasteros: egipcios, asirios, babilonios. ¿No encontramos en el Nuevo Testamento la misma imagen transferida a la Iglesia? Cristo llama *generación adúltera* al Israel de su época en la tierra. Pablo compara el matrimonio con la relación entre Cristo y la Iglesia. En *Apocalipsis* se describe a la gran ramera, y frente a ella a la Iglesia como novia pura. Precisamente en *Apocalipsis* leemos acerca del juicio sobre la mujer infiel. Esto se relaciona muy estrechamente con lo que leemos en *Ezequiel* 16 sobre este tema. El lector notará que el lenguaje utilizado aquí no es nada

remilgado. El profeta, y así lo hace toda la Biblia, llama las cosas por su nombre. No hay que escandalizarse por ello; mejor avergonzarse de ese silencio hipócrita de nuestra sociedad, que no sabe qué hacer con el *Cantar de los cantares*. La Biblia es capaz de denunciar la corrupción de la vida sexual, precisamente porque predica también la gracia que se muestra en ella. Pues esta vida es la imagen de lo más hermoso y lo más noble que existe: la relación entre el Señor y su pueblo. Ezequiel puede predicar que el Señor, a pesar de las infidelidades de Judá, restaurará aquella relación: "Antes yo tendré memoria de mi pacto que concerté contigo en los días de tu juventud". Habrá una reconciliación (*16:60, 63*).

No obstante, aunque haya perspectiva para el futuro, esto no le impide a Ezequiel llamar la atención una y otra vez sobre la deslealtad de Judá. No es sólo frente al Señor que Judá ha roto su compromiso. Sedequías y los suyos han roto también su alianza con Babilonia al aliarse políticamente con Egipto (*cap. 17*). A este quebrantamiento de juramento le seguirá la exterminación. Y pueden intentar descargarse de la responsabilidad al decir:

Los padres comieron las uvas agrias,
y los dientes de los hijos tienen la dentera (*18:2*).

Pero no se puede echar toda la culpa a 'los padres'. Obviamente, hay algo así como la solidaridad de las generaciones, ¡nadie lo va a negar! Pero al mismo tiempo, cada uno sigue siendo responsable de lo que hace. ¡La Ley está redactada en singular! El hombre, el 'alma' que pecare, esa morirá. El hijo no llevará la iniquidad de su padre. Los hijos de Coré no murieron. Por lo tanto, está mal decir: "No es recto el camino del Señor" (*18:25, 29*; *33:17*). Por el contrario: son los caminos de Israel los que no son rectos. No sólo por los pecados de los padres, sino también por la iniquidad de los hijos se acerca el juicio. ¡Convertíos, pues, y viviréis!, suena la exhortación del profeta desde siempre.

Pero ¿quiere convertirse la casa de Israel?

La casa real en Jerusalén no cambió de actitud, por lo que el profeta tuvo que pronunciar su lamentación contra los gobernantes de Israel. Escuchamos expresiones familiares: un león que es atrapado, y una vid que se seca y se quema (*17:1 ss.*).

Los que están en el exilio tampoco quieren abandonar sus sueños nacionalistas. Ya hemos leído antes que los ancianos del pueblo en el cautiverio fueron a consultar a Ezequiel (*14:1*; comp. *8:1*). Esto es lo que vuelven a hacer ahora, pues por lo visto albergan todavía un rayo de esperanza. Pero Ezequiel, indignado, rehúsa recibirles, en nombre del Señor. Igual que Esteban, más tarde, hizo un repaso de la historia del Pacto ante el Sanedrín, para demostrar la culpa de los judíos de su tiempo, así

también el profeta pone la apostasía de los antepasados ante los ancianos, como si sostuviera un espejo. Y es que, en muchos aspectos, el parecido con los antepasados se hace evidente, pues servían a los ídolos de madera y de piedra como los demás pueblos (*20:32*). ¿No provocará esto el juicio, el brazo extendido de Dios y su enojo derramado? De nuevo, como en los días del Éxodo, aparece 'el desierto': "Como litigué con vuestros padres en el desierto de la tierra de Egipto, así litigaré con vosotros cara a cara, dice Yahvé el Señor". El Pastor de Israel ejecutará la venganza del Pacto. ¡El nuevo 'desierto de las naciones' es el exilio! (*20:33 ss.*). Pero luego, las palabras que se oyen una y otra vez en las profecías de Ezequiel: "Y sabréis que yo soy Yahvé", se repiten una vez más en este capítulo (*v. 42,* cf. *v. 38*); sin embargo, ahora ya no anuncia ningún juicio, sino la gracia, pues el Señor se revelará también de otra manera: se va a producir un regreso, un éxodo. "En mi santo monte, en el alto monte de Israel, dice Yahvé el Señor, allí me servirá toda la casa de Israel, toda ella en la tierra" (*v. 40*). "Y sabréis que yo soy Yahvé, cuando haga con vosotros por amor de mi nombre, no según vuestros caminos malos ni según vuestras perversas obras, oh casa de Israel" (*v.44*).

Quizá parezcan todos aquellos anuncios de juicio demasiado monótonos, ya que aún van a venir muchos más. Fíjese entonces en lo variado de las expresiones del profeta. No es una predicación aburrida; el juicio sobre la ciudad del templo se anuncia de manera muy expresiva. Ezequiel tiene que gemir por las noticias de calamidades, lamentarse de la amenazante espada de guerra, y dibujar la bifurcación de los caminos que llevan a Amón y a Jerusalén. El rey de Babilonia vacilará en ese punto: si primero atacar al Rabá de los rebeldes amonitas, o si dirigirse antes a Jerusalén. Un oráculo mediante saetas señala a Jerusalén; hacia allá se vuelve la espada primero, luego le tocará el turno a Amón. El rey de Judá tiene que quitarse la corona, la ciudad se convierte en una ruina. ¿Qué puede haber peor que la pérdida del esplendor de la ciudad del templo y de la casa real? Cae la noche, pero no es una noche sin amanecer; hay un límite a la miseria: "hasta que venga aquel de quien es el derecho, y yo se lo entregaré" (*21:27*). El Mesías, que devolverá la gloria a la casa de David, va a venir. Ezequiel fue capaz de anunciar el juicio, porque sabía que Dios nunca aplazaría para siempre la venida de la era mesiánica. ¡Qué consuelo es esto, también para hoy! Cuando leemos esto, nuestra atención es atraída hacia la última parte de *Ezequiel*, en la que se profundiza con más detalle en las promesas mesiánicas (*caps. 36-48*). Pero, de momento, predominan las profecías de juicio.

**Un abandono total del Pacto; ninguna endecha**

Jerusalén es una ciudad llena de sangre, y lo sigue siendo. De las clases altas hasta las bajas, sacerdotes, gobernantes y pueblo violan los

derechos del Señor. Tal como Jeremías buscó a hombres justos (*Jer. 5:1 ss.*), pero no los encontró, así buscó también Ezequiel a alguien que pudiera ponerse en la brecha, a favor de la tierra, y apartar la desgracia; pero no halló a nadie (*Ez. 22:30*). Incluso los profetas recubrían con lodo suelto, profetizando prosperidad (*22:28*). Más que Samaria (Ahola), Jerusalén (Aholiba) ha cometido fornicación, traicionando al Señor. El capítulo 23 describe con gran realismo, comparable al del capítulo 16, cómo Jerusalén-Aholiba se juntaba con Babilonia y Egipto, si, con 'borrachos del desierto' (*v.42*, traducción de la Biblia en neerlandés), por lo que le espera un juicio semejante al de Samaria-Ahola. Jerusalén, la ciudad cubierta de sangre, es como una olla oxidada sobre una gran hoguera (cf. *11:3*). El contenido de la olla se quema, los habitantes no están en absoluto a salvo en Jerusalén, como pensaban. Pero el fuego es el único remedio para quitar las manchas de herrumbre, para quemar sus culpas de sangre. La ciudad ha de caer (*24:1-14*).

Ezequiel ilustrará esta caída en su propia vida. Su mujer va a morir, y él no puede ni llorar, ni guardar luto, ni comer pan de enlutados ni lamentarse. Y eso que su mujer era "el deleite de sus ojos", tanto le gustaba mirarla. Ezequiel tenía que ser así una señal para su pueblo. Ya que el templo de piedra, el deleite de los ojos de Israel, sería profanado, mientras que los jóvenes caerían muertos alrededor. Abatidos, los ojos sin lágrimas, lo verán y "sabrán que yo soy Yahvé el Señor" (*24:24*). De momento, esta triste profecía, tan intensamente entrelazada con la propia vida, ahora solitaria, de Ezequiel, sería la última. El asedio de la ciudad santa había comenzado. Dentro de poco vendría un fugitivo con la noticia de la caída. Y entonces el profeta volvería a hablar –palabras de consuelo–.

**Las naciones sabrán que Él es el Señor**

Primero leemos profecías sobre siete pueblos de alrededor. Naciones de las que Israel se resintió. Naciones que quizá hicieron por poco tiempo un frente común con Judá, cuando se trataba de oponerse a Babilonia, pero que se rieron con desdén cuando ésta fue la primera en caer víctima del afán expansionista de Babilonia. El viejo odio salía de nuevo al descubierto.

Allí estaban 'los hijos de Lot', Amón y Moab. ¡Cuánto se alegraron a causa de la caída de Jerusalén (*25:6, 8*)! El pueblo hermano Edom estaba lleno de sed de venganza, lo mismo que el viejo pueblo de los filisteos. Pero el Señor iba a extender su mano sobre aquellas naciones vecinas. "Y sabrán que yo soy Yahvé". ¿Qué es lo que ha quedado de aquellas pequeñas naciones, hoy en día?

Y luego Tiro, y la cercana Sidón. Nada menos que tres capítulos se dedican a ellas. En *Apocalipsis* 18 escuchamos el eco. Los fenicios que vivían en estas ciudades, eran los holandeses o ingleses de la antigüedad.

Sus barcos navegaban a todas partes, por doquier fundaban colonias: en Chipre, Malta, Sicilia, Cartago y España. Es lógico que los exiliados siguieran ansiosos la evolución de los sucesos internacionales. ¿Qué iba a pasar con las ciudades fenicias? Sus gentes se alegraron de la caída de Jerusalén; se había quitado de en medio un estorbo y el mercado libre encontró una puerta abierta: ¡"Ea, bien, quebrantada está la que era puerta de las naciones" (*26:2*)! El negocio piensa aprovecharse de cualquier circunstancia.

Pero, desde el exilio, Ezequiel empieza a profetizar. Tiro, la ciudad a orillas del mar, será rodeada por multitud de pueblos. "Y sabrán que yo soy Yahvé". La marea sube contra Tiro y la cubre (*26:3, 19*). El mundo entero temblará y lamentará su caída. Sí, el profeta mismo levantará endechas. Léalo con atención y maravíllese de su gran conocimiento de causa. Tiro es como un navío, un 'castillo' de mar, un *Titanic*, que naufraga:

> En muchas aguas te engolfaron tus remeros;
> viento solano te quebrantó en medio de los mares.
> Tus riquezas, tus mercaderías, tu tráfico, tus remeros, tus pilotos,
> tus calafateadores y los agentes de tus negocios,
> y todos tus hombres de guerra que hay en ti,
> con toda tu compañía que en medio de ti se halla,
> caerán en medio de los mares el día de tu caída (*27:26, 27*).

El rey de Tiro había sido puesto en el santo monte de Dios, como si estuviese en un paraíso. Pero él quiso ser como Dios, por lo que perdió su 'jardín del Edén' y fue echado fuera por el querubín (*28:11-19*). Al igual que Tiro, también Sidón caería un día. Esto no sería una consecuencia necesaria del curso de los acontecimientos, una ley de la Historia; no, Yahvé mismo se mostraría en los juicios como el Santo. Los juicios sobre las naciones vecinas terminan siendo predicaciones de consuelo para Israel, que algún día regresará del cautiverio. "Y vivirán confiadamente, cuando yo hago juicios en todos los que los despojan en sus alrededores" (*28:26*).

Bien es cierto que Tiro no fue tomada enseguida. Nabucodonosor lo intentó varias veces, sin éxito (*29:17 ss.*). Por tanto, el Señor le dio la tierra de Egipto como 'compensación de su paga'. Aquella nación orgullosa en el delta del Nilo, en la que Jerusalén había puesto su última esperanza, iba a ser quebrantada. Otra vez habla Ezequiel con mucha elocuencia, y muestra un gran conocimiento de causa. También sobre el faraón compone una lamentación (*32:1-16*). El reino de los muertos (*Seol*), que un día se tragó a los grandes de Asiria y Elam, que de los viejos pueblos fueron los que más terror habían sembrado, también se tragará al faraón y su ejército (*32:17-32*).

Y recordemos: todo esto se ha escrito como un consuelo vivo para el pueblo de Yahvé. Frente a este campo lleno de huesos y el de Jerusalén, aparece en el capítulo 37 el valle de los huesos secos que reviven. La trompeta de la muerte (de los egipcios) toca al mismo tiempo la señal del triunfo de la vida. ¿Acaso no fue así también en el Éxodo? El Señor quebrantará otra vez todo poder terrenal, para que la Iglesia crea en el poder vivificador de su Palabra.

**Nuevo llamado para ser atalaya sobre la casa de Israel: profeta de la salvación**

Ya sabemos que Ezequiel no se hacía oír desde el asedio de Jerusalén (*24:27*).

Pero eso va a cambiar: de nuevo él es designado como vigilante sobre Israel (*33:1*-*9*; cf. *3:16*-*21*). ¡De su fiel testimonio depende la salvación de las personas! Así dice el Señor…

Y ahora llega la mala noticia de la caída de Jerusalén, un fugitivo trae el mensaje del cumplimiento del juicio de Dios. El Señor ha confirmado las palabras de su profeta, los cautivos sabrán que Él es Yahvé. Ahora que el Señor ha hablado de ese modo, Ezequiel puede volver a hablar (*33:21, 22*). Y no es como antes, ahora le escuchan. Pero que no se engañe el profeta. Entre oidores y hacedores de la Palabra hay una diferencia notable. Todo lo que dice Ezequiel les parece muy 'bonito', pero lo aprecian como las canciones de moda de algún cantante. "Oirán tus palabras, pero no las pondrán por obra. Pero cuando ello viniere (y viene ya), sabrán que hubo profeta entre ellos" (*33:30*- *33*).

Y en los capítulos siguientes leemos acerca de 'lo venidero'. Igual que el profeta bosquejó primero un tiempo de calamidades, así, por mandato del Señor, va a mezclar todos sus tintes para dibujar ahora los preparativos para la realización del tiempo de salvación.

Tenemos ahí esa imagen tan bella del Buen Pastor (*34:11 ss.*). Israel había sufrido hasta lo indecible a causa de los malos pastores. El desmán de los ministros oficiales llevó el rebaño a la perdición. Pero ahora, el Señor mismo toma el cayado del pastor en su mano, sí, Él elegirá un solo pastor que los apacentará: "su siervo David". La tierra recuperará su aspecto paradisíaco. En contraste con ello: el adversario Edom se convertirá en desierto (*cap. 35*). "Y sabrán que yo soy Yahvé". No es por Israel, sino por su propio nombre que el Señor restaurará a su pueblo a su gloria anterior. Será reunido otra vez desde el exilio; se convertirá. El Espíritu de Dios cambiará el corazón de piedra por uno de carne; el conocimiento de la miseria se unirá a la experiencia de la redención y al agradecimiento (*cap. 36*).

¿Suena increíble, esta metamorfosis? Desde el punto de vista de los hombres, sí. ¿Cómo puede provenir algo de un pueblo muerto e impuro? Aquí toda expectativa se ha esfumado.

Por eso, a propósito de estas preguntas, el Señor le muestra al profeta un valle lleno de huesos secos. ¿Es el resultado de una batalla devastadora de tiempos antiguos? ¿No se parecía el pueblo de Israel a este campo lleno de huesos? "He aquí, ellos dicen: nuestros huesos se secaron, y pereció nuestra esperanza, y somos del todo destruidos" (*37:11*). Pero Ezequiel no debe conformarse con aquel lenguaje derrotista. En la visión el Señor le manda a profetizar sobre los huesos y llamar al Espíritu de los cuatro vientos, para que revivan. Y así lo hace. Ezequiel habla, y se convierten en un ejército enorme, que está vivo. Es la imagen de la resurrección de Israel; le espera un nuevo nacimiento. Hay esperanza incluso para las tribus de José; amanece un futuro mesiánico; la antigua promesa del pacto se vuelve a repetir: "Seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo" (*37:27*; comp. *Ap. 21:3*).

A lo largo de la Historia, la visión de los huesos secos ha servido muchas veces para ilustrar la necesidad y la posibilidad de un avivamiento espiritual. Y por supuesto, cuando usted lee que Cristo habla con Nicodemo sobre el nacimiento que viene de arriba, lo puede relacionar con estas viejas profecías (comp. *Jn. 3:5* con *Ez. 36:25*; *Jn. 3:6, 8* con *Ez. 37:9, 10*). La visión de Ezequiel nos enseña también de una manera maravillosa que el nuevo nacimiento se produce por medio de la Palabra, la profecía. ¡No hay un avivamiento 'espiritual' sin la Palabra!

Sin embargo, guardémonos de limitar el cumplimiento de estas profecías a una mera conversión de 'almas'. Una vez tras otra leemos sobre promesas acerca de la vuelta a la prosperidad de la tierra y el pueblo. Un jardín del Edén sustituirá a la tierra asolada (*36:35*; comp. *35:14, 15*). No hay que trasladar aquellas promesas enseguida a 'lo espiritual'. Ya que las promesas de Dios se refieren, para los que creemos en la resurrección de la carne, a la restauración de la creación entera. El "todo se arreglará" se oye en todas las profecías de salvación. La relación entre Dios y el pueblo del Pacto; la relación entre los hombres; y también la relación entre el hombre redimido y la creación. Cuanto más inspirados por el Espíritu se lean las profecías, más amplio será su significado: "Esta tierra que era asolada ha venido a ser como el huerto del Edén".

Así es como suena la profecía del futuro.

**Porque he aquí los reyes de la tierra se reunieron, pasaron todos… (*Sal. 48:4*)**

El futuro no se abrirá camino sin perturbaciones. Antes de que Ezequiel vaya dibujando cómo el Señor santifica a Israel por medio de su santuario, y cómo permanece para siempre entre su pueblo (*37:26-28*),

advierte que hay todavía una amenaza enemiga más que acecha. Gog, de la tierra de Magog, atacará a los que han vuelto a habitar los escombros y al pueblo que mora en ‘el ombligo’ de la tierra (*38:12*). El ataque de los aliados es poderoso; el enemigo “acosa con furia y con afán” al pueblo de Dios, “por armas deja ver, astucia y gran poder”… No obstante, Dios luchará contra él y triunfará sobre este anticristo del Antiguo Testamento: los cadáveres de la multitud de Gog llenarán un valle, aves de rapiña acudirán en masa a esta ‘victima’ (*39:17 ss.*; comp. *Ap. 19:17 ss.*). Por lo menos siete meses durará hasta que hayan enterrado todos los cuerpos (*39:12*), y siete años tardarán en hacer desaparecer las armas (*39:9 ss.*). Al mismo tiempo, Israel revive, se produce un cambio en el destino de Jacob. “El final de Gog es el comienzo del Israel nacido de nuevo” (según Noordtzij en el “Breve Comentario”, *Korte Verklaring*).

Al preguntar por el cumplimiento de esta profecía, no hay que dejarse confundir por gente que convierte Mesec (*38:2*) en Moscú, o Magog en los mongoles: de esa manera ‘Gog’ sería el representante de Rusia. En la propia historia de Israel se puede señalar un período, del 167 al 161 a.C., en el que los macabeos derrotaron al ejército de Siria del Norte (compárese también con lo que dice *Daniel* al respecto). Naturalmente, con ello no se ha agotado el cumplimiento de esta profecía, escrita de forma tan poética. Todo poder que se levanta contra la Iglesia caerá. Sí, el asalto de Satanás y los suyos a la Iglesia, la ciudad amada, en el Día del Señor, desembocará en su caída definitiva al lago de fuego y azufre; ‘Gog y Magog’ sufrirán el juicio de Sodoma (véase *Ap. 20:7-10*).

**La nueva Jerusalén**

De la misma manera que en *Apocalipsis* a la descripción de la caída de Gog y Magog y del Juicio Final le sucede el cuadro de la nueva Jerusalén, así también el final de *Ezequiel* nos ofrece un plano de una ciudad del templo restaurada. El final vuelve al comienzo. Leímos antes acerca de la ronda que efectuó Ezequiel en el templo que se había llenado de ritos paganos (*cap. 8*). Tuvo que observar finalmente, cómo el Señor abandonó el complejo del templo. Ahora sin embargo, hace otra ronda: un nuevo templo ocupa el lugar del que está destruido. Con exactitud refleja las medidas de los edificios. Este templo no es ‘un segundo templo’ sin más; no, es la garantía de que ha llegado la era mesiánica, que el Señor quiere habitar entre su pueblo para siempre.

No hay que aburrirse al leer todas aquellas minuciosas descripciones arquitectónicas, pues aquí, en un lenguaje simbólico, se trata de la gran promesa: “Hijo de hombre, este es el lugar de mi trono, el lugar donde posaré las plantas de mis pies, en el cual habitaré entre los hijos de Israel para siempre” (*43:7*). Ezequiel tiene el privilegio de contemplar el gran acontecimiento: ¡la gloria del Señor vuelve a su templo (*43:1 ss.*)! Por eso,

la nueva Jerusalén lleva por nombre: el Señor está allí (*Yahvé-sama*, *48:35*). La promesa del Pacto se está cumpliendo. Sí, el paraíso vuelve. Del templo sale un río de vida hacia el Mar Muerto, que gracias a ello vuelve a rebosar de vida. Ya no pende la condenación de Sodoma sobre Israel. En la ribera del río crecen árboles de vida (comp. *Ap. 22:1, 2*; *Jl. 3:18*; *Zac. 14:8*).

Aquí tampoco hay que apresurarse en dar a todo esto un sentido ‘espiritual’. Alguien dijo una vez: “El final del camino de Dios es la corporalidad.” La creación entera llega a ser el reflejo de la gloria de Dios. Desde el templo, donde está el trono de Dios, el río de la vida se abre camino (*47:1 ss.*; *43:7*; *Ap. 22:1*). ‘La naturaleza’ y ‘la gracia’ se encuentran en una perfecta armonía. Mire usted con atención a su alrededor: ¡este mundo será redimido!

Desde luego, las imágenes que se usan tienen un colorido veterotestamentario. Se habla todavía de un culto sacerdotal específico, de sacrificios para la expiación (*caps. 43, 44*). El ‘príncipe’ ocupa una posición concreta en medio de su pueblo. La mirada está puesta en primer instante en el tiempo después del exilio. No es de extrañar. Ezequiel les hablaba a sus contemporáneos deportados; eran palabras de consuelo, que se aplicaban a su situación. Pero para nosotros, como lectores neotestamentarios, la perspectiva es más amplia. *Apocalipsis* recoge los motivos de Ezequiel y los elabora. Nosotros también esperamos la Ciudad de Dios, aunque ya no habrá allí un ministerio de propiciación: el Cordero vivo está sentado en el trono junto al Padre. No hay templo en la Ciudad. Pero esto no impide la relación del Pacto: el Señor Dios y el Cordero es su templo (*Ap. 21:22*). La predicación de Ezequiel es capaz de consolarnos hoy: gracias a Cristo, el Sacerdote-Rey, no hay nada que impide que el Señor habite entre el Israel nacido de nuevo. El nombre de la ciudad será en lo sucesivo: el Señor está allí (*48:35*). Y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán (*Ap. 22:3*).

# DANIEL

## Literatura de resistencia para la guerra santa

El libro de *Daniel* nos transmite historias (*caps. 1-6*) y visiones (*caps. 7-12*). Por ello podríamos dividir el libro en dos partes. Sin embargo, no hay que separarlas radicalmente, pues entre las dos partes se observa una gran coherencia; tienen una misma orientación. Aquí nos encontramos con un ejemplo de 'literatura de resistencia', un arma en la vieja batalla que se proclamó en *Génesis* 3:15. El libro de *Daniel* se escribió para ser un consuelo y estímulo para la Iglesia, para llamarla a no relajarse en la resistencia y a mantener la antítesis.

Este libro es un libro para todos los tiempos. Como cualquier otro libro de la Biblia tiene que impactarnos también hoy. Pero, para entenderlo bien, debemos tener en cuenta la situación para la que se escribió en primer lugar, puesto que ésta se infiere claramente del libro, concretamente respecto a las visiones de los capítulos 7-12.

Leemos que la visión del cap. 8 se refería a un futuro lejano (*v.26*), que aludía al "tiempo del fin" (*v. 19*). Por eso, Daniel tuvo que guardarla y sellarla (*v. 26*). En 12:9 se trata de algo similar: "Anda, Daniel, pues estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin".

Así que el libro de *Daniel*, en cuanto a las últimas visiones, va destinado a aquel 'tiempo del fin'. Durante mucho tiempo, estas visiones, que Daniel puso por escrito en primera persona, se mantuvieron en secreto. Pero en 'los últimos tiempos' se hicieron públicas y contribuyeron considerablemente a aumentar la fortaleza del pueblo de Dios.

¿Cómo se podía determinar que había llegado 'el tiempo del fin', y por lo tanto proceder a abrir el testamento de Daniel? Pues bien, en 7:25 se habla de un rey que se apondría al Altísimo, a su pueblo y a su culto. Mientras que alrededor del Mar Mediterráneo hay, por lo visto, al mismo tiempo cuatro reinos (grandes bestias), este rey está representado por el cuerno con ojos y una boca llena de jactancia, que surge de la cuarta bestia y que lucha contra los santos y los vence (*7:20, 21*).

Para la gente de la época estaba claro que con ello se refería a Antíoco Epífanes. Se puede leer acerca de él en los libros apócrifos de los *Macabeos*. Él reinó en Siria sobre una parte del anterior reino de Alejandro Magno, desde 175 a 164 a.C., e intentó imponer la cultura helenística a los judíos, recurriendo a la violencia. Dedicó el templo a Zeus, y para los fieles comenzó un período de dura opresión.

> El día quince del mes de Kisléu del año 145 levantó el rey sobre el altar de los holocaustos la Abominación de la desolación. También construyeron altares en las ciudades de alrededor de Judá. A las

> puertas de las casas y en las plazas quemaban incienso. Rompían y echaban al fuego los libros de la Ley que podían hallar. Al que encontraban con un ejemplar de la Alianza en su poder, o bien descubrían que observaba los preceptos de la Ley, la sentencia del rey le condenaba a muerte. Actuaban violentamente contra los israelitas que sorprendían un mes tras otro en las ciudades; el día 25 de cada mes, ofrecían sacrificios en el ara que se alzaba sobre el altar de los holocaustos. A las mujeres que hacían circuncidar a sus hijos, las llevaban a la muerte, conforme al edicto, con sus criaturas colgadas al cuello. La misma suerte corrían sus familiares y los que habían efectuado la circuncisión.
> Muchos en Israel se mantuvieron firmes y se resistieron a comer cosa impura. Prefirieron morir antes que contaminarse con aquella comida y profanar el pacto santo; y murieron. Inmensa fue la cólera que descargó sobre Israel (*1 Macabeos 1:54-64*; *Biblia de Jerusalén*).

Está claro que en días en los que el poder idólatra triunfaba y se acumulaban las tentaciones, el libro de *Daniel* ejerció una influencia enorme. De la cita del primer libro de *Macabeos* se deduce que ‘abominación de la desolación’ y ‘pacto santo’ son palabras sacadas de *Daniel* (*9:27*; *11:31*; *12:11*). El mismo libro relata cómo Matatías, el padre de la resistencia macabea, dijo antes de morir:

> Ananías, Azarías, Misael, por haber tenido confianza, se salvaron de las llamas. Daniel por su rectitud, escapó de las fauces de los leones. Advertid, pues, que de generación en generación todos los que esperan en Él jamás sucumben (*1 M. 2:59-61*).

El libro de *Daniel* contribuyó a continuar la antigua lucha. Es una muestra de que también en el pasado había opresión, ídolos, y participación obligatoria en cultos paganos. Pero lo mismo que los creyentes perseveraban entonces, así tienen que volverlo a hacer. El que persevera hasta el fin, será salvo. La persecución no viene por cierto como algo que se ha escapado a la atención de Dios. Al contrario: cientos de años antes, Daniel ya vio la jactancia de la potencia antidivina, pero también el juicio inminente sobre ella; la derrota aparente de la Iglesia, pero también su triunfo.

Este ‘Libro de los Mártires’ y esta ‘Revelación a Daniel’ consolarn a la Iglesia en días en que ya no se oían voces de profeta. Pero no nos equivoquemos pensando que este rollo sólo tenía importancia para los períodos persa y macabeo, de resistencia contra la igualación. En varios lugares del Nuevo Testamento encontramos citas de *Daniel*, especialmente en aquellas secciones que tratan del futuro. Expresiones como ‘Hijo del

Hombre' y 'tiempo de (gran) angustia' son tomadas de *Daniel*. La caracterización en *Apocalipsis* de las potencias enemigas como 'bestias' la entiende el que conoce el libro de *Daniel*. Antes de su muerte, Cristo se refirió con énfasis a *Daniel*, cuando habló de la "abominación desoladora" (*Mt. 24:15*). Precisamente ésta Palabra del Cristo puede ser una indicación importante para la Iglesia de hoy, para saber cómo explicar esta 'Revelación' del Antiguo Testamento. Puesto que Cristo vio la visión de *Daniel* cumplirse de nuevo; y ahora no por el poder romano –que blasfemaba el nombre de Dios y que perseguía a la Iglesia–, sino por los propios judíos, que abusaban del templo como fortaleza idolátrica, y que de este modo colocaban allí una abominación que trae consigo la destrucción. La iglesia apóstata, que andaba tras profetas y mesías falsos y que crucificó al verdadero Profeta y Rey, era la que estaba dominada por la 'bestia'. Jesús elaboró este mismo tema con más detalle en *Apocalipsis*. El libro de *Daniel* no tiene por qué seguir siendo un libro cerrado; es una advertencia permanente a la Iglesia para que no sea nunca transigente. Mejor sufrir opresión que vergüenza. Hay una palabra que la Iglesia nunca debe aceptar, y es 'capitulación'. Y gracias al Hijo del Hombre, Jesucristo, que reserva las coronas para los santos que él llama, es posible perseverar hasta el amargo final; pero no apoyándose en las propias fuerzas (como hicieron los zelotes, los sucesores de los macabeos), sino confiando en la sola gracia.

Al considerar el libro de *Daniel* como 'literatura de resistencia para la guerra santa' tenemos que ser conscientes de que no podemos equiparar este libro con los 'escritos apocalípticos judíos'. Estos últimos favorecían la resistencia violenta contra los romanos, por lo que en realidad eran de carácter revolucionario.

En cambio, en *Daniel* se llama a una oposición relacionada al Pacto, tanto en las historias como en las visiones aclaratorias. La distancia entre *Daniel* y la posterior literatura judía de resistencia se muestra claramente cuando nos fijamos en la descripción de Daniel como un leal súbdito del reino babilonio y persa. Él y sus tres amigos no se dedican al sabotaje, sino que se entregan con todas sus fuerzas al gobierno del reino (*2:49*; *3:30*; *6:4, 29*).

Compárese en relación con esto también *Isaías* 45:1, donde se llama a Ciro el ungido de Yahvé, y *Romanos* 13:1-7. Ni el libro de *Daniel*, ni tampoco el libro de *Apocalipsis*, que en muchos aspectos están relacionados (las visiones explican allí las siete 'cartas'), aportan material para desarrollar una 'teología de la revolución'.

**Buscad primero el reino de Dios**

El libro de *Daniel* comienza con una comunicación sobre la primera ocupación de Jerusalén por Nabucodonosor. Como sabe, Jerusalén se rebeló luego dos veces, después de lo cual siguieron la segunda ocupación

y finalmente la tercera y la completa destrucción (en 597 y 586 a.C.). Después de aquella primera conquista (en torno a 605 a.C.) se llevaron los utensilios del templo, y además deportaron a unos jóvenes príncipes a la corte babilónica con el fin de impartirles un curso para convertirlos en pajes. La antigua tribu de David, que tenía la promesa del imperio mundial, tuvo que colaborar para la mayor gloria del gran rey de Babilonia. Según parecía, el Señor se había olvidado de sus promesas.

El curso de entrenamiento completo que tenían que seguir los jóvenes judíos, naturalmente les causó conflictos con las leyes de sus antepasados. Con la lectura de la literatura babilónica era posible pensar lo que quisieran; pero en cuanto a la comida preparada según ritos idolátricos, tenían que manifestar sus convicciones inmediatamente: Daniel y sus tres amigos decidieron pedir la exención. Cuando se les concedió un tiempo de prueba, tal como ellos propusieron, resultó que pasado ese tiempo ellos tenían mucho mejor aspecto que los demás candidatos. Su fe, que les hizo perseverar, no les avergonzó. Su negativa a ir en contra de las leyes acerca de los alimentos fue respetada, y después de concluir su formación el rey les tuvo en gran estima por su sabiduría. La 'aplicación' para los primeros lectores y también para nosotros está clara: mantengámonos firmes en la fe y no nos dejemos igualar nunca a 'Babilonia'.

Mientras tanto, Babilonia tenía la supremacía; eso lo demostraba la presencia de Daniel y sus amigos en la corte. No obstante, un sueño de Nabucodonosor mostró claramente que un día llegaría el fin para las potencias del mundo, y el reino prometido de Israel se abriría paso.

Los sabios de la corte de Nabucodonosor no le pudieron contar el sueño que había soñado. Daniel sí pudo, y así la sabiduría de este mundo ya fue avergonzada (compárese con José en el palacio del faraón). Además, en el sueño se reveló que el poder del mundo se iría a pique. El rey vio un coloso gigantesco: la cabeza era de oro, y representaba su reino. Pero mirando cuerpo abajo, el oro se sustituía por plata y ésta por bronce, y esto último por hierro y barro. Los reinos que vendrían después del reino babilónico (Media, Persia, el reino griego-macedonio y sus sucesores), disminuirían en brillo. La estatua gigante apenas se sostenía en pie. Una piedra, sin intervención de manos (*2:34*, *45*), se soltaría del monte y destruiría la imagen, y crecería hasta llegar a ser una montaña tan grande que llenaría todo el mundo.

No hace falta preguntarse cuál es el significado de esta roca mundial. Se explica claramente que simboliza el reino de Dios, que permanece para siempre y que no cede su lugar a otro reinado. Podemos afirmar que aquí se profetizó a Cristo, la Piedra que aplasta a todos los enemigos, pero también la Roca que es fundamento del templo de la Iglesia. Mientras que muchos quieren establecer este reino de Dios por medio de sus propias actividades, con la espada o con buenas obras, leemos aquí que aunque el reino de Dios

se vale de nosotros, no depende de nosotros. ‘Sin manos’ se suelta la piedra. El reino de Cristo no viene de abajo, sino de arriba. Al comenzar el reinado de Nabucodonosor, cuando Jerusalén no había sido destruida aún y la desgracia de la deportación total estaba todavía por llegar, ya entonces, el Señor reveló el hecho de la restauración futura por medio de su soberanía.

La explicación del sueño proporcionó grandes honores a Daniel, y gracias a ello altos puestos en el gobierno a sus amigos. Esto último tuvo como consecuencia que tuvieran que mostrar públicamente su fe. Nabucodonosor hizo erigir una estatua en la planicie de Dura, que no solamente tenía una cabeza de oro, sino que estaba cubierta de oro hasta los pies. Se organizó un mitin multitudinario, al que tenían que asistir todos los altos cargos. A la señal dada por una orquesta enorme, todos tenían que postrarse en adoración ante este símbolo del ciego poder estatal de treinta metros de altura. Los tres amigos, sin embargo, desobedecieron esta orden. Rechazaron firmemente negar al Señor. La muerte en el fuego sellaría su confesión. Hay que fijarse en el hecho de que estos hombres estaban abiertos a la posibilidad de un milagro, pero si este no se producía, seguirían negándose a adorar la estatua de oro (*3:17, 18*). No obstante, el milagro ocurrió: unos ángeles alrededor suyo les protegieron, y ni un cabello de sus cabezas fue dañado. Incluso Nabucodonosor tuvo que reconocer que el Señor había enviado a su ángel y había librado a sus siervos (*3:28*; cf.. *Hch. 12:11*).

No es difícil de entender el consuelo que esta historia proporcionó a los judíos en el período persa y después. Tenían que convivir, y a menudo colaborar, con autoridades idólatras. El libro de *Daniel* muestra que eso era posible, siempre que se aferrasen a los principios de la Escritura. En la época de la tiranía en Siria, cuando Israel vivía bajo una opresión muy dura, este relato subrayaba el requisito de guardar el primer mandamiento.

La Iglesia ha de ver siempre todo en las proporciones reales. El siguiente capítulo, que contiene una proclamación de Nabucodonosor, muestra lo relativo del poder del rey. Sólo el Altísimo tiene un poder absoluto, por lo que Él tiene que ser respetado por encima de todos los demás poderes. También en este tiempo presente, en que grandes potencias emergen en Oriente y Occidente, este mensaje conserva su actualidad.

**Él es el Dios viviente; su reino no será jamás destruido (*6:26*)**

En algunos monumentos suyos Nabucodonosor comparó a veces su reino con un árbol grande como el mundo, que daba sombra a las naciones. En un sueño que tuvo, se le mostró ese árbol. Dios suele hablar a las personas en su propio idioma; en cuanto a esto, pensemos también en el sueño del faraón. Sin embargo, aquel gigantesco árbol que el rey de Babilonia vio en su sueño, sería talado conforme al decreto dictado por el

decreto celestial (*4:17*). Al árbol, que por lo visto representaba a un hombre, le sería dado un corazón de animal, por espacio de siete tiempos. Daniel interpretó este sueño como una advertencia dirigida al rey. Pero Nabucodonosor desoyó su consejo y tuvo que pagar su orgullo con una locura de carácter transitoria. Hay una 'aplicación' maravillosa de este relato que se percibe al final de la proclamación: el dominio del Altísimo es sempiterno, y su reino por todas las edades.

> Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada;
> y Él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano y le diga; ¿qué haces? (*4:34,35*).

Al parecer los escribas judíos de la cancillería real que redactaron esta declaración, recurrieron a expresiones de Isaías (*Is. 40:17, 26*; *45:9*). Y escuchamos el cántico de Moisés como una música triunfal de fondo: "Yahvé reinará eternamente y para siempre" (*Ex. 15:18*).

También más adelante se nos dibuja el reinado de Yahvé. Cuando un regente en su soberbia abusa de los utensilios de oro provenientes del templo de Jerusalén, para emplearlos en una orgía sacrílega, aparece una escritura en la pared, o mejor dicho, una adivinanza, puesto que se podían leer las letras como: *mine* (una mina, aprox. 1 kg), *shekel* (=1/6 mina), ½ *mine*. Pero Daniel, a quien habían llamado para descifrar las palabras, lo leyó con otras vocales: *mene* – contado (es su reinado); *tekel* – pesado (y hallado falto); *peres* – roto (ha sido su reino y dado a los medos y persas). El poeta alemán Heinrich Heine escribió en un poema que Belsasar fue asesinado esa misma noche por sus siervos, sugiriendo de ese modo una revolución de palacio. Otros piensan en una invasión enemiga de los persas. Sea como fuere, el Dios cuyo templo estaba desolado, manifiesta aquí su majestad.

Cuando el reino babilonio da paso al gobierno del medo Darío, el Señor vuelve a mostrar su poder soberano. Daniel observaba fielmente el horario de las oraciones, con las ventanas abiertas en la dirección de Jerusalén, y por ello es acusado por sus envidiosos colegas, durante un mes de orar exclusivamente al 'grande del reino'. Al no acatar la prohibición de orar, Daniel rompía la unidad del reino; así que se le aplica la decretada sentencia a muerte. Pero aquí vemos la soberanía del Dios viviente: Él cierra las fauces de los leones. Y también el rey Darío empieza a cantar las alabanzas del dominio eterno de Dios (*6:27*). En el Nuevo Testamento se oye el eco de este acontecimiento: "Los profetas que por fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos" (*He. 11:33, 34*). "Pero el Señor estuvo a mi lado, y me dio fuerzas, para que por mí fuese cumplida la predicación, y

que todos los gentiles oyesen. Así fui librado de la boca del león. Y el Señor me librará de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial" (*2 Ti. 4:17, 18*; cf. también *Sal. 22:21*).

En Cristo, al que es dado todo poder en el cielo y en la tierra, la oración de la Iglesia es contestada: "líbrame del león rapaz y rugiente" (*Sal. 22:13*). El dominio de Dios perdura "hasta el fin" (*Dn. 6:26*). "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (*Mt. 28:20*; cf. *v.18*). Cuando los hijos del reino se ven amenazados por violencia e intrigas – ¡y de qué manera éstas se manifestaron en los capítulos anteriores! – aunque llegaran a cotas impensables, su sangre, sus lágrimas y su sufrimiento por mantener el culto verdadero son preciosos a los ojos de Dios.

**La subida al trono del Hijo del Hombre**

Cuando el Señor Jesús compareció en juicio ante el sumo sacerdote Caifás, contestó en sentido afirmativo a la pregunta de si era él el Mesías. Pero además le dijo al 'papa' judío y a sus secuaces:

Desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo (*Mt. 26:64*).

Estas palabras hay que leerlas con la visión en *Daniel* 7 de fondo. Leemos allí acerca de cuatro animales, que más bien podría decirse que son 'bestias', monstruos (cf. los cuatro cuernos en *8:8*), fuerzas demoniacas. La cuarta bestia es la más terrible; le crece un cuerno que está lleno de ojos y lleno de jactancia.

El Anciano de días, el Señor, vino a sentarse en el trono para juzgar junto a su consejo; miríadas de ángeles están delante de Él. Se ve que se condena a la última bestia, pues es aniquilada. Se les limita el dominio a las otras bestias. Pero al mismo tiempo aparece con las nubes del cielo Alguien semejante a un hijo de hombre. Y éste recibe el reino sobre toda la tierra que nunca será destruido (*7:14*). Él no viene con las nubes a la tierra, sino que viene para subir al trono de Dios. Cuando usted lee en el Nuevo Testamento sobre el Hijo del Hombre, debe tener esta visión siempre presente, ya que Cristo confesó ante el Sanedrín que Él era el Hijo del Hombre.  Él, que tenía que ser crucificado, levantado como la serpiente en el desierto (*Jn. 3:14*; *Mt. 27:2, 22*).

Esta afirmación enojó muchísimo a los judíos. Para ellos, la visión de Daniel estaba estrechamente vinculada con una gloria inmediata, una manifestación esplendorosa del reino de Dios. Pero Cristo se aferró a esta ley: a través del padecimiento alcanzar la gloria. A través de muchas tribulaciones entraremos en el reino de Dios. Si sufrimos con Él, también

reinaremos con Él (*Hch. 14:22*; *2 Ti. 2:12*). Y… ¡como el Rey, así su pueblo!

Por lo tanto, no ha de extrañarnos que Cristo aplicara el término 'Hijo del Hombre' a sí mismo, mientras que Daniel relaciona esta expresión con 'los santos del Altísimo' (*7:18, 27*). ¿Se pueden separar Rey y pueblo? No es posible en el sufrimiento, y tampoco en la gloria. El Hijo del Hombre camina entre los siete candelabros (= iglesias); Él es el Soberano de los reyes de la tierra y hace a los suyos reyes que reinarán por toda la eternidad (*Ap. 1:5, 12 ss.*; *22:5*). Aunque el mar, esa fuerza primitiva contraria a Dios, haga emerger bestias de la efervescencia de sus olas, y los santos aparentemente lleven las de perder (*Dn. 7:21*; *Ap. 13:7*), el tribunal celestial hará justicia a la Iglesia (*Dn. 7:22*; *Ap. 20:4*).

**Yahvé dice: No hagáis alarde de vuestro poder (*Sal. 75:5*)**

La siguiente visión, que Daniel tuvo en la fortaleza de Susa (cf. *Est. 1:2*), nos da más detalles.

Un carnero embestía con sus cuernos a todos lados: la potencia persa. Sin embargo, del occidente se acercaba un macho cabrío; tenía un cuerno notable entre sus ojos: ¡Alejandro Magno! El carnero fue derrotado, pero el cuerno grande se rompió, y en su lugar aparecieron otros cuatro cuernos (su reino se dividió en cuatro partes), y de uno de ellos salió otro cuerno que creció hasta hacerse muy grande, que afectó también a la tierra gloriosa (la tierra de Israel), sí, incluso al templo y al sacrificio (*8:9, 11*). Con este último cuerno se refiere a Antíoco IV Epífanes, que instauró un culto transgresor frente al sacrificio diario y que pisoteó algunas estrellas (o sea, maestros de la Iglesia).

Así que vendría un tiempo de opresión. Pero también le hacen saber a Daniel que este tiempo espantoso tendrá un límite. El 'cuerno' será quebrantado 'no por mano humana' (*8:25*). Y la entrega del santuario y el ejército para ser pisoteados durará 2300 tardes y mañanas (= 1150 días; *8:13, 14*). Pero después de eso el santuario será restablecido a su estado anterior. Si Cristo guarda a su Iglesia, el infierno puede enfurecerse cuanto quiera.

**Una oración de confesión de pecados basada en el Pacto; seguida por la revelación de la llegada de la abominación desoladora que estará puesta en el lugar santo (*Mt. 24:15*; *Mr. 13:14*)**

Seguro que el lector habrá oído alguna vez la expresión: 'los setenta años de cautiverio'. En *Jeremías* 29:10 se profetiza que el Señor visitaría a su pueblo y lo haría volver a su propia tierra (cf. *Jer. 25:12, 13*) cuando para Babilonia hubieran pasado setenta años (cf. *Jer. 25:12, 13*). Daniel leyó también esta palabra, y cuando el poder medo se abalanzó sobre el

reino de Babilonia, él oró al Señor para el cumplimiento de sus promesas (*cap. 9*).

Conmovedora, esta oración. Es una confesión de pecados y a la vez una apelación continua a la fidelidad de Dios en base al Pacto.

Ahora pues, Señor Dios nuestro, que sacaste tu pueblo de la tierra de Egipto con mano poderosa, y te hiciste renombre cual lo tienes hoy; hemos pecado…

No elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias…

hazlo; no tardes, por amor de ti mismo, Dios mío; porque tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo (*9:15, 18, 19*).

Aún estaba orando, cuando el arcángel Gabriel –que ya se le había aparecido en la visión anterior– vino a decirle que su súplica había sido oída. A continuación habló de 70 semanas (o 70 'sietes', períodos de siete años). Ante Daniel se extendía ahora un período mucho más largo que los 70 años. Cierto, Jerusalén volvería a ser reedificada y el culto del templo restaurado. No obstante, el regreso del exilio no traería enseguida el esplendor de antes. Durante más de cuatro siglos, el templo reconstruido seguiría en pie, pero "en tiempos angustiosos" (*9:24, 25*). Después de aquellos sesenta y dos años/semanas se produciría una crisis, el sumo sacerdote (ungido) sería muerto, se acabaría con el culto del templo, y cesaría el sacrificio diario. Isaías ya profetizó acerca de una destrucción que estaba firmemente decidida (*Is. 10:22, 23*; cf. *Ro. 9:28*). Ésta había llegado efectivamente, pero Gabriel comunicó que el Señor enviaría una vez más un destructor para atacar a su pueblo. Y en cuanto a este segundo juicio se puede pensar de nuevo y primeramente en la intervención de Antíoco Epífanes. Vemos que el Antiguo Testamento ya nos enseña que es posible que haya más de un cumplimiento de la palabra profética, por lo que no es de extrañar que Cristo aplique la palabra de Daniel al juicio venidero (número tres) sobre la Jerusalén de su tiempo. A la luz de la obra de Cristo, la palabra de Gabriel adquiere un nuevo significado: Él mismo expiará toda iniquidad, definitivamente. Sólo Cristo pondrá el punto final a la miseria del cautiverio. Y lo hace dejándose matar, Él que es el Ungido, "mas no por sí" (*9:24, 26*). Precisamente porque es su propio pueblo el que le mata, Jerusalén se convertirá en escombros. "¡No quisiste!" (*Lc. 13:34*).

Hay muchos que empiezan a especular y a jugar con números valiéndose de *Daniel*, y lo mismo se hace con *Apocalipsis*, que muestra muchos rasgos similares. Intentan descubrir un sentido oculto, que se aplica al escenario político actual. Pero de este modo se desvía nuestra atención de las intenciones de esta porción de las Escrituras. Así nos fijaríamos en aquellos acontecimientos que se parezcan a lo que fue profetizado, y esto

nos mantendría en alerta. Pero la Biblia no nos presenta un almanaque político, sino la predicación del Evangelio. Los judíos en la época de Antíoco Epífanes podían encontrar en estas profecías la fuerza para mantenerse en pie, sabiendo que Dios es fiel a sus promesas. Y el consuelo de estos rollos de los que se quitó el sello es también para usted: absolutamente nada puede impedir la venida del reino de Dios; el remanente volverá. También en la última semana el Señor está con su pueblo. Más allá del Juicio Final (el cuarto juicio) amanece el día del fin de todo el cautiverio de la Iglesia.

**Aquí se muestra la perseverancia y la fe de los 'santos' (*Ap. 13:10*)**

Daniel oraba fielmente. A pesar de su colaboración leal con la corte persa, se consideraba en primer lugar miembro de la Iglesia. Cuando se enteró de que los ya repatriados de Babilonia encontraban oposición en la antigua patria, él guardó luto durante tres semanas. Después, a orillas del río Tigris (el del paraíso), se le apareció una figura celestial, vestida de lino, con ropaje de servicio. ¿Era éste el ángel del Señor? Le dijo que él, durante el tiempo en que Daniel estaba guardando luto y se humillaba ante Dios, había luchado contra "el príncipe del reino de Persia", o sea, un espíritu maligno, que instigaba a Persia contra los judíos. En aquella lucha le ayudó el arcángel Miguel, y así prevaleció. Eso significaba que el templo y la ciudad terminarían de reconstruirse pese a los enredos de los samaritanos.

Pero ello no tenía que llevar a Daniel a pensar que esto era entonces el final de todo sufrimiento, puesto que el siervo celestial fue enviado a continuación a otro 'príncipe' (demonio): el de Grecia (*10:20*). Este país sustituiría en breve a Persia en el dominio del mundo. Por lo que en el reino de los ángeles se libraría de nuevo una batalla: contra los demonios de Grecia; en la que sobre todo Miguel se esforzaría (cf. *Ap. 12:7*). Así que detrás del juego de soldados y diplomáticos se escondía un frente en los aires de ángeles y demonios (cf. Jue. 5:20). Pero además, ¡cuánto se notaba el poder de la oración en la base! (cf. *Ef. 6:10 ss., 18 ss.*).

Toda esta revelación tenía como objetivo fortalecer a la Iglesia para poder resistir. La opresión no debía tomarla por sorpresa (cf. *1 P. 4:12*). Por eso el mensajero del cielo le comunica a Daniel lo que estaba escrito en el libro de la verdad, en el consejo de Dios (*10:21*). El espíritu griego, importado en Israel por los monarcas sirios, sería muchísimo más destructivo que los caprichos de los persas. El humanismo golpearía a la Iglesia, el sueño de unidad, que todavía hoy cautiva las mentes: sólo un reino, una religión, un mundo, una iglesia.

En ese contexto hay que leer la descripción detallada del curso futuro de la política en el capítulo 11. Cuando el rollo se abriera, la Iglesia podría saber que nada de lo que ocurría era casualidad. Dios había incluido este

proceso de injusticia en su consejo. Israel tenía que quitarse de la cabeza la idea falsa de que todo iría para mejor, que nacería ‘un mundo feliz’. La señal tenía que indicar peligro: ¡Velad!

Después de los reyes persas se levantaría un rey valiente (*11:3*). Lo reconocemos como el cuerno del macho cabrío del capítulo 8: Alejandro Magno. Sin embargo, tras su muerte prematura, su reino sufre una división a manos de cuatro generales. Una parte se la queda “el rey del norte” –el reino sirio de los Seléucidas–; otra parte es para “el rey del sur” –el reino egipcio de los Ptolomeos–. La batalla entre norte y sur es un vaivén continuo de agresiones. E Israel sirve como zona de tránsito. Al final, los reyes del norte son los que se quedan definitivamente con esta ‘tierra gloriosa’ (*11:16*). Un hombre despreciable llega a ser rey en el reino del norte, y también él organizará hasta tres veces una expedición contra Egipto (*11:25 ss., 29, 40 ss.*). Esta empresa le llevará al territorio de Israel y le volverá en contra del culto de Israel. A partir de la primera expedición “su corazón está contra el pacto santo” (*11:28*). Después de la segunda y malograda campaña pasa a los hechos y ayudado por sus soldados y judíos apóstatas descarga su furia sobre el templo del Señor (*11:30 ss.*). Como consecuencia, se genera una crisis entre el pueblo; hay quienes llegan a abandonar el pacto a causa de lisonjas; también hay quienes se resisten y que animan a otros a no abandonar a Dios. Pero sobre aquellos fieles viene sufrimiento y opresión. “Un pequeño socorro” hace su aparición, al que se unirán sin embargo muchos hipócritas (*11:32-34*). Esta pequeña ayuda se refiere a la resistencia de los macabeos, que despertaron en muchos un celo que no era religioso, sino nacionalista. Todos serán sometidos a una depuración, también los ‘sabios’.

Entretanto, el rey adorará al ‘dios de las fortalezas’ –el Zeus Olímpico– de manera extraordinaria, abandonando a los otros dioses (como p. ej. Tamuz, el ‘amor de las mujeres’). Contra el Dios de los dioses, el Dios de Israel, hablará cosas inauditas. ¿No dedicó Antíoco Epífanes, a quien se refieren estos versículos, el templo en Jerusalén a su dios preferido, Zeus? (comp. *2 Ts. 2:4*).

Pero, de repente, a este opresor le llegará su fin; Dios sopló y le esparció (*11:45*). Y dicho todo esto, parece que todo cambia: el ‘final del tiempo’ ha llegado (*11:40*). Entonces desaparece la descripción detallada de los acontecimientos históricos. Una gran angustia oprime al pueblo. Pero el ángel Miguel interviene y aquellos que están escritos en el libro de la vida se librarán. Sí, el poder de la muerte es quebrantado; para algunos será para vida y para otros para perdición eterna. Los entendidos (es decir: los que obedecen la Palabra) resplandecerán como las estrellas (*12:1-3*; cf. *8:10*).

Daniel tenía que sellar esta visión “hasta el tiempo del fin”. La opresión duraría “un tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo” (*12:7*; cf.

*Ap. 12:14*). Si 8:14 mencionaba 1150 días, 12:11 contabiliza 1290, y el versículo 12 elogia a aquellos que aguantan durante 1335 días. Dicho de otra manera: el que persevera hasta el fin, será salvo. El que es santo, santifíquese todavía (*12:10*; cf. *Ap. 22:11*).

**No selles las palabras de la profecía de este libro**

Juan no debía sellar la revelación (*Ap. 22:10*), puesto que el momento de su cumplimiento estaba cerca. En cambio, Daniel sí tenía que sellar su 'revelación', porque sólo en el 'tiempo del fin' la parte final de su libro llegaría a ser de actualidad. Hoy, sin embargo, ya no lleva sellos y junto al comienzo del libro que ya se conocía habla en un lenguaje claro a la Iglesia del nuevo día, pues ella sabe que el reino de Dios, del cual se habla tanto en *Daniel*, ha venido ya en la persona de Jesús, el Ungido. Pero al mismo tiempo, el cumplimiento completo ha de venir todavía. El Señor purifica a los suyos por medio de muchas tribulaciones. Bienaventurado el que espere (*12:12*).

¡Dios Todopoderoso! No nos propones sino una sola meta, la de luchar manteniéndonos firmes durante toda nuestra vida, y nos sometes a muchas plagas hasta que alcancemos el fin de nuestra vida temporal. Te pedimos pues, que no nos fatiguemos, sino que siempre estemos preparados y equipados para luchar, y que, cualesquiera que sean las tentaciones con las que nos pruebas, nunca nos quedemos sin fuerzas, sino que, llenos de valor y con todos nuestros esfuerzos, intentemos alcanzar aquel descanso bendito que el Señor Jesucristo guarda para nosotros en el cielo. Amén.

(Oración de Juan Calvino al final del Comentario de *Daniel*).

# OSEAS

## Profeta del juicio sobre la contrarreforma

El libro de los profetas menores se abre con un rollo no tan pequeño, el del profeta Oseas, quien al igual que su joven contemporáneo Amós, trabajó en el reino del norte, Israel. Para poder entender el libro es bueno saber algo más del período en el que Oseas actuaba. Él profetizaba en los días de los reyes de Judá: Uzías, Jotam, Acaz y Ezequías (*Os. 1:1*). Eso quiere decir que vio el último destello de la nación de las diez tribus durante el reinado del gran Jeroboam II, pero también vivió las revoluciones a partir del asesinato de Zacarías, el hijo de Jeroboam II, que sólo reinó durante seis meses. A Salum, el asesino coronado, lo mataron un mes después. Manahem, rey por diez años, pagó tributos a Asiria; su hijo Pekaía fue asesinado después de gobernar dos años. Peka reinó veinte años, y se enfrentó a Asiria. A los nueve años del reinado de Oseas, Samaria fue tomada por Asiria. Los habitantes fueron deportados.

| *Judá* | | | *Israel* | | |
|---|---|---|---|---|---|
| | | | Amós | | Jeroboam II |
| Uzías | | | | | |
| | | | | | Zacarías<br>Salum<br>Manahem<br>Pekaía |
| | Isaías | | | | |
| Jotam | | | | Oseas | Peka |
| Acaz | | Micaías | | | Oseas |
| Ezequías | | | | | Cautiverio<br>(722 a.C.) |

Así que Oseas vio que la dinastía de Jehú, de la que había nacido Jeroboam II, dejó de existir después de la cuarta generación. La Palabra de Dios a través de la boca de los profetas se cumplió (*2 R. 10:30*; *15:12*). ¿No lo había anunciado también Amós? “Me levantaré con espada sobre la casa de Jeroboam” (*Am. 7:9*). El asesinato de Zacarías, el último retoño del linaje de Jehú, abrió un período de revoluciones palaciegas.

Ellos establecieron reyes, pero no escogidos por mí;
constituyeron príncipes, mas sin mi aprobación (*8:4* BT),

se queja el profeta. Y no le queda otra opción que anunciar la destrucción del reino de las diez tribus; la ruina, que pudo ver con sus propios ojos:

De Samaria fue cortado su rey como espuma sobre la superficie de las aguas (*10:7*).

**Profeta del Pacto del Señor**

Así pues, Oseas trabajaba en una época de declive. A un pueblo heredero de promesas tan hermosas, tenía que predicar el juicio inminente, porque desde el más estimado hasta el más humilde había roto la alianza con el Señor. Aunque eso sí, en apariencia Israel del Norte seguía fiel al Señor. En Betel había un santuario oficial de estado, donde se rendía culto a Yahvé en la figura de un becerro. Y además había 'dependencias' en otros lugares. No se olvidaban de las historias de los patriarcas y los primeros habitantes de Canaán. Estaban orgullosos de descender de Jacob y Efraín, de llevar el nombre de "Israel". ¿No tenían acaso derecho a las dádivas del pacto del Señor? A la pregunta: ¿Conoce usted la Escritura? podían contestar afirmativamente. Pero su conocimiento no era verdadero, ya que su culto a Yahvé se mezclaba con rasgos tomados del culto a los *baales* y *astarot*, degradándose a una especie de religión de la fertilidad. La descendencia y la tierra se habían convertido en dioses, se divinizaba a la agricultura. Por medio de fiestas, con las que respetaban las tradiciones de los patriarcas y de Moisés, y a las que adornaban con el nombre de Yahvé, intentaban estimular la fertilidad. Incluso recurrían a la desvergüenza 'santa' (*4:11-19*). Pecaban para que abundase la 'gracia' (del dios de la lluvia). Y no vacilaban en quebrantar todos y cada uno de los mandamientos. Había gobernantes rebeldes, abusos sociales, e incluso asaltos en los caminos (*6:9*). No había entendimiento, ni 'conocimiento' del Señor.

Y a esto Oseas contrapone el gran milagro: que el Señor en su misericordia volverá a aceptar a su pueblo, a pesar de su 'fornicación'. Él es el Dios "desde la tierra de Egipto", Él traerá de vuelta a casa a la mujer que le abandonó. Oseas tiene que mostrar a Israel el amor conmovedor de Dios a través de su propio matrimonio. El Señor iniciará un nuevo tiempo de salvación, y llevará a su pueblo al desierto.

Yo sanaré su rebelión,
los amaré de pura gracia;
porque mi ira se apartó de ellos (*14:4*).

*Lo-ammi* (= no pueblo mío) volverá a ser *Ammi* (= pueblo mío). Y no importa cómo fue el curso de la historia de las diez tribus, esta profecía se ha cumplido en la Iglesia del nuevo Pacto (*Ro. 9:25, 26*; *1 P. 2:10*), que se reúne de entre los judíos y pueblos gentiles. La representación que hace Oseas de la misericordia insondable de Dios debe impresionarnos hoy día tanto como sus profecías de juicio. Todo ello es Palabra del mismo Dios del Pacto, que se dirige también a nosotros. Las palabras de Oseas pretenden herirnos (*6:5*) y enseñarnos el verdadero conocimiento del Señor (*6:6*).

**En otro tiempo no erais pueblo, pero ahora sois pueblo de Dios… (*1 P. 2:10*)**

Fue un encargo extraño el que recibió Oseas. El Señor le mandó casarse con una mujer de carácter frívolo. Eso no quiere decir que era una mujer de vida ligera, pero sí que se manifestarían tendencias indebidas en ella. Oseas obedeció el mandato y tuvo hijos con ella.

Hay quien quiere entender esto sólo como un acto simbólico. Pero hay motivos de sobra para pensar realmente en un matrimonio de verdad, por el que Oseas tenía que hablar a su pueblo. Pues, ¿cómo se comportaba este pueblo? ¿No estaba prostituyéndose al abandonar su Esposo legítimo, Yahvé? La vida familiar y matrimonial de Oseas sería como un espejo para el pueblo. Un siervo no es mayor que su señor; tal como Yahvé tenía una esposa adúltera, así le pasaría a Oseas. "Porque la tierra fornica apartándose de Yahvé" (*1:2*).

También los nombres que Oseas tenía que ponerles a sus hijos estaban relacionados con su predicación a Israel (Cap. 1). Al primer hijo tenía que llamarlo *Jezreel*, ya que el Señor iba a vengar la sangre derramada de aquella residencia real. Se refiere aquí a la actuación de Jehú. Como no buscaba al Señor con todo su corazón, su exterminio del linaje de Acab en realidad no había sido sino un asesinato político. Dentro de poco, su propia dinastía iba a caer, contrariamente a lo que se esperaba.

Luego nace una niña, que se llamaría *Lo-ruhama*, que es: No compadecida. El tercer hijo: *Lo-ammi*, o sea: No pueblo mío. Estos nombres hablaban por sí mismos. El Señor retiraría la bendición de su Pacto. Sin embargo –y esto se menciona explícitamente– vendrían otros tiempos. Justo después de aquellos agrios anuncios de juicio leemos unas promesas tiernas a Judá y también a Israel: "el día de Jezreel será grande", los hermanos se llamarán a partir de ahí: *Ammi*, Pueblo mío, y las hermanas: *Ruhama*, Compadecida (Cap.2).

Pero acto seguido leemos de otra demanda tajante: "Contended con vuestra madre, contended; porque ella no es mi mujer, ni yo soy su marido" (*2:2*). Por lo visto, Gomer, la esposa de Oseas, se había ido tras otros hombres, con la esperanza de hacerse rica. Y así llegó a ser una imagen de

Israel, la 'esposa' de Yahvé que va tras los baales locales, los dioses de la agricultura, esperando recibir buenas cosechas. Aunque Jehú había echado del país al Baal de Tiro, el ídolo importado por Jezabel, al mismo tiempo permitió la adoración de los baales auténticamente cananeos, dioses de la lluvia y de la fertilidad; combinado o no con el culto de los becerros en Betel, donde se adoraba supuestamente a Yahvé. Pero Yahvé era un Marido celoso. No toleraba que su mujer esperara lana, aceite y trigo de los baales. Por lo tanto, le iba a quitar sus dádivas.

Y aún así, a pesar de todo, leemos de nuevo acerca de promesas; promesas incomprensiblemente dulces, que se refieren al tiempo del 'primer amor', la liberación de Egipto, la travesía por el desierto y la entrada en Canaán.

Pero he aquí que yo la atraeré
y la llevaré al desierto,
y hablaré a su corazón.
Y le daré sus viñas desde allí,
y el valle de Acor por puerta de esperanza;
y allí cantará como en los tiempos de su juventud
y como en el día de su subida de la tierra de Egipto…
Y te desposaré conmigo en fidelidad,
y conocerás a Yahvé (*2:14, 15, 20*).

Oseas contempla el amanecer de una nueva era. El Señor volverá a guiar a su pueblo por el desierto, desaparecerá el 'anatema en el campamento' (Acán), la puerta a la esperanza, al futuro, se abre: ¡Yahvé extenderá el Pacto y dará de nuevo todos sus beneficios, precisamente también respecto a 'sangre y tierra'! Se oye el "Efata" (= sé abierto, sé sanado). Muros de pecado y condenación se derrumban. Lo mismo que se cumple la maldición de la Ley (*Lv. 26*; *Dt. 28*), así también se cumplen las promesas. Y nadie se moleste porque se hable continuamente del trigo y del aceite, antes, alégrese de que las misericordias que Dios muestra para con *Lo-ammi* y *Lo-ruhama* tengan todo que ver con esta vida y este mundo. Ya que nosotros originalmente también éramos *No Pueblo suyo* (*Ro. 9:25, 26*; *1 P. 2:10*). Pero por gracia los gentiles han sido llamados para ser Pueblo de Dios. Y ahora todas aquellas promesas hermosas de Oseas también son para nosotros; no son los baales de nuestro tiempo los que salvan esta tierra y su cultura. Sólo en Cristo hay adopción de hijos, redención de la creación y circulación del poder de bendición (*Os. 2:20-22*).

¿Cómo podía producirse ese cambio? ¿Cómo podía volver a surgir el deseo por su marido legítimo en la esposa infiel? También eso tenía que mostrar Oseas por medio de su propia vida matrimonial. El Señor le ordenó amar a una mujer que se juntaba con otros hombres, como Israel también se

volvía a otros dioses. Oseas obedeció otra vez. Por el precio de un esclavo la compró, la sacó de la esclavitud en la que se veía atrapada, y la hizo suyo. Probablemente era Gomer, que debido a su estilo de vida acabó siendo esclava. Pero Oseas comenzó por aislarla; de momento no quería tener relaciones sexuales con ella, y desde luego no dejó que otros se acercaran a ella. Así quería enseñarla a serle fiel, y al mismo tiempo sería esto la imagen del cautiverio que aislaría a Israel del trono y el altar, pero que a la vez despertaría su anhelo por el Señor y por la antigua dinastía davídica (*3:1-5*). Los juicios de Dios nunca carecen de propósito, forman parte de la pedagogía divina.

**Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable (*1 P. 2:9*)**

A menudo cometemos el error de pensar que el cometido de los sacerdotes consiste sólo en sacrificar, etc. Sin embargo, estamos equivocados: "Ellos enseñarán tus juicios a Jacob, y tu ley a Israel", dice Moisés de Leví (*Dt. 33:10*; cf. *Mal. 2:6, 7*). Los sacerdotes tenían que instruir al pueblo, llevarlo al discernimiento, escribir la ley en sus corazones por medio de la enseñanza. El culto en el templo sería completamente inútil, si el pueblo llevara a cabo todos los rituales de forma automática. No, era el conocimiento de la voluntad del Señor el que debía ser el trasfondo del culto.

En el Israel de los días de Oseas, sin embargo, se infringían constantemente los Diez Mandamientos (*Os. 4:1 ss.*). ¿La causa?

Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento.
Por tanto, el pueblo sin entendimiento caerá (*4:6, 14*).

Los sacerdotes-ministros se habían convertido en funcionarios del Estado con un buen empleo. Comían del pecado del pueblo (*4:8*), rechazaban el 'conocimiento' y 'el tener en cuenta las demandas del Dios del Pacto'. En lugar de enseñar al pueblo la *Torá*, la doctrina y la ley del Señor, les fortalecían en su culto de falsos sacrificios, según el modelo cananeo (*4:11-19*). Y así se perdió el 'conocimiento', el vivir conforme al Pacto. Así se perdió el pueblo. Ya que, aunque expresaban su gran piedad buscando al Señor con ovejas y vacas, nunca lo encontrarían si no le ofrecían, obedientes, todo su corazón (*5:6*; *8:11-13*; *10:1*; comp. *Am. 5:21 ss.*; *Mi. 6:6-8*; *Is. 1:10 ss.*).

Porque misericordia quiero, y no sacrificio,
y conocimiento de Dios más que holocaustos (*Os. 6:6*; cf. *Mt. 9:13*; *12:7*).

¿Puede extrañarnos el hecho de que el Señor mostrara su ira contra esta falta de conocimiento y el desprecio a su ley? Los sacerdotes habían destruido a Efraín, el reino de las diez tribus. Llueven las acusaciones en el sermón apasionado de Oseas. Israel es rebelde como una novilla indómita. Efraín es devoto de los ídolos (*4:16, 17*), se mezcla con los demás pueblos, es una torta quemada, una tonta paloma (*7:8-11*). El becerro, Betel (*8:5, 6*; *10:15*), toda la cuadrilla de sacerdotes formalistas, caerán luego ante el juicio. Y el pueblo engañado acabará como el sacerdote (*4:9*).

La situación del rey y sus príncipes no era muy diferente. En Israel se había llegado al jugar a ser rey. No había quedado ningún resto del monarca teocrático instituido por Dios, el gobierno no levantaba ninguna barrera contra la iniquidad; al contrario:

Con su maldad alegran al rey,
y a los príncipes con su mentira (*7:3*).

La realeza de Israel, igual que el culto en Betel – el profeta dice, burlándose: Bet-aven (casa de la nulidad, del falso dios) –, era en realidad rebeldía contra Yahvé como Rey (*8:4*), por lo que el Señor ya no quería saber nada de aquellos tronos que se sucedieron y cayeron uno tras otro; la revolución devora a sus propios hijos: "Devoraron a sus jueces; cayeron todos sus reyes; no hay entre ellos quien a mi clame" (*7:7*).

Por eso, aquella política de la desesperación es afrentada. Se buscan alianzas con Egipto y Asiria (*7:11*; *8:9*). En ese aspecto, Judá no es ni un átomo mejor. Al igual que Amos, Oseas no pone a Judá como ejemplo ante Israel: "Y verá Efraín su enfermedad, y Judá su llaga; irá entonces Efraín a Asiria, y enviará al rey Jareb" [rey Belicoso, o Gran Rey] (*5:13*). Pero Israel mismo caerá víctima del Gran Rey de Asiria y le será llevado como regalo (*10:6*). El asirio será su rey (*11:5*). Incluso acabarán como esclavos en Egipto, en el que confiaban (*9:3*; *11:5, 11*). Ese es el resultado de ignorar a Yahvé, pues Él ha sido el Gran Rey de Israel desde la salida de Egipto.

Por su amor ofendido, Yahvé destrozará a su pueblo como un león, un cazador de pájaros, lo pudrirá como una polilla la tela. Toda aquella alegría festiva en Betel será perturbada (*9:1 ss.*). La gloria del próspero pueblo de Efraín volará cual ave (*9:11*). Como golpes retumbantes, las palabras acusadoras de Oseas cargan contra líderes y pueblo. Efraín, orgulloso, se llama a sí mismo 'Israel' y en las fiestas se apodera de la bendición de Israel-Jacob. Efectivamente, está emparentado con Jacob, pues tiene sus mismos pecados. Pero no sigue el mismo camino de conversión que Jacob:

Venció al ángel, y prevaleció;
lloró, y le rogó;
en Betel le halló,
y allí habló con nosotros.
Mas Yahvé es Dios de los ejércitos; Yahvé es su nombre.
Tú, pues, vuélvete a tu Dios;
haz misericordia y juicio,
y en tu Dios confía siempre (*12:4, 5*).

**En otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia (*1 P. 2:10*).**

¿Lo ves? Aquí está de nuevo, como al comienzo del libro: junto a la oscuridad, la luz, la voz que atrae, llamando a volverse. Incluso entre medio de todas aquellas profecías de juicio escuchamos promesas de salvación. Estas –téngase presente– no pretenden atenuar el mensaje del juicio; sino que, más bien, refuerzan las amenazantes profecías. Puesto que el Señor nunca amenaza para llevar a la desesperación. Siempre quiere llamar a que su pueblo se convierta. Él dibuja el camino de la muerte, pero al mismo tiempo les muestra el camino de la vida. "¡Volveos, y viviréis!" Oseas le pone al pueblo una canción de arrepentimiento en los labios, que tiene mucho que ver con el cántico de Moisés, el cual se cantaba probablemente en las fiestas de Betel:

*Oseas 6:1-3*

Venid y volvamos a Yahvé;
porque él arrebató, y nos curará;
hirió, y nos vendará.
Nos dará vida después de dos días;
y viviremos delante de él.
Y conoceremos,
y proseguiremos en conocer a Yahvé;
como el alba está dispuesta su salida,
y vendrá a nosotros como la lluvia,
como la lluvia tardía y temprana a la tierra.

*Deuteronomio 32:39*

Ved ahora que yo, yo soy,
y no hay dioses conmigo;
yo hago morir, y yo hago vivir;
yo hiero, y yo sano; y no hay
quien pueda librar de mi mano[2].

Pero, aunque el pueblo no quiso cantar esta canción, como tampoco aceptó más tarde una confesión parecida de Jeremías (*Jer. 3:22-25*), la letra

[2] En diversas partes de la Escritura se puede constatar la relación con el cántico de Moisés; *Oseas 13:6* es un claro ejemplo de ello: "y repletos, se ensoberbeció su corazón" – *Deuteronomio 32:15*: "Pero engordó Jesurún, y tiró coces". Fíjese también en la comparación de Israel con una novilla indómita (*Os. 4:16*; cf. *10:11*; *11:4*). También: "olvidarse" en *Oseas 2:13*; *8:14*; *13:6 – Deuteronomio32:18*.

de este himno sigue siendo extremadamente actual para la Iglesia de todos los siglos. La frase de “en el tercer día”, ¿no se ha mostrado literalmente en la resurrección de Cristo? En el Mesías, Oseas encuentra el cumplimiento pleno. Por medio de Cristo han llegado los días de la retribución, los gritos desesperados a los montes y collados (*Os. 9:7 - Lc. 21:22*; *Os. 10:8 - Lc. 23:30, 31* y *Ap. 6:15-17*). Pero a través de su sufrimiento y resurrección -¡al tercer día!- se ha revelado el amor del Padre, y puede haber ‘certeza de fe’ para la Iglesia amenazada por la duda.

¡Qué maravilloso, que Oseas, a pesar de la oposición, continuó predicando; no sólo de juicio sobre sacerdotes y príncipes, sino también de gracia para los que se convierten, los que se vuelven a Yahvé! Animo al amable lector a subrayar en su Biblia todas aquellas promesas, que guardan relación con otras tantas llamadas a convertirse. Y sepa, que en Cristo todo esto se aplica a nosotros. “Haced para vosotros barbecho (¡preparad un nuevo campo para vosotros!); porque es el tiempo de buscar a Yahvé, hasta que venga y os enseñe justicia” (*Os. 10:12*; cf. *Jer. 4:3*). La voluntad del Señor no es que su Iglesia se pierda. “¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín? […] Mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión […] porque Dios soy, y no hombre…” (*11:8, 9*). Precisamente a la luz del cumplimiento de Cristo, la palabra apasionada de Oseas cobra vida para la Iglesia de este siglo desesperanzador. ¿Dónde va a parar esta tierra, este mundo? ¿No hay en ninguna parte una primavera, un nuevo sonido? ¿Tienen los poderes de Satanás, que matan y abrasan, la última palabra?

Yo sanaré su rebelión,
los amaré de pura gracia;
porque mi ira se apartó de ellos.
Yo seré a Israel como rocío;
él florecerá como lirio,
y extenderá sus raíces como el Líbano (*14:4, 5*).

# JOEL

## El Día de Yahvé se acerca

"*Joel* es en su comienzo sencillo para entender y oscuro en su final", dice el prólogo a los doce profetas menores de la primera Biblia impresa en neerlandés, en el año 1477.

No todo el mundo estará inmediatamente de acuerdo con esta descripción, pues también surgen preguntas respecto al principio de *Joel*. Allí leemos acerca de una plaga de langostas que se abalanza sobre la tierra. Pero estas langostas se describen de tal manera, que algunos piensan que son enemigos, y otros demonios. Además, la visión de *Apocalipsis* 9:1-11 contribuye considerablemente a que se vea en *Joel* Cap.1 la alusión a una potencia misteriosa.

Bien, leamos pues el libro de este profeta, porque por más oscuro que nos pueda parecer todo, en su comienzo y en su final, aquí tenemos la revelación de Dios ante nosotros. Y ¿abrir la Palabra acaso no nos da luz?

Joel se dirige al gobierno y a los habitantes (*1:2*). Y también a los sacerdotes, los ministros del altar (*1:13*; *2:17*). Él hace sonar la señal de alarma (*2:1*). Una destrucción total amenaza el país. Las consecuencias para el culto de adoración se notan enseguida: por falta de materiales, el servicio en el templo no puede continuar (*1:13*). 'Culto' y 'agricultura' se estancan, se avecina un 'día', un día de juicio, el día del Señor. El lenguaje que se usa, es bellísimo. Fíjese en la 'frase en cadena':

Lo que quedó de la oruga comió el saltón,
y lo que quedó del saltón comió el revoltón;
y la langosta comió lo que del revoltón había quedado (*1:4*).

Impresionante es también el cuadro de la invasión de langostas:

Porque viene el día de Yahvé, porque está cercano.
Día de tinieblas y de oscuridad, día de nube y de sombra;
como sobre los montes se extiende el alba,
así vendrá un pueblo grande y fuerte;
semejante a él no lo hubo jamás,
ni después de él lo habrá en años de muchas generaciones.
Delante de él consumirá fuego,
tras de él abrasará llama;
como el huerto del Edén será la tierra delante de él,
y detrás de él como desierto asolado;
ni tampoco habrá quien de él escape.
Su aspecto, como aspecto de caballos,

y como gente de a caballo correrán.
Como estruendo de carros saltarán sobre las cumbres de los montes;
como sonido de llama de fuego que consume hojarascas,
como pueblo fuerte dispuesto para la batalla (*2:1-5*).

Se ve claramente que Yahvé va a la cabeza de este asalto multitudinario (*2:11*). ¡Él viene a juzgar!

**Conversión y gracia en el Día de Yahvé**

El profeta, sin embargo, va más allá de un grito de alarma. La trompeta tiene que sonar también para proclamar un día de oración y penitencia (*2:15*; comp. *v. 1*). ¿No es el Señor misericordioso y lleno de gracia? ¿Quién sabe, si se volverá de su ira y dejará mantener el culto del templo? Pero la condición indispensable es que Israel se convierta con todo su corazón. Y esto afecta a la Iglesia entera, desde el más pequeño al más grande, no se admiten excepciones, de toda boca tiene que escucharse el "*Kirie Eleison*" ( Señor, ten piedad; *2:12-17*).

Aunque no sepamos exactamente si se trata aquí de langostas reales o simbólicas, una cosa sí está clara: que el pueblo de Dios, Jerusalén y también la tierra, la herencia, están en gran peligro. Es evidente que han confiado en su descendencia y su tierra, sin implicar al Señor en sus pensamientos y actos. La conversión es el único camino que el Señor señala para salir de la miseria. Y así encontramos aquí también un mensaje para la Iglesia de hoy, a menudo tan autosuficiente como Laodicea:

Dirígete a Dios,
Acepta su beneficiosa Palabra…

porque Yahvé muestra su gracia: "Y Yahvé, solícito por su tierra, perdonará a su pueblo". A continuación volverá la vida. La amenazadora nube de langostas cambiará de dirección, y se irá hacia el mar. La tierra volverá a respirar tranquila, las lluvias vendrán, Yahvé estará en medio de su pueblo (*2:18-27*).

Precisamente en este contexto en que se habla tanto de bendiciones 'naturales', se halla la promesa mesiánica tan conocida, que Pedro cita en Pentecostés: "Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne" (*2:28*; cf. *Hch. 2:16 ss.*). Siempre hay que ser consciente de que la Biblia no crea ningún contraste entre 'naturaleza' y 'gracia'. Es también el Espíritu Santo, el que da vida a la naturaleza (*Sal. 104:30*; *Gn. 1:2*) pues la Naturaleza no es un organismo independiente, sino una creación que adorna la tierra donde Dios hace vivir a su Iglesia. Por lo tanto, no puede extrañarnos que, después de reavivar la tierra que Israel tiene en herencia,

el Espíritu desciende también sobre el pueblo mismo para movilizarlo completamente para su servicio.

Así que no hay que pensar en términos demasiado limitados cuando hablemos del cumplimiento, pues se nota que aquella plaga de langostas es retratada aquí con unas características que exceden con creces los acontecimientos de aquellos tiempos. Y lo mismo pasa con la descripción del avivamiento que está por venir. Sólo en el Nuevo Testamento hay un cumplimiento más pleno de lo que aquí se profetiza. En medio de un mundo que se estremece, la Iglesia está ahí, sin que ya no exista ninguna diferencia entre clérigos y laicos, sino que está movilizada en su totalidad, 'de buena voluntad y dispuesta'. Un Nombre que salva (que Pedro, en su sermón de Pentecostés, aplica a Cristo) que atrae hacia Jerusalén, pues allí hay salvación. Ningún bautismo que tenga lugar hoy día se puede desvincular de esta profecía de Joel. Escuchemos cómo Pedro explica a Joel, cuando dice en *Hechos* 2:38, 39: "Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre (!) de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo (!). Porque para vosotros es la promesa [a saber: del Espíritu Santo] y para vuestros hijos [¡pensemos en los hijos e hijas de *Joel* que recibieron el Espíritu!], y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare". Esto último se relaciona perfectamente con *Joel* 2:32: "entre el remanente al cual él habrá llamado". Cuando asistimos a un bautismo, ¡no nos olvidemos nunca de Joel! del Día del Señor, de la Iglesia entera ungida con el Espíritu, del Nombre de Jesús que salva y 'Jerusalén', y de la Iglesia que puede predicar todo esto y sellarlo mediante el bautismo, en medio de un mundo que se está hundiendo… todo ello va unido. Efectivamente, Joel nos ofrece aquí un conocimiento sencillo, que todos en la Iglesia tienen que poseer.

## El cumplimiento final del Día de Yahvé

¿Entonces, viene a continuación en el capítulo 3 aquello "oscuro del final"? No, aquí encontramos una continuación de las promesas. La salvación de la Iglesia significa al mismo tiempo la liquidación de cuentas con todos sus enemigos. El capítulo termina con una repetición de lo que ya se prometió en 2:27, ¡"Yahvé morará en Sion"! Otra vez se describe la convulsión de muchas naciones. Ya no hay duda posible si se refiere aquí a langostas o a hombres. Enemigos mortales de Israel marchan contra él. Han saqueado al pueblo del Señor, despojado el templo, vendido a los jóvenes. Y ahora vuelven a reunirse aquellos pueblos malévolos, para una última venganza. Pero esta vez acabará en un fiasco, pues el Señor rugirá desde Sión y será la esperanza de su pueblo, porque en el monte de Sion habrá salvación (*2:32*; *3:16-17*).

Parece que las profecías de Joel van subiendo en espiral. Al final vemos los mismos motivos que al principio: un ataque a Sion, la mano salvadora del Señor, el resurgimiento de la nación, una presencia permanente del Señor en medio de su pueblo. Y así, este final ya no es para nada oscuro, sobre todo para el lector neotestamentario. Éste ya sabe ahora acerca de la hoz que segará la mies y que cortará las uvas maduras para el juicio (*Ap. 14:14-20*). Sabe sobre la derrota completa de la fuerza enemiga en el valle de Josafat (que significa: Yahvé juzga) o el valle de la decisión (*3:2, 12, 14*). Sabe acerca de Jerusalén, la ciudad que es nuestra madre y que desciende del cielo. Aunque en el presente no veamos ninguna victoria de Dios, creemos en la victoria final en su día.

Ese día traerá consigo a la vez un renacimiento de la creación. Cuando se levantan las nubes de polvo de la última batalla, estarán brillando allí como perlas un nuevo cielo y una nueva tierra. De nuevo se unen 'naturaleza' y 'gracia'. Desde el templo se va formando un sistema de riego que vuelve fértil al valle de Sitim (la estepa donde crece la madera de Sitim, la acacia; cf. *Ez. 47:1 ss.*; *Zac. 14:8*; *Ap. 22:1-2*). No hay que irritarse por el carácter 'terrenal' de la descripción; o ¿acaso no hemos entendido que los profetas quieren decir, lo más claro posible, que Dios lo hace todo nuevo? Y no hay que escandalizarse tampoco por el hecho de que junto a la descripción del 'cielo', también está la del 'infierno', puesto que se añade diciendo que las tierras de los archienemigos Edom y Egipto se convertirán en desierto asolado. La realidad no se debe disimular, ya que proclamar el juicio está al servicio de la predicación del Evangelio.

¿Cuándo, pues, llegó el juicio que anunció Joel? Ni siquiera sabemos con exactitud en qué época profetizaba. Pero lo que es indudable, es que la Historia ha dejado ver un juicio sobre los enemigos de Judá. Sin embargo, el cumplimiento definitivo de la profecía de Joel tiene que producirse todavía. Y esto ocurrirá cuando Cristo haya reunido a su Iglesia de entre los pueblos.

## AMÓS

### Aborrecí, abominé vuestras solemnidades (*Am. 5:21*)

"Hay fiesta en Betel, la antigua ciudad consagrada por reminiscencias patriarcales, desde hace largos años la sede más importante del culto en el reino de las diez tribus. De todas partes acuden los peregrinos a la santa ciudad, donde el templo del reino, honrado y enriquecido por favores reales, se yergue majestuosamente en lo alto de la colina y que con su altar, y sobre todo con su imagen del becerro de oro, parece dar la garantía más absoluta de la cercanía de Dios. Los sacerdotes tienen mucho trabajo hoy, pues los peregrinos no se acercan con las manos vacías: vienen arreando al ganado, ovejas y terneras llenan enseguida el patio; tanto que los sacerdotes apenas dan abasto con el degüello y la preparación de todos aquellos sacrificios: El altar gime bajo la carga, las llamas crepitan, el humo se eleva al son de laúd y cántico con que la multitud alegre hace retumbar la ciudad y el templo. Raras veces ha contemplado Betel un pueblo más alegre y feliz.

Y ahora es una época tan buena, que no puede sino traer alegría a todo el mundo. La gente respira con alivio y está más exultante al recordar que hacía sólo unos años su pecho estaba oprimido por el miedo y la angustia; cuando la tierra yacía indefensa ante las hordas de los sirios, que pillaban donde querían y robaban lo que deseaban. Oh sí, piensan todavía en aquel tiempo del rey Joacaz, cuando, para defender el país no les habían quedado más que cincuenta hombres de a caballo, diez carros y diez mil hombres de a pie (*2 Cr. 13:7*), y los países vecinos saciaban su malicia, su rencor, su codicia, su crueldad para con el pobre pueblo. Pero ¿para qué acordarse de toda aquella miseria en este día tan festivo? Ahora todo es diferente, gracias a Dios y… gracias a Jeroboam II, el valiente, que ahora lleva las riendas con mano firme. ¡Gloria al rey!" [3]

En medio de este engreimiento en días de una prosperidad aparente, apareció entonces la tosca figura de Amós, un profeta de la sureña Judá, para pronunciar su prédica de juicio. De origen campesino, vivía en Tecoa, en la tierra montañosa de Judá; en *Amós* 1:1 y 7:14 leemos que era pastor y que recogía higos silvestres.[4] Por lo tanto, no pertenecía al gremio de los

---

[3] 1) P. de Buck: *De Profeten van Israel* (Los Profetas de Israel), Rotterdam 1908, pág. 3, 4.

[4] 2) Las higueras silvestres o sicómoros crecían en los alrededores de Jericó (Zaqueo subió a uno de estos árboles) y a lo largo de la costa en la llanura de la Sefela al sur de Jaffa. Los teorizantes han pensado en plantaciones de tales sicómoros: También han hecho de Amós un 'podador' (p. ej. E. W. Heaton: *The O.T. Prophets*, Edinburgh 1958, pág.19), que trabajaba como temporero, pinchando la piel de la fruta para estimular el proceso de maduración. Teniendo en cuenta que en un árbol hay miles de frutos, que no son mucho más grandes que la uña de un dedo, ¡no queda demasiado de la fruta después de hacer un corte! Tampoco se puede tratar del cultivo de plantaciones de esas frutas, ya que Amós hubiera hecho mejor en

profetas. Pero Yahvé le tomó de detrás de las ovejas –así hizo también con David– y le llamó para profetizar contra Israel; ¡una medida de emergencia! Y Amós fue obediente, fiel a su llamamiento.

Según el orden cronológico es quizá el primer profeta de quien tenemos detalladas anotaciones escritas. De sus palabras podemos inferir cómo era la situación en Israel-norte, y podemos conmovernos profundamente con este hombre de acción, que en absoluto era un profeta comprado y que no andaba con rodeos. Que tomara imágenes de la naturaleza y de la vida en el campo, es algo que podíamos esperar de él. Oímos crujir el carro bajo la pesada carga (*2:13*), rugir al león (*3:4*). Leemos acerca del lazo (*3:5*) y de las vicisitudes de la peligrosa vida de pastor (*3:12*). Se habla del ganado de Basán (*4:1*) y de los daños a los cultivos (*4:9*).

Sin embargo, no es justo presentar a Amos por eso como un simple 'campesino', que ventila sus quejas contra 'la cultura' en el estado de bienestar de Israel-norte. También otros profetas –como p. ej. el urbanita Isaías– utilizaron imágenes tomadas de la naturaleza y lucharon contra la degeneración cultural (cf. la 'imagen de moda' en *Is. 3:16-24*). Además, Tecoa no era una simple aldea; desde tiempos de Roboam albergaba una guarnición (*2 Cr. 11:6*). El hecho de que en algún tiempo vivíera allí una 'mujer astuta', cuya ayuda solicitó Joab (*2 S. 14:2 ss.*), muestra que en esta ciudad fronteriza, al borde de la estepa montañosa, vivía un pueblo seguro de sí mismo, que sabía llevar a la práctica la 'sabiduría' de las Escrituras. Por lo tanto, en *Amós* no se trata de 'naturaleza' contra 'cultura', o 'el hombre de la calle' contra 'los que mandan', sino de la Palabra de Dios frente a abandonar a Yahvé. 'Iglesia' y 'cultura' en sí no son polos opuestos; no se conforme nunca con la idea de que la Iglesia es anticultural, aunque sí está en contra de la degeneración de la 'cultura', la perversión del desenvolvimiento en la vida.

Y bajo este enfoque tenemos que leer los discursos de Amós.

### Cuando un pueblo se hunde en pecados, comienza en la Iglesia la lepra del alma

La Iglesia apóstata en Israel-norte era la causa principal de toda la deformación. El culto del becerro de oro en Betel. Con mucho vigor se opone Amós a esta caricatura de religión. Pero a la vez –y lo mismo llama la atención en Oseas, que predicaba también en Israel-norte en esa misma

---

cultivar higos domesticadas en lugar de los productos del sicómoro, a menudo picados por los gusanos. Pero, ¿por qué no imaginarse la situación? Si Amós pastoreaba su ganado en la llanura, buscaba simplemente, como lo hace cualquier pastor, su comida en el campo agreste, y en este caso había que probar alguna vez los higos silvestres (a veces fermentados). La palabra traducida por 'recoger' tiene relación con la palabra árabe para 'higo' (*balas*). Así que, el campesino de Tecoa 'higaba' es decir: recogía higos; comía lo que encontraba en el campo, igual que Juan el Bautista.

época más o menos– vemos que Amós apela a lo que todavía se conocía del Pacto con Yahvé.

Allá en Samaria y Betel no eran ignorantes de la Ley, de la historia de la liberación de Egipto. Nos sobran motivos para dar por hecho que usaban más o menos las mismas Escrituras y liturgia que en la sureña Judá y Jerusalén. Solo que, lo mismo que los judíos en los días del ministerio de Cristo en la tierra tenían el rostro ‘velado’, malinterpretaban las Escrituras y habían quitado la llave del conocimiento(*Lc. 11:52*), así era en el Israel-norte de la época de Amós. Todavía había ‘un pueblo con la Palabra’, al que Amós podía recurrir. Pero al mismo tiempo tenía que luchar contra la superficialidad, una actitud de arribismo y obstrucción de las Escrituras, que estaban convirtiendo a Israel en ‘un pueblo sin la Palabra’. La relación de Pacto es lo primordial para Amós; él no pronuncia discursos evangelizadore, sino que empieza por el milagro del Pacto que Dios estableció:

“Oíd esta palabra que ha hablado Yahvé contra vosotros, hijos de Israel, contra toda la familia que hice subir de la tierra de Egipto.

Dice así: A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra; por tanto, os castigaré por todas vuestras maldades” (*3:1, 2*).

Precisamente por medio del culto en Betel, Israel-norte buscaba conectar con las tradiciones de los patriarcas. Lugares de la historia nacional, como Gilgal y Beerseba, eran favoritos (*5:5*; *8:14*). Incluso había quienes anhelaban que llegara el día del Señor (*5:18*). El siglo de oro daría paso a uno de diamante según la lógica de la evolución. ¡Esperaban una ‘venida del Señor’! Pero Amós anuncia que es imposible que Yahvé pueda dar la bendición del Pacto a un pueblo que está pisoteando aquel mismo Pacto. Al ‘remanente de José’ no le espera el cumplimiento de la bendición de Jacob y Moisés. La prosperidad durante el reinado de Jeroboam II es sólo una apariencia. El tiempo del juicio ha llegado para Israel (*8:1-3*), los cánticos del templo se vuelven lamentaciones.

Amós transmite su mensaje por medio de:

- profecías contra las naciones vecinas: Siria, Filistea, Tiro, Edom, Amón, Moab, Judá; y contra Israel-norte (*1:2-2:16*);
- amenazas contra Israel-norte (*3:1-6:14*);
- visiones sobre el juicio (*7:1-9:10*).

Al final, sin embargo, este profeta a pesar suyo hace oír una promesa de salvación. Desde tiempos antiguos, Tecoa –con la cercana cueva de Adulam– y la casa de David tenían un vínculo muy estrecho. Pues bien, con todo, la bendición de Jacob y Moisés se cumplirá; también en materia

agrícola viene una gran prosperidad, así proclama este campesino-profeta. Ya que el tabernáculo caído de David será levantado. ¡Jesucristo es también el final de las palabras de Amós!

**El Señor ruge desde Sion (*1:2*)**

Amós comienza sus profecías contra las naciones con la mención de Aquel que le ha enviado. El Señor ruge desde Sion, desde Jerusalén da su voz. Israel es confrontado inmediatamente con el pecado de su culto caprichoso en Betel y la negación de acudir al lugar indicado por el Señor en Sion. El reino del norte de Israel ha abandonado a Yahvé, puesto que su Casa ha sido abandonada. Y ahora ese mismo Yahvé va a hablarles a sus hijos pródigos con un lenguaje poderoso.

Leyendo *Amós* 1 y 2, el lector notará seguramente que los anuncios de juicio contra los diferentes pueblos están formulados de la misma manera:

> Así ha dicho Yahvé: Por tres pecados de…, y por el cuarto, no revocaré su castigo; porque…prenderé fuego en…,y consumirá sus palacios.

Precisamente gracias a esa repetición la profecía de Amós ‘funciona’; sus palabras tocan a rebato. El Señor es el Dios del mundo. Primero suenan las palabras de juicio contra los pueblos vecinos de Israel: Aram (Siria) con Damasco, su capital, que destruyó la provincia de Galaad; la alianza de ciudades filisteas, Tiro, Edom, Amón, que sin piedad raptaron a israelitas para el mercado de esclavos. Al rey de Moab se le echa en cara que ha quemado con fuego los huesos del rey de Edom, actuando así en contra de todo sentimiento humano.

Fíjese en el hecho de que en la enumeración de las naciones hay una gradación. Edom, Amón y Moab estaban emparentados con Israel; en cierto sentido existía una alianza fraternal, aunque ignorada en la política, entre aquellos pueblos (*1:9, 11*). Puede que a Israel le encantara que se anunciara el juicio contra todos aquellos enemigos. Pero entre ellos había naciones emparentadas. Y ahora aumenta la gradación: no sólo se les amenaza a los que descienden de Esaú (Edom) o de Lot (Amón y Moab), sino también a los que tienen a Jacob como antepasado. También Judá tiene muchos pecados y por eso el Señor no revocará el juicio anunciado por los profetas.

> Porque menospreciaron la ley de Yahvé,
> y no guardaron sus ordenanzas,
> y les hicieron errar sus mentiras,
> en pos de las cuales anduvieron sus padres.

Prenderé por tanto fuego en Judá,
el cual consumirá los palacios de Jerusalén (*2:4, 5*).

**A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra; os castigaré por todas vuestras maldades (*3:2*)**

Ahora viene el punto álgido. Después de las siete profecías de juicio sobre otros pueblos (entre ellos el propio pueblo de Amós), sigue el anuncio del juicio sobre el norte de Israel. ¿No se dan allí abusos sangrantes? ¿No se oponen allí a la profecía? ¿No se está jugando allí con las dádivas de Dios relacionadas con el Pacto, desde el Éxodo y la entrada en Canaán (*2:6-16*)? Sin duda, las palabras de Amós causarían un impacto tremendo. Al escuchar las profecías anteriores, la gente mostraría su aprobación. ¡Pero ahora este lenguaje tan drástico en el Lugar Santo! Sin embargo, Amós tiene la obligación de hablar. Israel está celebrando una fiesta en Betel; la pascua o la fiesta de los tabernáculos, que pretende conmemorar la salida de Egipto y la entrada en Canaán. El profeta toma eso como punto de partida. Precisamente porque el Señor estableció su Pacto con Israel, por eso al pueblo le espera ahora el juicio. Que se entere aquella multitud que está de fiesta, antes de que sea demasiado tarde. Un león que ruge, anuncia que ha conseguido una presa; un toque de trompeta alborota al pueblo; así es la Palabra del profeta del Pacto: proclama el juicio, y necio es Israel, que no le hace caso (*3:1-8*).

A los extranjeros se les invita a tomar asiento en los montes alrededor de Samaria, como si de una tribuna se tratara, para ver la corrupción reinante y cómo ha llegado el tiempo del juicio. Los cuernos del altar de Betel serán cortados. Se acabará el lujo de los palacios decorados con marfil tallado. Precisamente porque Dios es el Dios del Pacto, vendrá seguro el destierro; el Dios del Éxodo será para su pueblo desobediente el Dios del exilio. Esto no lo va a poder remediar ninguna religión caprichosa en Betel y Gilgal (*3:9-4:5*).

Puesto que el pueblo no quiso rectificar, el Señor les mandó todo tipo de plagas, para hacer que su pueblo se arrepintiera. ¿No había advertido la Ley con ello? ¿No se parecían estas plagas a las que cayeron sobre Egipto y Sodoma? (*4:10-11*). Por tanto, ¿no podía darse cuenta el pueblo de Dios de que era igual de malo y merecedor de juicio? (cf. *Ap. 11:8*). Pero Amós ha de confirmarlo, repitiendo hasta cinco veces:

Pero no os volvisteis a mí, dice Yahvé (cf.. *Ap. 9:20, 21*).
Y entonces le dice a voces a Israel:
Porque te he de hacer esto,
prepárate para venir al encuentro de tu Dios, oh Israel.
Porque he aquí, el que forma los montes, y crea el viento,
y anuncia al hombre su pensamiento;

el que hace de las tinieblas mañana,
y pasa sobre las alturas de la tierra;
Yahvé Dios de los ejércitos es su nombre (*4:12-13*).

El "prepárate para venir al encuentro de tu Dios" no es, pues, una invitación a un encuentro apacible con el Señor, como se suele emplear esta expresión. Al contrario, el Señor de los ejércitos (el título de Rey aparece continuamente en los escritos proféticos a partir de 1 *Samuel*) revelará su poder como Rey en contra de su pueblo. Por más que cantaran allá en Betel el cántico de Moisés junto al Mar Rojo, aquel mismo poder, que una vez salvó al pueblo, ahora lo va a destruir. ¡*Amos* 5:2 es una elegía sobre la virgen de Israel! Es por el desprecio a la justicia (*5:7 ss.*), que desentona con las peregrinaciones y fiestas con ofrendas (*5:5, 21 ss.*). "¡Ay de los que desean el día de Yahvé! … Será de tinieblas, y no de luz" (*5:18*). "¡Ay … de los confiados en el monte de Samaria!". Muerte y destierro sobrevienen al aprovechado, al que vive en una falsa tranquilidad. Y que allá en Betel no crean que Amós de Judá piensa: ¡nosotros somos mejores! Puesto que allí también hay aquella misma mentalidad maldita, la falsa placidez: "¡Ay de los reposados en Sion!" (*6:1*).

**El Evangelio sigue sonando: Buscadme y viviréis**

Y sin embargo, el profeta no sólo muestra oscuridad. Sus palabras al fin y al cabo tienen el propósito de llamar al arrepentimiento. Amós señala también el camino de vida. Una y otra vez se oye en sus profecías:

Buscadme, y viviréis;
y no busquéis a Betel,
ni entréis en Gilgal,
ni paséis a Beerseba (*5:4, 5*).

Buscad a Yahvé, y vivid;
no sea que acometa como fuego a la casa de José y la consuma,
sin haber en Betel quien lo apague (*5:6*).

Buscad lo bueno, y no lo malo,
para que viváis;
porque así Yahvé Dios de los ejércitos
estará con vosotros, como decís (*5:14*).

Aborreced el mal, y amad el bien,
y estableced la justicia en juicio;
quizá Yahvé Dios de los ejércitos

tendrá piedad del remanente de José (*5:15*).

Betel, la Casa de Dios, se convertiría en nulidad, Gilgal sería llevada en cautiverio (fíjémonos en la ordenación ingeniosa de los nombres de los lugares en 5:5, según el esquema a-b-c-b-a); pero para el remanente que se convierta, le quedaba todavía un futuro. Ya que el 'buscar' al Señor significaba tenerle en cuenta, seguir el camino conocido, vivir de su Palabra, y como pueblo suyo mantener el estilo de su reinado. Buscar al Señor no tiene nada que ver con una expedición, un viaje al espacio, a un destino desconocido. Buscar al Señor es: consultar a Aquel que vive en Sion. No busquéis a Betel (cf. *1 Cr. 10:13, 14*).

**El Apocalipsis de Amós**

A continuación vienen las visiones, que siguen más o menos las estaciones del año. La primera: la amenaza de una plaga de langostas en primavera. La segunda: una sequía en verano, que afecta a pozos y tierras de cultivo. Ambas visiones van acompañadas de una intercesión del profeta y la revocación del juicio sobre 'Jacob' por parte del Señor. Pero en la tercera visión, que muestra al Señor con una plomada de albañil sobre un muro, sólo se nos informa de la llegada incondicional e inexorable del juicio:

He aquí, yo pongo plomada de albañil en medio de mi pueblo Israel;
no lo toleraré más.
Los lugares altos de Isaac serán destruidos,
y los santuarios de Israel serán asolados,
y me levantaré con espada sobre la casa de Jeroboam (*7:8*, *9*).

Estas palabras rotundas, pronunciadas en el templo nacional de Betel, naturalmente suscitaron reacciones por parte de las autoridades eclesiásticas. El sumo sacerdote Amasías intentó intimidar a Amós, al acusarle ante el rey Jeroboam II de rebelión, aplicando lo dicho sobre la casa real a la propia persona del rey. Eso es lo que pasa siempre cuando algo sacrosanto es atacado. Pero Amós no se deja echar del santuario nacional por el 'arzobispo' de Betel, ni que le despache a la discrepante Judá como si fuera un perturbador reaccionario. Con valentía le anuncia a este representante de la alta sociedad la desgracia que se cierne sobre él y su familia.

Y Amós, este predicador formidable, continuó profetizando contra la conformidad de Betel, aquella obra del Estado, y contra el pueblo que juraba por el linaje de Jacob y la tierra de Israel. Su cuarta visión: un bodegón, una cesta llena de fruta madura. ¡Pero aquella madurez hablaba de la inminencia del juicio! El fin se acerca; no el fin del cumplimiento,

sino el de la consumición (*consummatio-consumptio*, dice Alberto Magno el siglo XIII en Alemania); no se acerca ningún siglo de diamante, ni ningún cumplimiento superior de este estado y posición de bienestar, sino una extinción radical. ¡Se hará de noche a mediodía (*8:9*)! Justo porque se trata de un pueblo descendiente de Jacob, jura el Señor por la gloria de Jacob que no se olvidará jamás de la extorsión y opresión a los pobres (*8:7*). Ni toda aquella religiosidad nacional, ni aquellos peregrinajes a los monumentos de los antepasados, incluso a 'los lugares altos de Isaac' en Beerseba (¡al extremo sur de Judá! *5:5*; *7:*9; *8:14*), van a poder salvar ni al Pueblo ni a la Patria. Porque no buscaron al Señor, ni le consultaron, serán entregados a un buscar sin encontrar. La gente 'busca' en cualquier parte – y podemos pensar aquí también en las conferencias y los consejos, muchas veces muy 'religiosos', con los que nuestro mundo está lleno y de los que se espera que digan la 'última palabra salvadora'– pero no 'encuentra' nada en ninguna parte. Quien, en tiempos de prosperidad, hace caso omiso de la Palabra que está cerca, jamás la va a encontrar en los días de necesidad (*8:11-14*).

La quinta visión: el Señor, que ordena derribar las columnas del templo, para que caiga sobre los que están adorando allí, como sucedió en el templo de Dagón. No hay que pensar aquí en el santuario de Jerusalén, sino en el de Betel. Amós predica lo ineludible del juicio. No quieren saber nada de un juicio (*9:10*). Presumen de la 'elección', la liberación de Egipto (*9:7*), del Pacto. ¡Un tema magnífico para los discursos festivos! Pero Israel no tiene ningún motivo para confiar en 'linaje y tierra', en las bendiciones del Pacto. Puesto que Yahvé no es un Dios tribal, Él cuida igualmente de los despreciados negros; los filisteos incircuncisos y los hostiles arameos también son pueblos que conocieron un éxodo (*9:7*). El Pacto no debe fomentar una falsa confianza; cuando Israel le da la espalda a Yahvé, ha de esperar la venganza del Pacto precisamente por ser su pueblo. "La familia que hice subir de la tierra de Egipto… a vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra; ¡por tanto, os castigaré por todas vuestras maldades!" (*3:1*, *2*).

**Después de esto volveré y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído (*Hch. 15:16*)**

Lo último que vemos, sin embargo, no es el hundimiento del reino de las diez tribus (*9:8*). El reino de David será de nuevo levantado "en aquel día". Se oyen acordes mesiánicos. Mucho después, Santiago, el hermano del Señor Jesús, puede usar esta conclusión de *Amós* para defender que se predique el Evangelio a los gentiles sin que estos tengan que incorporarse al pueblo judío (*Hch. 15:16 ss.*). La ruina de la casa de David será restaurada otra vez,

para que el resto de los hombres busque al Señor, y todos los gentiles, sobre los cuales es invocado mi nombre (*Hch. 15:17*).

Santiago orienta este pasaje a la luz de Pentecostés. El final de *Amós* conecta con la línea anterior del libro: Israel es juzgado como los demás pueblos; aquel que conoce el camino recibirá muchos azotes. Pero en aquel Día, en Israel serán benditas todas las familias de la tierra. Cristo adquiere para sí un pueblo de entre todo linaje y toda raza.

Y su bendición afecta a la vida en su totalidad. Amós lo describe con imágenes tomadas de la agricultura. La siega y trilla del trigo, normalmente finalizados en abril/mayo, durarán hasta que en septiembre/octubre aparezca el pisador y el que ara; tan abundante será la cosecha. La gracia de Dios rescata a toda la creación. El profeta vislumbra la Iglesia en su estado redimido, el nuevo paraíso y la nueva Jerusalén, cuando profetiza: "nunca más serán arrancados de su tierra que yo les di". El libro de Amós está lleno de juicios por el desprecio al Pacto. No obstante, este libro termina finalmente con la proclamación de la recreación total, que llevará a cabo el gran Hijo de David.

## ABDÍAS

**Oh Yahvé, recuerda contra los hijos de Edom el día de Jerusalén (*Sal. 137:7*)**

La pequeña profecía de Abdías trata sobre Edom.

Por lo tanto, es bueno prestar primero atención a la historia de este pueblo hermano de Israel. Jacob y Esaú eran hermanos gemelos, pero ya antes de su nacimiento, el Señor había predicho que el mayor (en este caso Esaú) serviría al menor. Con astucia, Jacob procuró quitarle a su hermano el derecho de la primogenitura y la bendición correspondiente. Cuando Isaac bendice a Esaú, reconoce que Jacob señoreará sobre Esaú. Pero también dice: "Y sucederá cuando te fortalezcas, que descargarás su yugo de tu cerviz" (*Gn. 27:40*). Después de este episodio Jacob huye a Labán; a su regreso hay al principio tensión, pero los dos hermanos se reconcilian. Edom, el pueblo descendiente de Esaú, va por su propio camino; mucho antes de que suba un rey al trono en Israel, Edom ya tiene sus propios reyes (*Gn. 36:31*). Cuando Israel sube de Egipto, Edom le deniega el paso, a pesar de apelar a la ascendencia común (*Nm. 20:14 ss.*). Por lo demás, en la Ley se dicta una actitud  benevolente frente a Edom, el hermano (*Dt. 23:7*). Las experiencias durante el Éxodo, con toda seguridad no fueron hechos aislados; Edom adoptó una actitud hostil frente a Israel. Saúl hace la guerra contra este pueblo, que parece formar un frente común con otras naciones vecinas de Israel (*1 S. 14:47*). También vemos que David pelea contra Edom (*2 S. 8:13, 14*; cf. *Sal. 60*); y, según 1 *Reyes* 11:15-16, no se andaba con muchos miramientos en aquel enfrentamiento. Edom habitaba en una zona realmente montañosa, perfecta para las guerrillas; sus moradores debieron heredar el carácter rudo de su ancestro, indomable y orgulloso. No es de extrañar que al inicio del reinado de Salomón estallara una rebelión en Edom (*1 R. 11:14 ss.*), al parecer con poco éxito; puesto que incluso después de la división del reino en norte y sur, los edomitas continuaron sometidos a este último. El gobernador-rey de Edom tiene que ir a la guerra junto a Josafat de Judá (*2 R. 3*; *1 R. 22:47*). Durante el reinado de Joram, sin embargo, los edomitas se sustrajeron a su poder e invistieron a un rey propio (*2 R. 8:20*), que suponía una seria amenaza militar. Amasías y Uzías logran dominar otra vez a Edom; pero bajo Acaz, Edom inflige una derrota a Judá y deporta a los prisioneros (*2 Cr. 28:17*); y a partir de entonces, esta nación de los montes salvajes queda libre del dominio del pueblo hermano de Judá.

Sin embargo, también Edom tuvo que someterse a Babilonia (véase *Jer. 27*), y aun así desempeñó un feo papel en la destrucción de Jerusalén que llevó a cabo Nabucodonosor. Esto se desprende del *Salmo* 137, *Lamentaciones* 4:21, *Ezequiel* 25:12, y también de *Abdías*. Parece que, cuando vino la desgracia sobre Jerusalén, todo aquel odio reprimido de Esaú se descargó. Edom vio con satisfacción cómo su hermano Jacob

sucumbía, e incluso contribuyó a ello al despojar a los de Judá que huyeron y entregarlos a los babilonios (*Abd. 11-14*). ¡Ahora el menor ha de servir al mayor!

Pero la ley de la elección: "a Jacob amé y a Esaú aborrecí" (*Mal. 1:2, 3*; *Ro. 9:13*), encuentra aquí su cumplimiento. Aunque ha de caer el juicio sobre Jerusalén por los pecados de la Iglesia, a Esaú no le está permitido jactarse tanto en el día de la angustia de Jacob. El Señor ha elegido a su Iglesia y aborrece el orgullo del altivo Edom. Los buitres hacen su nido en las inaccesibles peñas de las montañas de Edom; así también este arrogante pueblo serrano se cree que es libre de todo juicio y que puede afrontar cualquier temporal (*v.2 ss.*). Pero "por la injuria a tu hermano Jacob te cubrirá vergüenza, y serás cortado para siempre (*v. 10*). Ni héroes ni sabios (Edom era famoso por sus maestros de ciencia) van a poder ayudar entonces. Nada escapa al juicio de Dios (*vv. 15, 16*).

**Ningún nacionalismo, sino profecía mesiánica**

En medio de aquel remolino que es el juicio allí está Sion. No es la Jerusalén destruida, desde luego, sino la del futuro, la nueva. El monte del templo ofrece refugio a Jacob; sí, este toma posesión de la herencia de Esaú. Israel puede disponer otra vez de todas las porciones de la herencia perdida, tanto en el norte como en el sur[5]. Los cautivos vuelven. Y salvadores, jueces, juzgarán desde Sion sobre Edom; se quemará como un campo de rastrojos (*v. 18, 21*). El mayor servirá al menor.

Se ha dicho a veces: "aquí tenemos un claro ejemplo de nacionalismo en la profecía. Este es el lenguaje de 'sangre y tierra', del sueño de solventar una antigua rencilla". Pero no hay que juzgar tan deprisa. Hay que leer las últimas palabras de Abdías: "y el reino será de Yahvé". Pues ahí está lo que el profeta quiere transmitir. El Señor tiene que revelarse como el Rey; Esaú se ha convertido en el enemigo del Señor.

¿Se acuerda el lector aún del acorde final del cántico de Moisés junto al Mar Rojo? También acababa así: "¡Yahvé reinará eternamente y para siempre!" (*Ex. 15:18*). En 'el cielo' cantaremos el cántico de Moisés y del Cordero. ¿Será eso un himno nacionalista, un cántico a nuestra propia fuerza y valor heroico? Claro que no, pues ¿cómo puede un cántico del Cordero hablar de otra cosa que no sea de la sola gracia? Por lo tanto, la última frase de la profecía de Abdías nos muestra qué es lo que domina la lucha entre Edom e Israel: el reinado de Yahvé. Esto es lo que eleva su profecía a la altura mesiánica. *Apocalipsis* combina las palabras finales del cántico de Moisés con las de la profecía de Abdías: "Los reinos del mundo

---

[5] Sarepta (*v.20*) se ubica entre Tiro y Sidón en Fenicia (cf. *1 R. 17:9*; *Lc. 4:26*). Hoy en día se suele identificar Sefarad como Sardes en Asia Menor (*Ap. 1:11*; *3:1*).

han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos” (*Ap. 11:15*).

En la época de los macabeos, Edom fue conquistado por los judíos y los edomitas se incorporaron al pueblo de Israel. En ello se puede ver un cumplimiento de la profecía de Abdías, pero no solamente en esto.

El reinado del Señor se muestra también en la reunión de la Iglesia y en el juicio sobre sus enemigos. Aquí hay que considerar que la Iglesia a menudo tiene sus más poderosos enemigos entre aquellos que han salido de ella misma, y rompieron con el Evangelio. Precisamente porque el espíritu del hostil pueblo hermano de Edom perdurará invariablemente, la profecía de Abdías resulta tan llena de consuelo. Se hará justicia a la Iglesia, frente a los lobos que emergen de su propio seno.

Nos queda un punto al que prestar atención: Abdías recicla antiguas profecías. Compárese p. ej. el versículo 3 con *Isaías* 14:13 ss.; versículo 4 con *Amós* 9:2; y versículo 10 con *Amós* 1:11. Especialmente llamativa es la similitud con *Jeremías* 49:7-22, una profecía dirigida también contra Edom. Se pueden analizar las secciones que se asemejan en los libros de estos profetas y se verá que Abdías no sigue sin más a sus antecesores. Se remonta a las profecías de Amós y Jeremías sobre Edom, pero las elabora y de modo expreso trae a cuento el comportamiento de Esaú en la toma de Jerusalén. Por eso es tan bello su lenguaje; la ira de Dios es consumada; sí, las Escrituras se cumplen. El hecho de que encontramos aquí otras profecías citadas o integradas no es ninguna muestra de carencia de un profeta que no se puede valer por sí mismo. Cada profeta se apoya en su predecesor, como subido a sus hombros. Y lo mismo que en el Nuevo Testamento hay una y otra vez referencias al Antiguo, así existe dentro del Antiguo Testamento una relación mutua entre los diferentes libros. ¿Sorprendente? Al fin y al cabo, es un solo cántico que se canta cada vez como ‘nuevo’, desde el Mar Rojo hasta el Mar de Cristal. Escrito está; y ciertamente acontecerá: “Y el reino será de Yahvé”.

# JONÁS

## La señal de Jonás

Puede que la historia de 'Jonás en la ballena' disfrute de cierta popularidad, pero esto no quiere decir que se entienda cuál es el mensaje de este pequeño y peculiar libro, pues aunque el libro de *Jonás* no contiene profecías como los demás profetas menores, sino historias y un salmo, el tema es ciertamente profético. ¡Cómo se predica el poder de Dios y su gracia! ¡Cómo se enseña a Israel, que no se arrepiente, el ejemplo humillante de Nínive!

Jonás vivió probablemente en los días de Jeroboam II del reino del Norte, pues en 2 *Reyes* 14:25 leemos sobre una ampliación del territorio de Israel durante el reinado de Jeroboam II, que ya había sido profetizada por Jonás. Así que, probablemente, Jonás ejerció su ministerio en el reino del norte. Los profetas Amós y Oseas habrían actuado después de él. De los escritos de estos últimos profetas podemos llegar a conocer la situación del Israel de aquella época. En Samaria vivían con placidez. Eran personas que anhelaban el día del Señor. Que clamaban al Señor: "¡Te hemos conocido!" (*Os. 8:2*). Sin embargo, mientras tanto florecían la injusticia, el culto a los baales locales y al becerro en Betel. Con desprecio miraban al mundo pagano, y habrían aprobado cada una de las profecías de juicio sobre las naciones extranjeras. Ellos mismos creían estar a salvo; no temblaban ante el juicio. Efraín dice: "Ciertamente he enriquecido, he hallado riquezas para mí; nadie hallará iniquidad en mí, ni pecado en todos mis trabajos." (*Os. 12:8*; cf. *Ap. 3:17*).

Lo ocurrido en torno a Jonás y Nínive es toda una dura crítica de la falsa placidez y el orgullo de Israel. Pone al descubierto el pecado fundamental de Israel: no quiere vivir de la gracia. A veces se ha dicho que *Jonás* es un libro misionero, porque Jonás tenía que ir a predicar a la pagana Nínive. Incluso hay quien quiere explicar el libro como una alegoría. Según esta visión, Jonás representa a Israel, que tiene que ir a los gentiles, pero que rehúsa predicarles el Evangelio. Como castigo entonces viene luego el cautiverio: en el libro de *Jonás* representado por un pez. Después de la liberación de aquel cautiverio (el pez), comienza a predicar a regañadientes, hasta que se hace evidente que Yahvé quiere salvar también al mundo pagano. No nos parece correcto hacer que el libro de *Jonás* se volatilice de esta manera hasta quedar en una mera metáfora elaborada. No se encuentra ninguna indicación que sugiera que aquí no se describe nada histórico. Aunque habla este libro de una predicación a los gentiles, no se trata en primer lugar de concienciar a Israel de su responsabilidad misionera. La misión de Jonás a Nínive  era algo muy excepcional. En aquellos días había un altísimo muro de separación entre Israel y los gentiles.

¿De qué trata este libro en primer lugar? En primer lugar, trata de subrayar la enorme gravedad del juicio inminente. Jonás tenía que anunciar el juicio a Nínive. La profecía debía tener un tono amenazante.

Pero luego vemos cómo el Señor, para el que no hay acepción de personas, concede, tras el arrepentimiento, anulación del castigo. O, para decirlo con las propias palabras de Jonás, palabras que él toma prestadas del Señor mismo (*Ex. 34:6*; cf. *Sal. 86:5*; *Jl. 2:13*):

> … porque sabía yo que tú eres Dios clemente y piadoso,
> tardo en enojarte, y de grande misericordia,
> y que te duele el mal (anunciado) (*Jon.4:2*).

El libro de *Jonás* muestra una predicación formidable de la gracia; una gracia que llama a abandonar la autoconfianza y a volverse. Cristo resumió este tema de una forma clarísima. Frente a los escribas y fariseos, los dirigentes de Israel, dijo: "Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán; porque ellos se arrepintieron a la predicación de Jonás, y he aquí más que Jonás en este lugar" (*Mt. 12:41*). No hace falta profundizar en la cuestión de si aquel arrepentimiento de Nínive fue una auténtica conversión, ya que eso nos distrae de la predicación a Israel que hay en este libro. En Nínive, el Señor erige una señal para el pueblo del Pacto que no muestra arrepentimiento sino que se está endureciendo. ¡Volveos, y viviréis!

La manera en que el Señor lo hace, va completamente en contra del sentimiento de su siervo Jonás. Otros profetas habían lanzado palabras de maldición hacia Asiria y Nínive, eso sí. Pero ningún profeta se había atrevido a adentrarse en una fortaleza de los gentiles para predicar allí. Porque predicar es cosa diferente que proclamar una maldición que va a venir seguro. Aunque predicar incluye la proclamación de un juicio, exige siempre el uso del modo condicional. Incluso cuando el predicador no añade: "¡Arrepiéntete, Dios es misericordioso!", se supone que el oyente sabe eso. Gracias a esa gracia perdonadora podía vivir el mismo Israel, debido a la antigua proclamación en el Sinaí (*Ex. 34:6*; cf. *Jon. 4:2*). Pero ahora, Jonás es llamado para predicar en Nínive. Bien es cierto que tenía que profetizar contra la ciudad, pero venía en nombre del Dios que es misericordioso, y que, cuando se produjera la conversión, Él se apartaría del castigo. En la misión de Jonás a la capital de Asiria cabía la posibilidad de que aquella ciudad pagana se arrepintiera, por lo que el Señor no iba a ejecutar el juicio. Pero esto no concordaba con las ideas de Jonás. Como Juan el Bautista, ya veía el hacha puesta a la raíz de los árboles. A los árboles de Asiria, se entiende. La misericordia para Asiria no encajaba con su teología de la represalia.

Sin embargo, los profetas tienen que poner su voluntad al servicio de Aquel que es Señor sobre toda la tierra. Y Jonás iba a sentirlo en su propia carne. Tomó un barco que partía hacia el otro lado del mar, para Tarsis, o la española Tartessos, una colonia de los fenicios, el pueblo navegante de aquel tiempo. Puesto que entre Israel y Fenicia había similitud en el idioma, no hay ningún motivo para decir que aquí tenemos que ver con una leyenda 'porque el cuento sólo conoce una lengua'. Por lo tanto, no es demasiado suponer que los patrones que con su barco hacen escala en Jope pudieran mantener una conversación.

Jonás huyó. Una tempestad fue la causa de que se descubriera la culpabilidad de su huida. Por indicación propia fue echado al mar. La mar se calma; el Señor se revela también allí como el Dios del mundo, que infunde respeto en los marineros. Pero el Señor se muestra a la vez como el Dios que sabe proteger a sus profetas, también en las profundidades del mar. Un monstruo marino –¿fue una ballena o un cachalote?– lo traga y luego lo escupe en tierra. Y entonces, el desertor fue a cumplir con su deber. Después de un nuevo llamamiento del Señor, Jonás se prepara para ir a Nínive.

El Capítulo 2 transmite el salmo de agradecimiento que compuso en el estómago del pez. En este cántico, que recuerda muchas veces a los *Salmos* (p. ej. *vv. 3b y 4*: *Sal. 42:7 y 3b*), Jonás se compara a una persona enterrada que parece como sacada de la fosa (*v.6*). Desde el seno del Seol clamó al Señor (*v. 2*), que le escuchó desde su templo y le salvó por medio del pez.

Cristo se refería a la historia de Jonás, cuando habló de la señal de Jonás. Pues como uno que hubiera resucitado de los muertos por el poder del Señor, Jonás se fue a Nínive; pero también Cristo, el Resucitado, hablaría a los judíos por su evangelio poderoso. La Palabra del Cristo crucificado y resucitado es el único milagro, la única señal, que Él da (*Mt. 12:38 ss.*). "Los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios" (*1 Co. 1:22-24*). Jonás entró en las entrañas de un pez, y allí fue mantenido como alguien culpable; Cristo era el que no tuvo pecado, que murió verdaderamente, pero que resucitó; ¡he aquí, más que Jonás en este lugar!

**Más que Jonás en este lugar**

La predicación de Jonás produjo un cambio en Nínive. Y el arrepentimiento de los hombres es seguido por una anulación del castigo de Dios. "Y no lo hizo". Para Jonás, todo esto significaba una gran decepción. Tanta gracia para la impía Asiria, que luego iba a ser el azote de Israel, era demasiado para él. Se sentó bajo un cobertizo, en las montañas al este de

Nínive, enfurruñado; no habían pasado todavía los cuarenta días. Quizá el Señor iba a llevar a cabo su juicio de todos modos. Entretanto, creció milagrosamente un arbusto allí, probablemente una planta de ricino (*ricinus comunis*) que crece rápidamente. Jonás disfruta de la abundante sombra debajo de sus hojas lobuladas. Pero un gusano mata a la planta y Jonás, que acababa de animarse un poco, vuelve a hundirse, tan enfadado que quiere morirse.

También la planta le iba a dar una lección. Si Jonás quería salvar al arbusto milagroso, entonces ¿por qué le extrañaba tanto que el Señor quisiera salvar a aquella gran ciudad de Nínive, donde vivía tanta gente y tantos animales? ¿Destruiría el Señor su propia creación sin necesidad?

Este relato profético emana un consuelo para Israel. Dios es misericordioso. Si Israel sigue viviendo ufanándose de sí mismo, y hundiéndose más que Nínive, entonces el Señor, efectivamente, haría daño a su propia creación. Pero el objetivo final de sus obras no es nunca una tierra devastada. Él, el Señor del mundo, se complace en una creación que se desarrolla.

Visto desde la perspectiva neotestamentaria: por la fe en ‘la señal de Jonás’, unida a Cristo Jesús, el mundo puede ser salvo, hombres y animales. Esperamos según sus promesas un nuevo cielo y una nueva tierra. El libro de *Jonás* nos enseña que la gracia de Dios es para todo el mundo.

## MIQUEAS

### Para denunciar a Jacob su rebelión, y a Israel su pecado

Miqueas, el de Moreset. Un campesino de Moreset-Gat (*1:14*). Por lo tanto no era una persona de ciudad como Isaías, contemporáneo suyo, sino más como Amós, también campesino. Miqueas profetizó durante el reinado de Jotam, Acaz y Ezequías, reyes de Judá. Fue cuando la potencia mundial de Asiria estaba tomando forma bajo 'Napoleones' como Sargón y Senaquerib.

No leemos nada sobre un llamamiento de este hombre del 'Campo Bajo', cerca de la frontera del territorio de los filisteos. Pero en 3:8 leemos acerca de la conciencia que tiene tanto de su ministerio como del programa a seguir:

> Mas yo estoy lleno de poder del Espíritu de Yahvé,
> y de juicio y de fuerza,
> para denunciar a Jacob su rebelión,
> y a Israel su pecado.

La palabra "mas" lo coloca directamente frente a otros dirigentes, los falsos profetas, a quienes ya conocemos a estas alturas. Eran gente que tenían la boca llena del Pacto y de las promesas de Dios, y cuya predicación siempre tenía como tema:

> ¿No está Yahvé entre nosotros?
> No vendrá mal sobre nosotros (*3:11*).

¡Un lema así es tan fácil de emplear! "Dios con nosotros", como hace tiempo decía una inscripción en el canto del florín. También se leía "*Gott mit uns*" (Dios con nosotros) en el cinturón de los soldados alemanes en la Segunda Guerra Mundial. En general, los falsos profetas han tenido bastante éxito; también económicamente, ya que les gusta mucho que les paguen. Pero Miqueas, como todos los profetas verdaderos, sufrió el aislamiento y tuvo que llevar su cruz. "No profeticéis, dicen; no profeticéis así, que la afrenta no nos alcanzará[6]" (*2:6*).

Pero Miqueas no se dejó amilanar. Sabía de sobra que, si alguien predicaba, por ejemplo acerca del vino y los licores, le considerarían un profeta del pueblo (*2:11*); así suele ser: quien le sigue la corriente a los demás, ese es el "profeta de este pueblo". Miqueas fue llamado para enfrentarse con la opinión y las preferencisa del pueblo. Iba a denunciar a Jacob su rebeldía y a Israel su pecado. Y también anunciar el juicio de

[6] Versión Biblia Textual, Holman Bible Publishers, Nashville, USA

Yahvé sobre ello. Igual que Oseas y Amós, lleva al pueblo a rastras al banquillo de los acusados: "¡Oíd, pueblos todos!".

He aquí, el Señor sale de su santo templo, y desciende a la tierra. Él visitará la rebelión de Jacob y los pecados de la casa de Israel, y en concreto las concentraciones de apostasía: Samaria, la capital del reino del norte, y Jerusalén, la capital de Judea (*1:5* y ss.). Samaria se convertirá en un montón de ruinas. Y una fuerza enemiga subirá contra Jerusalén (*1:10* y ss.; aquí Miqueas hace un juego de palabra con los topónimos).

Es inevitable que venga el mal sobre los pecados del pueblo de Dios, pues la injusticia ha llegado a ser muy grande. Como Amós, Miqueas arremete contra la opresión, la corrupta explotación. Hasta a las pobres viudas se las echa de sus casas. Los jueces son amantes del cohecho. Los sacerdotes enseñan por ganancia. Y si a los profetas se les da algo de comer, enseguida preparan sus profecías de salvación. ¿No castigará el Señor esta mala administración? La herencia pasará a otras manos (*2:4*); y Jerusalén, que es edificada con sangre e injusticia, vendrá a ser campo de cultivo o montones de ruinas (*3:10, 12*).

Precisamente, estas últimas palabras habían llamado la atención. Se pronunciaron en los días de Ezequías. Luego, en los días de Jeremías la gente aún recordaba bien lo que pasó en aquel entonces. Estas palabras, nunca antes pronunciada por ningún profeta sobre la destrucción venidera de Jerusalén, por supuesto que dolían. Pero causaron una tristeza que no produjo muerte, sino vida. Ezequías, junto con su pueblo, se humilló ante el Señor. Y el Señor desistió del mal que había hablado contra ellos (*Jer. 26:17-19*). Por lo menos, ¡la predicación de Miqueas sobre las calamidades en el reinado de Ezequías tuvo un efecto positivo!

No hay que hacerse una idea equivocada de la 'profecía'. No es adivinanza, no es una predicción de algo que va a tener lugar con certeza absoluta. No, la profecía es la administración de la Palabra. Y esa Palabra es la Palabra del Pacto, que consiste en una promesa y una demanda, y además una advertencia. Cuando esta última se pronuncia, se hace con el objetivo de llamar al arrepentimiento. Pensemos en el libro de *Jonás*. El Señor no lo hizo… Y así anunció también Miqueas la destrucción de Jerusalén, condicionalmente. Para que el pueblo se humillara. ¿No era el Señor misericordioso?

### El buen Pastor y el Rey mesiánico

No hay que sorprenderse de que el mismo Miqueas también hablara de la redención mesiánica. Eso ya comienza con el hermoso lenguaje metafórico de 2:12, 13. Desde el final de la vida de Salomón se produjeron numerosas deportaciones de Israelitas. Israel era como ovejas, esparcidas por los montes, ovejas sin pastor. Pero ahora se oye aquella palabra

maravillosa, que describe de una manera preciosa el crecimiento y la preservación de la Iglesia:

> De cierto te juntaré todo, oh Jacob;
> recogeré ciertamente el resto de Israel;
> lo reuniré como ovejas de Bosra,
> como rebaño en medio de su aprisco;
> harán estruendo por la multitud.

¿No es el mejor consuelo para el pueblo de Dios, el hecho de que Él continúa reuniéndolos? Todo confluye en la gran multitud de *Apocalipsis* 7, que es pastoreada y guiada por el Cordero. Sí, también Miqueas habla de alguien "que abre caminos", un rey, que va delante del rebaño. Aquí tenemos la imagen del manso, el carnero que actúa como guía y líder y que va a la cabeza del rebaño. El Cordero los llevará a fuentes de aguas de vida… El Mesías conducirá a los esparcidos a Sion.

¡Sion! Miqueas no habla solo de su destrucción, sino también de su gloria venidera. Se convertirá en lugar de peregrinación, no solo para el Israel según la sangre, no, pues también los gentiles acudirán a ella (*4:1* y ss.; cf. *Is. 2:2* y ss.) y recibirán enseñanza en el templo, en el monte del Señor. Sí, allí Yahvé será el Rey (*4:7*); el 'resto', el 'remanente', débil por sí solo, entonces será fuerte. Y aunque los ejércitos del enemigo se junten, aunque les espera un exilio en Babilonia, al final, el poder del enemigo no prevalecerá, porque allí se hace visible la silueta de un Señor, un Rey de Judá, un Buen Pastor. "Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad" (*5:2*).

De este texto se ha inferido todo tipo de verdades dogmáticas; por ejemplo, la divinidad de Cristo, por la expresión "los días de la eternidad". Ahora bien, tenemos que tener en mente que en hebreo "eternidad" puede indicar también un período muy largo. Se dice que 'El que va a venir' desciende del antiguo linaje de David. Pero esto no hace más pobre la explicación. Pues ¿no se ha cumplido todo esto en Aquel, que nació de María en Belén? En lo sucedido con los magos de Oriente se muestra hasta qué punto el Sanedrín conocía la profecía de Miqueas (*Mt. 2*). ¡Cristo Jesús realizó el cumplimiento de Miqueas 5! Sin embargo, no hay que olvidar que esta profecía se pronunció en aquel tiempo de manera comprensible para los oyentes. Miqueas habló de Asiria y de la tierra de Nimrod, ya que aquellos eran los enemigos de aquel entonces. Pero aquellas grandes potencias de Oriente serían quebrantadas por el poder mesiánico. Y el 'resto' de Israel de nuevo iba a ser, en medio de muchos pueblos, "como el rocío de Yahvé, como las lluvias sobre la hierba, las cuales no ponen su esperanza en varón, ni aguardan a hijos de hombres" (*5:7*).

La imagen de la invasión enemiga da paso a la de la paz mesiánica (*5:10* y ss.; cf. *4:3*; *Is. 11:6-10*). Caballos y carros –en el Antiguo Testamento siempre símbolo del poderío militar pagano, en el que Israel no debía confiar– serán eliminados. Y también desaparecerá la influencia de la religión pagana, las imágenes de Asera y los hechiceros. La paz de Dios no se salta ningún terreno. Por eso, la Iglesia de hoy encuentra aquí una promesa firme. Cristo, el Príncipe de paz, el Buen Pastor y Salvador, hace nuevas todas las cosas.

**El proceso continúa: Israel en el banquillo de los acusados**

El "oíd" de 6:1 anuncia un nuevo capítulo –lo mismo ocurre en 1:2 y 3:1– con la intervención de Miqueas en el proceso del Señor contra su pueblo. Entramos en la sala de audiencias. Allí arranca un juicio. Los montes y collados son testigos. Y el Señor es el querellante, pues su pueblo se queja de Él: Él lo habría molestado. El pueblo de Dios estaba más que harto del Pacto.

Pero ¿había motivo para ello? ¿No había hecho el Señor todo para su pueblo, desde el Éxodo de Egipto? ¡Que conteste! "Pueblo mío, acuérdate ahora … para que conozcas las justicias de Yahvé" (*6:5*; se trata aquí de las 'obras justas' de Yahvé, cf. *Jue. 5:11* y *Ap. 19:8*). ¿Es posible criticarlas?

Los versículos 6 y 7 dan a continuación la respuesta del pueblo. Este pretende restaurar otra vez la relación de Pacto con todo tipo de sacrificios, de la manera de los paganos. ¿Con qué me presentaré ante el Señor? ¿Le agradarán los holocaustos? ¿Podrá ser el sacrificio de un primogénito satisfactorio? Israel había intentado ganarse muchas veces el favor del Dios del Pacto por medio de actos externos.

Igual que los otros profetas (cf. *Is. 1:10-20*; *Am. 5:21-24*; *Jer. 7:1-15, 21-28*; *Sal. 40:6-8*), Miqueas rechaza estas muestras externas. Obediencia es mejor que sacrificios. Las ofrendas están bien como expresión de fidelidad. Pero cuando se desprecia el Pacto, traer ofrendas es un espectáculo ridículo. Israel tiene que volver al ABC, a la ley fundamental del Pacto, que Miqueas describe de manera tan hermosa, válida para todos los tiempos:

> Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno,
> y qué pide Yahvé de ti:
> solamente hacer justicia, y amar misericordia,
> y humillarte ante tu Dios (*6:8*).

**Una absolución extraordinaria**

A continuación, Miqueas vuelve a exponer los pecados. Pecados que se cometen en los negocios, en el culto a Baal según hizo Acab, y en los falsos juicios. Los rectos han desaparecido del país, ¿no lo castigará

Yahvé? Miqueas ve venir el juicio. Pero no acaba con esto. Pues al final de su libro encontramos un cántico de fe.

Mas yo a Yahvé miraré,
esperaré al Dios de mi salvación;
el Dios mío me oirá (*7:7*).

Porque Miqueas sabe que el Dios de Israel es un Dios que perdona. Su propio nombre, Miqueas, significa: ¿Quién es como Yah? Y así termina él sus profecías:

¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad,
y olvida el pecado del remanente de su heredad?
No retuvo para siempre su enojo,
porque se deleita en misericordia (*7:18*).

¡Misericordia! Es una de aquellas palabras del Antiguo Testamento que explicamos con toda clase de términos, pero que significa realmente fidelidad del Pacto. El conocido versículo 6:8 dice "amar misericordia". La Iglesia tiene que amar a Dios, ser fiel al Señor; tiene que mostrar misericordia. Y no lo cumple apenas ¿verdad? Sin embargo, el maravilloso Evangelio nos dice: Dios es fiel, Él hace 'misericordia'. Él es fiel a sus promesas; Él arroja –oh maravilla– todos los pecados a las profundidades del mar; Él muestra, según ha jurado, 'misericordia' para con Abraham y su descendencia espiritual. Cuando leemos esta conclusión (*7:7-20*), ¿acaso no nos sentimos como levantados a las alturas del Nuevo Testamento? Escuchemos el pasaje en que Zacarías comienza a cantar:

Para hacer misericordia con nuestros padres,
y acordarse de su santo pacto;
del juramento que hizo a Abraham nuestro padre…
para dar conocimiento de salvación a su pueblo,
para perdón de sus pecados (*Lc. 1:72, 73, 77*).

Pero tú, Belén Efrata… ¡En Cristo nuestra causa es defendida (*Mi. 7:9*)!

Sepultará nuestras iniquidades,
y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados.
Cumplirás la verdad a Jacob,
y a Abraham la misericordia,
que juraste a nuestros padres desde tiempos antiguos.

Así dice el final de Miqueas (*7:19*, *20*). ¿Se puede imaginar una promesa más valiosa? Mi-ca-ía(s) = ¿Quién es como Yah?

# NAHUM

## Anuncio del final de la dictadura de un enemigo de la Iglesia

En 1842, el gobierno francés envió a Paul-Émile Botta como cónsul a Mosul, cerca del río Tigris en Mesopotamia. Su cometido era investigar, por medio de excavaciones, si los montículos de ruinas que había en Mosul escondían la antigua ciudad de Nínive. Como resultado de su trabajo, también en los alrededores, se obtuvo total seguridad acerca del lugar donde un día estuvo emplazada la orgullosa Nínive. El hecho de que durante mucho tiempo se tuvo incertidumbre sobre ello, muestra que esta ciudad cayó víctima de una tremenda destrucción. Ya ni siquiera se conocía ni se encontraba su lugar.

Son las profecías de Nahum las que anunciaron este final.

Apenas sabemos nada acerca de este profeta. Era de Elcos, pero ¿dónde estaba ese lugar? Obviamente, él profetizó antes de la caída, en 612 a.C., de Nínive, la capital de Asiria. Puesto que también menciona la caída de Tebas en Egipto, que fue destruida en 663 a.C. por el rey asirio Asurbanipal (*Nah. 3:8*), su inspirada palabra de Dios tiene que ser posterior a aquella fecha. Pero no sabemos exactamente cuándo, entre 663 y 612, hay que fechar sus palabras.

Lo que llama la atención es que Nahum no condena los pecados de su pueblo de ninguna manera. Él habla de la destrucción de un enemigo político, Asiria y su capital, Nínive. Pero no dice ni una palabra de la deformación, que con toda seguridad se podía señalar en Judá. Por eso ha habido algunos que han tachado a Nahum de profeta falso, un patriota, que sólo decía lo que el pueblo quería oír y que soñaba sueños nacionalistas. Si esto fuera verdad, entonces sería mejor eliminar este libro de la Biblia.

Sin embargo, la Iglesia ha incluido con razón este libro en su canon, pues *Nahum* no habla del derrumbamiento de un poder político, sino de la caída de un adversario de la Iglesia, que un día, por medio de Senaquerib, se burló del Dios de Jerusalén. En ello Nahum no comunica tan solo un mensaje para su época, sino también para el nuestro. Ya en su tiempo, la profecía era de actualidad. ¿Cuántos serían los que estaban aturdidos por el dominio de Asiria? Y no se olvide: durante mucho tiempo, Judá fue un estado vasallo de Asiria. No fue hasta el rey Josías cuando esto se acabó. El vasallaje tenía no sólo consecuencias políticas, sino también religiosas. Se esperaba que entregasen un tributo considerable a los dioses del conquistador del mundo. ¿Cuántos no se rendirían en aquellos días? Cuando uno piensa en la influencia mágica que ejerce una potencia mundial actual, es fácil sacar conclusiones con respecto al Judá de aquel entonces. Soplaba un viento asirio en la tierra de Yahvé.

Puesto que Nahum anunció la caída del coloso asirio, sin duda debió apoyar la reforma de Josías, y consolado a los piadosos en Israel. Su nombre –al igual que el de Noé– ¿acaso no tiene que ver con la palabra que significa 'descanso', 'consuelo'? En medio de las profecías de juicio hay una promesa de salvación; se escuchan unas notas del Evangelio; Judá podrá celebrar sus fiestas, la gloria de Jacob será restaurada, la vieja vid brotará de nuevo (*Nah. 1:15-2:2*). Sí, Nahum tenía un mensaje actual para la Iglesia de su tiempo.

Pero también la tiene para nosotros en el presente. Después de Nínive, fue Babilonia la que se alzó. Y todavía sigue surgiendo un reino tras otro, cada uno con su ideología particular. Pero tal como Nínive fue borrada del mapa, así hará el Señor con todas las potencias. El reino mesiánico viene. La gloria de Israel. La piedra que Daniel vio, aplastará todos los reinos y llenará la tierra. Todos los enemigos serán sometidos a Cristo, ya que sólo después de que toda resistencia sea quebrada, puede realizarse por completo el nuevo reino de Dios (*1 Co. 15:25*; *He. 2:8*; *Ap. 19:11-16*).

**Yahvé, el Gran Vengador, contra Nínive, la Gran Ciudad**

Jehová es Dios celoso y vengador;
Jehová es vengador y lleno de indignación;
se venga de sus adversarios,
y guarda enojo para sus enemigos.

Así comienza Nahum. Y luego describe la venida del Señor con palabras que nos recuerdan otros cánticos sobre la manifestación de Dios (*Ex. 15*; *Dt. 33*; *Jue. 5*; *Sal. 18*; *Hab. 3*). La majestad portentosa de Dios seca el mar; los collados se derriten; su poder de juicio es inexpugnable. Nahum ve cómo su Dios trae el juicio sobre Nínive; por algo su libro se llama 'el libro del juicio'. En un lenguaje bello y expresivo hace un cuadro de la amenaza ineludible.

Sin embargo, no son consideraciones políticas las que expone. Tampoco es una predicción sin más; no le basta con decir que el 'Ser Supremo' golpea a la orgullosa Nínive. No, Nahum dice que es el Señor quien hace esto; el Dios del Pacto. Por eso cita la Ley (*Ex. 20:5*; *34:14*). Yahvé es celoso; y aunque quiso usar a Asiria para humillar a su pueblo (*Nah. 1:12*), ahora que Asiria se independiza, e incluso trama planes infames contra el Señor (*1:9, 11*), será derribada.

El Señor sale a la defensa de su pueblo. Él conoce a los que en Él confían (*1:7*). Puede parecer que tolera todo, en su paciencia (*1:2, 3*), pero al final golpea implacablemente, y libra a su pueblo del yugo asirio. Judá puede celebrar sus fiestas, ya no será zona de tránsito para tropas extranjeras. Se ve ya el primer albor del tiempo de la salvación mesiánica;

¡la restauración de la gloria de Israel! (*2:2*). Figúrese el consuelo que estas palabras proporcionaron a los piadosos que esperaban la “consolación de Israel”. El Señor es bueno, fortaleza en el día de la angustia (*1:7*).

Nínive era una ciudad enorme que ocupaba una superficie de 664 hectáreas. El agua del Tigris formaba una protección parcial; además, alrededor de la ciudad se había construido una verdadera línea de defensa acuática. Un muro exterior y otro interior, con quince puertas, detenía al enemigo. Pero todas aquellas medidas defensivas no podrían parar el avance del ejército de medos y persas.

Se acordará él (el rey de Nínive) de sus valientes;
se atropellarán en su marcha;
se apresurarán a su muro,
y la defensa se preparará.
Las compuertas de los ríos se abrirán,
y el palacio será destruido.
Y la reina será cautiva; mandarán que suba,
y sus criadas la llevarán gimiendo como palomas,
golpeándose sus pechos.
Fue Nínive de tiempo antiguo como estanque de aguas;
pero ellos huyen.
Dicen: ¡Deteneos, deteneos!; pero ninguno mira.
Saquead plata, saquead oro;
no hay fin de las riquezas
y suntuosidad de toda clase de efectos codiciables.
Vacía, agotada y desolada está… (*2:5-10*).

La última línea suena en hebreo como: *buca u-mebuca umebulaa*. Se escucha realmente el estruendo de la destrucción en ello.

Chasquido de látigo,
y fragor de ruedas,
caballo atropellador,
y carro que salta;
jinete enhiesto,
y resplandor de espada,
y resplandor de lanza;
y multitud de muertos,
y multitud de cadáveres;
cadáveres sin fin… (*3:2, 3*).

Los monarcas asirios iban a menudo a cazar leones, según indican los relieves excavados. Pero ahora la guarida de los leones reales asirios es destruida. El rey cae durante el sitio. ¿Qué es del león que arrebataba para

sus cachorros, y ahogaba para sus leonas? (*2:12*). Se acabó la nación depredadora. Y también la religión inmoral de Ishtar, que Asiria impuso a los otros pueblos. El profeta lo califica de fornicación, una imagen que encontraremos después otra vez en *Apocalipsis* 17. Nínive sufre un juicio propio de prostitutas (*3:4 ss.*).

Y ya no hay nada que dé consuelo alguno. Igual que Asiria saqueó la ciudad egipcia de Tebas con sus muchas torreones, así será destruida ella misma. Ya no hay ningún pueblo que mantenga los pactos dictados. Todos se alegran del hundimiento de Nínive. El país está desesperado, sin rumbo y sin remedio. No vale para nada una población numerosa, ni tener tantos funcionarios como langostas, pues todos se comportarán como langostas.

… multiplícate como langosta,
multiplícate como el langostón…
La langosta hizo presa, y voló.
Tus príncipes serán como langostas,
y tus grandes como nubes de langostas
que se sientan en vallados en día de frío;
salido el sol se van,
y no se conoce el lugar donde están (*3:15-17*).

La vieja gloria de Senaquerib y Asurbanipal tampoco sirve de nada. No se ve ni un atisbo de luz. La realidad del infierno se hace visible.

Un Dios celoso, un Vengador, es Yahvé. Que la Iglesia de hoy se mire en el espejo de Nínive. Porque si no, vendrá sobre ella un juicio peor que el de Nínive (*Mt. 12:41*; *Ap. 17:2, 16*). Bienaventurados los que confían en Yahvé (*Nah. 1:7*).

# HABACUC

## El impío asedia al justo (*Hab. 1:4*)

De la época en que vivía Habacuc no se puede decir mucho más que lo que hace la nota marginal de la primera versión en holandés de la Biblia (*Statenvertaling*): "No podemos saber con seguridad cuándo vivió y profetizó Habacuc: algunos eruditos opinan que profetizó en el tiempo de los descendientes de Josías, o durante el reinado de Manasés, ya que los pecados que condena coinciden exactamente con los pecados de Manasés y el pueblo que vivía en aquellos tiempos. Además, del capítulo 1, v. 6 se desprende que vivió y profetizó antes de que Jerusalén fuera conquistada por Nabucodonosor".

Además, en el versículo mencionado se predice la venida de los caldeos, es decir, los babilonios. Como una nación depredadora que lo engulle todo, Babilonia ejecutará el juicio de Dios. Así que Habacuc profetizó en el período previo a la deportación de Judá. Por lo tanto, Jeremías fue un contemporáneo suyo, posiblemente más joven.

Hablemos ahora del contenido de su 'carga', el mensaje que trae de parte de Dios.

Hay diferentes opiniones sobre ello. Cuando analizamos los epígrafes de las diferentes ediciones de la Biblia, da la impresión de que el contraste entre Judá y Babilonia (los caldeos) domina las profecías. Judá entonces es el justo (*1:4*; *2:4*), y Babilonia el impío, sobre el que se levanta el "¡Ay!", por lo que la antítesis es: 'Iglesia'/'mundo'.

Sin embargo, teniendo en cuenta que Habacuc profetizó aproximadamente en los días de Jeremías, hay motivo para poner esta idea entre interrogantes, pues aquellos días fueron días de desequilibrio. "¿Hasta cuándo, oh Yahvé, clamaré, y no oirás; y daré voces a ti a causa de la violencia, y no salvarás?" (*1:2*). Así comienza nuestro profeta. En ello coincide con los lamentos de Jeremías (p. ej. *20:8*). Y ¿sobre qué gemía Jeremías? Sobre el abandono del Pacto,  la apostasía del pueblo de Yahvé. Él veía acercarse la venganza del Pacto; y sobre ello profetizó después de haber denunciado de forma clara los pecados de su pueblo. Léase una vez más *Jeremías* 2, 3, 5, 7 y 11. Jeremías señaló la antítesis que hay dentro de la Iglesia.

Y Habacuc hace ahora lo mismo. El pueblo de Judá vivía en una falsa tranquilidad. Los 'justos', decía con orgullo nacional, eran los miembros del pueblo del Pacto. Y los 'menospreciadores' (*1:13*) eran los impíos. Pero Habacuc dibuja una mayoría impía frente a una minoría piadosa dentro de la Iglesia. Ahí es donde la Ley pierde su fuerza, ahí es donde hay todo tipo de pecados de individuos y gobierno, como se

describen en el capítulo 2. Por lo tanto, el Señor viene con su juicio contra la Iglesia, como nos lo pinta el salmo en el capítulo 3, ya que, si Habacuc se refiriera al juicio sobre Babilonia, tendría que alegrarse. Pero al contrario, se asusta (*3:16*). El Dios del Éxodo viene para juicio contra su propio pueblo (cf. *Jer. 21:1-10*). Para volver a las notas marginales de la antigua versión holandesa: "El profeta Habacuc anuncia que Dios ha decidido entregar a los judíos en manos de los caldeos…". El Señor está en su santo templo. ¡Calle delante de Él toda la tierra! El juicio siempre comienza por la casa de Dios (*1 P. 4:17*). Si se lee este libro profético desde esta perspectiva, entonces todo tendrá sentido. A un lado está el justo de Dios, viviendo por fe; al otro lado el desertor que retrocede del frente (*He. 10:38, 39*) y que cae bajo el juicio de Dios.

Esto no quita, por supuesto, que también vendrá el juicio justo sobre la potencia mundial que diviniza su propia fuerza. Los caldeos castigarán a Judá, "pero también ellos mismos serán castigados por Dios a causa de sus pecados y maldades" (nota al margen, Biblia holandesa *Statenvertaling*). El juicio caerá sobre toda infidelidad. Pero este juicio sobre 'el mundo' no puede ser motivo para que pasemos por alto el hecho de que Habacuc se centra precisamente en el juicio sobre la Iglesia.

**Mas el justo vivirá por fe;**
**y si retrocediere, no agradará a mi alma (*He. 10:38*)**

"¿Hasta cuándo?", así comienza Habacuc: la queja de la Iglesia que aguarda, que sufre el conflicto entre las promesas de Dios y la cruda realidad (*Sal. 13:1, 2*; *74:10*; *Zac. 1:12*; *Ap. 6:10*). El profeta ve el abandono del Pacto en el pueblo, que no obstante había vivido varias reformas (Ezequías, Josías). El pueblo se ha vuelto indiferente a la Ley reencontrada, y se oprime al piadoso.

Y frente a aquella infidelidad, él señala la evolución de la política mundial. Una nueva potencia se está abriendo paso con una fuerza irresistible; la supremacía actual de Asiria se derrumbará bajo la dinámica del reino caldeo, por muy improbable que parezca. Lleno de jactancia y un petulante enaltecimiento de sus propios logros militares, como suele ser habitual en naciones depredadoras, este poder demoníaco conquistará el mundo oriental.

Sin embargo, aquí no hay que olvidarse de que Yahvé actúa. Él es el Santo. Es Él quien envía esta terrible potencia contra su pueblo. Él es la Roca del que ya habló el cántico de Moisés (*Dt. 32:30, 19*), que, si su pueblo le abandona, lo venderá a los enemigos. Pero también es el Dios que muestra su amor por sus siervos (*Dt. 32:36*). Por lo que Habacuc dice, lleno de fe: "¡No moriremos!" (*1:12*).

Después de esta profecía encontramos sin embargo otra serie de lamentos. Otra vez se trata de la opresión a los justos por los impíos

desconsiderados; el continuo menosprecio de la comunión de los santos; sí, el regocijo de estos crueles pescadores de hombres por sus abominables prácticas de expolio. Los infieles en Judá se parecen a los reyes paganos que se retratan con su red de pesca, símbolo de su rapacidad insaciable. ¿No habló también Cristo de los fariseos que se comían las casas de las viudas? ¿Seguirá esto sin más: que el impío vacía una y otra vez su red y aniquila naciones continuamente? (*1:13-17*).

A estas quejas llega una respuesta, como los lamentos de 1:2-4 encontraron una respuesta en 1:5-12.

El profeta sube a su torre de vigilancia, para ver lo que le dirá el Señor. Y no lo hace en vano. El Señor le ordena escribir en tablas una profecía, para que cada transeúnte pueda leerla, de modo que cumpla las exigencias para la publicidad exterior. Dentro de poco, el contenido de su mensaje se hará realidad:

> He aquí que aquel cuya alma no es recta, se ensoberbece;
> mas el justo por su fe vivirá (*2:4*).

Habacuc publicó este oráculo, que obligó a los del círculo del Pacto a elegir. Y no es por casualidad que estas palabras aparezcan en la carta a los *Romanos* como tema de fondo, y que haya desempeñado un papel destacado en la Reforma. Pues aquí se da un breve resumen del Evangelio. El justo vivirá por su fe, por su verdadera confianza. Sin embargo, ni aquí ni en ninguna parte de la Biblia podemos entender 'justo' como 'perfecto'. El justo es aquel que obedece la Ley de Dios (lo opuesto a 1:4), que vive del perdón, que confía en medio de todas las tormentas en las Palabras del Dios del Pacto, *sola gratia*; el gloriarse en obras propias (cf. *1:15*) queda excluido. A pesar de la decadencia –y si Cristo aún no ha venido cuando ya seamos viejos ¿cómo será el mundo?– sigue habiendo esta esperanza para la Iglesia: el creyente tiene seguridad; la palabra hebrea para 'fe' está relacionada además con 'amén'. "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo" (*Ro. 5:1*).

Luego siguen algunos 'ayes'. Si en 2:5 traducimos con "Ay del que es traicionero, hombre soberbio…" en el pasaje de 2:5-20 encontramos seis 'ayes', si seguimos la traducción de la versión *Reina Valera*, entonces hay cinco. En todo caso, lo importante es que se vea sobre quiénes se pronuncian los ayes.

No se trata aquí de un pueblo, sino de personas, que engullen a otras (*v.5*), que se enriquecen con lo que no era suyo (*v.6*), que codician ganancia injusta (*v. 9*). Se habla de un gobierno que actúa sin misericordia (*vv. 12 y ss.*), de la inmoralidad, que deshonra al prójimo en los bacanales, peor que lo que hizo Cam con su padre (*v. 15*); de la explotación abusiva y de la idolatría. Si leemos ahora, a modo de ilustración, *Jeremías* 22:13-17 sobre

Joacim, que edificó su palacio sin justicia, hizo trabajar a su prójimo sin pagarle, cubrió las grandes salas de cedro pintado de bermellón, obtuvo beneficios injustos y derramó sangre inocente, entonces se entenderá la actualidad de los ayes de Habacuc respecto a la situación de Judá. ¡No es Babilonia, sino la Jerusalén convertida en Babilonia, la que es azotada por sus palabras! Y si el profeta no habla, ¡incluso la piedra del muro, y la viga del enmaderado clamarán! (*v. 11*; cf. *Lc. 19:40*).

**También en el camino de tus juicios, oh Yahvé, te hemos esperado (*Is. 26:40*)**

El último capítulo de *Habacuc* es un salmo. De las anotaciones añadidas, se infiere que se usó para el culto en el templo. Por lo tanto, en el fondo, nosotros también tendríamos que cantar este cántico imponente en nuestros cultos. La iglesia de hoy se beneficiaría de ello.

¡Qué preciosa es la forma en que se incluye el contenido de otros cánticos del Antiguo Testamento en esta oración! La venida del Señor es dibujada majestuosamente, parecido a *Deuteronomio* 33:2. El Dios que viene, es el Dios del Sinaí. Sí, es el Dios del Éxodo. Por eso encontramos también el recuerdo a *Éxodo* 15, al paso por el Mar Rojo y el río Jordán (*Hab. 3:8, 14, 15*). Ese Dios viene ahora otra vez, aterrador, con toda su majestad.

Él viene a juicio contra la casa del impío (*v. 13*); pero además sale para socorrer a su ungido y su pueblo. Es el Dios de *Deuteronomio* 32, que destruye a los que menosprecian su salvación, pero que tiene misericordia de sus siervos. Es comprensible que Habacuc se asuste. Él ve que la táctica de 'tierra quemada' que practica Babilonia deja los campos arruinados. Las cosechas se pierden, no quedan rebaños en las praderas. La venganza del Pacto de Dios es virulenta (*Dt. 28:49-51*).

Sin embargo, el profeta sigue cantando. Porque la fidelidad del Pacto de Dios es grande. Al final encontramos otra vez la seguridad de 1:12 "No moriremos, oh Yahvé", y de 2:4 "Mas el justo por su fe vivirá".

Se oye un tono de triunfante júbilo por encima de todo el caos. Es más que cierto lo que, según dicen, dijo el burlón Voltaire un día acerca de Habacuc: "*Il est capable de tout*". Él es capaz de cualquier cosa. Por la fe.

Yahvé el Señor es mi fortaleza,
El cual hace mis pies como de ciervas,
Y en mis alturas me hace andar (cf. *Dt. 32:13*).

# SOFONÍAS

**¿Para qué queréis este día de Yahvé? Será de tinieblas, y no de luz (*Am. 5:18*)**

El tiempo: el reinado de Josías. El tema: el día del Señor.

¿Existe una relación entre tiempo y tema?

El reinado del rey Josías se caracteriza por un par de reformas (*2 Cr. 34:3 ss.*). Manases y Amón, los antecesores de Josías, habían inundado el país con la idolatría; el culto a Baal (señor) y a Moloc (rey), la adoración de las estrellas y el coqueteo con las modas forasteras. Ya conocemos esa situación por Jeremías, que empezó a profetizar más o menos en la misma época. Claro está que la élite desempeñó un papel muy grande en la importación de costumbres idólatras. La corte y los sacerdotes fueron pioneros en el terreno del sincretismo, al mezclar el culto de Yahvé con la idolatría. Costumbres como: saltar sobre el umbral de la puerta, porque allí vive el espíritu de la casa (*Sof. 1:9*), indican lo degenerado de la situación. La gente no 'buscaba' al Señor. Y este 'buscar' no significa que Él se estuviera escondiendo; al contrario: se le podía encontrar. Pero, no le 'buscaban' donde se le podía encontrar, no le consultaban (pues eso es lo que significa aquí 'buscar' realmente; cf. 1 *Reyes* 10:24, donde dice que toda la tierra procuraba ver la cara de Salomón). Y esto es lo que Sofonías quería meterles en su mente otra vez: que hay que 'buscar' al Señor (*2:3*; cf. *1:6*; *Am. 5:4, 6, 14*). Ya que "el Día de Yahvé' viene; y ¿quién podrá estar en pie cuando ocurra?

Es posible que la predicación de Sofonías preparara las reformas de Josías. Incluso si hubiera llevado a cabo su ministerio después de la reforma del templo que hizo Josías, sigue habiendo una relación entre la época y el tema de su predicación, pues con Jeremías vimos que el arrepentimiento muchas veces era de un carácter muy superficial; el corazón del pueblo no se había reformado; por lo tanto, sonaban los truenos de la visión a lo lejos.

Como antepasado de Sofonías se menciona a Ezequías (*1:1*). No está claro si se refiere con ello al rey de aquel nombre. Si es así, entonces Sofonías mostró aún más valor al actuar, ya que condenó a la corte corrupta, los príncipes y los hijos del rey. No hay que tener mucha imaginación para entender el efecto de semejante atrevimiento. Por lo menos, no le podían echar en cara que defendía a su propia clase. Y lo tuvo tan difícil como Jeremías, que, siendo hijo de sacerdote, tuvo que encararse con los oficiales del santuario.

También en otros libros proféticos se habla de 'el día del Señor'; en *Sofonías* aparece ilustrado con colores intensos. El Señor destruirá, raerá por completo todo lo que hay sobre la faz de la tierra; peces y aves;

hombres e impíos (*1:2, 3*). La mano del Señor se extiende precisamente contra la idólatra Judá y Jerusalén. Los va a destruir, a prepararlos para un sacrificio (*1:7*); caerá un castigo sobre los que excluyen al Señor de su pensamiento y dudan del juicio (*1:12*). "Cercano está el día grande de Yahvé, cercano y muy próximo … Día de ira aquel día, día de angustia y de aprieto, día de alboroto y de asolamiento, día de tiniebla y de oscuridad, día de nublado y de entenebrecimiento, día de trompeta y de algazara sobre las ciudades fortificadas, y sobre las altas torres" (*1:14-16*).

Las palabras de Sofonías sobre 'aquel día' inspiranon a Tomás de Celano, un fraile franciscano, a componer alrededor de 1230 d.C. el conocido himno:

*Dies irae, diez illa,*
*solvet saeclum in favilla:*
*teste David cum Sibylla.*

Día de la ira, aquel día
en que los siglos se reduzcan a cenizas;
como testigos el rey David y la Sibila.

Con miras a aquel día, Sofonías llama al arrepentimiento. En 2:1 dice: "Congregaos y meditad, oh naciones sin pudor". Este texto ha dado lugar muchas veces a un bienintencionado llamamiento a una cierta introspección. Una introspección que consistía en que uno buscaba en sí mismo señales del nuevo nacimiento, o sea, si pertenecía a aquellos que el Señor 'conoce'. El propósito de este versículo no es de ninguna manera incitar a buscar la seguridad de la fe en uno mismo. Los que escribieron las acotaciones en la primera traducción de la Biblia al holandés (*Statenvertaling*) ya lo decían muy acertadamente: "El significado es: reflexiona y examina todo lo que has hecho, para que te des cuenta de cuán gravemente has ofendido a Dios el Señor con tus grandes y muchos pecados". Sofonías llama a aquella introspección que lleva a la muerte del viejo hombre, y la resurrección del nuevo; que el impío deje su camino y busque al Señor mientras puede ser hallado.

Hay quien ha dicho alguna vez que Sofonías predica un Dios implacable, que el juicio es como una avalancha imparable. Pero esto no concuerda con la segunda parte de 2:3: "quizás seréis guardados en el día del enojo de Yahvé" (cf. *Jl. 2:14*; *Jon. 3:9*). ¡Este 'quizás' expresa que hay esperanza para los que se arrepienten! Los profetas, en sus anuncios de juicio a Israel, suelen emplear el modo condicional. Si vuelven al Señor, Dios puede 'desistir'; su furor se apartará. Nuestro Dios del Pacto no es el Dios inflexible de la fatalidad; Él es el Misericordioso que aplica sus

inalterables promesas de Pacto al mostrar de nuevo su favor a los humildes de corazón.

**Profecías contra las naciones vecinas**

Lo mismo que en los otros profetas encontramos palabras dirigidas a las naciones vecinas –y muchas veces como parte intermedia– así ocurre aquí. El día del Señor de ninguna manera va a pasar por alto a los pueblos que han molestado a la Iglesia. Los filisteos, aquellos inmigrantes de Creta, ¡cómo hostigaron a Israel! Pero sus ciudades serían destruidas y caerían como botín en manos de Judá. También las naciones vecinas de Amón y Moab, que a menudo difamaban al pueblo de Dios, serían como Sodoma y Gomorra, de donde un día huyó su antepasado Lot. También los grandes pueblos de Etiopía (posiblemente una alusión a Egipto) y Asiria serían juzgados por la mano de Dios. La capital de Asiria, Nínive, se convertiría en un campo de ruinas, que se hundiría en una ciénaga… "el pelícano también y el erizo dormirán en sus dinteles; su voz cantará en las ventanas"… Si buscamos más información sobre las excavaciones de Nínive, nos podremos hacer una idea de la tremenda catástrofe que golpeó aquella enorme ciudad –según el designiode Dios–.

**Las copas de la ira se derraman sobre los dirigentes que abandonan el Pacto. Promesas para el remanente de Sión**

Después de esta parte intermedia siguen otra vez profecías contra Jerusalén.

Primero se oyen palabras de amenaza. Con unos pocos trazos se dibuja la decadencia del ministerio que tenía que mediar entre Yahvé y el pueblo. Gobernantes y jueces: leones rugientes y lobos que por la noche devoran su presa. Profetas: venden sus palabras. Sacerdotes: contaminan el santuario y falsean la ley. Con la reforma de Josías, la *Torá*, la Ley, volvía a ocupar precisamente su lugar central. La gente sentía temor de las amenazas pronunciadas en ella. Pero ¡cómo invalidan aquí las instituciones del Pacto, la vuelta a las Escrituras, por su propio comportamiento! Aunque digan: El Señor está en medio de nosotros, lo que van a ver es que el Dios de la justicia está en medio de Judá para juicio. Tal como *Apocalipsis* describe el derramamiento de las copas de la ira (*Ap. 16:1 y ss.*), así anuncia también Sofonías el derramamiento del ardor de la ira del Señor sobre un pueblo que no quiere aprender de ninguna corrección (*Sof. 3:7, 8*).

Y, sin embargo, también vendrá salvación. "¡Esperadme!", así comenzó el versículo 8. Y el versículo 9 continúa: "En aquel tiempo devolveré yo a los pueblos pureza de labios, para que todos invoquen el nombre de Yahvé". ¡Pura profecía de Pentecostés! También Israel se convertirá; aunque solo sea un 'resto', un pueblo humilde y pobre (*3:12*).

Pero en aquel resto, todo Israel será salvo. Desaparecerá la injusticia y ya no habrá lengua engañosa.

Ahora se oyen voces de júbilo. ¡Canta, oh hija de Sión! El juicio ha sido apartado de la Iglesia; el Rey está en medio de ella. Y ya no para juzgarla; "Yahvé esta en medio de ti, poderoso, él salvará" (*v. 17*). También los afligidos/entristecidos, tan lejos de la festiva reunión en Sión (cf. *He. 12:23*; *Sal. 42:4*; *137*), ellos también volverán. La profecía termina con la imagen de la reunión de la Iglesia. Y la Iglesia del Nuevo Testamento, que espera el gran día del Señor, se aferra también a estas promesas, pues, aunque en el presente ya ha llegado a la congregación festiva de los primogénitos que están inscritos en los cielos y a la Jerusalén celestial, ella espera todavía más: la reunión del 'resto' de entre todas las generaciones. ¡*Maranata*, ven Señor Jesús!

# HAGEO

## Trasfondo de la profecía: acción retardada

El profeta Hageo comenzó su ministerio al mismo tiempo que su colega Zacarías, en el período después del cautiverio, cuando el templo a medio construir aún seguía a la espera de ser terminado. Por ello, es fácil entender que sus profecías tengan como tema la reconstrucción del templo.

Sus profecías están fechadas con exactitud.

| | |
|---|---|
| *1:1-13* | - segundo año del rey Darío, día primero del sexto mes. |
| *2:1-9* | - mismo año, día veintiuno del séptimo mes. |
| *2:10-19* | - mismo año, día veinticuatro del noveno mes. |
| *2:20-24* | - mismo año, misma fecha. |

Si se quiere obtener una idea clara del trasfondo de las profecías de Hageo, habrá que volver a leer los primeros capítulos de Esdras. ¡Qué oposición tenían que soportar por parte de los samaritanos los que habían regresado! La construcción, comenzada durante el reinado de Ciro, finalmente hubo que interrumpirla. *Esdrás* 5:1 resalta que fue a partir de las profecías de Hageo y Zacarías, que el trabajo se reanudó en el segundo año de Darío. *Hageo* 1:15 da una fecha aún más exacta: en el día veinticuatro del sexto mes comenzó la reedificación otra vez. Eso es menos de un mes después de la primera predicación de Hageo.

Al seguir leyendo en *Esdras*, uno se da cuenta de los peligros que todavía amenazaban de lado de los gobernadores persas de la región al oeste del Eufrates. Fue preciso curiosear en los archivos, y esto tuvo como resultado que se encontró el edicto de Ciro en el que se prometía apoyo para la construcción del templo. En consecuencia, el rey Darío mandó ejecutar de inmediato aquel antiguo edicto, y además prometió ayudar él también, lo que para los judíos sin duda significó un alivio. Así, el templo se pudo terminar en el año sexto del gobierno de Darío. Sin embargo, y esto es importante para entender 'el trasfondo' de las profecías de Hageo y Zacarías, no se interrumpió la construcción ni siquiera durante la investigación en los archivos (*Esd. 5:5*); y los ancianos de los judíos edificaron y prosperaron durante el ministerio de los profetas Hageo y Zacarías (*Esd. 6:14*).

Por lo tanto, la predicación de Hageo fue de gran importancia. Después de haber estado parada la obra durante unos quince años, se produjo de repente un avivamiento. El sermón de un profeta actuó como la palanca que de nuevo ponía todo en movimiento.

**Te levantarás y tendrás misericordia de Sión […] porque el plazo ha llegado, porque tus siervos […] tienen compasión del polvo de ella (*Sal. 102:13, 14*)**

¿Qué había hecho Hageo entonces?

Él empezó por dirigirse a los dos representantes de la 'Iglesia' y el 'Estado', a Zorobabel, descendiente de David, que había sido nombrado gobernador de Judá por el gobierno persa, y al sumo sacerdote Josué. Claro que, hablándoles a ellos, se estaba dirigiendo al pueblo entero. Primero empezó el profeta a describir la 'miseria'.

Este pueblo dice:
No ha llegado aún el tiempo,
El tiempo de que la casa de Yahvé sea reedificada.

Creo que semejante argumento no suena demasiado disparatado. ¡Cuántas veces no hay que escuchar que el momento 'no es el adecuado'; que sería 'prematuro' intervenir ahora mismo! Y mientras tanto, mientras se considera, se deja el asunto tal cual. Jamás se han producido reformas con declaraciones de ese tipo. "El perezoso dice: El león está en el camino" (*Pr. 22:13*; *26:13*).

No obstante, hay que tener presente que se pueden aducir circunstancias atenuantes para ese modo de hablar de Israel. Pues, ¿acaso no habían prometido antiguas profecías un futuro glorioso y una casa llena de gloria, centro de un mundo que temería a Yahvé, un prodigio de Dios para un pueblo miserable? Y ¿dónde se veía ahora esa imagen mesiánica del futuro? No se vislumbraba el alba de la salvación, seguía siendo de noche; Judá era solo una mota de polvo en la balanza de la política mundial. ¿Nos extraña que concluyesen que "no había llegado aún el tiempo"? No veían en ninguna parte las poderosas señales de los tiempos. Respecto a esto, hay que pensar en los judíos en la época de la vida de Cristo en la tierra. Ellos también tenían su propia idea del futuro mesiánico. Y era muy espectacular. Las fuerzas de los cielos y de la tierra serían removidas. Por eso no creían que con aquel rabí Jesús, tan normal, hubiera llegado el tiempo, el *kairos*, la hora mesiánica (cf. p. ej. *Lc. 4:21*; *Mt. 16:1-4*). No se dejaban avivar por la predicación de Jesús acerca de la salvación que había llegado. Y así fue también en los días de Hageo. Esperaban pasivamente el milagro de Dios y suponían que Yahvé y su poder estaban lejos.

Sin embargo, Hageo pone de manifiesto la 'miseria' del pueblo. Ellos mismos vivían en casas bien hechas, mientras que el templo estaba inacabado, y se disculpaban señalando la difícil situación, la mala cosecha, y los contratiempos. El tiempo no era propicio. Pero olvidaban que era precisamente Yahvé el que los estaba castigando por su desidia en cuanto a

la construcción del templo. El Señor estaba muy cerca de ellos y por eso había malas cosechas y todas las demás decepciones (*1:6, 9 y ss.*; *2:17-19*).

Por medio de aquella predicación reveladora, Hageo llamaba al pueblo a reconocer que, a través de sus juicios, el Señor quería hacer entender a su desanimado pueblo que justamente entonces sí era 'el tiempo' para empezar con la reconstrucción, pues el temor de Dios no debería paralizarlos, sino que más bien tendría que activarlos. Zorobabel, Josué y el pueblo hicieron caso a lo que Hageo les dijo: se reinició la reconstrucción, y Hageo pudo proclamar la promesa de *Emanuel*: "Yo estoy con vosotros, dice Yahvé" (*1:13*).

Yo estoy con vosotros… (*2:4*). Pero, ¿y ese futuro grandioso, aquel tiempo prometido? ¿Llegaría algún día? Pues el 'presente' era bastante miserable, comparado con la gloria anterior del templo (*2:3*). La verdad hay que decirla, el camuflaje no sirve.

Efectivamente, así a primera vista, el presente era algo muy pobre. Pero, para la fe, la luz del porvenir mesiánico brillaba sobre aquel presente. El Dios del Éxodo no había cambiado, dentro de poco haría temblar los cielos y la tierra y llenaría el templo con su gloria. Como nosotros igualmente vivimos en un presente mísero –pero teniendo el Espíritu del Evangelio como las arras del hermoso futuro de Cristo, que hace que la vida no sea vana– así también el pueblo en los días de Hageo podía situar su pobre presente bajo la luz de la gloria venidera. No debemos nunca cortar el vínculo entre presente y futuro, sea teniendo solo ojos para el aquí y ahora, o sea desatendiendo nuestro cometido a causa de una esperanza desmedida del futuro. No, la Iglesia ha de dejarse estimular por las promesas acerca del futuro para poner manos a la obra en el presente. La profecía misma y el culto de adoración son garantía de la venida de todas las promesas mesiánicas.

**Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales (*1 P. 2:5*)**

Ahora bien, construir un templo es muy bonito, pero el templo está ahí para el culto. ¿Qué importa un templo nuevo, si no hay una disposición interior de servir al Señor con un corazón perfecto? Porque un nuevo templo no remedia una desidia en la práctica de ofrendar y un estilo de vida impuro: entonces el templo sigue siendo solo una masa de piedra inerte.

Por lo visto, los sacerdotes toleraban tales situaciones. Eso, si la gente traía sus ofrendas, a tiempo y conforme a la cuantía. Pero Hageo deja que los sacerdotes se atasquen en sus propias palabras. Si un sacerdote toca la carne consagrada con la orla de su vestidura, y con ella roza después algún pan o vianda o cualquier alimento, éstos no quedan santificados. Pero si algo inmundo toca lo que es puro, lo contamina. Pues eso es lo que

ocurre con una vida impura: contamina las ofrendas santificadas; el Señor no se complace en una religión rutinaria (*2:11 ss.*).

¡Que traigan a su memoria los juicios que vinieron sobre el pueblo antes de reconstruir el templo, para que se arrepintieran! No solo para reanudar la construcción del templo, sino también para vivir como piedras santas del templo espiritual, como un reino sacerdotal. ¡Que a Judá los juicios de Dios le sirvan de lección! Él exige un culto perfecto, y ¡atención: a partir de ahí promete su bendición!

**¡Que venga su reino (mesiánico)!**

Bendición, ¿de qué otra manera podría venir si no era a través del Mesías? Hacía tiempo, Jeremías había pronunciado un duro juicio acerca del rey Conías (*Jer. 22:24*). Aunque tuviera el anillo de sellar en su mano, el Señor lo arrancaría. El anillo simboliza el poder del que lo lleva. Tanto José como Mardoqueo recibieron como señal de su dignidad el anillo real; ellos representaban al propio rey. En cierto sentido, los reyes de la casa de David eran llamados para representar y ejercer el señorío de Yahvé como Rey, nombrados para ser imagen y semejanza suya. En apariencia, el cautiverio puso punto final a este 'ministerio'. Pero ahora, después del cautiverio, se le dice a Zorobabel que el Señor le pondrá como anillo de sellar (*2:23*). La casa de David recibe otra vez un futuro; a Zorobabel se le permite representar al Señor, mostrar algo del ministerio del Mesías. El Señor cumple sus promesas (cf. *Sal. 89*).

Sí, el Señor hará temblar los cielos y la tierra, las naciones del mundo serán derribadas. Pero al mismo tiempo el reino de Dios se elevará por encima de las potencias mundiales que se están derrumbando. Y el centro de su reino se hallará en su pueblo, aquella nación minúscula en torno a Jerusalén, que ni siquiera es independiente. ¿Qué van a hacer estos judíos exhaustos? ¿No está todo esto condenado de antemano a fracasar? ¿Qué significancia tiene ese pequeño templo en medio del gran imperio persa?

Pero la fe dice: con todo, hay una perspectiva mesiánica. Para Zorobabel, y también para la Iglesia de hoy. Porque en el Nuevo Testamento viene esta promesa: "Aún una vez, y conmoveré no solamente la tierra, sino también el cielo … para que queden las cosas inconmovibles. Así que, recibiendo nosotros un reino inconmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia" (*He. 12:26-28*; cf. *Hag. 2:21*).

# ZACARÍAS

## El profeta sacerdotal y la señal de garantía del futuro mesiánico

Zacarías –el nombre significa: el Señor recuerda– era un profeta descendiente de una familia de sacerdotes (*Neh. 12:4, 16*; *Esd. 5:1*; *6:14*), que ejercía después del exilio.

Tanto el tiempo de su ministerio como su origen nos explican por qué sus primeras profecías y visiones tienen el templo como tema central. De las palabras del contemporáneo Hageo ya hemos entendido seguramente que no se trataba de la reconstrucción de un mero monumento histórico. No, el templo era la garantía de la presencia de Yahvé en medio de su pueblo, del grandioso futuro mesiánico. Para el judaísmo de la época de Cristo, el templo se había convertido en un fetiche, un talismán, un tranquilizador, un certificado de garantía mágico del 'Jerusalén nunca se perderá'. Por eso, el Señor no dejó ni una piedra sobre otra de aquel edificio degenerado en ídolo. Pero Zacarías no veía así el templo, él no nos presenta una doctrina de un pacto que funcione de manera automática; no, él anuncia las promesas del pacto lo mismo que las exigencias, y las une. En las profecías posteriores oímos los truenos del juicio sobre Jerusalén, que quebranta las leyes del templo.

Naturalmente empezamos con las profecías que abren el libro. Me equivocaría mucho si pensara que al lector, que pertenece al siglo veintiuno, no le dijeran nada así de inmediato. La fuerza de las visiones y profecías tienen algo evocador, nos dan una impresión de modernidad en este mundo de arte abstracto, y por eso también para los niños constituyen una lectura muy apropiada. Con unas pocas explicaciones, los jóvenes podrán asimilarlo todo con mucho interés. Tenemos que deshacernos ya de la idea de que solamente los iniciados pueden entender la Biblia. Al contrario, este libro apela muy directamente a un nivel que muchos denominan la fase primitiva. ¿Dónde está el artista de este siglo que se atreve a plasmar las visiones nocturnas de Zacarías?

## Las visiones nocturnas de Zacarías

Las profecías comienzan con una llamada impresionante a volverse al Señor. Así hablaron Oseas y Jeremías, los profetas anteriores. Así también empezó Juan el Bautista su llamamiento de heraldo, y Cristo le siguió en ello (*Mt. 3:2*; *4:17*). "¡Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado!"

Con mucho énfasis señala Zacarías la actitud de Israel frente a la predicación del arrepentimiento de los profetas del pasado. Lo que ocurrió entonces debería servirle de ejemplo a Iglesia de sus días, pues las palabras

de los profetas se cumplieron completamente. La Palabra de Dios permanece para siempre. Por lo tanto, hay que prestar atención cuando otro profeta más abre su boca.

*Visión 1* (*1:7-17*).

Unos jinetes regresan de una expedición y entre los mirtos de hojas perennes presentan los informes de su inspección al ángel del Señor, el colaborador de Yahvé. Resulta que no se percibe todavía nada de ningún movimiento del cielo o de la tierra que había prometido Hageo. Toda la tierra está sumida en una calma absoluta, el trono de los reyes paganos no se está tambaleando y no se ve ninguna ocupación del trono por el Mesías. Así que esta visión sería causa de desaliento, si no fuera porque el ángel del Señor intercedió por Jerusalén. El Señor le contesta a Zacarías con palabras llenas de consuelo. "Yo me he vuelto a Jerusalén con misericordia; en ella será edificada mi casa." Aunque no se ve, Dios se esfuerza por su pueblo; por tanto, ¡que no diga su pueblo: aún no es el momento adecuado (*Hageo 1:2*), sino que se esfuercen por el templo del Señor!

*Visión 2* (*1:18-21*).

¿No se ha quebrantado el poder del mundo?

Detrás de las Cuatro Grandes naciones hay destructores provistos de mazos, listos para hacer añicos los cuernos de las potencias enemigas del mundo entero. El poder que dispersó a Israel no es más fuerte que el plan de Dios. Y ese plan nos habla de una elección de Jerusalén y de un reino mesiánico.

*Visión 3* (*cap. 2*).

Por tanto, la construcción del templo puede progresar, y la reedificación de Jerusalén también. Que no subestimen el poder de Dios. Al joven que lleno de entusiasmo se dispone a medir el trazado de la nueva Jerusalén le dicen que en la nueva ciudad se vivirá como si fuera un pueblo: el Señor mismo será como muro de fuego alrededor de ella.

A esto sigue una amonestación a los judíos que todavía están en Babilonia (*2:6-13*). El Señor fija su residencia en la tierra santa de Judá, Él habita en medio de su pueblo. La 'hija de Sion' tiene que abandonar a la 'hija de Babilonia'.

*Visión 4* (*cap. 3*).

Sin duda se ha comentado mucho acerca del sumo sacerdote Josué. La desidia en la vida de la iglesia se suele amparar muchas veces en

el hecho de que los ‘líderes’ muestran fallos en su comportamiento. ¿Colaborar con ese hermano? Primero, que haga esto o aquello mejor. Y así debió ocurrir con respecto a uno de los dirigentes durante la reconstrucción del templo, el sumo sacerdote Josué.

Zacarías lo ve estando de pie delante del ángel del Señor, con vestiduras sucias, totalmente impropias para su ministerio. Satanás ya se dispone a acusarle ante el tribunal supremo. Pero ¿qué es lo que pasa? El ángel del Señor sale a su defensa, reprende a Satanás y viste a Josué con ropa limpia: sus iniquidades le son quitadas, como sacerdote es justificado y restaurado. En *Apocalipsis* encontramos de nuevo esa imagen de la túnica blanca; la Iglesia en su totalidad recibe el perdón por medio de Cristo y la restauración, y puede constituir un real sacerdocio (*1 P. 2:5, 9*; *Ap. 1:6*; *6:11*; *7:13-14*; *19:8*).

A Josué se le promete explícitamente que puede continuar con su ministerio; si, él recibe un lugar entre los ángeles (*3:7*), su servicio guarda relación con la liturgia celestial. Y además, este servicio será una señal de la venida del Renuevo, el Mesías, que quitará toda iniquidad y que traerá de nuevo el paraíso (*3:8-10*).

*Visión 5* (*cap. 4*).

Quizás el lector haya visto alguna vez el escudo del actual Estado de Israel. Muestra un candelabro de siete brazos, con una rama de olivo a la izquierda y a la derecha. Esto nos trae reminiscencias de la cuarta visión nocturna de Zacarías. Sólo que esta visión nos presenta con una imagen más complicada. Se habla de un candelabro que está permanentemente encendido, que recibe el aceite con regularidad a través de dos olivos, un depósito y un sistema de tuberías.

El aceite es siempre imagen del Espíritu. De ahí la aclaración: no con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu. Este Espíritu obra por medio de ministros, ungidos, ‘hijos del aceite’ (*4:14*). Tendremos que pensar aquí en Zorobabel, el ‘príncipe’ de la casa de David. Pero también en el sacerdote Josué. Por su labor y dirección conjuntas, el candelabro seguirá encendido, el templo será terminado. Dios se sirve del ministerio de hombres; ¿quién es el que desprecia el día de las pequeñas cosas? Los ministros están delante del Señor de toda la tierra (*4:14*; cf. *Ap. 11:4*).

*Visión 6* (*5:1-4*).

Un rollo –o según algunas lecturas: una hoz– surca el aire. Es la maldición que castiga de manera radical los pecados contra la primera y la segunda tabla de la Ley.

Cuando se reforma la Iglesia y la responsabilidad vuelve al ministerio, desaparece el conformismo, la manipulación de los mandamientos de Dios.

*Visión 7* (*5:5-11*).

El ministerio, el sacerdocio, la disciplina –estos no pueden lograr una santidad perfecta. Por ese motivo esta séptima visión nos muestra que el Señor mismo llevará a cabo la purificación. No es que sólo afectará a los pecadores, sino que el poder mismo del pecado será eliminado.

Un efa (una medida para el grano de 36 litros) vemos que contiene la mujer Maldad, que intenta escapar de su prisión. Un ángel no obstante la vuelve a empujar dentro del efa y la encierra. Dos figuras se la llevan volando a Sinear/Babilonia, donde puede establecerse. 'Iglesia' y 'mundo' son separados: ¡pondré enemistad! Jerusalén (libre del poder del pecado) contra Babilonia (centro del poder del pecado).

*Visión 8* (*6:1-8*).

La primera visión nos mostró cómo regresaron unos jinetes. Algunos ven en los colores de sus caballos las tonalidades del cielo al atardecer. La última visión de esta serie, la octava, nos muestra unos carros que salen en dirección de los cuatro vientos; y hay quien relaciona aquí los colores de los caballos con los 'tintes del amanecer'. De todos modos, uno ve enseguida la diferencia con la primera visión. Entonces: un regreso decepcionante de una patrulla. Ahora: una salida victoriosa hacia Babilonia (entre otros), la tierra del norte, el centro de la mujer Maldad (véase la visión 7). También allí se van con el Espíritu. El radio de acción del Dios que escoge a Jerusalén no conoce límites. Él va a mover realmente los cielos y la tierra. Que Israel espere en Él, y que trabaje mientras sea de día.

**Obedecer es mejor que sacrificios**

Tres peregrinos traen desde el exilio una ofrenda de oro y plata para la edificación del templo. Sin embargo, Zacarías recibe la orden de hacer de los tesoros de los donantes una corona para el sumo sacerdote Josué. Y esta corona hablará de Otro que vendrá: el Renuevo (cf. *3:8*). El sacerdocio de Josué es la garantía de que un día vendrá el Mesías, que será al mismo tiempo rey y sacerdote. Y la construcción del templo apunta al adviento de Aquel que llevará los ministerios del antiguo pacto a su cumplimiento último (entre ambos habrá un 'consejo de paz', una consulta beneficiosa; *6:13*) y a 'los que están lejos' los convertirá en miembros activos de su reino y de su iglesia (*6:15*).

Los dos siguientes capítulos relatan lo que dijo Zacarías con motivo del envío de otra delegación. La ciudad de Betel, que en el pasado competía con Jerusalén por medio de su culto al becerro, envía ahora una comisión a las autoridades del templo en Jerusalén para preguntar si había que guardar todavía los días de ayuno con relación a la destrucción de la ciudad. Al fin y al cabo ya se cantaba el himno de la reconstrucción ¿no?

Zacarías responde a ello diciendo que el ayuno no es lo más importante en el Pacto. Lo primero que demanda el Señor es que se observe su Ley, porque como los padres no quisieron escuchar la llamada al arrepentimiento, convirtieron la tierra en un desierto. Por lo tanto, que Israel se dedique a practicar la verdad, la fidelidad de pacto, los unos con los otros y para con el Señor (*8:16-17, 19b*). Entonces, Él habitará en medio de su pueblo (*8:1-15*). En ese caso, el problema de los días de luto se resuelve inmediatamente: se convertirán en días festivos, llenos de alegría (*8:19*). Sí, Jerusalén será bendición para las naciones (*8:13, 20 ss.*; cf. *Gn. 12:3*). ¡No temáis, mas esfuércense vuestras manos! (*8:13*).

**El Rey-Pastor y el Día del Señor**

Al leer los capítulos 9-14, enseguida se nota que la edificación del templo ya no es el tema central. El templo, la casa del Señor, hace tiempo que tiene un lugar propio en la vida del pueblo (*9:8*; *11:13*; *14:21*). Nos encontramos en un período posterior de la historia del Pacto. Entre esta segunda parte y la primera se observan varias diferencias. Y aún así… también aquí es Jerusalén, el reino de Yahvé, el foco de la atención. Al mismo tiempo, la figura del Mesías se hace visible. No es de extrañar que una y otra vez el Nuevo Testamento haga referencia a Zacarías, pues sus visiones y profecías reciben su cumplimiento definitivo en Cristo, el gran Pastor de las ovejas.

¿No se acuerda el lector de la historia de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, el llamado Domingo de Ramos? Él iba montado en un asno, y Mateo refiere aquí a *Zacarías* 9:9:

> Decid a la hija de Sion:
> he aquí, tu Rey viene a ti,
> manso, y sentado sobre una asna,
> sobre un pollino, hijo de un animal de carga (*Mt. 21:5*).

Semejante rey de paz, al estilo antiguo, es el que dibuja Zacarías. Los caballos y carros desaparecerán de Jerusalén y "su señorío será de mar a mar".

Pero la 'paz' que traerá este Rey, no viene sin luchas ni sin catástrofes. Las ciudades alrededor de Israel serán castigadas (*Zac.9:1-8*). Israel mismo será fuerte en la batalla (*9:10-11:3*).

Después aparece una imagen que en el relato que sigue vuelve una y otra vez, la del rebaño y de los pastores, un simbolismo que también encontramos en el Nuevo Testamento. Falsos pastores han gobernado sobre la Iglesia (*10:1-2*). Por ello Yahvé va a asumir el pastorado, 'visitar' su rebaño (*v. 3*). Zacarías recibe la orden de apacentar aquel rebaño explotado por otros, en nombre del Señor (*11:4 ss.*). Y lo hace de manera simbólica, tomando dos cayados: 'Gracia' y 'Vínculo'.

Y ¿se lo agradecieron las ovejas? Nada de eso: la hija de Sion se niega a dar voces de júbilo (cf. *9:9*). La suerte de Zacarías no fue diferente a la de sus antecesores, desde Moisés. Le aborrecieron, porque él rompió los dos cayados, y dejó su trabajo. Cuando pidió que le dieran su salario de buen pastor, le pagaron treinta piezas de plata, el precio de un esclavo, o mejor dicho: la indemnización por el esclavo de otra persona, muerto por un toro (*Ex. 21:32*). Con desdén, el profeta echó el salario al tesoro del templo… Y de aquí nuestros pensamientos van automáticamente a lo ocurrido en torno a Judas. ¿Acaso el pueblo del pacto, a través de Judas, no había tasado nuevamente al Buen Pastor –y ahora muy literalmente– en el precio de la indemnización por un esclavo muerto? Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas…

El que rechace al Buen Pastor, se entrega al malo, al insensato (*11:15-17*). El "tú no has querido" es seguido por "ya no os apacentaré; la que muriere, que muera". El que rechaza la gracia, es entregado al juicio.

Juicio – los últimos tres capítulos están llenos de ello.

Juicio contra el buen Pastor: "Levántate, oh espada, contra el pastor" (*13:7*).

Juicio contra las ovejas, Israel: "haré volver mi mano contra los pequeñitos. Y acontecerá en toda la tierra, dice Yahvé, que las dos terceras partes serán cortadas en ella" (*13:7-8*).

Juicios contra los pueblos que atacan Jerusalén (*12:1-9*; *14:12 ss.*).

Este triple juicio es Evangelio. El primer juicio, contra el pastor que es herido, explica los otros juicios. Y todo se aclara a la luz del Nuevo Testamento. Ya que, al final, el pastor herido es Cristo Jesús (*Mt. 26:31*). Él guarda un 'resto' para sí, un remanente. El juicio contra Jerusalén tiene un efecto purificador, la gente reconocerá su culpa. Por medio del Espíritu de gracia y de oración mirarán al que traspasaron en su abandono del Pacto (*12:10 ss.*). A los falsos pastores, a los falsos profetas, ya no se les sigue (*13:1 ss.*). Y cuando todas las naciones serán reunidas alrededor de Jerusalén, esa ciudad continuará existiendo (*12:6*; *14:1 ss.*). Sí, se convertirá en un centro de adoración para los pueblos restantes en la era mesiánica. La gran fiesta de los tabernáculos será celebrada por una multitud universal y la santidad del Señor impregnará de forma sacerdotal toda la vida.

No es extraño que en *Apocalipsis* se perciban una y otra vez voces que nos recuerdan el último capítulo de *Zacarías*. El profeta vio el grandioso futuro que se alza por encima de todas las catástrofes y juicios. ¡Aferrémonos a ello en este tiempo tan turbulento a nivel universal! No nos espera ningún fin del mundo, ninguna desintegración del universo, sino que "al caer la tarde habrá luz" (*14:7*, cf. *Ap. 21:23*; *22:5*). Esa Iglesia a la que le gusta convertir versículos en aforismos, ha añadido ese versículo a su arsenal de buenos deseos para personas de edad avanzada, pues la noche se acerca. Sin embargo, aquí no se trata de un tranquilo otoño de una vida, sino del atardecer del mundo, la víspera de la restauración de todas las cosas. "En aquel día, saldrán de Jerusalén aguas vivas" (cf. *Ap. 22:1, 17*). Las interferencias cósmicas y la contaminación radiactiva no tendrán la última palabra.

Y Yahvé será rey sobre toda la tierra.
En aquel día Yahvé será uno,
y uno su nombre (*14:9*).

Y esto gracias al que fue tasado como esclavo y herido, el Pastor Jesucristo.

# MALAQUÍAS

## Contra la infidelidad al 'primer amor' por el servicio a Dios

Las profecías del libro con el que se cierra el Antiguo Testamento fueron pronunciadas después del exilio y la reconstrucción del templo y, probablemente, también después de la reforma bajo la dirección de Esdras. Se hace evidente, sin embargo, que en aquel entonces se necesitaba de nuevo una reforma. Tanto la vida 'eclesial' como la familiar se estaban degenerando, religiosa y socialmente la vida de la iglesia liberada no concordaba con las reglas de la gratitud.

En tal situación vemos actuar a Malaquías (su nombre significa "mi mensajero" o "mensajero del Señor"). Él viene con un mensaje muy específico para el pueblo. Sin embargo, lo trae por medio de una disputa con el Israel que ha regresado, manteniendo un debate.

Vemos una y otra vez que cita una palabra del pueblo, para luego responder a ella. Esto ocurre hasta seis veces; el libro es fácilmente abarcable y cada conversación se distingue claramente. El libro concluye con dos frases, que mencionan a Moisés y a Elías. Y con ello acaba también el libro de los profetas menores.

## Diálogo I (*1:2-5*)

La situación en 'Israel' no daba lugar a mucho optimismo. Sí, las palabras de Malaquías iban dirigidas a Israel (*1:1*). Pero, cuán poco se veía del antiguo resplandor. Sólo una pequeña parte de algunas tribus había regresado (sobre todo de Judá y de Leví). Aunque el templo había sido reconstruido, no habían experimentado una recuperación de la gloria pasada. Constituían una provincia insignificante del gran imperio persa. No había ninguna perspectiva de una restauración del reinado davídico.

¡Y ahora venía el profeta con esa declaración del Señor: "Yo os he amado"! No nos extraña demasiado que sus oyentes objetaran:

> ¿En qué nos amaste? (*1:2*).
> ¡Oh, qué fastidio es esto! (*1:13*).

No veían nada en absoluto de ese amor de Dios. Y la fidelidad ¿no ha de mostrarse? Así que entre el pueblo había una duda muy grande acerca de aquel amor de Dios. Esto era uno de los motivos de la dejadez en el servicio a Dios. ¿Cómo iban a hacerlo todo correctamente si en su interior no estaban seguros de que el Señor cumpliría sus juramentos?

Por lo tanto, el profeta reacciona ante esta inseguridad. Si Israel vuelve a servir al Señor, tiene que saber que el Pacto es firme y no

inestable. Cuando ‘Jacob’ llega a sentirse inferior porque Edom, el territorio de Esaú, tiene grandes planes para la restauración, no hay razón para ello, porque el Señor ha mostrado, a lo largo de la Historia, que Él eligió a ‘Jacob’ como su pueblo y estableció un pacto con él. Eso era gracia soberana. Jacob no podía hacer valer ningún derecho como primogénito. Y tampoco su comportamiento era tal que pudiera exigir algo. Sin embargo, el Señor reveló un amor inmenso a su pueblo, mientras el pueblo de Esaú fue rechazado. “A Esaú aborrecí”. Pues bien, también en el futuro el Señor manifestará tanto su odio como su amor. Que la destrucción de Edom sea una prueba del hecho de que el Señor no cambia jamás y que hará arder su ira contra aquella nación que siempre estuvo en contra de la Iglesia: “Sea Yahvé engrandecido más allá de los límites de Israel” (*1:5*).

**Diálogo II (*1:6-2:9*)**

Con estas palabras, el profeta se dirige sobre todo a los sacerdotes. Sí, se habían adaptado a las circunstancias de su tiempo. Al fin y al cabo, de un campesino que intentaba superar las dificultades no se le podía pedir el valor total de los sacrificios. Y donde no hay, un sacerdote no puede ejercitar su derecho tampoco. ¿No era suficiente que intentaban hacerlo de la mejor manera posible? ¿No tenían los sacerdotes la vocación, en vista de las circunstancias difíciles, de tolerar los tratos y mostrarse permisivos cuando la gente aparecía con un animal no demasiado perfecto para el sacrificio? ¿Acaso no había algo que se llamaba “la ley del momento”?

Sin embargo, el profeta explica que Yahvé, como Padre y Señor, quiere que le sirvan. “Si, pues, soy yo padre, ¿dónde está mi honra? Y si soy señor, ¿dónde está mi temor?” Aunque los sacerdotes se defienden diciendo:

> ¿En qué hemos menospreciado tu nombre? (*1:6*).
> ¿En qué te hemos deshonrado? (*1:7*).
> Inmunda es la mesa de Yahvé (*1:12*).
> ¡Oh, qué fastidio es esto! (*1:13*).

Pero del hecho de que admiten animales cojos o ciegos se desprende hasta qué punto menosprecian la mesa (de sacrificio) del Señor. ¿Se atreverían a presentarse con semejantes ofrendas ante el gobernador de Persia (*1:8*)? Para Dios, lo mejor no es lo suficientemente bueno. Tampoco en los años malos se contenta con ‘desechos’. ¿Pretenden con eso agradar al Gran Rey? Maldito el que engaña, el que no cumple sus promesas.

Los sacerdotes tenían que entender que, además del pacto del Señor con Israel, se había hecho un pacto especial con Leví. Esa tribu, maldecida por Jacob, había sido no obstante bendecida por Moisés (*Dt. 33:8-11*). Esta bendición acentuaba, sin embargo, al mismo tiempo el cometido de Leví:

“Ellos enseñarán tus juicios a Jacob, y tu ley a Israel”. Malaquías se refiere a aquella bendición:

Mi pacto con él fue de vida y de paz,
las cuales cosas yo le di para que me temiera;
y tuvo temor de mí, y delante de mi nombre estuvo humillado.
La ley de verdad estuvo en su boca,
e iniquidad no fue hallada en sus labios (*2:5*, *6*).

Pero Malaquías advierte que esa bendición se cambiará otra vez en maldición si Leví sigue burlándose de la seriedad de las Palabras del Señor. Al tolerar acuerdos, Leví hace tropezar a ‘los pequeños’. Justamente en el servicio al Señor hace falta mucho rigor.

**Diálogo III (*2:10-16*)**

De los libros de *Esdras* y *Nehemías* se infiere que a causa de los ‘matrimonios mixtos’ la iglesia corría peligro de volver a hundirse en el paganismo. Repudiaron a sus esposas judías, mientras se casaban con mujeres ‘extrañas’. ¡Aquellas mujeres eran “hijas de dios extraño” (*2:11*)! ¿Puede extrañarnos que el Señor no acepte las ofrendas? ¿Acaso no tiene conocimiento Él de los motivos profanos que propician los divorcios? También sabe que todo esto es causado por el abandono del Pacto.

Como quiera que se traduzca 2:15, está claro que Dios, por medio del matrimonio, busca la semilla (linaje) santa, “una descendencia para Dios”. Un matrimonio de compromiso no edifica la iglesia, sino que la está minando. El hecho, precisamente, de que un mismo Dios nos hizo e introdujo en un solo Pacto, nos tiene que llevar a mantener aquel único estilo del Pacto, también en cuanto a buscarse una pareja.

“¿No tenemos todos un mismo Padre?”. Esto se puede leer en las fachadas de las logias masónicas y sinagogas y sirve como una bonita expresión para aquellos que argumentan que todos los hombres son hijos de un mismo Padre, la ‘fraternidad de los hombres’ y la ‘paternidad de Dios’. Pero así se invierte precisamente el sentido del texto (*2:10*). Ya que éste no quiere promover la unión con los de fuera, sino, más bien, oponerse a ella; no quiere llamar a la erradicación de fronteras, sino a la conservación de las pronunciadas diferencias entre la Iglesia y el mundo (junto a la iglesia secularizada). “¿No nos ha creado un mismo Dios?... ¿Por qué, pues, profanamos el pacto de nuestros padres?”

**Diálogo IV (*2:17-3:5*)**

Cualquiera que hace  mal agrada a Yahvé,
y en los tales se complace;
o si no, ¿dónde está el Dios de justicia? (*2:17b*).

Así ‘cansaban’ al Señor con palabras desacertadas. Seguro que el lector conoce aquel razonamiento: cada día vuelve a salir el sol y los abusos siguen igual. ¿Qué es lo que sucede en una época de restauración? Aparecen intrusos, y a la gente que se lo toma todo muy estricto la echan a un lado. Y entonces surge la pregunta: ¿Cómo puede tolerar el Señor esto? Los malos parece que siempre pueden caminar sobre pétalos de rosas.

Pero Malaquías anuncia que el Señor va a castigar con toda seguridad aquella opresión y corrupción. “He aquí, yo envío mi mensajero –‘Malaquías’–, el cual preparará el camino delante de mí” (*3:1*). Por medio de sus profetas, sus mensajeros, el Señor anuncia ya el juicio. Así lo hizo por sus enviados en otros tiempos y también por medio de Malaquías. Así lo va a hacer por Juan el Bautista, en quien este versículo también se cumplió (*Mt. 11:10*; *Mr. 1:2*; *Lc. 1:76, 7:27*). Y así sigue haciendo por medio de la predicación actual, que se extiende por el mundo a través de los mensajeros, los ‘ángeles de las iglesias’. Cada culto de la Palabra es un toque de trompeta que prepara el juicio. “He aquí viene, ha dicho Yahvé de los ejércitos”. El Ángel del Pacto se acerca para juicio. El Señor viene a su templo.

Sacerdotes y ‘laicos’ serán purificados por ello. ¿No era la purificación del templo por Cristo una señal de que Él era el Ángel del Pacto? Al mismo tiempo, los hechiceros, los que juran falsamente y todos los que no tienen temor del Señor serán acusados por Él. Sucederá rápida y repentinamente. ¡Velad, pues!

**Diálogo V (*3:6-12*)**

¿En qué hemos de volvernos? (*v. 7*).
¿En qué te hemos robado? (*v. 8*).

Así pregunta Israel por lo que sabe de sobra. Cierto, en las familias normales no había idolatría. Pero el pecado que ya fue criticado por Hageo era todavía habitual: de los diezmos se guardaba una parte. Por este motivo, el Señor retiene su bendición. El pueblo no tenía que estar calculando: ‘Como pasamos estrecheces, podemos contribuir menos para el mantenimiento del culto de adoración’, sino que tenía que empezar a obedecer, aplicando la fe. Y entonces el gran Creador abriría con seguridad sus despensas y alejaría las plagas de cultivos. “Y todas las naciones os dirán bienaventurados; porque seréis tierra deseable” (*v. 12*).

**Diálogo VI (*3:13-4:3*)**

Por demás es servir a Dios.
¿Qué aprovecha que guardemos su ley,
y que andemos afligidos en presencia de Yahvé de los ejércitos?

Decimos, pues, ahora: Bienaventurados son los soberbios,
y los que hacen impiedad no sólo son prosperados,
sino que tentaron a Dios y escaparon (*vv. 14-15*).

Con semejante atrevimiento habla Israel. El beneficio de la reforma (en días de Esdras o tal vez también Nehemías) es negado. Y a esto se suma una moral de 'vivir como quieras'.

Afortunadamente, también hay otros; los que temen al Señor y le tienen en cuenta. Malaquías los introduce hablando. "Y fue escrito libro de memoria delante de Yahvé". Y el Señor promete perdonar a los fieles. Un día, pues, se verá la diferencia. A pesar de todas las burlas sobre el día del juicio (cf. *2 P. 3:4*)… ¡ese día vendrá, ardiente como un horno! Serán destruidos los malos. Pero para aquellos que temen el nombre del Señor viene la salvación: nacerá el Sol de justicia (cf. *Lc. 1:78-79*). Malaquías, el embajador de Dios, puede consolar a los creyentes de todos los tiempos, para quienes no es ninguna carga servir al Señor (cf. *Mal. 1:13*), sino un gozo: toda la oposición y todos los adversarios estarán bajo sus pies (*4:3*; cf. *Ro. 16:20*).

**Palabras finales**

Cuando Cristo está en el monte de la transfiguración, están allí también Moisés y Elías. En la descripción de los 'dos testigos' de *Apocalipsis* 11 encontramos rasgos que nos recuerdan igualmente a estos dos profetas. Juan el Bautista actuaba en el espíritu y el poder de Elías. Él era aquel Elías que había de venir. En Cristo había más que Moisés.

Moisés y Elías vienen mencionados también conjuntamente en la conclusión del libro de *Malaquías*, y así, al mismo tiempo, al final del libro de los profetas menores. ¡Moisés! La *Torá*, la Ley Señor. ¡Elías! Pregonero del anatema, del juicio del Señor sobre toda transgresión de la Ley.

La Iglesia mira siempre al futuro. Los tronos se tambalearán. Un opresor vendrá tras otro. Pero la Palabra de Dios permanece para siempre. Cada nueva generación descubre el amor electivo de Dios revelado en su Palabra. "¡A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos!" (*Lc. 16:29*). Para el presente sigue vigente el ¡*Sola Scriptura*!